

Demografia: una cuestión de dos sexos y cuatro generaciones

1998

RPEO 310



Centre d'Estudis Demogràfics

DEMOGRAFÍA:
UNA CUESTIÓN DE DOS SEXOS Y CUATRO GENERACIONES

Informe realizado en ejecución del
contrato SOC 98 101297-05E01

Entre

**la Dirección General V
Empleo, Relaciones Industriales y Asuntos Sociales**

y

**el Centre d'Estudis Demogràfics
Universitat Autònoma de Barcelona**

y cofinanciado por la
**Direcció General d'Avaluació y Estudis
Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència**



**Generalitat de Catalunya
Institut d'Estadística de Catalunya
Centre d'Estudis d'Opinió**

RPEO núm. 310
Data 16/01/2006

Direcció: Anna Cabré

Coordinació: Andreu Domingo

Equipo investigador: Julio Pérez, Pau Miret, Marc Ajenjo y Rocío Treviño

E-65



Generalitat de Catalunya

Universitat Autònoma de Barcelona
08193 Bellaterra (Barcelona)
Tel.: (93) 581 30 60
Fax: (93) 581 30 61
E-mail: demog@cedserver.uab.es



Universitat Autònoma
de Barcelona

Presentación

El presente informe *Demografía: una cuestión de dos sexos y cuatro generaciones* se ha realizado en ejecución del contrato SOC 98 101297-05E01, entre la Dirección General V Empleo, Relaciones Industriales y Asuntos Sociales, de la Comisión Europea y el Centre d'Estudis Demogràfics, y ha contado con la cofinanciación de la Direcció General d'Avaluació y Estudis del Departament de la Presidència de la Generalitat de Catalunya. En él se replantea la evolución demográfica futura de los países del Sur de la Unión Europea, proponiendo una nueva óptica en el análisis de las especificidades observadas en estos países a partir del protagonismo que la relación entre sexos y generaciones está teniendo en la evolución demográfica.

Diversos autores han sostenido que la evolución de los tres fenómenos clásicos en el estudio de la dinámica demográfica es convergente en Europa, a saber, fecundidad, mortalidad y migraciones, mientras que la formación de parejas y las formas familiares, presentan, en cambio, fuertes disparidades. También se ha convertido en un lugar común dentro de la bibliografía especializada analizar las diferencias en cronología e intensidad de dicha dinámica demográfica dentro del marco de la llamada "Segunda Transición Demográfica". Dicha interpretación refuerza la óptica de una convergencia futura de los indicadores demográficos entre los países europeos, pero siempre sobre el modelo de los niveles alcanzados en los países septentrionales. Dentro de ese mismo marco teórico, la diversidad apreciada en la formación de la pareja y en las formas familiares resultantes suele ser explicada en términos de "peculiaridad" cultural, donde el familiarismo y la situación de la mujer aparecen como temas recurrentes.

Desde nuestro punto de vista, hay que comprender la evolución demográfica reciente prestando una atención prioritaria a la profunda alteración que han experimentado las relaciones entre sexos y generaciones. Las diferencias de cronología e intensidad en los cambios demográficos acaecidos en el sur hay que entenderlas como una respuesta adaptativa a un fuerte proceso de reestructuración global, muy influida por la situación económica. Al mismo tiempo, el supuesto familiarismo de las sociedades meridionales, no es tampoco un atavismo cultural, sino parte de esa respuesta. De este modo, la relación entre dinámica demográfica y familia debe interpretarse como un conjunto interrelacionado que da lugar a un sistema demográfico específico en los países del sur. Sostenemos que la evolución futura de los países del sur de la Unión Europea, desde esta perspectiva, es diferente a la comúnmente esperada, y que los efectos de la propia estructura demográfica son determinantes.

En este informe se aborda, desde el ejemplo español, el estudio de la especificidad de la evolución demográfica reciente en los países del sur, considerando los cambios experimentados entre los sexos y las generaciones. Para ello se ha estructurado en tres partes:

En la primera parte *España en el contexto demográfico europeo desde 1960*, se realiza un sucinto repaso a la evolución de los diferentes fenómenos demográficos acaecidos en Europa desde 1960 que puedan tener efectos notables en la relación entre sexos o generaciones (formación y disolución de la pareja, fecundidad y mortalidad); se acompaña dicho repaso de un comentario sobre las principales interpretaciones que se han dado a esa evolución.

En la segunda parte *Dinámica demográfica de las generaciones en España: trayectorias biográficas de dos sexos*, se analiza desde una óptica longitudinal las trayectorias en la emancipación juvenil, la actividad y la formación, enfatizando los itinerarios de las últimas generaciones masculinas y femeninas, y estableciendo cuando ello es posible comparaciones con otros países europeos.

La tercera parte *La emergencia de la cuarta generación*, se dedica a estudiar los efectos que la evolución combinada de la mortalidad y la fecundidad han tenido en la verticalización de la familia. Para ello se ha analizado la evolución de la supervivencia y de la vejez en España, así como de la fecundidad, aportando una estimación de la fecundidad completa para las generaciones posteriores que aún no han completado su ciclo reproductivo. Los resultados nos han permitido realizar una estimación de las probabilidades de que las mujeres de cada una de las generaciones nacidas desde 1900 hasta 1975 pertenezcan a linajes de tres y de cuatro generaciones.

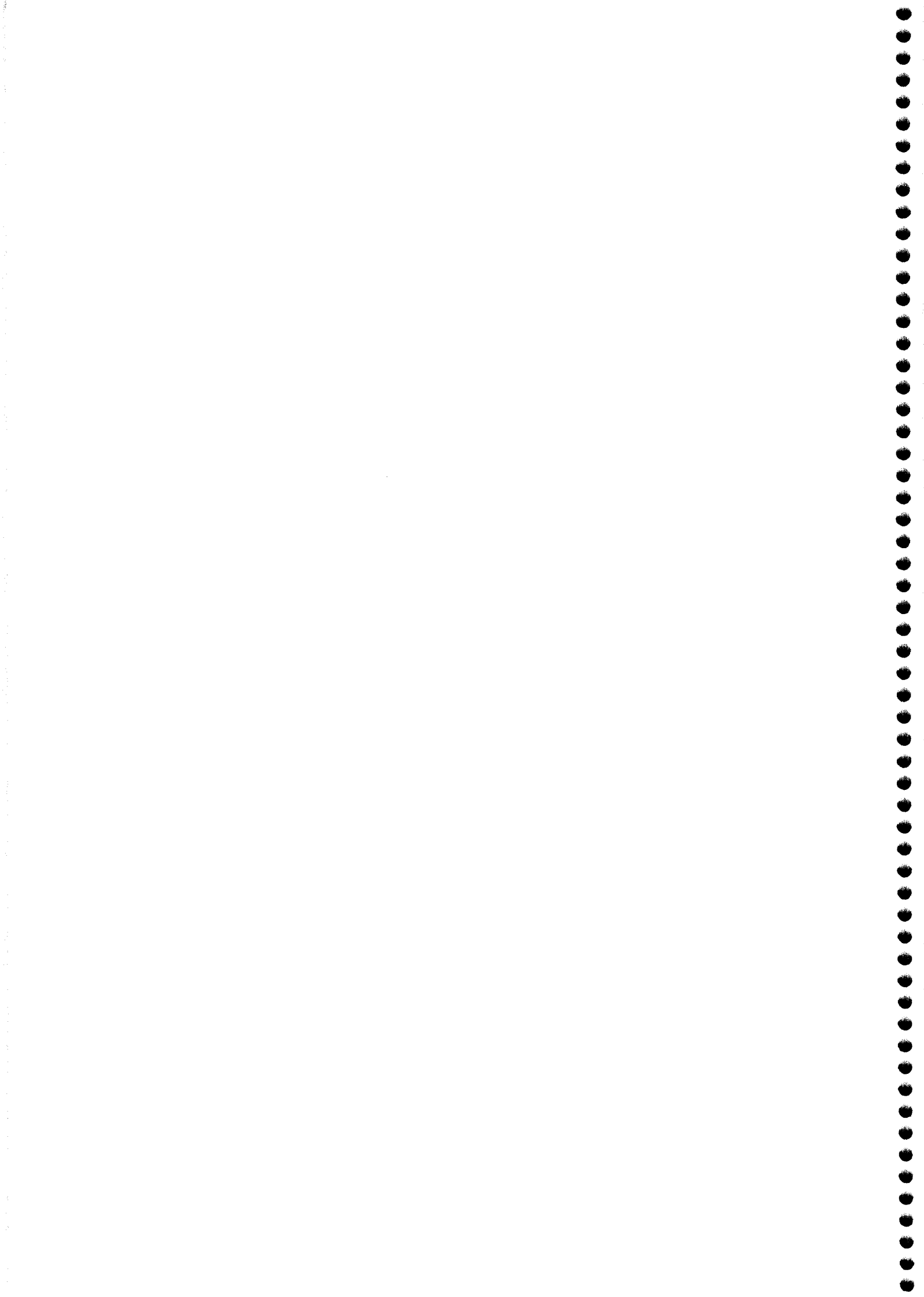
Por último, el informe se acompaña de unas *Conclusiones: sexos y generaciones en el sistema demográfico mediterráneo*, donde se exponen sistemáticamente los principales resultados de la investigación, las hipótesis subyacentes para nuevas investigaciones, y las mínimas líneas directrices que, del trabajo realizado, se pueden extraer con la perspectiva de actuaciones políticas.

Barcelona, 7 de marzo de 2000

ÍNDICE

I. ESPAÑA EN EL CONTEXTO DEMOGRÁFICO EUROPEO DESDE 1960.....	5
I.1. EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE EUROPA DESDE 1960.....	7
I.1.1. <i>El descenso de la nupcialidad</i>	7
I.1.2. <i>Aparición y extensión de la cohabitación</i>	13
I.1.3. <i>Divorcialidad</i>	18
I.1.4. <i>Fecundidad y fecundidad extramatrimonial</i>	22
I.1.5. <i>El aumento de la esperanza de vida</i>	31
I.2. ¿EXISTE UN SISTEMA DEMOGRÁFICO ESPECÍFICO EN LOS PAÍSES MEDITERRÁNEOS?.....	34
I.2.1. <i>A propósito de la "Teoría de la Segunda Transición Demográfica"</i>	34
I.2.2. <i>Objeciones a la Segunda Transición Demográfica</i>	37
I.2.3. <i>Países mediterráneos de la Unión Europea: ¿Retraso o sistema adaptativo específico?</i>	40
II. DINÁMICA DEMOGRÁFICA DE LAS GENERACIONES EN ESPAÑA: TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS DE DOS SEXOS.....	43
II.1. INTRODUCCIÓN: LAS GENERACIONES ESPAÑOLAS 1901-1945.....	45
II.1.1. <i>Formación</i>	46
II.1.2. <i>Actividad</i>	50
II.1.3. <i>Emancipación juvenil</i>	55
II.2. LA FORMACIÓN EN LAS GENERACIONES MÁS RECIENTES.....	60
II.2.1. <i>El contexto europeo</i>	60
II.2.2. <i>Niveles de instrucción de las generaciones españolas 1945-74</i>	64
II.3. ACTIVIDAD Y OCUPACIÓN.....	71
II.3.1. <i>Actividad y entrada en la primera ocupación en el contexto europeo</i>	71
II.3.2. <i>Actividad y primera ocupación de las generaciones española 1945-74</i>	76
II.4. INDEPENDENCIA DOMICILIAR Y FORMACIÓN DE LA PAREJA.....	91
II.4.1. <i>El contexto europeo</i>	91
II.4.2. <i>Independencia domiciliar y formación de la pareja de las generaciones españolas 1945-74</i>	97
III. LA EMERGENCIA DE LA CUARTA GENERACIÓN.....	123
III.1. SUPERVIVENCIA Y ESTRUCTURA POR EDADES.....	125
III.1.1. <i>Tablas de mortalidad por generaciones</i>	130
III.1.2. <i>Envejecimiento demográfico</i>	141
III.1.3. <i>Evolución y previsiones de los efectivos en las edades avanzadas</i>	144
III.2. EVOLUCIÓN DE LA FECUNDIDAD EN ESPAÑA.....	148
III.2.1. <i>La fecundidad en las generaciones anteriores a 1946</i>	148
III.2.2. <i>La fecundidad de las generaciones recientes: estimación para las posteriores a 1946</i>	167
III.3. LA SUPERVIVENCIA DE DISTINTAS GENERACIONES EN UNA MISMA FAMILIA.....	179
III.3.1. <i>Introducción: La verticalización de la familia española</i>	179
III.3.2. <i>Ascendientes</i>	181
III.3.3. <i>Parejas corresidentes</i>	184
III.3.4. <i>Descendientes</i>	185
III.3.5. <i>Tres generaciones: ser hija y madre</i>	187
III.3.6. <i>Linaje de 4 generaciones</i>	188
IV. CONCLUSIONES.....	215
V. BIBLIOGRAFIA.....	234
VI. ANEXOS.....	243
VI.1. ANEXO METODOLÓGICO. EL AJUSTE DE FUNCIONES DE FECUNDIDAD CON DATOS CENSURADOS.....	245
VI.2. ANEXO ESTADÍSTICO.....	251

I. ESPAÑA EN EL CONTEXTO DEMOGRÁFICO EUROPEO DESDE 1960.



I.1. Evolución demográfica de Europa desde 1960

I.1.1. El descenso de la nupcialidad

El período que transcurre desde finales de la segunda Guerra Mundial hasta mediados de los años sesenta presentó un excepcional incremento de la nupcialidad en Europa. Esa explosión matrimonial en principio se debió a los efectos de la guerra: recuperación de matrimonios pospuestos y efectos sobre el mercado matrimonial. Sean las generaciones masculinas diezmadadas en la contienda, sean las generaciones femeninas vacías provocadas por el descenso de la fecundidad, ambas alcanzarían una alta intensidad matrimonial debida a su escasez relativa una vez llegadas al mercado matrimonial. A esa coyuntura especialmente favorable se le añadieron rápidamente los efectos de un crecimiento económico sostenido.

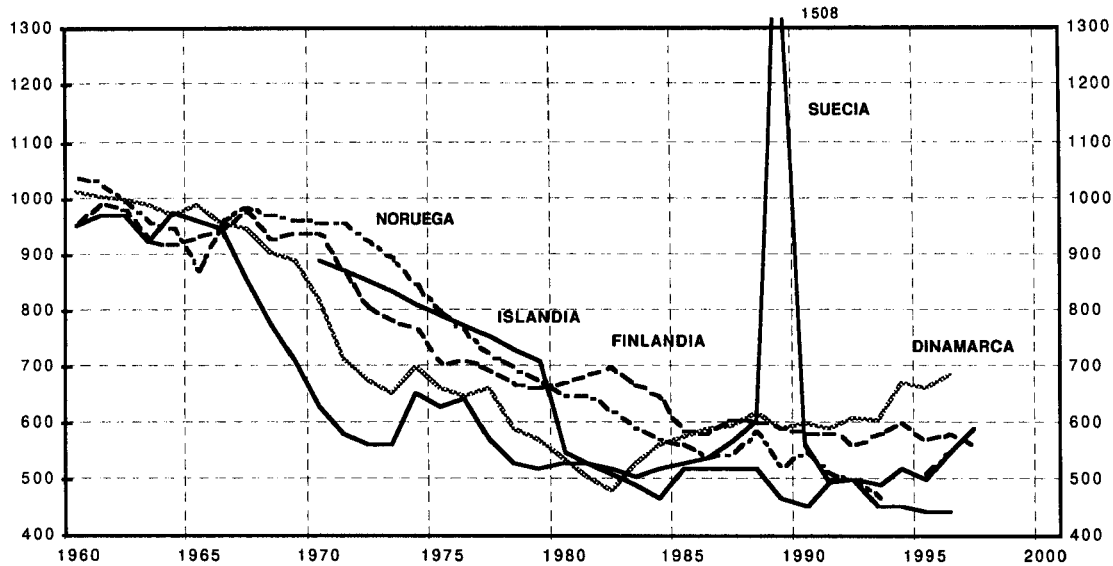
A mediados de los años sesenta, el comportamiento nupcial en Escandinavia da los primeros signos de descenso (Gráfico 1)¹: Suecia, que no había rebasado el umbral de los 1.000 matrimonios de solteras, en 1967 reduce el índice de primonupcialidad femenina en un 9% en comparación al año anterior, pasando de 941 a 855. Desde ese año la caída del indicador se precipita hasta los 557 matrimonios de 1973 (una reducción del 41% en comparación a 1960). Dinamarca seguiría de cerca la misma evolución descendente, a partir de 1966, aunque de forma menos acusada. Si en 1960 presentaba un índice superior a los 1.000 matrimonios, en 1973 los 653 matrimonios de solteras representaban una reducción del 35%. Finlandia y Noruega desde 1968 siguen claramente la tendencia descendente. Otros países como Holanda (Gráfico 3) también por esas fechas estaban experimentando significativas reducciones, pero como partían de índices realmente excepcionales (1.115 matrimonios en 1966), ello no parecía en el momento ser digno de atención. El descenso iniciado en los países escandinavos fue seguido por la mayoría de los países de la Europa occidental un quinquenio más tarde (Gráficos 3 y 4). En 1973 tan sólo los países de la Europa meridional (Gráfico 2) presentaban incrementos en el porcentaje del ISPN en comparación a 1960, sobrepasando los 1.000 matrimonios. Pero también éstos a partir de 1976 empezaron a dar síntomas de seguir la tendencia observada en el resto de países, y de forma mucho más brusca.

A principios de los ochenta, con diferentes ritmos, y a diferentes niveles, la tónica del descenso se había generalizado para toda Europa. En 1983 ninguno de los países europeos superaba el índice 1.000, oscilando entre el máximo búlgaro de 945 y el mínimo sueco de 504. A partir de entonces se iban a registrar los primeros síntomas de recuperación entre los países que antes habían reducido sus niveles, y que registraban el mínimo desde 1960. La sensación causada fue que

¹ La evolución de los primeros matrimonios reducidos o índice sintético de Primonupcialidad (ISPN) representada en los gráficos corresponde al número de matrimonios que se hubieran producido para una generación ficticia de 1000 hombres o mujeres si durante toda su vida siguieran el comportamiento nupcial de los hombres o mujeres solteros de cada grupo de edad observado en un momento determinado, que obviamente pertenecen a distintas generaciones. Valores superiores a 1000, a todas luces imposibles fuera del supuesto teórico, nos informan de una alta intensidad nupcial y por tanto, de una gran concentración del calendario, lo que significa que un número importante de individuos pertenecientes a diferentes generaciones se están casando en un mismo momento.

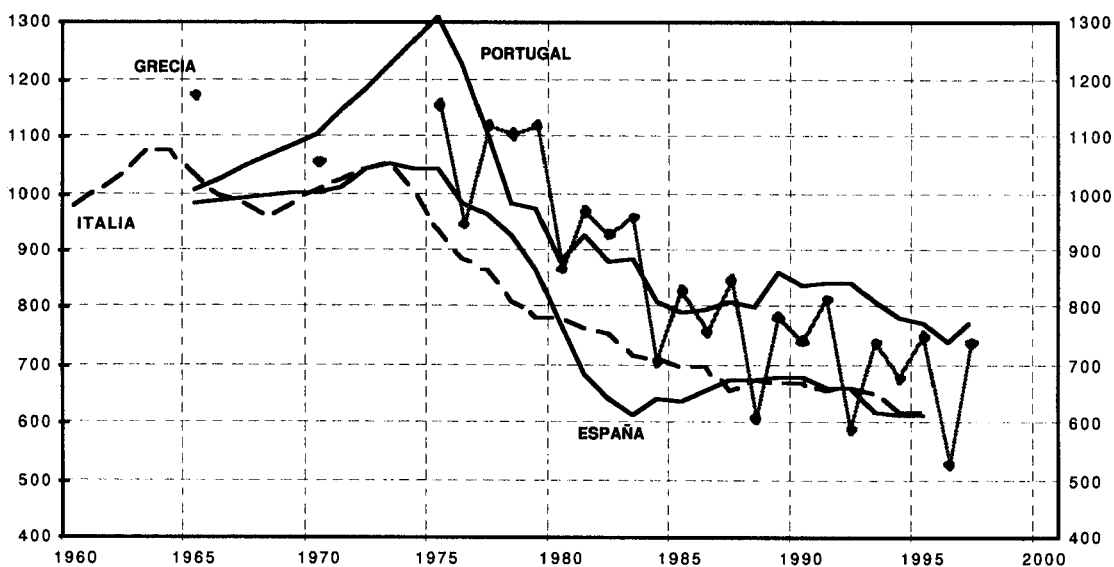
habían tocado fondo: Dinamarca en 1983 por primera vez incrementa el porcentaje anual del ISPN (un 9%), Suecia y Holanda le seguirán en 1984 (un 2% y un 1% respectivamente).

Gráfico 1: Evolución del índice sintético de primonupcialidad femenina, desde 1960. Escandinavia.



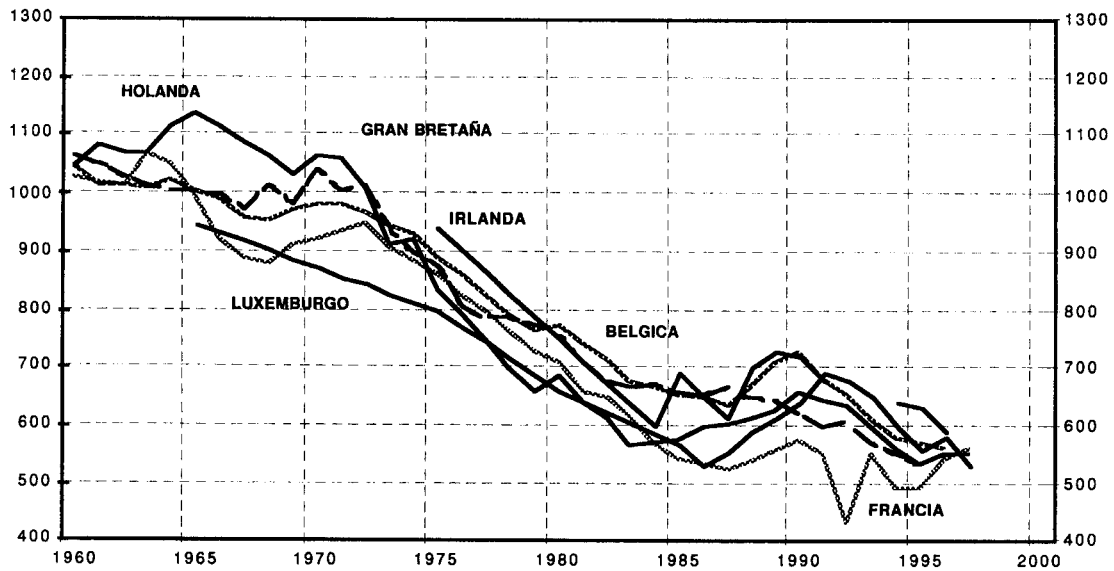
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 2: Evolución del índice sintético de primonupcialidad femenina, desde 1960. Países mediterráneos de la Unión Europea.



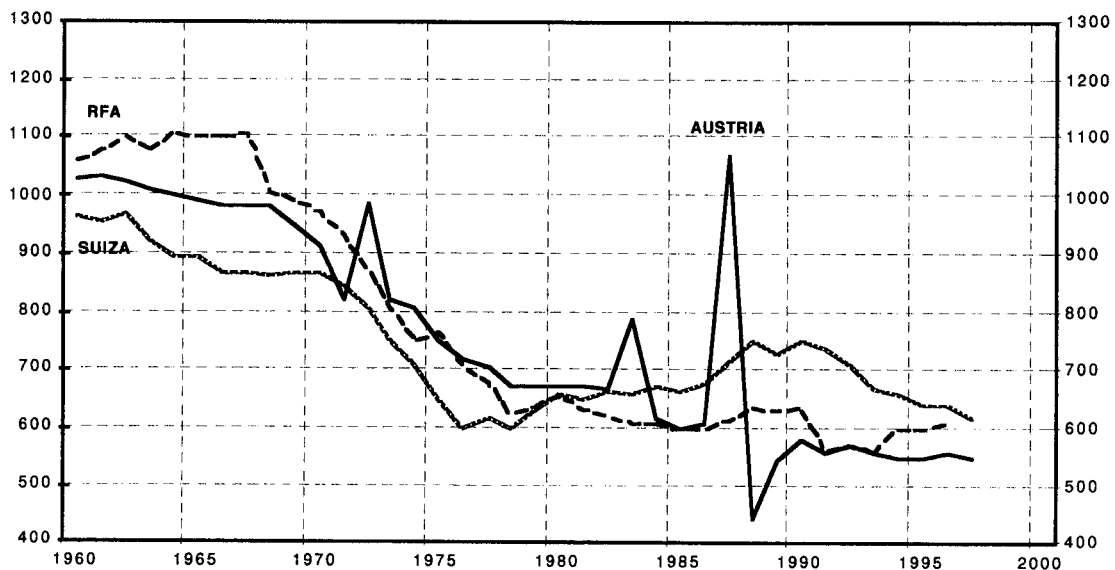
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 3: Evolución del índice sintético de primonupcialidad femenina, desde 1960. Países del norte y centro de Europa (1).



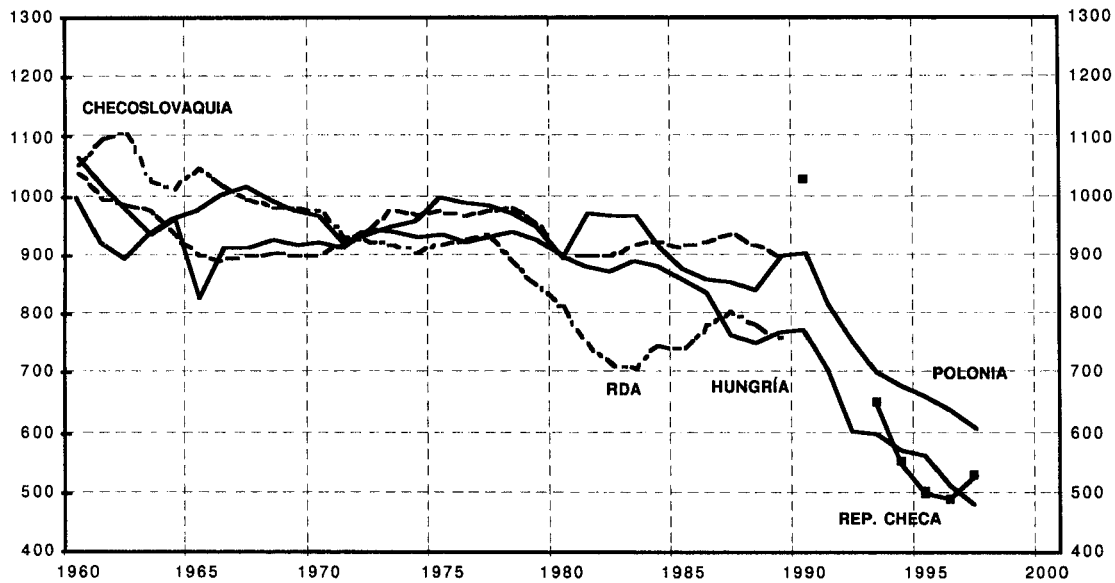
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 4: Evolución del índice sintético de primonupcialidad femenina, desde 1960. Países del norte y centro de Europa (2).



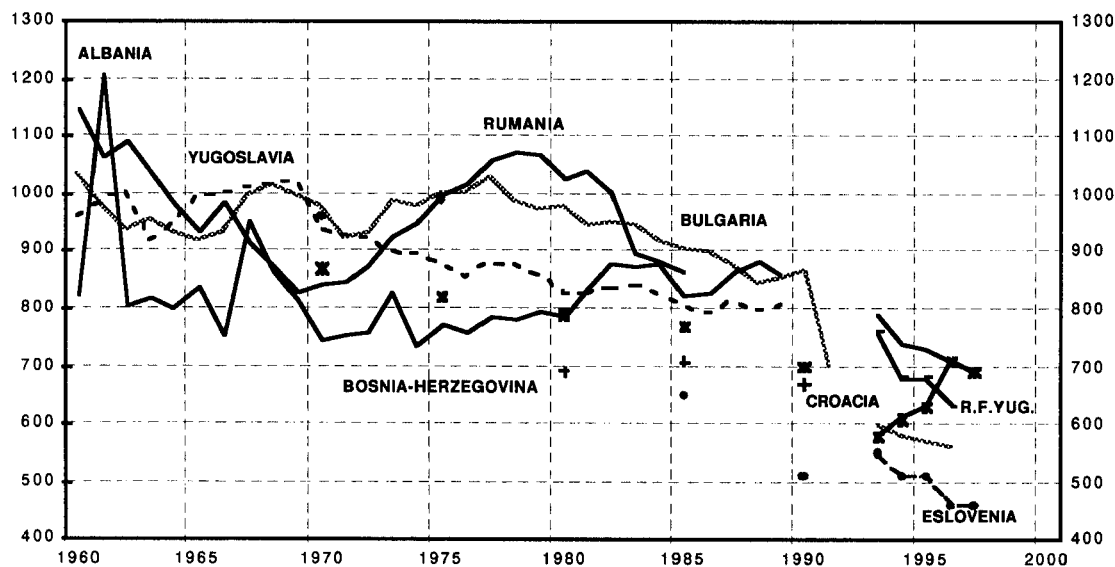
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 5: Evolución del índice sintético de primonupcialidad femenina, desde 1960. Europa Oriental (1)



Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 6: Evolución del índice sintético de primonupcialidad femenina, desde 1960. Europa Oriental - Balcanes (2)



Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

A mediados de los ochenta diversos países se sumaron a la recuperación: las dos Alemanias, Suiza, Austria, Portugal, España, Albania, Checoslovaquia presentaron algún aumento en 1986 (entre el 6% de la RDA y el tímido 0,5% de la RFA); Finlandia, Noruega y Luxemburgo se añadieron el año siguiente (entre el 5 y el 1,7%); Bélgica, Francia e Italia lo harían en 1988 (entre el 4 y el 2,6%). La primera lectura de las series estadísticas sugería que una vez finalizada la década de la crisis (1975-86) los matrimonios se recuperaban, fuera de forma espontánea, fuera gracias a políticas que directa o indirectamente habían pretendido el efecto observado. Esa recuperación parecía haber respetado el papel de vanguardia de los países escandinavos, los primeros en descender fueron también los primeros en ascender.

El optimismo despertado por los observadores que confiaban en una recuperación sostenida, parece desmentirse viendo la diversa evolución posterior: mientras que Dinamarca ha seguido incrementando su índice hasta los 680 matrimonios de solteras en 1996, Suecia presentaría el mínimo europeo del año con tan solo 440 (una reducción del 50% en comparación a 1960). A principios de los noventa la mayoría de países habían vuelto a reducir su índice, llegando el último año, algunos de ellos, a niveles incluso inferiores a los mínimos anteriores como en el mencionado caso sueco. Alemania presenta un descenso acusado a partir de entonces, atribuible a los efectos del reajuste económico derivados del proceso de unificación. En la Europa meridional, salvo el caso portugués (740 matrimonios en 1996) que ostenta el máximo europeo, el resto de países sigue en un nivel bajo, situado en torno al 600. La tónica descendente en los países del Este (Gráficos 5 y 6) refleja las especialmente difíciles condiciones económicas que vienen experimentando; ello se deduce claramente del impresionante hundimiento a partir de 1989 de los índices, siendo el mínimo Hungría con 510 en 1996.

Hasta aquí hemos realizado una descripción general de la evolución de la primonupcialidad femenina en Europa, caracterizada por el paso de una nupcialidad particularmente intensa y precoz a una nupcialidad débil y tardía. También hemos visto como esa evolución se ha dado con diferente cronología e intensidad en la geografía europea: a mediados de los sesenta los países escandinavos empezaron a registrar los primeros descensos, convirtiéndose en los pioneros de una tendencia que se constataría a principios de los setenta en el resto de países septentrionales, y a partir de mediados de los setenta en los países meridionales. Esa tendencia al descenso parece interrumpirse a mediados de los ochenta, y lo hace primero en Escandinavia. En la década de los noventa la recuperación que parecía anunciarse se demuestra muy moderada allí donde aún se sostiene, y se ha frenado en la mayoría de los países. En la Europa oriental, como ya se ha indicado, la evolución parece fuertemente sujeta a las repercusiones económicas del cambio político.

Antes de aventurar explicaciones sobre dicha evolución y de profundizar sobre la diversa cronología e intensidad registradas, consideramos de especial interés señalar algunas de las particularidades más notorias en algunos de los países. Dejando de lado la curiosa evolución de Grecia, que es atribuida por Catherine Guibert-Lantoine y Alain Monnier (1995) a la arraigada costumbre persistente entre la población helena de evitar el matrimonio en años bisiestos, según la creencia que los matrimonios contraídos en esos años son menos fecundos (aunque no se

presenten los datos lo mismo ocurre con las series chipriotas), los casos de Suecia en 1989, y de Austria en 1972, 1983 y 1987 se revelan muy aleccionadores.

En 1989 Suecia presenta un índice récord de 1.508 matrimonios, siendo el anterior de tan sólo 601 y el posterior de 557. El Índice Sintético de Primonupcialidad femenina no hace nada más que reflejar el paso de los 44.229 matrimonios registrados en 1988 a los 108.919 que se contrajeron en 1989, para volver a descender a 40.447 en 1990 y seguir descendiendo desde esa fecha. Tan llamativa excepción se debe a la introducción de importantes cambios en el sistema de pensiones que beneficiaban a los cónyuges que estaban unidos en matrimonio sobre los que cohabitaban en el caso de la defunción de uno de ellos sin tener descendencia (FESTY, 1993). La edad media de entrada al matrimonio es muy clarificadora, en 1988 la edad media de entrada al matrimonio para los suecos era de 30,2 años y de 27,8 para las suecas, siendo ya el máximo europeo, en 1989 aumentó a los 32,8 años para los solteros y 30,4 para las solteras: el inusitado incremento de la nupcialidad sueca estaba siendo protagonizado por cohabitantes como reacción a los cambios legislativos.

En el caso austríaco también son perceptibles los efectos del derecho en la nupcialidad (PRIOUX, 1992). La ley de 1971 instauró a partir del 1 de enero de 1972 una prima en beneficio de los primeros matrimonios. Ello explica que los matrimonios, que en 1971 estaban por debajo de los 49.000, ascendieran en 1972 a 57.000, y el descenso subsiguiente a razón de 49.000 matrimonios confirma que el aumento se debió al aplazamiento de los matrimonios previstos para el año 1971 hasta el 1972. En 1983 se anunció la voluntad de suprimir la citada prima a partir del año siguiente, lo que produjo el efecto inverso, es decir, se adelantaron o se decidieron matrimonios en función de la ulterior desaparición de la prima, pasando de los 48.000 matrimonios de 1982 a los 56.000 de 1983. El proyecto de ley, sin embargo, fue aplazado y el número de matrimonios volvió a descender por debajo de los 46.000 en 1984 y en los siguientes años. El anuncio de la definitiva supresión del subsidio matrimonial a partir del 1 de enero de 1988 tuvo como resultado un alud de matrimonios en 1987, con más de 76.000 matrimonios, para volver a descender el año siguiente a 35.000 matrimonios, y a 42.000 en 1989. Esta vez la concentración de matrimonios se debió tanto al adelanto de matrimonios como a la institucionalización de parejas cohabitantes, hecho que se comprueba atendiendo al descenso de los nacimientos fuera del matrimonio que pasan del 23,4% en 1987 al 21% en 1988, pero sobre todo se refleja en la duplicación del número de legitimaciones, que pasa de 10.471 en 1986 a 20.644 en 1987. De forma similar a lo observado en Suecia, la legislación que pretende favorecer el matrimonio, no tiene aparentemente ningún efecto permanente sobre el nivel de la nupcialidad. Lo que sí provoca es una concentración de matrimonios gracias al desplazamiento de matrimonios concertados, sea adelantándolos, sea retrasándolos, junto con la disminución de la cohabitación y un descenso de los nacimientos fuera del matrimonio.

Si contrastamos los anteriores ejemplos con la evolución de los países del Este, se puede apreciar el papel fundamental que la legislación juega en la nupcialidad, aunque el incentivo sea indirecto se demuestra más efectivo (más sostenido). Es bajo esa perspectiva que la evolución errática de los países del Este se esclarece. El mantenimiento de una fuerte nupcialidad y de edades tempranas al matrimonio en la Europa oriental debe entenderse como resultado de las políticas de vivienda que favorecían el matrimonio de los jóvenes. Desde mediados de los años setenta su evolución es

inversa a la del resto de países de Europa: mientras que el descenso seguía o se precipitaba según los casos entre sus vecinos occidentales, la primonupcialidad de los países orientales se incrementó a resguardo de los efectos de la crisis económica que en aquellos momentos se extendía en el bloque occidental, para descender aceleradamente a finales de los ochenta, coincidiendo con los cambios políticos y la crisis económica en la que se han visto sumidos.

I.1.2. Aparición y extensión de la cohabitación

Coincidiendo con la reducción de la nupcialidad, tal y como hemos visto en el apartado anterior, en términos cronológicos los pioneros en la cohabitación fueron, sin lugar a dudas, los Países Escandinavos y, entre éstos, Suecia y Dinamarca. Ya desde mediados de los años sesenta, la cohabitación juvenil hizo acto de presencia en las zonas urbanas (FESTY, 1980), pero no será hasta el final de la década cuando ésta experimente un espectacular incremento, paralelo al descenso de la nupcialidad. Incremento que coincide en los citados países con la difusión de los modernos métodos anticonceptivos, los movimientos estudiantiles universitarios, el auge de la popularización del movimiento de liberación de la mujer y el rápido crecimiento de la participación femenina en el mercado de trabajo, junto a una favorable situación del mercado inmobiliario (BERNHARDTH y HOEM, 1985). Jan Trost estimaba que a principios de los años sesenta la proporción de parejas cohabitantes en Suecia era inferior al 1% del total de parejas formadas, casadas y no casadas; alrededor de 1970, la proporción subió hasta un 7% (TROST, 1988). Los datos censales registraron un total de 11% de parejas cohabitantes en 1975, un 14,6% en 1980 y en torno al 20% en 1985 (SPRINGFELDT, 1991).

Dada la precariedad y la dificultad comparativa de los datos estadísticos referentes a la cohabitación en Europa, hemos optado por hacer una presentación en la que se priorizará el caso de Escandinavia y Dinamarca por ser los países pioneros en la cohabitación.

El papel pionero de los Países Escandinavos no se limita a la anticipación cronológica. Se destacan también tres aspectos diferentes respecto al resto de Europa: la mayor proporción de cohabitantes en todos los grupos de edad, la superior duración del tiempo de cohabitación y el alto porcentaje de parejas cohabitantes con hijos, reflejado, sin duda alguna, en la elevada relación de nacimientos extramatrimoniales, que en 1996 se estimaba alrededor de un 54% para Suecia y de un 46% para Dinamarca (ver más adelante gráfico 19).

¿Por qué Escandinavia? Diversas son las respuestas que se han dado a este interrogante. Por un lado, se ha señalado una larga tradición de uniones consensuales, traducida en una fecundidad extramatrimonial históricamente elevada. De esta forma, la cohabitación formaría parte de la propia tradición nupcial (HÖPFLINGER, 1985), especialmente en el caso de Noruega, donde aún a finales de los setenta, la cohabitación era más elevada en las zonas rurales que en las urbanas. Así pues, la aceptación de la nueva forma de pareja habría reencontrado unas raíces históricas que permitirían las relaciones prematrimoniales facilitando la rápida extensión de la cohabitación en comparación a la resistencia generalizada que podía encontrarse en el resto de Europa. También

desde una perspectiva histórica, se ha hecho notar cómo a finales del siglo XIX se extendió un tipo de cohabitación especial, conocido como "el matrimonio de conciencia", entre los círculos intelectuales suecos, como protesta contra la legislación que sólo reconocía los matrimonios religiosos. En este sentido, desde 1909 existen dos ceremonias paralelas, la civil y la religiosa, igualmente reconocidas. Por otro lado, también se ha esgrimido el rápido proceso de industrialización como una de las causas que explicarían el lugar preeminente de Suecia. Así, se habría originado el popularmente llamado "matrimonio de Estocolmo", a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando la población inmigrante de origen rural cohabitaba mientras esperaba establecerse y acceder a una vivienda (TROST, 1986). Por la misma razón, hay autores que resaltan especialmente la segunda oleada de industrialización, posterior a la Segunda Guerra Mundial, para explicar las diferencias de extensión de la cohabitación entre Suecia de un lado y Noruega o Finlandia del otro que, no obstante las similitudes culturales, presentan diferentes porcentajes de cohabitación, siendo ésta predominante en la más desarrollada Suecia (LEWIN, 1982).

Cuando a mediados de los años sesenta aumenta la cohabitación, ésta será indiscriminadamente llamada "matrimonio de conciencia" o "matrimonio de Estocolmo"; aunque las realidades nombradas eran completamente diferentes, el desplazamiento semántico fue relativamente fácil. En el caso de Dinamarca, se acentuó la ideologización al nombrar la cohabitación como "el matrimonio sin papeles".

También es importante apuntar cómo a nivel jurídico el progresivo reconocimiento de la cohabitación pudo explicar su extensión, del mismo modo que las restricciones de tipo jurídico pueden explicar su recesión entre determinados grupos de edad. Desde 1940 existían en Suecia resoluciones aisladas que tendían a acercar el estatuto de los cohabitantes al de los matrimonios. Pero no fue hasta 1970, cuando al hacerse evidente el incremento de la cohabitación, que la legislación sueca se planteará específicamente la cuestión. En 1969, el Ministerio de Justicia instituyó un Comité de Ley Familiar que en 1973 presentaría lo que serían las líneas directrices y de referencia obligada para la consideración legislativa de la cohabitación, donde al mismo tiempo que se declaraba la continuidad del matrimonio como lugar central en la legislación familiar, se pronunciaba también por un principio de neutralidad frente a la cohabitación (AGELL, 1980). Esta neutralidad se rompió a partir de 1989, tomando partido claramente por la situación matrimonial, lo que produjo un considerable descenso de la cohabitación desde esa fecha entre las generaciones de más edad y el consecuente aumento de la nupcialidad, ya comentado en el anterior subapartado.

La emergencia y extensión de la cohabitación siguió unas pautas cronológicas similares a las que hemos visto para el descenso de la nupcialidad. Desde su aparición en Escandinavia se extendió primero por la Europa occidental, a principios de los setenta, y más tarde por la Europa meridional. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con la nupcialidad, la intensidad del fenómeno no es comparable. El porcentaje de cohabitantes en relación al conjunto de uniones (Tabla 1), muestra claramente la diferente intensidad para diversos países europeos a mediados de los ochenta. Si bien existe un efecto de edad en la llamada cohabitación juvenil, el rápido descenso del porcentaje que las uniones no institucionalizadas representan sobre el total de uniones se debe también a un efecto generacional que se confunde con los de edad por la novedad del fenómeno,

además de los efectos legislativos que en cada país pueden influir de diverso modo. De hecho, nos encontramos con diferentes fenómenos a los que llamamos cohabitación, que además se presentan con intensidades cambiantes dependiendo de cada uno de los países europeos. Así, en la actualidad, podemos observar una cohabitación prematrimonial, se trate de un primer matrimonio o de un segundo matrimonio, o una cohabitación que perdura lo suficiente para permitir hablar de sustitución del matrimonio. Mientras que la cohabitación más perdurable es el distintivo de los países escandinavos, la cohabitación prematrimonial de los solteros es más frecuente en los países del centro y norte de Europa y menor en los países del Este y mediterráneos, donde la cohabitación que anticipa unas segundas nupcias parece más usual, en contraste con la relativamente escasa extensión de las primeras, (ROUSSEL, 1993).

En Francia, el fenómeno de la cohabitación se extendió rápidamente desde la segunda mitad de los años setenta. Si en 1975 las parejas no casadas representaban el 3,6% del total de parejas, en 1989 habían llegado al 10,3% (THAVE, 1991). Entre los primeros trabajos sobre la cohabitación en Francia es obligada la referencia a Louis Roussel, que a través de diversas investigaciones ha marcado la línea interpretativa imperante, tanto en el terreno de la demografía como en el de la sociología: de la cohabitación como fenómeno juvenil 1º -la cohabitación como ensayo del matrimonio (ROUSSEL y BOURGUIGNON, 1978)- a la incidencia de la cohabitación como manifestación de la desinstitucionalización de la familia (ROUSSEL, 1989). Hipótesis que, centrada en Francia, se ha hecho extensible al resto de países de la Europa occidental.

Se trata de un comportamiento que en sus orígenes estaba fuertemente influido por presupuestos ideológicos, reducido a los medios universitarios de izquierda y a una cierta élite de librepensadores (CHALBON-DEMERSAY, 1983). Entre los trabajos posteriores (LERIDON, 1988) viene a confirmar que la frecuencia de las primeras uniones iniciadas fuera del matrimonio pasa de un 20 por ciento a un 65 por ciento entre 1968 y 1985 verificando, de este modo, la tendencia de la cohabitación como matrimonio a prueba y que deviene un hecho mayoritario a partir de 1978, por lo que habla de una sustitución de los años vividos en matrimonio por los años vividos en cohabitación al menos hasta 1980; mientras que, por otro lado, desmiente la incidencia negativa de la cohabitación en la fecundidad. El descenso de la fecundidad gala se concentró en el período 1964-75, pasando de un Índice Sintético de Fecundidad del 2,9 al 1,9 hijos por mujer. Este descenso fue protagonizado por las generaciones nacidas entre 1933 y 1949, que redujeron su descendencia final de los 2,6 a los 2,1 hijos por mujer; mientras que la nupcialidad no empezaría a disminuir hasta 1973, y en las generaciones posteriores a 1950. Si la extensión de las parejas cohabitantes en Francia no es comparable a la situación de los países escandinavos, sí que lo ha sido en cambio su práctica como relación prematrimonial: en 1969-70 el 8% de las mujeres que contrajeron matrimonio había cohabitado anteriormente, en 1986-87 pasaban a ser casi el 75% (LELIÈVRE, 1994). Para el conjunto de las uniones las cifras más recientes, correspondientes a 1990, dan cuenta de un 68% de parejas cohabitantes sobre el total de uniones. Pero junto con la rápida ascensión de la práctica de la cohabitación lo que más llama la atención es que ha pasado de ser un comportamiento propio de ciertas élites intelectuales a principios de los 70 a un comportamiento extendido a todas las clases sociales, hasta el punto de que el porcentaje de jóvenes de obreros y obreras viviendo en cohabitación llega a ser mayor que en otros estamentos debido a un efecto de estructura edad (PRIOUX, 1995). La extensión

creciente de la cohabitación en Francia, que de hecho ha substituido ya al matrimonio como forma de inicio de la formación de pareja, enfrentada con la voluntad manifiesta del Estado de eliminar las disposiciones fiscales que pudieran indirectamente favorecer a las parejas no casadas, ha llevado a algunos autores como Laurent Toulemon (1996) a preguntarse si en el futuro, los primeros matrimonios superados los cincuenta años en Francia pueden convertirse en un fenómeno frecuente, alterando de forma duradera la percepción de la institución matrimonial.

Tanto en Alemania como en Holanda, el termino "cohabitación" que usualmente describe la situación de dos personas de sexo opuesto que viven juntas maritalmente sin estar casados, se extendió dada la creciente popularidad a partir de los ochenta de un nuevo tipo de cohabitación en el que los miembros de la pareja mantenían viviendas separadas, lo que vino a llamarse L.A.T., correspondiendo a las iniciales de la expresión inglesa: *Living Apart Together*.

En el caso de España, son diversos los autores que han recalcado los niveles mínimos que presenta la cohabitación en comparación tanto con otros países europeos como en el conjunto de uniones dentro del propio país. A través de la encuesta sobre *Matrimonios y parejas* realizada en octubre de 1990 por el Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social (CIRES) a partir de una muestra de 1.200 personas de 18 y más años, Inés Alberdi, Lluís Flaquer y Julio Iglesias de Ussel (1994), destacan que los cohabitantes representaban el 4,6% de todas las personas viviendo en unión, que el 6,5% había formado una pareja de hecho anterior al matrimonio, y que el 86,7% declaraban haberse casado sin haber cohabitado anteriormente. Una característica de las escasas encuestas españolas es la distancia entre la amplia aceptación de la cohabitación, recogida a través de las encuestas de opinión, y la relativamente débil práctica en la que todas suelen coincidir. De este modo, siempre con la salvedad de la precariedad de los datos estadísticos disponibles, Margarita Delgado (1993) expone los resultados de una explotación de la *encuesta Familia y formas de convivencia en España. Estudio n° 1965*, realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en mayo de 1991, con una muestra de 7.510 personas destacando que sólo el 1,27% de la población viviría en uniones consensuales. La autora señala que existe una clara diferencia generacional y de edad, ya que, entre aquellas generaciones nacidas antes de 1956, los cohabitantes representarían el 1% de todas las uniones, mientras que entre las nacidas con posterioridad, ese porcentaje aumentaría, sin llegar a superar, con todo, el 4%. Por grupos de edad, aquellos que en 1991 se encontraban entre los 25 y los 29 años, es decir, que habían nacido entre 1966 y 1971, ostentaban el máximo porcentaje, con un 3,8%. El análisis de los grupos de edad de los cohabitantes a través de la encuesta sociodemográfica coincidiría con los datos expuestos por otras encuestas: la cohabitación era en 1991 un fenómeno mayoritariamente juvenil, el 52% de las personas entrevistadas que mantenían una relación de cohabitación tenían entre 25 y 34 años, les seguían el grupo 18-24 años (19%) y el 35-44 (6%). De todos modos, partiendo también de los mismos datos de la Encuesta sociodemográfica, hay autores que señalan la rápida progresión de la cohabitación. Así, si la cohabitación representaba un 4% sobre el conjunto de uniones iniciadas en el período 1980-85, ese porcentaje aumentará hasta el 7,8% entre las uniones iniciadas entre 1986-91 (FLAQUER y SOLSONA, 1993).

Tal y como se ha señalado con anterioridad, la extensión de la cohabitación y sus modalidades en el Norte de Europa contrasta fuertemente con otras regiones, siendo la mayor diferencia la observada con el Sur de Europa. Los distintos niveles de cohabitación observados en una y otra

región no deberían sin embargo llevar a menospreciar la importancia de la cohabitación en la Europa mediterránea. Si bien es cierto que el número de parejas cohabitantes observado en un momento dado es muy reducido, y más en comparación al resto de Europa, desde una perspectiva longitudinal, es decir, contabilizando las personas que alguna vez en su vida han cohabitado, este número se incrementaría significativamente.

Puede pensarse que, en contra de lo que se ha afirmado, matrimonio y cohabitación no son necesariamente opciones contrapuestas, no se entienden como alternativas irreconciliables, sino que muy al contrario, los matrimonios en el sur de Europa serían también difícilmente inteligibles sin la experiencia, propia o ajena, de la cohabitación, o mejor dicho, de las estrategias relacionales propias de la cohabitación. Los nuevos matrimonios parten de supuestos anteriormente experimentados por los cohabitantes. En este sentido, no parece descabellado hablar de la cohabitación como paradigma y descubrir su peso real al situarla en el origen de una nueva ética de las relaciones de pareja adoptada por los matrimonios (ALABART y otros, 1988). Una vez establecido el papel paradigmático de la cohabitación, la pregunta que se plantea es si ésta tiende a convertirse en un estado permanente, vivido como alternativa al matrimonio, o se trata de una situación caracterizada por la transitoriedad hacia el matrimonio, en la que se arbitran las reglas de relación interpersonal. Constatado el hecho de que la mayoría de relaciones de cohabitación en nuestro país, dejando de lado aquellas que son postmatrimoniales, tienden hacia el matrimonio, ciertos autores se preguntan si se produce un cambio de roles cuando los cohabitantes se casan (CABRÉ y DOMINGO, 1991).

No queremos concluir este apartado sin destacar cómo los mínimos índices registrados por la primonupcialidad escandinava en comparación a la de otros países fueron compensados por la cohabitación. Si pudiéramos calcular un índice sintético de formación de parejas (matrimonios y parejas de hecho) los países mediterráneos ostentarían el mínimo, del mismo modo que ostentan el mínimo índice de fecundidad.

Tabla 1: Porcentaje de cohabitantes en relación al conjunto de uniones. Diversos Países europeos (hacia 1985).

	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	60-64	TOTAL
AUSTRIA	45,4	18,7	5,9	3,9	3,2	2,9	2,1	2,0	1,5	2,2	4,2
FINLANDIA	49,7		23,9	11,6	7,1		3,7		3,7		11,4
FRANCIA	35,8	14,0	10,1	6,0	5,5						8,8
GRAN BRETAÑA	50,4	29,0	12,8	6,8	4,3	3,7	2,8	1,5	0,9	1,2	6,2
HOLANDA	63,0	36,3	15,9	6,7	4,0	2,2	2,1	1,8	2,3	1,8	7,7
HUNGRÍA	8,2	3,3	2,4	2,7	2,9	2,9	3,1	2,7	2,7	3,0	2,9
ITALIA	4,2	2,1	1,8	1,6	1,1	1,1	1,0	1,0	1,1	1,4	1,4
NORUEGA	75,0	47,0	23,0	12,0	7,0		3,0		3,0		10,8
RFA	30,6		6,2		2,0		2,0		1,9		4,7
SUECIA	92,7	77,1	48,1	29,6	19,2	13,0	10,2	8,7	5,9	4,7	19,9

Fuente: Popnet, 1994-2.

I.1.3. Divorcialidad

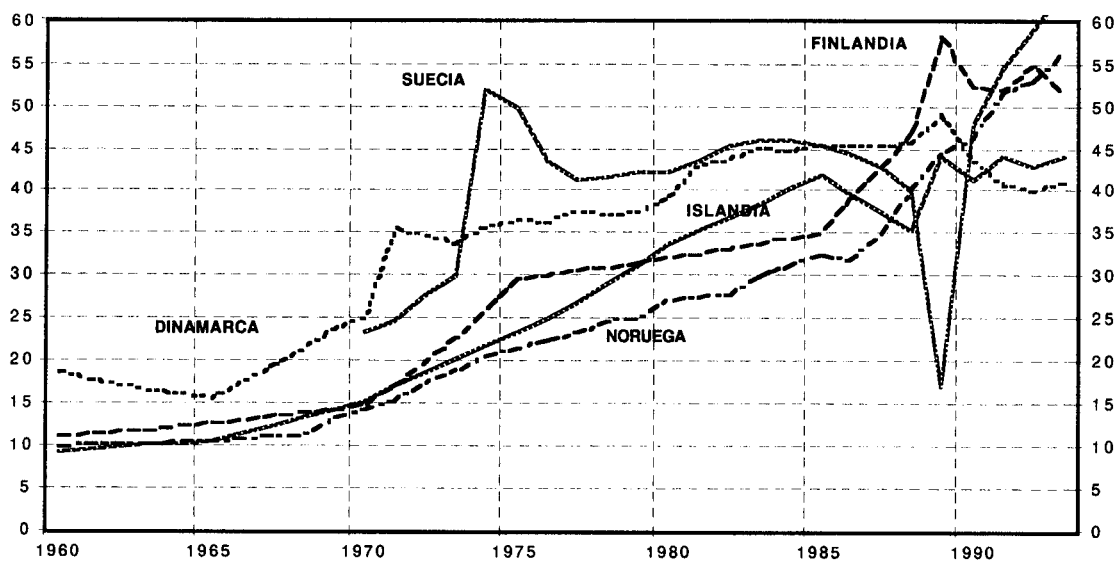
Si, como hemos visto, la evolución de la primonupcialidad y la cohabitación aparecía puntual e indirectamente afectada por varios cambios legislativos, en el caso del divorcio, la legislación es fundamental. Fundamental en su aparición, y en la diferencia de niveles entre unos y otros países, que corresponde también al tipo de requisitos exigidos para formalizar la disolución de la pareja, y al diferente registro de un mismo fenómeno.

De hecho, la década de los setenta está marcada por una reforma legislativa que afecta a la mayoría de países europeos, imponiéndose lo que algunos autores llaman la "separación consensual con efecto divorcista diferido", es decir, la desaparición progresiva y generalizada del divorcio "por culpa" substituido por la dificultad de convivencia como gran causa del divorcio, dificultad que en ocasiones y para ciertos países tendrá que demostrarse y argumentarse procesalmente (con período de separación previo) y que en otros desaparece, al considerar que la propia "voluntas divortianti" es prueba suficiente. Así, tras los países escandinavos que ya habían adoptado esta fórmula, se introdujeron cambios en Holanda (1971), en Gran Bretaña (1973), en Bélgica (1974), Francia (1975), Alemania (1976) y Portugal (1978) entre otros. Baste como ejemplo el caso sueco; si observamos el gráfico nº 4, donde se representa la evolución de la tasa de divorcio, veremos que los valores obtenidos en 1974 casi duplican los del año anterior. Ello es debido a las modificaciones introducidas en la legislación sueca en 1974 liberalizando los criterios y el procedimiento del divorcio en el citado sentido de admitir la "voluntas divortianti" (ANDERSON, 1995).

Al observar la evolución de la tasa de divorcio, es decir, el número de divorcios por 100 matrimonios efectuados para cada año (Gráfico 4), podemos ver que en el año inicial 1960, salvo en los países escandinavos y los del Este, las rupturas legales no sobrepasaban el 10%. La divorcialidad presenta, como la cohabitación, una fuerte disparidad regional tanto en la intensidad como en la cronología. Las máximas divergencias son protagonizadas una vez más por la Europa del Norte y la del Sur. Los países Escandinavos batieron todos los récords europeos, con máximos que llegan a superar en algunos años el 50%, mientras que en el Sur ningún país sobrepasa el 20%. La Europa del Este, sin embargo, a diferencia de la Europa mediterránea, presenta tasas de divorcio elevadas, pudiendo distinguir dos grupos de países: la antigua RDA, Hungría y Checoslovaquia con valores que superan el 20% desde mediados de los sesenta y el resto de países orientales, que tan sólo puntualmente superaran ese umbral durante el período observado.

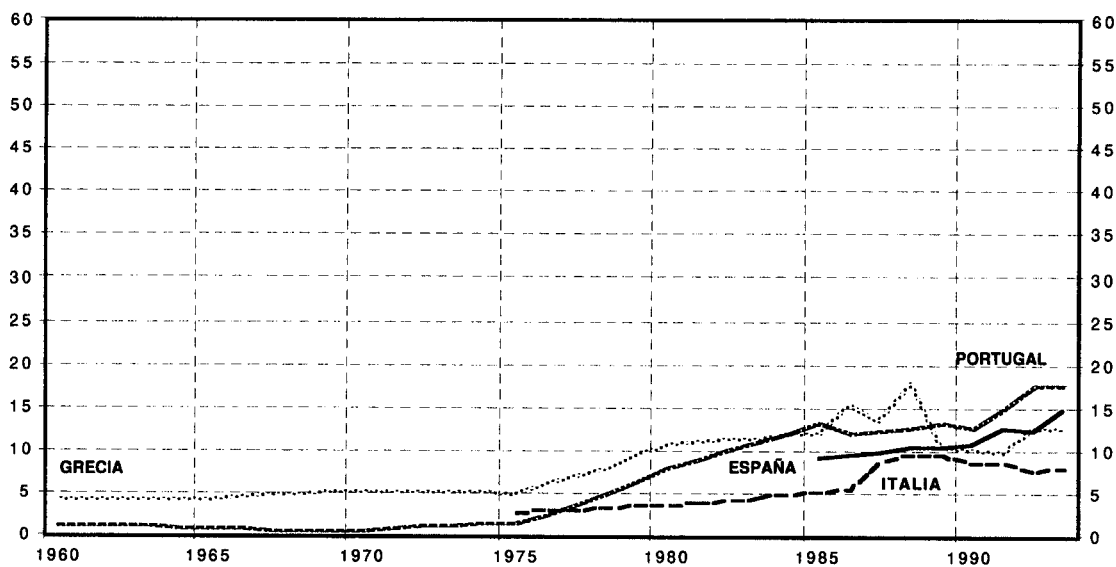
Esta diferencia no sólo es de nivel sino que también es cronológica, y aquí se acentúa la diversidad nacida de la legislación; mientras que en la Europa septentrional (excepto en Francia y en la RFA) el número de divorcios por matrimonio se incrementa a partir de finales de los años sesenta, en la Europa meridional no será hasta mediados de los setenta o incluso más tarde cuando se deje sentir tal incremento. Debe recordarse que en España el divorcio no existió hasta 1981.

Gráfico 7: Tasa de divorcio (‰ matrimonios), desde 1960. Escandinavia



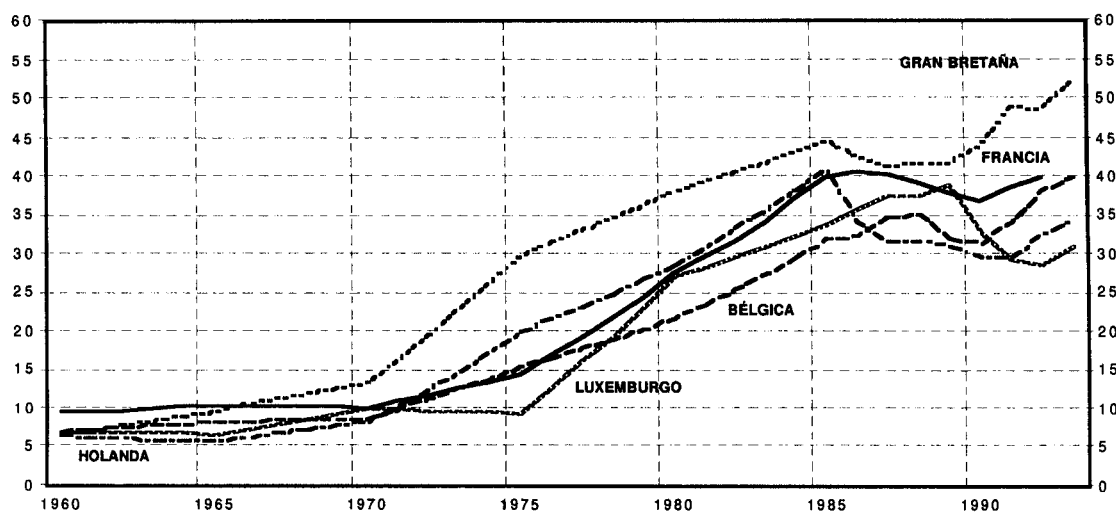
Fuente: Eurostat, 1993

Gráfico 8: Tasa de divorcio (‰ matrimonios), desde 1960. Países mediterráneos de la Unión Europea.



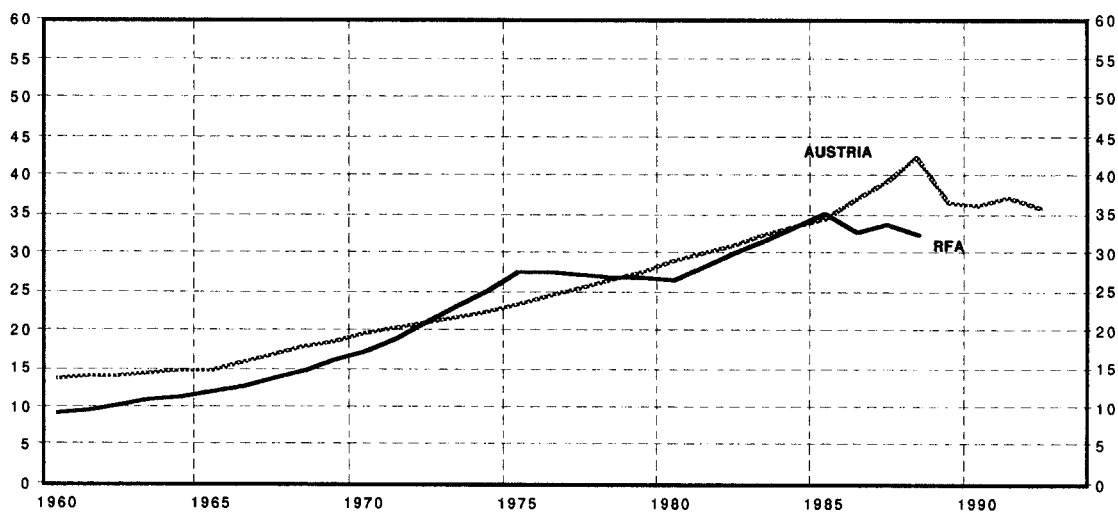
Fuente: Eurostat, 1993

Gráfico 9: Tasa de divorcio (‰ matrimonios), desde 1960. Países del norte y centro de Europa (1).



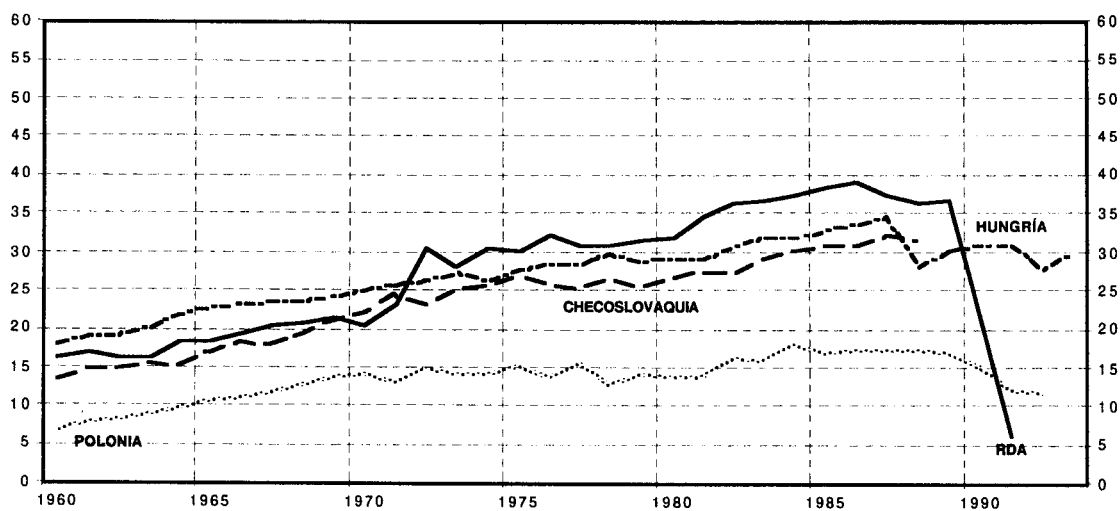
Fuente: Eurostat, 1993

Gráfico 10: Tasa de divorcio (‰ matrimonios), desde 1960. Países del norte y centro de Europa (2).



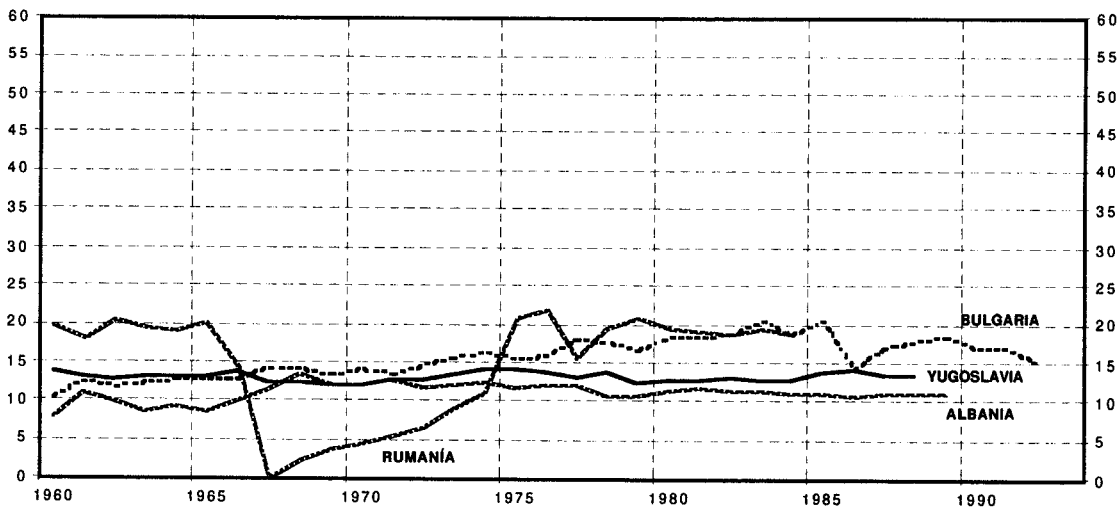
Fuente: Eurostat, 1993

Gráfico 11: Tasa de divorcio (‰ matrimonios), desde 1960. Europa Oriental (1)



Fuente: Eurostat, 1993

Gráfico 12: Tasa de divorcio (‰ matrimonios), desde 1960. Europa Oriental-Balcenes(1)



Fuente: Eurostat, 1993

Tras un rápido incremento desde 1960, el número de divorcios respecto al de matrimonios tiende a disminuir en casi toda Europa a partir del último quinquenio de los ochenta, también con diversa cronología, descendiendo primero en aquellos países donde antes había ascendido. En España, Italia y Portugal, que como ya hemos señalado presentan índices muy por debajo de los del resto de Europa y que incrementaron su número de divorcios mucho más tarde, siguen ascendiendo, siendo la excepción.

A partir de la década de los noventa la tendencia vuelve a invertirse en aquellos países donde se había dado un descenso, y continua subiendo en los países mediterráneos donde el divorcio es mucho más reciente. Por su parte, los países del Este presentan una tendencia unánime al descenso moderado de la divorcialidad. Dentro de este conjunto la excepción la constituye la caída drástica de la tasa de divorcialidad en los estados alemanes que componían la antigua RDA, a partir de la unificación.

I.1.4. Fecundidad y fecundidad extramatrimonial

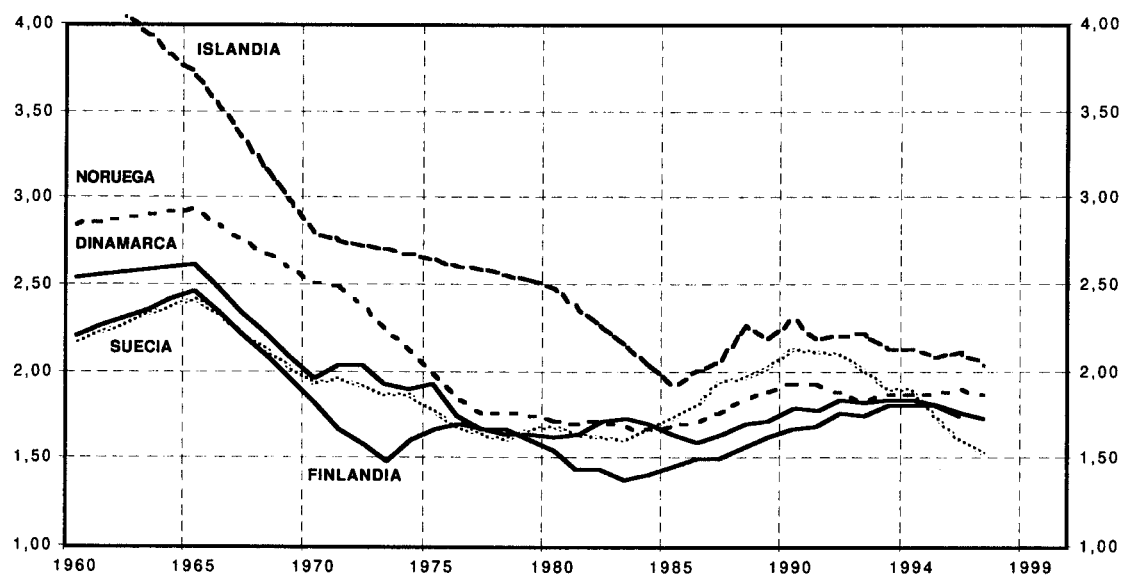
En toda Europa se advierte un descenso generalizado de la fecundidad a partir de mediados de los años sesenta, mucho más pronunciado desde 1970. El período anterior, de 1935 a 1965, a pesar de los efectos de la Segunda Guerra Mundial, fue un período de recuperación de la fecundidad, que venía descendiendo continuamente desde 1870. Como siempre, esta periodización global debe matizarse en el examen país por país, recordándose que también el descenso de la fecundidad comenzó más tarde en los países mediterráneos. Este descenso histórico de la fecundidad ya había representado una primera reducción del tamaño de la familia, pasando las formadas por dos o menos hijos a representar dos tercios del total; también había marcado este período el inicio de las grandes escisiones en el comportamiento reproductivo, es decir, la aparición de una marcada fecundidad diferencial, que anteriormente no se demostraba definitiva, como por ejemplo por el tamaño del municipio o por la clase social. Pero sobre todo, en cuanto a la formación de la familia, éste período representó la modificación del papel de la edad de la mujer en el matrimonio: una vez alcanzado el tamaño familiar "óptimo", las mujeres dejaban de tener hijos, independientemente de su edad o de la duración de su matrimonio.

El Índice Sintético de Fecundidad, que representa el número medio de hijos por mujer, es un indicador transversal, es decir, agrupa la fecundidad a diferentes edades en un momento determinado, y no debe extrapolarse su lectura al ámbito generacional, interpretando que la descendencia final de las generaciones será idéntica a la registrada en el momento. Hecha esta advertencia, podríamos destacar tres momentos: hasta 1970, en el que se constata el final del *baby boom* y el descenso de la fecundidad a todas las edades en la Europa occidental, como en la nupcialidad, más tarde seguirían los países meridionales; de 1970 a 1985, en el que se tomaría conciencia del llamado *Baby bust*, es decir, del hundimiento de la fecundidad en casi toda Europa, una vez incorporados al descenso los países mediterráneos (en los nórdicos el incremento de los nacimientos extramatrimoniales atenuaría ese descenso); a partir de 1985 allí donde antes había descendido la fecundidad empiezan a darse signos de recuperación debidos a la fecundidad de las

mujeres mayores de 30 años, llegando así a destacar el mapa actual de la fecundidad en Europa por su aparente tendencia a la homogeneización: en el descenso, los distintos niveles han ido convergiendo progresivamente. En 1993 únicamente cuatro países superaban los 2 hijos por mujer de media: Albania, Chipre, Malta e Islandia.

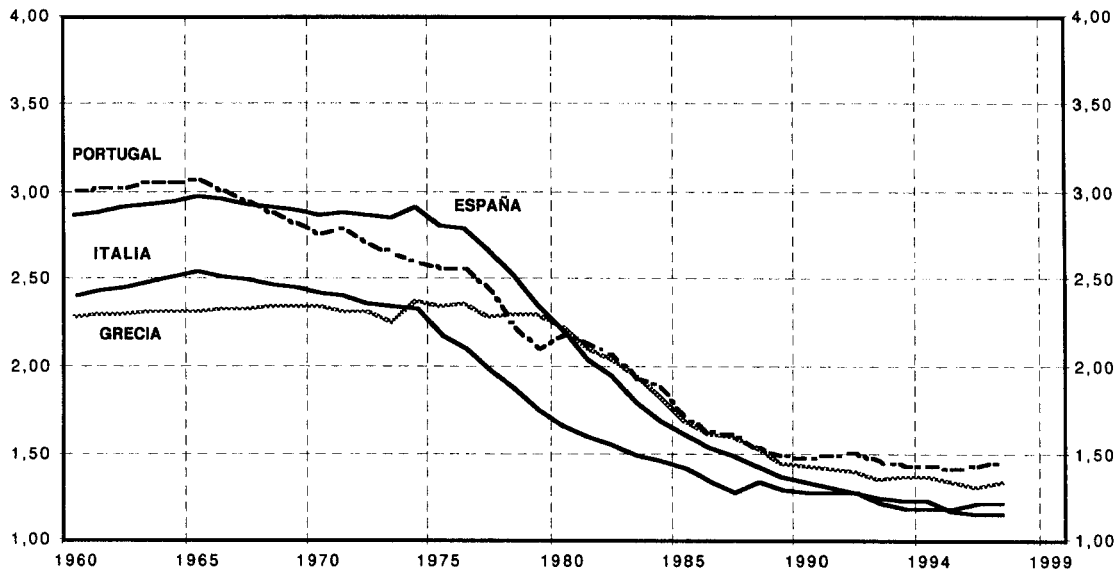
La caída de la fecundidad se da de forma paralela a la de la nupcialidad, anticipándola frecuentemente, para seguirla cuando el proceso de descenso ya ha avanzado. Ese paralelismo en la evolución es también notable al abordar la situación diferencial del Este. Con una fecundidad relativamente elevada en comparación al resto de Europa, donde se combinan los efectos de una edad de entrada al matrimonio menor y una utilización diversa de los métodos contraceptivos, pueden apreciarse los efectos de medidas políticas encaminadas aquí a evitar la caída o a incrementar la natalidad. Véase el espectacular aumento de la natalidad en Rumania desde 1966, debido sin duda a la prohibición del aborto, o la evolución y recuperación de la antigua RDA a partir de 1976, año en el que se adoptó una política claramente natalista, divergiendo cada vez más de la evolución de la antigua RFA. A partir de la década de los ochenta el Índice Sintético de Fecundidad experimentará un descenso importante en la mayoría de países de la región, que desde 1989, se convertirá en una franca caída.

Gráfico 13: Índice sintético de fecundidad, desde 1960. Escandinavia.



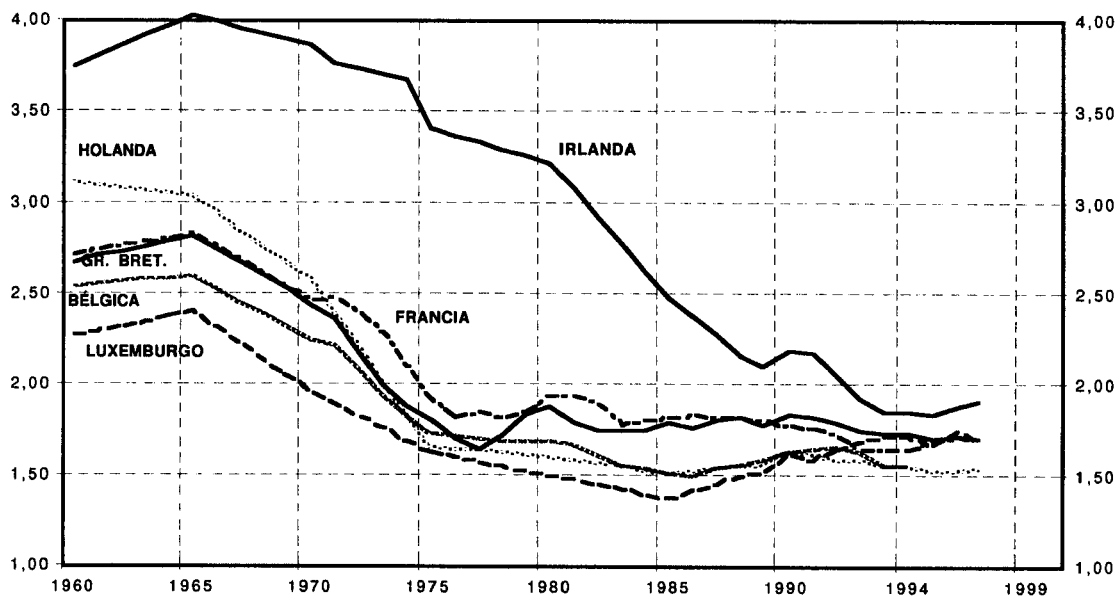
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 14: Índice sintético de fecundidad, desde 1960. Países mediterráneos de la Unión Europea.



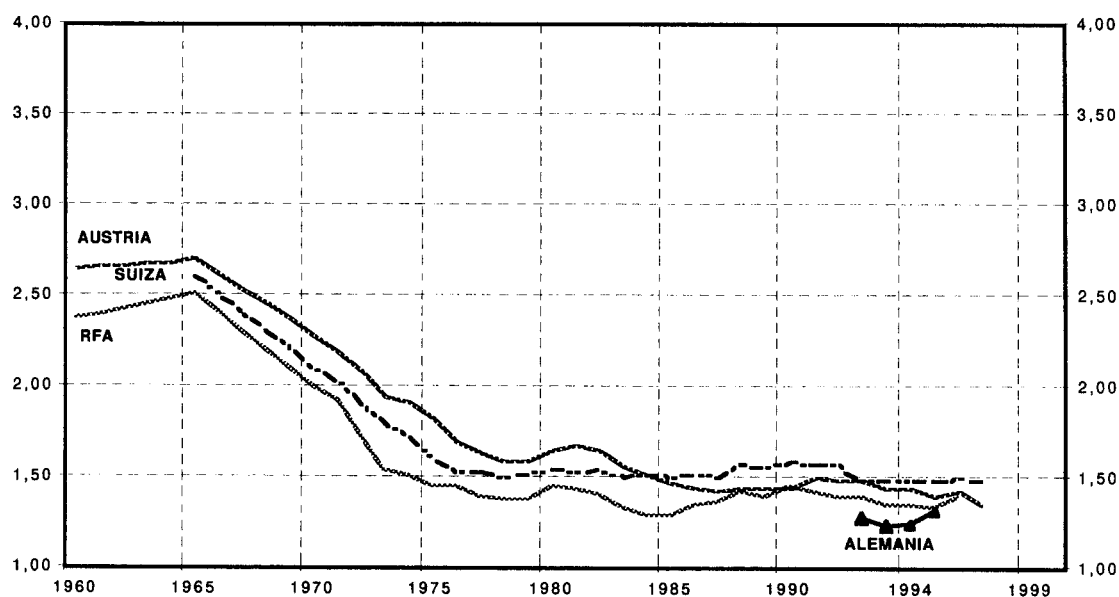
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 15: Índice sintético de fecundidad, desde 1960. Países del norte y centro de Europa (1).



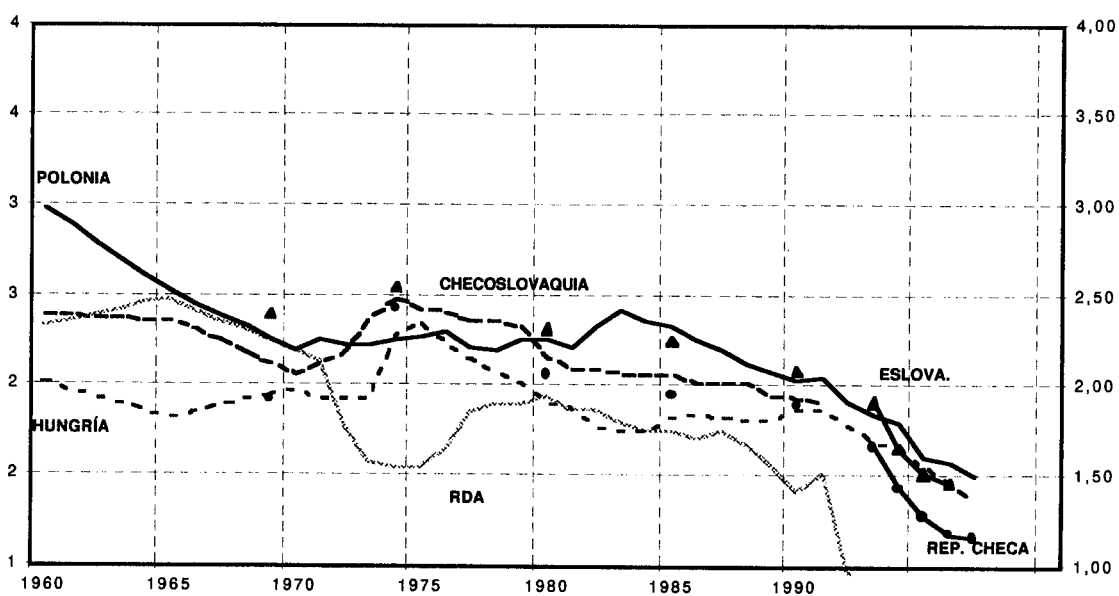
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 16: Índice sintético de fecundidad, desde 1960. Países del norte y centro de Europa (2).



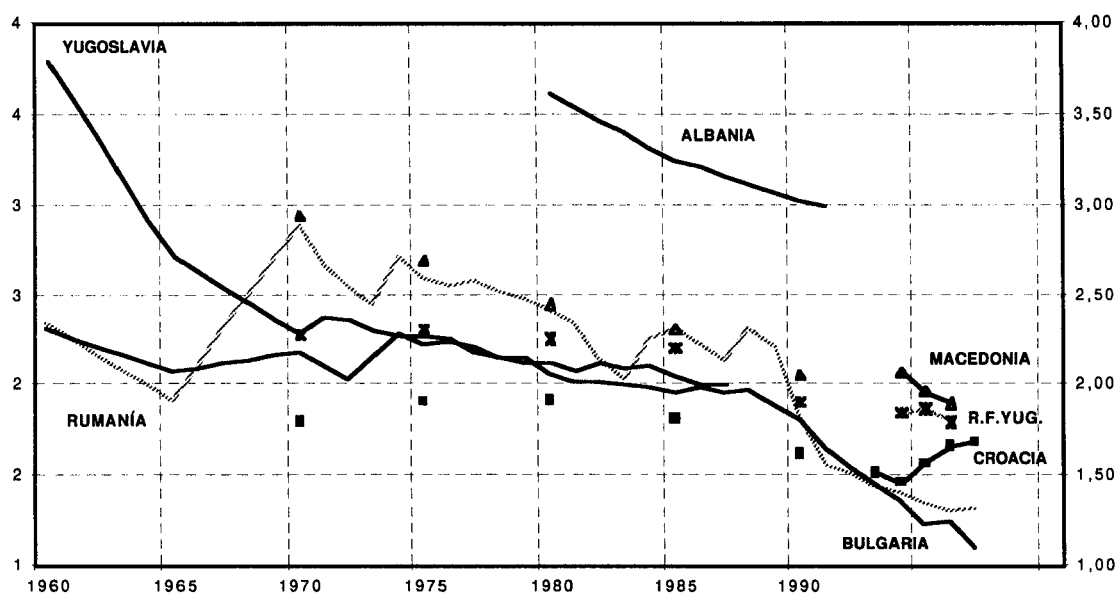
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 17: Índice sintético de fecundidad, desde 1960. Europa Oriental (1).



Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 18: Índice sintético de fecundidad, desde 1960. Europa Oriental-Balcans (2).



Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

La evolución reciente de la fecundidad contrasta con el tópico de un Sur fecundo contrapuesto a un Norte de fecundidad más débil. No sólo los países mediterráneos presentan los índices de fecundidad más bajos de todo el mundo (En 1996: 1,15 España, 1,18 Italia, 1,3 Grecia y 1,4 Portugal), sino que el descenso parece que no se ha detenido, o por lo menos, aún no se han manifestado signos de recuperación. De hecho, pese al estereotipo aún no hace mucho vigente, el sur de Europa, por lo que se refiere a España e Italia, nunca tuvo niveles de fecundidad realmente elevados en comparación a otros países septentrionales, por no hablar de ciertas regiones como Cataluña en el caso español o la Liguria en el italiano, donde el descenso de la fecundidad era evidente ya en las últimas décadas del siglo XIX. En el caso de los países del norte de Europa, la tendencia a la recuperación que se constata a partir de 1983 en Suecia, Noruega y Dinamarca, y que en el caso Sueco se imputó a medidas políticas (HOEM, 1990), se ha visto frenada desde el año 1991, situándose el Índice Sintético de Fecundidad en 1,61 en 1996 para Suecia y en un 1,75 en Dinamarca. La evolución creciente de la fecundidad en estos países a principios de los 90 (Suecia alcanzó el 2,14 en 1990, y Dinamarca el 1,81 en 1994) fue posible por un lado por la estabilización de la fecundidad a edades más jóvenes y sobre todo por el incremento de la fecundidad a partir de los 30 años. En el resto de los países europeos no mediterráneos se observan las mismas pautas que ya se dieron en los escandinavos, siendo el primer síntoma la recuperación de la fecundidad para las mujeres mayores de treinta años.

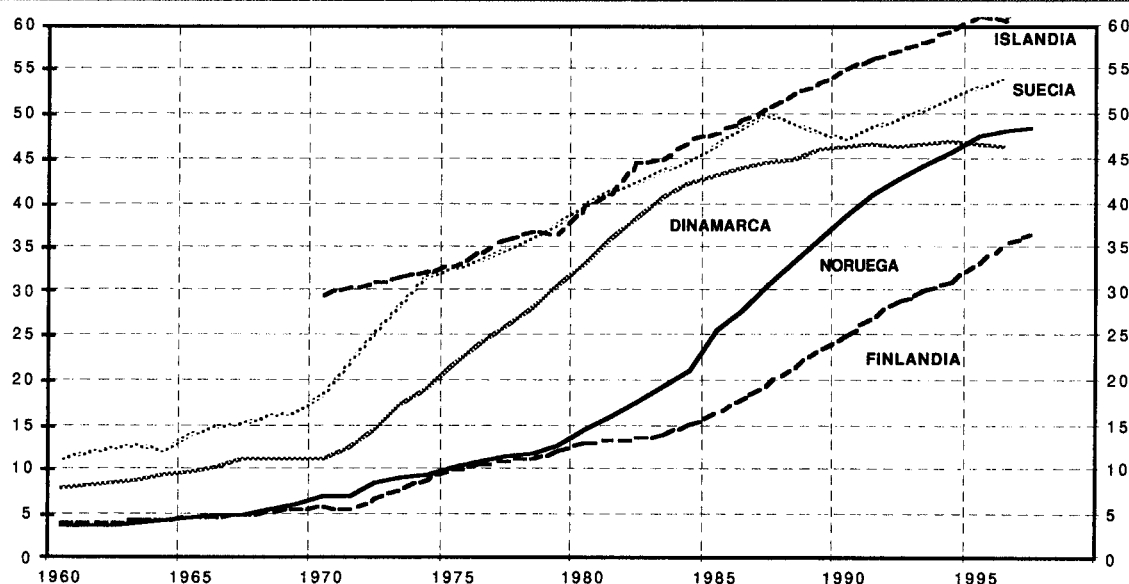
De este modo, cabe considerar que la aparente convergencia de las pautas de la fecundidad en Europa, en los bajos niveles de la presente coyuntura está ocultando tres modelos claramente

diferenciados: el correspondiente a los países del Este, el correspondiente al norte y centro de la Europa Occidental (exceptuando Alemania y Austria, con un 1,32 y un 1,42 respectivamente en 1996, si bien en ambos casos sus índices son ligeramente superiores a los años anteriores), y el correspondiente al Sur de Europa (donde los índices inferiores ya citados, han seguido descendiendo).

Por otro lado, la evolución de la proporción de hijos nacidos fuera del matrimonio (Gráfico MM) nos devuelve al ya conocido panorama de una Europa polarizada entre los máximos niveles registrados en Escandinavia y los mínimos en el Mediterráneo. A diferencia de la fecundidad general, estos niveles no parecen converger, si bien la tendencia es en todos los países hacia el alza, aunque el 53% sueco de hijos nacidos fuera del matrimonio en 1996 (por no hablar del 60,7% islandés) está muy alejado del 11% español, del 8% italiano o del 3,3% griego, por ejemplo.

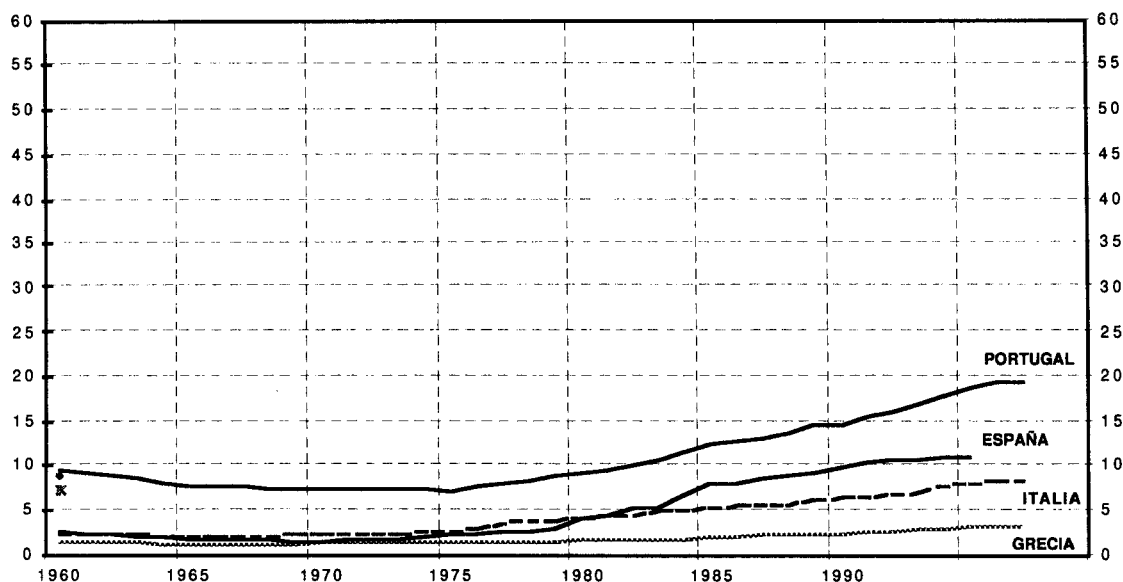
El número de los hijos nacidos fuera del matrimonio se debe a muy diferentes factores y comportamientos. Dejando a parte que el aumento en números relativos de los nacimientos extramatrimoniales también es fruto del descenso generalizado de la fecundidad, cabe considerar el cambio de las pautas en la nupcialidad y la utilización de métodos contraceptivos como dos de los mayores factores explicativos. Efectivamente, el retraso del matrimonio y el aumento de la cohabitación explican buena parte del incremento del porcentaje de hijos extramatrimoniales, así como las mujeres que deciden tener hijos sin constituir una pareja. Mientras que la mayor frecuencia de relaciones prematrimoniales y el descenso de los matrimonios de reparación pueden valorarse como factores determinantes de la evolución de los hijos nacidos fuera del matrimonio, especialmente en lo que afecta a la llamada fecundidad adolescente.

Gráfico 19: Proporción de nacimientos extramatrimoniales desde 1960. Escandinavia.



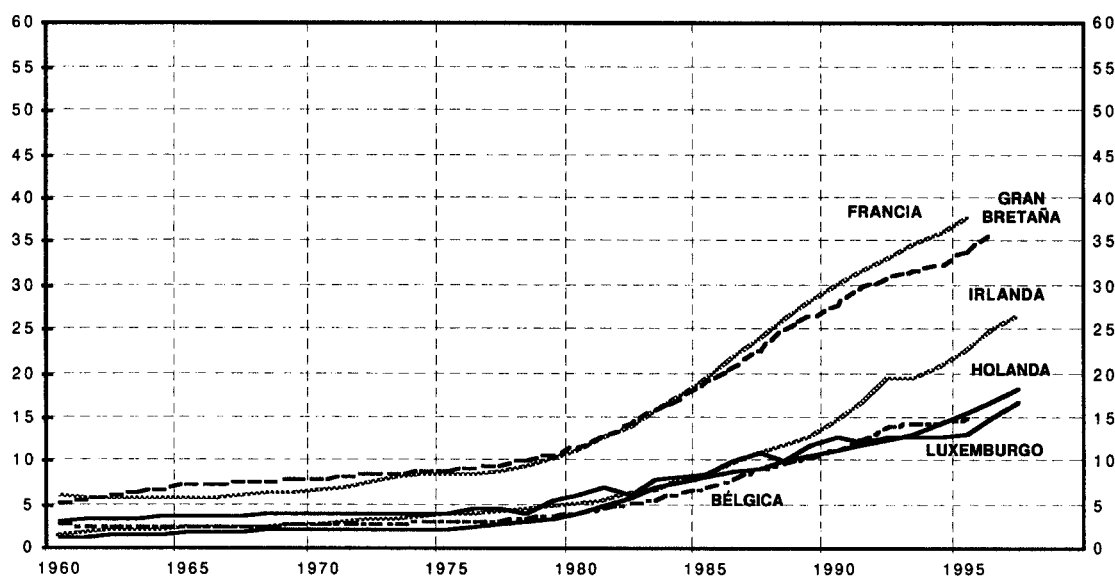
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 20: Proporción de nacimientos extramatrimoniales desde 1960. Países mediterráneos de la UE.



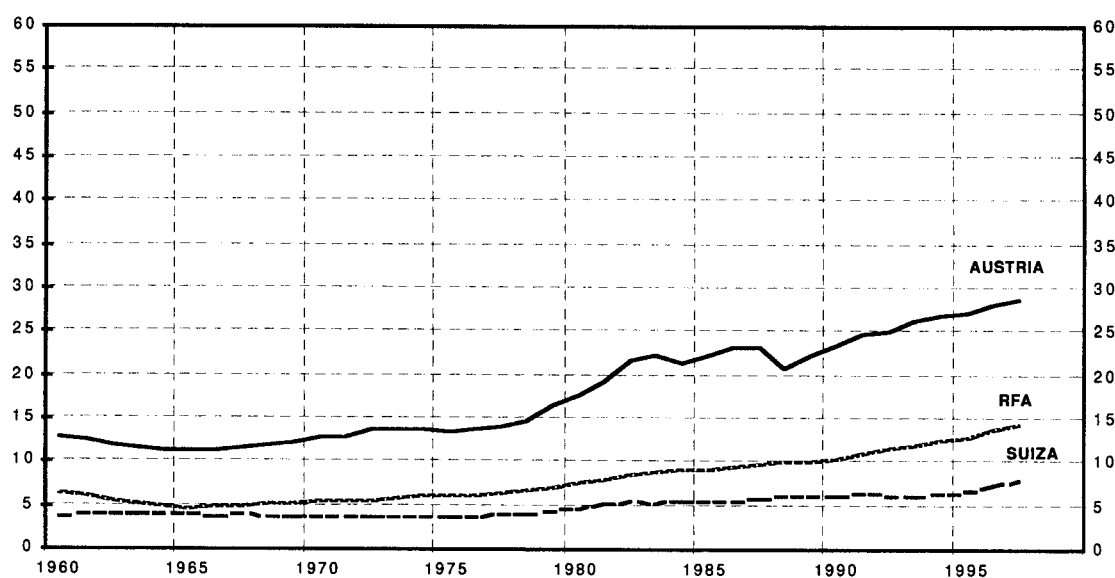
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 21: Proporción de nacimientos extramatrimoniales desde 1960. Países norte y centro de Europa (1).



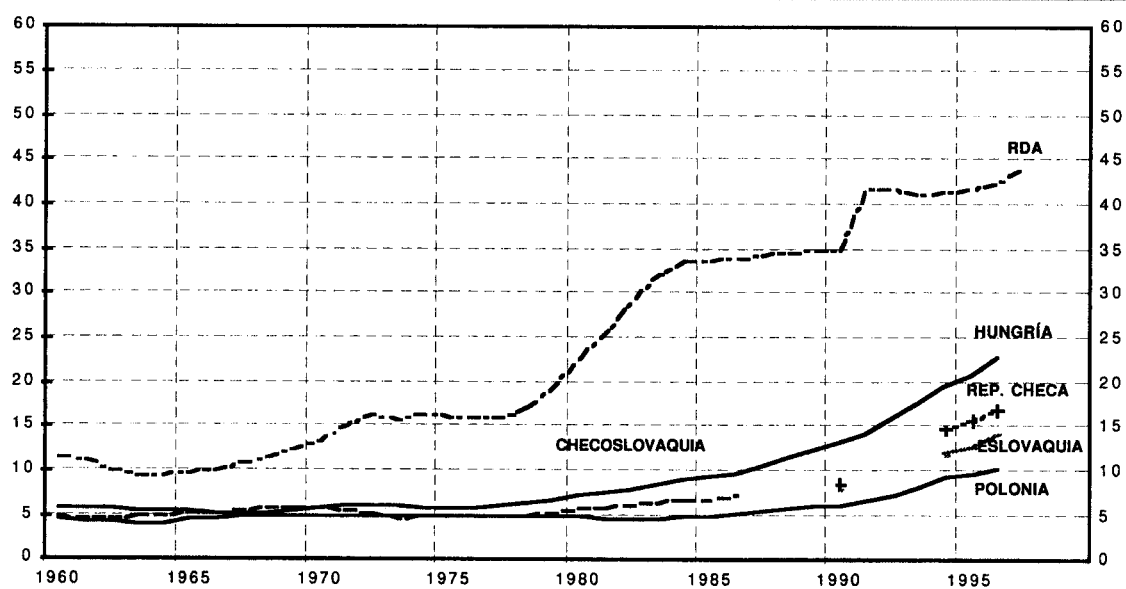
Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 22: Proporción de nacimientos extramatrimoniales desde 1960. Países norte y centro de Europa (2).

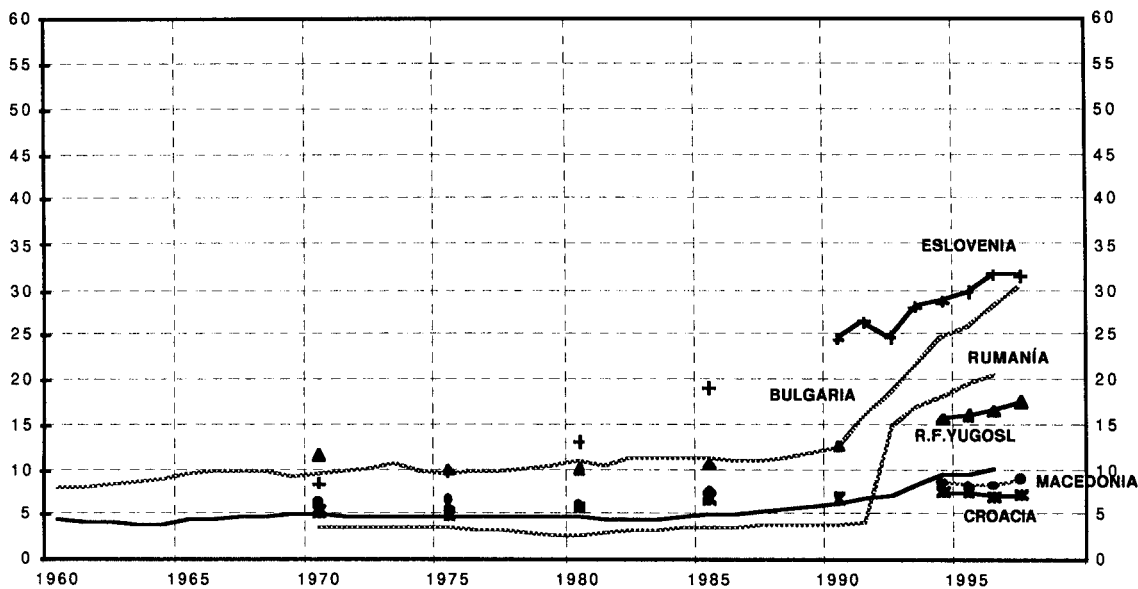


Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 23: Proporción de nacimientos extramatrimoniales desde 1960. Europa Oriental (1).



Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Gráfico 24: Proporción de nacimientos extramatrimoniales desde 1960. Europa Oriental-Balcánes (2).

Fuente: SARDON (1992); CONSEIL DE L'EUROPE (1998); y MONNIER (1999).

Una enconada polémica, centrada en Estados Unidos y Gran Bretaña, trata de relacionar el aumento de la fecundidad extramatrimonial y en especial de la fecundidad de las jóvenes menores de 20 años, con una mala aplicación de medidas sociales en favor de las familias de menores recursos económicos, o simplemente con la aplicación de políticas de asistencia social. Argumentando que es de hecho la existencia de tales medidas la que incentiva la fecundidad extramatrimonial y/o "adolescente" como medio para obtener recursos del Estado.

Lejos de un desconocimiento o falta de información sobre métodos contraceptivos, también se ha considerado que, en un momento en el que el calendario de la emancipación se retrasa cada vez más, la maternidad y la paternidad representan un acceso inmediato al estatus de adulto, con o sin las demás características que hasta el momento venían definiéndolo: ingresos económicos y vivienda propia. Hay autores que señalan cómo precisamente en Inglaterra, la fecundidad de las mujeres más jóvenes corresponde a un deseo de afirmación de una identidad adulta por parte de aquellas mujeres que no lo han conseguido a través de la profesión o de los estudios (LE BRAS, 1995). Otra explicación pone de relieve el carácter supuestamente indestructible en nuestra sociedad de los vínculos de amor filial; así pues, en un momento en que las relaciones de pareja son globalmente percibidas como frágiles, sólo el afecto filial, sobre todo el materno-filial sería concebido como de continuidad garantizada y este aspecto explicaría en algunos casos la maternidad adolescente. Nos gustaría señalar que a nuestro entender la creciente preocupación por la llamada "fecundidad adolescente" deja traslucir en parte la obligatoria minorización de las mujeres más jóvenes. En todo caso, la fecundidad llamada adolescente suele ser la manifestación de una realidad la mayoría de los casos ajena a la cohabitación, como así lo expone también la

preocupación con la que es tratada, como señala Margarita Delgado (1992) para el análisis de la fecundidad adolescente en España.

I.1.5. El aumento de la esperanza de vida

A la evolución de la mortalidad durante este período, se le ha prestado poca atención en comparación a las transformaciones del resto de fenómenos demográficos hasta aquí descritos, centrándose en todo caso en las diferencias de los niveles de mortalidad entre la Europa Occidental y la Europa del Este. No obstante, el alargamiento de la esperanza de vida y los niveles alcanzados por los países mediterráneos son de por sí relevantes, y de un interés obvio como punto de partida para considerar el incremento de personas que pertenezcan a un linaje de cuatro generaciones vivas tanto en el presente como en el futuro.

A mediados de los años sesenta los fabulosos progresos obtenidos durante todo el siglo en la esperanza de vida se habían ralentizado. A finales de los años cincuenta, la esperanza de vida había cesado de aumentar en los países de la Europa septentrional. En el curso de los siguientes años se generalizaría la tendencia, primero en los países mediterráneos y por último, al final de los años sesenta, en los países del Este. Desde los años setenta, sin embargo, la esperanza de vida va a crecer en toda Europa de una forma notable, excepto en los países del Este. El crecimiento es superior en los países que presentaban al principio del periodo la esperanza de vida más reducida, como es en general el caso de los países mediterráneos. En este contexto los avances en España son de una intensidad inusitada pasando de los 66,9 años para los hombres en 1960 y 71,7 para las mujeres a los 74,4 y 81,6 respectivamente, registrados en 1996 (Tabla 2). Ese crecimiento es compartido por el resto de países del sur de la Unión Europea. Así Grecia pasa de los 67,3 años para los hombres y 70,4 para las mujeres a los 75,1 y 80,4 respectivamente; Italia de los 66,5 para los hombres y 71,4 para las mujeres en 1960 a los 74,9 y 81,3, situándose Portugal a la cola de la clasificación en 1996, pero habiendo experimentado crecimientos aún más espectaculares durante el mismo período, de casi 10 años para los hombres y 12 años para las mujeres, pasando de los 61,2 y los 66,7 años a los 71,1 y 78,6. Nótese que en el caso de los tres primeros países España, Grecia e Italia, tan sólo van a ver superada su esperanza de vida masculina en 1996 por Suecia (76,5), Holanda (74,7), y Suiza (75,7), y para las mujeres por Finlandia y Bélgica (80,5), Francia (82), Suiza (81,9), y Suecia (81,5).

En la década de los ochenta, la diferencia entre la esperanza de vida en el Este y el Oeste rebasaba los cinco años en la mayoría de los casos. Esas diferencias han sido atribuidas al conjunto de factores que perfilan la salud en un sentido amplio en los diferentes países, y a su incidencia a diferentes edades y por sexos (GUO, 1993; OKLOSKI, 1991).

Tanto en el caso de la aceleración en la prolongación de la esperanza de vida en los países mediterráneos como en el freno observado, sobre todo entre los hombres, en los países del Este, ha sido la variación de la mortalidad a las edades adultas lo que más ha contribuido al cambio. Así, si exceptuamos los casos rumano y albanés, con una mortalidad infantil del 23,3 por 1.000 en 1993 y de 32,9 en 1991 respectivamente, muy por encima del resto de países, la mortalidad

infantil ha descendido de forma generalizada, hasta situarse alrededor del mínimo 6 por 1.000 en la Europa Occidental y del 12 por 1.000 en el resto de países del Este. En lo que respecta a la mortalidad en los grupos de edades más avanzados nos encontramos con un fenómeno sin precedente en la historia demográfica reciente: las tasas de mortalidad, en la segunda mitad de los años 80 en los países del Este especialmente en los grupos de edad entre 40 y 60 años es la misma o incluso más elevada que la que encontrábamos a principios de los cincuenta.

El factor más importante en la reducción de la mortalidad entre la población adulta en Europa occidental se debe al descenso de la incidencia de la mortalidad provocada por razones cardiovasculares, a esta reducción han seguido las defunciones relacionadas con el cáncer y en algunos casos con los accidentes automovilísticos (OKLOSKI, 1993).

El resumen de los cambios experimentados en el período que nos ocupa, de 1960 hasta la actualidad, se caracteriza por un relanzamiento en la esperanza de vida en toda Europa, excepto en los países del Este donde ésta se ha visto deteriorada. Los aumentos en la esperanza de vida se deben a la disminución de la mortalidad en las edades adultas, una vez alcanzados niveles de mortalidad infantil mínimos.

Tabla 2: Esperanza de vida al nacer, hombres y mujeres, y esperanza de vida a los 45 y 65 años. Países europeos.

		1960	1970	1975	1980	1985	1990	1996			1960	1970	1975	1980	1985	1990	1996						
		ESCAN DINAVIA							Año 45 65		PAISES							Año 45 65					
DINAMARCA	H	70,4	70,7	71,1	71,2	71,6	72,0	72,9	95/96	30,3	14,2	ESPANA	H	66,9	69,6	70,4	72,5	73,3	73,3	74,4	97	32,4	16,0
	M	74,1	75,8	76,8	77,3	77,5	77,7	78,0		34,5	17,7		M	71,7	75,1	76,2	78,6	79,7	80,3	81,6	96	38,1	19,8
ISLANDIA	H	70,7	71,1	73,0	73,7	74,7	75,7		96/97	33,3	16,2	GRECIA	H	67,3	70,1		72,2	72,6	74,5	75,1	96	32,8	16,1
	M	75,5	76,9	79,2	79,7	80,2	80,3			37,4	19,5		M	70,4	73,6		76,3	77,6	79,5	80,4	96	36,8	18,6
FINLANDIA	H	65,2	66,4	67,4	69,2	70,1	70,9	73,0	97	31,0	15,0	ITALIA	H	66,5	68,2	69,7	70,6	72,0	73,6	74,9	93	31,7	15,2
	M	72,3	74,6	75,9	77,6	78,5	78,9	80,5		36,8	18,9		M	71,4	74,0	75,9	77,4	78,6	80,2	81,3	96	37,1	19,1
NORUEGA	H	71,2	71,2	71,7	72,3	72,8	73,4		97	32,5	15,5	PORTUGAL	H	61,2	63,7	65,2	67,7	69,7	70,2	71,1	95/96	30,2	14,3
	M	75,5	76,9	78,0	79,0	79,5	79,8			37,2	19,4		M	66,7	70,3	73,0	75,2	76,7	77,4	78,6	96	35,5	17,7
SUECIA	H	71,4	72,2	72,1	72,8	73,8	74,8	76,5	96	33,2	16,1	EUROPA ORIENTAL							Año 45 65				
	M	75,2	77,1	77,9	78,8	79,7	80,4	81,5		37,6	19,7		H	67,8	66,3	66,9	66,8	67,3					
		EUROPA CENTRAL Y							Año 45 65		REP. CHECA							Año 45 65					
ALEMANIA	H							73,6	93/94	30,5	14,6	ESLOVAQUIA	H						67,5	70,4	97	28,1	13,2
	M							79,9		36,0	18,3		M						67,0	77,0	96	33,8	16,6
R.D.A	H	67,3	68,9	68,5	68,7	69,5	70,0					HUNGRIA	H						66,6	68,8	96	27,1	13,0
	M	72,2	74,2	74,0	74,6	75,4	76,2						M						66,6	68,8	96	34,0	16,8
R.F.A	H	66,9	67,3	68,3	69,9	71,5	72,7					POLONIA	H	65,9	66,3	66,3	65,5	65,1	65,1	66,1	96	24,9	12,1
	M	72,4	73,6	74,8	76,6	78,1	79,1						M	70,2	72,2	72,4	72,7	73,1	73,7	74,7	96	32,1	15,6
AUSTRIA	H	65,6	66,8	67,7	69,0	70,4	72,5	73,9	97	31,6	15,4	ALBANIA	H				67,0	68,5	69,3				
	M	72,0	74,1	74,7	76,1	77,4	79,0	80,2		36,9	19,1		M				72,0	73,8	75,4				
BELGICA	H	66,3	67,3	68,7	70,0	72,7	73,8		94/96	31,6	15,2	BULGARIA	H	67,8	68,6	68,7		68,2	68,0	67,2	95/97	26,5	12,2
	M	72,2	73,7	75,2	76,8	79,4	80,5			37,3	19,6		M	71,4	74,0	73,9		74,4	74,7	74,4	96	32,0	14,9
FRANCIA	H	67,0	68,4	69,0	70,2	71,3	72,8	74,1	94	31,8	16,1	RUMANIA	H	63,6	66,3	67,4	66,5	66,8	66,6		94/96	25,9	12,6
	M	73,5	75,8	76,9	78,4	79,4	81,0	82,0		38,4	20,5		M	67,1	70,9	72,0	71,8	72,8	73,1		96	31,6	15,1
G. BRETAÑA	H		68,7	69,6	70,8	71,7	73,0	74,3	96	31,4	14,8	YUGOSLAVIA	H	62,4	65,4	66,9	67,8	68,3					
	M		75,0	75,2	76,8	77,5	78,5	79,5		35,9	18,3		M	65,6	70,2	71,7	73,1	73,6					
HOLANDA	H	71,3	71,1	71,4	72,4	73,1	73,8	74,7	96	31,1	14,4	BOSNIA-HERZEG.	H				67,7	68,3	69,7				
	M	75,2	76,8	77,6	79,2	79,7	80,1	80,3		36,3	18,6		M				72,6	73,6	75,2				
IRLANDA	H	68,1	68,8		70,1	70,1	72,1	73,3	91	29,7	13,4	CROACIA	H				66,9	67,0	68,6				
	M	71,9	73,5		75,6	75,6	78,7			34,5	17,1		M				74,2	74,8	75,9				
LUXEMBURGO	H	65,8	66,6		70,0	71,0	72,3	73,3	95/97	30,9	15,0	ESLOVENIA	H				67,3	67,4	69,4				
	M	71,7	73,7		76,7	78,9	79,9			36,3	19,0		M				75,1	75,5	77,3				
SUIZA	H	68,7	70,3	71,4	72,4	73,5	74,0	75,7	96/97	33,4	16,5	MACEDONIA	H				68,4	68,7	70,1				
	M	74,2	76,2	77,6	79,2	80,0	80,8	81,9		38,6	20,5		M				71,8	72,8	74,0				
		REP. ---							Año 45 65		EUROPA ORIENTAL-BALCANES							Año 45 65					

FUENTE: CASELLI, Craziella (1993) "L'évolution à long terme de la mortalité en Europe".
 En BLUM, Alain y RALLU, Jean-Louis (Ed.) European population. II. Demographic dynamics. Paris: John Libbey Eurotext.
 MONNIER, Alain (1999) "La conjoncture démographique: l'Europe et les pays développés d'Outre Mer"
 En Population, 4-5, juillet-octobre, 1999.
 Para la esperanza de vida a los 45 y 65 años se ha utilizado CONSEIL DE L'EUROPE Evolution démographique récente en Europe

I.2. ¿Existe un sistema demográfico específico en los países mediterráneos?

En el apartado anterior hemos hecho referencia tan sólo a la evolución de los distintos fenómenos demográficos utilizando indicadores coyunturales. La provisional limitación a la óptica transversal en esta primera aproximación introductoria, se debe a que las primeras interpretaciones de dicha evolución demográfica y las especulaciones acerca de su futuro se hicieron y, en buena parte, se siguen haciendo de este modo. Una de las primeras enunciaciones, y sin duda alguna, una de las que ha tenido más eco, fue presentada a mediados de los años ochenta por los profesores Dirk J. Van de Kaa y Ron Lesthaeghe dando pie a lo que actualmente se llama "Teoría de la Segunda Transición Demográfica" (VAN DE KAA, 1987; LESTHAEGHE, 1991).

En el presente apartado, creemos conveniente exponer de forma sucinta tanto dicha interpretación de los cambios demográficos en Europa desde 1960, como las reacciones controvertidas que suscitó en su aparición y posteriormente. Inevitablemente será dentro de ese marco interpretativo desde donde se pretende responder a las preguntas que en la actualidad se barajan sobre la evolución demográfica en Europa y que interesan especialmente a nuestra investigación.

I.2.1. A propósito de la "Teoría de la Segunda Transición Demográfica".

Si resumimos la evolución demográfica expuesta en el anterior apartado, en Europa se venía observando que:

- 1) Desde 1960 a 1970, se incrementaron el número de divorcios y en consecuencia se acortó la duración de los matrimonios, a la vez que se retrasó progresivamente el calendario nupcial. Las proporciones de primeras nupcias antes de los veinticinco años descendieron, excepción hecha de los llamados matrimonios de reparación. Durante este período se asistió, en materia de fecundidad, al final del "baby boom" y al descenso de la fecundidad a todas las edades.
- 2) De 1970 a 1985 se registró la aparición y progresiva extensión de la cohabitación prematrimonial a partir de los países escandinavos. En un primer momento, el incremento de las proporciones de parejas cohabitantes tendió a compensar el descenso de las proporciones de los matrimonios. Junto al fenómeno de la cohabitación se observó un incremento de los nacimientos extramatrimoniales. El descenso de la fecundidad continuó en los países donde ya se había iniciado y empezó a manifestarse en los países

mediterràneos. Las tasas de divorcio seguían creciendo mientras en la mayoría de países europeos se habían liberalizado los trámites, y en algunos, como es el caso español, se había reintroducido en 1981.

- 3) En el momento en que se enunciaban las primeras explicaciones del fenómeno, es decir, en 1986-87, los datos más recientes manejados por los autores correspondían a 1985. A partir de lo observado en los países nórdicos se avanzó como posible evolución futura para los demás países: la estabilización de las tasas de divorcio en aquellos países donde habían alcanzado los niveles más altos, la extensión de la cohabitación postmarital y la formación de parejas estables en que cada miembro mantendría su vivienda por separado –fenómeno conocido como *Living Apart Together (L.A.T.)*–, que sustituiría a las segundas nupcias. En cuanto a la fecundidad, recordemos que a partir de los primeros años ochenta Suecia y Dinamarca registraban una incipiente recuperación que empezó por las cohortes de mujeres mayores de treinta años, mientras que en las edades más jóvenes parecía que había finalizado el descenso, fuera porque se había llegado a los niveles más bajos posibles, fuera porque persistían los niveles de fecundidad entre las mujeres pertenecientes a los grupos de edad más jóvenes.

La llamada “Teoría de la Segunda Transición Demográfica” surge para dar cuenta de esa evolución. En su primera formulación desarrollada, es decir, en el texto del profesor Van de Kaa de 1987, entre los diversos factores considerados como causa de dichos cambios (en los que aquí no nos vamos a detener), clasificados en tres grandes procesos (estructurales, culturales y tecnológicos), destaca la transformación en el papel de la mujer y los efectos de su masiva incorporación al mercado laboral. En este sentido, siguiendo las tesis de Gary Becker (1981), se argumenta que la creciente escolarización y la incorporación de la mujer al mercado de trabajo incrementa los costos de oportunidad en el trabajo reproductivo y, siguiendo a Easterlin (1876), se recuerda que las altas y crecientes aspiraciones de consumo familiar necesitan de la ocupación de hombre y mujer, siendo la consecuencia de ambos procesos una baja fecundidad y la posposición del matrimonio y de la fecundidad registradas. Junto con el argumento económico, se reclama atención a la relación entre el cambio de valores y el cambio en las estructuras familiares, siguiendo esta vez, las teorías de Inglehart (1977; 1991). De este modo Lesthaeghe sostiene que en los países donde antes se observan los cambios en la formación de la pareja, y en general en la familia, es donde se inicia “la revolución silenciosa” postulada por Inglehart, es decir los cambios en el sistema de valores (LESTHAEGHE y MEEKERS, 1986; LESTHAEGHE y MOORS, 1996).

La Segunda Transición Demográfica, al igual que la Teoría de la Transición Demográfica, atrae y encuentra su cariz más polémico en su vocación predictiva. En efecto, ni la descripción de los diferentes fenómenos demográficos que se consideran, ni las principales causas del motor de dicho cambio suelen ser excesivamente discutidas. La discusión surge porque tales transformaciones se suponen irreversibles en sus efectos sobre los distintos fenómenos considerados, en especial, aunque no exclusivamente, los que determinan la formación y disolución de las familias: fecundidad, nupcialidad (y cohabitación) y divorcialidad. Una vez aceptada como tendencia ineludible, las explicaciones que se limitan a los ritmos y modos de difusión. Aunque el propio Van de Kaa señala que en el futuro no puede descartarse una

recuperación de la fecundidad y de la nupcialidad, citando los ya clásicos argumentos de Easterlin (1980), acaba marginándolos ingeniosamente y con más tiento que alguno de sus posteriores seguidores, al afirmar que se ve sometido a la "paradoja de la espinaca": *"It's just as well that I don't like spinach, otherwise I'd have to eat it" is the not unusual children's complaint with Ducht psychologist Fridja calls the 'spinach paradox'. I sometimes feel that this type of paradox is not completely absent in the possibility of a rise in fertility and renewed population growth, otherwise I'd have to consider it.*" (VAN DE KAA, 1988).

Por su parte, Ron Lesthaeghe parece más contundente, ligando la evolución demográfica y su irreversibilidad a las pautas socio-culturales que según el autor la sostienen: *"...Por lo tanto, nosotros creemos francamente que el nuevo modelo demográfico de formación de uniones y construcción de una familia se ha consolidado y que la probabilidad de retorno a la situación anterior es casi nula. Lo que Occidente experimentó no fue sólo una ola, sino más bien una Segunda Transición Demográfica genuina y comparable, tanto en esencia como en forma, al cambio demográfico de los siglos XVIII y XIX."* (LESTHAEGHE, 1994).

Una vez establecidas las principales causas de la Segunda Transición Demográfica, queda por explicar su desigual distribución territorial en Europa. El interés por dar respuesta a esa diversidad regional, aunque siguiendo con la lógica evolucionista siempre se mantenga su "inevitable" convergencia, recae en el esfuerzo de demostración causal que conlleva.

Con el fin de explicar la diversidad regional del marco demográfico de la familia en Europa Occidental, Louis Roussel (1992), partiendo de la tendencia a la desinstitucionalización de la familia constatada en el continente, presenta una tipología para dieciséis países en base a los siguientes indicadores en 1988: Índice Sintético de Fecundidad, tasa de divorcialidad, porcentaje de cohabitantes y porcentaje de nacimientos extramatrimoniales. De este modo, llega a establecer cuatro grandes regiones: 1) la región Sur, con un bajo nivel de fecundidad, divorcialidad, cohabitación y nacimientos extramatrimoniales, integrada por Italia, Grecia, Portugal y España; 2) la región Oeste, con una fecundidad baja, una divorcialidad elevada, un nivel de cohabitación bajo y un porcentaje de nacimientos extramatrimoniales elevado, compuesta por Francia, Noruega, Holanda y el Reino Unido; 3) la región Norte, con una fecundidad relativamente elevada, una divorcialidad y cohabitación elevadas, y con un porcentaje de nacimientos fuera del matrimonio elevado o medio, constituida por Dinamarca y Suecia; y 4) la región Centro, con una fecundidad débil, divorcialidad alta, cohabitación mediana y nacimientos extramatrimoniales reducidos, integrada por Alemania, Austria, Bélgica, Luxemburgo y Suiza.

A partir de esta tipología el autor se pregunta por qué se dieron con anterioridad los cambios en la región Norte, llegando a la conclusión de que es precisamente en Dinamarca y en Suecia donde se anticipan los nuevos roles de la mujer, que replantea los papeles asignados a cada sexo dentro de la pareja, la autonomía de los cónyuges y la inserción de las mujeres en el mercado laboral. El proceso conocido como "emancipación de la mujer" es lo que en definitiva actuaría como detonante en las transformaciones familiares, en lo que se conoce como desinstitucionalización por un lado, buscando fuera del marco legal el campo propio para la

experimentación de nuevas formas de pareja, o reduciendo el tamaño de la familia en función de las expectativas profesionales de ambos cónyuges.

Por otro lado, el énfasis puesto en el movimiento de la Reforma religiosa como proceso de individualización y en la temprana secularización como corolario de este proceso en los territorios donde esta triunfó (siguiendo más o menos de cerca las tesis weberianas), lleva a Lesthaeghe a reconocer la actual distribución territorial de los estadios en los que actualmente se encontraría la Segunda Transición Demográfica, a partir del mapa de la Europa de la reforma y la Europa de la contrarreforma. Así, se explicaría el retraso del sur mayoritariamente católico y ortodoxo frente a un norte reformista y secularizado.

I.2.2. Objeciones a la Segunda Transición Demográfica

Una de las primeras objeciones a la formulación de la Segunda Transición Demográfica radica precisamente en su relación con la primera Transición Demográfica. Así, Cliquet (1991), pone de relieve que después de la formulación de la Transición Demográfica se sucedieron otros análisis que nos hablaban de sendas transiciones, desde los realizados por Coale y que afectaban sobre todo a la nupcialidad, hasta las referencias a cambios radicales en el comportamiento demográfico en el paleolítico superior y más tarde coincidiendo con la revolución agraria del neolítico. Pero más allá del nombre adoptado, lo que se pone en duda es que la Segunda Transición Demográfica represente una fractura, un nuevo estadio en la evolución demográfica. Según Cliquet la (Primera) Transición Demográfica y la Segunda no pueden ser consideradas dos fenómenos distintos, la evolución descrita en la Segunda Transición Demográfica es la continuación acelerada de los cambios originados en la primera.

Del mismo modo, la oposición entre altruismo e individualismo para caracterizar y diferenciar cada una de las transiciones ha sido fuertemente criticada: en las sociedades preindustriales también era el interés personal de los individuos el que guiaba el comportamiento reproductivo, y en última instancia el tamaño de la familia, esperando una pronta transferencia de recursos de los hijos a sus progenitores. En este sentido, Cliquet, también destaca como las connotaciones positivas y negativas asociadas popularmente a los términos "altruismo" e "individualismo" se han utilizado de forma tendenciosa, o por lo menos, poco considerada respecto a las mujeres. Mientras que el proceso de autorealización y de movilidad social asociado a la primera Transición Demográfica y protagonizado por los hombres se califica de "altruismo", cuando son las mujeres las que mayoritariamente han accedido a ese proceso a partir de mediados de los sesenta, el acento se pone en la "individualización".

La presentación de la Segunda Transición Demográfica como un proceso diferenciado de la Transición Demográfica ha sido potenciado, según Cliquet, por la utilización casi exclusiva de indicadores transversales. Aunque el hecho de que algunas generaciones no hubieran en su momento, y no hayan aún llegado a la edad en la que se considera completado el ciclo reproductivo y en general familiar (lo que dificulta el estudio longitudinal), la observación del

comportamiento de aquellas generaciones que sí lo han hecho matiza mucho las fracturas sobre las que se asienta la Segunda Transición Demográfica. La contracepción, la fecundidad de las generaciones, las relaciones prematrimoniales y el divorcio no parecen presentar ninguna ruptura alrededor de mediados de los sesenta. Manifiestan, en todo caso, una aceleración. Por el contrario, el tipo de métodos utilizados, la fecundidad del momento, la primonupcialidad y la cohabitación sí que pueden considerarse fenómenos de ruptura respecto a comportamientos anteriores a los sesenta. Hay que hacer notar, a este respecto, que el hecho que más peso ha tenido en el descenso de la fecundidad (es decir, la reducción de la descendencia final), ya se había manifestado con anterioridad a los años sesenta, y que el único cambio realmente revolucionario, la efectividad de los métodos contraceptivos, ha contribuido sobre todo a eliminar los nacimientos no deseados, no pudiendo considerarse como la causa principal de los cambios.

Desde otra perspectiva, Valerie K. Oppenheimer (1994), ha subrayado el olvido del impacto del deterioro de la posición económica de los varones, particularmente de los jóvenes, sobre la fecundidad y sobre la formación de nuevas parejas. Dicho "olvido" ha sido posible, según la autora, por un lado, al adoptar las tesis de Gary Becker sobre el reparto de roles en el seno del matrimonio (con fuertes componentes parsonianos), y por el otro, al focalizar el estudio de los cambios en el comportamiento de las mujeres. Recurriendo al argumento de la mayor efectividad en la reproducción biológica de la sociedad, Oppenheimer se pregunta además si un matrimonio basado en la especialización en la producción en el hogar, y con una alta fecundidad por parte de la mujer, es plausible como estrategia global, actualmente. Desde este punto de vista, la participación de la mujer en el mercado de trabajo no estaría en contradicción con el matrimonio sino que formaría parte de una nueva estrategia matrimonial que permitiría, gracias a los papeles igualitarios, mantener e incrementar el "bienestar" del matrimonio.

Anna Cabré se ha destacado como una de las principales defensoras de la evolución cíclica y, por lo tanto, como una de las defensoras de la futura recuperación de la fecundidad y de la nupcialidad aunque lo haga distanciándose de la óptica de Easterlin, que prioriza la relación entre el tamaño de las generaciones y su acceso al mercado laboral. En el campo estricto de la nupcialidad, Anna Cabré sostiene que en los momentos en los que coinciden las generaciones numéricamente escasas, compitiendo por los mismos lugares de trabajo y con un incremento de la nupcialidad, se produce una mayor diferenciación de género y una mayor homogeneización dentro de cada uno de los sexos. Por el contrario, cuando coincidieran las generaciones llenas compitiendo por los mismos lugares de trabajo, observaríamos una evolución inversa, una mayor igualdad entre los sexos y un incremento de la jerarquización entre los individuos de un mismo sexo. Desde tal perspectiva, la emergencia de la cohabitación habría coincidido con la llegada de las generaciones del "baby boom" a la edad de formar pareja y con un cierto equilibrio entre los sexos dentro del mercado matrimonial. El actual descenso de la nupcialidad, resultante del retraso en la emancipación de los jóvenes en los países mediterráneos, debería entenderse según la autora como la traducción de las dificultades de la transformación de un matrimonio basado en el modelo complementario a un matrimonio basado en un modelo igualitario; a la lectura de una Segunda Transición Demográfica propone

la lectura de los cambios demográficos como producto de una "transición familiar" (CABRÉ, 1995). Una vez, dada esa transición, desaparecerían los impedimentos atribuidos a las relaciones interpersonales dentro de las pareja que impiden la recuperación de la nupcialidad. Pero además, desde el punto de vista de la dinámica demográfica, el descenso brusco y continuado de la fecundidad plantea tensiones en el mercado matrimonial que deberían resolverse con una futura alta intensidad nupcial (CABRÉ, 1993 y 1994).

Por otro lado, el demógrafo francés Hervé Le Bras, sostiene que la evolución demográfica de Europa, sobre todo en la fecundidad, lejos de ser convergente presenta claramente tres modelos regionales: el Norte-centro europeo, el Sur y el Este. Según el autor ha de entenderse el primero como una adecuación de la fecundidad a la coyuntura económica siguiendo el modelo establecido por la teoría de la Transición Demográfica clásica, y por lo tanto no autoriza a hablar de Segunda Transición. Lo realmente nuevo son los bajos índices de la fecundidad en los países mediterráneos. El autor especula con la posibilidad de que ese comportamiento se explique por la voluntad de las mujeres meridionales de escapar a un control familiar que ineludiblemente las remite a modelos de comportamiento complementarios. Así, mientras la fecundidad en el norte puede recuperarse porque una vez asegurada la carrera profesional de la mujer, su afirmación pasa por la afirmación de la diferencia (la capacidad reproductiva ligada a la maternidad) en el sur, las mujeres seguirían moviéndose en un ámbito de reivindicación igualitaria en el que el éxito profesional y la emancipación de un medio familiar que perciben como hostil a su estatus explica la baja fecundidad (y nupcialidad de éstas) (LE BRAS, 1995).

Una de las últimas aportaciones a la crítica de la Segunda Transición Demográfica, parte también de la constatación de ausencia de convergencia en las pautas familiares europeas. El demógrafo Anton C. Kruijsten (1996), resalta que a partir de la década de los ochenta, en vez de asistir a la pronosticada homogeneización de los comportamientos familiares en Europa, se puede constatar una diversidad, igual o superior a la observada con anterioridad a 1965, sin que estas diferencias puedan ser imputadas al diferente ritmo de evolución demográfica y desarrollo económico postulado por la Teoría de la Segunda Transición Demográfica. El autor, niega que pueda tomarse la evolución sueca como modelo al que tiendan los demás países. El crecimiento de la cohabitación a expensas del matrimonio no era pues, como se predijo, un anticipo del comportamiento europeo, sino una especificidad de la cultura, la historia y las medidas legales adoptadas en Suecia. A este respecto, según el autor, debe observarse la evolución reciente (a partir de 1989), y el impacto de la legislación en la esfera de la seguridad social sobre la formación de la pareja. El autor cree que la diversificación de los tipos familiares, junto con la heterogeneidad cultural de historia de las estructuras familiares y de medidas legislativas diferentes en torno a la familia, dibujan un horizonte de multiplicación de situaciones diversificadas frente a la unilinealidad prescrita por los defensores de la Segunda Transición Demográfica.

Abundando en el tema de la conexión entre estructura familiar, posición de la mujer y medidas legislativas, el demógrafo australiano Peter McDonald (1997) advierte que la incoherencia entre los niveles de equidad sexual planteados en diferentes instituciones sociales no sólo revierte en los muy bajos niveles de fecundidad, observados dentro y fuera de Europa. Allí

donde la contradicción es extrema, como en el caso español, añadiríamos nosotros, afectaría a la nupcialidad y, en general, a la formación de nuevas parejas. Ante un incremento de los costes indirectos derivados de tener hijos, es decir, la pérdida de ingresos debida al tiempo dedicado para cuidar de éstos que se impone a la mujer, ésta optaría por abstenerse, o reducir al máximo su número. La tesis de McDonald abandona completamente el marco de referencia de la Segunda Transición demográfica al incluir dentro de su cuadro explicativo a Japón y algunos países del sudeste asiático (Hong Kong, Corea de Sur, Taiwan, Singapur y Macao) en los que se observa un importante descenso de la fecundidad, del mismo modo que dentro de la propia Europa las similitudes y diferencias no se circunscriben únicamente a la conocida versión de la Europa del Norte y la Europa de Sur. La concomitancia de situaciones entre países tan diversos como Alemania, Austria, Suiza, Portugal, España, Italia y Grecia en Europa, todos ellos con un índice sintético de fecundidad en 1995 inferior a 1,5, se encuentra, según el autor, en que mientras que el modelo del hombre proveedor ha desaparecido prácticamente del sistema educativo y del mercado laboral, sigue sin embargo, manteniéndose un sistema de transferencias de impuestos y actitudes hacia la familia basados en ese modelo.

I.2.3. Países mediterráneos de la Unión Europea: ¿Retraso o sistema adaptativo específico?

Como hemos visto, el debate sobre la evolución demográfica reciente en Europa confluye en dos puntos interrelacionados y controvertidos: la interpretación de la diversidad regional observada, siguiendo un eje Norte/Sur, y la evolución futura.

A grosso modo, los defensores de la Teoría de la Segunda Transición demográfica, constatan una convergencia de la dinámica demográfica en Europa –fecundidad, mortalidad y migraciones–, contrastada con la disparidad Norte/Sur en la formación de la pareja y las formas familiares. Esa diversidad regional en la formación de la pareja y en las formas familiares, se explica por el retraso de los países mediterráneos, que con un sistema de valores más tradicional, presentan una menor incorporación de la mujer al mercado de trabajo, y un familiarismo que explica la lentitud en los cambios familiares (medida en términos de baja proporción de cohabitación, relativamente bajo divorcio y, consecuentemente, baja proporción de hijos nacidos fuera del matrimonio y de familias monoparentales o reconstituidas).

Según estos autores la evolución que cabe esperar en Europa es el mantenimiento de los niveles mínimos de fecundidad por debajo del nivel de remplazo, sin que se prevea una pronta recuperación, aún más si se tiene en cuenta el potencial de incorporación de la mujer en el mercado de trabajo en los países del Sur que impediría una recuperación de la fecundidad (empujando la media Europea a la baja). También se contempla una convergencia más o menos lenta de las formas familiares, siguiendo las pautas observadas en el Norte –que debería incrementar la cohabitación y la inestabilidad de las uniones–, dependiendo del avance de los

“valores postmaterialistas” en los países mediterráneos, avance que se daría con la sustitución de las generaciones (ver, por ejemplo Lesthaeghe, 1999). Bajo esa óptica las proyecciones de población en Europa dibujan un horizonte donde el ritmo de envejecimiento seguirá incrementándose de forma acelerada, siendo el gasto social en la vejez uno de los objetos de preocupación futura.

Sin romper con dicho marco interpretativo Georges Tapinos (1996) incorpora la evolución económica para apuntar hipótesis explicativas que avalarían la existencia de un régimen demoeconómico específico del sur. De este modo, en una coyuntura de crisis, el modelo familiar de la Europa meridional habría provocado la consolidación del paro y un retraso de la nupcialidad. Paralelamente, la persistencia del nexo entre natalidad y nupcialidad -a diferencia de las evoluciones observadas en el oeste de Europa- explicaría, en parte, la baja de la fecundidad y su mantenimiento a niveles mínimos. Todo ello en el contexto de una fuerte demanda de calidad para los hijos y de una cierta rigidez del mercado de trabajo formal que provocarían que se encarezca el coste de los mismos. La amplitud y la velocidad del cambio social redundarían en el desfase entre las evoluciones y la toma de conciencia por parte de las sociedades, o dicho de otra forma, la falta de respuesta institucional, que seguiría agravando el problema. Dicha interpretación conlleva una extrapolación tendencial de la evolución de los diferentes parámetros demográficos, que acentúa la óptica más pesimista.

Desde nuestro punto de vista sin embargo, no nos hallamos ante un retraso de los países del sur de la Unión, como parece deducirse de la interpretación anteriormente presentada, sino ante un complejo sistema demográfico adaptado al reajuste económico, donde ciertamente la estructura familiar ha jugado un papel clave, haciendo sostenible socialmente el reajuste. No creamos que las estructuras familiares por si solas sean más o menos tradicionales, en cualquier caso no hay evidencia de que las estructuras familiares en el sur de Europa jueguen un papel decididamente contrario a la emancipación de la mujer. La evidencia demográfica es que el notabilísimo aumento de la formación de las mujeres se ha dado en el seno de esas estructuras.

Si bien los defensores de la Segunda Transición Demográfica reconocen el impacto de la crisis económica sobre la evolución demográfica en los países del sur de la Unión para señalar su especificidad, no se toma en cuenta el efecto que una recuperación económica puede tener para esos mismos países. Por otra parte, las explicaciones anteriores dejan de lado el efecto de ajuste de los mecanismos puramente demográficos en la propia evolución futura de la dinámica poblacional. Sirva como ejemplo los efectos que puede estar produciendo la llegada al mercado matrimonial o al mercado de trabajo de las generaciones nacidas a partir de mediados de los 70, con efectivos mucho más reducidos debido al descenso de la fecundidad, especialmente importante en los países del sur de la Unión.

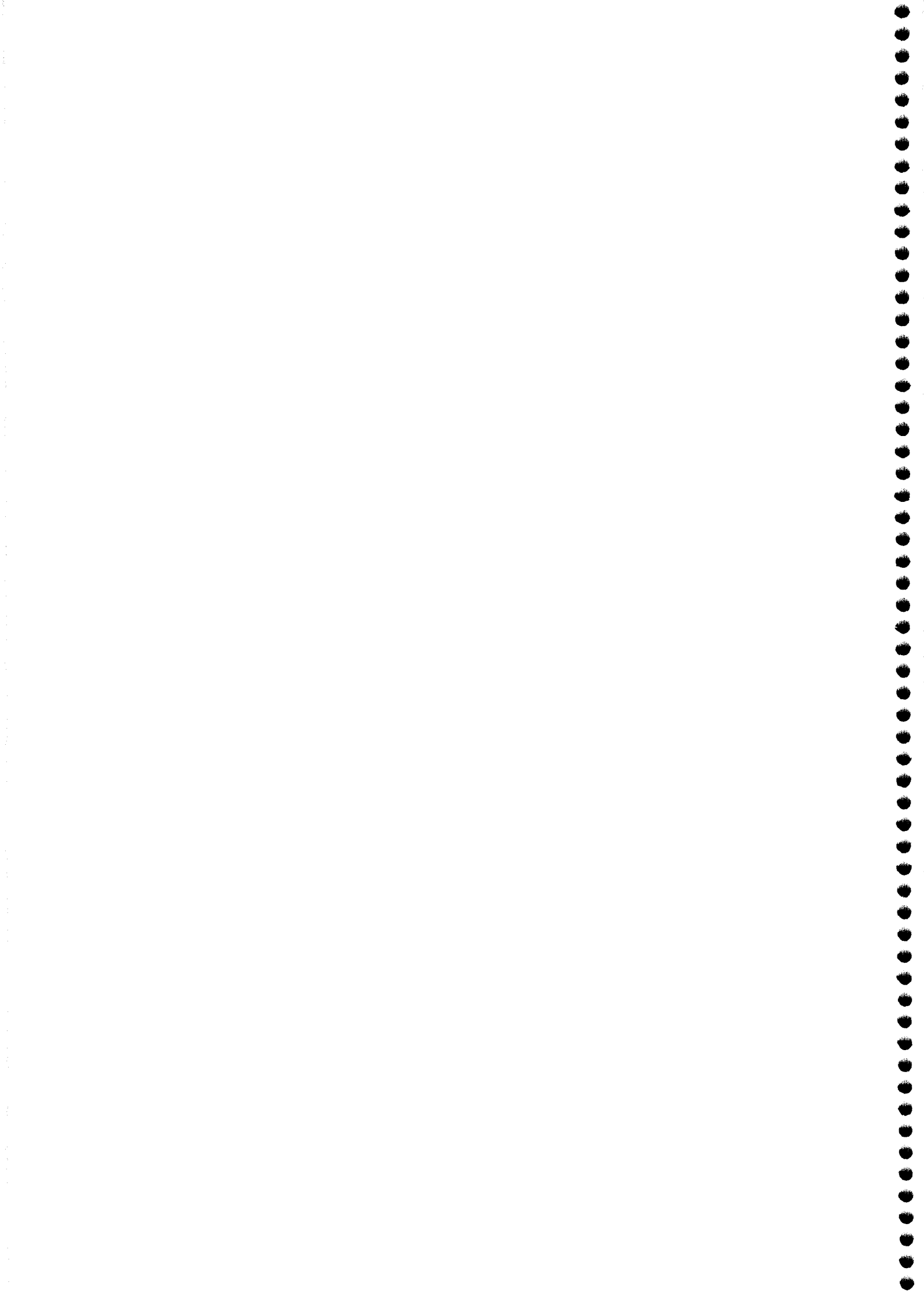
Por último, el alargamiento de la esperanza de vida es contemplado tan sólo en cuanto incide en el proceso de envejecimiento, como carga social, sin considerar qué puede significar en el contexto de la estructura familiar. Desde esta óptica, la casi universalización de la tercera generación y la emergencia de la cuarta, de hecho extiende e intensifica las relaciones intergeneracionales en el seno de la familia, dando lugar a un incremento de la transferencia de

bienes y servicios, que puede estar teniendo un efecto positivo sobre la formación de nuevas familias.

Las discrepancias en la interpretación de lo sucedido en la evolución demográfica reciente en los países del Sur, tienen consecuencias cruciales en las hipótesis sobre la evolución futura. En efecto, si se trata de una adaptación al reajuste económico y no de un simple retraso, donde la estructura familiar no juega un papel de lastre de los cambios, sino que a su vez ha permitido esa adaptación, puede considerarse una evolución en la que manteniéndose la diversidad de las estructuras familiares, sea posible una recuperación de la fecundidad y un incremento sostenido de la actividad femenina en los países del Sur, que redundarán, a su vez, en un aumento de la media europea.

Con el fin de esclarecer la situación y dilucidar las pautas de ese sistema demográfico en los países del Sur, a continuación presentaremos en primer lugar las trayectorias generacionales de los hombres y mujeres españoles en referencia a la formación, la actividad y la formación de la pareja, para dilucidar las pautas de emancipación, tratando con mayor detalle las generaciones más recientes, las nacidas a partir de 1945. En la medida de lo posible contará con la comparación con diferentes países europeos. En segundo lugar se estimará cuantitativamente el proceso de generalización de la tercera y emergencia de la cuarta generación, también para España.

**II. DINÁMICA DEMOGRÁFICA DE LAS GENERACIONES EN ESPAÑA:
TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS DE DOS SEXOS.**



II.1. Introducción: las generaciones españolas 1901-1945

Aunque los inicios de la industrialización y los primeros descensos de la mortalidad infantil y de la fecundidad podrían datarse en momentos equiparables a los del resto de Europa, su desarrollo y culminación se ven frenados reiteradamente en España. Sólo una vez superada la guerra civil y la larga posguerra, y tras el cambio de política económica que se inicia a finales de los años cincuenta, el país acelera extraordinariamente el ritmo de cambios que le han llevado en pocas décadas a integrarse en la UE. Esta singularidad en los ritmos produce generaciones con recorridos vitales sumamente peculiares, por haber vivido coyunturas extraordinariamente diversas a lo largo de sus vidas y por haber experimentado tales cambios sociales en edades diferentes.

La diversidad generacional hace recomendable investigar los recorridos vitales de aquellos que tienen hoy edades maduras y avanzadas y que son los padres y abuelos de los actuales jóvenes y adultos, en vez de analizar únicamente los indicadores demográficos transversales. Sólo de esa manera podrá comprenderse correctamente la evolución reciente de la dinámica poblacional.

Los nacidos a principios de siglo en España van a vivir acontecimientos como golpe de Estado de Primo de Rivera y la dictadura consecuente, la caída de la monarquía y la instauración de la IIª República, la rebelión militar de 1936, la guerra civil y la instauración de una dictadura militar en 1939 que había de perpetuarse durante cuatro décadas antes de que el país volviese a una democracia parlamentaria. En lo económico asisten igualmente a transformaciones notables. Se parte de un sistema productivo arcaico, con un peso abrumador de la producción agrícola y del trabajo autónomo o familiar sin asalariar; se vive una efímera pujanza gracias a la neutralidad durante la I Guerra Mundial, que intensifica las exportaciones; se experimenta la crisis al terminar la guerra, crisis que enlaza con la de los años treinta y, aún después, con los efectos de la guerra civil y la desastrosa autarquía franquista. Tras tantas décadas de depresión, estas generaciones vivirán la rapidísima y precaria industrialización de los años sesenta, que transforma bruscamente las actividades económicas y las estructuras sociales, y provoca una importante redistribución de la población en el territorio. La crisis de los setenta hace que la experiencia haya sido breve e incompleta, y la reestructuración productiva ulterior conduce a España a la terciarización del sistema productivo característica de los países postindustriales.

Las transformaciones demográficas han sido, en fin, igualmente radicales y rápidas. Desde una mortalidad pésima al empezar el siglo, que coloca a España entre los países más retrasados de Europa, hasta una esperanza de vida de la más altas del mundo. Desde una fecundidad elevada, hasta la caída brusca iniciada a mediados de los años setenta y que hace de la juventud de España la menos fecunda del mundo en la actualidad. Desde una familia

intensamente patriarcal, reforzada extraordinariamente por el familiarismo social-católico de la dictadura, hasta la escasa y tardía nupcialidad actual. En todos esos cambios, los roles femeninos son los que se han mostrado más dinámicos. Por ello, las diferencias generacionales, que ya son muy importantes en los hombres, resultan totalmente extraordinarias entre las mujeres. Lejos de producirse un acercamiento en los roles de género, es posible incluso que sus diferencias se acentuasen entre las generaciones nacidas en los años treinta y cuarenta, para reducirse muy rápidamente en las posteriores.

Tales transformaciones, por su intensidad y rapidez, configuran una peculiar convivencia intergeneracional en la población española que debe tenerse en cuenta para analizar el comportamiento de los más jóvenes.

Vamos a comentar algunos indicadores sobre la instrucción reglada, el inicio de la vida laboral y la emancipación de las generaciones 1901-1945, disponibles gracias a la explotación directa la Encuesta Sociodemográfica de 1991 (Instituto Nacional de Estadística). La encuesta se dirige a residentes en hogares familiares, mayores de diez años, e incluye un total de 157.100 sujetos de nacionalidad española, de los cuales 70.836 pertenecen a las generaciones que aquí interesan. Por su elevada representatividad estadística y por su carácter retrospectivo, se trata de la fuente más importante para el estudio de las generaciones que haya tenido nunca nuestro país.

II.1.1. Formación

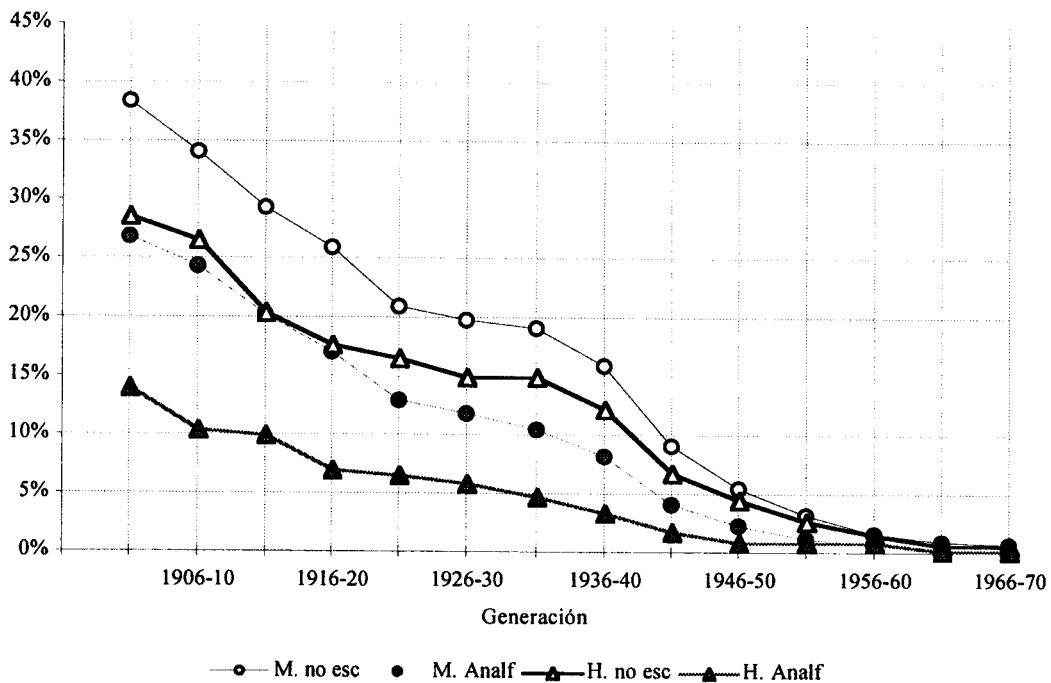
La inversión en educación en la España de principios de siglo es muy escasa tanto desde el punto de vista público como desde el punto de vista familiar. Sus costos de oportunidad son elevados, y tendrá pocas aplicaciones en la vida adulta de la mayor parte de la población, especialmente en la femenina. La estructura social es muy desigual, la economía es fundamentalmente agraria y familiar, y la salarización del trabajo resulta aún escasa, de manera que las escasas ocupaciones que requieren una cualificación especial son desempeñadas por varones pertenecientes a las élites políticas y económicas. Las unidades familiares son a menudo también unidades productivas, y los niños trabajan desde muy jóvenes. Las niñas se dedican al trabajo doméstico o extradoméstico también a muy temprana edad. Por su parte, el Estado se ha mostrado sumamente pasivo durante la segunda mitad del siglo XIX, de manera que la oferta de educación reglada es escasa, cara, y de muy pobre calidad tanto en medios como en contenidos.

Por todo ello, el primer logro educativo de las generaciones nacidas en el primer tercio del siglo será extender la escolarización y reducir las diferencias entre sexos.

Pese a que la escolarización es obligada por ley ya en la primera mitad del siglo XIX, su financiación se dejó en manos de la iniciativa privada, de la Iglesia católica y de los presupuestos locales. El retraso en la intervención estatal se mantiene hasta las reformas de principios de siglo, y sus efectos son visibles en la escasa alfabetización y escolarización de las generaciones 1901-1905: casi cuatro décimas partes de las mujeres de estas generaciones

no fueron nunca a la escuela, y más de una cuarta parte no fue alfabetizada. La diferencia con los hombres es sustancial, pero también en ellos las proporciones de no escolarizados son muy elevadas. Estas diferencias entre sexos, y la elevada proporción de quienes aprenden a leer y a escribir sin haber estado escolarizados, muestran que la familia todavía no ha cedido completamente la función educativa a otras instancias públicas o privadas.

Gráfico 25: Proporción de no escolarizados y de no alfabetizados, por sexos.



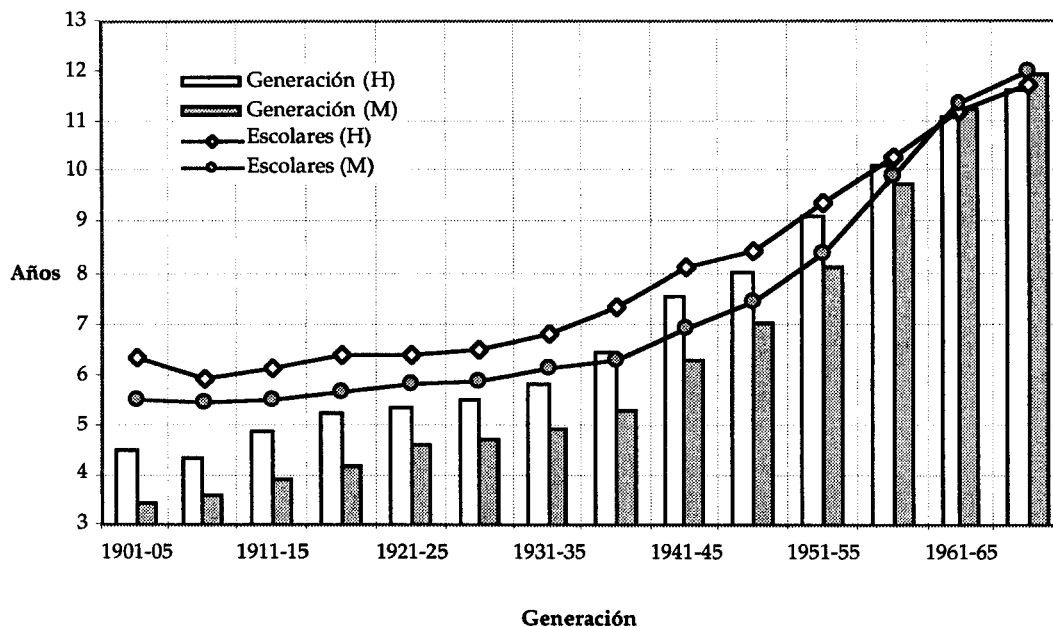
Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

Las rápidas mejoras protagonizadas por las generaciones nacidas en el primer cuarto de siglo se ven entorpecidas por la guerra civil, que provoca cierto estancamiento en las generaciones 1926-1935, y no será hasta los nacidos en los años cincuenta cuando pueda empezar a hablarse de la universalidad de la escolarización de los españoles.

La progresiva disminución de los no escolarizados no va acompañada de un crecimiento paralelo del nivel de estudios. Por el contrario, éste se mantiene estancado durante una primera fase que comprende a las generaciones nacidas en las cuatro primeras décadas del siglo, y la gran mayoría de los escolarizados sólo cursarán estudios primarios, estudios que un alto porcentaje de cada generación ni siquiera conseguirá terminar. El país reserva los altos puestos de la administración y de las empresas, muy escasos, a los hijos varones de las clases altas, que son los únicos que cursan estudios superiores a los primarios. Sólo a partir de las generaciones nacidas en los años cuarenta empezará a aumentar rápidamente el nivel medio de estudios, preludio del gran salto protagonizado por las generaciones de los años sesenta.

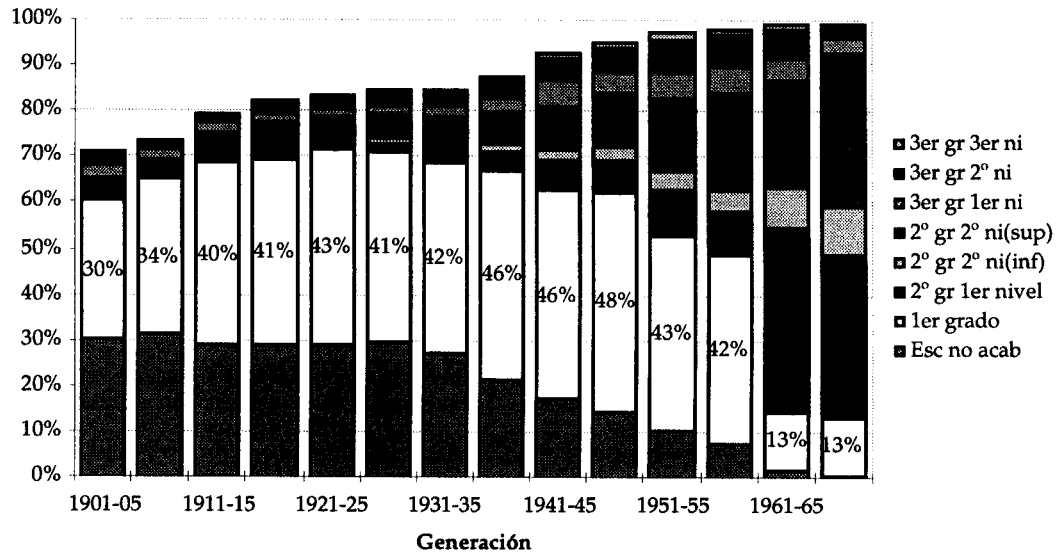
Las generaciones de los años cuarenta serán las primeras que se harán adultas en un contexto socioeconómico adecuado para sacar partido a los estudios superiores a los primarios. Aunque todavía escasos, sus miembros con estudios medios y superiores, hombres en su mayoría, formarán parte de la contestación antifranquista de los años sesenta, y se beneficiarán de la creación de nuevos nichos en la escala social, provocada por los años de desarrollo. Cuando llegue la transición política, ya en los años setenta, se encontrarán en condiciones inmejorables para ocupar cargos de responsabilidad en la administración, en la política o en las empresas. Su situación es irreplicable, y las generaciones posteriores, con niveles de instrucción muy superiores, ya no podrán rentabilizar su capital educativo en la misma medida. La crisis de los ochenta acabará por consolidar la entrada tardía en el mercado de trabajo y la necesidad de prolongar los estudios como manera de mejorar la competitividad ante la escasez de ocupaciones.

Gráfico 26: Número medio de años de estudios académicos ininterrumpidos, por sexo y generación (sobre el total generacional y sobre los escolarizados únicamente)



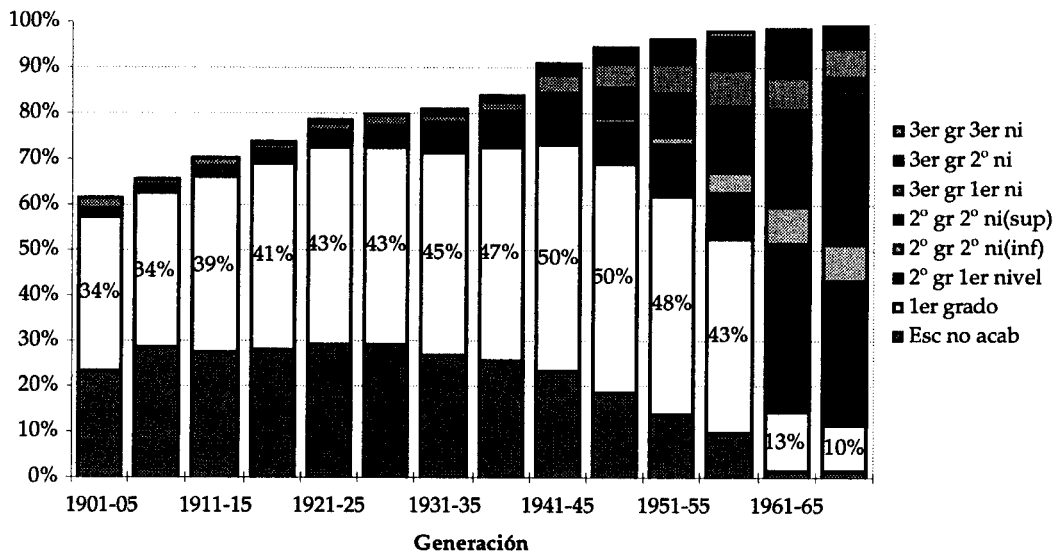
Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

Gráfico 27: Distribución según el mayor nivel de estudios alcanzado. Hombres



Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

Gráfico 28: Distribución según el mayor nivel de estudios alcanzado. Mujeres



Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

II.1.2. Actividad

El retraso del sistema productivo se evidencia en la distribución de las primeras ocupaciones según los grandes sectores de actividad. Más de la mitad de los españoles nacidos en las dos primeras décadas del siglo inician su vida laboral en el sector primario, y lo hacen a una edad media inferior a los quince años. Los no asalariados son casi el 50% en las generaciones más antiguas, y la proporción todavía será del 30% en las generaciones 1936-1940. En las siguientes la actividad agraria deja de ser el sector de inserción mayoritario, pero esa nueva situación sólo será propia de los nacidos antes de los años cincuenta, porque en las generaciones posteriores el sector servicios pasará al primer lugar (los años de rápida industrialización se inician muy tarde y durarán poco, a causa de la crisis económica de finales de los setenta y principios de los ochenta, de modo que la industria ha sido el sector principal de inserción ocupacional sólo para muy escasas generaciones).

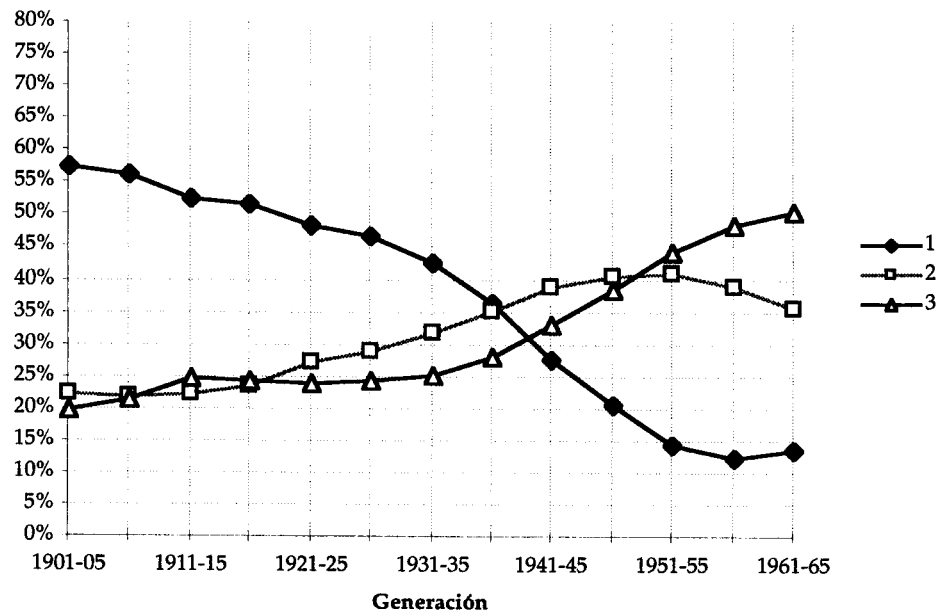
La actividad femenina, mucho menor, todavía resulta más arcaica en sus características. Se inicia mayoritariamente en el sector servicios, en trabajos a menudo difícilmente dissociables de las tradicionales tareas domésticas o de ayuda familiar. Su salarización aún es menor, si no se tiene en cuenta a las asalariadas en servicios a hogares familiares (casi una cuarta parte de las primeras ocupaciones de todas las generaciones nacidas antes de los años cuarenta). Después de los servicios, el sector primario ocupa más mujeres que el industrial hasta las nacidas en los años treinta. Pero la principal característica diferenciadora entre sexos es la escasa proporción de mujeres alguna vez activas, y la menor duración de la actividad femenina.

Tabla 3: Edad media al primer trabajo y % de alguna vez ocupados (< 40 años)

	Media	Desv.	%del total	Media	Desv.	% del total
1901-05	14,1	4,9	98,5%	15,6	6,7	57,7%
1906-10	13,8	4,6	99,6%	15,2	6,1	57,9%
1911-15	14,4	4,8	99,5%	15,5	6,0	61,8%
1916-20	14,7	4,9	99,2%	15,8	6,1	60,4%
1921-25	14,8	4,7	99,4%	16,3	5,9	59,9%
1926-30	14,8	4,6	99,5%	16,6	6,1	60,2%
1931-35	15,1	4,7	99,4%	16,8	6,2	62,0%
1936-40	15,4	4,6	99,6%	17,0	6,2	64,6%
1941-45	16,3	4,5	99,5%	17,7	5,8	69,9%
1946-50	16,6	4,5	99,5%	17,8	5,5	78,1%
1951-55	17,3	4,4	99,0%	18,5	5,7	83,7%
1956-60	18,0	4,4	98,3%	18,7	5,1	84,5%
1961-65	18,8	4,0	95,3%	19,7	4,4	82,4%

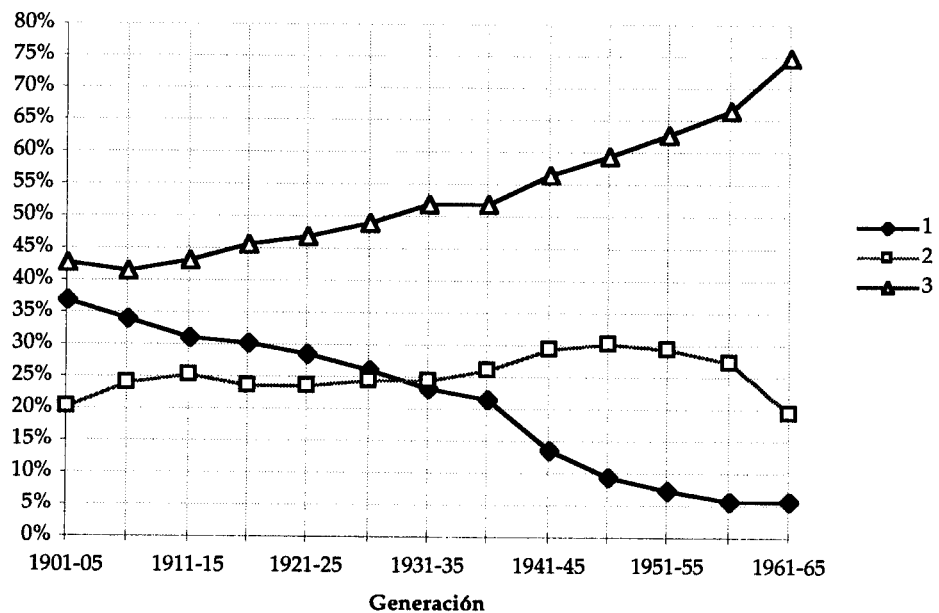
Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

Gráfico 29: Distribución de las primeras ocupaciones según los grandes sectores de actividad. Hombres



Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

Gráfico 30: Distribución de las primeras ocupaciones según los grandes sectores de actividad. Mujeres



Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

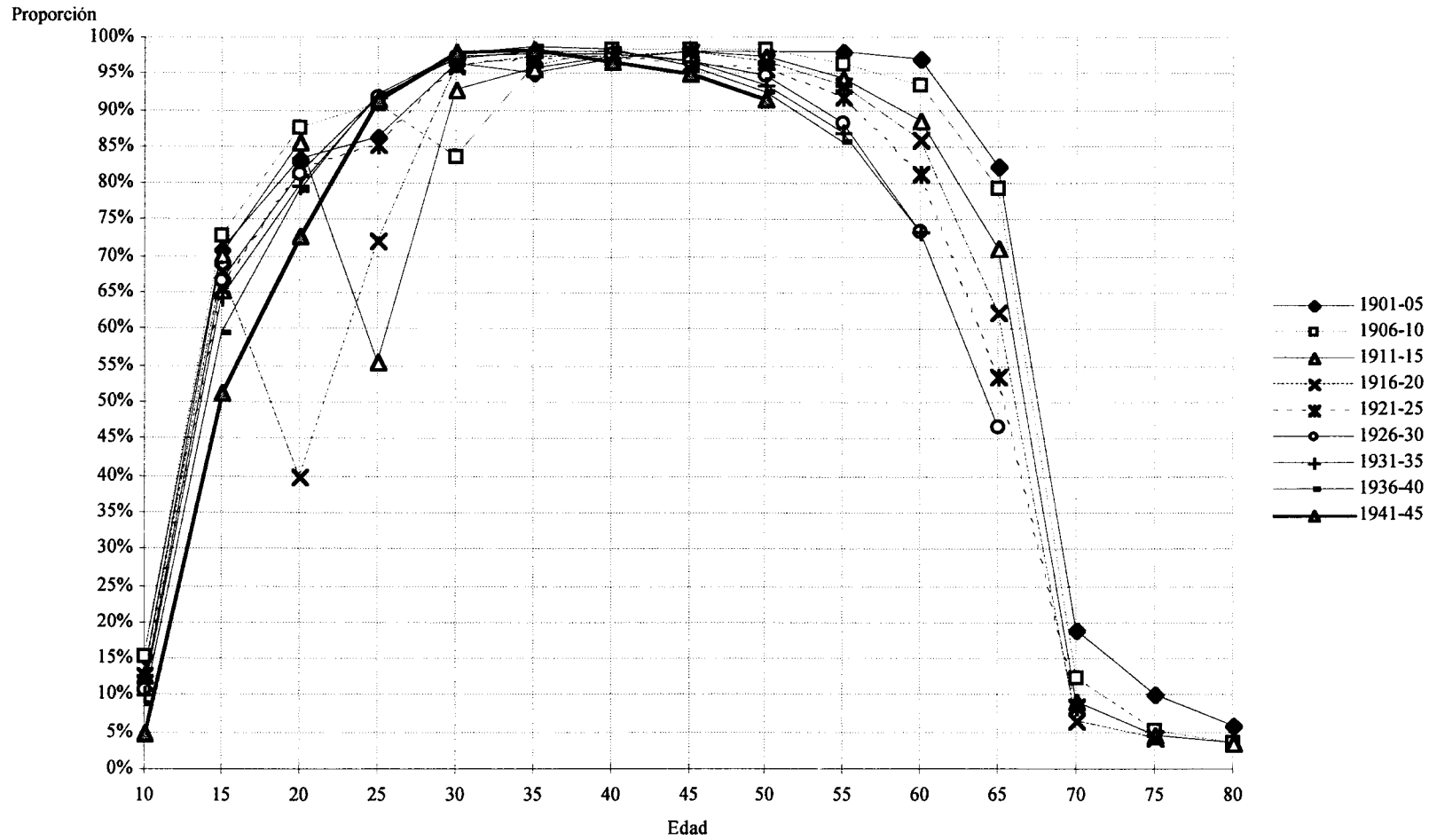
Las proporciones de activos por edad entre los hombres revelan la claridad de su papel de proveedor económico (porcentajes cercanos al 100% en las edades centrales), muy precoz en las generaciones de la primera mitad de siglo. A los 15 años las primeras generaciones estaban ocupadas en más del 70% de los casos, lo que revela su escasa dedicación a los estudios y la importancia del trabajo juvenil para el mantenimiento del conjunto de la familia. La proporción de activos a los 15 años irá disminuyendo progresivamente, pero todavía es de más del 50% en las generaciones 1941-1945. Han iniciado, por tanto, la vida laboral de manera muy temprana y, al margen de los efectos de la guerra civil, muy notables en las generaciones implicadas en edad de combatir, puede decirse que son las generaciones de este siglo que más años han trabajado. Pese a todo, es igualmente apreciable un progresivo adelanto de la edad de jubilación, de modo que la vida activa tiende a acortarse en las generaciones posteriores por sus dos extremos de edad.

La relación de las mujeres con la actividad económica es mucho menos intensa, alcanza las proporciones máximas alrededor de los veinte años, y disminuye en las edades posteriores coincidiendo con el matrimonio y la maternidad.

La evolución generacional presenta, además, una discontinuidad notable. La actividad femenina en las edades fecundas es creciente hasta las generaciones 1911-1915, en buena parte porque la vida familiar se vuelve difícil en ellas. Estas generaciones culminan un constante aumento de la soltería femenina iniciado ya en las nacidas a finales del siglo XIX, que se agrava por los efectos de la guerra de 1936, que las afecta en edades plenamente nupciales. También es posible que la misma guerra que las privaba del matrimonio hiciese también imprescindible su participación laboral. En cambio, las generaciones posteriores, hasta las nacidas en los años cuarenta, de elevada y temprana nupcialidad, volverán a experimentar un descenso de la actividad femenina en las edades posteriores al matrimonio. Las mujeres nacidas en los años treinta y cuarenta son, de hecho, las que más extensamente encarnarán, ya en los años sesenta, el modelo de ama de casa típico de los hogares nucleares del mundo desarrollado.

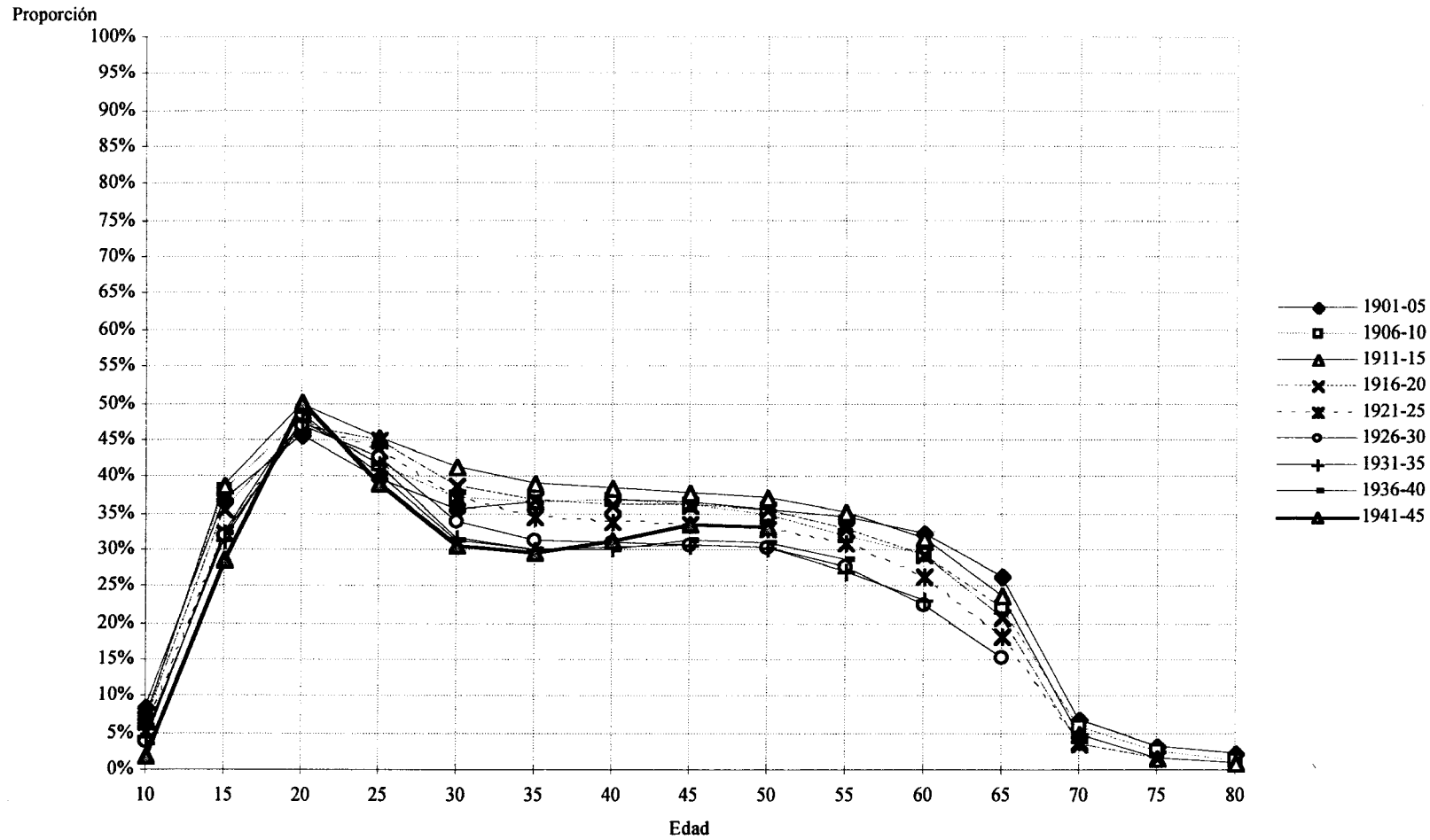
No obstante, tales generaciones presentan otras dos peculiaridades notables: por una parte, son las que mayores proporciones de activas han tenido en las edades previas al matrimonio; por otra, vuelven a incrementar su actividad una vez pasados los cuarenta años. Son las que han tenido a sus hijos de manera más temprana, han reducido notablemente el tamaño medio de la descendencia y la han concentrado en los primeros años de matrimonio. Cuando los hijos ya estén criados, y cuando la crisis industrial haga peligrar la economía familiar, muchas volverán a buscar trabajo, ya a finales de los años setenta y en los ochenta. Habiendo interrumpido su trayectoria laboral durante mucho tiempo, reincorporadas tardíamente, acabarán su vida activa con una situación laboral peor de la que tuvieron en su primera trabajo, desempeñando las tareas menos cualificadas y peor pagadas.

Gráfico 31: Proporciones de actividad por edades. Hombres



Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

Gráfico 32: Proporciones de actividad por edades. Mujeres



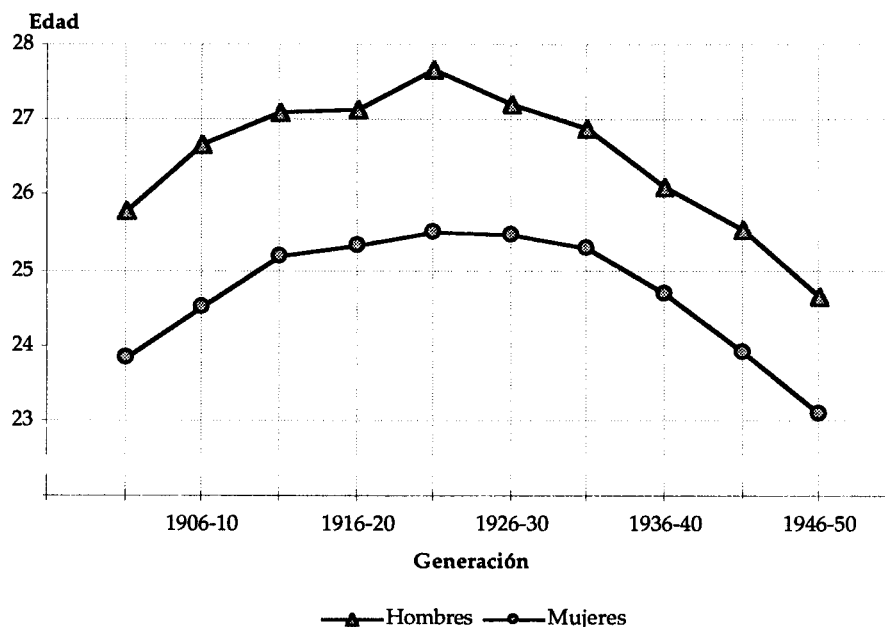
Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

La relación entre la vida laboral y la familiar de estas mujeres no volverá a repetirse. Las generaciones posteriores presentarán una relación totalmente diferente entre el trabajo doméstico y el extradoméstico, en buena parte porque la crisis las afecta siendo jóvenes, porque la igualdad educativa y legal las beneficia, y porque el modelo de familia basado en la complementariedad de roles matrimoniales y en el salario familiar masculino ya no resulta sostenible. Con una inversión en educación formal de muchos años, su entrada en la actividad será masiva, y no la abandonarán al llegar a las edades matrimoniales. En sus trayectorias vitales se consolidará la trayectoria profesional antes que la familiar, resultando una nupcialidad y una fecundidad tardías muy ligada a la especial coyuntura histórica.

II.1.3. Emancipación juvenil

Tras un retraso evidente en la edad de emancipación, que alcanza valores máximos en las generaciones nacidas en los años veinte, muy afectadas por la guerra y la posguerra, se inicia en las generaciones españolas un proceso de jubenilización del fenómeno, ya muy acusada entre los nacidos en los años cuarenta. En estas últimas se habrán roto las ataduras de la transmisión familiar de las ocupaciones y del patrimonio, características de las sociedades agrarias. En esta ruptura tiene un papel importante la emigración masiva hacia los núcleos urbanos e industriales durante los años sesenta, y la transformación del sistema productivo durante esos años.

Gráfico 33: Edad media al cese de la convivencia con los progenitores



Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991, INE

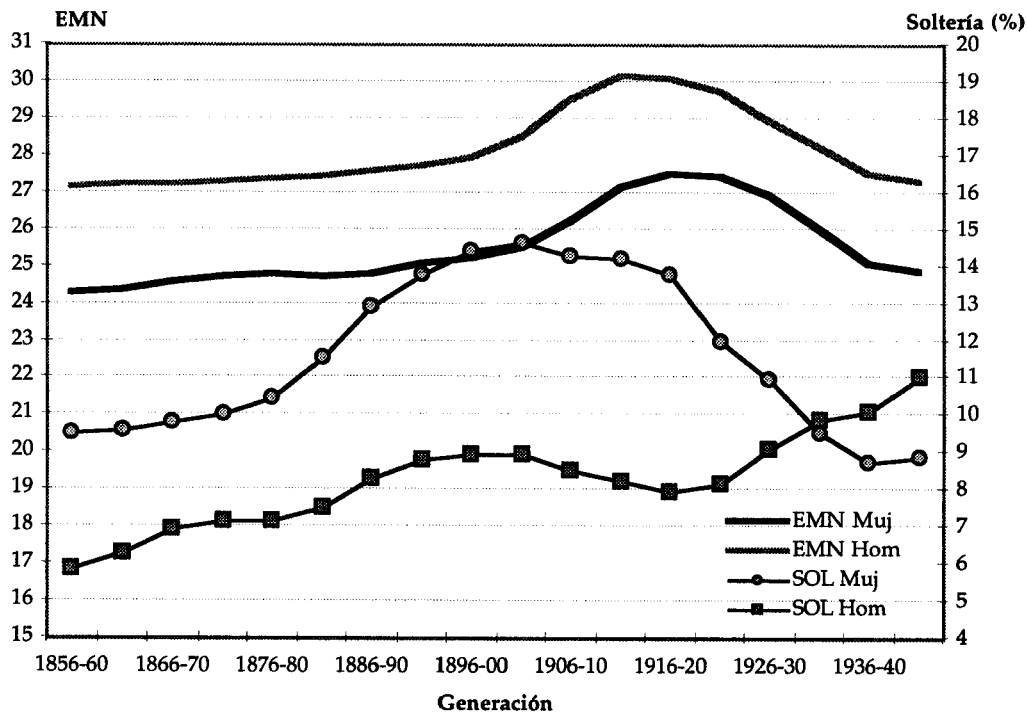
* Sólo se han considerado el cese de la convivencia anterior a los 50 años de edad

* En el cálculo se incluyen los ceses de la convivencia motivados por la defunción de los progenitores.

El cese de la convivencia con los progenitores tiene su principal causa en el matrimonio, especialmente en el caso de las mujeres. La soltería definitiva de las mujeres venía aumentando desde la segunda mitad del siglo anterior, y alcanza sus máximos entre las nacidas a finales del siglo pasado y principios del siglo XX, próxima al 15%. La edad media al matrimonio es también creciente, y tarda más en tocar techo, ya en las generaciones de los años veinte.

Con toda seguridad los efectos de la guerra civil contribuyen a impedir el previsible adelanto del matrimonio en estas generaciones, y la posguerra, dura y prolongada, también. Incluso generaciones con una soltería menguante, mantienen edades nupciales elevadas, y puede apreciarse incluso un incremento de la convivencia temporal de los casados con los padres.

Gráfico 34: Edad media al matrimonio y soltería definitiva, por sexos.



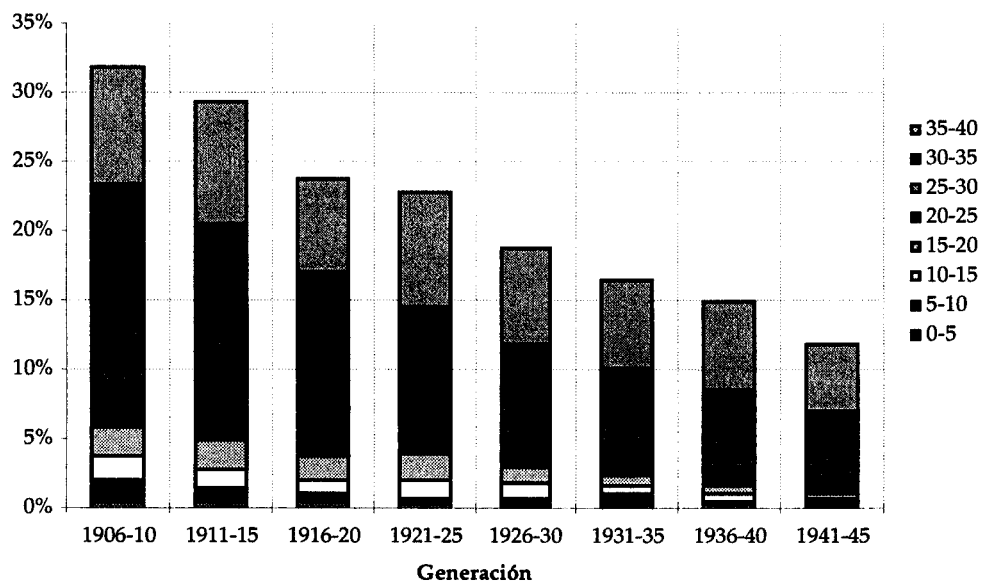
Fuente: Anna Cabré (1999)

El aumento de la intensidad nupcial femenina se acelera enormemente en las generaciones posteriores, y las nacidas en los años treinta y cuarenta tendrán ya una soltería inferior al 9% y una edad media al matrimonio similar a la que tuvieron las generaciones de mediados del siglo anterior. Esta elevada nupcialidad, unida al matrimonio temprano, al pleno empleo masculino, y a la intensa dedicación de las mujeres al trabajo de su propio hogar coinciden con

el aumento de la descendencia final de estas generaciones, que se traduce en el baby boom de los años sesenta, pese a que la fecundidad matrimonial no dejó de disminuir.

Las condiciones favorables al matrimonio temprano, incluida la peculiar coyuntura del mercado matrimonial, son la principal explicación del adelanto del cese de la convivencia a partir de las generaciones nacidas en la segunda década del siglo, que las conduce a edades medias similares a las de las generaciones de principios de siglo. Sin embargo, la explicación de esas edades tempranas no es la misma en ambos casos. En las generaciones más antiguas el fallecimiento temprano de los progenitores era también un factor de gran importancia.

Gráfico 35: Orfandad total por edades.



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Lógicamente, la defunción de los progenitores es una causa de cese de la convivencia que pierde importancia con el tiempo, pero tuvo una especial incidencia en las generaciones de principios de siglo. Esto es especialmente cierto para los hombres, de matrimonio más tardío y, por lo tanto, con más probabilidades de perder a sus padres antes de haberse casado. Si se eliminan los efectos de la orfandad sobre el cese de la convivencia con los padres, la "emancipación real" masculina cambia sustancialmente:

Tabla 4: Emancipaciones masculinas acumuladas reales (eliminado el efecto de la orfandad)

	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
15	10%	8%	10%	6%	7%	6%	8%	12%
20	16%	12%	17%	9%	12%	10%	14%	21%
25	33%	27%	30%	23%	26%	26%	34%	43%
30	61%	60%	64%	60%	62%	66%	76%	83%
35	75%	75%	77%	74%	78%	78%	86%	91%
40	79%	80%	81%	78%	81%	81%	88%	93%

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Es ahora cuando resulta visible la autentica ruptura en las pautas de emancipación, protagonizada por las generaciones nacidas en los años treinta y ya muy acusada en las de los años cuarenta, y se desvela que buena parte de la precocidad de la emancipación de los hombres nacidos a principios de siglo era forzada por la mortalidad de los padres. Las generaciones masculinas 1941-1945 tuvieron una proporción de ya emancipados a los treinta años del 83%, más alta que la de las generaciones anteriores al cumplir cuarenta años. Por tanto, la emancipación temprana ha sido, en realidad, una novedad histórica protagonizada por quienes en los años sesenta y setenta tenían edades adultas-jóvenes.

Las modificaciones experimentadas por los perfiles generacionales de los nacidos en la primera mitad de siglo son, como acaba de verse, muy intensas. Existen dos fenómenos históricos que las han marcado en gran medida: la guerra civil y el cambio económico de los años sesenta. Desde el punto de vista estrictamente demográfico ha sido fundamental la reducción de la mortalidad, especialmente la infantil, aunque la gripe de 1918 y la guerra civil hayan supuesto graves interrupciones en el proceso. Ambos fenómenos, especialmente el último, han provocado también notables diferencias de efectivos generacionales que, de ser ciertas las teorías de Easterlin, constituyen un componente más de las relaciones entre generaciones en las décadas posteriores (el volumen escaso de las generaciones nacidas durante la guerra civil tendrá de hecho efectos importantes en el mercado matrimonial y facilitará el aumento y adelanto de la nupcialidad femenina).

Las pautas de emancipación y de nupcialidad también han protagonizado modificaciones importantes, de manera que los mayores de los actuales jóvenes presentan una gran diversidad en función de la edad que tengan en estos momentos. En resumen, puede considerarse que las generaciones nacidas antes de los años treinta presentan perfiles propios de las sociedades agrarias y acusan el impacto de la industrialización siendo ya maduros o con edades avanzadas, a menudo traducido en dependencia económica y residencial. En cambio las generaciones nacidas en los años treinta y cuarenta parten de infancias difíciles, pero están escolarizadas y viven su juventud en momentos de cambio económico y social acelerado, que les facilita la constitución de familias propias de los países industrializados. Su primera ocupación es temprana, y su emancipación también, igual que su matrimonio. Tienen pocos hijos, pero su proporción de infecundos es escasa. Las diferencias de género son muy

importantes, y probablemente sean las primeras generaciones españolas en que las mujeres han podido asumir plenamente las tareas domésticas de manera exclusiva durante sus años fecundos y las primeras en que el trabajo masculino ha sido mayoritariamente suficiente para mantener el propio hogar. A diferencia de sus predecesores alcanzan la madurez con muy buenas expectativas de supervivencia y tras una larga vida laboral y familiar que prefigura una vejez mucho mejor.

Sus hijos serán ya mayoritariamente urbanos, quedarán liberados de los tradicionales deberes económicos para con los progenitores y vivirán su vida adulta en una sociedad de servicios y de tecnologías de la información. Con una inserción laboral difícil y tardía, con niveles de estudios sin precedentes, con una igualdad de sexos nunca vista en el terreno educativo, jurídico y laboral, la distribución de las distintas etapas de la vida experimentará en ellos un cambio radical frente a la de sus padres. Dicho cambio, sin embargo, afecta a estos por igual. La tardía emancipación de los jóvenes españoles no se entiende únicamente atendiendo a su propia situación y características, sino que tiene también en la peculiar situación y características de sus padres una de las claves explicativas. Las relaciones familiares entre generaciones se encuentran en un momento histórico peculiar y constituyen uno de los elementos esenciales para entender los actuales comportamientos juveniles. Es de suponer, por tanto, que todavía nos esperan cambios igualmente intensos.

II.2. La formación en las generaciones más recientes

II.2.1. El contexto europeo.

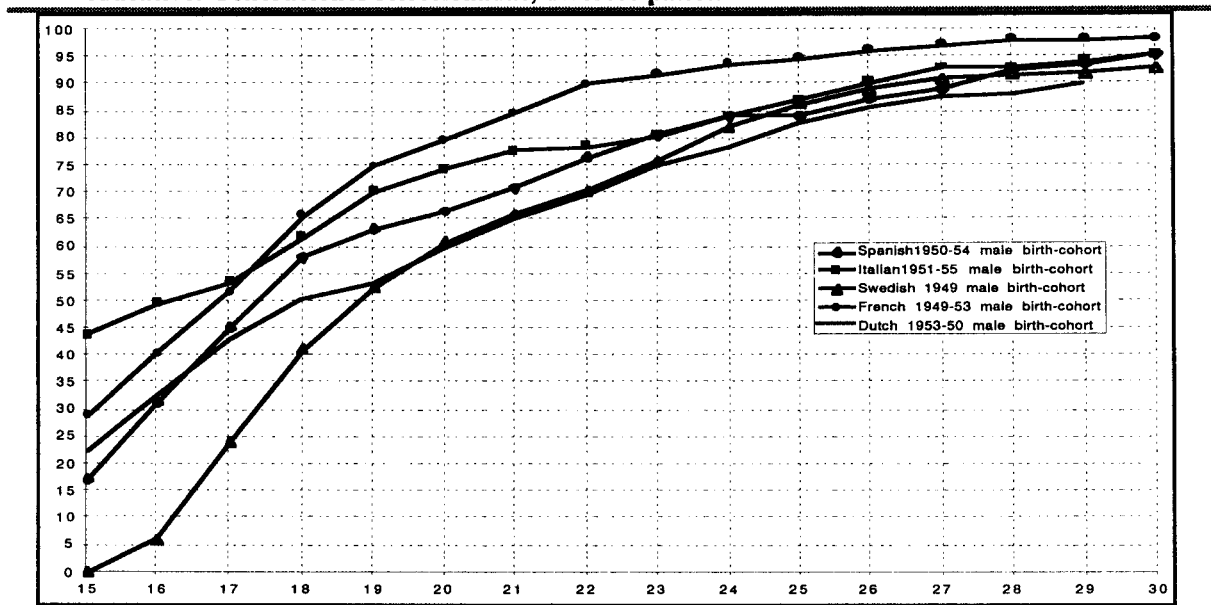
Los datos que en este y los siguientes apartados se utilizan para la comparación entre generaciones de diversos países europeos provienen de las diferentes publicaciones generadas a raíz de la Encuesta de Fecundidad y Familia (*Fertility and Family Survey*), impulsada por la *Population Activity Unit* (PAU) de la Comisión Económica para Europa (ECE). Por desgracia, en las referidas publicaciones no se explotaron los mismos grupos de generaciones, por lo cual hay que advertir que la comparación es aproximada. Hemos decidido restringirla a las generaciones de mediados de los años 50, manteniendo Suecia como representante del modelo norte, a Francia y Holanda como representantes del modelo centro, y a España e Italia, los únicos países del sur de la Unión Europea para los que disponíamos de la citada publicación.

Como primera aproximación para estudiar la trayectoria educativa de las generaciones masculinas y femeninas de los citados países europeos, presentamos la edad en que un individuo nacido a mediados de los años cincuenta completó el nivel de instrucción que había alcanzado cuando la última Encuesta de Fecundidad y Familia tuvo lugar, es decir, cuando tenía alrededor de 40-44 años (Ver gráficos 36 y 37). Además, para complementar esta información, mostramos el porcentaje de población por sexo y edad (de los 15 a los 24 años) que se encontraba estudiando en algunos países seleccionados según la Encuesta de población activa de 1997.

Veremos en primer lugar el porcentaje acumulado de hombres y mujeres por la edad en que completaron su máximo nivel educativo para las generaciones consideradas. Contra lo que se podía suponer, el comportamiento de dichas generaciones no presenta pautas interpretables desde la óptica Norte/Sur de la Unión Europea: de este modo, los comportamientos de las generaciones italianas y españolas difieren radicalmente, mientras que por otro lado, los comportamientos de las suecas, francesas u holandesas tampoco siguen pautas similares que pudieran contraponerse a las anteriores.

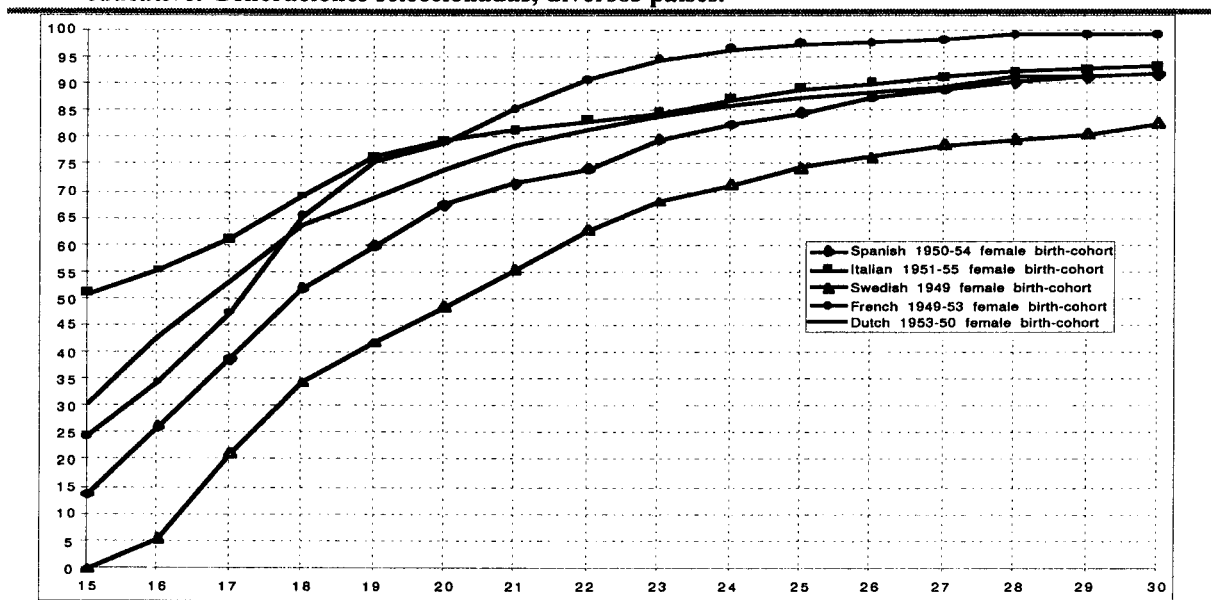
Así, en Suecia, ningún miembro de la generación 1949 había finalizado todavía sus estudios a la edad de 15 años. En contraste, un 45% de los varones italianos y la mitad de las mujeres (generaciones 1951-55) ya habían alcanzado su máximo nivel educativo. A los 30 años más del 90% de los hombres de todos los países ha completado su máximo nivel educativo, el 100% en el caso francés, y alrededor del 92% de los holandeses y suecos. Las pautas de las generaciones femeninas a los 30 años son más diversas: a esa edad mientras que las francesas habían completado en un 100%, en el polo opuesto, las suecas tan solo un 83%.

Gráfico 36: Porcentaje acumulado de varones por la edad en que completaron su máximo nivel educativo. Generaciones seleccionadas, diversos países.



Fuente: Encuestas de Fecundidad y Familia.

Gráfico 37: Porcentaje acumulado de mujeres por la edad en que completaron su máximo nivel educativo. Generaciones seleccionadas, diversos países.



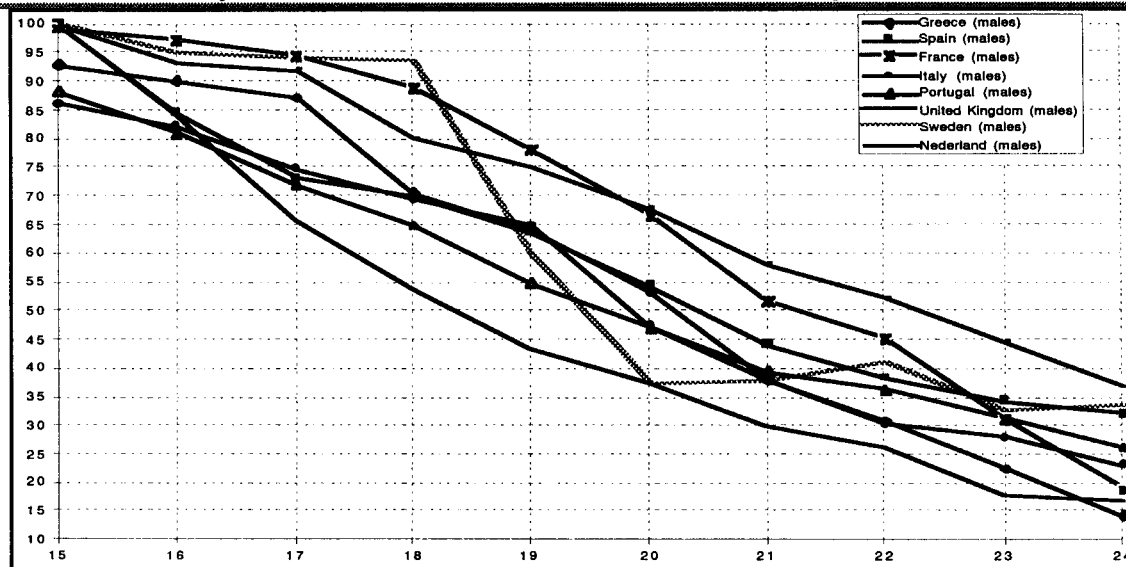
Fuente: Encuestas de Fecundidad y Familia.

En Suecia, a los 19 años, se siguen presentando los mínimos porcentajes, con un 53% para los hombres y un 42% para las mujeres. El máximo para las mujeres lo siguen ostentando las italianas, juntamente con las francesas con un 76%, mientras que entre los hombres lo alcanzan los franceses con un 75%. Desde los 19 a los 22 años exceptuando las generaciones holandesas, siguen el mismo orden por país: Francia presenta los porcentajes superiores, seguida a continuación por Italia, España y finalmente Suecia. A los 24 ya se ha consolidado la ordenación que habíamos citado para los 30 años, es decir, entre los hombres, el menor porcentaje se observa entre los holandeses, con un 78%, y el mayor entre los franceses con un 94%. El resto de los países España, Italia y Suecia un 83% de los hombres ya habían completado sus estudios a los 24 años. Para las mujeres, a los 24 años, si la mayor proporción sigue siendo la de las francesas con un 97%, la menor en este caso es el de las suecas con un 71%, seguidas de las españolas con un 83%, situándose el resto de países alrededor del 85%.

Destacamos, como habíamos anticipado las diferencias entre el comportamiento de las generaciones italianas y españolas. Mientras que Italia se sitúa siempre en la franja más elevada del porcentaje para todas las edades (és decir, se encuentra entre los que acaban sus estudios más pronto), España lo hace en la inferior (las que más prolongan el período dedicado a estudios), acercándose, aunque a distancia, a Suecia. Esa diferencia en general se agudiza cuando atendemos al comportamiento de las generaciones por sexo, recordemos que las generaciones italianas (1951-55) y las españolas (1950-54) son plenamente comparables. En Italia, el porcentaje acumulado de las mujeres es a todas las edades superior al de los hombres italianos de la misma generación (para una edad determinada las italianas que han finalizado sus estudios tienen unos 5 puntos porcentuales más que los varones), y muy superior al observado para sus coetáneas españolas (de 37 puntos a los 15 años, de 17 puntos a los 19 y de 4 puntos a los 24). En España, sin embargo, la situación entre hombres y mujeres hasta los 20 años es la inversa: los españoles presentan porcentajes superiores a las españolas, lo que significa que las mujeres españolas extienden más sus estudios que los hombres. A partir de esa edad los porcentajes son similares.

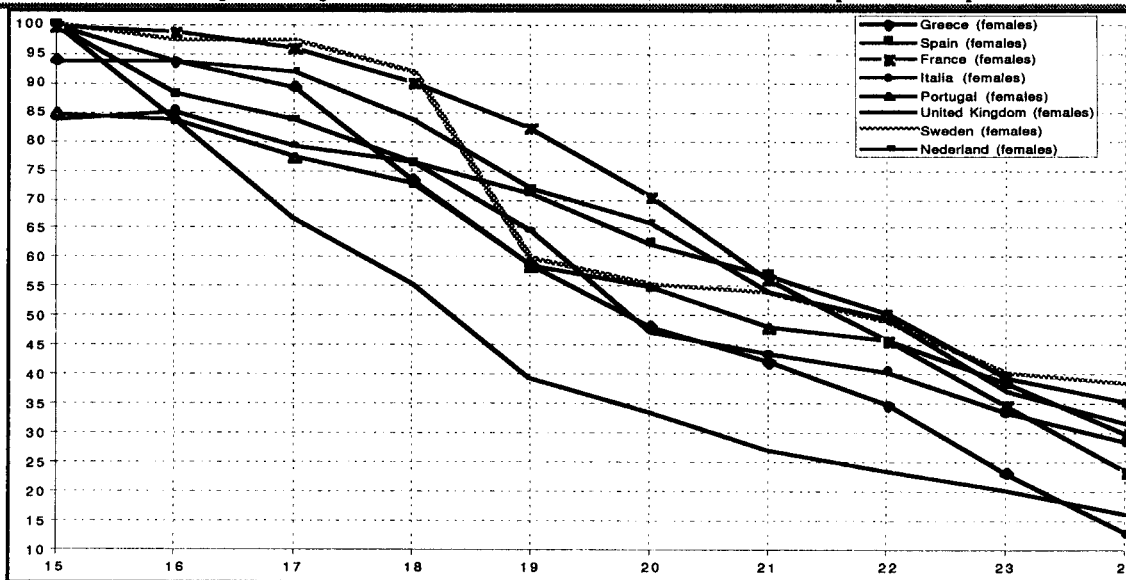
Para complementar la información generacional anteriormente expuesta, presentamos ahora los datos transversales correspondientes a los porcentajes de población entre 15 y 24 años que se encontraba estudiando en 1997 en Suecia, Holanda, Francia, el Reino Unido, Portugal, España, Italia y Grecia (gráficos 38 y 39, para hombres y mujeres respectivamente). Tampoco desde esta óptica parece tener sentido una agrupación geográfica Norte/Sur que polarice los resultados observados. De este modo los porcentajes de escolarizados del Reino Unido tanto para hombres como para mujeres entre los 16 y los 23 años siempre son los menores respecto al resto de países. Por otro lado el comportamiento de los diferentes países meridionales es muy diverso según el sexo y la edad considerada.

Gráfico 38: Porcentaje de varones en el sistema educativo, 1997. Diversos países europeos.



Fuente: Encuestas de Población activa, 1997.

Gráfico 39: Porcentaje de mujeres en el sistema educativo, 1997. Diversos países europeos.



Fuente: Encuestas de Población activa, 1997.

Debemos distinguir aquí entre las proporciones que estaban estudiando entre los 15 y los 18 años, de los 19 a los 22 años y de los 22 a los 24 años. Hasta los 18 años, que podemos suponer corresponde con la educación media, la mayor escolarización se da en Suecia y en Francia con un porcentaje que se en un 95%, y en contraste, la menor a los 18 años corresponde al Reino Unido con un 54% para los hombres y un 56% para las mujeres. España, Italia y Grecia a los 18 años presentan un porcentaje común para los hombres de alrededor del 70%, y para las mujeres del 77% para Italia y España y del 74% para Grecia. Portugal aparece justo por debajo con un 65% para los hombres y un 73% para las mujeres.

A partir de los 18 años los porcentajes de escolarizados en Suecia descienden vertiginosamente, en los hombres pasan a un 37% a los 20 años, situándose en los niveles mínimos de los países observados a esa edad, mientras que en las mujeres pasan a un 60%. Entre los 18 y los 22 años, el resto de los países muestra un progresivo descenso, que situará a Holanda a la cabeza de la escolarización con un 52% de los efectivos masculinos, seguida de Francia con un 45%, seguidas de cerca por España y Portugal alrededor de un 37%. Los jóvenes griegos e italianos a penas sobrepasan el 30%. En el caso de las mujeres, las españolas, holandesas y suecas a los 22 años se encuentran escolarizadas con la mitad de sus efectivos, les siguen portuguesas y francesas con un 46%. Las italianas con un 41%, las griegas con un 35% y las jóvenes del Reino Unido con un 24% cierran la clasificación.

II.2.2. Niveles de instrucción de las generaciones españolas 1945-74.

Como se ha visto anteriormente, las generaciones españolas nacidas hasta 1945 responden mal a las teorías del capital humano. El retraso en la liquidación de un sistema de producción eminentemente agrario mantuvo durante mucho tiempo la escasa rentabilidad de la inversión en estudios, y la rigidez de la estructura social española conservó la asignación de los mejores puestos, muy escasos, en función de la pertenencia o no a las elites estamentales, las únicas que, además, podían cursar estudios superiores. Todo ello es aún más cierto para las mujeres, excluidas de los puestos más cualificados incluso cuando pertenecían a las clases altas.

En tales circunstancias, la primera "revolución educativa" no atañe a los niveles de estudio, sino a la extensión de la alfabetización y de la escolarización, manteniéndose muy estable, y reducido, el número medio de años de estudios entre los escolarizados (6-7 años). Sólo a partir de las generaciones nacidas en los años cuarenta la proporción de no escolarizados es ya inferior al 10% en ambos sexos, y puede hablarse de una rápida universalización de los estudios primarios.

Es también en tales generaciones donde empieza a aumentar la instrucción superior a la primaria y, por lo tanto, el número de años de estudios, especialmente entre los hombres, aunque todavía tales proporciones sean reducidas. En ello, consiste la segunda "revolución educativa" protagonizada por las generaciones posteriores, cuyo análisis se abordará a continuación.

Una vez universalizada la escolarización, las generaciones nacidas entre los años cuarenta y sesenta incrementan rápidamente el nivel de estudios y el número medio de años de dedicación, y las diferencias de sexo, que habían sido máximas en las primeras generaciones, desaparecen. Cabe ver en ello una transformación radical en las estrategias familiares de colocación de los hijos, simultánea a la transformación del sistema productivo. Los estudios adquieren, ahora sí, un papel relevante en el mercado de trabajo, y la primera ocupación se retrasa sustancialmente.

Todavía se produce un último salto cualitativo entre generaciones por las reformas legislativas de principios de los setenta en materia educativa, que convierten en obligatorio el primer nivel de los estudios de segundo grado, elevando la edad final de los estudios mínimos. Para los nacidos en los años sesenta, el cambio legislativo se ve magnificado por la nueva coyuntura laboral provocada por la crisis de finales de los setenta, ante la cual la prolongación de los estudios se convertirá en una estrategia generalizada, especialmente entre las mujeres, por primera vez más instruidas que los hombres de su misma generación.

Cabe concluir, por tanto, que se han producido varias fracturas no sólo respecto al nivel y duración generacional de los estudios, sino también en su significación social, su utilidad laboral y su papel en las estrategias familiares de colocación de los hijos, factores todos ellos que contribuyen en la actualidad a dibujar muy diversas relaciones entre generaciones dentro de las familias ya existentes, y cambios igualmente rápidos en las pautas de emancipación y de constitución de nuevas familias.

El nivel de instrucción, se caracteriza por ser irreversible. Asumiendo esta premisa presentamos la proporción de población por edad y sexo que se encontraban en cada nivel de instrucción, desde los que carecían de estudios formales, pasando por los que habían accedido a la educación primaria, a la educación media y, finalmente, los que habían alcanzado algún título de educación superior, según la Encuesta de Fecundidad y Familia de 1995. Naturalmente, también aquí nos encontramos que cuanto más joven es la generación analizada, menor es la extensión de su curso educativo observada; así, mientras que para las generaciones 1945-49 podemos reconstruir su nivel educativo hasta los 45 años, para las generaciones 1970-74 sólo conocemos el mismo hasta los 20 años.

El porcentaje de población sin estudios formales (sin ningún título formal de educación) se mantiene constante para todas las generaciones a partir de los 15 años. Esta proporción era de un 10 por ciento para los hombres y un 18 por ciento para las mujeres de las generaciones 1945-49. La misma se ha ido reduciendo con el tiempo, pasando por un 10 por ciento tanto para los hombre como para las mujeres para las generaciones 1950-54, un 5 por ciento para las generaciones 1955-59, un 3 por ciento para las generaciones 1960-64 y llegando a desaparecer para los nacidos a partir de 1965. En los gráficos que se exponen a continuación no se presentan estos porcentajes de población que no alcanzó la educación primaria.

También los porcentajes de población con educación primaria se mantenían constantes a partir de cierta edad. Para las generaciones 1945-49, esta edad eran los 21 años para los hombres y los 18 años para las mujeres y los porcentajes alcanzados (que podemos tomar como la intensidad final de población con educación primaria) eran respectivamente de 65 y

75 por ciento (gráfico 40). En consecuencia, para estas generaciones 1945-49 podemos afirmar que un 75 por ciento de los varones y casi un 95 por ciento de las mujeres alcanzaron como máximo una educación primaria.

Las edades a partir de las cuales la educación media se mantenía constante coincidían con la cota máxima en la educación media. Así, para las generaciones 1945-49, este porcentaje era de un 25 por ciento a los 21 años para los hombres y de un 9 por ciento a los 18 años para las mujeres. A partir de estas edades se producía un trasvase de población desde la educación media a la educación superior hasta también llegar a cierta edad a un máximo. Para las generaciones 1945-49 este máximos se observó entre los 30 y los 35 años en los varones alcanzando un 15 por ciento, y a los 22 años en las mujeres, que llegaron a un 5 por ciento. En consecuencia, el acceso de la mujer a la educación fue, para estas generaciones, claramente inferior a la de sus coetáneos varones.

Veamos como cambiaron estos parámetros para el siguiente grupo de generaciones, 1950-54 (gráfico 41). Como comentábamos, el hecho más destacable fue la reducción de un 18 a un 10 por ciento en el porcentaje de mujeres sin educación formal de ningún tipo (la proporción para los varones se mantuvo en un 10 por ciento). También a nivel de la educación primaria, mientras que el porcentaje de acceso fue en las generaciones 1950-54 para los hombres el mismo que para los nacidos 5 años antes (un 65 por ciento), para las mujeres se redujo ligeramente del 74 al 71 por ciento. El mayor acceso en el sistema educativo de la mujer se reflejó en la educación media (un 15 por ciento de las mujeres nacidas en 1950-54 tenían un título de enseñanza media a los 19 años) y en la educación superior (un 15 por ciento de las mujeres de la generación 1950-54 acabaron con éxito una titulación universitaria). Los hombres tampoco variaron su inversión relativa en educación media y superior con respecto a generaciones anteriores.

Como decíamos, para las generaciones 1955-59, se registró un 5 por ciento de población sin ningún tipo de título escolar formal. El porcentaje de población que accedió como máximo a la educación obligatoria fue de 60 por ciento en el caso de los hombres y de 70 por ciento en el caso de las mujeres. Los mayores porcentajes de población con estudios medios se alcanzaron a los 20 años para los varones con un 35 por ciento y a los 19 años para las mujeres con un 25 por ciento (gráfico 42). Pero entre estas generaciones 1955-59 hubieron relativamente muchos más hombres que mujeres que no siguieron con una educación superior una vez alcanzado un título de enseñanza media, pues los porcentajes que superaron el nivel educativo universitario fue muy similar para unos y otras, llegando estos a los 26 años a un 16 por ciento para los varones y un 15 por ciento para las mujeres. El acceso a la educación media y superior se iba incrementando con fuerza, especialmente entre las mujeres.

En el gráfico 43 podemos ver estas proporciones para las generaciones nacidas en el primer quinquenio de los años sesenta. Mientras que los hombres mantenían bastante estables sus niveles educativos (incluso podemos decir que disminuyeron levemente), el acceso femenino a la educación se incrementó, con una cota máxima de educación media del 30 por ciento a los 20 años y superando a los hombres de su misma generación en el acceso a la educación

superior, alcanzando unos porcentajes del 18 por ciento de tituladas universitarias (frente al 14 por ciento de los varones).

Sólo hemos podido reconstruir la pauta educativa hasta los 25 años para las generaciones 1965-69 (gráfico 44). Prácticamente todo el mundo accedió en estas generaciones cuanto menos al nivel de estudios obligatorios, reduciéndose el porcentaje de los que sólo accedieron a la educación primaria, que paso a ser a los 25 años de un 55 por ciento para los varones y de un 59 por ciento para las mujeres. Se ha incrementado para ambos sexos el acceso a la educación media, llagando a ser la proporción máxima de un 40 por ciento y de un 35 por ciento a los 20 años respectivamente para hombres y mujeres (gráfico 44). Las mujeres, desde un principio y para una edad determinada, mostraban mayores proporciones con un título universitario (gráfico 44), aunque a los 30 años ambos sexos tenían este nivel educativo en un 15 por ciento.

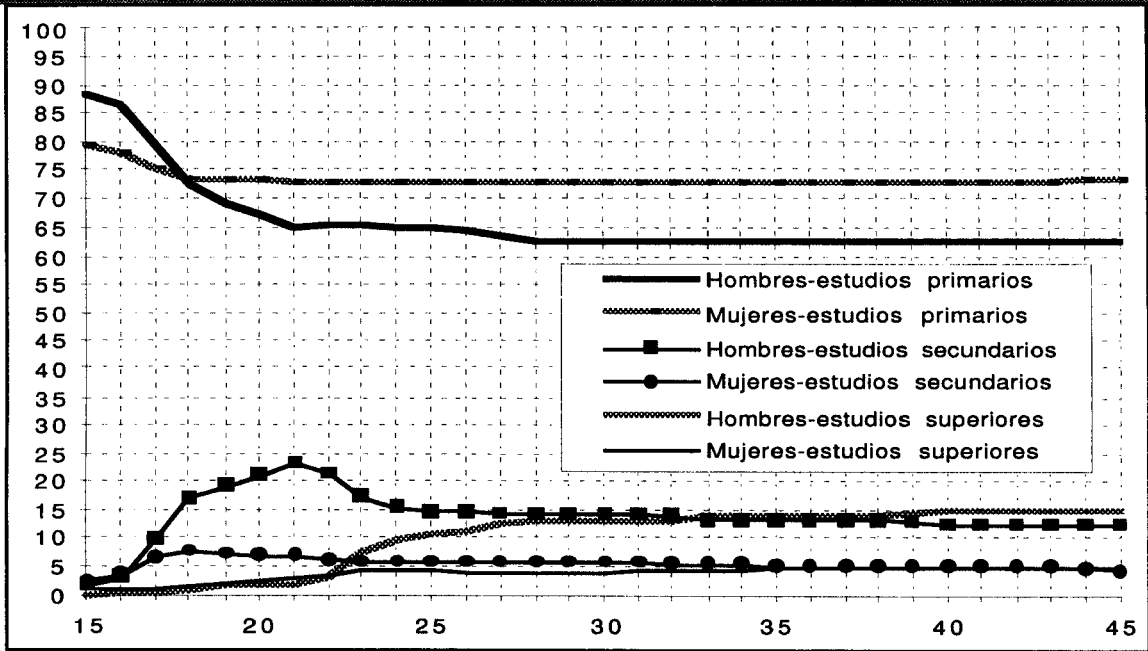
Para las generaciones 1970-74 se aprecia una continuación de la tendencia detectada para las generaciones más jóvenes (gráfico 45). Sólo hemos podido reconstruir su nivel educativo hasta los 20 años, pero desde los 17 años las mujeres ya superaban a los varones en la proporción con un título medio de enseñanza.

En resumen, queremos destacar como entre la generación 1945-49 y la generación 1965-1969 mientras que la proporción de hombres de cada generación cuyo máximo nivel educativo fue el ciclo primario se ha reducido ligeramente, por ejemplo del 65% al 53% a los 25 años, las mujeres han protagonizado una reducción mucho más drástica en el porcentaje con un grado educativo de como máximo la escolarización obligatoria, pasando del 73% al 57%. Se hará patente la progresión de la escolarización femenina a todos los niveles educativos, pero hay que destacar como generación del cambio tanto para hombres como para mujeres la generación nacida entre 1955 y 1959, y ello por dos razones:

En primer lugar, los hombres de dichas generaciones alcanzan a los 20 años el 35% de sus efectivos con la enseñanza secundaria, las generaciones anteriores se situaban en porcentajes siempre significativamente inferiores (alrededor de un 23%), las posteriores seguirán la pauta situada en torno al 35%, hasta los nacidos en 1965, llegando en la última generación al 40%. Por otra parte las mujeres nacidas en 1955-59 habían alcanzado a los 20 años un porcentaje del 23%, muy superior a las generaciones más antiguas (un 7% para la generación 1945-49, y un 15% para la generación 1950-54), pero aun inferiores a las más jóvenes (el 31% para las generaciones 1960-64, el 35% para las 1965-69, y el 42% para las generaciones 1970-74).

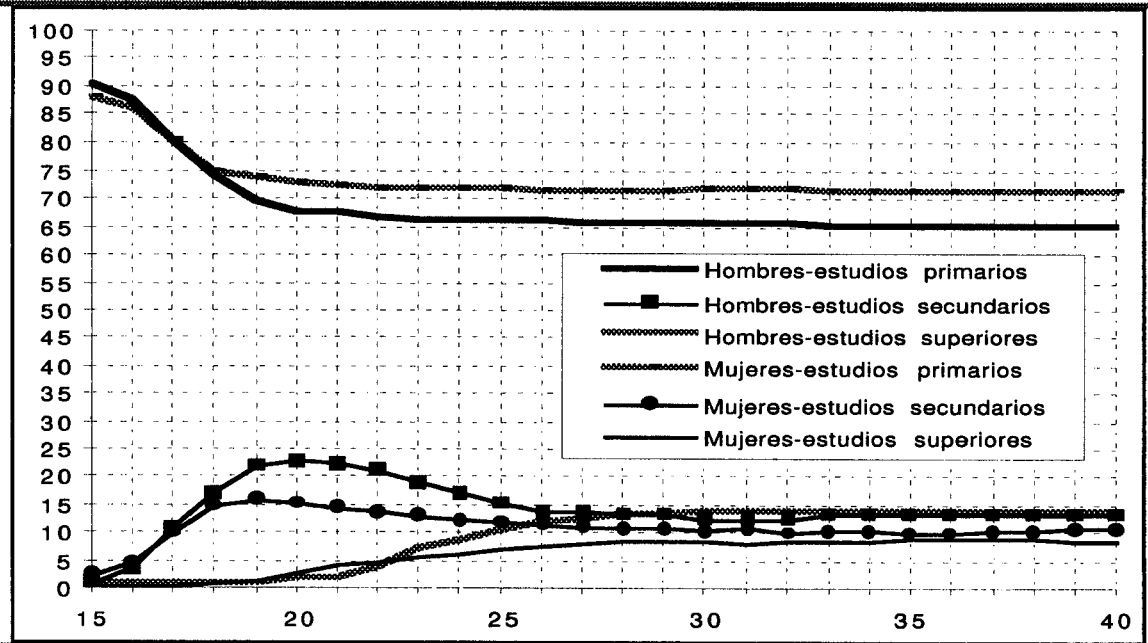
En segundo lugar, son las mujeres de la misma generación, las que por primera vez muestran a los 25 años un porcentaje similar a los varones para la educación superior (alrededor del 13%). A partir de la siguiente generación, 1960-64 y para la misma edad los porcentajes femeninos son siempre superiores a los masculinos en el nivel universitario, así por ejemplo, para la generación 1960-64 presentaba un 15% de mujeres y un 10% de hombres; en generaciones posteriores se observa una reducción de dichas diferencias, aunque siga conservándose la ventaja femenina.

Gráfico 40: nivel de educación por sexo y edad. Generaciones españolas 1945-49



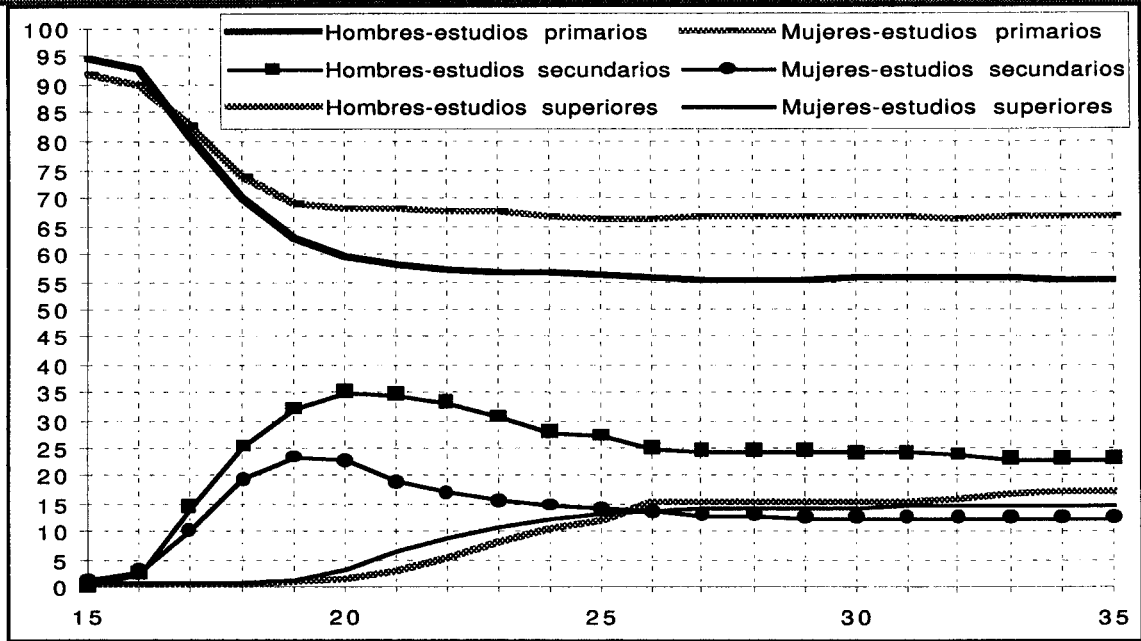
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia 1995. España.

Gráfico 41: nivel de educación por sexo y edad. Generaciones españolas 1950-54



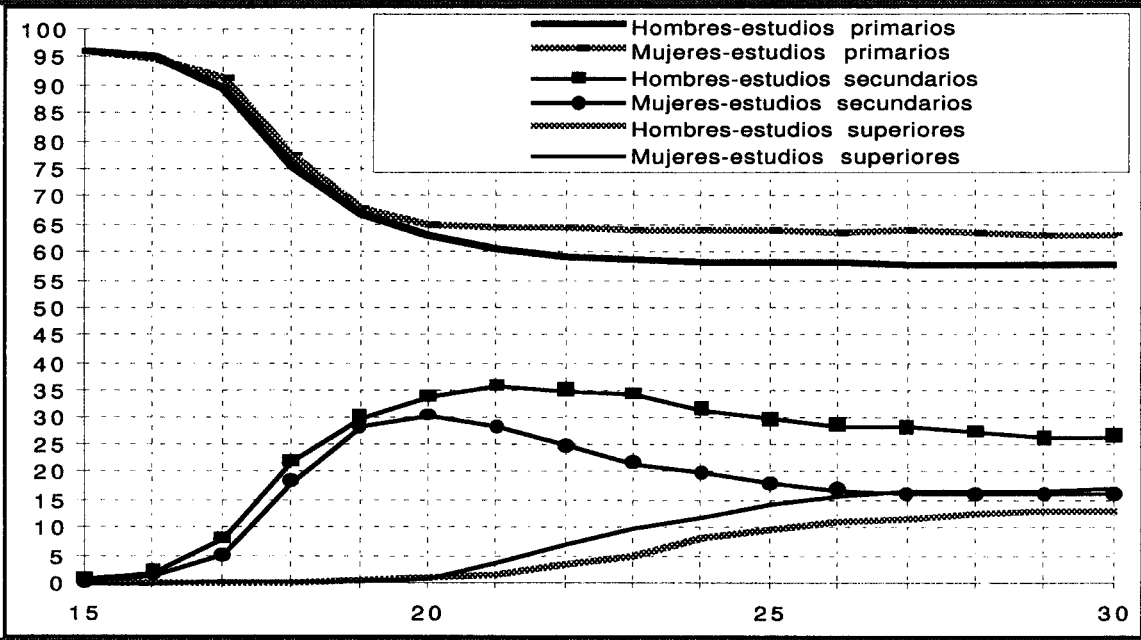
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia 1995. España.

Gráfico 42: nivel de educación por sexo y edad. Generaciones españolas 1955-59



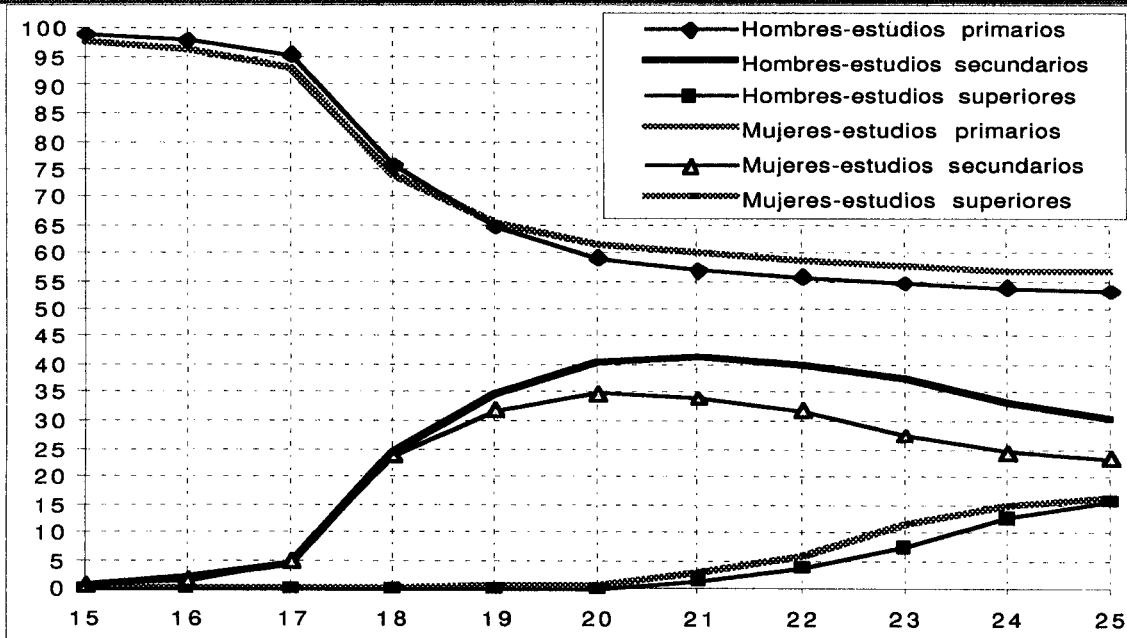
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia 1995. España.

Gráfico 43: nivel de educación por sexo y edad. Generaciones españolas 1960-64



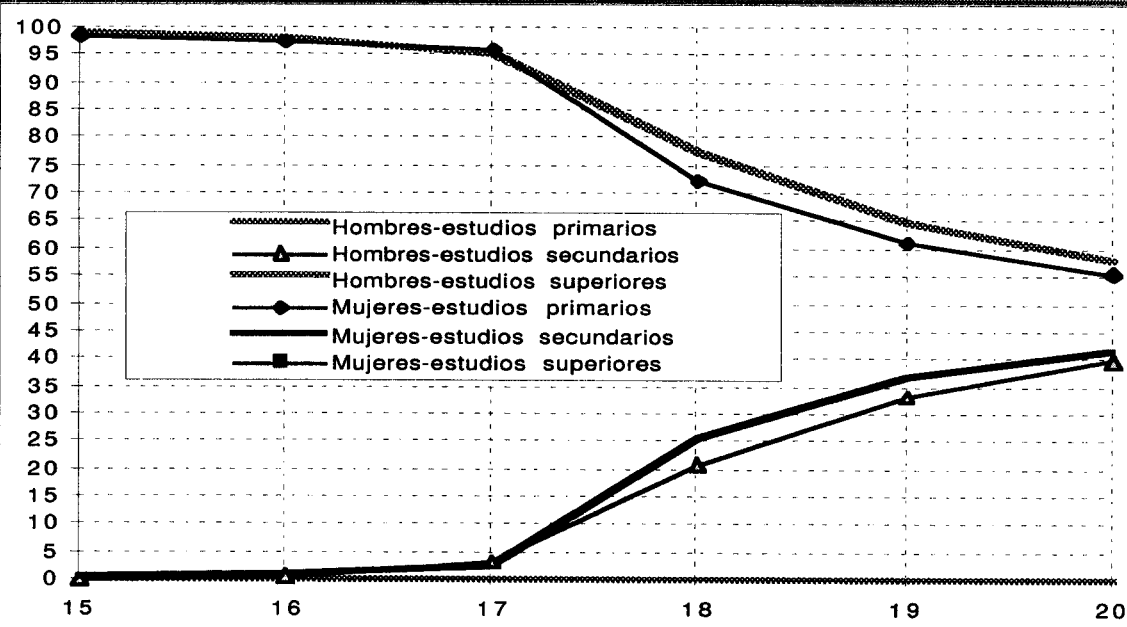
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia 1995. España.

Gráfico 44: nivel de educación por sexo y edad. Generaciones españolas 1965-69



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia 1995. España.

Gráfico 45: nivel de educación por sexo y edad. Generaciones españolas 1970-74



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia 1995. España.

II.3. Actividad y ocupación.

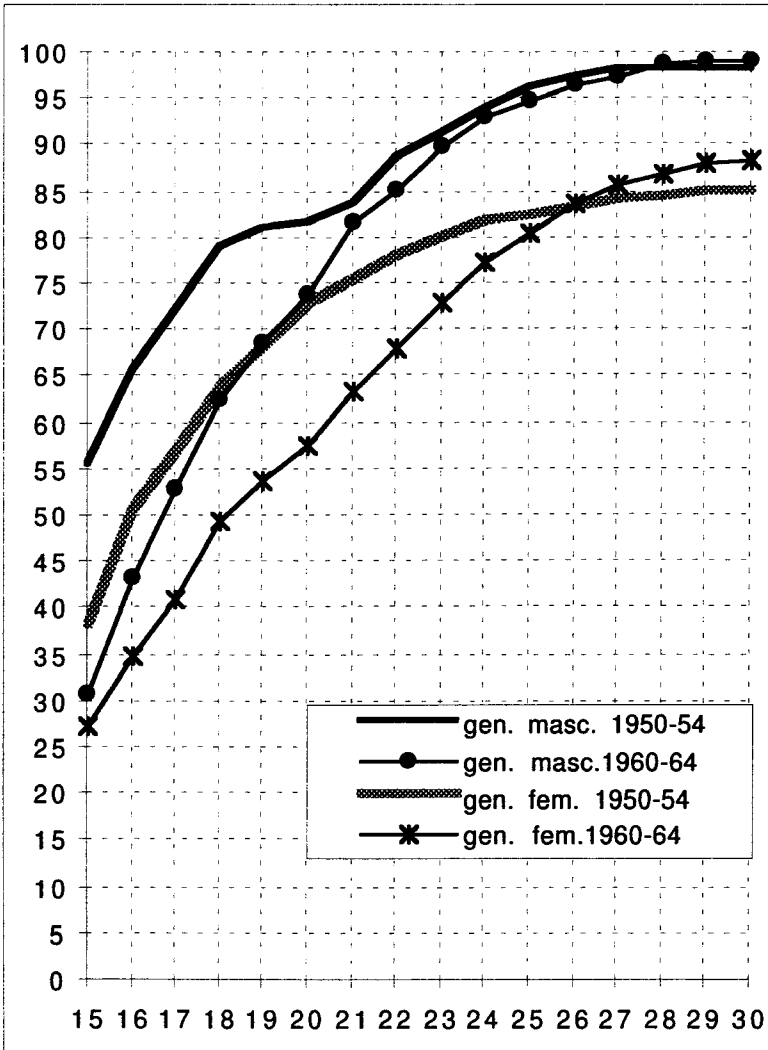
II.3.1. Actividad y entrada en la primera ocupación en el contexto europeo.

El contexto de la evolución de la actividad en los últimos veinte años en la Unión europea se ha caracterizado por un importante crecimiento de la población activa de un lado y por la progresiva feminización de esa población por el otro. El aumento de la población activa se ha debido a la incorporación de las generaciones del *baby boom* de cada uno de los países europeos. El reparto de las tasas de actividad por sexo y edad de los diferentes países de la Unión europea, revela un importante cambio generacional en la incorporación de las mujeres al mercado laboral en los países del sur de la Unión Europea. En 1997 tan sólo las tasas de actividad de las mujeres entre 25 y 29 años en Grecia e Italia se situaban por debajo de la media europea, destacando sin embargo, en España el porcentaje de las que declarándose activas se encontraban sin empleo ese mismo año: casi el 25%. Así pues, respecto a la actividad, los países del sur de la Unión destacan por una incorporación de la mujer en el mercado laboral más tardía y de menor intensidad que el resto de los países y por unos niveles de desempleo siempre superiores. A este respecto, cabe también destacar el poco peso que ha tenido la ocupación a tiempo parcial entre los jóvenes en ambos sexos en el sur de Europa, especialmente relevante para las mujeres. En este apartado nos limitaremos a contextualizar la evolución de la ocupación juvenil para generaciones de diferentes países europeos, para obtener una visión de su integración en el mercado y en la ocupación, uno de los factores más importantes para entender las diferentes pautas de emancipación juvenil que encontramos en estos momentos en Europa.

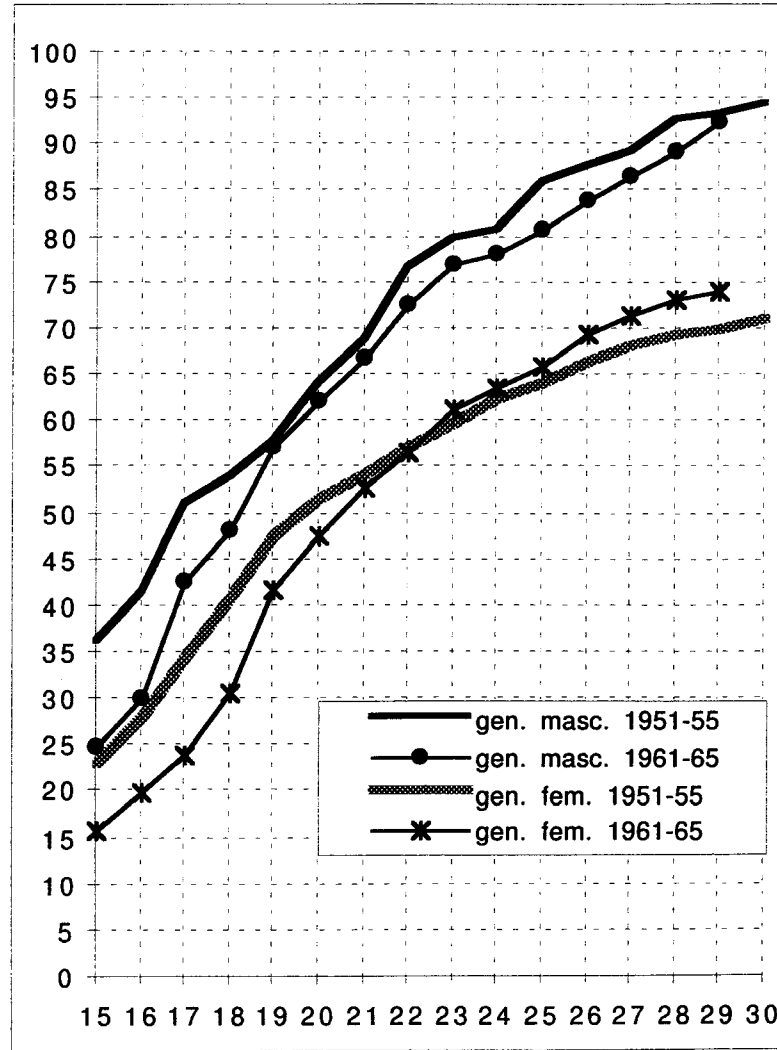
En el gráfico 46 se exponen las proporciones de población que alguna vez habían conseguido un empleo por edad (de los 15 a los 30 años), sexo y generación (a través de dos cohortes de nacimientos separadas entre sí unos diez años), para Suecia, Francia, Holanda, España e Italia. No ha sido posible utilizar los mismos grupos de generaciones para todos los países (de hecho, hemos representado los dos grupos ofrecidos por las publicaciones respectivas de la Encuesta de Fecundidad y Familia), pero aun así los datos representados permiten distinguir con claridad las pautas de una primera ocupación por edad y sexo, y su evolución en el tiempo. Finalmente en el mismo gráfico 46, como última figura y a modo de resumen, representamos estas pautas sólo para las mujeres de los cinco países analizados.

Gráfico 46: Proporción de alguna vez ocupados según el sexo y la edad, por generaciones

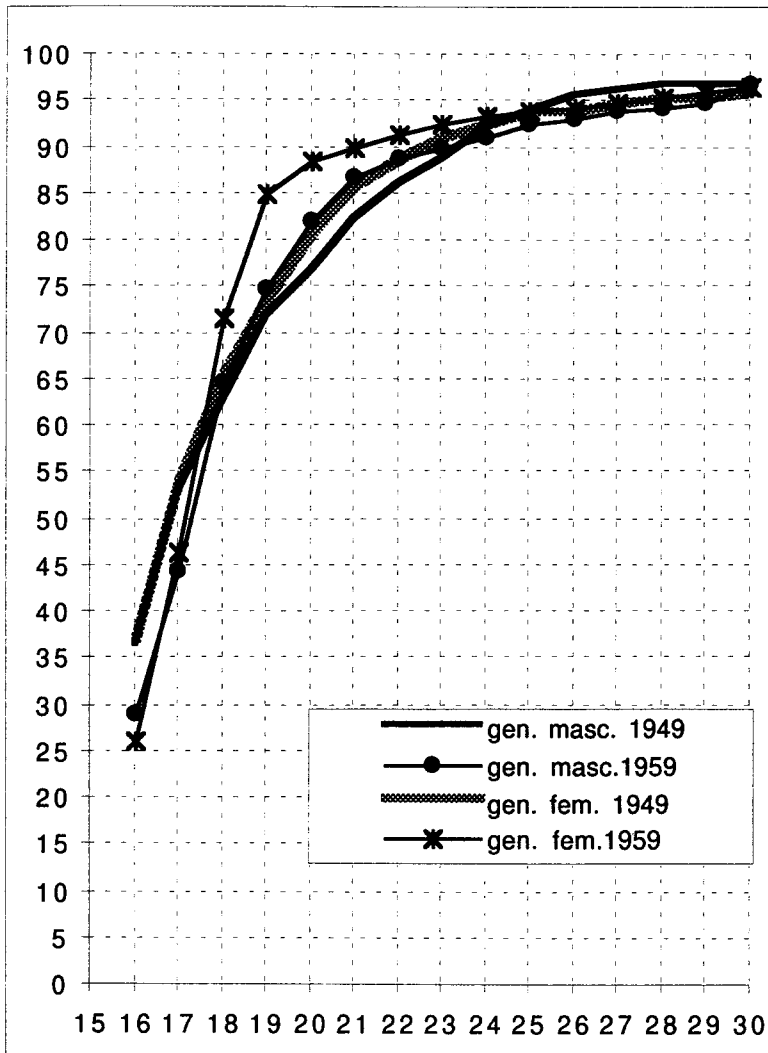
ESPAÑA



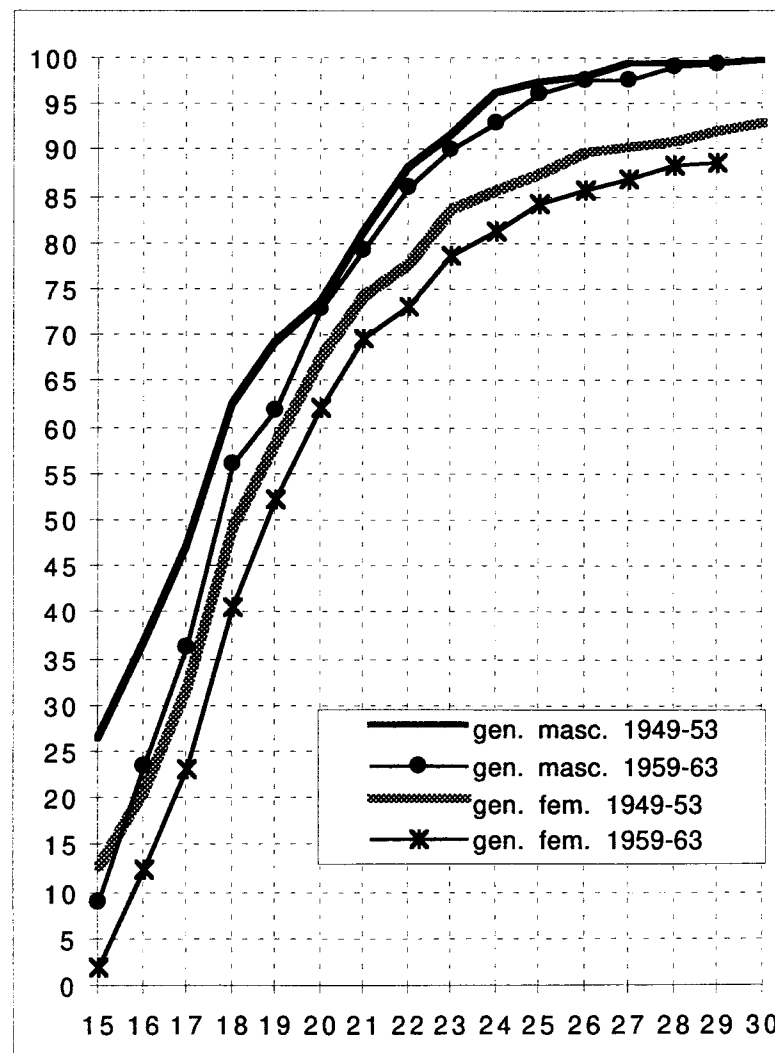
ITALIA



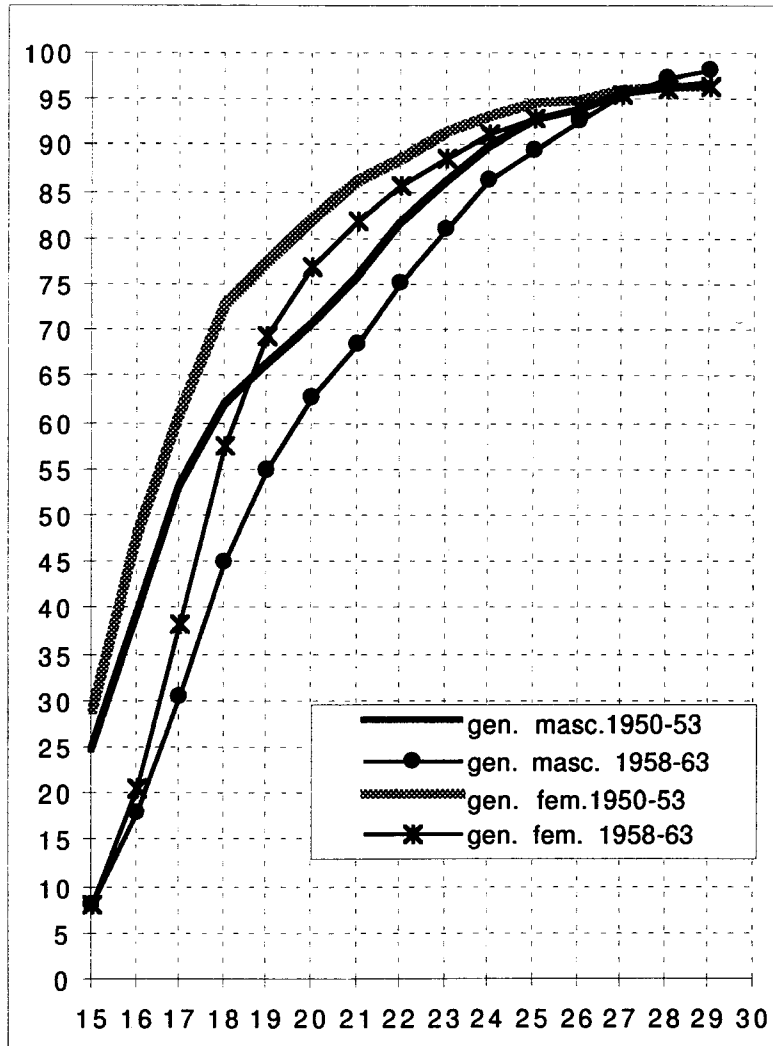
SUECIA



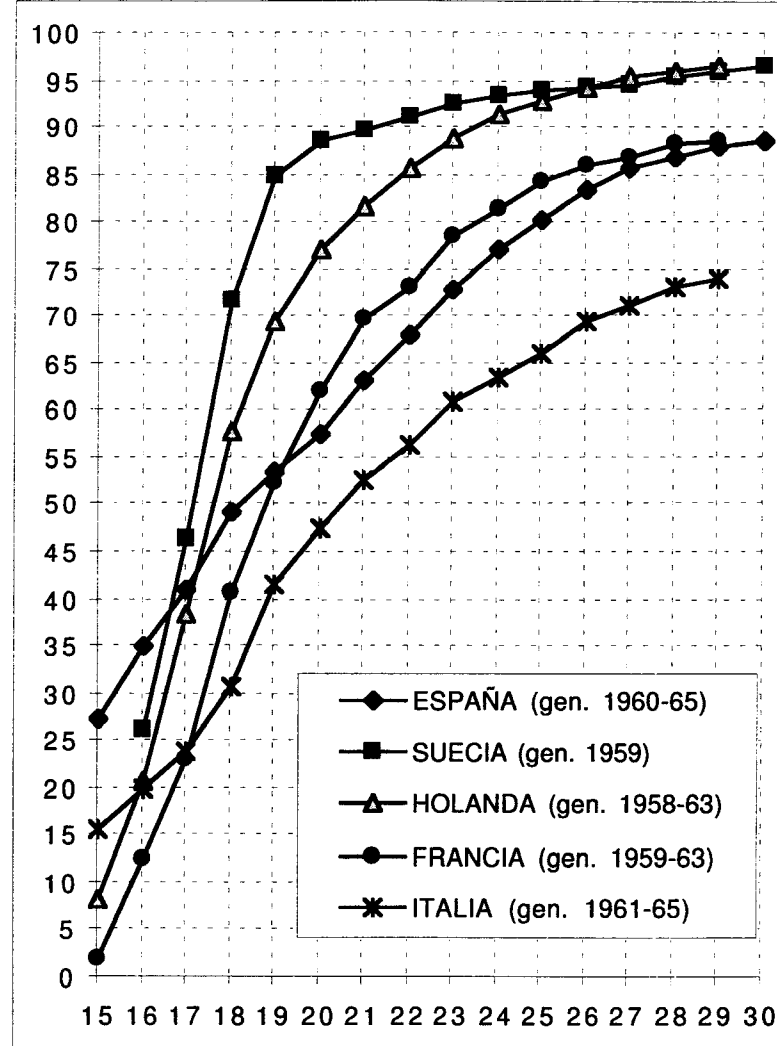
FRANCIA



HOLANDA



MUJERES POR PAISES



Fuente: Fertility and Family Surveys

Dentro de una tónica generacional de retraso de la entrada en el mercado de trabajo de los jóvenes en todos los países, aparecen tres pautas claramente contrastadas: 1) la representada por Suecia (generaciones 1949 y 1959) y Holanda (generaciones 1950-53 y 1958-63), donde las proporciones alcanzadas por las generaciones femeninas entre los 15 y los 30 años son superiores a las de las masculinas; 2) la que presenta Francia, donde la situación por razón de sexo es la inversa en ambas generaciones (1949-53 y 1959-63); y 3) la de Italia (1951-55 y 1961-65) y España (1950-54 y 1960-64), donde la situación de hombres y mujeres, varían dependiendo de la generación y el grupo de edad.

En el caso de Suecia obviaremos la excepcionalidad de la evolución de las proporciones para las diferentes generaciones femeninas, incrementando su entrada en el mercado de trabajo, esa evolución discorde con la que encontraremos en el resto de países, puede deberse a la antigüedad de la primera generación femenina sueca para la que contamos con datos, la de 1949, en todo caso, lo que sí que nos interesa es ver como Suecia y Holanda presentan ambas las mayores proporciones de alguna vez ocupadas a partir de los 17 años en comparación al resto de países y también por encima de las generaciones masculinas suecas y holandesas coetáneas. Así la generación femenina sueca 1959 a los 20 años estaba o había estado alguna vez ocupada en un 89%, mientras que los hombres de la misma generación y para la misma edad lo habían estado en un 82%. Esa diferencia a los 30 años desaparece, alcanzando ambos sexos un 97%. En Holanda, con diferente nivel, asistimos a la misma evolución: la generación 1958-1963 presentaba para las mujeres a los 20 años un 77% de alguna vez ocupadas, mientras que los hombres tan sólo 63%, reduciéndose estas diferencias hasta llegar a los 29 años a un 97% en el caso de las mujeres y un 98% en el de los hombres. Como hemos anticipado estos niveles de las generaciones femeninas son superiores a los de los demás países considerados, por ejemplo a la misma edad de 20 años, las francesas nacidas entre 1959 y 1963 presentaban un 62%, las españolas nacidas entre 1960 y 1964 un 58%, mientras que las italianas nacidas entre 1961 y 1965 presentaban un 48%. A los 30 años, las diferencias entre francesas y españolas habían desaparecido, coincidiendo en un 89%, mientras que las italianas la mantenían, situándose por debajo en un 74%.

En Francia, se manifiesta un retraso en la edad de entrada a la ocupación paralelo entre las generaciones masculinas y las femeninas, sin embargo mientras entre las generaciones masculinas ese retraso es patente entre los 15 y los 20 años, a los 15 la generación masculina 1949-53 presentaba una proporción del 26%, los nacidos diez años después partían de un 9%, esa diferencia desaparece a los 20 años coincidiendo ambas generaciones en un 73%, a los 29 años el porcentaje es de un 99%. El comportamiento de las generaciones femeninas es diferente. El retraso que presentan las mujeres, por lo menos a los 30 años no habrá desaparecido, partiendo la primera generación de un 13% a los 15 años, y la nacida diez años más tarde entre 1959-63 de un 2%, para los 29 años estas proporciones serán respectivamente de un 92% y del 88%. En términos relativos la situación de las mujeres respecto a los hombres de la última generación ha empeorado: son más numerosas las que nunca han entrado en el mercado de trabajo, mientras que a los 30 años todos los hombres habían entrado en el mercado de trabajo, entre las mujeres esta proporción había aumentado de un 8 a un 12%.

En España e Italia, al igual que lo observado en Francia, las proporciones de alguna vez ocupados entre los jóvenes varones son siempre superiores a las de las mujeres para ambas generaciones. Se diferencian sin embargo, en las pautas de las generaciones femeninas: mientras que la evolución para las francesas era paralela, para las españolas e italianas se da un mayor retraso a las edades más jóvenes, relativamente compensado por una mayor intensidad en la entrada al mercado de trabajo a partir de los 22 años en Italia y de los 26 en España. En España la generación masculina 1950-54 parte a los 15 años de una proporción de 55%, siendo de destacar el estancamiento de los niveles entre los 18 y los 20 años debido, sin lugar a dudas al efecto de la prestación del servicio militar obligatorio, la generación 1960-64 parte con un 31% a los 15 años, ve desaparecer el efecto del servicio militar y se acerca a los niveles de la generación anterior a los 23 años con un 90%. Siguiendo con las generaciones masculinas, en Italia se mantiene la ventaja de las más antiguas hasta la última edad observada, partiendo los nacidos entre 1951-55 de un nivel del 36% a los 15 años, y de un 25% a la misma edad para la generación 1961-65. A los 30 años estaban o habían estado ocupadas un 95% de los italianos de las generaciones masculinas 1951-55, aunque de los nacidos en 1961-65 sólo se observa su pauta hasta los 29 años, a esa edad alcanzaron un porcentaje muy similar a la anterior generación. Por último, hay que señalar que Italia destaca ostentando la mínima proporción de hombres alguna vez ocupados a los 29 años, mientras que en España, Francia y Holanda es casi del 100%, en Italia es tan sólo del 93%.

II.3.2. Actividad y primera ocupación de las generaciones española 1945-74.

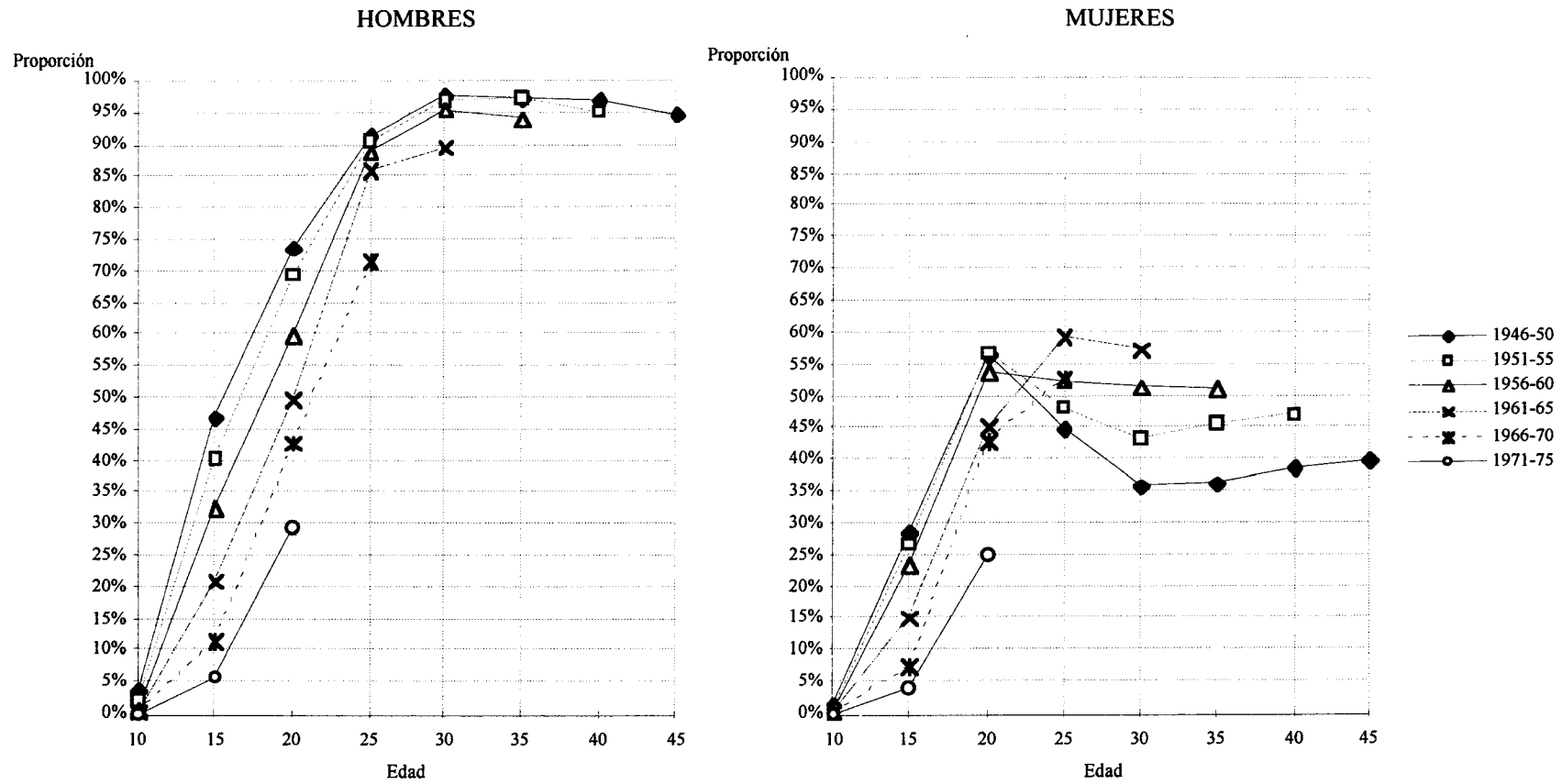
En el apartado introductorio sobre la evolución de las generaciones españolas nacidas entre 1900 y 1945 veíamos como las pautas de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo en España se han visto muy mediatizadas por sus trayectorias familiares, y cómo se apuntaban cambios importantes para las últimas generaciones. Si ahora observamos las proporciones de activos a diferentes edades para las generaciones nacidas entre 1946 y 1975 vemos el retraso en la entrada al mercado de trabajo tanto de hombres como de mujeres de las diferentes generaciones (ver gráfico 47). Las generaciones femeninas están protagonizando una transformación radical de tales pautas en el sentido de un retraso en la edad de entrada al mercado de trabajo acompañado de un progresivo mantenimiento de las proporciones de activas a partir de los 25 años, y aun manteniendo una substancial diferencia con las proporciones masculinas, la pauta para las mujeres se ha ido acercando a la pauta masculina.

De hecho, hasta las generaciones masculinas nacidas en los años treinta, la edad media a la primera ocupación había sido siempre inferior a los quince años, fiel reflejo de la permanencia de una inserción mayoritaria en el sector agrario, de la escasa relevancia de los estudios para la mayor parte de los puestos existentes en el mercado de trabajo y de la importancia que para las economías familiares seguía teniendo el trabajo o los ingresos aportados por los hijos. Tales pautas son las que empiezan a cambiar con las generaciones de los años cuarenta, las únicas en que la inserción laboral se produce mayoritariamente en el sector secundario. La

escolarización es ya casi universal en ellas, y el inicio de la vida laboral se eleva ya a los diecisiete años. Pero probablemente la mayor fractura protagonizada por tales generaciones sea la relativa al papel del trabajo en la constitución y mantenimiento de la propia familia, porque por primera vez se generaliza el "salario familiar" masculino, a la vez que se acentúa el abandono de la actividad femenina en las edades nupciales, con una nupcialidad femenina muy superior a la de las generaciones precedentes. Además, liberan por primera vez a los hijos de la precoz colaboración económica a la unidad familiar, posibilitando su dedicación a los estudios durante un número de años que no tiene precedentes.

Tales circunstancias son irrepetibles. La rápida igualación educativa entre sexos, la prolongación de los estudios, el retraso consecuente en el inicio de la actividad y, muy especialmente, el nuevo reajuste económico posterior a la crisis de finales de los setenta y primera mitad de los años ochenta, no sólo afectan a las pautas de ocupación por edades, sino que transforman también de manera radical la relación de la actividad laboral con las condiciones de formación de pareja y de procreación. Por tanto, de nuevo, cabe destacar la heterogeneidad de las generaciones presentes, en esta ocasión en su relación con la actividad. Los nacidos en los años treinta y cuarenta no presentan perfiles tradicionales que las generaciones posteriores vayan a romper. Por el contrario son en sí mismas generaciones muy diferentes a las de sus padres. En las generaciones posteriores siguen produciéndose cambios sustanciales y, como podrá comprobarse a continuación, incluso nuevas rupturas. Nada tiene de extraño, teniendo en cuenta lo tardío de la industrialización española, su brevedad, la intensidad de la crisis industrial y de la reconversión productiva consecuente, y la rapidez con que el mercado de trabajo y el sistema productivo se han transformado en las últimas décadas para dar paso a la preponderancia del sector terciario característica de las sociedades postindustriales.

Gráfico 47: Proporciones de activos a edades exactas, por generaciones y por sexo, hasta 1991.



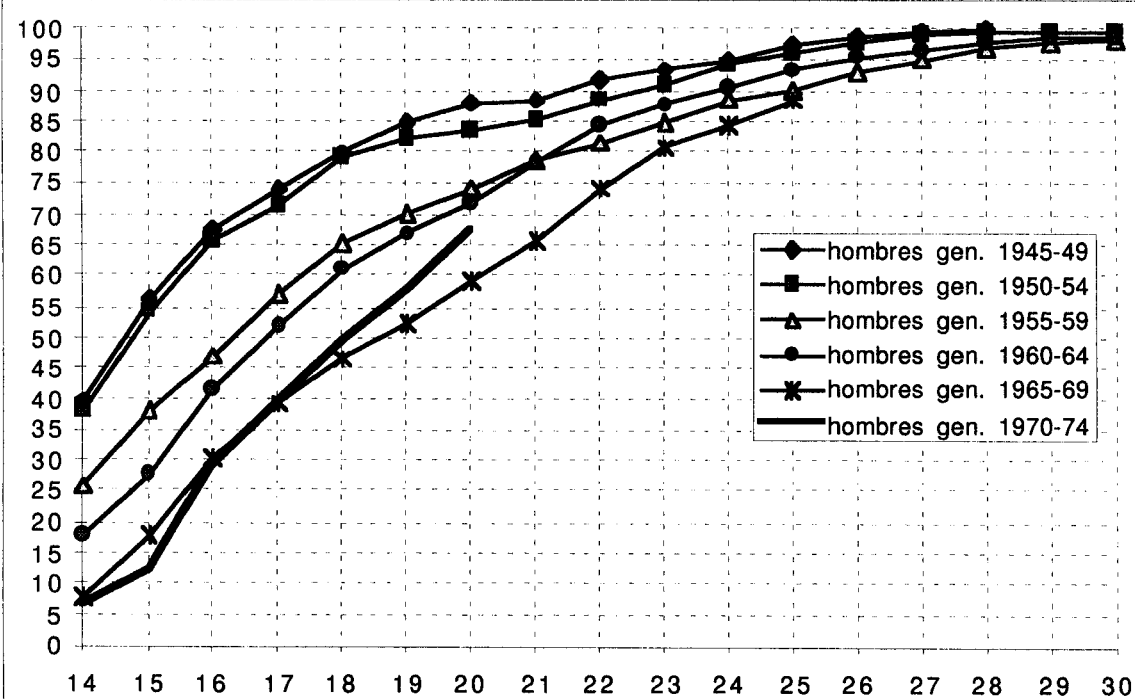
Fuente: Encuesta Sociodemográfica 1991 (INE)

Para empezar el estudio de la ocupación de las generaciones españolas nacidas a partir de 1945, presentaremos el cálculo de las proporciones por edad de alguna vez ocupados (ver gráficos 48 y 49), que ya hemos podido ver para dos de los grupos generacionales españoles (1950-1954 y 1960-64), y para diversas generaciones de distintos países europeos. A continuación se comentarán las probabilidades de entrada en ocupación por edad para cada una de las generaciones masculinas y femeninas, es decir, para una edad determinada, la relación entre el número de personas que han conseguido un primer empleo y aquellas que nunca habían estado ocupadas. A partir de dicha información se estimará un modelo explicativo del comportamiento generacional. Para finalizar, se analizará la influencia de la formación en la probabilidad de entrada en la ocupación por generaciones, modelizando también los resultados observados.

La entrada en la ocupación de las generaciones masculinas españolas nacidas desde 1945 presenta una misma pauta, con excepción de la última generación (1970-74): progresivo retraso de la entrada, para llegar a confluir a los 30 años con niveles prácticamente del 100%. De este modo, para las dos generaciones más antiguas, las nacidas entre 1945 y 1954, a los 14 años un 40% de sus efectivos ya había trabajado alguna vez, alcanzando valores superiores al 90% a los 23 años. El último ejemplo de esta evolución se encuentra en la generación 1965-69 que a los 14 años habían trabajado alguna vez en un 9% y que a los 23 a penas superaban el 80%. La última generación observada presenta un punto de inflexión en el calendario de entrada en la ocupación, partiendo a los 14 años de niveles ligeramente inferiores a los de la generación 1965-69, a partir de los 17 años presenta proporciones mayores; y a los 20 años, la última edad para la que disponemos de datos, la proporción de alguna vez ocupados superaba en 9 puntos porcentuales a la de la generación anterior a la misma edad.

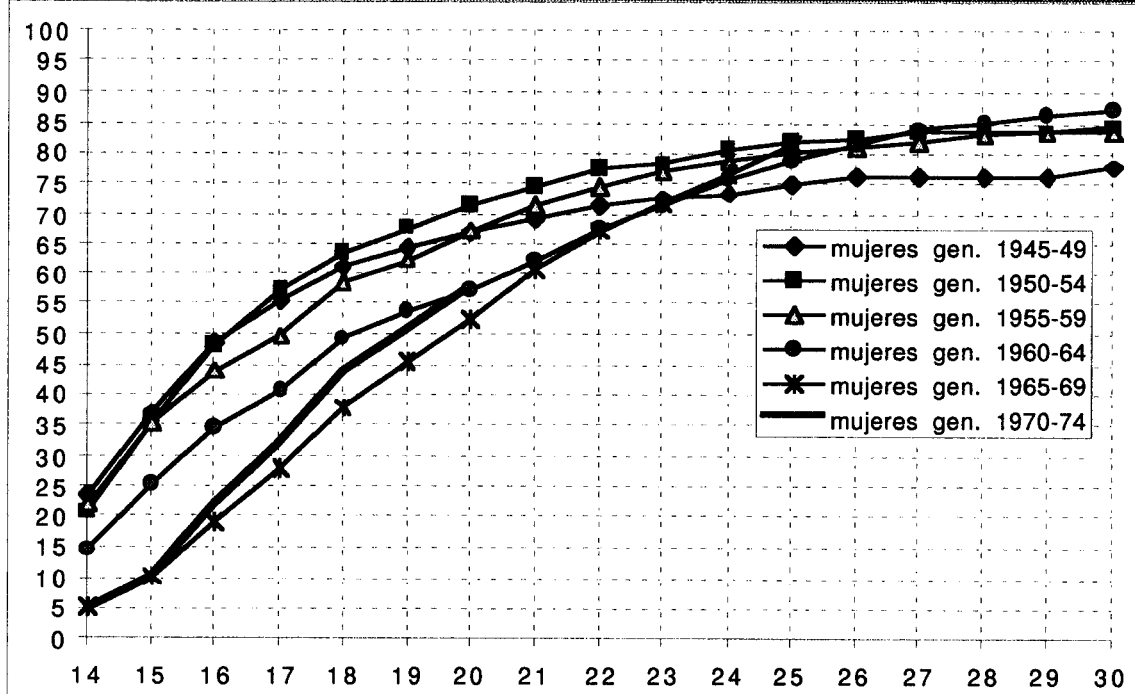
Entre las mujeres la pauta generacional no sigue la uniformidad observada para los hombres: la generación 1950-54 a partir de los 17 años presenta un avance en su integración al mundo laboral con respecto a la generación anterior, la nacida entre 1945-49. A partir de esa generación en cambio, la integración vuelve a retrasarse como ocurría con los hombres, con la diferencia de que a los 30 años, la proporción de mujeres que alguna vez ha estado ocupada sigue creciendo con cada generación, sin llegar nunca al 100% de sus efectivos. De este modo, si la generación más antigua, nacida entre 1945-49, presentaba un porcentaje de alguna vez ocupadas a los 30 años algo por encima del 75%, la última generación para la que se poseen datos hasta los 30 años (1960-64) es de un 87%. Esta evolución es continua hasta la generación 1965-69, que a los 25 años tenía un porcentaje de ocupadas del 81%. También la última generación, 1970-74 rompe con el retrasoprogresivo de la entrada en ocupación de las generaciones a menor edad, superando a partir de los 16 años a la generación inmediatamente anterior, llegando a los 20 años a un porcentaje del 58%.

Gráfico 48: Proporción de alguna vez ocupados por generaciones masculinas. España



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Gráfico 49: Proporción de alguna vez ocupados por generaciones femeninas. España



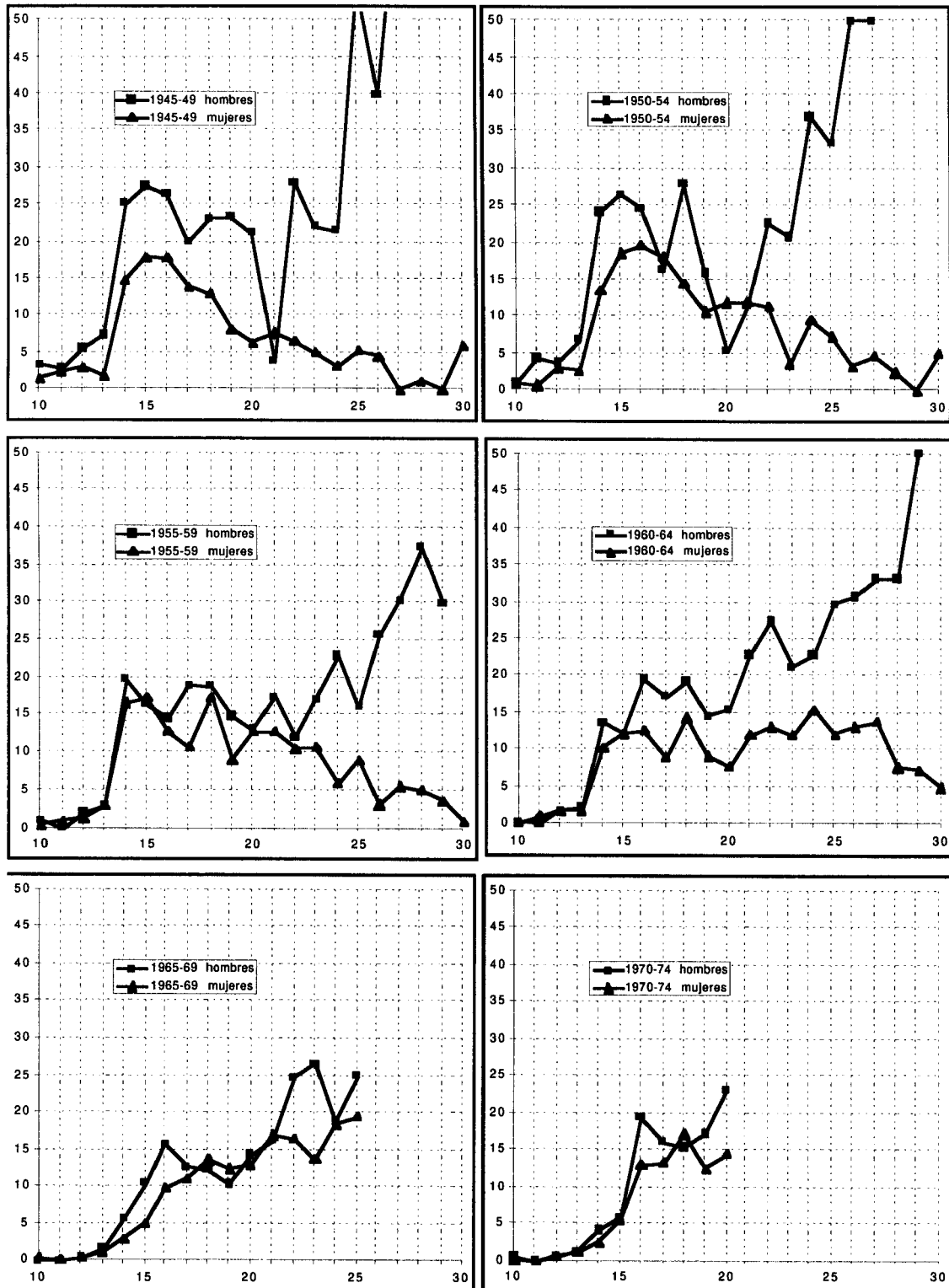
Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Un mayor detalle del inicio de la ocupación lo proporcionan las tasas observadas de primer empleo por edad y sexo según conjuntos quinquenales de generaciones desde los 10 a los 30 años (o hasta la edad alcanzada en 1995, cuando se realizó la Encuesta). En el gráfico 50, vemos consolidarse los 13 años como edad mínima del primer trabajo remunerado en ambos sexos, aunque para las generaciones más antiguas analizadas (1945-55) estas tasas empezaban a ser significativas a los 10 años.

En la evolución de las generaciones masculinas se distinguen dos pautas claramente, la que presentan las nacidas entre 1945 y 1954, y las que muestran las nacidas con posterioridad. En las primeras su curso de entrada en la ocupación seguía una curva normal entre los 13 años (edad mínima en la consecución de un primer empleo) y los 21 años (en que suponemos que debido al Servicio Militar los varones se encontraban fuera del mercado de trabajo); una vez tras pasados los 21 años, para los que nunca habían encontrado un empleo, cuanto mayores eran, mayor era su probabilidad de conseguir una primera ocupación. En contraste, para los nacidos con posterioridad a 1954, esa primera etapa anterior a los 21 años había desaparecido. Para ellos, a partir de una edad mínima (13-14 años), a mayor edad, mayor probabilidad para los que nunca habían trabajado de encontrar un primer empleo. Los datos obtenidos para las primeras edades de la última generación, 1970-74 apuntan a un cambio de pauta visto el porcentaje superior que presentan a los 15 y a los 20 años.

Para ver con mayor claridad las tendencias generacionales hemos estimado los modelos subyacentes a las diferentes pautas de entrada en ocupación por edad (Tabla 5). El cambio generacional ya apuntado se refleja en la existencia de dos modelos contrastados, el primero agruparía desde las generaciones 1945-49, hasta la generación 1955-59; la generación 1960-64 es la que protagonizaría la transición, y en las siguientes encontraríamos un segundo modelo. La pauta del primer modelo la estimamos a través de dos factores de edad: la edad simple y la edad cuadrática, mientras que en la pauta del segundo modelo sólo ha sido necesario el factor de la edad cuadrática. Así pues, en la gráfica número 51, donde se representan las tasas estimadas de consecución de un primer empleo por edad para las generaciones masculinas, podemos discernir entre el comportamiento de las tres primeras generaciones, afectadas por la prestación del servicio militar obligatorio, con una tendencia que apunta al retraso del calendario en la entrada a la actividad, siendo la generación 1955-59 la que muestra un mayor retraso. Recordemos que hasta esta generación la intensidad final de entrada en la ocupación a los 30 años era del 100% (ver gráfica 48). La pérdida de la determinación del servicio militar obligatorio incidirá en la pauta observada para las tres restantes generaciones más jóvenes, las nacidas a partir de 1960. A partir del modelo estimado, aún conservando un cierto retraso en el calendario se mantiene la intensidad final: en la primera generación de este grupo, la nacida entre 1960-64, efectivamente los valores observados llegaban al 100% a los 30 años, en las dos generaciones más jóvenes, la observación se interrumpía a los 25 años para la generación 1965-69, y a los veinte años la 1970-74. El modelo estimado nos permite inferir una recuperación próxima a los 30 años de los niveles para la primera generación, mientras que para la generación 1970-74 esa recuperación se daría mucho antes, gracias también a un rejuvenecimiento del calendario de entrada en ocupación.

Gráfico 50: Tasas de exposición de consecución del primer empleo por edad y sexo según generaciones. España.



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Tabla 5: Modelo explicativo de la transición al conseguir un primer empleo según edad y generación. Hombres.

	Generaciones 1945-65		Generaciones 1960-74	
	Parámetros	Sig.	Parámetros	Sig.
Constante	1,94	0,047	-2,43	0,000
Variables				
EDAD				
lineal	-0,36	0,001		
cuadrática	0,01	0,000	-2,43	0,000
GENERACIONES				
1945-49	0,00	<i>ref.</i>		
1959-54	-0,10	0,408		
1955-59	-0,46	0,000		
1960-64	-0,44	0,000	0,00	<i>ref.</i>
1965-69			-0,33	0,000
1970-74			-0,25	0,005

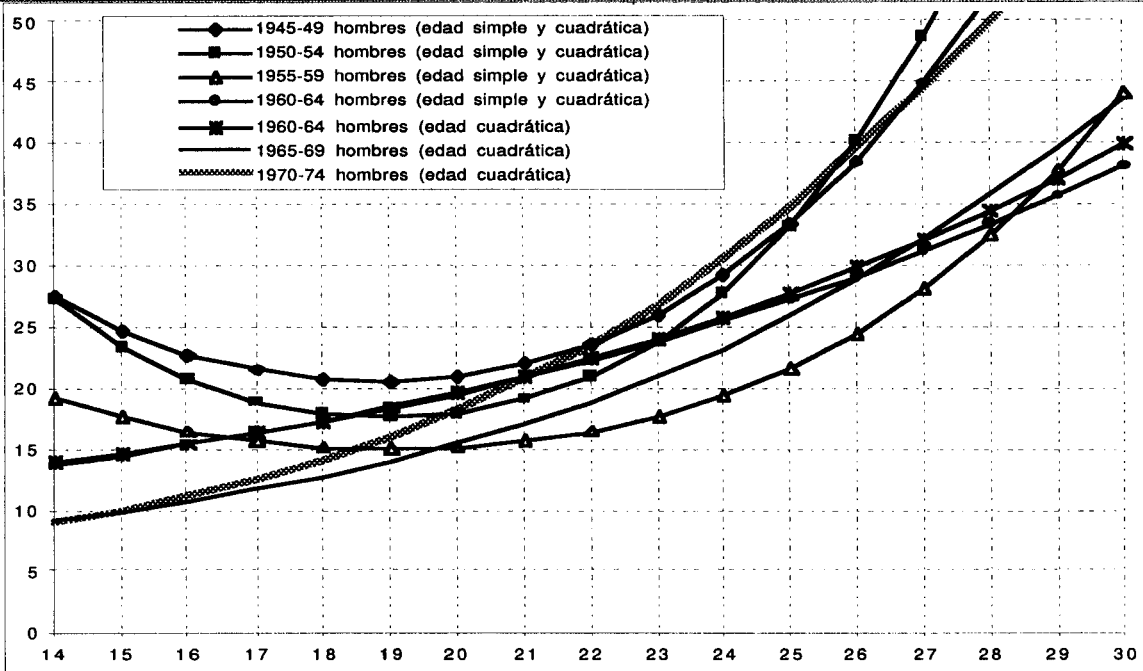
Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Tabla 6: Modelo explicativo de la transición al conseguir un primer empleo según edad y generación. Mujeres.

	Parámetros		Sig.	
	Constante	-0,68	0,000	
Variables				
EDAD				
cuadrática	0,00	0,000	INTERACCIÓN CON LA EDAD	
GENERACIONES			Parámetros	Sig.
1945-49	0,00	<i>ref.</i>		
1950-54	-0,28	0,230	0,00	0,031
1955-59	-0,49	0,025	0,00	0,002
1960-64	-1,45	0,000	0,00	0,000
1965-69	-2,30	0,000	0,01	0,000
1970-74	-2,63	0,000	0,01	0,000
1975-79	-5,11	0,000	0,02	0,000

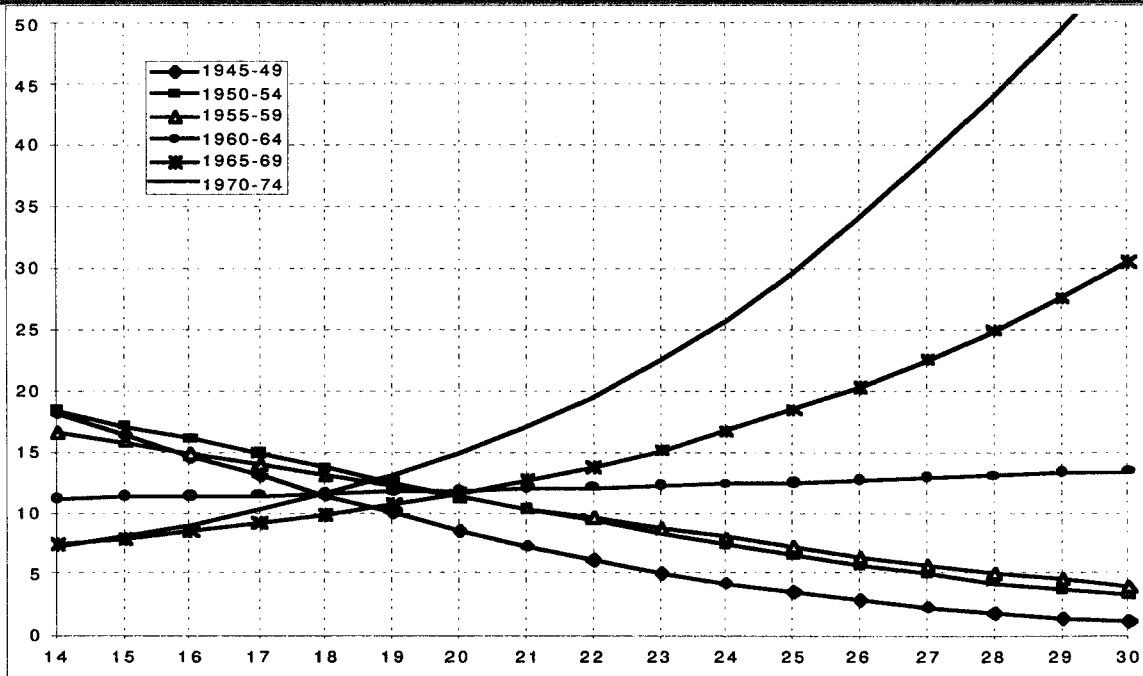
Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Gráfico 51: Tasas estimadas de consecución de un primer empleo por edad según generaciones. Hombres.



Fuente: elaboración a partir de la Tabla 5.

Gráfico 52: Tasas estimadas de consecución de un primer empleo por edad según generaciones. Mujeres.



Fuente: elaboración a partir de la Tabla 6.

El modelo de incorporación de la mujer al trabajo (Tabla 6) ha sufrido, como en los hombres, modificaciones substanciales intergeneracionales tanto en la intensidad como en el calendario. De hecho, estamos observando una clara transición de las pautas, partiendo de un modelo de poca participación en el mercado de trabajo y muy específico por edad, a un modelo de semejanza con las pautas masculinas, aunque de menor intensidad. Las generaciones nacidas entre 1945 y 1959 encontraron trabajo a menor edad, tras una fuerte incorporación en la que alrededor de los 15-16 años se alcanza la máxima tasa, se produce un descenso progresivo, claramente evidente a partir de los 20 años (Gráfico 50). Dicho de otro modo para estas generaciones la probabilidad de ocupación femenina se concentra en las edades más jóvenes. En las tasas estimadas (gráfico 52) dicha tendencia agrupa a las tres generaciones en una línea descendente de los 14 a los 30 años. La generación 1960-64 es la que protagoniza la transición: por primera vez las tasas entre los 15 y los 28 años se mantienen estables, pasando a partir de este grupo generacional a adoptar un comportamiento similar al masculino, donde a mayor edad mayor probabilidad de entrar en ocupación. Recordemos que dicha generación era la que presentaba una intensidad observada superior a los 30 años. En el modelo desaparece la relación directa con la edad, apareciendo una línea casi horizontal. La siguiente generación 1965-69 ya presenta la misma forma que las generaciones masculinas, aunque con una intensidad más reducida. La última generación 1970-74 sigue también lo observado para su coetánea masculina, manteniendo el modelo de la generación anterior 1965-69, presenta sin embargo un mayor porcentaje a partir de los 15 años. En el caso de las mujeres, con los datos de los que disponemos, es más difícil pronosticar cual va a ser la evolución para las siguientes edades; a los 20 años el porcentaje de las dos últimas generaciones es casi idéntico, y recordemos que en las mujeres la escolarización es superior a la de los hombres. Precisamente por la importancia que va a tener el nivel de escolarización, en el próximo modelo intentaremos discernir cual es la relación entre estas pautas y los procesos de instrucción.

Empezaremos averiguando si el encontrarse en una etapa de formación influía de alguna manera en el hecho encontrar trabajo por primera vez. El gráfico 53 representa las tasas observadas por sexo y edad (de los 14 a los 30 años) de entrada en el primer trabajo según se estuviese o no estudiando. De él se deduce que estar aun estudiando suponía una probabilidad de encontrar un primer trabajo mucho menor que el haber dejado de estudiar hasta alcanzar cierta edad. A partir de esta edad, no importaba si se estaba o no estudiando, pues las tasas por edad entre uno y otro grupo (estudiantes y no estudiantes) discurrían paralelas.

Para los varones, este punto etario ha ido retrasándose progresivamente desde los 21 años para las generaciones masculinas 1945-49, pasando por los 23 años para las generaciones 1950-54, los 25 años para los nacidos en 1955-59, hasta llegar a los 26 años para los componentes de las generaciones 1960-64. Entre los más jóvenes analizados (a partir de las generaciones 1965) esta edad parece haberse adelantado, a los 24 años para la generación 1965-69, y a los 19 años para las generaciones 1970-74, aunque sería necesario disponer de más información para poder confirmar este punto de inflexión como un cambio de tendencia.

En el caso femenino, también hay una edad a partir de la cual las tasas de primera ocupación de las que están estudiando y aquellas que ya habían terminado sus estudios corren parejas, pero es mucho más temprana que para los hombres, a saber, los 19 años para las generaciones femeninas 1955-59 (para las nacidas antes de 1955 el escaso número de las mujeres observadas que seguían estudiando en la muestra de la encuesta invalida cualquier tipo de análisis), los 20 años para las nacidas en 1960-64 y los 22 años para las generaciones 1965-69. Para la última generación, aún es más difícil de pronunciarse que en el caso de los hombres.

Esta fuerte influencia de la edad en el efecto que el haber o no completado los estudios tenía sobre el encontrar el primer empleo obliga a considerar para esa variable independiente un factor de interacción con la edad (véase Tabla 7). Esta relación se representa en el gráfico 54 para los hombres y en el 55 para las mujeres. Para los varones, mientras que la probabilidad de encontrar trabajo por primera vez tras haber concluido el periodo formativo, tiene forma de *U* (es más fácil a edades más tempranas, disminuye con la edad hasta llegar a un mínimo alrededor de los 21 años y vuelve a aumentar con la edad a partir de entonces), para los que se encuentran estudiando tiene forma de *J*, es decir, la probabilidad de que un varón encuentre su primera ocupación mientras se está formando es muy baja antes de los 21 años y va aumentando con la edad exponencialmente pasado este punto étéreo. Este modelo sólo ha variado de nivel según la generación masculina considerada (aunque muy ligeramente), pero la pauta por edad (la forma de la curva) ha permanecido inmutable intergeneracionalmente.

Para las mujeres, la dificultad para encontrar un modelo común a todas las generaciones para la explicación de la consecución de una primera ocupación desaparece al introducir la variable independiente de estar o no realizando estudios (Tabla 7). En efecto, para todas las generaciones femeninas analizadas, mientras que la pauta de entrada en un primer empleo entre las que habían finalizado su etapa formativa tenía una relación inversa con la edad, aquellas que estaban estudiando mantenían unas bajas tasas de entrada en ocupación hasta cierta edad, a partir de la cual se iniciaba un incremento exponencial de las mismas. Entre las generaciones femeninas más antiguas y las más modernas analizadas, y al contrario que para sus compañeros, había tenido lugar un desplazamiento hacia arriba de todas sus tasas, cualquiera que fuera la edad considerada (gráfico 55). En definitiva, el cambio de modelo que habíamos presenciado en la probabilidad de encontrar un primer trabajo entre las diferentes generaciones había sido causado en gran medida por la extensión del periodo de formación en las mujeres más jóvenes.

Por último, destacar el porcentaje de hombres y mujeres que a los 28 años nunca habían tenido un empleo. La última generación que tenía esta edad cuando se realizó la Encuesta de fecundidad y familia de 1995 en España fue la de 1968. La Tabla 8 expone esta proporción según sexo y año de nacimiento. Como vemos, este porcentaje era nulo entre los varones componentes de las generaciones 1945-49 y afectaba a un 23 por ciento de las mujeres nacidas en el mismo periodo. Entre los hombres ha crecido significativamente para las generaciones más jóvenes, llegando a un 6 por ciento para los nacidos en 1965-68. Debido a las circunstancias laborales de estas generaciones se ha producido una creciente dificultad de conseguir un primer empleo, que explica el retraso más allá de los 28 años. Para las mujeres,

en cambio, esta situación se ha sobrevenido con su entrada masiva en el mercado de trabajo, de manera que cada vez son menos las que nunca realizaron trabajo alguno antes de los 28 años, aunque para las generaciones más jóvenes este porcentaje es aun el doble que entre los hombres (tabla 11).

Tabla 7: Modelo explicativo de la transición al conseguir un primer empleo según sexo, edad, generación y si se encuentran estudiando. España.

	HOMBRES		MUJERES	
	parámetros	Sig.	parámetros	Sig.
Constante	7,70	0,000	-4,63	0,000
Variables				
EDAD				
lineal	-0,87	0,000	0,37	0,000
cuadrática	0,02	0,000	-0,01	0,000
GENERACIÓN				
1945-49	0,90	0,000	0,00	ref.
1950-54	0,85	0,000	0,34	0,000
1955-59	0,54	0,005	0,39	0,000
1960-64	0,75	0,000	0,35	0,000
1965-69	0,53	0,004	0,31	0,000
1970-74	0,61	0,001	0,48	0,000
INTERACCIÓN: ESTUDIOS CON EDAD				
simple	-0,23	0,000	-0,33	0,000
cuadrática	0,01	0,000	0,02	0,000

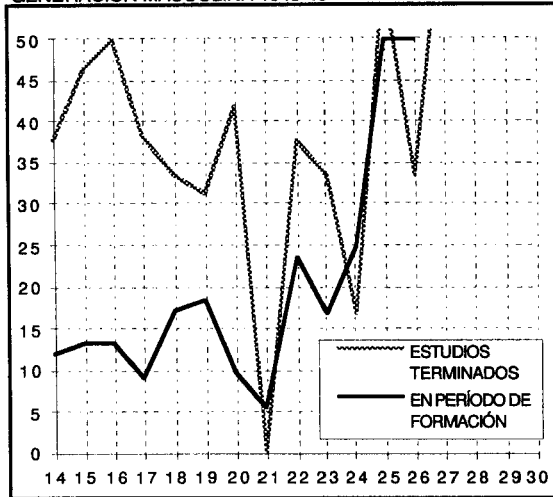
Tabla 8: Porcentaje de población que nunca accedió a un trabajo remunerado antes de los 28 años, según sexo y generación.

	hombres	mujeres
1945-49	0,46	23,50
1950-54	0,47	16,12
1955-59	3,22	16,89
1960-64	2,05	14,59
1965-68	6,27	13,23

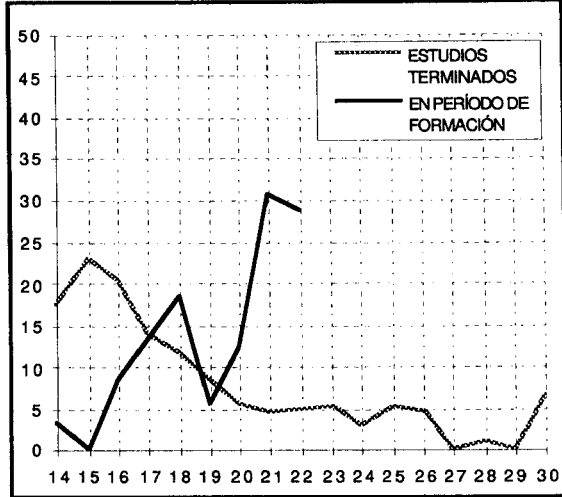
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia de 1995.

Gráfico 53: Tasas observadas de consecución de un primer empleo por edad y sexo según generaciones y si habían concluido o no su período formativo.

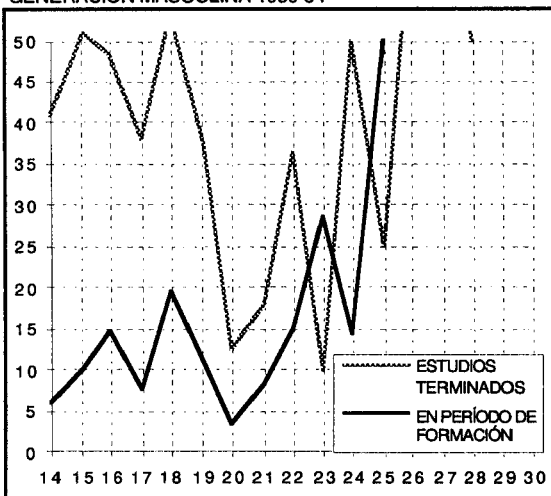
GENERACIÓN MASCULINA 1945-49



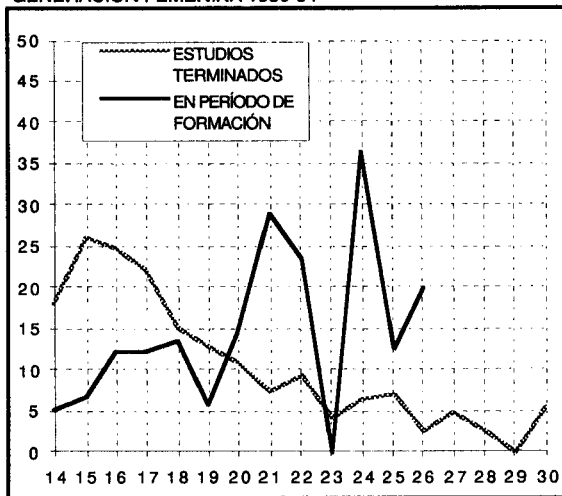
GENERACIÓN FEMENINA 1945-49



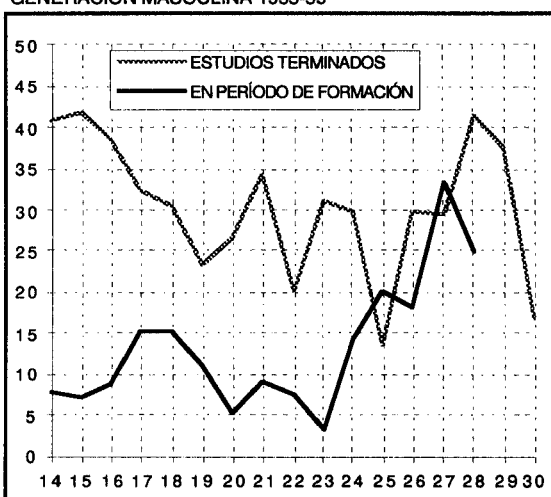
GENERACIÓN MASCULINA 1950-54



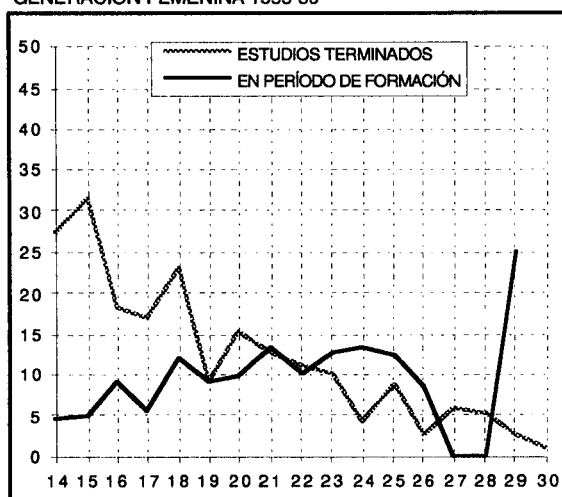
GENERACIÓN FEMENINA 1950-54



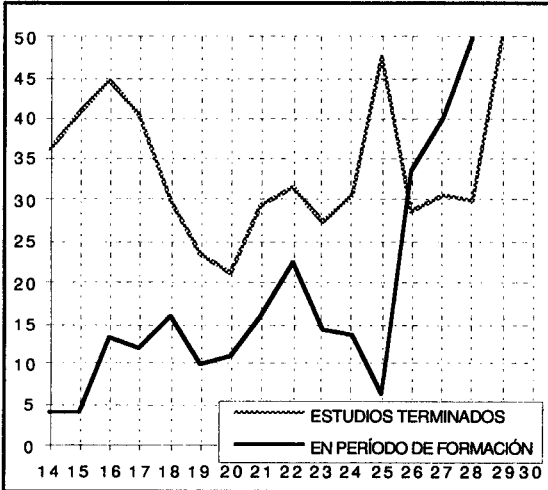
GENERACIÓN MASCULINA 1955-59



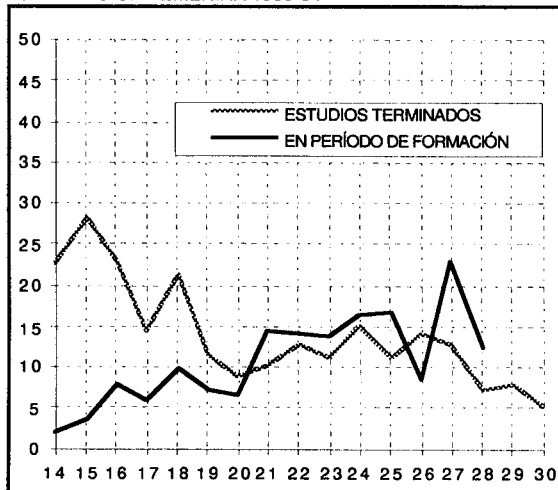
GENERACIÓN FEMENINA 1955-59



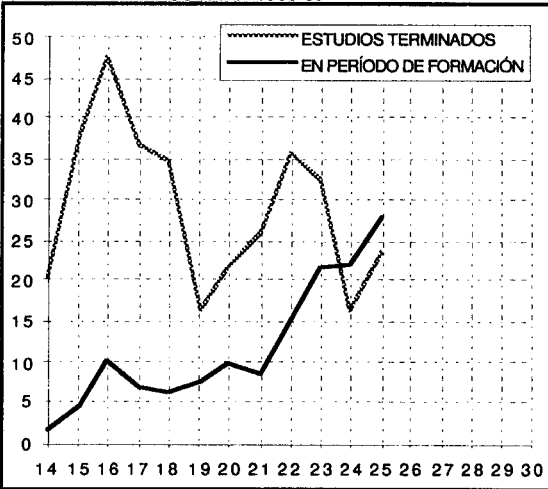
GENERACIÓN MASCULINA 1960-64



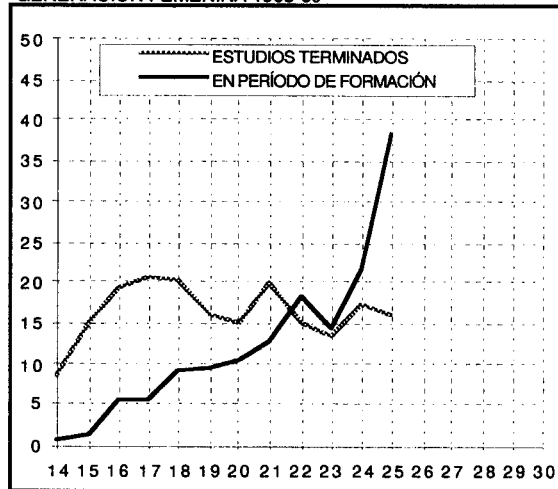
GENERACIÓN FEMENINA 1960-64



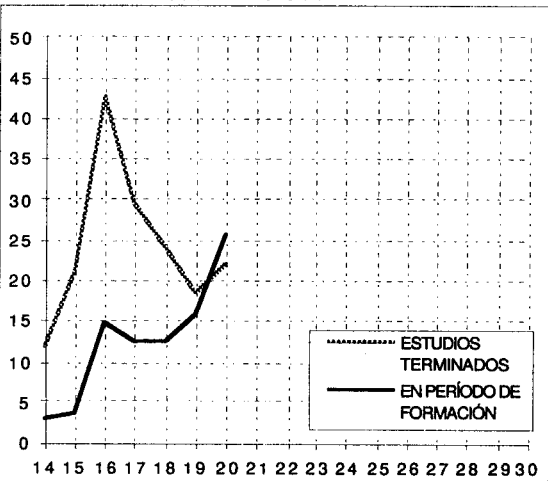
GENERACIÓN MASCULINA 1965-69



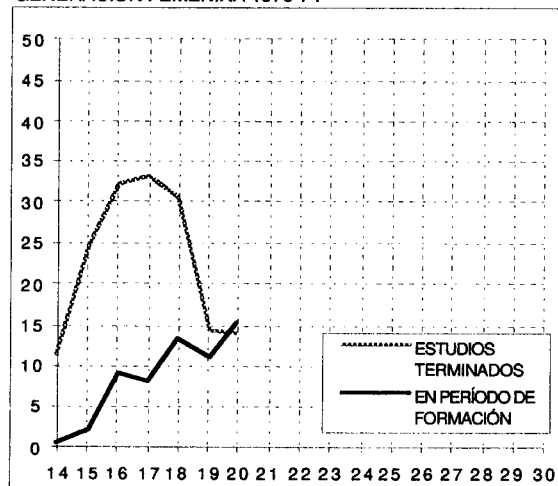
GENERACIÓN FEMENINA 1965-69



GENERACIÓN MASCULINA 1970-74

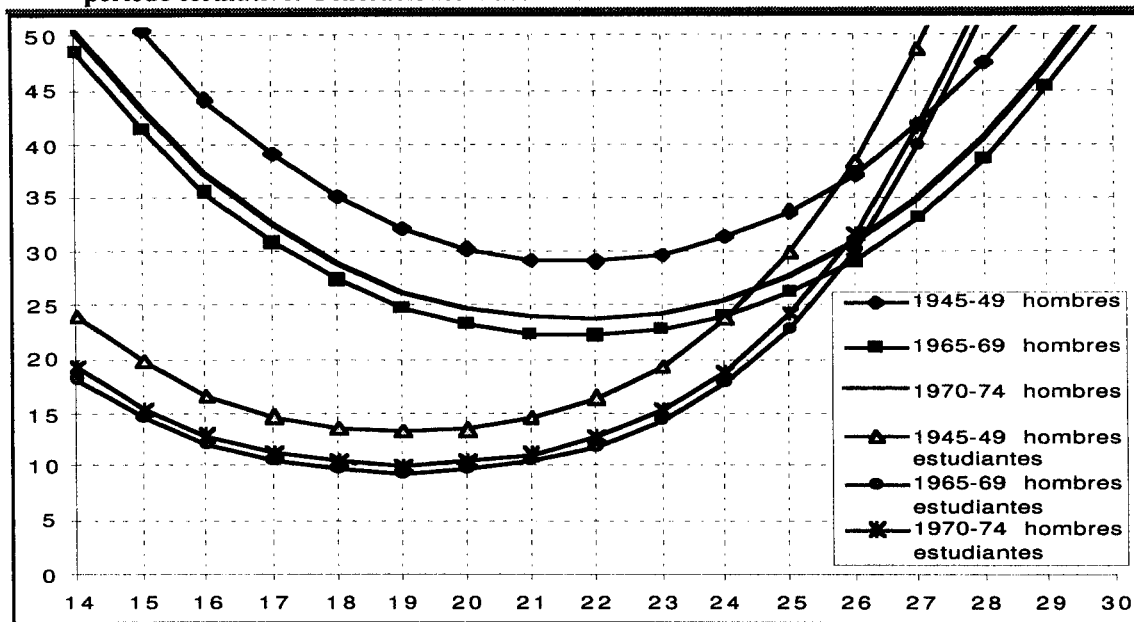


GENERACIÓN FEMENINA 1970-74



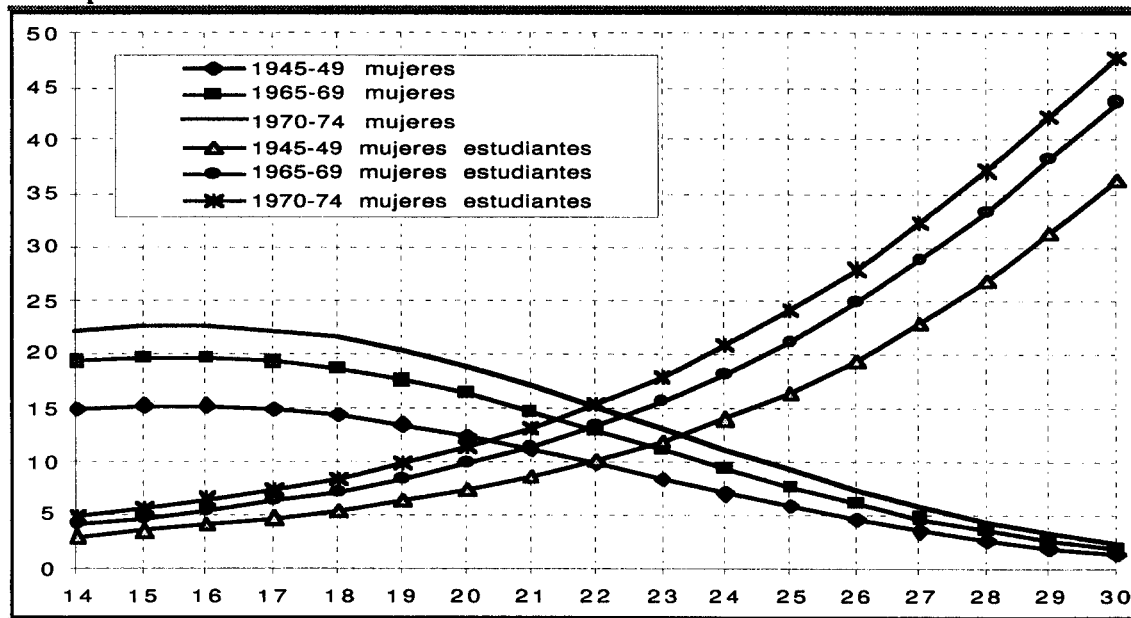
Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Gráfico 54: Tasas estimadas de consecución de un primer empleo por edad según si se ha completado el período formativo. Generaciones masculinas seleccionadas



Fuente: elaboración a partir de la tabla 7.

Gráfico 55: Tasas estimadas de consecución de un primer empleo por edad según si se ha completado el período formativo. Generaciones femeninas seleccionadas.



Fuente elaboración a partir de la tabla 7.

II.4. Independencia domiciliar y formación de la pareja

II.4.1. El contexto europeo

En la transición de joven a adulto, la formación alcanzada y la primera ocupación son elementos esenciales. Junto con ellos, la emancipación domiciliar aparece como el umbral definitivo del proceso, en relación más o menos estrecha con el tercer factor definitorio del reconocimiento social como adulto: la formación de una pareja. En este apartado vamos a tratar conjuntamente estos dos últimos factores: la emancipación domiciliar y la formación de pareja, para las generaciones masculinas y femeninas nacidas a mediados de los años 50, teniendo en cuenta que en el caso de los países del sur parece que la relación entre los dos fenómenos es más estrecha que en otros países europeos.

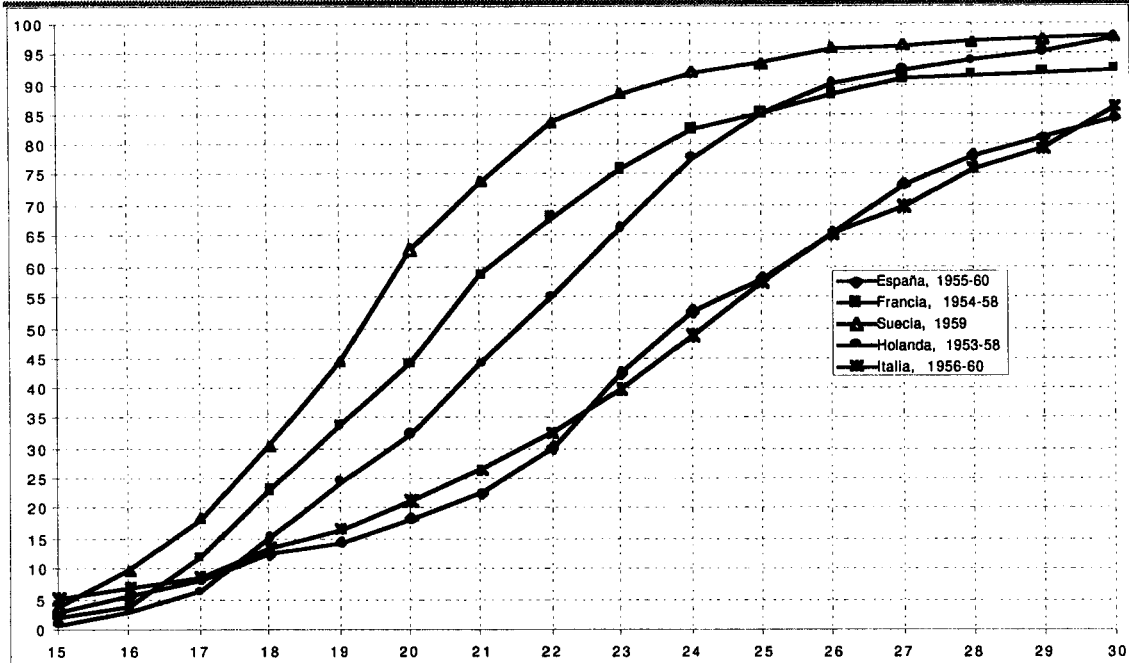
Los gráficos siguientes representan para algunos países de la Unión Europea el porcentaje acumulado desde los 15 a los 30 años de hombres y mujeres que han dejado de vivir en el hogar de sus padres, pertenecientes a las generaciones nacidas a mediados de los años 50.

Mientras que Suecia presenta las proporciones más altas, a España e Italia les corresponden las más bajas. Para todas las edades y para ambos sexos, la cohorte sueca nacida en 1959 presenta una mayor propensión a la independencia domiciliar que las del resto de países. Más del 50% de las jóvenes suecas han abandonado el domicilio paterno a los 18 años, y a los 20 años en el caso de los varones, y prácticamente la totalidad de ellas lo han hecho a los 24, y de ellos a los 28 años. En el extremo opuesto encontramos a las generaciones 1955-59 españolas y las 1956-60 italianas, donde sólo a partir de los 22 años las mujeres presentan una mayoría de emancipadas, y los hombres a partir de los 24; a los 30 años el 10% de las mujeres y el 15% de los hombres seguían residiendo con sus padres.

Es importante reseñar que en las generaciones nacidas con posterioridad a 1960 la tendencia observada en todos estos países es una creciente postposición de la emancipación domiciliar, exceptuando el caso sueco para los hombres. De este modo, por ejemplo, si en la generación sueca de 1959, como habíamos dicho, los hombres a los 20 años habían abandonado el hogar de sus padres en un 63%, en la siguiente generación 1964, a la misma edad lo habían hecho en un 64%. En las mujeres suecas la proporción a los 18 años que era de un 61% para las nacidas en 1959, y descendió a un 53% para la de 1964.

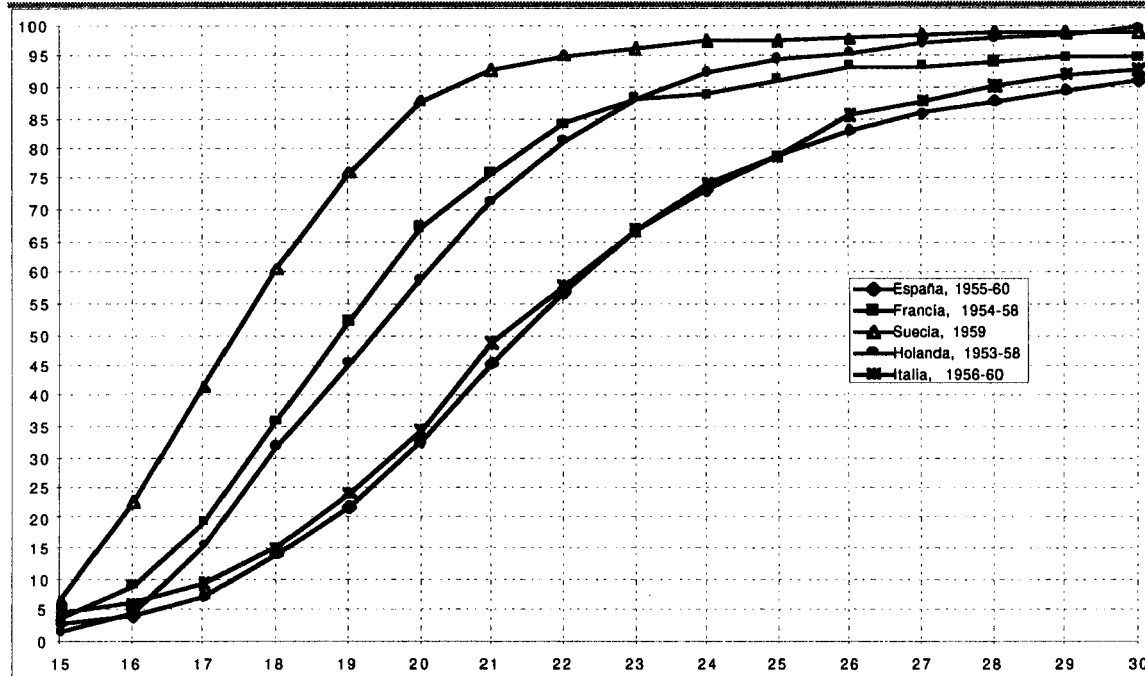
Holanda y Francia representan una pauta intermedia, destacando el caso holandés donde a menor edad las proporciones se mantienen relativamente bajas dentro del conjunto, para acabar tanto hombres como mujeres, a los 30 años con un nivel de plena emancipación. En Holanda se aprecia un leve descenso en las proporciones aunque se mantengan los 22 años en los hombres y los 20 en las mujeres cuando se alcanza más de la mitad de los efectivos emancipados domiciliarmente.

Gráfico 56: Porcentaje acumulado por edad de emancipación domiciliar, generaciones masculinas.



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

Gráfico 57: Porcentaje acumulado por edad de emancipación domiciliar, generaciones femeninas.



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

En Francia, para la generación 1954-58 a los 21 años los varones alcanzaban el 59% de emancipados, en la generación 1959-63 a la misma edad esa proporción había disminuido al 51%, y para la generación 1964-68 al 46%, paralelamente las mujeres que para la generación más antigua considerada a los 19 años presentaban un porcentaje del 52%, para la siguiente generación 1959-63 a la misma edad era de un 51%, y para la generación 1964-68 un 46%, la última generación de la que se poseen datos a los 19 años, la nacida entre 1969-73 presentaba un porcentaje del 37%.

Por último, en Italia, el porcentaje de alguna vez emancipado residencialmente para la generación masculina 1951-55 a los 24 años era de un 58%, y a la misma edad para la generación 1961-65 era de un 47%, en el caso de las mujeres se había pasado de un 58% a los 22 años para la primera generación a un 49% a la misma edad para la segunda. Para España el proceso se examinará con mayor detalle en el próximo apartado.

El primer abandono del hogar paterno es obviamente un evento no renovable. De este modo, el 100 por cien registrado para Suecia y Holanda a los 30 años puede ser considerado la intensidad final de la primera emancipación domiciliar. Podemos afirmar que la intensidad de dicho fenómeno para las mujeres nacidas a mitades de los años 50 en Francia, fue para la misma edad del 95%. Por el contrario, en el caso de Italia y España es improbable que el nivel alcanzado a los 30 pueda tomarse como la intensidad final del fenómeno. Para obtener una visión más clara, mostramos en la tabla 9 la distribución porcentual a mediados de los años 90 de diferentes tipos de convivencia en el hogar, cuando los entrevistados tenían alrededor de los 35 años de edad.

Tabla 9: Peso de situaciones convivenciales distintas a la familia nuclear propia. Sujetos de 35 años a mediados de los años 90, por sexo y en diferentes países.

Convivencia	Hombres					Mujeres				
	1	2	3	4	5	1	2	3	4	5
España, gen.1955-59	13%	12%	1%	4%	10%	11%	5%	0%	1%	8%
Italia, gen. 1956-60	14	6%	0%	6%	4%	11%	6%	0%	2%	6%
Francia, gen. 1954-58	-	-	-	12%	-	-	-	-	6%	-
Suecia, gen. 1959	3%	2%	1%	22%	0%	1%	0%	0%	8%	0%
Holanda. gen. 1953-58	3%	-	-	14%	-	0%	-	-	8%	-

Tipos de convivencia: 1: Con padre (s); 2: Con otros familiares;3: Con otras personas, no familiares; 4: Solo; y 5: En un hogar de tres o más órdenes generacionales.

Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

En España e Italia un 11% de las mujeres entre 35 y 40 años seguían viviendo con sus padres. En el caso de los varones estos porcentajes eran de un 13 y un 14% respectivamente. Estas proporciones para las mujeres españolas de dichas generaciones eran 2 puntos porcentuales por encima de las observadas a los 30 años, para las italianas eran de 4 puntos porcentuales. En el caso de los hombres, para los españoles la diferencia era de 2 puntos más, siendo inexistente en el caso de los italianos. Por último cabe destacar que para el tipo 4, es decir

viviendo solo, los porcentajes tanto para varones como para mujeres de España e Italia, destacan por ser los más bajos.

Pasemos ahora a ver, para los mismo países y las mismas generaciones masculinas y femeninas una aproximación por edades a la formación de la pareja. En los gráficos 58 y 59 se muestran los porcentajes acumulados de alguna vez unidos de los 15 a los 35 años para las generaciones masculinas y femeninas nacidas a mediados de los años 50 de diferentes países de la Unión Europea.

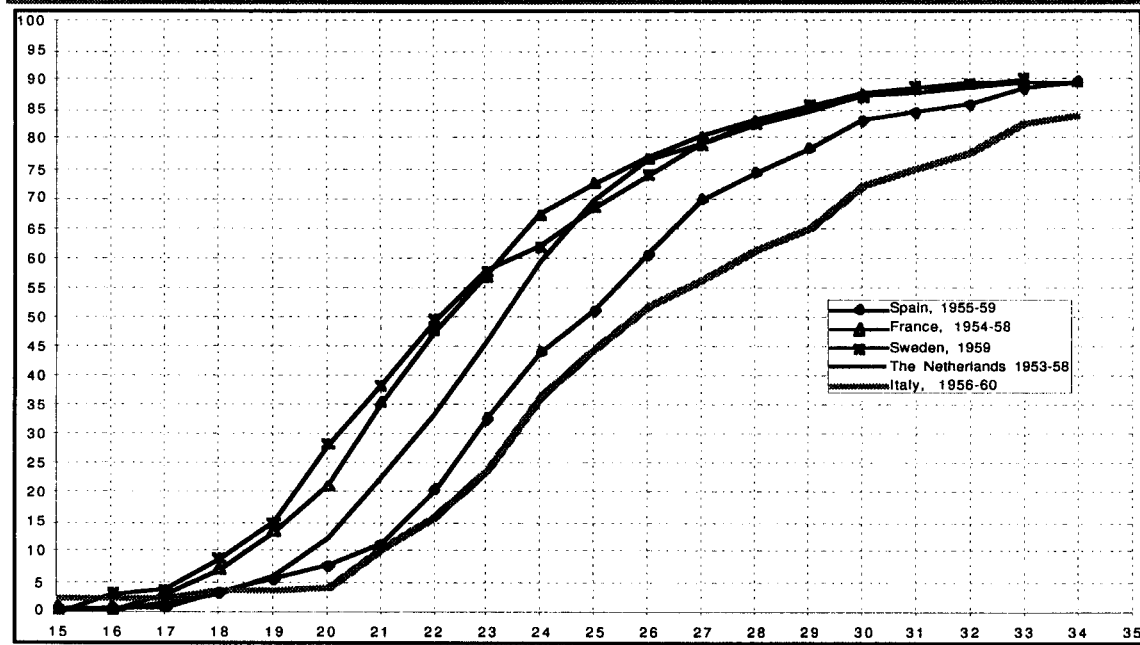
El máximo porcentaje de mujeres alguna vez unidas a los 34 años se alcanza en Suecia con un 96%, y el mínimo en Italia con un 90%. Excepto en Francia, los hombres a la misma edad presentan un porcentaje acumulado inferior a las mujeres, con un máximo alrededor del 90% para los suecos y unos mínimos extraordinarios para los hombres italianos, que no llegan a superar el 85%.

En sintonía con la emancipación domiciliar, la formación de pareja refleja un calendario más tardío para España e Italia, y un calendario más temprano para el resto de los países, encabezado por Suecia. Es importante señalar sin embargo, las diferencias entre Italia y España. En el caso de los hombres, si a los 21 años coinciden en un 10% de alguna vez en pareja, (substancialmente por debajo del 22% registrado en Holanda, el tercer país con porcentajes menores a esa edad), a los 27 años mientras que los varones italianos se habían casado alguna vez en un 55%, los españoles lo estaban ya en un 70%, manteniendo la distancia de 10 puntos porcentuales con Holanda. En el caso de las mujeres encontramos dos pautas diferentes tanto en Italia como en España antes y después de los 21 años (40%): antes de los 21 años, las mujeres italianas presentan porcentajes superiores a las españolas, después de esa edad, los porcentajes de las españolas serán significativa y progresivamente más altos que los de las italianas, a los 25 años las italianas se encuentran en un 67% alguna vez unidas, mientras que las españolas han alcanzado el 78%.

El análisis comparado para estas generaciones según el tipo de unión, no hace más que confirmar lo que ya habíamos expuesto en el apartado anterior sobre la evolución de la cohabitación en Europa: mientras que Suecia presenta los mayores porcentajes acumulados en ambos sexos de cohabitación, España e Italia se colocan en la franja opuesta, con los menores porcentajes.

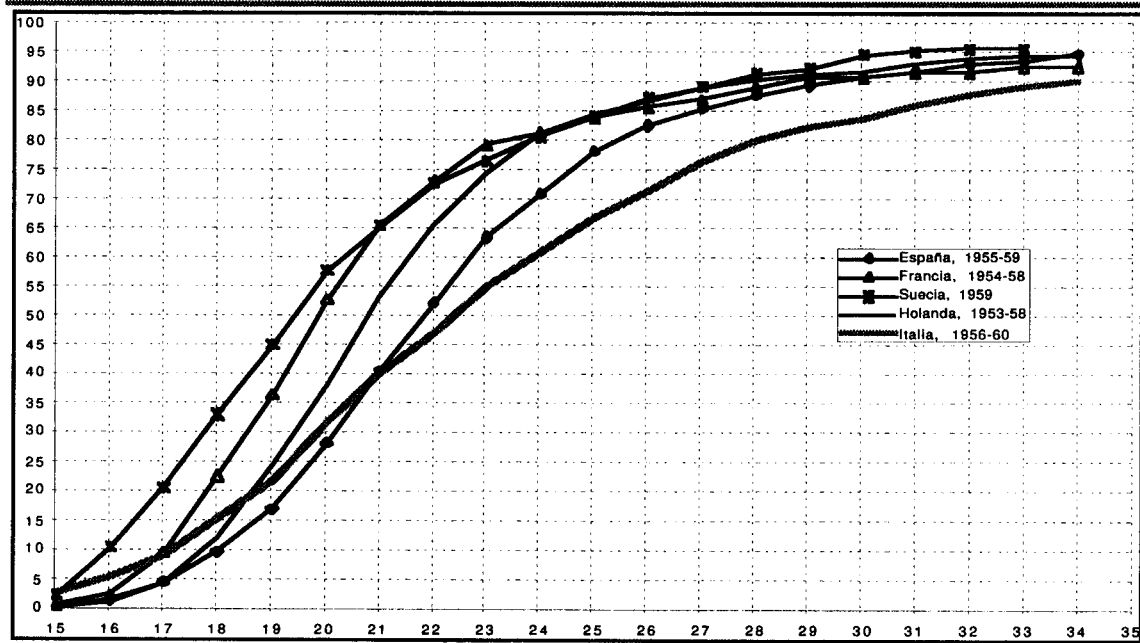
De este modo, como observamos en los gráficos 60 y 61, a los 34 años de edad mientras que el 90% de las primeras uniones de las mujeres suecas nacidas en 1959 fueron bajo la forma de cohabitación, en el caso de España e Italia, ese porcentaje fue del 7% para las generaciones 1955-60.

Gráfico 58: Porcentaje acumulado de entrevistados según la edad al inicio de su primera relación de pareja. Generaciones masculinas.



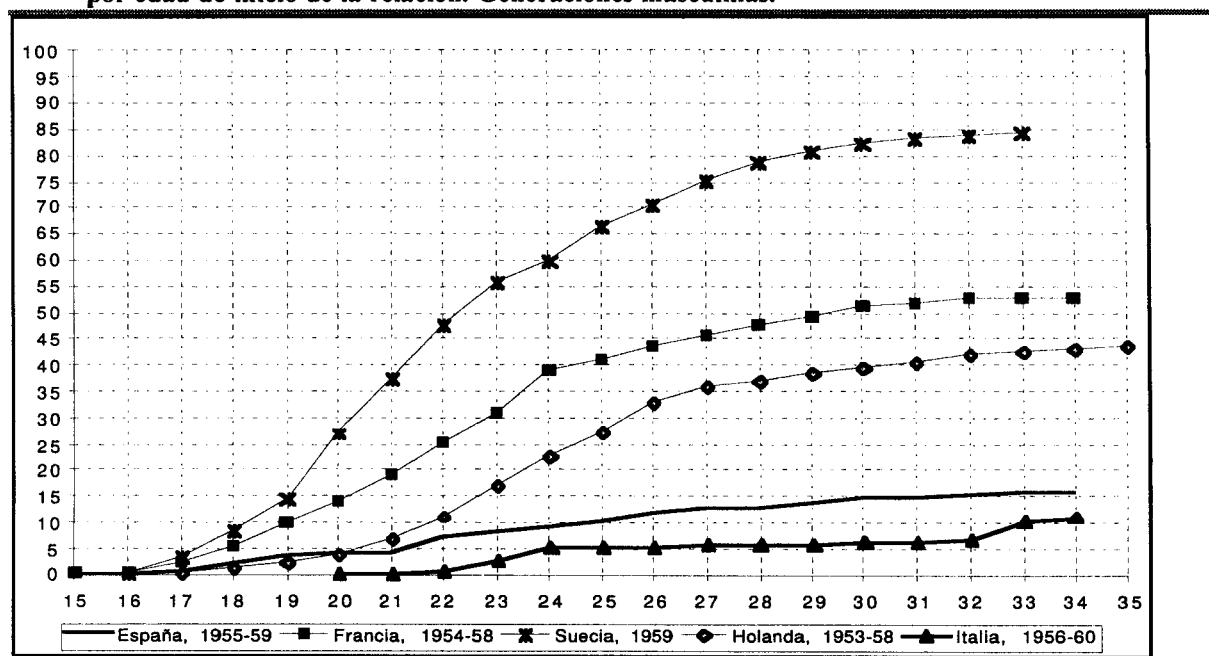
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

Gráfico 59: Porcentaje acumulado de entrevistados según la edad al inicio de su primera relación de pareja. Generaciones femeninas.



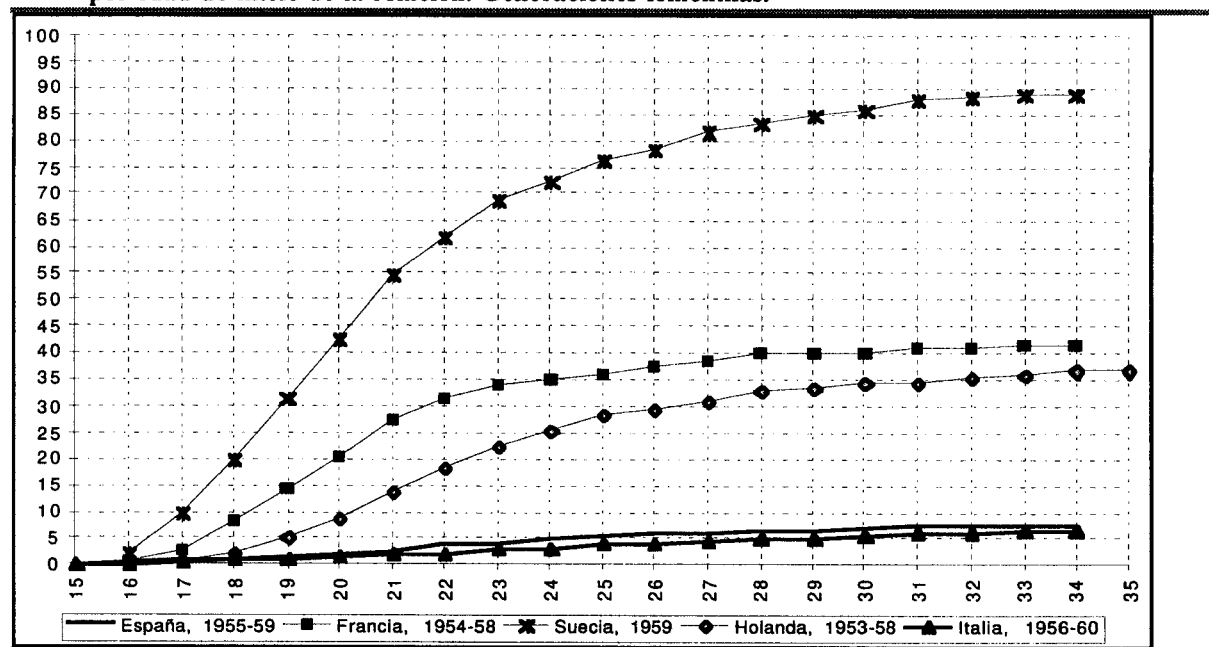
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

Gráfico 60: Porcentaje acumulado de entrevistados cuya primera relación de pareja fue cohabitación, por edad de inicio de la relación. Generaciones masculinas.



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

Gráfico 61: Porcentaje acumulado de entrevistados cuya primera relación de pareja fue cohabitación, por edad de inicio de la relación. Generaciones femeninas.



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia.

Este indicador para los hombres de las mismas generaciones a los 34 años fue de un 85% en Suecia y de un 15% en España y un 10% en Italia. El nivel superior del porcentaje acumulado en los hombres en España e Italia puede explicarse por un aumento de la cohabitación en las sucesivas generaciones. El mismo fenómeno puede observarse para Francia y Holanda, siguiendo un orden decreciente. Tan sólo Suecia presenta porcentajes superiores al 50% para las mujeres (a los 21 años), mientras que para los hombres Suecia (23 años), y también Francia (a los 30 años).

II.4.2. Independencia domiciliar y formación de la pareja de las generaciones españolas 1945-74.

Más que en ningún otro, en este tema confluyen las múltiples relaciones de filiación entre generaciones, y las determinaciones previas establecidas por el nivel de instrucción y por la relación con la actividad. Por ello las transformaciones observables en las pautas generacionales de emancipación y de formación de nuevas familias, pese a ser importantes en sus aspectos cuantitativos, conllevan también cambios de significación igualmente relevantes que cualquier interpretación deberá tener en cuenta.

Para las generaciones de principios de siglo el cese de la convivencia con los progenitores todavía estaba sujeto a la mortalidad de estos en una proporción muy significativa de los casos. Por tanto, el retraso de la emancipación hasta las generaciones de los años veinte debe achacarse en parte a la mayor supervivencia de los progenitores. Desde este punto de vista el adelanto de la emancipación protagonizado por las generaciones posteriores no tiene precedentes, porque son las primeras en que prácticamente todos los sujetos que dejan de residir con sus progenitores y constituyen una familia propia lo hacen en vida de aquellos.

La confluencia de factores coyunturales en el adelanto de la emancipación y del matrimonio, propia de las generaciones nacidas en los años treinta y cuarenta resulta igualmente novedosa y difícilmente repetible. Por una parte, viven su infancia y juventud en pleno proceso de ruptura con las formas agrarias de reproducción social y de producción familiar, unida a la creciente salarización del trabajo. Los jóvenes de estas generaciones se ven liberados del control familiar de sus recursos económicos y de sus pautas de nupcialidad. Por otra parte, por tratarse de generaciones de tamaño reducido, las mujeres dejan de ser excedentarias en el mercado matrimonial, lo que pone fin a la pauta tradicional por la que su soltería definitiva venía siendo sistemáticamente más elevada que la masculina. El déficit masculino, por otra parte, ya no volverá a producirse con la intensidad de otros tiempos, porque la mayor edad al matrimonio de los varones ya no irá acompañada de una reducción importante de sus efectivos casaderos por efecto de la mortalidad.

Todo parece contribuir a que estas generaciones tengan una emancipación temprana, y a que la forma más extendida sea la constitución de un hogar conyugal propio. Sin embargo, la neolocalidad de sus uniones se enfrenta a un impedimento novedoso e igualmente coyuntural: coinciden en el tiempo con el mayor trasvase de población del campo a las ciudades que ha

vivido el país, que produce una importante escasez de vivienda en los lugares de destino. Por tanto, el aumento de la neolocalidad se ve frenado, y lo que protagonizan las generaciones nacidas en los años treinta y cuarenta es un sustancial incremento de la isolocalidad matrimonial de las mujeres. Sólo una vez superada esta peculiar coyuntura se hará visible la tendencia a que las uniones neolocales ganen peso. De hecho, la emancipación simultánea al casamiento siempre había constituido la pauta mayoritaria en todas las generaciones del siglo, aproximadamente el 60% en ambos sexos, pero se elevará al 65% en las generaciones 1946-50, y superará el 70% en las generaciones de finales de los cincuenta, a la vez que se reducían tanto la isolocalidad como las emancipaciones previas a la unión.

Nuevamente encontramos generaciones con muy diversas intensidades y tipos de emancipación. Las más antiguas, muy tardías y dependientes de la familia de origen, las de los años treinta y cuarenta muy tempranas y conyugales, pero con dificultades residenciales que desaparecen en las nacidas en los cincuenta, y las posteriores, abrumadoramente conyugales y neolocales, pero nuevamente con dificultades, esta vez para que la emancipación sea temprana. Son las nacidas después de 1945 las que vamos a analizar ahora con detalle.

Los gráficos 62 y 63 muestran el porcentaje acumulado por edad de las generaciones españolas masculinas y femeninas que se habían emancipado domiciliarmente. Solo las personas nacidas con anterioridad a 1950 eran mayores de 40 años cuando se realizó el trabajo de campo de la encuesta de fecundidad y familia, en consecuencia únicamente podemos construir las pautas de emancipación familiar hasta los 40 años para el grupo de generaciones 1945-49, que a esa edad se habían emancipado en un 89% las mujeres y en un 87% los hombres. Estos porcentajes finales se incrementaron para las generaciones nacidas en los años 50, cuyo calendario fue significativamente más temprano. La intensidad final de emancipación domiciliar de las generaciones españolas 1950-54 será de un 92% para las mujeres (3 puntos porcentuales por encima de las anteriores generaciones) y un 85% para los hombres (2 puntos porcentuales por encima que las anteriores generaciones).

Las generaciones 1955-59 por su parte se habían emancipado a los 34 años de edad en un 92% las mujeres y en un 87% los hombres. En consecuencia, estas generaciones incrementaron entre los 30 y los 35 años su emancipación residencial en un 1 punto porcentual las mujeres y en 2 puntos los hombres. De este modo cabe concluir que en las generaciones nacidas entre 1945 y 1960 se produjo un adelanto en el calendario de la emancipación domiciliar y un incremento en su intensidad final. A partir de las generaciones nacidas en 1960 se invierte la tendencia: por ejemplo, las generaciones 1960-64 que tenían entre 30 y 34 años en 1995 se habían emancipado domiciliarmente en un 84% las mujeres y en un 69% los hombres, porcentajes que coinciden con los observados a esa misma edad para las generaciones femeninas 1950-54 y para las masculinas 1945-49, presentando un evidente retroceso.

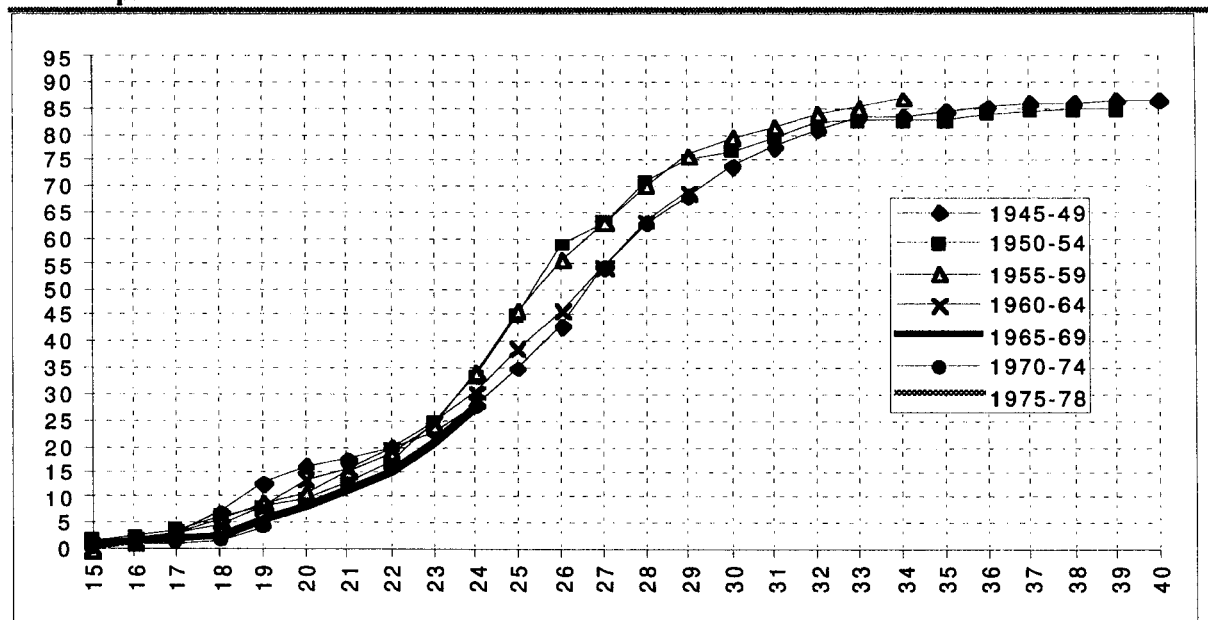
Igual que se hizo con los restantes países europeos, podemos atender ahora a la edad en que las diferentes generaciones masculinas y femeninas españolas alcanzaban más de la mitad de sus efectivos emancipados domiciliarmente: en el caso español, los hombres de la generación 1945-49 lo habían hecho a los 25 años, los de la siguiente generación 1950-54 a los 24 años y a

habían alcanzado un 54%, a la misma edad la generación 1955-59 se había emancipado en un 53%, y se constata el retraso de la emancipación domiciliar a partir de los nacidos en 1960, presentando la generación 1960-64 un porcentaje a los 24 años del 42%, siendo aún menor para la generación 1965-69 con un 37% a esa misma edad. Para las mujeres, la generación más antigua, la nacida entre 1945-49 presentaba a los 22 años más de la mitad de sus efectivos emancipados (51%), la generación 1950-54 a la misma edad presentaba un 50%, la nacida en 1955-59 había incrementado su porcentaje, con un 57%, disminuyendo a partir de entonces, hasta un 48% para la generación 1960-64 y un 41% para la generación 1965-69.

En los próximos gráficos 64 y 65 vamos a observar para las mismas generaciones las pautas de formación de pareja, mediante los porcentajes acumulados según la edad al inicio de su primera relación. En el caso español es significativa la casi exacta coincidencia entre los niveles de la emancipación domiciliar y la formación de pareja. Es decir, ambos fenómenos coinciden en el tiempo. Aunque para ser exactos, independientemente de la visibilidad que nos ofrecen las estadísticas, deberíamos considerar que la formación de la pareja se produce estando ambos miembros de la misma viviendo con sus padres. De este modo la independencia domiciliar se producirá mayoritariamente para ir a vivir con la pareja en el nuevo domicilio, afirmación que viene corroborada en el gráfico 66.

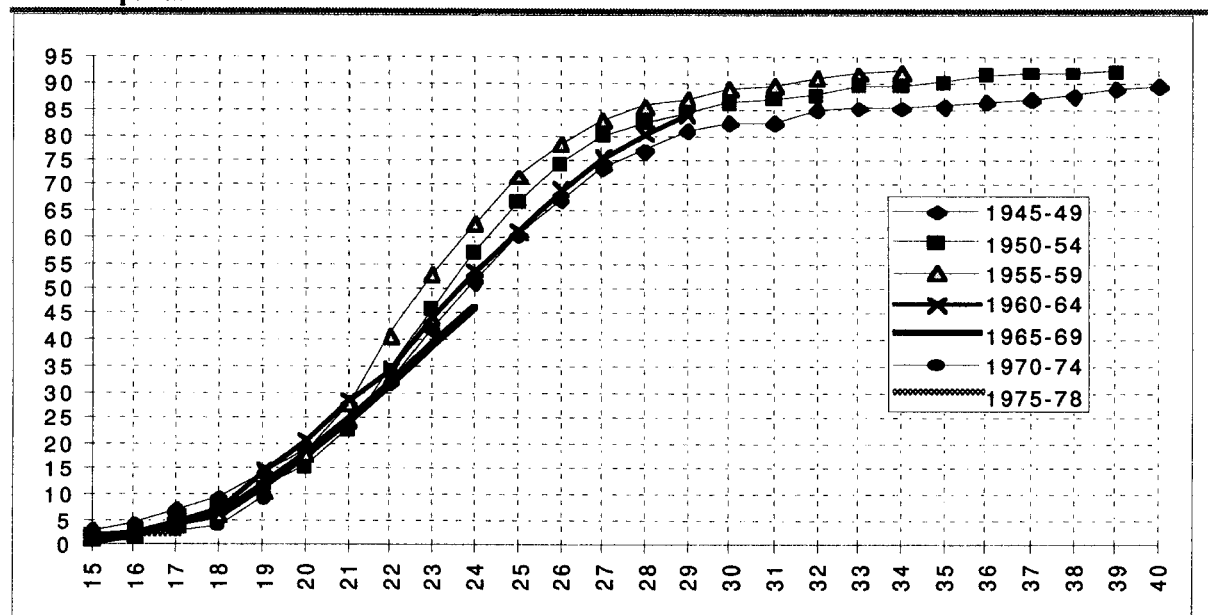
Pero antes de comentar la evolución de la emancipación según la forma de hogar, conviene señalar los cambios de calendario e intensidad en la formación de la pareja para las generaciones españolas nacidas desde 1945. Como habíamos visto la generación 1955-59 española junto con la italiana, se situaba en ambos sexos como una de las que presentaban un calendario más tardío en la formación de la pareja. En comparación con generaciones españolas anteriores, sin embargo, hay que destacar que aún era más tardía en la generación 1945-49 especialmente en los hombres (aún lo había sido más en las generaciones anteriores). Los hombres de las generaciones 1950-54 protagonizan un importante adelanto de la formación de la pareja, ostentando el más temprano calendario masculino, mientras que el femenino todavía había de tocar fondo en las generaciones 1955-59. En general este adelanto en el calendario de formación de la pareja se ha correspondido con un ligero aumento de la intensidad final. A partir de estas generaciones, el retraso ha sido progresivo tanto para hombres como para mujeres, de modo que para las últimas generaciones observadas es difícil presuponer la intensidad final.

Gráfico 62: Porcentaje acumulado por edad de emancipación domiciliar, generaciones masculinas. España



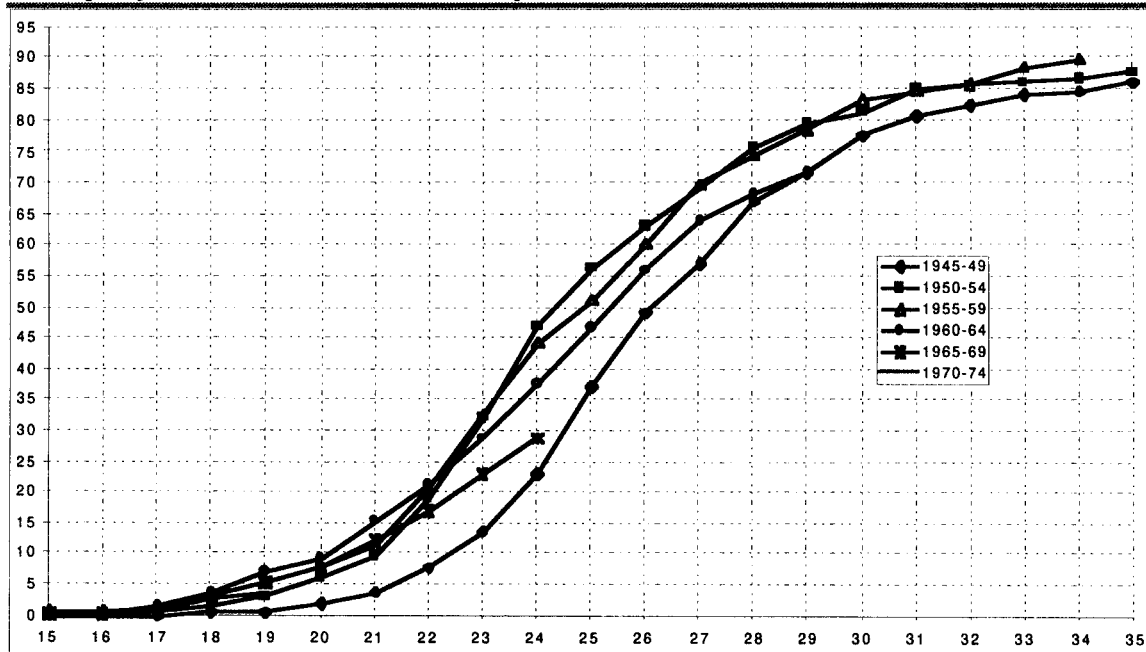
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995. España.

Gráfico 63: Porcentaje acumulado por edad de emancipación domiciliar, generaciones femeninas. España.



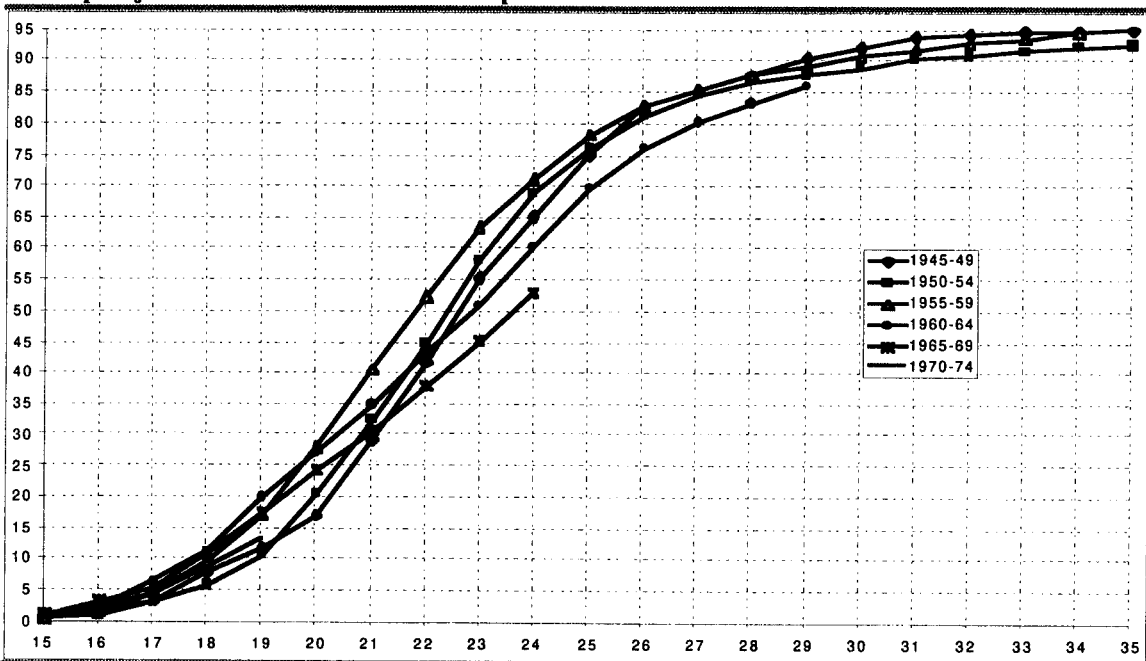
Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995. España.

Gráfico 64: Porcentaje acumulado de entrevistados según la edad al inicio de su primera relación de pareja. Generaciones masculinas. España.



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995. España.

Gráfico 65: Porcentaje acumulado de entrevistados según la edad al inicio de su primera relación de pareja. Generaciones femeninas. España.



Fuente: Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995. España.

La similitud de la intensidad y del calendario de la emancipación domiciliar y de la formación de la primera unión tiene una notable excepción en la generación 1945-1949. Para los hombres, entre los 17 y los 24 años, es sensiblemente superior la emancipación domiciliar, mientras que en las mujeres la curva de la formación de pareja es, a partir de los 21 años, notablemente superior a la de la emancipación domiciliar, siempre en comparación con el resto de las generaciones. Muy afectados por las migraciones de los años sesenta y por la escasez de vivienda, pero también con una elevada intensidad nupcial, la matrilocalidad de sus uniones es excepcionalmente alta, y no puede entenderse como un comportamiento "típico" de las generaciones antiguas.

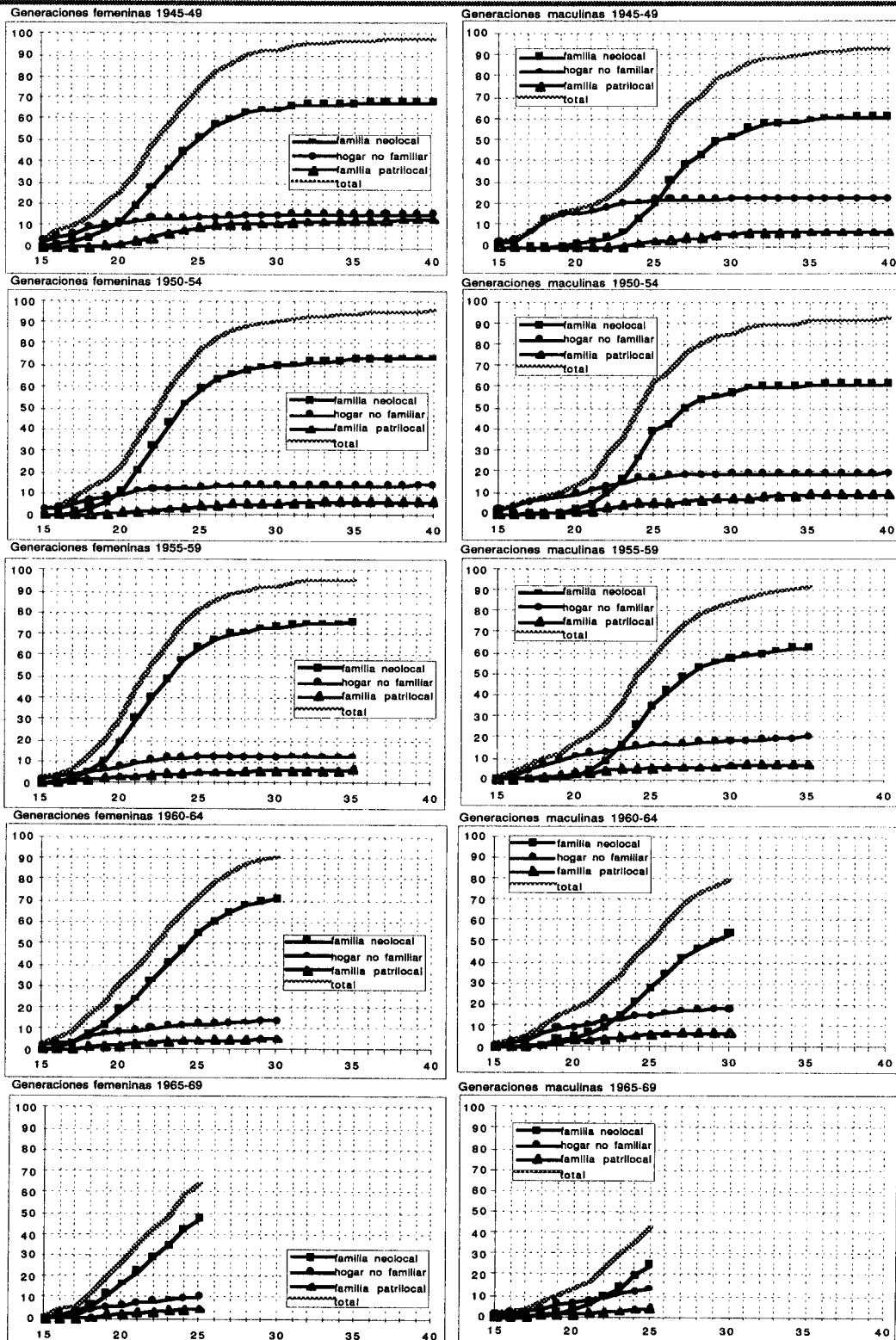
Vamos a combinar para España la formación de la familia y la del hogar. Se trata de distinguir el camino elegido en la emancipación familiar y/o residencial. El gráfico 66 representa las proporciones acumuladas observadas por la Encuesta de fecundidad y familia en España de 1995 según el tipo de transición en la autonomía familiar y/o residencial, el sexo, la generación y la edad de emancipación.

Como ya hemos comentado, sólo los dos grupos de generaciones más antiguos considerados (1945-49 y 1950-54) tenían más de 40 años cuando tuvo lugar la última Encuesta de Fecundidad y Familia (1995). Las figuras en la parte superior del gráfico 66 representan sus pautas de emancipación residencial y/o familiar por edad para estas generaciones 1945-49 y 1950-54 hasta los 40 años según sexo. De ellas podemos inferir que a esa edad la formación del hogar y/o de la familia de matrimonio o procreación ya se había producido en la inmensa mayoría de los casos. De hecho, sólo un 8% de los varones nacidos entre 1945 y 1955, y un 2% de las mujeres componentes de las generaciones 1945-49, así como un 4% de las nacidas en 1950-54 continuaban residiendo a los 40 años en casa de su familia de procedencia sin haber constituido nunca una familia y/o un hogar propios. Como decíamos, estos indicadores pueden considerarse como proporciones definitivas de nunca emancipados. Estos niveles, además, habían variado muy poco de los 30 años en adelante y se mantenían inmutables a partir de los 35 años.

Respecto al camino seguido para esta transición familiar o residencial, existen diferencias intergeneracionales tanto en la proporción de la población que elegía una u otra vía como en su calendario, especialmente entre los varones.

Así, la emancipación masculina es mayoritariamente no familiar en su primer 20%, es decir, en las edades más tempranas (para las generaciones 1945-49 entre los 15 y los 20 años y para las generaciones 1950-54 entre los 15 y los 25 años). Sin embargo, atendiendo al conjunto de las emancipaciones, un 60% de la población masculina nacida a lo largo del período 1945-54 constituye una familia de matrimonio o procreación siguiendo una pauta de residencia neolocal, con un calendario que abarcó de los 21 a los 32 años. Por último, un 10% de ellos formaron un núcleo familiar dentro de su familia de procedencia y tal evento tuvo lugar entre los 24 y los 31 años para los nacidos en 1945-49 y entre los 21 y los 32 años para los nacidos en 1950-54.

Gráfico 66: Porcentaje de población según el camino elegido de emancipación y la edad de emancipación; España, por generaciones



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia de España (1995).

En definitiva, para los varones de las generaciones 1945-49 y 1950-54 el adelanto del calendario se traduce en un aumento de las pautas emancipatorias más abundantes en las edades tempranas, es decir, en las familias isolcales y en los hogares no familiares.

El cambio intergeneracional entre las mujeres nacidas en 1945-54 fue más importante aunque afectó mucho más a la intensidad final de la vía de emancipación residencial y/o familiar elegida que a su calendario. La diferencia fundamental radicó en que las nacidas en 1950-54 formaron una familia siguiendo una pauta de residencia neolocal cinco puntos porcentuales superior a las nacidas en 1945-49 (en concreto, un 74 frente a un 68%). Complementariamente, la constitución de una familia extensa se dio en menor medida (un 7% para las generaciones femeninas 1950-54 frente a un 13% para las nacidas en 1945-49). En contraste, en ambos casos, los hogares no familiares fueron el 15%.

Respecto a la pauta por edad, como apuntamos, no varió en demasía entre las nacidas en 1945-54. Tuvo su manifestación más temprana entre aquellas que formaron un hogar no familiar, pues lo hicieron entre los 15 y los 22 años. Las mujeres que dejaron de convivir con sus padres para formar una familia propia presentaron una edad mínima similar a la emancipación, aunque con un rango de edades significativas mucho más amplio (su transición tuvo lugar entre los 16 y los 31 años). Finalmente, las mujeres nacidas en 1945-55 que constituyeron una familia con pauta de residencia isolocal tuvieron un calendario más tardío aunque con un abanico de edades involucradas reducido, concentradas entre los 21-25 años.

Evidentemente, a medida que vamos estudiando generaciones más jóvenes vamos acortando la extensión de curso vital que observamos. Tenemos, sin embargo, el conocimiento de la evolución histórica del fenómeno y de las circunstancias coyunturales de su presente para decidir si se da suficiente información para reconstruir su modelo de emancipación familiar y/o residencial completo o si, por el contrario, debemos realizar algún tipo de proyección. Por ejemplo, para las generaciones 1955-59, que podemos observar hasta los 35 años, creemos poder dar por concluida su pauta de emancipación. De hecho, las variaciones intergeneracionales en la intensidad final de la emancipación han sido muy pequeñas: los varones siempre alcanzaron algo más del 90% y las mujeres algo más del 95%. Y el tipo de emancipación elegida no ha hecho más que acentuarse: ha aumentado la emancipación a través de la formación familiar con pauta de residencia neolocal, de manera más clara entre las mujeres (casi un 70 % de las nacidas en 1945-49 eligieron esta vía, pasando al 75% de las nacidas en 1950-54 y llegando a un 80% para las generaciones femeninas 1955-59).

Más difícil, si embargo, es dictaminar el futuro para las generaciones más jóvenes aquí analizadas, a saber, a partir de las nacidas en 1960. Entre las generaciones 1960-64, a los 30 años, un 80% de los hombres y un 91% de las mujeres en 1995 habían transitado hacia algún tipo de independencia residencial y/o familiar. A esa edad, las generaciones nacidas cinco años antes se habían emancipado un 85% de los hombres y un 93% de las mujeres. La diferencia no es muy significativa. Analicemos las diferentes vías en que se compone esta emancipación. En primer lugar, a juzgar por lo acaecido para las generaciones más antiguas y por las pautas de comportamiento seguidas por estas generaciones 1960-64 podemos afirmar que la emancipación a través de la constitución de un hogar no familiar podían darse por

prácticamente concluidos a los 30-34 años. Los porcentajes permanecerán inmutables y señalarán que no se han dado cambios intergeneracionales al respecto para los nacidos en el primer quinquenio de los años sesenta. Sin embargo, las tasas de emancipación para los individuos que hacían coincidir la emancipación residencial con la creación de un núcleo familiar propio eran allende los 30 años aun muy significativas, en especial entre los varones (un 5% de los varones y un 2% de las mujeres componentes de las generaciones 1950-54 crearon una familia y dejaron de vivir con sus padres entre los 30-35 años). Teniéndolo en cuenta, es improbable que cambie la intensidad final de este tipo de emancipación.

La última generación observada, la nacida entre 1965 y 1969, a los 25 años sigue presentando una reducción de los porcentajes de emancipados y emancipadas sea cual sea el tipo de trayectoria de la emancipación. En este sentido pues, no parece haber una modificación significativa de las tendencias: sigue el retraso.

La emancipación: pautas generacionales en España.

Una vez observadas las trayectorias generacionales de la emancipación domiciliar por tipo de emancipación, vamos a construir un modelo de esas tasas en el que, más adelante, integraremos también la influencia de la formación y de la ocupación. Para proceder a la primera modelización debemos recordar que cada individuo de la muestra pudo haber seguido a lo largo de su curso vital cuatro vías complementarias, a saber: 1) Formar a la vez una familia y un hogar independiente del de sus padres (formación familiar con pauta de residencia neolocal); 2) Constituir un hogar no familiar; 3) Crear una familia sin dejar de residir en casa de sus padres (formación familiar con pauta de residencia isolocal); y 4) Seguir conviviendo con su familia de procedencia sin formar una familia de procreación o de matrimonio.

Utilizaremos la metodología de los riesgos competitivos, de manera que para cada edad considerada (de 14 a 40 años) un individuo podrá o bien permanecer en casa de sus padres sin haber constituido una familia (unirse o tener hijos), o bien transitar a través de uno de los otros tres caminos considerados. Todo aquel individuo que haya formado una familia y/o un hogar propios dejará de ser observado a partir de la edad en que tenga lugar el evento. En caso de no haberse emancipado a los 40 años, también la información sobre su ciclo vital sería censurada a partir de esta edad.

Nuestro primer paso consistirá en reconstruir las pautas por edad, es decir, estimar un modelo en que las tasas de formación familiar y/o de hogar se presenten en función de la edad del individuo. Al tratarse de un análisis longitudinal, otra de las variables dependientes será el conjunto generacional de pertenencia del sujeto (en agrupaciones quinquenales, desde la de 1945-49 hasta la de 1965-69). Finalmente, se ha optado por elaborar un modelo por separado para varones y mujeres, controlando de esta manera la variable sexo. En definitiva, buscamos estimar un modelo explicativo de la formación familiar y/o de hogar según edad, generación y sexo. Evidentemente, mientras que la generación y el sexo son variables que no cambian con el tiempo, la edad del individuo depende del momento considerado. El resultado de todas estas operaciones se ofrece en las tablas 11 y 12 respectivamente para hombres y mujeres.

Aunque con las tasas observadas (recordar gráfico 66) es suficiente para constatar la evolución de la formación de un hogar no familiar y de una familia isolocal para todas las generaciones 1945-64 y no nos sería difícil pronosticar el futuro de estas dos pautas de emancipación, para la vía de la constitución familiar neolocal debemos hacer uso de modelos explicativos, que nos ayuden a proyectar las tasas observadas.

Vamos a analizar por separado cada una de las posibles vías de emancipación familiar y/o residencial empezando por la más común, a saber, la formación familiar con pauta de residencia neolocal. En la primera columna de las tablas 11 y 12 se presentan los parámetros estimados para calcular las tasas de exposición de este fenómeno por edad según sexo. Debido a que el calendario en la formación familiar neolocal ha variado entre unas generaciones y otras, hemos debido fundamentar este primer modelo en la interacción entre la variable independiente edad y la variable independiente generación. En el gráfico 67 comparamos dichas tasas de exposición según la observación directa de los datos de la encuesta y según el modelo construido. Los resultados obtenidos son muy satisfactorios en ambos sexos.

En el gráfico 67 es claramente apreciable que la intensidad en las tasas de formación familiar neolocal para las generaciones 1945-69 fueron inferiores para los hombres que para las mujeres. La intensidad se mantuvo estacionaria entre los varones y se incrementó para las mujeres hasta las generaciones nacidas en los años sesenta, para las cuales el modelo detecta un ligero descenso en las tasas de formación familiar neolocal respecto a generaciones anteriores, aunque su futuro aun está por escribir en gran parte. De hecho, la hipótesis más factible, teniendo en cuenta la evolución histórica de las pautas de formación familiar, es que la intensidad final de estas generaciones más recientes se mantendrá, produciéndose en cambio un retraso en el calendario de constitución familiar y de hogar.

Este retraso supone un punto de inflexión en la evolución reciente del calendario en la formación familiar. En efecto, como podemos ver en el gráfico 66, a partir de las generaciones nacidas en los años 50, se tendía a una constitución de la familia y del hogar cada vez más temprana. Los datos indican que el posterior retraso en el calendario continuará en un futuro próximo (Cabré *et al*, 1995), hasta que los agudos desequilibrios en el mercado matrimonial para las generaciones 1975-79, desfavorables a los varones, fueren un cambio de tendencia y ello, sumado a que serán generaciones muy poco voluminosas, forzarán a un progresivo adelanto en el calendario de la formación de la pareja (Cabré, 1993).

Siguiendo el mismo procedimiento hemos elaborado los modelos complementarios al anterior, es decir, el que estima los parámetros para calcular las tasas de formación de un hogar no familiar por edad y sexo y el que estima los mismos para calcular las tasas de formación de un hogar con pauta de residencia isolocal por edad y sexo. Todos son presentados en la tabla 11 para los varones y en la tabla 12 para las mujeres. Como hipótesis subyacentes, hemos considerado que tanto la formación familiar isolocal como la formación de hogar no familiar continuarán para las generaciones nacidas con posterioridad a 1960 con la estabilidad detectada para las generaciones nacidas en la década de los 50.

Pasamos ahora a analizar la relación entre la emancipación juvenil y la actividad laboral, es decir, buscaremos un modelo explicativo en que, además de la edad, la generación y el sexo, se

incluya como variable independiente la relación con la ocupación del sujeto entrevistado en cada momento de su curso vital observado. Las categorías de esta variable recogidas por la Encuesta de fecundidad y familia son cinco, a saber: 1) Trabaja, 2) Se encuentra en paro, 3) Se dedica a la economía doméstica, 4) Estudia 5) Otra situación. No obstante, no es posible conocer en qué circunstancias se encontraba el individuo antes de conseguir su primer trabajo. Por ello, las tasas de emancipación juvenil que ahora elaboraremos dividen los períodos vitales observados en dos grupos, según el individuo: A) nunca hubiese estado inserto en el mercado de trabajo, o B) hubiese encontrado ya trabajo (aunque en la actualidad no estuviera ocupado).

De esta manera, se expone en las tablas 13 y 14, para hombres y mujeres respectivamente, un modelo explicativo de las distintas tasas de emancipación (a saber, de formación familiar neolocal, de formación de hogar no familiar y de formación familiar isolocal) añadiendo a las que ya teníamos la variable independiente de actividad (con las dos categorías enumeradas –nunca ocupado/a y alguna vez ocupado/a– y tomando la primera como referencia). Sólo en el caso de las mujeres que siguieron como camino emancipatorio la unión isolocal, el estar ocupada significó menores probabilidades de emanciparse (con una *odds ratio* de -0'51 con respecto a la categoría de referencia. Véase tabla 14). En el resto de los casos, para ambos sexos, el haber encontrado trabajo supuso una mayor autonomía residencial i/o familiar. Sin embargo, para los varones (tabla 13), los parámetros calculados para la variable actividad sólo son estadísticamente significativos para la emancipación formando familia neolocal.

Vamos a analizar con mayor detalle la relación de la actividad en el tipo de emancipación juvenil más habitual en España que, como hemos visto, es la formación familiar con pauta de residencia neolocal. Para ello presentamos en los gráficos 68 y 69, para hombres y mujeres respectivamente, las tasas de emancipación a través de la formación familiar neolocal, por edad y según relación con la ocupación, mostrando tanto las tasas observadas en la encuesta como las calculadas con los parámetros presentados en las tablas 13 y 14. Las diferencias de género son muy importantes. Así, en el caso de los varones las tasas de emancipación para los nunca ocupados eran muy reducidas y estaba claro que la emancipación por medio de la formación familiar y de hogar estaba íntimamente relacionada con el tener trabajo, modelo que no ha sufrido modificación alguna para las generaciones masculinas contemporáneas. En contraste, en las tasas femeninas de emancipación a través de la formación familiar y de hogar, la distancia entre las nunca ocupadas y las alguna vez ocupadas no es lo suficientemente clara como para que podamos asignarles pautas contrastadas, es decir, la ocupación no fue para ninguna de las generaciones femeninas analizadas una variable explicativa de las pautas de emancipación juvenil a través de la formación familiar y de hogar (al menos al ser considerada por sí sola: veremos más adelante lo que ocurre cuando añadimos a la variable independiente de relación con la ocupación, la del nivel de instrucción).

En definitiva, centrándonos en la vía de emancipación utilizada por la inmensa mayoría de la población española para todas las generaciones observadas, constatamos que los modelos que involucran la ocupación como variable independiente se encuentran aun hoy en día absolutamente divididos por género, pues mientras que para los varones encontrar trabajo es una condición *sine qua non* para emanciparse, para las mujeres esta transición vital apenas se encuentra influenciada por la relación con la ocupación.

Nuestro próximo paso busca analizar la influencia del nivel de instrucción en las pautas de emancipación juvenil. Para empezar, estudiaremos esta variable independiente por sí sola, para más adelante combinarla con la ocupación. Las categorías en que subdividimos el nivel de instrucción serán dos, a saber: A) por un lado, a aquellas personas que como máximo habían alcanzado la escolarización obligatoria; y B) por otro, a todas aquellas que accedieron a estudios por encima de la educación primaria. Además, procederemos a investigar la emancipación juvenil según las tres vías construidas en este apartado distinguiendo entre la población que se encontraba estudiando en el momento de observación y aquellas que no, hecho que constituirá otra covariable independiente. Las tablas 15 y 16 presentan los modelos estimados para hombres y mujeres respectivamente.

De nuevo, la formación familiar con pauta de residencia neolocal aparece con una mucho mayor robustez estadística que los otros tipos de emancipación analizados. En ella centraremos nuestros comentarios, haciendo referencia paralela a los otros dos caminos emancipatorios. Como podemos comprobar en las tablas 15 y 16, el formar una familia y/o constituir un hogar es un paso que tiene lugar una vez se ha terminado con el período formativo, cualquiera que fuere la duración que se hubiese dado a los estudios. Así, mientras que para los hombres el encontrarse estudiando suponía una probabilidad un 68% menor de formar pareja y constituir un hogar que el no estarlo (tabla 15), para las mujeres dicha probabilidad era 1'35 veces más pequeña (tabla 16).

Por este motivo, hemos representado en los gráficos 70 y 71 las tasas de constitución familiar para los hombres y las mujeres respectivamente que hubieran finalizado su curso formativo, según los dos niveles de instrucción construidos. La conclusión ante estos gráficos es que un mayor grado educativo conllevaba una formación de la pareja y del hogar algo más tardía, pero no suponía una intensidad final más reducida. Para las generaciones más jóvenes y para ambos sexos esta afirmación se mantiene, a saber, una mayor educación influye para que la gente se case y constituya un hogar más tarde, pero no en menor medida.

Podemos ahora analizar el efecto que sobre la emancipación tuvo la combinación de las variables independientes referidas a la ocupación y al nivel de instrucción (controlando por sexo, edad y generación). El resultado de la estimación de este modelo se expone en las tablas 17 y 19. La conclusión a extraer de ellas es que la pauta general descubierta hasta ahora no cambia al considerar la covarianza entre factores, aunque en el caso de las varones la distancia entre los parámetros de una determinada variable disminuye.

Así, para estos últimos (tabla 17), en que la única vía hacia la emancipación familiar y residencial que obtiene la suficiente significación estadística es la formación familiar con pauta de residencia neolocal, el estar ocupado continua siendo un prerrequisito indispensable para la constitución de un núcleo familiar propio (pues la probabilidad de formar una familia y un hogar es 1'5 veces mayor si uno se encuentra inserto en el mercado de trabajo que si no lo está). Por otro lado, estar estudiando supone una probabilidad un 30% menor de constitución familiar. Debemos, además, considerar la interacción entre el nivel de instrucción y la edad, pues cada nivel de instrucción tiene una pauta por edad o calendario específico.

En la tabla 18 presentamos este modelo para las mujeres, es decir, presentamos el efecto neto de la edad, la generación, encontrarse estudiando y el nivel de instrucción. La relación con la ocupación continua siendo una variable no determinante para las mujeres que se emanciparon a través de la formación familiar con pauta de residencia neolocal (la *odds ratio* de las alguna vez ocupadas es casi idéntica a las nunca ocupadas). Por el contrario, si se ha seguido otra vía de emancipación, la constitución de un hogar no familiar está íntimamente unida a la ocupación (pues si una está ocupada tiene casi el doble de probabilidad de crear un hogar no familiar que si no lo está: con una *odds* relativa de 0'91) y, si la emancipación fue por la vía de la formación familiar con pauta de residencia isolocal, el estar ocupada suponía un obstáculo (con una relación *odds* de -0'62). Finalmente, destacar que las otras variables (tanto el estar o no estudiando como el nivel de instrucción) no han sufrido entre las mujeres ningún cambio en este nuevo modelo. Considerando únicamente las variables que han alcanzado un mínimo nivel de significación estadística, encontrarse cursando estudios conlleva una probabilidad mucho menor de formar una familia, ya fuera a través de una pauta de residencia neolocal (con una *odds ratio* de -1'36) como isolocal (con una *odds ratio* de -1'31). En cambio, el nivel de instrucción influyó de manera específica según el tipo de transición seguida por la mujer, pues mientras que a mayor nivel educativo mucha menor probabilidad de formar una familia, especialmente con pauta de residencia isolocal (con una *odds ratio* de -0'67) pero también neolocal (con una *odds ratio* de -0'24), un mayor nivel de instrucción estuvo relacionado positivamente con la constitución de un hogar no familiar (con una *odds ratio* de 0'46).

En definitiva, en el análisis del efecto de la educación formal y la ocupación en las pautas de emancipación juvenil aparece un modelo de clara división por género (véase a continuación tabla resumen). Entre los varones, por una parte, el haber acabado los estudios y haber conseguido un empleo aparece como condición indispensable para la formación familiar y de hogar y, por otra parte, un mayor nivel de instrucción supone una transición más tardía pero no menos intensa. Entre las mujeres, sólo el fin de los estudios aparece con claridad relacionado positivamente con la formación familiar, pero el tener empleo casi no tiene ningún efecto sobre la constitución familiar neolocal y es contraproducente para la isolocal, y un mayor nivel de instrucción conlleva una menor intensidad en la formación familiar. Por el contrario, para las mujeres que eligen la vía de la creación de un hogar no familiar el modelo es el inverso, es decir, estar o haber estado empleada y tener una educación por encima de la primaria ayuda a este tipo de emancipación juvenil.

ESQUEMA RESUMEN

		FAMILIA NEOLocal	HOGAR NO FAMILIAR	FAMILIA ISOLocal
ESTAR ESTUDIANDO	hombres	+		
	mujeres	+		
NIVEL DE INSTRUCCIÓN	hombres	= calendario tardío		
	mujeres	-	+	
OCUPACIÓN	hombres	+		
	mujeres	=	+	-

Tabla 10. Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad y generación. HOMBRES.

	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLOCAL		FORMACIÓN HOGAR NO FAMILIAR		FORMACIÓN HOGAR ISOLOCAL	
	Parámetro	Significación	Parámetro	Significación	Parámetro	Significación
Constante	-39,52	0,000	-13,81	0,000	-12,01	0,000
Variables						
interacción de la "edad simple" con...						
gen. 1945-49	2,672	0,000	1,01	0,000	0,48	0,000
gen. 1950-54	2,843	0,000	0,93	0,000	0,53	0,000
gen. 1955-59	2,827	0,000	0,94	0,000	0,55	0,000
gen. 1960-64	2,758	0,000	0,94	0,000	0,60	0,000
gen. 1965-69	2,689	proyección	0,80	0,002	0,48	0,005
gen. 1970-74	2,620	proyección				
gen. 1975-79	2,689	proyección				
gen. 1980-84	2,758	proyección				
interacción de la "edad cuadrado" con...						
gen. 1945-49	-0,047	0,000	-0,03	0,000	-0,01	0,009
gen. 1950-54	-0,053	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,002
gen. 1955-59	-0,052	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,003
gen. 1960-64	-0,050	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,002
gen. 1965-69	-0,048	proyección	-0,02	0,013	-0,01	0,109
gen. 1970-74	-0,045	proyección				
gen. 1975-79	-0,048	proyección				
gen. 1980-84	-0,050	proyección				

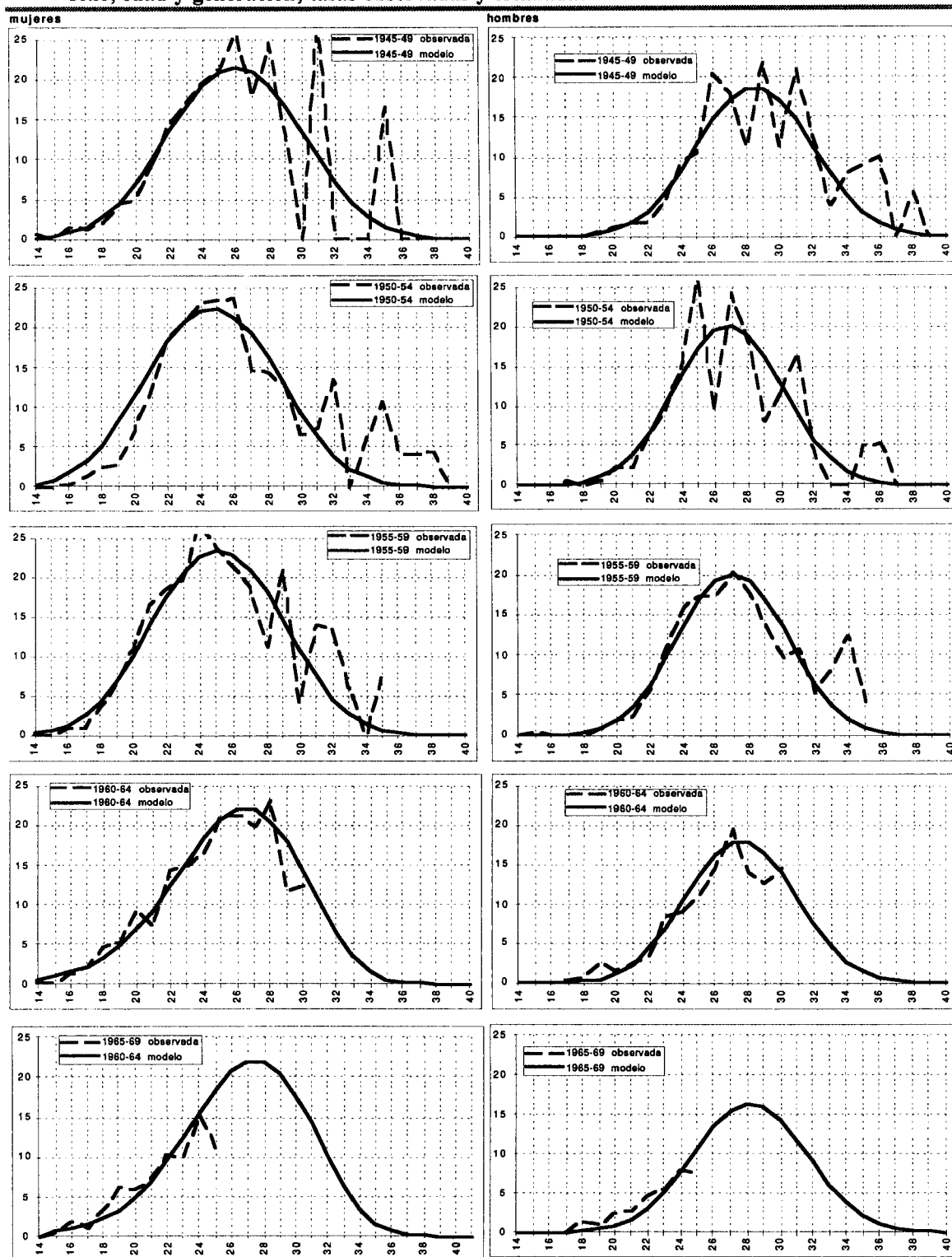
Fuente: elaboración a partir de los datos de la Encuesta de Fecundidad y Familia para España, 1995.

Tabla 11. Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad y generación. MUJERES.

	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLOCAL		FORMACIÓN HOGAR NO FAMILIAR		FORMACIÓN HOGAR ISOLOCAL	
	Parámetro	Significación	Parámetro	Significación	Parámetro	Significación
Constante	-25,36	0,000	-9,89	0,000	17,76	0,000
Variables						
Edad	1,13	0,000			0,71	0,000
interacción de la "edad simple" con...						
gen. 1945-49	0,72	0,000	0,60	0,000	0,27	0,000
gen. 1950-54	0,75	0,000	0,61	0,000	0,29	0,000
gen. 1955-59	0,80	0,000	0,51	0,000	0,32	0,000
gen. 1960-64	0,76	0,000	0,53	0,000	0,40	0,000
gen. 1965-69	0,71	0,000	0,51	0,001	0,48	0,000
gen. 1970-74	0,67	proyección				
gen. 1975-79	0,63	proyección				
gen. 1980-84	0,59	proyección				
interacción de la "edad cuadrado" con...						
gen. 1945-49	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,02	0,000
gen. 1950-54	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,02	0,000
gen. 1955-59	-0,04	0,000	-0,01	0,000	-0,02	0,000
gen. 1960-64	-0,04	0,000	-0,01	0,000	-0,02	0,000
gen. 1965-69	-0,04	0,000	-0,01	0,003	-0,03	0,000
gen. 1970-74	-0,03	proyección				
gen. 1975-79	-0,03	proyección				
gen. 1980-84	-0,03	proyección				

Fuente: elaboración a partir de los datos de la Encuesta de Fecundidad y Familia para España, 1995.

Gráfico 67: Tasas de transición hacia la formación familiar con pauta de residencia neolocal según sexo, edad y generación; tasas observadas y estimadas.



Fuente: elaboración a partir de los datos de la Encuesta de Fecundidad y Familia para España, 1995; el modelo se basa en la aplicación de los parámetros de las tablas 2 y 3.

Tabla 12: Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad, generación y actividad. Hombres.

	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLocal		FORMACIÓN HOGAR NO FAMILIAR		FORMACIÓN FAMILIAR ISOLocal	
	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.
Constante	-31,70	0,000	-13,44	0,000	-11,74	0,000
VARIABLES						
<i>Interacción generación con edad</i>						
gen. 1945-49	1,95	0,000	0,96	0,000	0,43	0,001
gen. 1950-54	2,09	0,000	0,88	0,000	0,49	0,000
gen. 1955-59	2,08	0,000	0,90	0,000	0,51	0,001
gen. 1960-64	2,06	0,000	0,89	0,000	0,56	0,000
gen. 1965-69	2,16	0,000	0,75	0,004	0,45	0,009
<i>Interacción generación con edad cuadrado</i>						
gen. 1945-49	-0,03	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,021
gen. 1950-54	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,005
gen. 1955-59	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,006
gen. 1960-64	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,003
gen. 1965-69	-0,04	0,000	-0,02	0,021	-0,01	0,128
<i>Actividad</i>						
Nunca ocupado	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Alguna vez ocupado	1,66	0,000	0,25	0,171	0,36	0,110

Fuente: elaboración a partir de los datos de la Encuesta de Fecundidad y Familia para España, 1995.

Tabla 13: Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad, generación y actividad. Mujeres.

	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLocal		FORMACIÓN HOGAR NO FAMILIAR		FORMACIÓN FAMILIAR ISOLocal	
	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.
Constante	-23,77	0,000	-12,67	0,000	-15,46	0,000
Variables						
<i>Edad</i>						
simple	1,67	0,000	0,53	0,001	0,83	0,000
cuadrado	-0,03	0,000	-0,01	0,000	-0,01	0,000
<i>Generaciones</i>						
gen. 1945-49	0,61	0,025	2,94	0,003	0,77	0,083
gen. 1950-54	0,69	0,010	2,83	0,005	0,02	0,966
gen. 1955-59	0,88	0,001	2,87	0,004	0,18	0,678
gen. 1960-64	0,65	0,016	2,77	0,006	0,09	0,842
gen. 1965-69	0,34	0,204	1,79	0,077	0,07	0,870
<i>Actividad</i>						
Nunca ocupada	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Alguna vez ocupada	0,16	0,002	0,76	0,000	-0,51	0,000

Fuente: elaboración a partir de los datos de la Encuesta de Fecundidad y Familia para España, 1995.

Tabla 14: Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad, generación, si se encuentra estudiando y nivel de instrucción. Hombres.

	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLocal		FORMACIÓN NO FAMILIAR HOGAR		FORMACIÓN FAMILIAR ISOLocal	
	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.
Constante	-32,13	0,000	-12,94	0,000	-11,47	0,000
Variables						
<i>Interacción generación con edad</i>						
gen. 1945-49	2,12	0,000	0,21	0,000	0,44	0,002
gen. 1950-54	2,29	0,000	0,21	0,000	0,50	0,001
gen. 1955-59	2,27	0,000	0,20	0,000	0,50	0,001
gen. 1960-64	2,25	0,000	0,21	0,000	0,56	0,001
gen. 1965-69	2,35	0,000	0,26	0,008	0,45	0,011
<i>Interacción generación con edad cuadrado</i>						
gen. 1945-49	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,024
gen. 1950-54	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,006
gen. 1955-59	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,011
gen. 1960-64	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,005
gen. 1965-69	-0,05	0,000	-0,02	0,028	-0,01	0,163
<i>¿Se encuentra estudiando?</i>						
No	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Sí	-0,68	0,000	0,06	0,734	-0,27	0,304
<i>Nivel de instrucción</i>						
Máximo primaria	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Por encima de la primaria	-3,19	0,000	-0,33	0,795	0,85	0,462
<i>interacción instrucción con edad</i>						
Máximo primaria	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Por encima de la primaria	0,12	0,000	0,04	0,491	-0,04	0,397

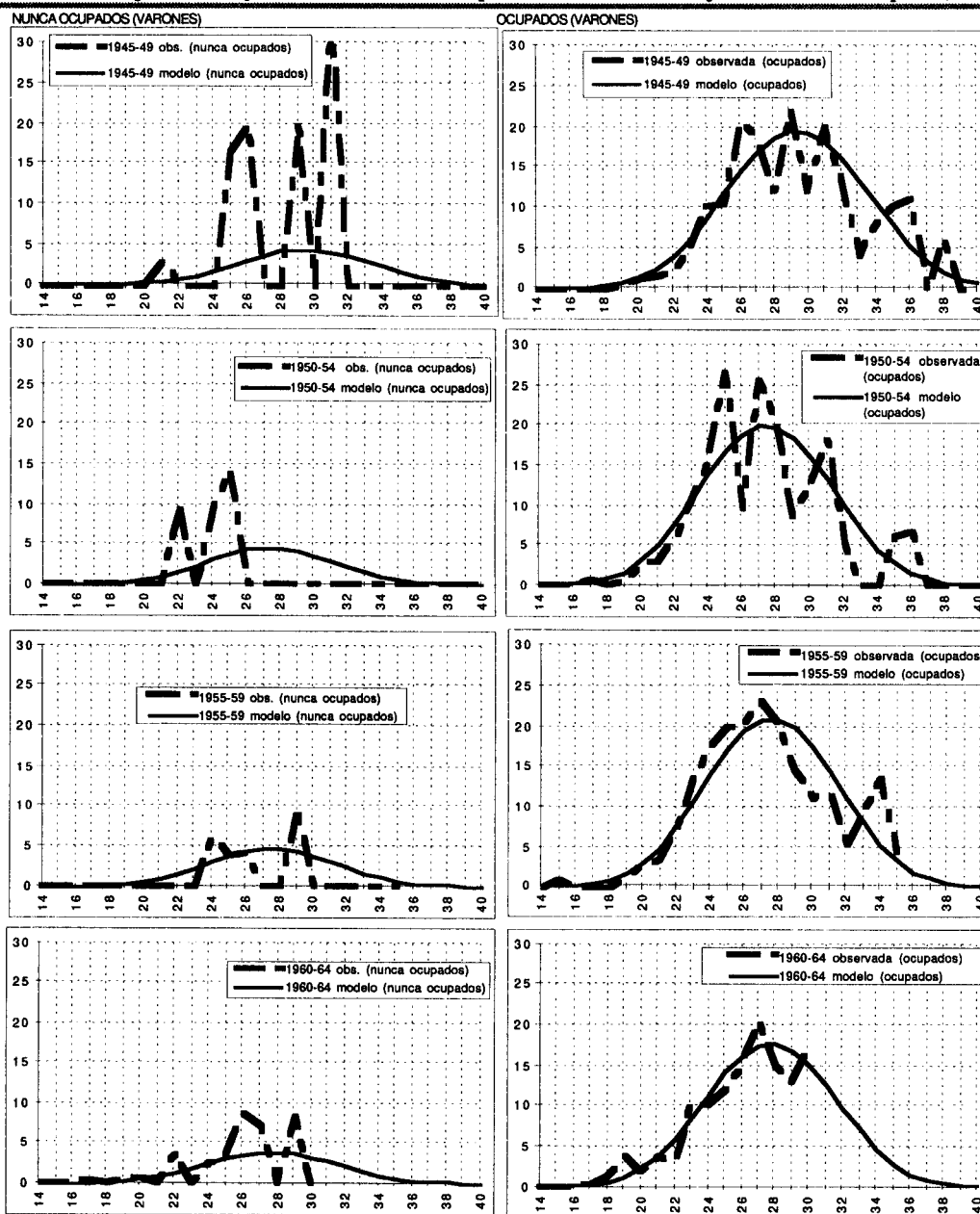
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Tabla 15: Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad, generación, si se encuentra estudiando y nivel de instrucción. Mujeres.

	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLOCAL		FORMACIÓN HOGAR NO FAMILIAR		FORMACIÓN FAMILIAR ISOLOCAL	
	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.
Constante	-16,31	0,000	-9,21	0,000	-8,27	0,000
VARIABLES						
<i>Interacción generación con edad</i>						
gen. 1945-49	1,08	0,000	0,53	0,000	0,25	0,002
gen. 1950-54	1,11	0,000	0,56	0,000	0,25	0,003
gen. 1955-59	1,15	0,000	0,46	0,000	0,26	0,002
gen. 1960-64	1,13	0,000	0,48	0,000	0,28	0,002
gen. 1965-69	1,14	0,000	0,47	0,002	0,32	0,002
<i>Interacción generación con edad cuadrado</i>						
gen. 1945-49	-0,02	0,000	-0,01	0,000	0,00	0,221
gen. 1950-54	-0,02	0,000	-0,02	0,000	0,00	0,060
gen. 1955-59	-0,02	0,000	-0,01	0,001	0,00	0,072
gen. 1960-64	-0,02	0,000	-0,01	0,001	0,00	0,077
gen. 1965-69	-0,02	0,000	-0,01	0,002	-0,01	0,040
<i>¿Se encuentra estudiando?</i>						
No	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Sí	-1,35	0,000	-0,23	0,127	-1,11	0,000
<i>Nivel de instrucción</i>						
Máximo primaria	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Por encima de la primaria	-0,23	0,000	0,43	0,011	-0,67	0,000

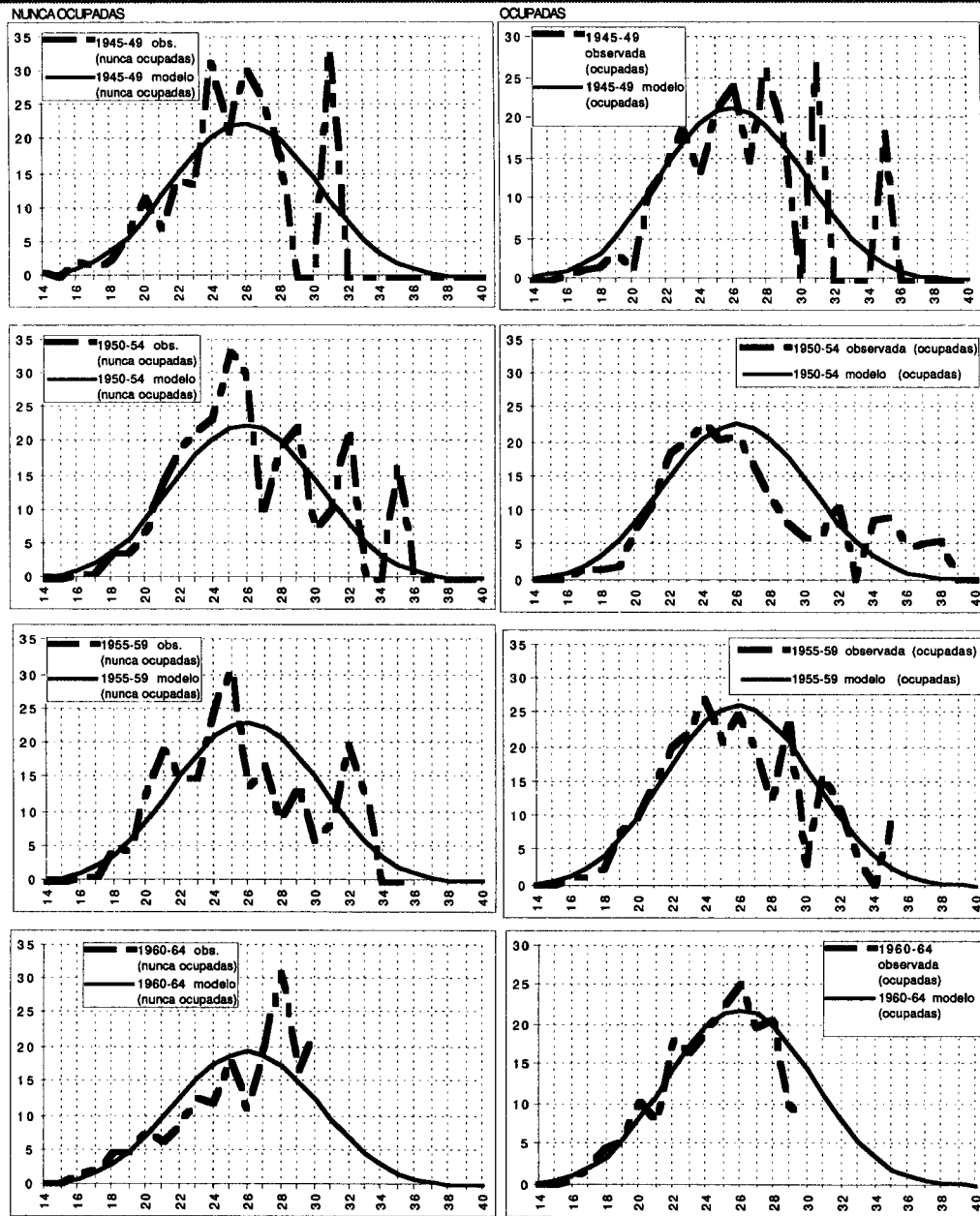
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Gráfico 68: Tasas de emancipación a través de la formación familiar con pauta de residencia neolocal, por edad y relación con la ocupación. Observadas y modeladas. España, hombres.



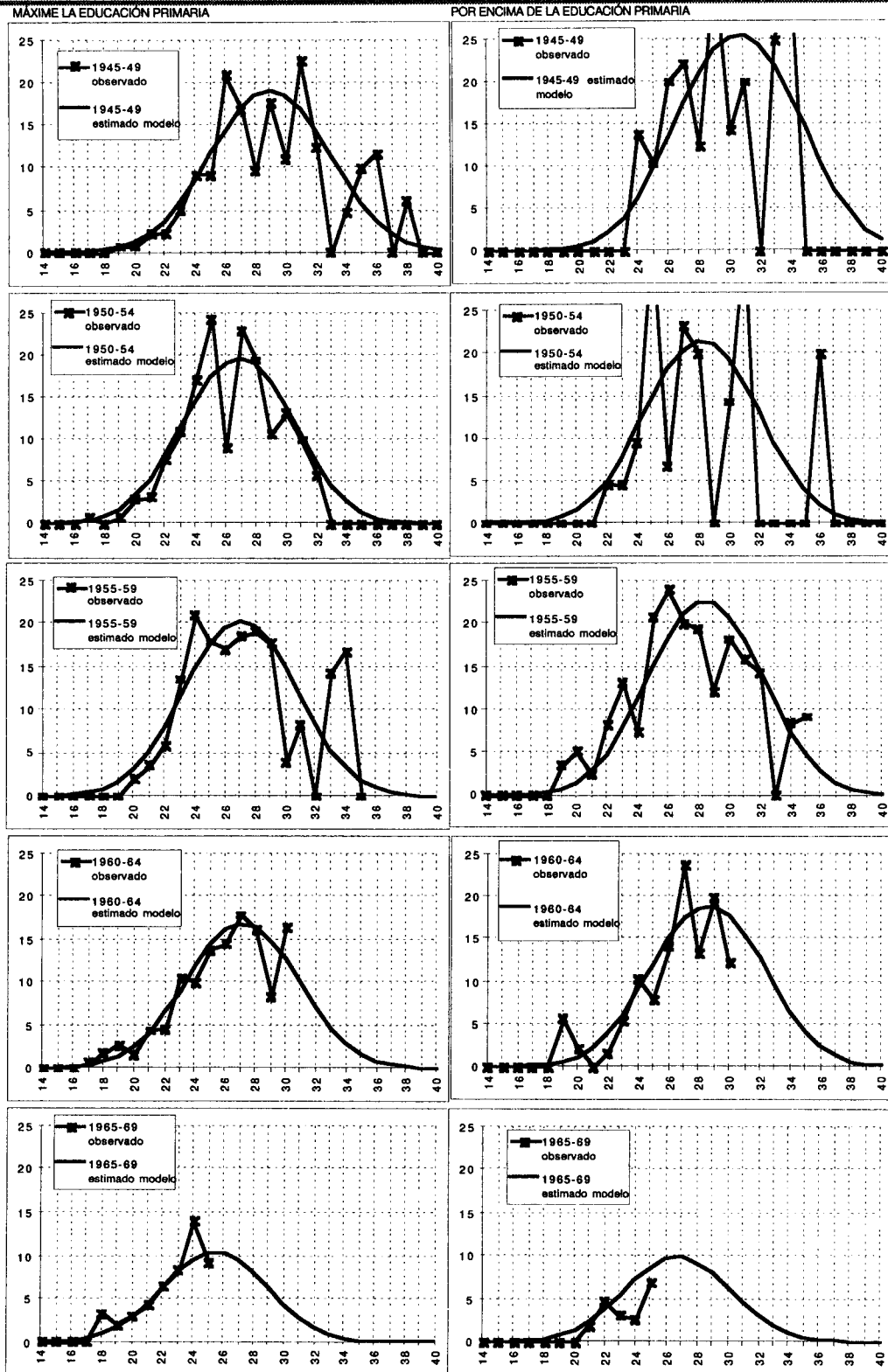
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia y de la tabla 4.

Gráfico 69: Tasas de emancipación a través de la formación familiar con pauta de residencia neolocal, por edad y relación con la ocupación. Observadas y modeladas. España, mujeres.



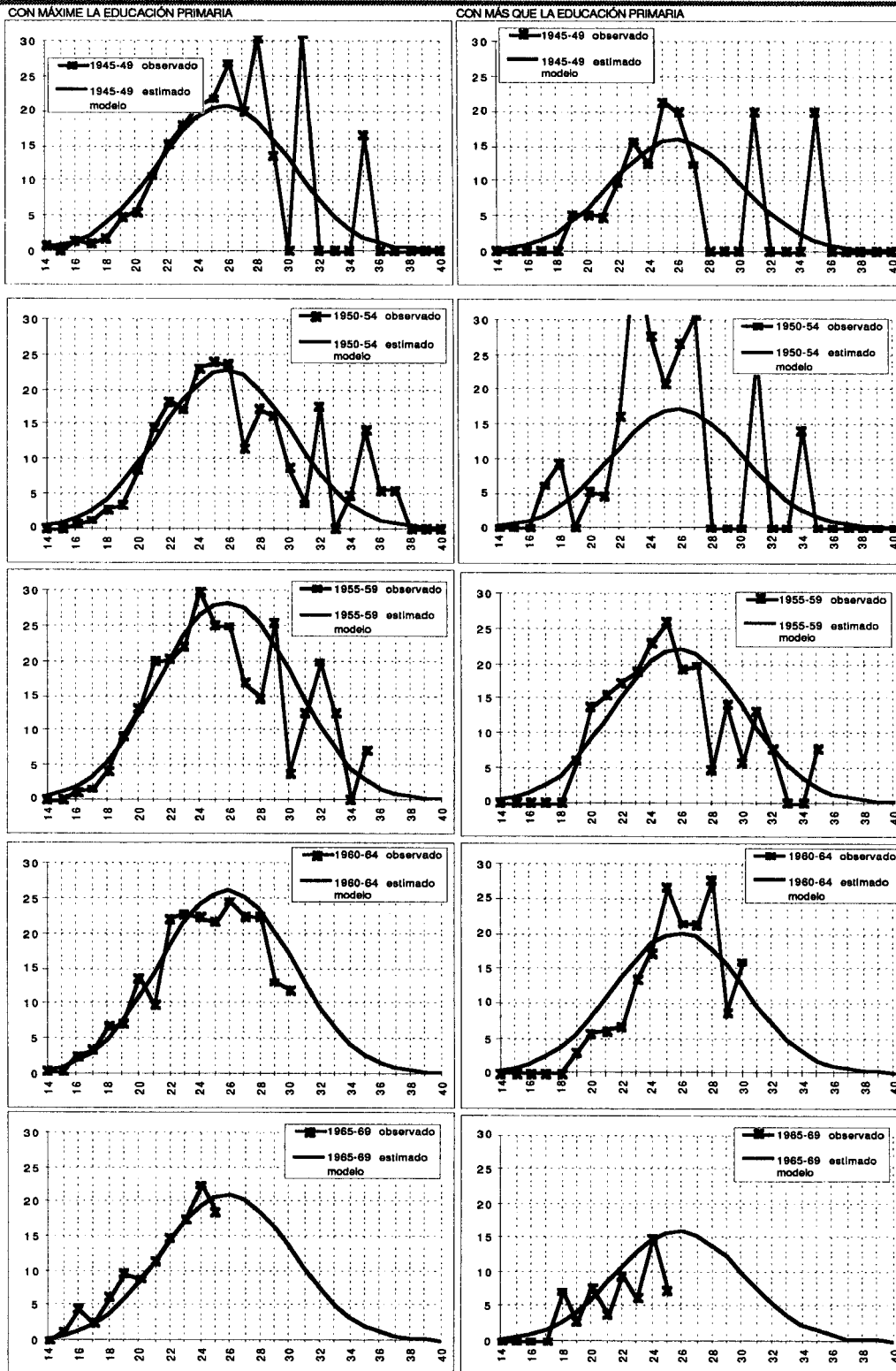
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia y de la tabla 4.

Gráfico 70: Tasas de emancipación a través de la formación familiar con pauta de residencia neolocal para los hombres que han finalizado sus estudios, por edad y nivel de instrucción. Observadas y modeladas. España.



Fuente: elaboración a partir de la tabla 7.

Gráfico 71: Tasas de emancipación a través de la formación familiar con pauta de residencia neolocal para las mujeres que han finalizado sus estudios, por edad y nivel de instrucción. Observadas y modeladas. España.



Fuente: elaboración a partir de la tabla 8.

Tabla 16: Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad, generación, si está o no inserto en el mercado de trabajo, si se encuentra estudiando y nivel de instrucción. Hombres.

Constante Variables	FORMACION FAMILIAR NEOLOCAL		FORMACION HOGAR NO FAMILIAR		FORMACION FAMILIAR ISOLOCAL	
	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.	Parámetro	Sig.
	-32,07	0,000	-12,61	0,000	-11,43	0,000
<i>Interacción generación con edad</i>						
gen. 1945-49	2,00	0,000	0,86	0,000	0,42	0,003
gen. 1950-54	2,16	0,000	0,77	0,001	0,47	0,001
gen. 1955-59	2,16	0,000	0,80	0,000	0,48	0,002
gen. 1960-64	2,13	0,000	0,80	0,001	0,53	0,001
gen. 1965-69	2,25	0,000	0,66	0,015	0,43	0,016
<i>Interacción generación con edad cuadrado</i>						
gen. 1945-49	-0,03	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,035
gen. 1950-54	-0,04	0,000	-0,02	0,001	-0,01	0,009
gen. 1955-59	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,015
gen. 1960-64	-0,04	0,000	-0,02	0,000	-0,01	0,007
gen. 1965-69	-0,04	0,000	-0,02	0,037	-0,01	0,181
<i>Actividad</i>						
Nunca ocupado	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Alguna vez ocupados	1,50	0,000	0,57	0,006	0,29	0,240
<i>¿Se encuentra estudiando?</i>						
No	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Sí	-0,30	0,065	0,31	0,139	-0,15	0,586
<i>Nivel de instrucción</i>						
Máximo primaria	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Por encima de la primaria	-2,52	0,000	-0,17	0,891	0,93	0,421
<i>interacción instrucción con edad</i>						
Máximo primaria	0,00	ref.	0,00	ref.	0,00	ref.
Por encima de la primaria	0,10	0,000	0,04	0,539	-0,04	0,372

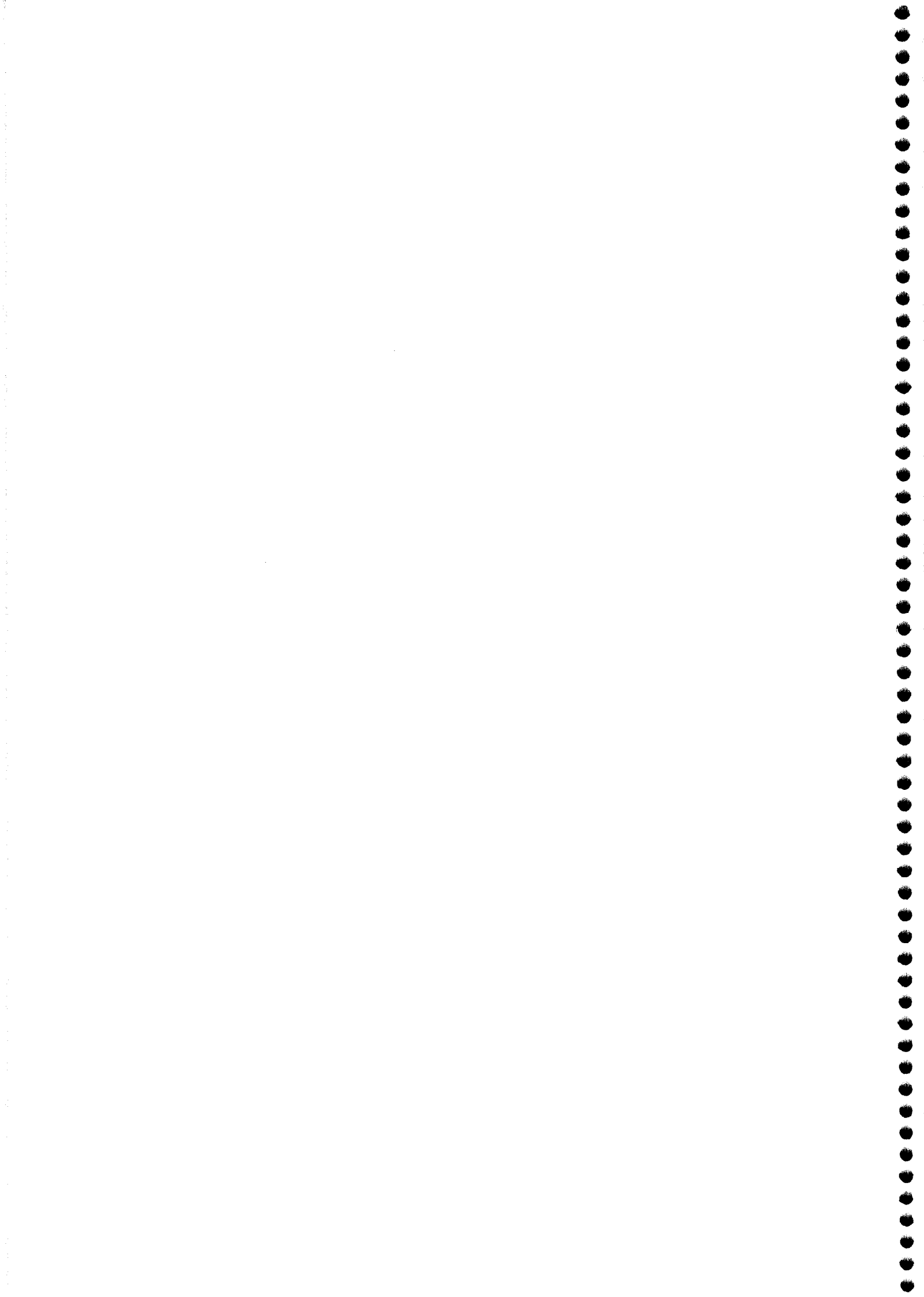
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

Tabla 17: Modelo explicativo de la transición hacia la formación familiar y/o de hogar según edad, generación, si está o no inserto en el mercado de trabajo, si se encuentra estudiando y nivel de instrucción. Mujeres.

Constante Variables	FORMACIÓN FAMILIAR NEOLOCAL	FORMACIÓN HOGAR NO FAMILIAR		FORMACIÓN FAMILIAR ISOLocal
	Parámetro Sig. -16,33 0,000	Parámetro -8,78	Sig. 0,000	Parámetro Sig. -8,44 0,000
<i>Interacción generación con edad</i>				
gen. 1945-49	1,08 0,000	0,45	0,000	0,28 0,001
gen. 1950-54	1,11 0,000	0,48	0,000	0,28 0,001
gen. 1955-59	1,16 0,000	0,37	0,001	0,30 0,001
gen. 1960-64	1,13 0,000	0,40	0,001	0,32 0,001
gen. 1965-69	1,14 0,000	0,41	0,002	0,35 0,001
<i>Interacción generación con edad cuadrado</i>				
gen. 1945-49	-0,02 0,000	-0,01	0,000	0,00 0,128
gen. 1950-54	-0,02 0,000	-0,01	0,000	0,00 0,028
gen. 1955-59	-0,02 0,000	-0,01	0,001	0,00 0,033
gen. 1960-64	-0,02 0,000	-0,01	0,000	0,00 0,053
gen. 1965-69	-0,02 0,000	-0,01	0,099	0,00 0,885
<i>Actividad</i>				
Nunca ocupada	0,00 ref.	0,00	ref.	0,00 ref.
Alguna vez ocupadas	-0,04 0,434	0,91	0,000	-0,62 0,000
<i>¿Se encuentra estudiando?</i>				
No	0,00 ref.	0,00	ref.	0,00 ref.
Sí	-1,36 0,000	0,11	0,517	-1,31 0,000
<i>Nivel de instrucción</i>				
Máximo primaria	0,00 ref.	0,00	ref.	0,00 ref.
Por encima de la primaria	-0,24 0,000	0,46	0,000	-0,67 0,000

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta de Fecundidad y Familia, 1995.

III. LA EMERGENCIA DE LA CUARTA GENERACIÓN



III.1. Supervivencia y estructura por edades

Se han descrito hasta aquí los indicadores relativos a la nueva situación europea respecto a la constitución de nuevas familias y la evolución novedosa de las ya existentes, haciendo una comparación entre países. Se han expuesto, igualmente, las principales hipótesis explicativas de tales cambios, cuya falsación o confirmación pasa ineludiblemente por clarificar si las diferencias entre áreas geográficas se deben a desfases cronológicos dentro de una evolución común o si, por el contrario, existen sistemas adaptativos específicos de cada una de ellas. Puesto que las estructuras familiares existentes resultan de diferentes estadios en las trayectorias generacionales, para poder responder a esta cuestión la óptica de análisis obligada es la longitudinal. Por ello se han descrito las principales características de la instrucción, la actividad y la emancipación de las generaciones nacidas en España a lo largo de este siglo, prestando una especial atención a las nacidas a partir de mediados de los años cuarenta, protagonistas de las novedades familiares y residenciales recientes.

Pero la óptica generacional no puede limitarse al análisis de cada generación por separado, porque en las pautas de emancipación y en las estructuras familiares juegan un papel crucial las relaciones entre diferentes generaciones en una misma línea de filiación. De hecho, en este estudio partimos de la hipótesis de que la profunda transformación reciente de tales relaciones intergeneracionales es uno de los principales motores del cambio demográfico europeo y que, en efecto, existen diferencias significativas en su forma, y no sólo en su cronología.

Puesto que uno de los fenómenos intergeneracionales más significativos y de mayor calado es la reducción de la extensión horizontal de los parentescos simultánea a la verticalización de las estructuras familiares (lo que se traduce en la generalización, primero, de las familias con tres generaciones presentes emparentadas por filiación, y en la emergencia acelerada de una cuarta generación presente), en este capítulo se va a examinar con detalle la evolución de dicho fenómeno y de sus determinantes.

Para ello se analizará la supervivencia, por edades y por sexo, de las generaciones españolas y la evolución de la estructura por edades. A continuación será la intensidad y calendario de la fecundidad generacional la que ocupará nuestra atención. Finalmente se integrarán los datos sobre mortalidad y sobre fecundidad con el fin de analizar las pautas de reproducción de las generaciones, tanto en términos de individuos como de años de vida, y se construirá finalmente un modelo de supervivencia simultánea de tres y de cuatro generaciones que permita no sólo clarificar en qué estructuras de filiación se mueve la emancipación de los jóvenes actuales, sino también prever cómo evolucionarán tales condiciones en un futuro próximo.

La coexistencia de cuatro generaciones emparentadas por lazos de filiación lleva camino de generalizarse en España, pero su emergencia se viene gestando a lo largo de todo el siglo, al menos durante tantos años como los que tienen las personas de mayor edad en la actualidad. Como tantos otros fenómenos demográficos, el de la supervivencia ha sufrido transformaciones cuantitativas y cualitativas de gran importancia, pero dicho fenómeno junto con la alteración de las relaciones entre ambos sexos, es el que mayor peso ha tenido en la transformación del sistema demográfico en su conjunto, provocando la coexistencia presente de personas con trayectorias vitales sumamente diferentes. Aunque las novedades que presenta la actual estructura por edades conviertan a las personas más ancianas en protagonistas evidentes de la emergencia de la cuarta generación, los cambios de la supervivencia que han permitido esta novedad no se limitan a los últimos años de la vida. Para que una proporción creciente de cada cohorte de nacimientos sobreviva esos años, ha sido necesario un descenso generalizado de la mortalidad en todas las edades y durante todo el siglo, y son los frutos de dicho descenso los que se están recogiendo en la actualidad.

Por consiguiente, el estudio de la supervivencia generacional es un primer paso fundamental para analizar tanto la actual distribución por edades y sus consecuencias en la extensión vertical de las estructuras familiares como para entender las diferentes características de las generaciones presentes. En dicha supervivencia ha sido de gran importancia la mortalidad infantil, que presentaba niveles considerables en la España de principios de siglo y que ha constituido tradicionalmente el principal lastre para un aprovechamiento eficiente de las capacidades reproductivas de cada generación, impidiendo sistemáticamente que una proporción elevada de los nacimientos alcanzase edades maduras y avanzadas. Por eso, paradójicamente, para que hace pocas décadas se generalizasen las familias de tres generaciones presentes y actualmente se extiendan las de cuatro, los primeros pasos debieron darse hace un siglo, y consistieron en asegurar la supervivencia de la mayor parte de los nacimientos.

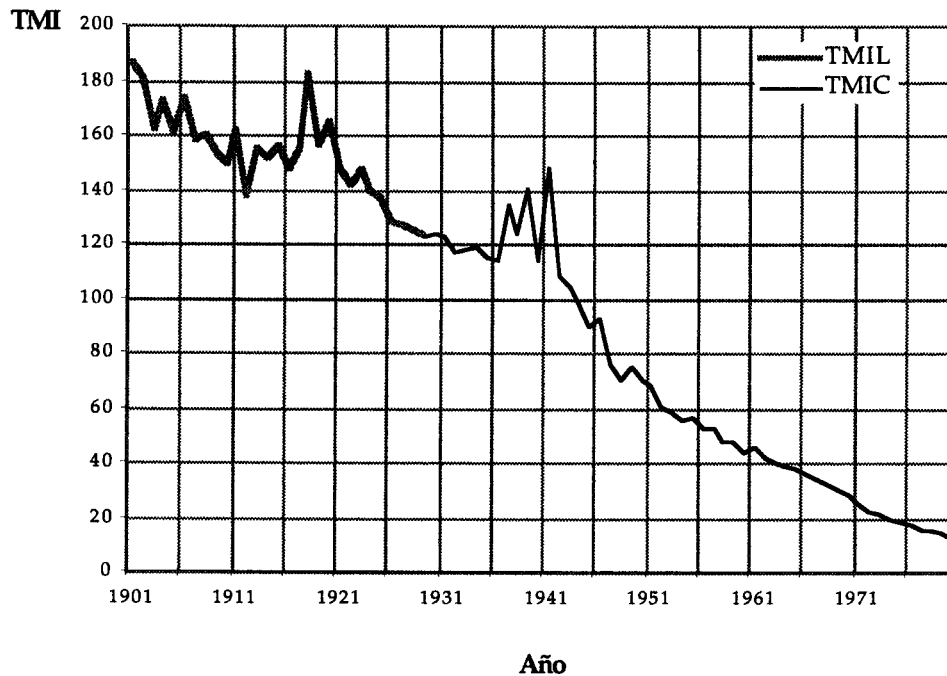
Por todo ello, se describe a continuación, brevemente, la evolución de la mortalidad temprana, para continuar posteriormente con el análisis de las tablas de mortalidad por sexo y generación para todas las edades.

Al empezar el siglo XX, las elevadas tasas de mortalidad infantil son probablemente la característica más llamativa respecto a la distribución por edades de dicho fenómeno, y ello en un país donde el descenso de la mortalidad general mostraba un retraso evidente con relación al resto de Europa (CASELLI, G. ; MESLÉ, F. Y VALLIN, J., 1995). Por ello, su reducción ha sido el principal motor de las mejoras en la esperanza de vida hasta hace escasas décadas.

Desde una perspectiva transversal el estudio de la mortalidad infantil tiene un precursor, en los años treinta, en Marcelino Pascua (1934), pero no se producen nuevas aportaciones de relevancia hasta principios de los sesenta, con un trabajo de Antonio Arbelo (1962) que analiza con detalle no sólo la incidencia de la mortalidad en las edades tempranas, sino también la evolución de sus causas. Un reciente trabajo de Rosa Gómez (1992), ha venido a culminar tales investigaciones.

La situación desventajosa de los infantes en el conjunto de edades y de la mortalidad infantil de España con relación al conjunto europeo, tardó mucho en desaparecer. Se ha establecido como criterio intuitivo, para determinar en qué momento se pone en marcha el tránsito a un régimen de mortalidad infantil moderno, el que las tasas de mortalidad de los menores de un año protagonicen un descenso sostenido y sin vuelta atrás. Pues bien, en España esto no ocurre hasta 1942. El proceso se había iniciado antes, pero acontecimientos excepcionales y de gran impacto impidieron su continuidad. Por ello se acepta el comienzo de siglo como punto de partida del descenso transicional de la mortalidad infantil, aunque distinguiendo en el proceso tres fases, la primera de las cuales, e *iniciación*, abarca desde el principios de siglo hasta 1942. En este periodo la TMI habría bajado de los 185,9 ‰ de 1901 a 108,5 ‰ en 1942. La magnitud del retraso resulta notoria si se tiene en cuenta que ya había países europeos con tasas inferiores a esta al empezar el siglo.

Gráfico 72: Tasas de mortalidad infantil. España 1901-1980



Fuente: Gómez Redondo, R. (1992), *La mortalidad infantil española en el siglo XX*, Madrid, C.I.S.-Siglo XXI.
 TMIL= Tasas de mortalidad infantil legales
 TMIC= Tasas de mortalidad infantil corregidas por la autora

Para las generaciones nacidas en los años de la gran gripe y para las nacidas durante la guerra civil, los efectos de la momentánea regresión en las tasas de mortalidad infantil vienen a sumarse al bajo volumen de nacimientos, lo que consolida su carácter numérico escaso. Las primeras resultan, además, "damnificadas" por partida doble, como podrá comprobarse al analizar las tablas de mortalidad por generaciones, ya que sus exiguos efectivos iniciales tuvieron que enfrentarse también a la guerra civil en plena juventud. Los hombres de estas generaciones tenían precisamente entonces la edad de ser llamados a filas, por lo que padecieron la peor parte de las bajas en combate.

La determinación de las causas de muerte se enfrenta a dos problemas de registro importantes: por una parte su clasificación no es homogénea en el tiempo y, por otra, el diagnóstico de la causa resulta a menudo poco fiable. El uso de un método analítico permite estimar, al menos, dos grandes tipos de causas de mortalidad infantil, las *endógenas* y las *exógenas*, y en qué momento se producen, es decir, si acontecen durante el primer mes de vida o durante los once posteriores (defunciones *neonatales* y *postneonatales*, respectivamente). La aplicación del método biométrico de Bourgeois-Pichat es la vía escogida por Rosa Gómez para estimar los dos grandes grupos de causas a partir de 1945.

Tabla 18: Tasas de mortalidad infantil, por edad y etiología, España 1945-1970

Tasas corregidas por 1000 nacidos vivos)

año	TMI	Neonatal	Posneonatal	Endógena	Exógena
1945	91,0	27,1	62,9	11,0	79,0
1950	69,8	23,0	46,8	10,8	59,0
1955	56,9	21,4	35,5	12,6	44,3
1960	43,7	20,4	23,4	14,7	29,0
1965	37,8	20,0	17,8	16,2	21,6
1970	28,0	17,4	10,6	15,5	12,5

Proporciones (%) respecto al conjunto de la TMI

1945	100	30,1	69,9	12,2	87,8
1950	100	32,9	67,1	15,5	84,5
1955	100	37,6	62,4	22,1	77,9
1960	100	46,5	53,5	33,6	66,4
1965	100	52,9	47,1	42,9	57,1
1970	100	62,1	37,9	55,4	44,6

Fuente: [Rosa Gómez Redondo, 1992], pg. 110.

Aunque el año 1945 pertenece ya a la fase en que se "consolida" la transición de la mortalidad infantil, todavía presenta características harto atrasadas respecto a las causas y al momento del fallecimiento. Actualmente, en los países desarrollados, las defunciones infantiles se producen mayoritariamente por causas endógenas y durante el primer mes de vida. En cambio, los nacidos en 1945 tuvieron una mortalidad posterior al mes muy superior a la neonatal, prácticamente el 70% de los fallecimientos anteriores al año, y esa preponderancia no se invierte hasta 1965. Aún es más acusada la diferencia entre causas: las endógenas, que se revelan mayoritariamente en muertes tempranas en torno al parto, sólo suponían el 11% en 1945, mientras las exógenas, más ligadas a las condiciones higiénicas y ambientales una vez superado el parto, explican casi cuatro de cada cinco muertes infantiles. La relación, en este caso, habrá de esperar nada menos que a 1970 para invertirse. Todo ello indica un considerable retraso histórico, al margen de que la TMI mostrase ya en 1945 una clara tendencia descendente.

Ahora bien, ¿cómo evolucionaban estos indicadores antes de 1945? O, al menos ¿cómo lo hacían entre 1906 y 1945? Pese a la importante limitación en las estadísticas vitales

publicadas, Gómez Redondo afirma que, *“en cuanto a la estructura del fenómeno, el periodo para el que se carece de datos fiables parece bastante neutro”* (pg. 109). Basa esta afirmación en los datos relativos a 1900-1902, tres años para los que las estadísticas oficiales sí incluían los datos sobre mortalidad infantil por edad, antes de la posterior interrupción de casi cuatro décadas. Las tasas neonatales calculadas por Marcelino Pascua (1934) con tales datos suponían durante los tres años un promedio del 26,5% de la mortalidad de menores de un año, porcentaje muy similar al de 1941-1943. Todo ello confirma que la casuística y distribución temporal de las defunciones siguió siendo bastante arcaica para las generaciones nacidas hasta los años cuarenta.

El desmesurado peso de las defunciones postneonatales o el de las causas de muerte exógenas, son indicadores de que, a las difíciles condiciones del embarazo y del parto, en España había que añadir un entorno especialmente peligroso para el desarrollo de los supervivientes. Esta afirmación se ve ampliamente confirmada por la persistencia de una elevadísima mortalidad incluso una vez superado el primer año de vida.

Precisamente por su arcaísmo, la mortalidad pasado el primer año de vida fue más sensible a las mejoras en los hábitos de alimentación y crianza que las defunciones del primer años, y su descenso se produjo con antelación. El punto de partida de esta tendencia descendente se sitúa en las décadas centrales del siglo XIX, en las que la mortalidad entre 5 y 9 años era, incluso, superior a la existente de 1 a 4 años. Puede decirse, por tanto, que la transición de la mortalidad infantil de las cuatro primeras décadas del siglo XX no es más que la continuación de una transición de mayor alcance, que se origina en el siglo anterior, en la mortalidad de los primeros diez años de vida.

Pese a las importantes epidemias de finales del siglo XIX y a la de gripe de 1918, la responsabilidad pública sobre la salud se desarrolló muy lentamente. En España no hubo un ministerio específicamente encargado de la sanidad hasta 1937. Respecto a la sanidad maternal e infantil el retraso era aún mayor. La puericultura no se incorporó en el Seguro Obligatorio de Enfermedad hasta el año 1950, y en unos términos que hacían ilusoria la efectividad real.

No fue la intervención del Estado ni la de los sistemas públicos de salud lo que inició y consolidó en España la disminución de la mortalidad en los primeros años de vida. Fue la mejora tanto del nivel de vida como de los cuidados maternos la que consiguió los avances observables en las generaciones que aquí se estudian.. La intensificación de la dedicación femenina al hogar y al cuidado de los hijos es una realidad en progreso en toda Europa desde el siglo pasado, que en España culmina muy tardíamente, tras la guerra civil. Su apogeo se produce, como podrá verse más adelante, en los años cincuenta y sesenta, en medio de pésimas condiciones económicas, materiales y de equipamiento doméstico, y con exigencias abrumadoras en tiempo y trabajo. Uno de los medios será la acusada reducción de la fecundidad matrimonial.

III.1.1. Tablas de mortalidad por generaciones

La herramienta idónea para analizar la mortalidad de las generaciones son sus propias tablas de mortalidad por edades. Su construcción resulta mucho más compleja que la de las tablas de momento, por la necesidad de utilizar series muy largas de defunciones anuales y de hacer arriesgadas estimaciones allí donde tales series no pueden ser completas (caso evidente es el de las edades avanzadas y muy avanzadas de generaciones que aún no las han alcanzado).

Ese arduo trabajo ha sido ya realizado, respecto a las generaciones de este estudio, por Anna Cabré (1999), y es la descripción de sus tablas de mortalidad la que se va a abordar a continuación. Pero, además, el monumental trabajo de esta autora permite una perspectiva temporal ciertamente extensa, ya que prácticamente abarca a las generaciones nacidas durante toda la segunda mitad del siglo XIX y finaliza con las nacidas en 1956-60.

Resulta patente así que los datos corresponden a un proceso continuado de mejoras en la mortalidad a todas las edades y para la práctica totalidad de las generaciones implicadas, y que las excepciones a esta pauta general, por luctuosas que sean, sólo la rompen de manera coyuntural y en las edades concretas en que cada generación atraviesa los momentos críticos.

Respecto a los ritmos en tales cambios, parece claro que para las generaciones nacidas durante la segunda mitad del siglo XIX la disminución de las probabilidades de morir es todavía bastante lenta, de modo que los nacidos al empezar el siglo XX presentan aún unos valores muy altos en la mayoría de edades. Las interrupciones provocadas por la gripe del 18 y por la guerra civil, son visibles en todas las generaciones presentes.

Las generaciones nacidas a principios de siglo añaden, de esta manera, mortalidades elevadas en edades juveniles y adultas a las ya pésimas durante los primeros años de vida. En cambio, a medida que nos aproximamos a las generaciones nacidas al acabar los años treinta las dos últimas grandes crisis de mortalidad se dejan sentir en edades más tempranas, quedando ya "a salvo" de tales retrocesos el resto de su vida. A partir de los nacidos en los años veinte desaparece, obviamente, cualquier efecto directo de la gripe y los nacidos en los años treinta presentan ya claramente la combinación de mala situación de partida con una posterior y prolongada buena situación en el resto de edades. El ritmo del descenso de la mortalidad se acelera en los nacidos con posterioridad a la guerra civil. Esta vez sí, los protagonizan sin crisis alguna que marque ninguna de sus edades.

Los avances de la mortalidad infantil y juvenil entre las generaciones 1936-40 y las 1956-1960 son superiores a los de las primeras cuatro décadas de siglo. La mortalidad de los menores de un año se reduce a una cuarta parte, y la de uno a cuatro años pasa a ser de una décima parte, sin duda en la mejora más espectacular que se produce a cualquier edad. Como resultado, la relación entre mortalidad de uno a cuatro años y la del primer año pasa de ser algo menos de un medio a ser sólo de una sexta parte. Todo ello viene a confirmar que pese a ser herederas de un largo periodo de mejoras, las generaciones 1936-40 no tienen todavía un perfil plenamente "moderno" en su mortalidad por edades.

Tabla 19: Probabilidad de morir por intervalos de edad. Grupos quinquenales de generaciones, 1856-1960. Hombres.

Edad	1856-1860	1861-1865	1866-1870	1871-1875	1876-1880	1881-1885	1886-1890	1891-1895	1896-1900	1901-1905	1906-1910	1911-1915	1916-1920	1921-1925	1926-1930	1931-1935	1936-1940	1941-1945	1946-1950	1951-1955	1956-1960
0	263,7	256,4	249,4	242,5	235,9	240,8	223,1	220,0	213,3	187,6	166,6	157,3	177,0	139,8	131,8	114,1	134,7	85,5	74,0	60,6	49,7
1	248,5	243,6	238,7	234,0	229,3	236,0	220,2	215,8	211,5	183,8	159,6	139,2	157,3	105,7	92,1	68,7	76,7	38,3	28,5	15,5	8,4
5	65,5	61,5	57,9	54,4	53,7	48,1	45,2	42,5	37,0	32,2	28,3	34,4	22,0	19,3	16,3	18,0	11,6	9,8	6,1	3,8	3,2
10	29,2	27,7	26,2	26,1	23,6	22,4	21,2	18,6	16,3	15,1	17,4	12,8	11,8	10,1	10,5	7,3	6,2	4,3	2,9	2,6	2,4
15	36,6	35,8	36,8	34,4	33,7	33,0	29,9	27,0	25,5	29,8	22,7	21,4	17,9	22,1	12,7	10,6	7,0	4,6	4,5	4,3	4,3
20	52,4	55,3	53,0	53,4	53,7	45,3	38,3	35,5	40,9	30,6	28,4	24,7	36,1	18,7	16,3	9,7	5,8	5,9	6,1	5,6	5,5
25	57,0	54,9	55,5	56,1	44,5	35,2	33,2	38,0	29,4	27,7	25,2	41,0	20,9	19,0	12,0	7,5	7,3	7,1	6,0	5,6	5,1
30	53,5	53,4	53,3	43,7	35,7	34,5	39,5	32,1	31,0	28,2	39,9	23,4	19,3	13,4	9,3	8,7	8,1	7,0	6,6	5,9	5,2
35	55,8	54,3	49,7	45,4	43,1	45,7	39,0	37,1	32,0	46,4	23,9	20,7	15,8	12,1	11,5	11,0	9,8	8,5	7,6	6,9	6,2
40	61,5	58,1	54,9	52,6	55,0	48,4	46,4	41,6	59,3	33,5	30,1	22,9	17,5	17,0	16,5	15,1	14,8	13,4	12,1	10,9	9,9
45	70,9	66,2	64,4	68,5	60,9	59,2	54,0	78,2	44,9	40,9	32,9	26,4	26,1	25,7	24,2	22,2	20,6	19,2	17,8	16,6	15,2
50	86,6	84,8	89,5	81,1	79,3	73,2	105,4	62,4	57,5	48,9	41,6	40,9	40,1	39,6	34,9	32,0	30,1	28,0	26,0	24,0	22,1
55	120,7	122,6	114,7	111,3	104,9	144,1	92,4	86,7	75,6	65,9	64,3	62,7	60,8	53,2	48,8	44,7	40,9	37,5	34,5	31,8	29,3
60	174,6	167,1	162,3	154,8	197,5	140,8	134,3	118,4	104,3	102,3	100,3	95,7	81,4	74,8	68,8	63,2	58,1	53,6	49,5	45,6	42,0
65	244,5	238,5	228,5	270,3	209,8	201,0	179,7	160,7	158,9	157,2	150,1	131,1	118,7	107,5	97,4	88,2	81,8	75,7	70,0	64,7	59,6
70	351,1	333,3	371,9	300,2	285,0	264,8	246,1	247,3	248,4	232,4	195,1	179,0	164,3	150,8	138,4	129,3	120,6	112,2	104,2	96,6	89,4
75	480,2	515,9	432,4	410,3	390,2	371,1	368,1	365,1	255,4	303,9	281,7	261,1	242,0	224,4	212,2	200,2	188,4	176,9	165,6	154,8	144,3
80	680,1	610,4	589,7	552,1	516,9	512,1	507,3	496,9	423,7	399,9	377,4	356,2	336,1	322,9	309,4	295,8	282,0	268,1	254,3	240,5	226,8
85	781,1	766,7	708,2	654,2	655,3	659,4	653,3	650,1	593,3	590,2	588,5	565,2	553,9	542,0	529,3	516,0	505,9	487,2	471,9	455,9	439,4
90	881,6	871,8	862,1	852,5	843,0	833,6	824,4	803,9	783,9	764,5	745,5	740,1	734,2	728,0	721,2	713,9	706,1	697,7	688,7	678,9	668,4
95	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0

Fuente: Cabré Pla, A. (1999), *El sistema català de reproducció*. Barcelona, Ed. Proa, Col. "La mirada"

Tabla 20: Probabilidad de morir por intervalos de edad. Grupos quinquenales de generaciones, 1856-1960. Mujeres.

Edad	1856-1860	1861-1865	1866-1870	1871-1875	1876-1880	1881-1885	1886-1890	1891-1895	1896-1900	1901-1905	1906-1910	1911-1915	1916-1920	1921-1925	1926-1930	1931-1935	1936-1940	1941-1945	1946-1950	1951-1955	1956-1960
0	239,5	234,9	230,4	226,0	221,6	228,2	213,1	209,0	205,0	173,4	146,6	137,8	161,6	121,7	114,4	99,0	122,4	74,2	64,2	50,1	39,1
1	264,1	256,4	248,9	241,6	234,6	238,5	221,1	214,6	208,3	181,7	158,5	137,3	157,7	103,0	89,3	66,6	75,3	37,0	27,6	14,2	7,3
5	63,5	60,2	57,1	54,2	54,0	48,7	46,2	43,9	37,5	32,1	27,7	34,1	20,8	17,9	14,9	16,6	10,2	8,4	5,0	3,0	2,4
10	33,0	31,3	29,7	29,6	26,8	25,4	24,1	21,2	18,7	17,0	20,4	14,2	13,0	10,7	11,7	7,3	6,0	3,6	2,2	1,8	1,5
15	38,1	37,5	38,8	36,4	35,8	35,2	31,1	27,4	25,1	28,2	21,1	19,4	16,0	16,9	10,8	8,9	4,8	2,6	2,3	2,0	1,7
20	45,4	47,7	45,6	45,6	45,7	40,2	35,3	32,8	37,9	28,2	26,2	21,7	22,1	14,9	12,3	6,7	3,6	3,1	2,7	2,1	1,9
25	51,1	48,5	48,3	48,1	42,7	37,8	35,2	41,3	30,5	28,4	23,9	21,6	17,0	14,3	8,6	5,2	4,2	3,4	2,3	2,2	1,8
30	51,8	51,2	50,5	45,3	40,7	37,5	41,5	31,8	29,3	24,4	22,7	16,9	14,0	9,4	6,3	5,3	4,5	3,5	3,1	2,6	2,2
35	53,9	52,2	48,7	45,5	41,6	43,8	34,6	31,6	25,9	29,1	17,3	14,1	10,9	8,5	7,4	6,5	5,3	4,3	3,7	3,1	2,6
40	52,5	50,2	47,9	44,3	45,9	37,8	34,9	31,0	34,2	24,5	21,8	16,0	11,8	10,6	9,5	8,0	6,8	5,9	5,1	4,4	3,8
45	56,5	53,3	49,7	50,7	43,2	40,3	36,3	40,6	29,5	26,6	21,2	16,9	15,5	14,2	12,9	10,3	9,0	7,8	6,8	6,0	5,3
50	68,8	64,3	64,2	56,2	52,6	46,9	53,6	37,4	33,4	29,0	25,1	23,8	22,5	19,5	16,3	14,3	12,6	11,0	9,7	8,6	7,7
55	94,5	92,6	82,5	77,0	69,4	79,1	56,3	50,7	44,1	38,3	36,1	33,4	31,0	24,3	21,4	18,8	16,6	14,6	13,0	11,6	10,4
60	142,3	128,2	120,0	110,7	121,7	94,3	87,0	74,0	62,9	58,3	54,1	47,9	39,4	34,6	30,3	26,6	23,3	20,9	18,7	16,7	14,9
65	202,0	190,5	178,0	185,2	155,3	145,1	123,7	105,4	98,3	91,8	81,3	66,8	58,7	51,6	45,4	39,9	35,8	32,2	28,8	25,8	23,1
70	302,7	280,8	278,9	241,6	224,1	201,0	180,3	172,6	165,2	141,6	117,6	104,1	92,2	81,6	72,2	65,4	59,1	53,4	48,1	43,3	38,9
75	432,4	426,4	375,2	349,4	322,4	297,6	287,0	276,7	262,4	211,0	190,8	172,6	156,1	141,2	129,7	118,7	108,4	98,8	88,8	81,5	73,8
80	611,0	566,2	541,6	491,4	445,8	438,8	431,9	420,6	359,8	337,5	316,7	297,1	278,7	262,0	245,4	229,1	213,1	197,7	182,7	168,4	154,8
85	753,9	736,6	672,9	614,6	607,5	600,4	612,6	529,8	513,4	497,6	482,2	467,3	452,1	436,1	419,4	402,1	384,3	366,0	347,4	328,7	309,9
90	873,2	818,5	767,2	764,5	761,7	755,3	707,5	705,3	703,0	700,8	698,5	686,1	672,7	658,4	643,0	626,5	608,9	590,1	570,2	549,2	527,1
95	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0	1000,0

Fuente: Cabré Pla, A. (1999), El sistema català de reproducció. Barcelona, Ed. Proa, Col. "La mirada"

Nota: Se han sombreado las probabilidades de morir de las diversas generaciones a las edades en que los efectos tanto de la gripe como de la guerra civil implicaron un retroceso de la mortalidad en relación a las generaciones anteriores a la misma edad.

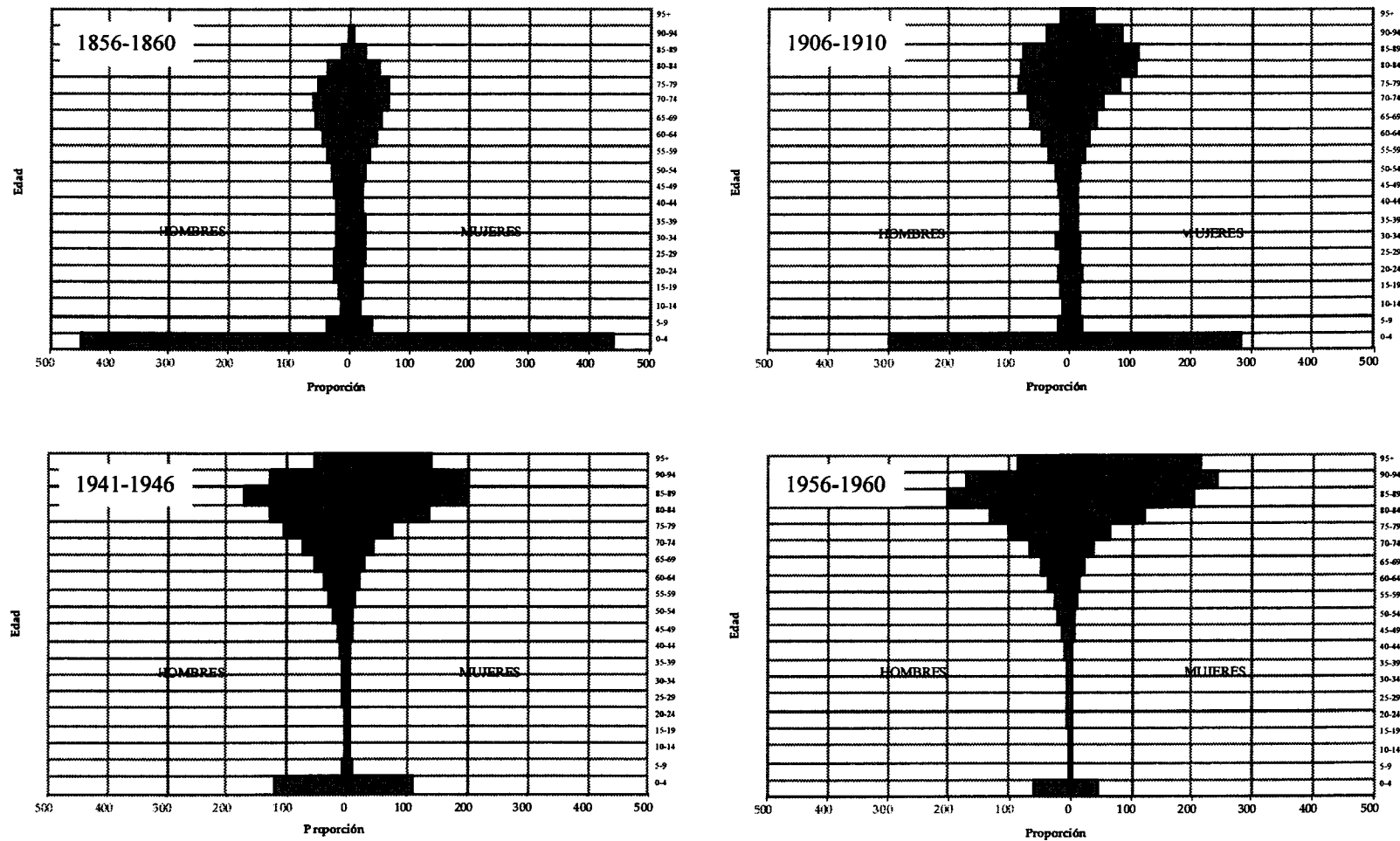
Respecto a la mortalidad temprana, las tablas confirman algo ya comentado a partir de las tasas de momento: la mejora ha sido mucho más rápida entre uno y cuatro años que para el primero de vida. El punto de partida es nefasto: en las generaciones 1856-1860 prácticamente una cuarta parte de quienes sobreviven hasta cumplir el primer año fallece antes de cumplir cinco. Sin embargo, llama la atención una importante diferencia entre sexos: sólo en las mujeres es cierto que la probabilidad de morir durante el primer año fuese inferior a la de los cuatro años siguientes y esa relación no se invierte en ellas hasta las generaciones 1911-15. De hecho, para todas las generaciones analizadas, incluso las más recientes, la mortalidad del primer año es peor en los varones que en las mujeres, por motivos biológicos que hacen más vulnerables a los neonatos masculinos. Que en la mayoría de edades restantes las probabilidades de morir masculinas sigan siendo superiores debe explicarse ya por sus propios comportamientos, y no por su bagaje genético.

Pese a que los cambios más llamativos se producen en los primeros años de vida, la reducción de la mortalidad es observable prácticamente en todas las edades, y resulta también muy notable en las edades maduras-avanzadas. Debe tenerse en cuenta que en el momento en que se construyen estas tablas, la mortalidad a tales edades no es más que hipotética para las generaciones más recientes. En realidad, la mejora está siendo incluso superior a la esperada, y una de las características de las últimas proyecciones de población es que deben revisar a la baja anteriores hipótesis sobre el descenso de la mortalidad a edades avanzadas. Pero incluso con las hipótesis hechas al construir las tablas que aquí se utilizan, resulta muy destacable que en edades supuestamente coincidentes con la longevidad media del ser humano se ha llegado a mortalidades sumamente bajas. Esto es especialmente cierto en las mujeres, y una manera de comprobarlo es observar en qué intervalo quinquenal de edad fallecen más de cien personas por cada mil de las que llegan a su inicio: las nacidas en 1856-1860 tienen ya una mortalidad superior a esta entre los 60 y los 64 años; las nacidas en 1900-1905 no la superan hasta los 70-74 años, y ya desde las generaciones 1916-1920 más de nueve de cada diez mujeres que llegan a los 70 años vive para cumplir los 75.

De las generaciones para las que Anna Cabré construye sus tablas de mortalidad, en la figura siguiente se han escogido cuatro que ilustran perfectamente el sentido de tales cambios. Por una parte las generaciones más antiguas (1856-60) y más recientes (1956-60) de las disponibles, y por otra las nacidas a principios de siglo, entre las que aún cabe encontrar a las personas de mayor edad actual, y las generaciones inmediatamente posteriores a la guerra civil, que ya vivirán todas sus edades libres de cualquier crisis grave de mortalidad. Los intervalos entre el nacimiento de estas cuatro generaciones son diferentes, siendo especialmente reducido el que se da entre las más recientes, pero también es cierto que corresponden con bastante fidelidad al ritmo del descenso de la mortalidad, que se acelera durante este siglo y especialmente después de los años cuarenta.

Las defunciones de las generaciones nacidas entre 1906 y 1910 presentan una distribución todavía muy arcaica, más similar a la de los nacidos medio siglo antes que a la de las generaciones 1941-1945. Aunque es visible un avance importante, todavía resulta patente el desmesurado peso de la mortalidad de los primeros cinco años; tales fallecidos pasan de ser algo menos de la mitad a prácticamente una tercera parte de los efectivos iniciales, pese a lo cual ese intervalo de cinco años sigue siendo el modal.

Gráfico 73: Distribución de las defunciones por edad.



Fuente: Elaboración a partir de las tablas de mortalidad de Anna Cabré.

Las muertes así evitadas no se trasladan uniformemente al resto de edades. Por el contrario, también disminuye el peso de las defunciones acontecidas en las edades juveniles y adultas, a pesar de que son más los que ahora sobreviven hasta alcanzarlas. Por tanto, la tendencia lleva a la concentración de las defunciones en las edades avanzadas. Pese a que también allí se han producido descensos en las probabilidades de morir, son muchos más los que ahora llegan.

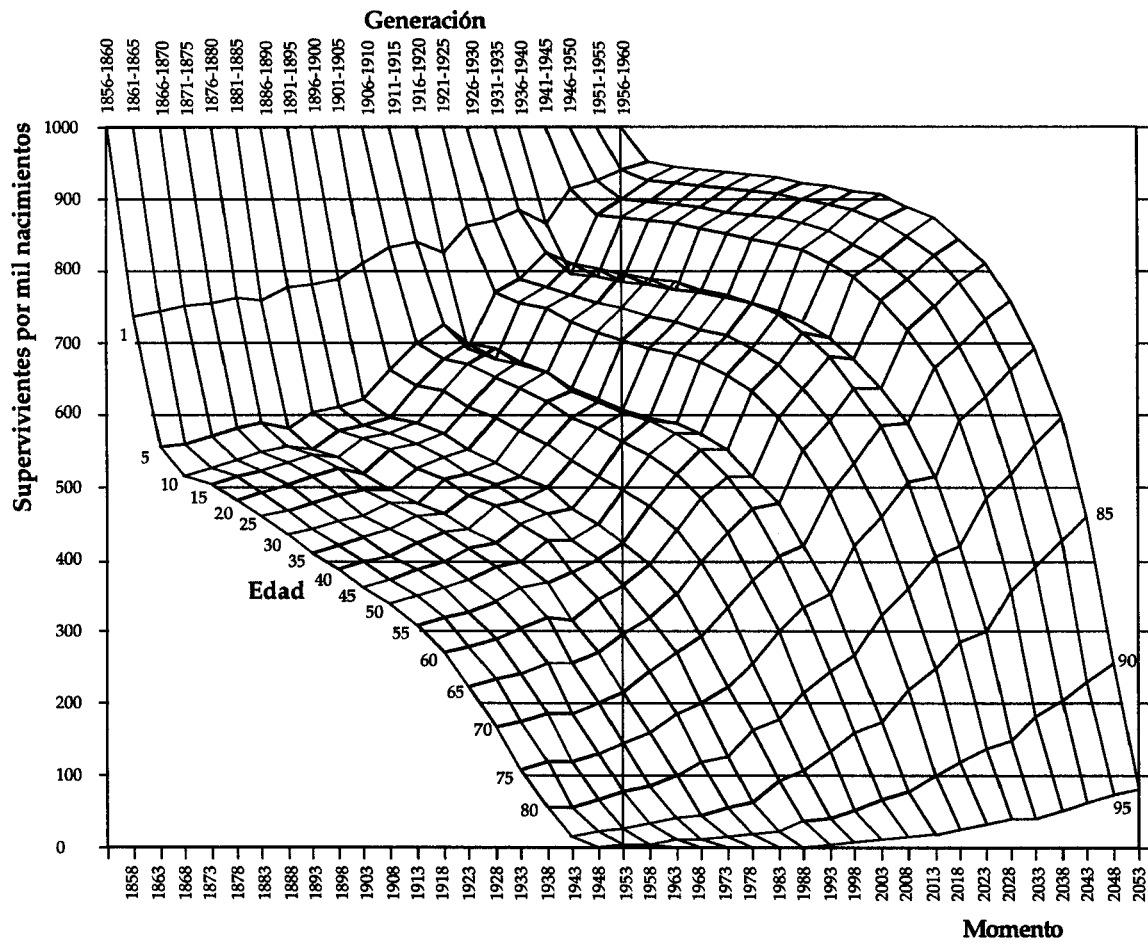
Las generaciones 1941-45 tienen ya una distribución de las defunciones prácticamente "moderna". Aunque todavía las que se producen entre el nacimiento y los cinco años son más de una décima parte, las ocurridas en las edades posteriores son ya casi insignificantes hasta cumplidos los cincuenta, especialmente para las mujeres. Entre éstas la edad modal se ha desplazado nada menos que hasta los 90-94 años, y la forma de la gráfica resulta ya muy similar a la que tendrán las generaciones 1956-1960, para las que la muerte anterior a los cinco años sólo afecta a 1/20 de los nacidos.

Muy llamativa resulta la evolución del llamado punto de Lexis, o edad modal de las defunciones si se excluyen las infantiles (véase [M. Livi Bacci, 1993], pp. 157-160). La afirmación de que la longevidad media humana es inalterable y responde a factores biogenéticos tiene importantes avaladores. Uno de sus corolarios es que, a medida que vayan evitándose las defunciones accidentales, el resto se producirá cada vez en mayor proporción alrededor una edad modal correspondiente a la teórica longevidad biológica del ser humano. No es esto lo que se constata en los gráficos anteriores: el punto de Lexis se desplaza en las sucesivas generaciones españolas hacia edades cada vez mayores. Entre los nacidos en 1856-60 dicho punto se sitúa en los 70-74 años. En los nacidos al empezar el siglo ya se ha desplazado a los 75-79 años para los hombres y, aún más, a los 80-84 para las mujeres. Su traslación continúa hasta los 85-89 años en las generaciones 1936-40 y, con toda probabilidad, en las generaciones 1941-45 se situará ya por encima de los 85, en los hombres, e incluso de los 90 en las mujeres.

También la evolución de los supervivientes a cada edad, indicador complementario al de las defunciones acumuladas, presenta una evolución interesante con matices propios. Es en ellos donde se hace más palpable la auténtica revolución vital que se ha venido produciendo en las generaciones españolas.

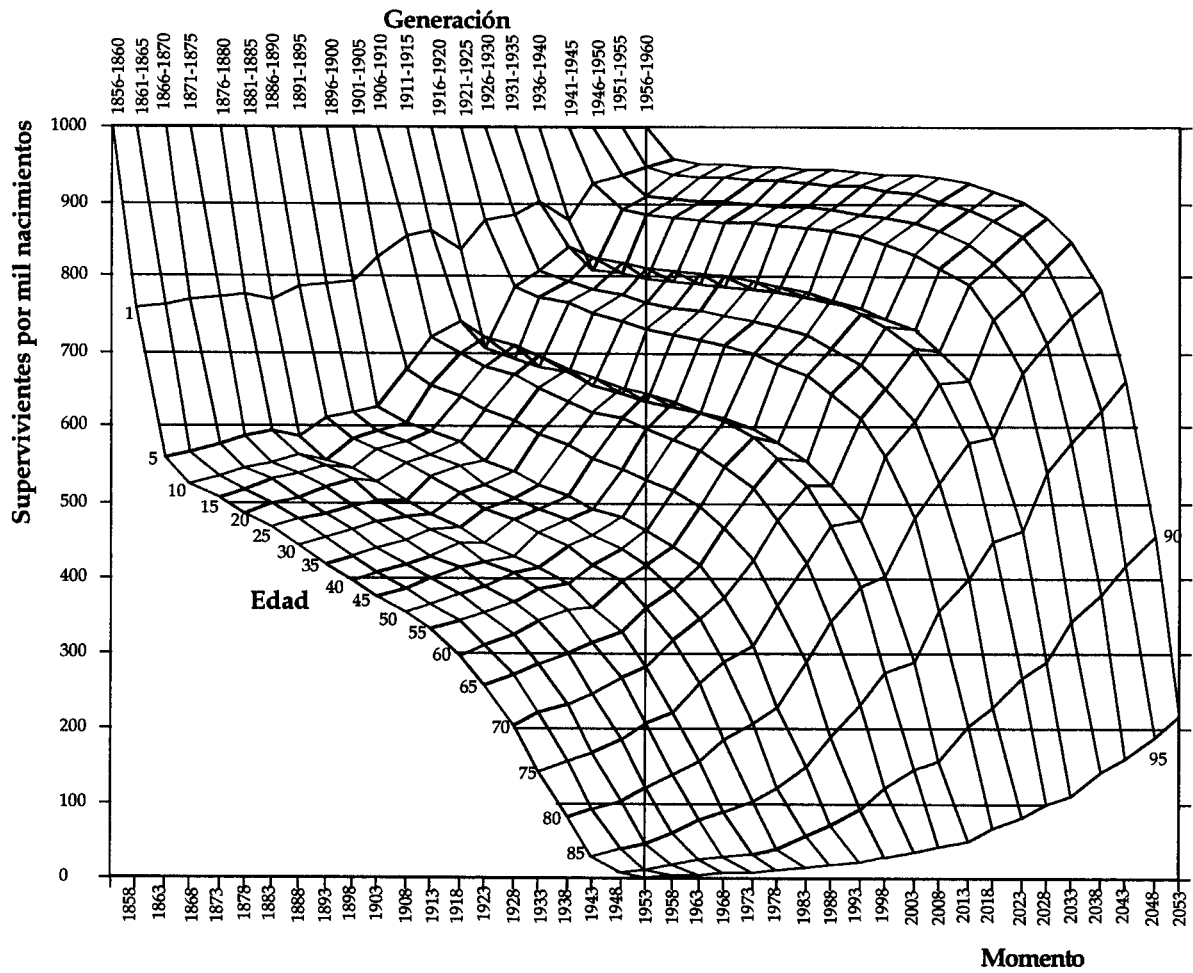
El efecto "acumulado" de la mortalidad se refleja en las diversas curvas por su forma constantemente descendente, siendo la mayor o menor pendiente de la curva en cada una de las edades la que denota las variaciones entre ellas. La forma característica de la supervivencia pretransicional es una línea con mucha pendiente en las primeras edades (merma temprana de los supervivientes muy considerable), una pendiente algo menor en las edades posteriores (la mortalidad ordinaria sigue siendo elevada) y una nueva acentuación de la pendiente en las edades en que se inicia la vejez. El resultado es casi un perfil alpino, que se pierde de manera gradual. Las generaciones más recientes producen un perfil radicalmente diferente, en el que casi no hay pendiente hasta bien entrada la tercera edad (casi nadie fallece antes de tales edades), a partir de la cual la curva se precipita prácticamente en vertical (casi todo el mundo fallece a tales edades).

Gráfico 74: Curvas de supervivientes por edad. Generaciones 1856-1960. Hombres.



Fuente: Elaborado a partir de las tablas de mortalidad de Cabré, A. (1999)

Gráfico 75: Curvas de supervivientes por edad. Generaciones 1856-1960. Mujeres.



Fuente: Elaborado a partir de las tablas de mortalidad de Cabré, A. (1999)

Resulta destacable la rápida recuperación tras las dos grandes crisis del siglo. A simple vista puede hacerse el ejercicio de prolongar la línea formada por cada una de las diferentes edades desde la generación 1911-15 a la 1921-25, como si no tuviésemos la de 1916-20. Puede observarse así que la tendencia al aumento de la supervivencia en cada edad se recupera inmediatamente. Otro tanto puede decirse de la generación 1936-1940. Cabe concluir, por tanto, que la tendencia transicional era ya sólida y prácticamente irreversible incluso antes de empezar el siglo.

La consistencia de las mejoras generacionales pese a las crisis históricas se traduce un el aumento muy sostenido de su esperanza de vida, a diferencia de las esperanzas de vida calculadas sobre las tablas de mortalidad de momentos, en las que sí se producen retrocesos importantes.

La última gran epidemia de cólera había producido una ralentización de la mejora en los nacidos entre 1881 y 1885, mientras que los nacidos en el quinquenio posterior retoman la tendencia ascendente con una facilidad pasmosa. En las generaciones posteriores la esperanza de vida crece a mayor ritmo, con ganancias muy espectaculares en las nacidas durante la primera década del siglo XX, sobrepasando ya los 40 años incluso entre los hombres. Durante los primeros quince años del siglo nacen, además, generaciones en que el progreso más notable lo realizan las mujeres, que se distancian en hasta seis años de sus coetáneos masculinos.

Tabla 21: Esperanza de vida al nacer por momento y por generación

Momento	Generación		Diferencia				
	hombres	mujeres	hombres	mujeres			
1860	28.0	29.0	1856-1860	29.9	31.4	2.0	2.4
1865	28.7	29.8	1861-1865	30.7	32.4	2.0	2.6
1870	29.5	30.6	1866-1870	31.5	33.4	2.1	2.8
1875	30.2	31.3	1871-1875	32.5	34.5	2.3	3.2
1880	31.0	32.1	1876-1880	33.6	35.8	2.7	3.6
1885	30.3	31.5	1881-1885	34.0	36.2	3.7	4.8
1890	32.4	33.6	1886-1890	36.2	38.7	3.8	5.1
1895	33.0	34.4	1891-1895	37.3	40.3	4.3	5.9
1900	33.8	35.1	1896-1900	39.0	42.0	5.2	6.9
1905	37.3	38.8	1901-1905	42.5	46.5	5.1	7.7
1910	40.6	42.3	1906-1910	46.0	50.9	5.4	8.6
1915	42.6	44.7	1911-1915	48.4	54.1	5.8	9.3
1920	39.8	41.7	1916-1920	48.0	53.2	8.2	11.5
1925	46.3	49.2	1921-1925	54.7	60.8	8.4	11.5
1930	47.9	51.3	1926-1930	57.6	63.8	9.7	12.5
1935	51.3	55.1	1931-1935	61.5	67.9	10.1	12.8
1940	46.3	52.6	1936-1940	60.9	67.1	14.6	14.5
1945	57.0	61.3	1941-1945	67.9	74.8	10.9	13.4
1950	59.5	64.0	1946-1950	70.5	77.4	11.0	13.5
1955	63.6	68.4	1951-1955	73.3	80.6	9.7	12.2
1960	67.0	71.8	1956-1960	75.5	82.9	8.5	11.1

Fuente: Elaborado a partir de las tablas de mortalidad de Cabré, A. (1999)

La gripe de 1918 produce por primera vez un retroceso en la esperanza de vida, protagonizado por las generaciones 1916-1920, rompiendo una evolución que parecía estar acelerando el ritmo de las mejoras. Las generaciones inmediatamente posteriores continúan la tendencia con una impresionante recuperación que las lleva a superar en más de siete años de esperanza de vida a las anteriores y a rebasar, por primera vez, entre las mujeres, un total de 60 años. Los nacidos entre 1921 y 1935 siguen viendo crecer su esperanza de vida a un ritmo que acerca a las mujeres a los 68 años y a los 62 a los hombres, pero, por segunda vez, se vuelve a desandar el camino recorrido en los nacidos entre 1936 y 1940. Son los nacidos después de la guerra civil, con una recuperación nuevamente fulgurante, de más de siete años, los que se benefician ya de un proceso ininterrumpido de mejoras, que lleva a las mujeres nacidas en 1941-1945 a una esperanza de vida de casi 75 años, y a superar los 80 a las generaciones femeninas de 1951-1955. Aunque la mejora afecta también a los hombres, las diferencias respecto a las mujeres parecen estabilizarse en una cantidad bastante elevada, en torno a los siete años, de modo que los hombres de las generaciones 1951-1955 apenas rebasan una vida media de 73 años.

La observación de esperanzas de vida por momentos permite un ejercicio comparativo interesante: al reflejar en una generación ficticia la mortalidad por edades de un determinado periodo, puede observarse si los nacidos en ese periodo se distancian mucho en su supervivencia real de la que podían esperar en el momento de nacer. De ese modo puede evaluarse hasta qué punto las condiciones de mortalidad han ido mejorando durante el transcurso vital de cada generación².

Resulta sorprendente la escasa diferencia inicial entre los indicadores de momento y los de generación. Quienes nacieron entre 1856 y 1870 no llegan a mejorar en tres años la e_0 que hubiesen tenido si, en el transcurso de sus vidas, la mortalidad por edades se hubiese estancado tal como estaba en el momento en que nacían. En los hombres y mujeres nacidos de 1901 a 1905 la diferencia alcanza más de cinco años y casi ocho, respectivamente, lo cual puede interpretarse como una mejora escasa, habida cuenta de la importante aceleración que el descenso de la mortalidad experimenta durante el siglo que van a abarcar sus vidas.

La explicación de lo exiguo de tales mejoras debe buscarse en el elevadísimo peso que todavía tienen las defunciones tempranas en todas estas generaciones. Aunque los supervivientes a las edades infantiles habían de protagonizar mejoras importantes en las edades posteriores, fueron ya escasos los supervivientes para recoger sus frutos, de modo que la e_0 del conjunto no puede acusar apenas tales ganancias.

Para que la diferencia entre la mortalidad de las generaciones y la del momento en que nacieron pueda reflejar fielmente cómo ha cambiado la mortalidad a lo largo de sus vidas, un requisito imprescindible es que en su mayor parte sobreviva a las edades infantiles. Las nacidas entre 1936 y 1940, en la comparación con la mortalidad de 1940, se "benefician", además, de que la mortalidad de dicho año fuese pésima por las secuelas de la guerra civil, de modo que su esperanza de vida supera en nada menos que catorce años la existente en

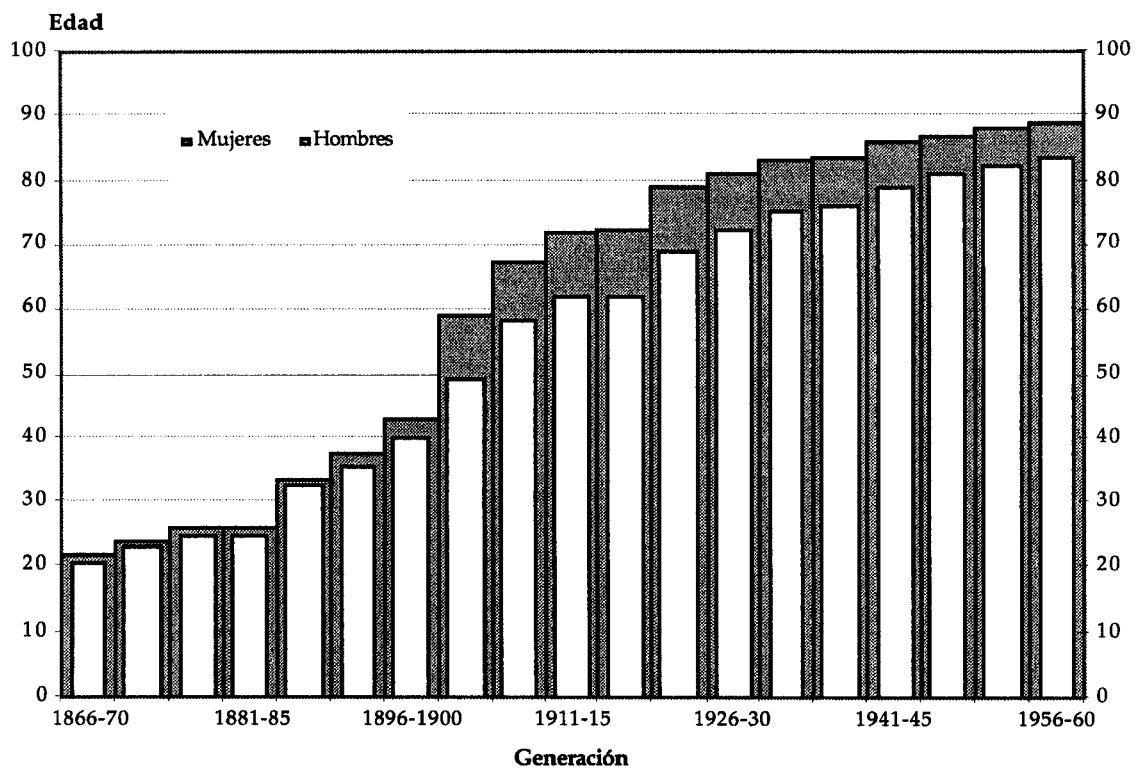
² Puesto que las generaciones se estudian aquí en grupos de cinco, la comparación se ha hecho respecto a la e_0 del año en que nacían la más joven de cada grupo quinquenal. Las diferencias consignadas en el cuadro anterior suponen, consecuentemente, la ganancia mínima experimentada entre las cinco de cada grupo.

aquel momento. El diferente ritmo en la disminución de la mortalidad infantil de hombres y mujeres explica también que, en las últimas, la diferencia entre indicadores de momento y de generación sea mucho más acusada.

En cambio, en las generaciones 1941-1945 y siguientes se observa otro fenómeno notable. El aumento de la e_0 generacional se hace más lento, porque las defunciones infantiles resultan ya escasas y es en el resto de edades donde hay que progresar para añadir años al denominador del cálculo. Pese a ello, la diferencia respecto al indicador de momento se mantiene en valores muy altos. Esta vez la explicación es prácticamente inversa a la de la escasa diferencia observada en las generaciones del siglo pasado. Durante los últimos años el aumento de la esperanza de vida del momento se ha ralentizado, pero la prolongación de la vida media que, pese a todo, se sigue produciendo, se explica especialmente por las mejoras de la mortalidad en las edades avanzadas³.

La trascendencia de los cambios protagonizados por las generaciones aquí estudiadas puede resumirse en un indicador sencillo y hartamente conocido: la edad mediana a la defunción.

Gráfico 76: Edad mediana a la defunción. Generaciones 1866-1960.



Fuente: Elaborado a partir de las tablas de mortalidad de Cabré, A. (1999)

³ La contribución de cada edad a la variación total de la esperanza de vida en España durante los últimos años ha sido calculada, entre otros, por [M. Farré, 1988] para el periodo 1960-1981, y tanto en [M. Rué i Monné, 1992] como en [R. Gómez Redondo, 1995] para el periodo 1970-1990. El método en todos ellos es común [J.H. Pollard, 1982, J.H. Pollard, 1988] y los resultados también coinciden en señalar la desaceleración de las mejoras, su mayor magnitud entre las mujeres y la creciente contribución de las edades avanzadas. Los resultados no difieren básicamente de los obtenidos por [A. Blanes, 1996] para el periodo 1960-1991, esta vez con una cierta mejora metodológica [E.E. Arriaga, 1984].

Si la mitad de los efectivos iniciales de las generaciones 1866-1870 apenas conseguía rebasar los veinte años de edad, las generaciones nacidas en los años sesenta sobrevivirán en su mayor parte hasta cumplir los noventa años. Sin extendernos sobre la trascendencia social de cambios de tal envergadura, sí conviene destacar algunas de sus consecuencias, tan sólo en el ámbito demográfico:

- Sobre la dinámica demográfica, aumenta el número de candidatos a la procreación, lo que reduce la presión reproductiva sobre los individuos supervivientes e incrementa la relación entre los años vividos por las generaciones descendientes respecto a las progenitoras, lo que explica el crecimiento poblacional durante este siglo.
- Sobre la familia. En este ámbito las repercusiones son múltiples y de gran calado: disminuye la probabilidad de orfandad temprana, aumenta la seguridad en la supervivencia de los hijos, se posterga la viudedad o, lo que es lo mismo, aumenta la “esperanza de vida” de los matrimonios, y aumenta el número de generaciones presentes, convirtiendo en habitual la figura de los bisabuelos y, sobre todo, de las bisabuelas.
- Sobre el ciclo vital. La significación social de las edades cambia radicalmente. La infancia y juventud pueden desarrollarse con mayor “parsimonia”, se alarga el periodo posterior al cese de la actividad laboral y a la fase de “nido vacío” en el hogar. Pero, sobre todo, se generaliza la llegada a la vejez; un “territorio” casi desierto hasta ahora que se está viendo colonizado masivamente.
- Sobre la estructura por edades. Una proporción creciente de cada generación llega a edades avanzadas, aumentando el peso de las edades infecundas en el conjunto de la población y convirtiéndose en un factor estructural de la reducción de la natalidad.

III.1.2. Envejecimiento demográfico

Los efectos de la mayor supervivencia sobre la estructura por edades son probablemente los que más trascendencia han tenido fuera del estricto ámbito demográfico. Sin embargo, el aumento de la esperanza de vida no es el único factor explicativo del envejecimiento demográfico y ni siquiera puede sostenerse que la relación entre ambos sea directa.

El aumento de la esperanza de vida conseguido mediante la reducción de la mortalidad infantil, en ausencia de cambios en la natalidad y las migraciones, puede ser causa de un rejuvenecimiento de la pirámide de edades, al aumentar la proporción de niños y de jóvenes. Sólo cuando la mortalidad infantil es ya muy reducida y cuando las mejoras de la esperanza de vida se consiguen principalmente por la mayor supervivencia en las edades avanzadas puede considerarse que tales mejoras producen directamente envejecimiento demográfico. Como acaba de verse, dicha situación no se produce en España hasta hace escasas décadas.

Si, pese a todo, el envejecimiento demográfico es una realidad que abarca prácticamente todo el siglo, es porque la evolución a largo plazo de la natalidad ha sido claramente descendente, al margen de algunos altibajos coyunturales. Los efectos combinados de tales

cambios pueden resumirse en la evolución de la distribución por grandes grupos de edad desde 1900:

Tabla 22. Población por grandes grupos de edad, España 1900-2001. (En miles)

Año	0-14	15-64	65 y más	Total
1900	6.233,7	11.395,9	967,8	18.597,4
1910	6.785,9	12.085,1	1.105,6	19.976,6
1920	6.892,6	13.211,8	1.216,6	21.321,0
1930	7.483,4	14.705,4	1.440,7	23.629,5
1940	7.749,0	16.435,6	1.690,4	25.875,0
1950	7.333,8	18.606,9	2.022,5	27.963,2
1960	8.347,3	19.612,1	2.505,3	30.464,7
1970	9.459,6	21.290,5	3.290,6	34.040,7
1981	9.685,7	23.760,9	4.236,7	37.683,3
1991	7.527,6	25.847,1	5.352,3	38.727,2
1996	6.361,6	27.111,3	6.196,5	39.669,4
2001	6.267,2	26.972,5	6.689,6	39.929,3

Fuente: INE, España. Anuario Estadístico 1993. Madrid 1994, Padrón 1996 (INE) y variante media de las proyecciones realizadas por el INSTITUTO DE DEMOGRAFÍA, Proyección de la población española, Vol. 1. CSIC, Madrid, 1994, para el año 2001.

Tabla 23. Estructura de la población por grandes grupos de edad, España 1900-2001

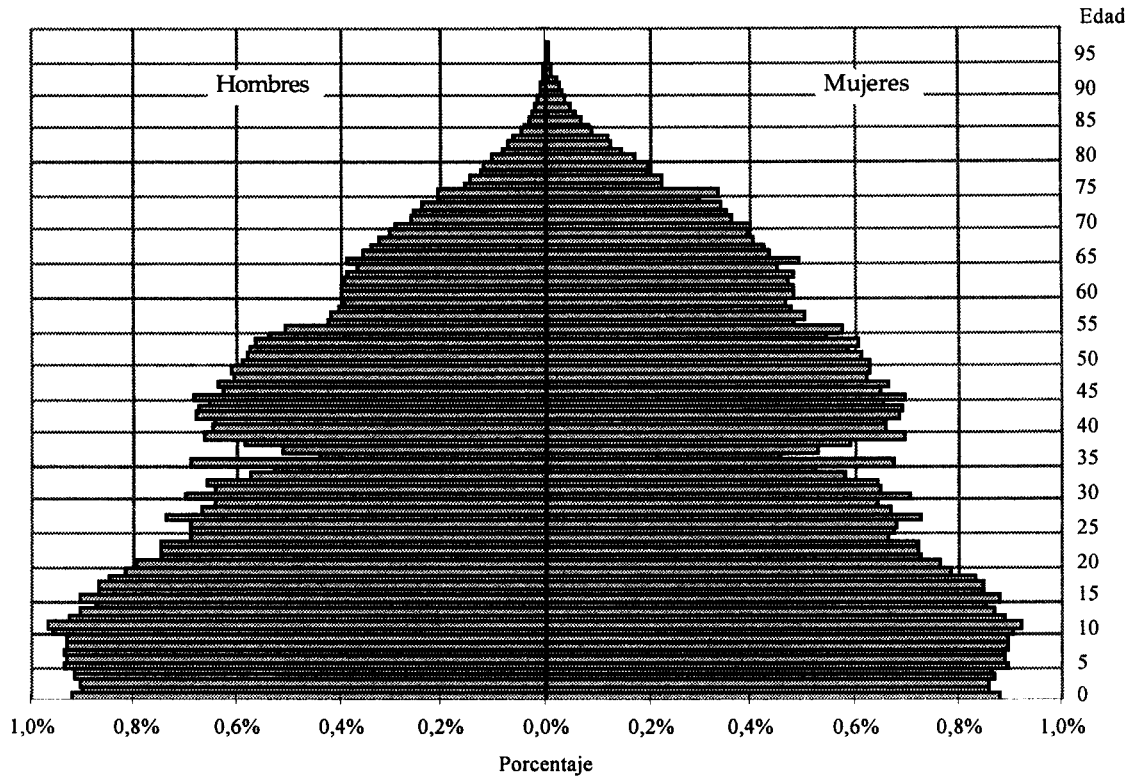
Año	0-14	15-64	65 y más	Índice de vejez*
1900	33,52%	61,28%	5,20%	16%
1910	33,97%	60,50%	5,53%	16%
1920	32,33%	61,97%	5,71%	18%
1930	31,67%	62,23%	6,10%	19%
1940	29,95%	63,52%	6,53%	22%
1950	26,23%	66,54%	7,23%	28%
1960	27,40%	64,38%	8,22%	30%
1970	27,79%	62,54%	9,67%	35%
1981	25,70%	63,05%	11,24%	44%
1991	19,44%	66,74%	13,82%	71%
1996	16,04%	68,34%	15,62%	97%
2001	15,70%	67,55%	16,75%	107%

FUENTE: Cuadro anterior.

* Número de personas de 65 y más años por cada 100 personas de menos de 15 años.

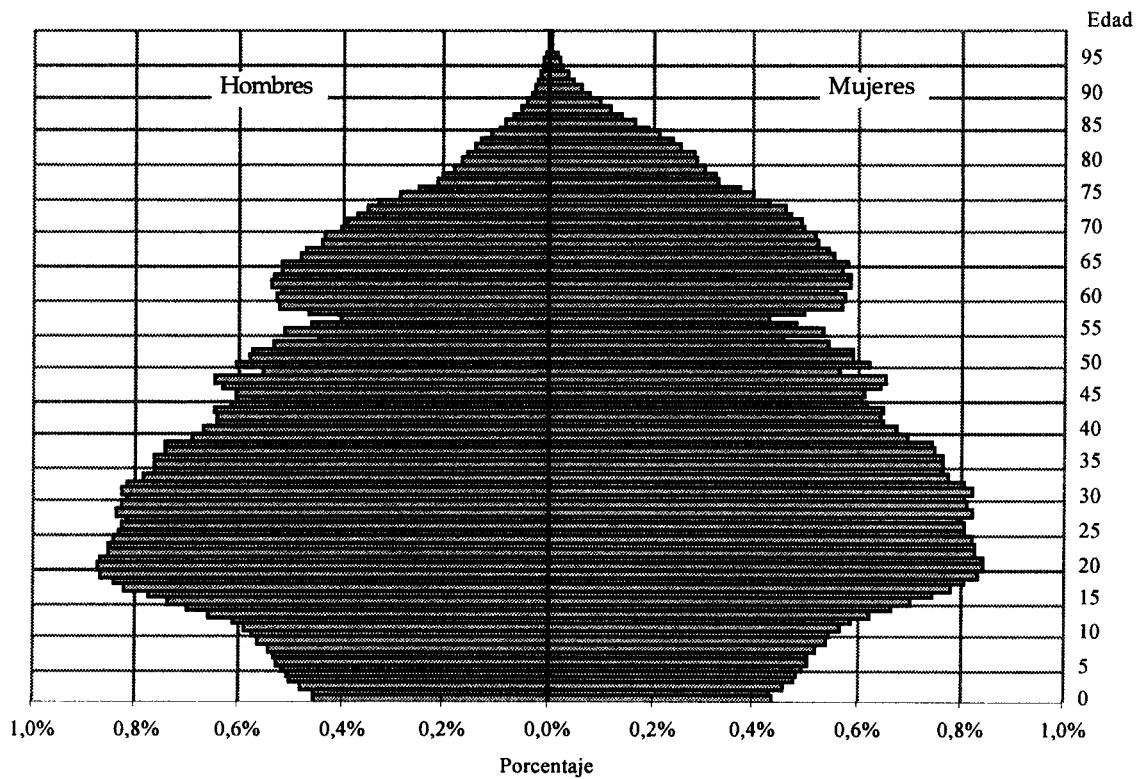
No ha habido década alguna del presente siglo que no se saldase con un aumento de la proporción de mayores de 64 años. El resultado es que de apenas un 5% del conjunto de la población al empezar el siglo, tales edades han pasado a representar más del 16% en sus años finales. El ritmo, sin embargo, no ha sido siempre el mismo. Durante la primera mitad del siglo el envejecimiento demográfico es muy lento, y durante las tres primeras décadas de la segunda mitad no sólo la proporción de mayores de 64 años aumenta poco sino que la proporción de menores de 15 experimenta un temporal crecimiento, como resultado de la elevada natalidad y de la mayoritaria supervivencia infantil que caracteriza por fin a España en esas décadas.

Gráfico 77. Pirámide de población de España, 1975.



Fuente: INE, Padrón de 1975.

Gráfico 78. Pirámide de población de España, 1996.



Fuente: INE, Padrón de 1996.

Es en el último cuarto del siglo cuando el envejecimiento demográfico se acelera. La mortalidad infantil, por ser mínima (de las más bajas del mundo), deja de alimentar los posteriores aumentos de la esperanza de vida. En cambio, la supervivencia a edades avanzadas se convierte en la principal explicación de la, pese a todo, creciente esperanza de vida. Dicho crecimiento sí produce un efecto directamente envejecedor de la pirámide. Pero, sobre todo, tales años se caracterizan por un intenso y sostenido descenso del número de nacimientos que se convierte en el principal factor explicativo del actual envejecimiento demográfico, y que ha hecho que en España la relación entre mayores de 64 años y menores de 15 sea, por primera vez en toda su historia, superior a uno.

III.1.3. Evolución y previsiones de los efectivos en las edades avanzadas

Al margen del descenso de la natalidad y de las variaciones en la estructura por edades del conjunto de la población, donde mejor se reflejan los efectos de la mayor supervivencia generacional es en la composición por edades de los que ya han alcanzado los 65 años. Durante los años setenta se produjo la novedad histórica de que por primera vez cumplierse dicha edad más de la mitad de los componentes iniciales de una generación (los nacidos entre 1906 y 1911). Desde entonces, la proporción de los supervivientes al cumplir 65 años no ha hecho más que crecer, y quienes lo hacen al acabar el siglo suponen más del setenta por ciento de los efectivos generacionales al nacimiento. Conviene insistir en que dicha evolución es el resultado acumulado de las mejoras de la mortalidad en todas las edades anteriores, de manera que en los próximos años, cuando sean las generaciones nacidas a partir de los años cuarenta las que alcancen la edad de jubilación, las proporciones de supervivientes serán superiores al 90%.

Hasta hace poco, la llegada de efectivos crecientes a la edad de 65 años era el principal factor que daba forma a la distribución por edades del conjunto de la población de 65 y más años, manteniéndola "joven" en su estructura. Pero las recientes mejoras en la mortalidad de las edades avanzadas están modificando dicha distribución, aumentando el peso de las edades avanzadas a un ritmo muy superior al de las anteriores.

Tabla 24. Población de más de 64 años, por grupos quinquenales de edad, 1986-2026

	65-69	70-74	75-79	80-84	85 y más	TOTAL
1986	1.661.709	1.399.947	1.044.888	648.548	391.333	5.146.425
1991	1.826.872	1.323.717	1.051.690	695.617	447.312	5.345.208
1996	1.977.695	1.650.239	1.112.821	770.660	538.648	6.050.063
2001	2.032.827	1.799.250	1.398.325	832.662	626.495	6.689.559
2006	1.780.048	1.858.641	1.538.780	1.055.580	711.335	6.944.384
2011	1.944.201	1.636.705	1.594.047	1.166.416	867.211	7.208.580
2016	2.136.953	1.795.483	1.414.708	1.219.867	1.007.086	7.574.097
2021	2.227.749	1.981.110	1.559.734	1.091.493	1.110.575	7.970.661
2026	2.543.515	2.071.626	1.729.469	1.209.707	1.105.398	8.659.715

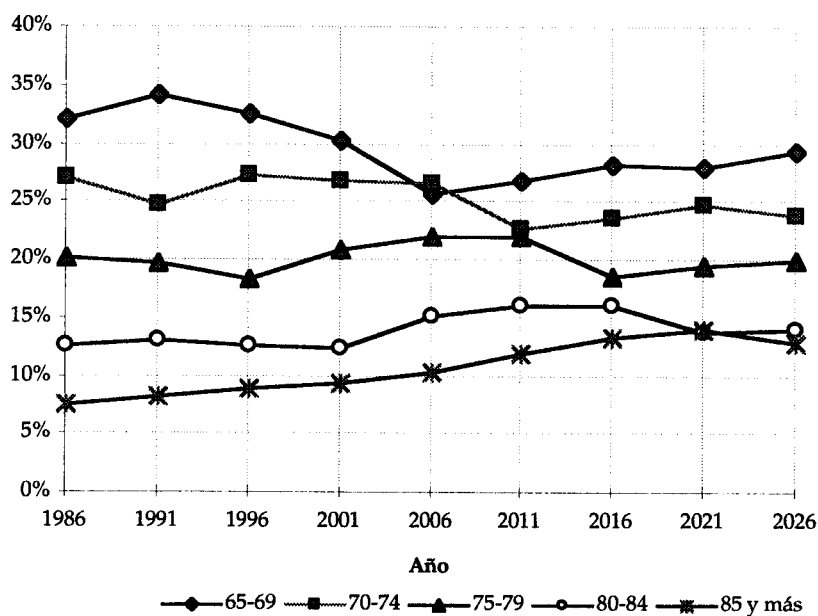
Fuente: Los datos proyectados corresponden a la variante media de los cálculos realizados por el INSTITUTO DE DEMOGRAFÍA, Proyección de la población española, Vol. 1. CSIC, Madrid, 1994.

Nota: Se han sombreado los valores en que se produce una disminución de efectivos por la llegada a esas edades de las generaciones nacidas durante la guerra civil.

En los próximos años se dará incluso la circunstancia de que las personas más jóvenes verán reducido su volumen por la llegada de las generaciones “vacías” nacidas durante la guerra civil. Simultáneamente, efectivos crecientes alcanzarán las edades avanzadas. El resultado será que en el 2026 las personas de más de 84 años serán un 186% más que las que tenían dichas edades en 1986, mientras que el conjunto de mayores de 64 años sólo habrá experimentado un incremento del 68%. La distribución en grupos quinquenales se verá transformada substancialmente, y los mayores de 84 años, que sólo suponían un 8% del total en 1986, pasarán a suponer más del 13%.

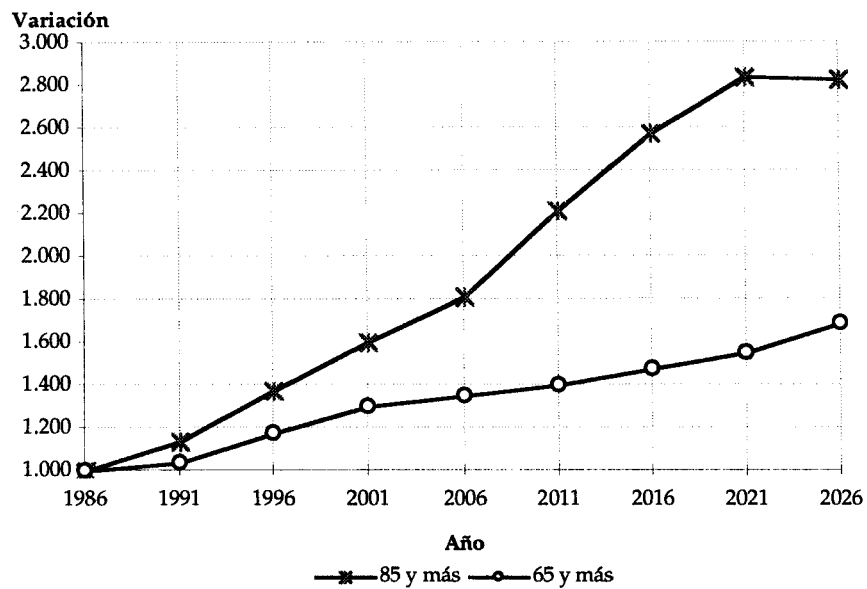
Además del sobreenvjecimiento demográfico, otra de las características de la población mayor de 64 años es la preponderancia femenina en su composición. Las relaciones de masculinidad, superiores a uno en el nacimiento, se equilibran en torno a los cuarenta años, y son cada vez menores en las edades posteriores, especialmente entre los mayores de 60 años. A los 80 las mujeres son ya el doble que los hombres.

Gráfico 79. Estructura por grupos quinquenales de edad de la población de más de 64 años, 1986-2026



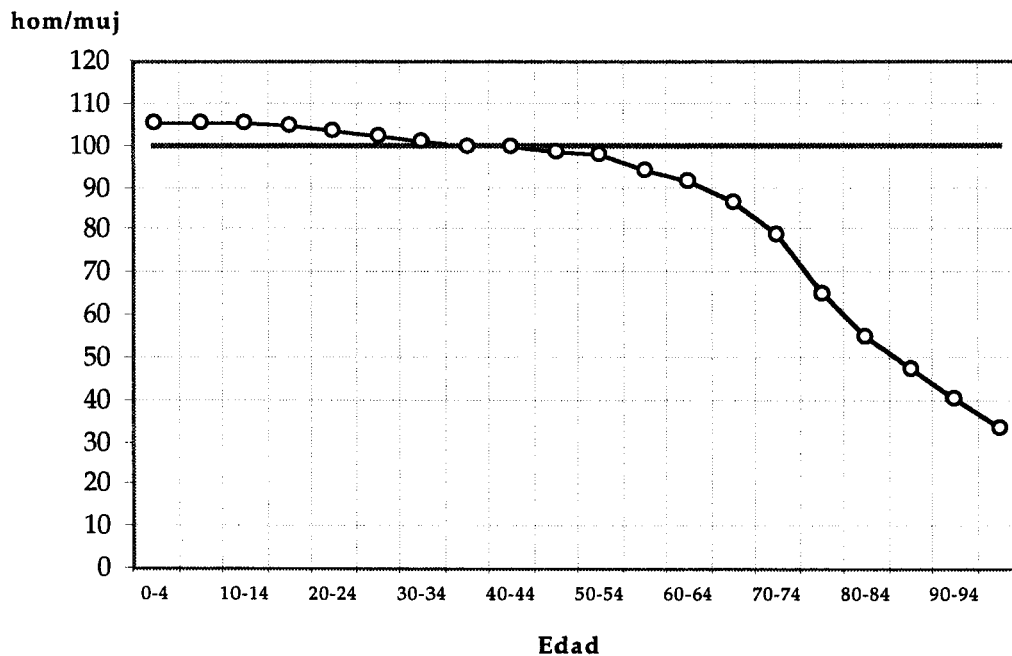
Fuente: Calculado a partir del cuadro anterior.

Gráfico 80. Incremento del número de mayores de 84 años y del conjunto de mayores de 64, respecto a los existentes en 1986



Fuente: Calculado a partir del cuadro anterior.

Gráfico 81. Relación de masculinidad por grupos quinquenales de edad. España 1996.



Fuente: INE, Padrón 1996.

La sobremortalidad masculina no es una novedad ni depende directamente del envejecimiento demográfico, de modo que la preponderancia femenina en la tercera edad es una constante secular. Lo que sí ha provocado el cambio en la estructura por edades es un importante crecimiento de las mujeres de edad avanzada respecto al conjunto de la población. Si a principios de los años ochenta, suponían menos del 7%, en la actualidad prácticamente una de cada diez personas es una mujer mayor de 64 años.

Tabla 25. Peso absoluto y relativo de la población de mayores de 64 años (total y femenina), 1981-2001

	Población	>64 Total	>64 Mujeres	% >64	% >64 Mujeres
1981	37.683.357	4.236.716	2.512.798	11.24%	6.67%
1986	38.473.332	4.689.407	2.788.435	12.19%	7.25%
1991	38.872.268	5.370.255	3.161.999	13.82%	8.13%
1996	39.669.409	6.196.498	3.614.827	15.62%	9.11%
2001	39.929.317	6.689.559	3.874.339	16.75%	9.70%

Fuente: Censos y Padrones correspondientes, y variante media de INSTITUTO DE DEMOGRAFIA (1994), *Proyección de la población española*, Madrid, Instituto de Demografía / C.S.I.C.

Son, por tanto, las mujeres, las que antes y en mayor proporción han protagonizado la novedad de llegar a convertirse en abuelas y en bisabuelas. La distinción entre sexos es muy importante en este caso, porque las trayectorias familiares y la situación actual son muy diferentes. Los hombres, con una edad media al matrimonio varios años superior y con una esperanza de vida menor, suelen estar casados cuando alcanzan edades avanzadas, mientras que la viudedad es el estado civil mayoritario entre las mujeres de tales edades. La mayor juventud de la fecundidad femenina también hace que el nacimiento de los nietos o de los biznietos se produzca con anterioridad en las trayectorias vitales de las mujeres. De hecho, en la progresiva verticalización de las estructuras familiares de los países desarrollados, son las mujeres las que se han convertido en el eje de la filiación sobre el que se construye la convivencia de las diversas generaciones presentes.

Por tanto, aunque la emergencia de la cuarta generación tiene en la revolución de la supervivencia la causa principal, sus efectos sobre la reproducción generacional y la propia evolución de la fecundidad deben ser igualmente examinados para comprender de manera en que se está produciendo. A ello dedicaremos el siguiente apartado.

III.2. Evolución de la fecundidad en España

III.2.1. La fecundidad en las generaciones anteriores a 1946

Como ya se ha visto en un capítulo anterior, España es en la actualidad el país con la fecundidad más baja de toda Europa, y empieza a olvidarse que la situación era prácticamente inversa hace sólo escasas décadas. Los inestables indicadores sintéticos de fecundidad no son, sin embargo, la mejor manera de analizar el papel de la fecundidad en la emergencia de la cuarta generación. Es sobradamente conocido que sus fluctuaciones no se explican únicamente por los cambios en la intensidad reproductiva de las generaciones, mucho menos variable, sino que se ven también muy afectados por el calendario de dicha descendencia final. Por ello la comprensión del papel que han tenido los cambios de la fecundidad respecto a la amplitud de la filiación vertical en las familias pasa necesariamente por el análisis longitudinal.

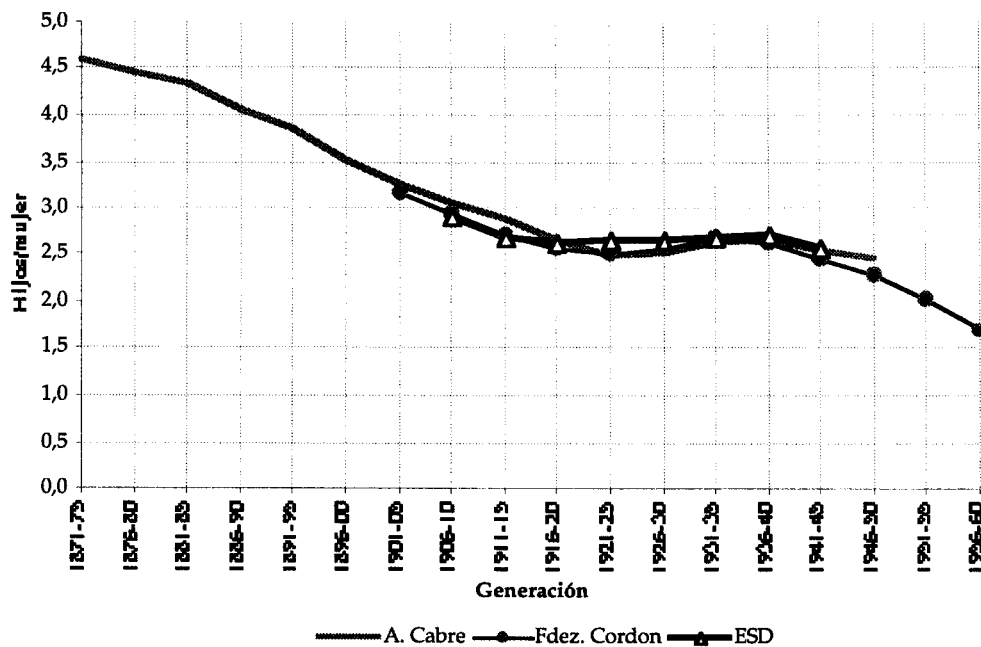
El declive histórico de la fecundidad, aunque gradual, podría haber sido muy temprano en España (ARANGO, 1980, pgs 188-189). Los fundamentales trabajos de Livi Bacci en demografía histórica así lo sugieren (LIVI BACCI, 1968a Y 1968b) y, de hecho, las mujeres españolas nacidas en primera mitad del siglo XIX no eran en absoluto de las más fecundas entre sus coetáneas (FESTY, 1979), pero las nacidas a principios del siglo XX sí. Para ello el incipiente proceso transicional debe haberse estancado en las nacidas durante el tercer cuarto del siglo XIX. En las posteriores no es más lento que en otros países, pero se consolida con retraso. Por ello las primeras generaciones del siglo forman parte aún de ese movimiento de consolidación de la transición de la fecundidad, mientras que en la mayoría de Europa las generaciones nacidas desde principios de siglo presentan ya descendencias finales post-transicionales y en ligera recuperación.

En este apartado vamos a examinar el comportamiento reproductivo de las generaciones nacidas en la primera mitad del siglo, protagonistas de la definitiva transición de la fecundidad en España, y abuelas y bisabuelas de quienes nacen en la actualidad.

La descendencia final de las generaciones 1905-1945

La fecundidad en España ha sido menos investigada desde la óptica longitudinal que desde la transversal, pero su conocimiento es hartamente extenso y detallado gracias a las tablas de fecundidad femenina por edad y generación de Anna Cabré (CABRÉ, 1989) y de Fernández Cordon (FERNÁNDEZ, 1986), que ya contaban con antecedentes importantes. A sus datos añadiremos otros resultantes de la explotación directa de la Encuesta Sociodemográfica de 1991 (INE), que permiten también investigar los comportamientos masculinos.

Gráfico 82. Descendencia final de las generaciones femeninas, 1871-1960



Fuente: Fdez Cordon 1986 pg. 62., A. Cabré (1999) y elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica

La disminución de la descendencia femenina es prácticamente continua hasta las generaciones nacidas en la segunda década del siglo. En las posteriores la tendencia se estanca e, incluso, se produce cierta ligera recuperación que culmina entre las nacidas en los años treinta y que se traduce en el baby boom español de los años sesenta. El retraso de la transición hace que esta interrupción de la tendencia se produzca en niveles bastante elevados, de modo que la DF no llega a bajar de 2,5 hijos por mujer hasta las generaciones nacidas en los años cuarenta. Sólo en Canadá y los Países Bajos la DF femenina de las generaciones anteriores a las del baby boom fue más alta que la correspondiente en España (SÁEZ, 1979, pg. 1010). Por el contrario, la mayor parte de Europa ya tenía descendencias finales inferiores a 2,1 en sus generaciones nacidas durante la primera década del siglo (Francia incluso antes de que acabase el siglo XIX). Por tanto, una de las peculiaridades españolas es que esos niveles no se alcanzan hasta generaciones que actualmente todavía no han completado todo su ciclo reproductivo.

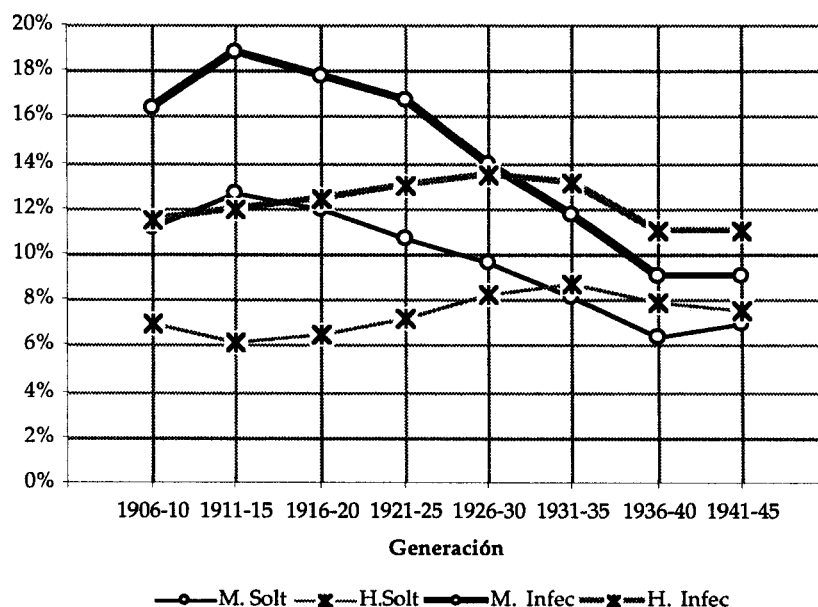
Se confirma así la heterogeneidad de las generaciones presentes. Las más antiguas aún son protagonistas de la transición, las nacidas en los años treinta y primeros cuarenta encarnan en España el baby-boom y las más recientes parecen haber retomado la transición inacabada. Sólo en Italia es visible una confluencia de comportamientos generacionales tan diferentes pero tan próximos en el tiempo.⁴

Sin embargo, para evaluar la situación familiar de quienes ya han completado su vida fecunda, no basta señalar que se trata de generaciones con una DF bastante elevada

⁴ Véase al respecto (FESTY, 1979), especialmente los gráficos de la pg. 62.

respecto a las generaciones posteriores. También se han producido cambios muy importantes en sus diferentes determinantes, desde la proporción de infecundos hasta la fecundidad matrimonial. Una de las peculiaridades de las generaciones femeninas nacidas en las primeras décadas del siglo es precisamente que, junto a la elevada DF, muestran también una elevada infecundidad.

Gráfico 83. Soltería e infecundidad a los 50 años, por generación y sexo (%)



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Buena parte de la infecundidad se explica por la soltería definitiva, de manera que la evolución de ambas es paralela. La soltería femenina venía aumentando entre las generaciones nacidas a finales del siglo XIX, y alcanza sus máximos en las más afectadas por la guerra civil. En las siguientes se reduce rápidamente, lo que debe haber contribuido a detener la evolución descendente de la fecundidad. Este descenso de la soltería guarda estrecha relación con la mejora de la posición femenina en el mercado matrimonial. El descenso de la mortalidad de los varones, y los desequilibrios de efectivos provocados por las fluctuaciones de la natalidad durante la gripe de 1918 y durante la guerra civil, producen algunas generaciones femeninas deficitarias en relación a las generaciones masculinas inmediatamente anteriores. Otra de las consecuencias es que las diferencias de nupcialidad entre géneros llegan a anularse, y se invierten en los nacidos en los años treinta, cuyas mujeres tienen ya una nupcialidad mayor a la de los hombres, fenómeno que no tiene precedentes en España.

Pero no toda la infecundidad se explica por la soltería. En las generaciones nacidas a partir de los años veinte, a la vez que disminuye la soltería se reduce también la infecundidad de las casadas, factor que también contribuye a detener el descenso transicional de la descendencia final.

Tabla 26. Fecundidad de los célibes e infecundidad de los alguna vez unidos.

	Sin pareja con hijos		Con pareja sin hijos		Con pareja sin hijos respecto al total de infecundos	
	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres
1906-10	7,2%	0,0%	7,7%	6,7%	42,3%	55,4%
1911-15	12,9%	0,0%	10,0%	7,7%	47,1%	60,8%
1916-20	5,3%	0,0%	8,5%	7,7%	42,6%	58,1%
1921-25	6,0%	0,8%	8,8%	7,3%	47,6%	52,4%
1926-30	7,4%	0,1%	6,6%	6,6%	43,6%	45,6%
1931-35	6,7%	0,0%	5,2%	5,5%	41,4%	38,6%
1936-40	8,6%	0,6%	3,9%	4,0%	40,8%	33,3%
1941-45	5,8%	0,2%	3,2%	3,8%	31,6%	30,5%

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

La principal explicación debe buscarse en el rejuvenecimiento del calendario nupcial femenino, paralelo al aumento de la nupcialidad, ya que la más importante causa de infecundidad matrimonial hasta muy recientemente había sido el matrimonio tardío de las mujeres, directamente asociado a su mayor infertilidad, mientras que la relación entre la edad al casamiento de los varones apenas tiene influencia.

Tabla 27. Edad media a la unión según se hayan tenido hijos o no

	Mujeres			Hombres		
	Infecundas	Fecundas	Diferencia	Infecundos	Fecundos	Diferencia
1901-05	30,2	24,9	5,3	31,6	28,6	3,0
1906-10	29,5	25,1	4,4	33,2	28,8	4,4
1911-15	29,8	25,4	4,4	32,0	29,3	2,7
1916-20	30,7	25,6	5,1	32,3	28,9	3,4
1921-25	31,6	25,7	6,0	32,4	28,8	3,6
1926-30	31,7	25,8	5,9	33,1	28,6	4,5
1931-35	31,2	25,4	5,8	32,9	28,1	4,8
1936-40	30,6	24,8	5,8	32,0	27,6	4,4
1941-45	29,0	24,3	4,8	32,3	27,1	5,2

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Nota: Sólo se han considerado las uniones y los hijos habidos antes de cumplir cincuenta años de edad. Las generaciones 1941-1945 aún no los han cumplido, por lo que el valor de los indicadores podría variar ligeramente una vez lo hayan hecho.

En efecto, la infecundidad de las mujeres no parece depender de que hayan diferencias de edad con el cónyuge, de lo que cabe deducir que lo auténticamente relevantes es su propia edad. En cambio, los varones infecundos se casan con mujeres de edad similar a la propia, es decir, mujeres de matrimonio tardío, con lo que de nuevo hay que llegar a la conclusión de que el factor relevante es la edad de la mujer, y no la del hombre.

Tabla 28. Diferencia media de edad con la primera pareja, según se hayan tenido hijos o no

	Mujeres			Hombres		
	Infecundas	Fecundas	Diferencia	Infecundos	Fecundos	Diferencia
1901-05	-3,4	-3,4	0,1	3,0	3,7	-0,7
1906-10	-2,7	-2,7	0,0	2,1	3,9	-1,8
1911-15	-3,0	-3,1	0,2	3,3	3,6	-0,3
1916-20	-3,3	-3,3	0,0	1,5	3,6	-2,0
1921-25	-2,7	-3,1	0,4	1,6	3,2	-1,6
1926-30	-3,1	-3,0	-0,1	0,9	3,2	-2,3
1931-35	-3,3	-3,0	-0,3	0,0	3,1	-3,0
1936-40	-3,1	-3,3	0,3	1,5	3,2	-1,8
1941-45	-3,7	-3,3	-0,4	2,3	3,1	-0,8
1946-50	-3,2	-3,1	-0,2	3,3	2,7	0,6

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Nota: Sólo se han considerado las uniones y los hijos habidos antes de cumplir cincuenta años de edad. Las generaciones posteriores a 1940 aún no los han cumplido, por lo que el valor de los indicadores podría variar ligeramente una vez lo hayan hecho.

Todo lo anterior evidencia algo sobradamente conocido por los especialistas, pero no que no suele tenerse en cuenta en la interpretación corriente de los cambios de la DF: estos no son un simple resultado de la voluntaria reducción de las descendencias entre los fecundos. Su estancamiento y ligera recuperación hasta las generaciones de los años treinta no responde en realidad a una interrupción de la tendencia transicional a reducir el tamaño de las descendencias entre quienes tuvieron hijos. Por el contrario, el número de hijos por mujer casada nunca dejó de disminuir.

Tabla 29. Descendencia final de quienes tuvieron al menos una unión conyugal

	Total mujeres	Mujeres con alguna unión	Total hombres	Hombres con alguna unión
1906-10	2,91	3,51	3,03	3,43
1911-15	2,69	3,35	2,79	3,17
1916-20	2,62	3,20	2,77	3,16
1921-25	2,65	3,20	2,59	2,98
1926-30	2,65	3,10	2,64	3,06
1931-35	2,68	3,04	2,56	2,95
1936-40	2,72	3,00	2,57	2,89
1941-45	2,58	2,86	2,40	2,71

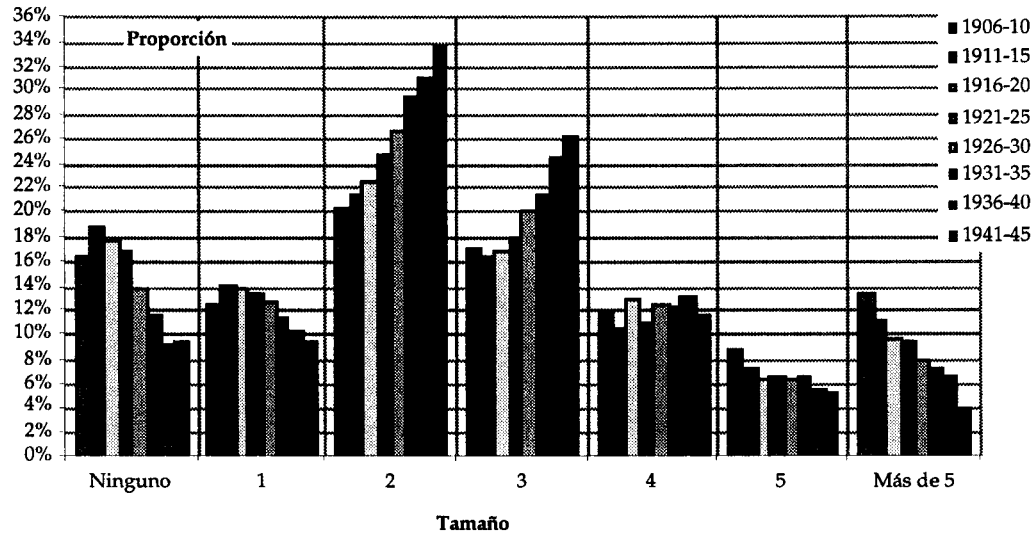
Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Nota: Tanto el inicio de la unión como los hijos habidos se han computado únicamente hasta cumplir los 50 años de edad.

Si, pese a todo, la DF mostró una evolución diferente, fue por el aumento de la proporción de mujeres fecundas, no porque aumentase el número medio de hijos entre ellas. El descenso de la infecundidad, tanto por la menor soltería como por la menor infecundidad matrimonial, explica, por tanto, la recuperación de la DF hasta las generaciones de los años treinta y coexiste, paradójicamente, con una reducción sostenida del tamaño de las

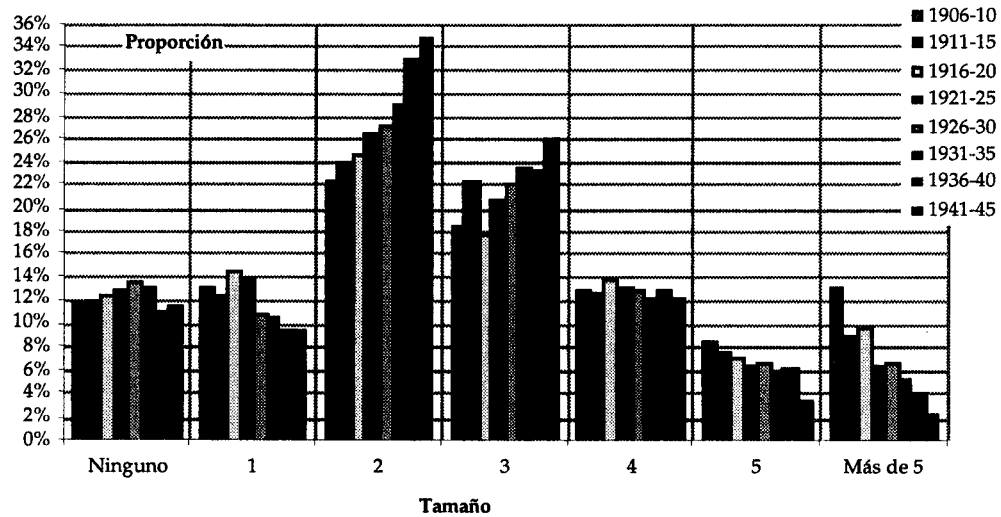
descendencias matrimoniales. Como todo ello coincide con el adelanto del matrimonio y del nacimiento del primer hijo, hay que concluir que en tales generaciones se da un control creciente, a la baja, del número de hijos. La mejor manera de comprobarlo es observando la distribución según los tamaños de la descendencia:

Gráfico 84. Distribución de los sujetos según el número de hijos habido (%). Mujeres



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Gráfico 85. Distribución de los sujetos según el número de hijos habido (%). Hombres



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

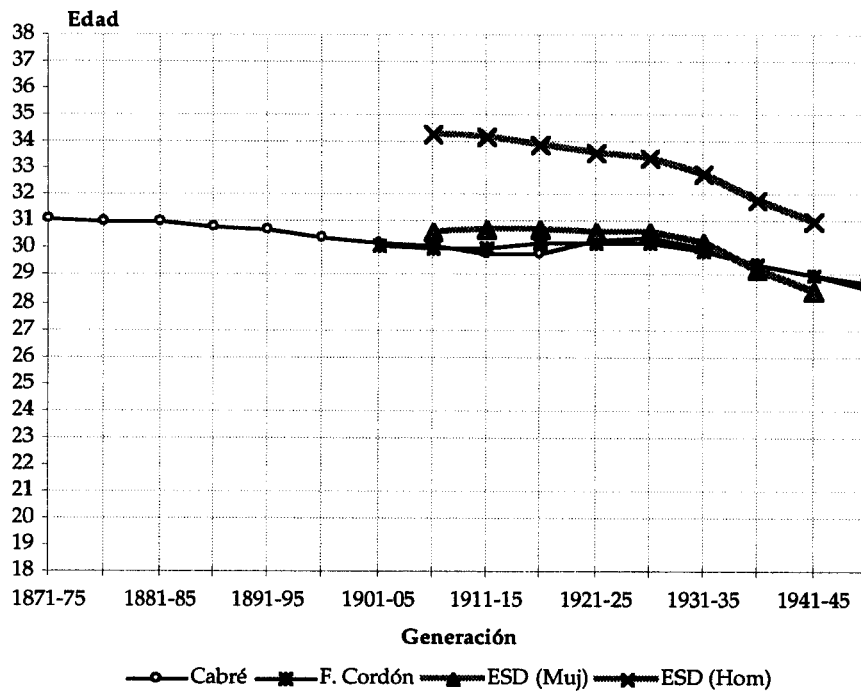
Además del descenso de la infertilidad femenina, puede observarse en ambos sexos una concentración de los tamaños. El peso de quienes tuvieron dos o tres hijos es creciente, a la vez que disminuyen quienes tuvieron un único hijo o quienes tuvieron más de cuatro. Ello significa que las primeras generaciones parten de una gran heterogeneidad en sus situaciones familiares, con altas probabilidades de no tener hijos, de tener pocos o de tener

muchos, y las últimas se aproximan considerablemente a un modelo homogéneo, en el que resultan improbables la infecundidad y las grandes descendencias, y se generaliza el tener hijos, tener más de uno, y no superar los tres. Nuevamente hay que concluir que el temporal aumento de la DF se debió a la generalización de la maternidad, y que el baby boom de los años sesenta no se debió a un aumento de los tamaños de las descendencias generacionales.

El calendario de la fecundidad

Tales cambios no sólo afectan a la DF de estas generaciones. El calendario de su fecundidad ha debido experimentar transformaciones igualmente importantes, asociadas al cambio de las pautas de nupcialidad y de los tamaños de la descendencia. En el caso masculino, la evolución intergeneracional del calendario muestra una tendencia evidente: la edad media a la paternidad no hace más que descender. Sin embargo, en las mujeres dicha evolución no se apunta con claridad hasta las generaciones nacidas en los años treinta, mientras las anteriores parecen mantener una edad estable e incluso en ligero aumento según la fuente.

Gráfico 86. Edad media al nacimiento de los hijos



Fuente: (CABRÉ, 1989), (FERNÁNDEZ C., 1986) y explotación propia de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tal como ocurre con la DF, también la edad media al nacimiento de los hijos es el resultado combinado de diversos factores, que no siempre actúan en la misma dirección y que conviene, por tanto, observar por separado. Por una parte, debe considerarse la edad a la que se empieza a tener hijos y, en efecto, la edad media femenina al nacimiento del primer hijo no muestra una tendencia descendente hasta las generaciones de los años treinta.

Tabla 30. Media y desviación de la edad al tener el primer hijo

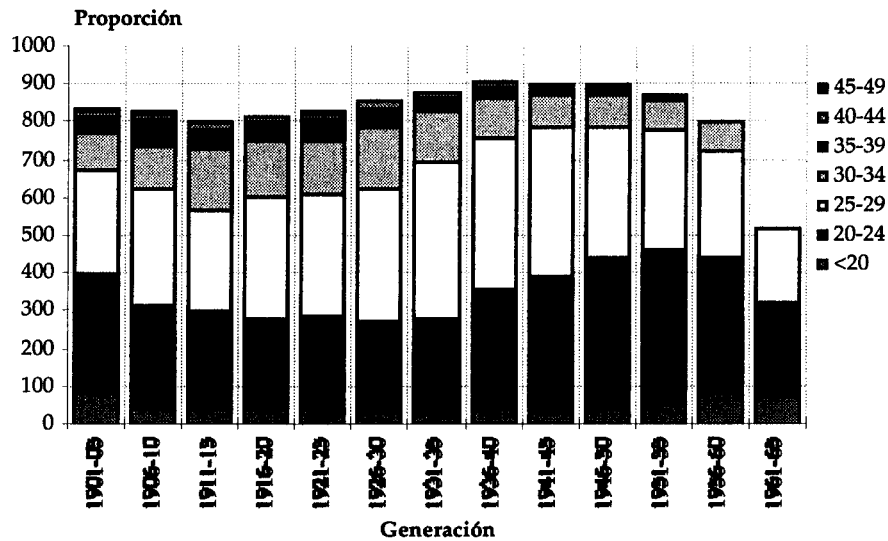
	Mujeres		Hombres	
	Media	Desviación	Media	Desviación
1906-10	27,13	5,54	30,68	5,60
1911-15	27,41	5,53	31,07	5,23
1916-20	27,26	5,12	30,53	5,17
1921-25	27,36	5,32	30,50	5,10
1926-30	27,48	4,97	30,28	4,70
1931-35	27,14	4,48	29,83	4,47
1936-40	26,36	4,32	29,14	4,13
1941-45	25,89	3,93	28,76	4,10

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica

Nota: Para que la comparación sea posible, se han tenido en cuenta exclusivamente los hijos habidos antes de cumplir los 50 años.

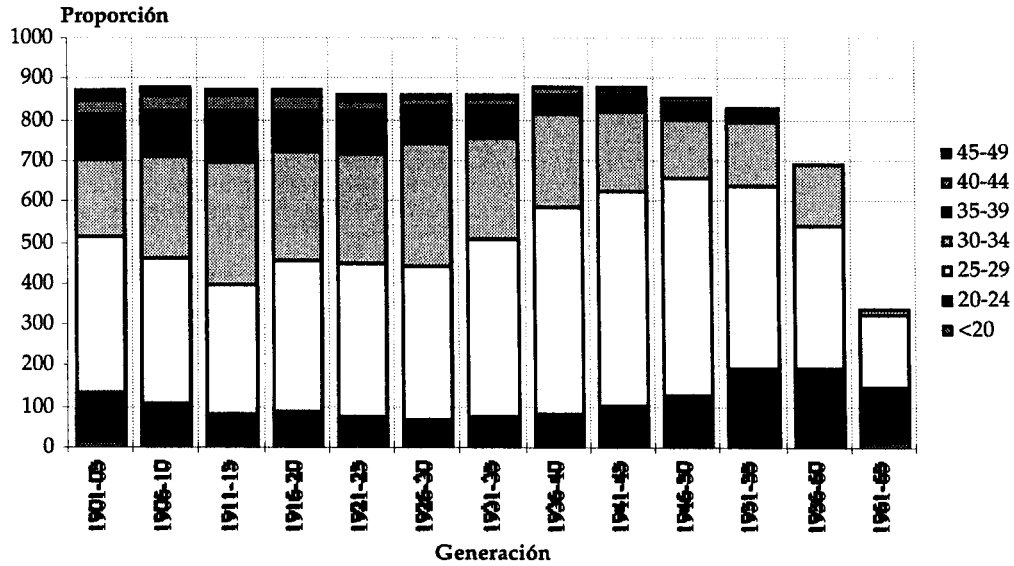
Si se analiza la distribución por edades del nacimiento del primer hijo puede entenderse el motivo: hasta las nacidas en los años treinta la proporción de quienes lo tienen antes de los 25 años permanece por debajo del 30%.

Gráfico 87. Edad al nacimiento del primer hijo. Mujeres.



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica

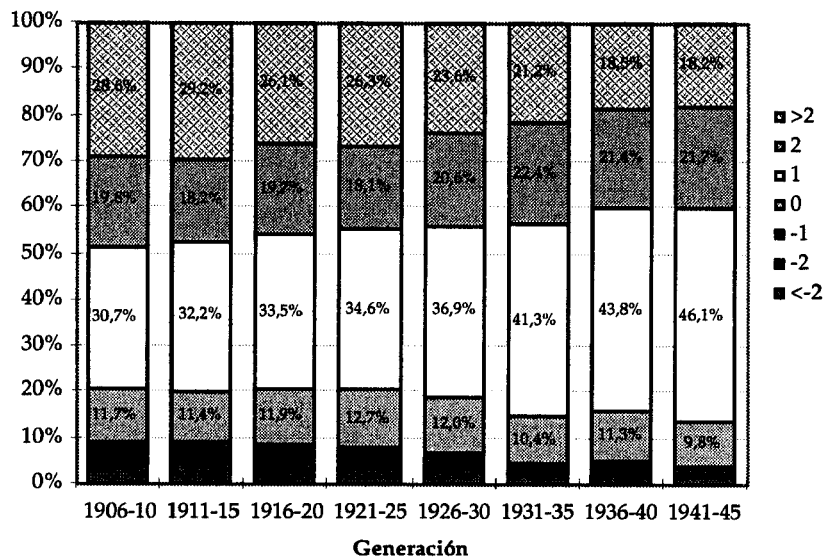
Gráfico 88. Edad al nacimiento del primer hijo. Hombres.



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica

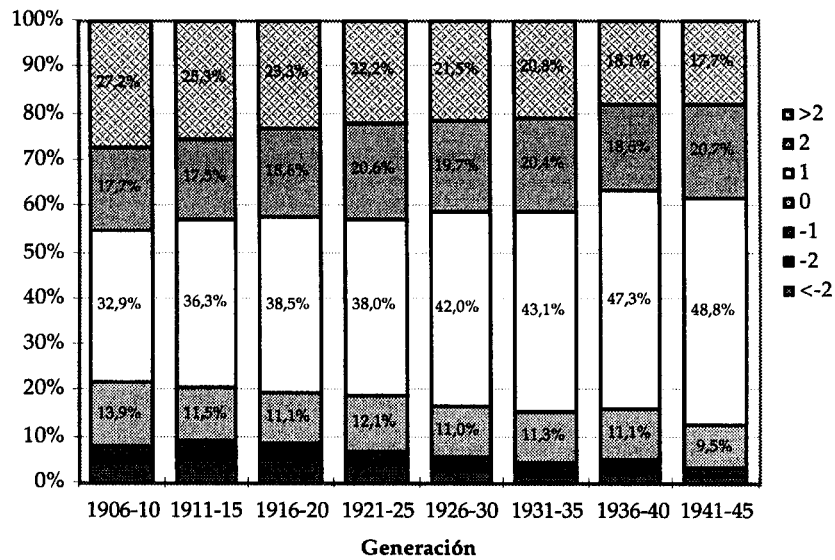
A partir de las generaciones nacidas en los años treinta el adelanto se produce porque la primofecundidad anterior a los 25 años aumenta. Puesto que, como se ha podido observar más arriba, la edad media a la unión de las generaciones anteriores era bastante tardía, puede concluirse que ese ha sido el principal determinante de la edad a la que se tiene el primer hijo. Conviene, por tanto, examinar si también se han producido cambios en el intervalo que media entre la edad a la unión y la edad al tener el primer hijo:

Gráfico 89. Distribución según la diferencia entre la edad al inicio de la unión y al nacimiento del primer hijo. Mujeres casadas.



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Gráfico 90. Distribución según la diferencia de edad al inicio de la unión y al nacimiento del primer hijo. Hombres casados.



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Aunque el intervalo modal es el de un año, esa inmediatez del primer hijo dista mucho de ser generalizada. De hecho, en las primeras generaciones casi la mitad de los sujetos tiene su primer hijo a una edad, como mínimo, dos años superior a la del casamiento, y tampoco son negligibles los nacimientos prematrimoniales. Nuevamente la heterogeneidad de comportamientos es grande, y la evolución tiende a reducirla, concentrándose el fenómeno en la edad inmediatamente posterior a la del casamiento. Por ello, en las generaciones más recientes la edad a la unión determina mucho más la edad al primer hijo, de modo que el adelanto de la nupcialidad debe haber sido, en efecto, un factor importante en el descenso de la edad media al nacimiento del primer hijo y, también de la edad media a la fecundidad en general.

El hecho de que la edad al casamiento determine cada vez más intensamente la edad a la primifecundidad resulta, de por sí, digno de atención. Parece contradecir algunos postulados corrientes sobre los cambios transicionales en el papel regulador que la nupcialidad ha tenido sobre la fecundidad. Aparentemente, al perder peso el control social y ganar el control individual sobre la fecundidad, la edad al casamiento debería resultar cada vez menos determinante. Sin embargo, tal conclusión sólo puede extraerse observando todos los órdenes de nacimiento y, especialmente, la evolución de los tamaños de la descendencia. Y ya ha podido comprobarse que dicha evolución, que se resume en el cuadro siguiente, indica una concentración en torno a los dos y los tres hijos y la disminución de los hijos únicos y, sobre todo, de los grandes tamaños. El resultado combinado es una reducción del tamaño medio que sí implica un control creciente por parte de los progenitores y que tiene efectos consecuentes en la edad media a la fecundidad.

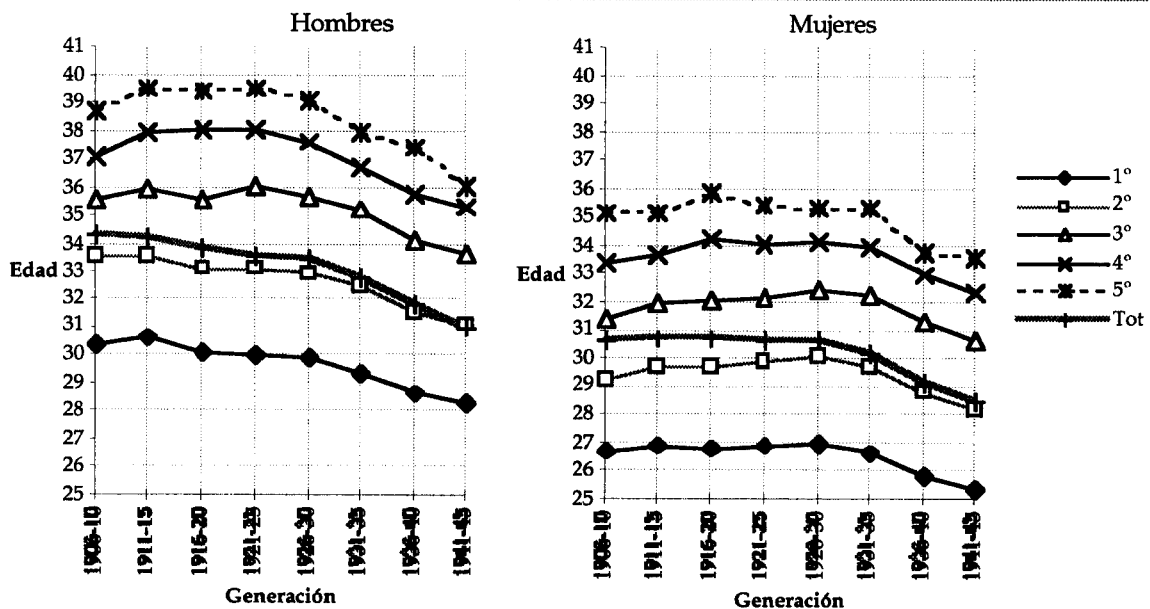
Tabla 31. Distribución según el peso de cada tamaño de descendencia, de los sujetos fecundos y de los hijos

	Hombres				Mujeres			
	Sujetos		Hijos		Sujetos		Hijos	
	1 a 5	>5	1 a 5	>5	1 a 5	>5	1 a 5	>5
1906-10	85%	15%	68%	32%	84%	16%	67%	33%
1911-15	90%	10%	78%	22%	86%	14%	69%	31%
1916-20	89%	11%	75%	25%	88%	12%	74%	26%
1921-25	93%	7%	83%	17%	89%	11%	73%	27%
1926-30	92%	8%	82%	18%	91%	9%	78%	22%
1931-35	94%	6%	85%	15%	92%	8%	81%	19%
1936-40	95%	5%	89%	11%	93%	7%	83%	17%
1941-45	97%	3%	93%	7%	96%	4%	89%	11%

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

La reducción de los tamaños de descendencia debería, en principio, ser un motivo para la disminución de la edad media al nacimiento de los hijos. Sin embargo, la relación no es tan inmediata, porque quienes tienen un gran número de hijos empiezan a tenerlos a edades mucho más tempranas que quienes tienen descendencias reducidas. Por ello, la progresiva escasez de las grandes descendencias debe tener también el efecto de retrasar, por un efecto de estructura, la edad media a la que se tienen los primeros órdenes de nacimiento.

Gráfico 91. Edad media al nacimiento de los hijos (1º a 5º y total)



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

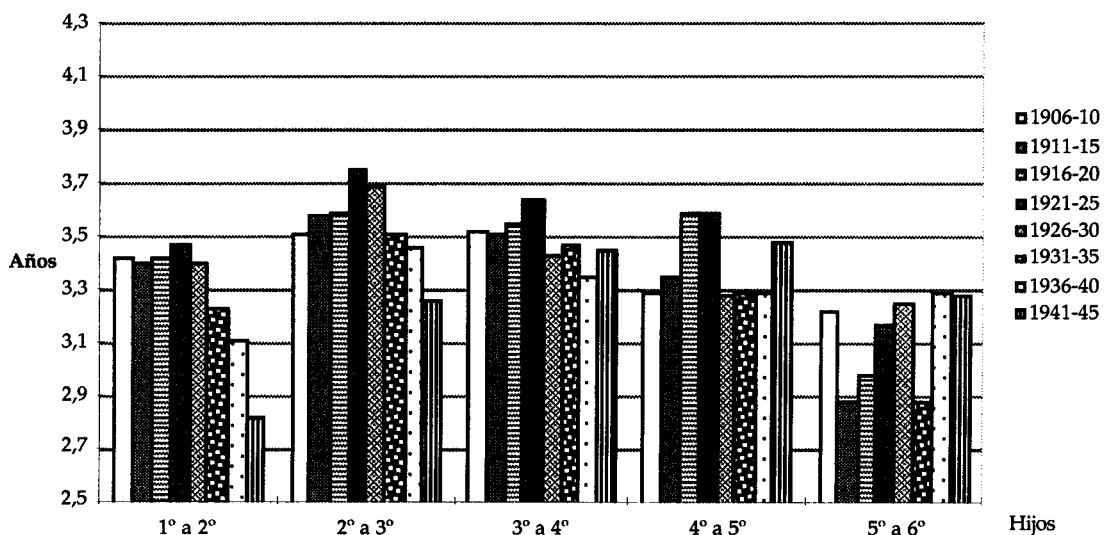
En efecto, en ambos sexos, existen diferencias de ritmo importantes entre la evolución de la edad media general y la de las edades medias de cada orden de nacimientos. Son especialmente visibles en los hombres, en los el cambio de estructura según tamaños de

descendencia provoca un aumento de la edad media en algunos órdenes de nacimiento, simultáneo al descenso de la edad media general. Estos efectos contrapuestos de la reducción del tamaño de las descendencias se agotan aproximadamente en las generaciones nacidas en los años treinta y cuarenta. En ellas el descenso de la edad media al matrimonio, de la edad al nacimiento de cada orden de hijo y de la edad media a la fecundidad son ya simultáneos, e indican un adelanto rápido e intenso de los principales acontecimientos que determinan la constitución de una familia propia.

El cambio de pautas familiares es, por tanto, muy notable en estas últimas generaciones. Se generaliza el matrimonio, alcanzando la soltería definitiva de las generaciones mínimos históricos. Como consecuencia, aumenta la proporción de personas fecundas y, por lo tanto, también la DF de las generaciones. Sin embargo, se reduce el tamaño medio de las descendencias y se adelanta la edad al nacimiento de los hijos. Todo indica una liberalización de los controles sociales sobre la fecundidad, que permite su amplia extensión entre las mujeres, a la vez que un creciente control individual que se traduce en menos hijos por progenitor. Dicho control tiene otra expresión privilegiada en los intervalos que median entre los sucesivos nacimientos y en el intervalo intergenésico total, es decir, entre el primer y el último hijo.

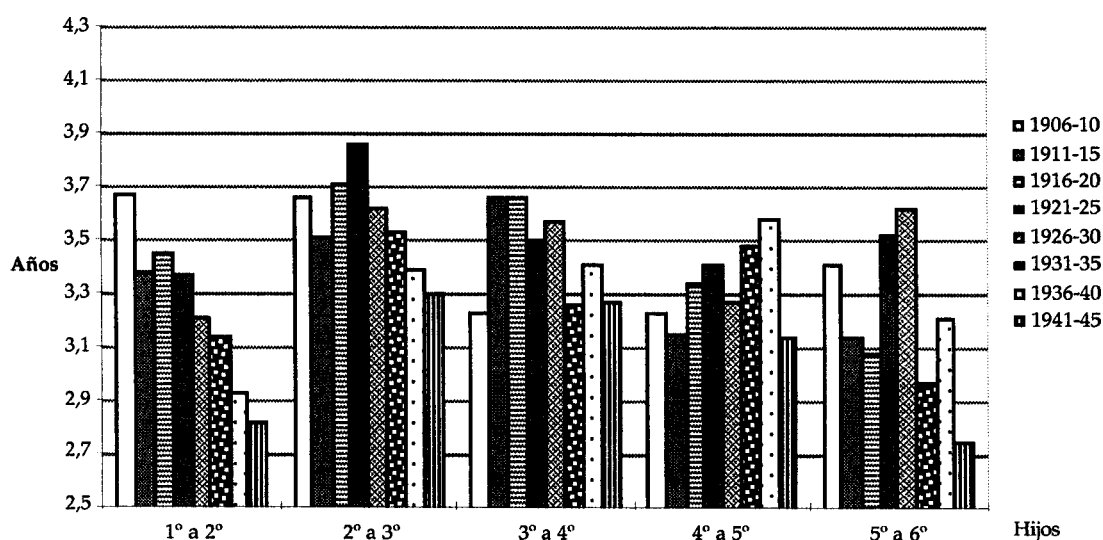
Al igual que ocurría con la edad media según el orden de nacimiento, el cambio de la estructura por tamaños de descendencia tiene efectos sobre los intervalos medios: cuanto mayor es el número de hijos, más breves son los intervalos entre cada uno de ellos, de manera que la ya comentada reducción de los tamaños de descendencia medios podría ocultar los cambios. Para evitarlo se ha realizado un sencillo ejercicio de estandarización. Si en ambos sexos y en todas las generaciones la distribución por tamaños hubiese sido siempre la misma que tenían las generaciones femeninas 1906-1910, y si sólo atendiésemos al modo en que han variado los intervalos entre nacimientos en cada uno de tales tamaños, los intervalos medios mostrarían el siguiente comportamiento:

Gráfico 92. Intervalos estandarizados entre nacimientos. Mujeres



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Gráfico 93. Intervalos estandarizados entre nacimientos. Hombres



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Resulta evidente, independientemente de cual haya sido el número de hijos, las generaciones nacidas en la primera mitad del siglo no sólo han reducido el tamaño medio de las descendencias, sino que también han acortado el tiempo que media entre cada uno de los embarazos y muy especialmente entre los tres primeros.

Ahora bien, ambos comportamientos (menor descendencia y menor intervalo entre nacimientos) resultan en intervalos intergenésicos totales necesariamente menores.

Tabla 32. Intervalo fecundo medio

	Intervalo sobre los hijos tenidos hasta 1991				Hijos habidos antes de los 50 años de edad			
	Real		Estandarizado		Mujeres		Hombres	
	mujeres	hombres	mujeres	hombres	media	Desv.	media	Desv.
1906-10	9,8	10,1	9,8	10,1	9,8	5,88	9,6	5,43
1911-15	9,5	9,1	9,9	9,8	9,5	5,89	8,8	5,25
1916-20	9,3	9,5	9,9	10,0	9,3	5,69	9,2	5,43
1921-25	9,4	9,0	10,2	10,0	9,4	5,76	8,8	5,13
1926-30	8,9	8,6	9,9	9,8	8,9	5,28	8,5	5,05
1931-35	8,3	8,1	9,5	9,5	8,3	5,12	8,0	4,89
1936-40	8,0	7,6	9,5	9,3	8,0	5,05	7,6	4,70
1941-45	7,3	6,9	9,2	8,6	7,3	4,70	6,9	4,38

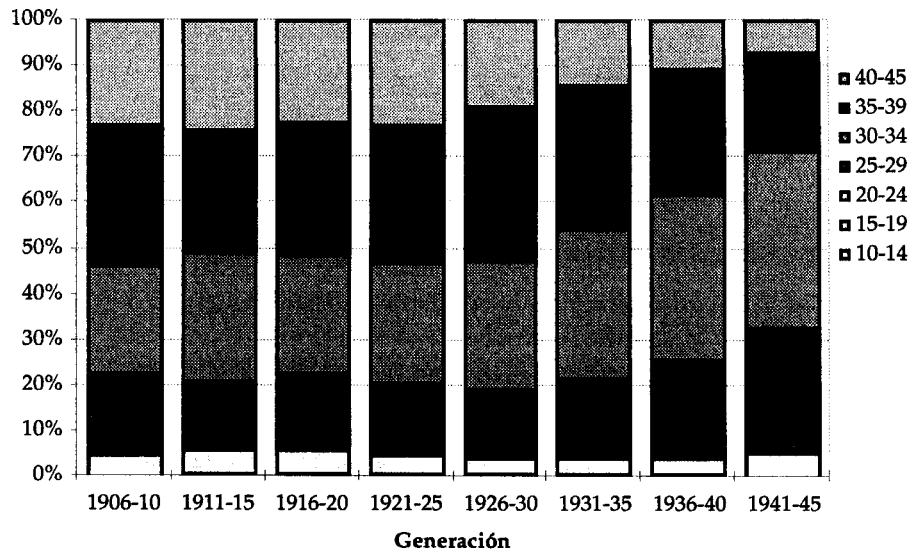
Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

La estandarización toma como estructura tipo la distribución de los sujetos según los tamaños de descendencia que presentan las mujeres de las generaciones 1906-1910.

La reducción del intervalo es muy lenta en las primeras generaciones, pero se dibuja ya con gran claridad entre los nacidos en el segundo cuarto de siglo, cuyas edades fecundas se sitúan a partir de los años cincuenta, libres de los efectos perversos de la guerra civil y la posguerra. Cabe considerar, por tanto, que sin la interferencia de aquel desastre, los

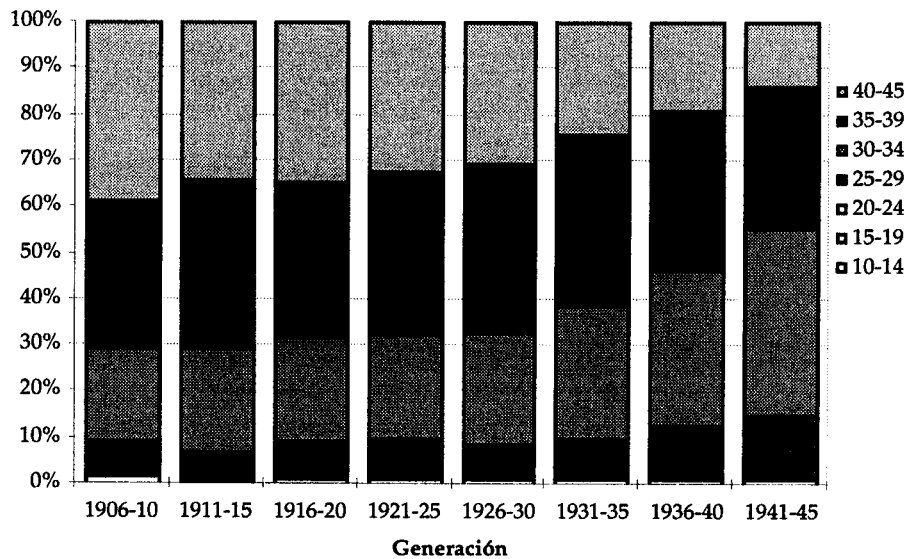
comportamientos fecundos evidentes en las generaciones de los años treinta se hubiesen mostrado con claridad también en generaciones anteriores.

Gráfico 94. Distribución según la edad a la que se tiene el último hijo anterior a los 45 años. Mujeres



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Gráfico 95. Distribución según la edad a la que se tiene el último hijo anterior a los 45 años. Hombres



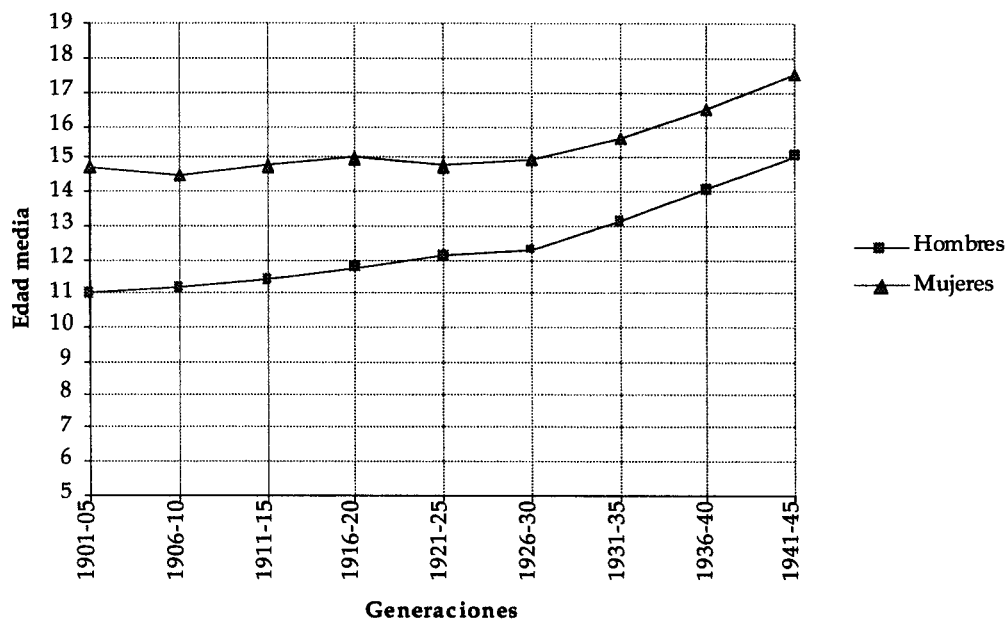
Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Lo que acaba de observarse tiene repercusiones importantes sobre los perfiles del ciclo vital y familiar de las generaciones. A la vez que la esperanza de vida aumenta, los años

directamente dedicados al “esfuerzo” genésico se abrevian. Como, además, el inicio de dicha dedicación experimenta un adelanto considerable a partir de las generaciones de los años treinta, su final todavía acusa más ese adelanto.

Hay quien en estos datos ha encontrado signos de que es entre estas últimas generaciones españolas donde se produce la auténtica revolución reproductiva (REQUENA, 1997), especialmente la femenina, que libera por fin a las madres de la atadura a la función de crianza de los hijos como ocupación principal. Y es cierto que estas generaciones alcanzan la madurez con el hijo menor mucho más crecido que las generaciones anteriores.

Gráfico 96. Edad media de los hijos más jóvenes a los 50 años del sujeto.



Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Sin embargo, el resto de indicadores sociodemográficos no confirman dicha hipótesis, y algunos la contradicen en más de un sentido. Como ya pudo comprobarse, las mujeres nacidas en los años treinta y cuarenta tienen proporciones de actividad en las edades previas al casamiento muy superiores a cualquier generación anterior. Pero también son las que más han abandonado la actividad laboral en las edades nupciales y fecundas. Su dedicación exclusiva a las tareas domésticas no tiene precedentes en la historia española. En cierto modo, son las primeras generaciones en encarnar en nuestro país el prototipo de madre ama de casa que se supone tradicional en el pasado y con el que se contrasta habitualmente el comportamiento de las jóvenes actuales. Aunque tienen menos descendencia y acaban de tenerla a más temprana edad, su “esfuerzo reproductivo” no se limita a los partos, y se prolonga en la crianza de unos hijos pertenecientes a generaciones de emancipación sumamente retrasada.

Todo lo anterior sugiere que el gran cambio protagonizado por tales generaciones no conlleva un aligeramiento de las cargas familiares, sino un cambio cualitativo en tales cargas. Cambian la “cantidad” por la “calidad” de los hijos, y lo hacen mediante un sobreesfuerzo, tanto en la intensidad como en la duración, de las tareas domésticas

femeninas y del papel de proveedor económico masculino. En sus años fecundos, los del despegue industrial de los años sesenta, el desarrollo en España cuenta escasamente con capital o nuevas tecnologías tanto en el ámbito laboral y productivo como en el doméstico y reproductivo. Los cambios de esos años se basan en un uso intensivo de la mano de obra en los dos ámbitos, con jornadas interminables y extendido “pluriempleo”.

El comportamiento “superfamiliar” de las generaciones de los años treinta y cuarenta no es, por tanto, tradicional, sino sumamente novedoso en nuestro país. En ellas culmina, además, la transición demográfica, porque el tamaño de las descendencias es reducido y está controlado por las propias parejas, porque la formación de pareja y la fecundidad se generalizan en ellas, y porque sus esfuerzos resultan por fin en supervivencias infantiles en sus propios hijos que ya resultan propias de las poblaciones postransicionales.

Tabla 33. Proporción de quienes han perdido algún hijo antes de cumplir 50 años.

	Total de la generación		Fecundos antes de los 50 años	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
1906-10	15%	16%	17%	19%
1911-15	13%	15%	15%	18%
1916-20	10%	12%	11%	14%
1921-25	7%	10%	8%	12%
1926-30	6%	6%	7%	8%
1931-35	4%	6%	5%	6%
1936-40	3%	5%	4%	5%
1941-45	2%	4%	2%	4%

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Tabla 34. Progenitores que perdieron hijos por defunción, según el número de hijos fallecidos.

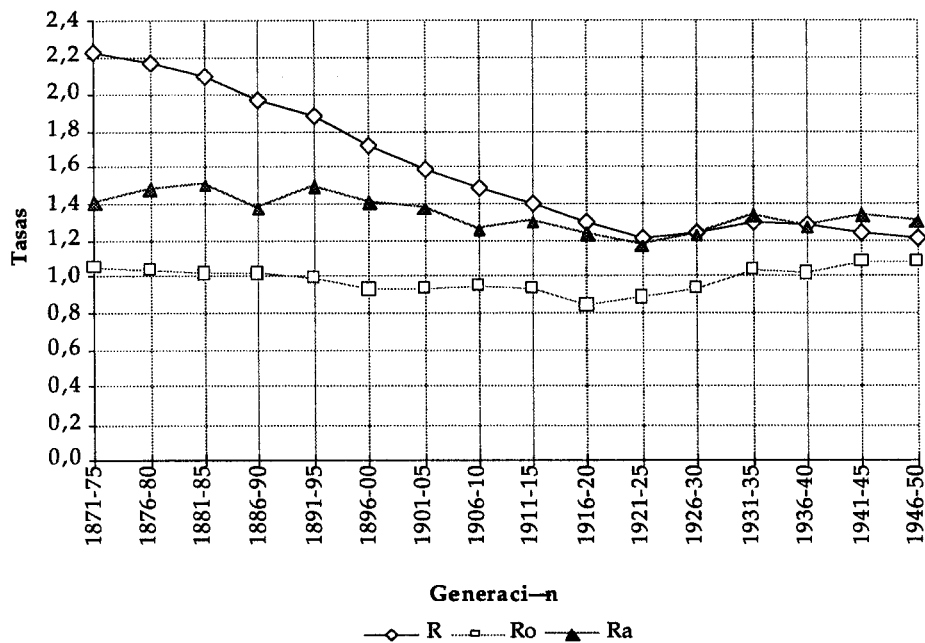
	Hombres					Mujeres				
	1	2	3	>3	TOTAL	1	2	3	>3	TOTAL
1906-10	84%	12%	3%	0%	100%	67%	22%	9%	2%	100%
1911-15	86%	12%	3%	0%	100%	72%	21%	5%	2%	100%
1916-20	89%	8%	2%	0%	100%	79%	17%	3%	2%	100%
1921-25	93%	7%	1%	0%	100%	79%	15%	3%	3%	100%
1926-30	93%	6%	1%	0%	100%	82%	14%	3%	1%	100%
1931-35	96%	4%	1%	0%	100%	83%	14%	3%	0%	100%
1936-40	96%	3%	0%	0%	100%	90%	7%	3%	0%	100%
1941-45	98%	2%	0%	0%	100%	93%	7%	0%	0%	100%

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

En otras palabras, con las generaciones nacidas en la primera mitad de siglo se alcanza la “eficiencia demográfica” que resulta de la transición (GARRIDO, 1996). Las anteriores no habían conseguido sobrevivir mayoritariamente hasta el final de su vida fecunda, a causa de su elevada mortalidad infantil. En cambio, y ya desde las generaciones nacidas a partir de 1900, al menos la mitad de los efectivos iniciales sobrevive hasta los cincuenta años

(véase el apartado sobre mortalidad). Lógicamente, al repartirse mejor la carga del reemplazo generacional, la descendencia final de las generaciones venía disminuyendo. Pero la DF describe el fenómeno fecundidad en estado puro, separado de los efectos de la mayor o menor supervivencia, por lo que su descenso puede interpretarse en términos alarmistas, cuando lo cierto es que paralelamente a su disminución el descenso de la mortalidad en las descendencias consigue los mismos o mejores resultados que en las generaciones del siglo anterior. Para observar correctamente dicho fenómeno resulta necesario acudir a indicadores que combinen fecundidad y mortalidad, es decir, indicadores de reproducción.

Gráfico 97. Evolución de las tasas brutas y netas de reproducción y de las tasas de reproducción de los años vividos. Generaciones 1871-1950.



Fuente: [Anna Cabré i Pla, 1989]

Nota: R (Tasas Brutas de Reproducción); número medio de hijas por mujer.

R_0 (Tasas Netas de Reproducción); número medio de hijas por mujer que alcanzan edad fecunda

Ra (Tasas de Reproducción de los Años Vividos);

Las tasas brutas (R) evolucionan paralelamente a la DF, ya que lo único que hacen es tener en cuenta exclusivamente a las hijas habidas y no la descendencia de ambos sexos. Pero las tasas netas tienen en cuenta también la supervivencia de las generaciones progenitoras, y evidencian que la reproducción generacional nunca fue exultante sino muy ajustada, incluso en las generaciones más antiguas, aunque tuviesen descendencias finales de más de 4,5 hijos por mujer. Por el contrario, la escasa supervivencia hasta edades fecundas hacía que tales generaciones tuviesen una R_0 apenas superior a 1, es decir, apenas una hija por cada miembro femenino inicial de la generación progenitora.

La tasa sigue teniendo valores muy próximos a 1 en todas las generaciones observadas, pero con las generaciones nacidas en la última década del XIX se inicia una larga serie que se caracteriza por no alcanzar dicho valor. La explicación no debe buscarse en la continua reducción de la DF y, por lo tanto, de las tasas brutas de reproducción, porque dicho

descenso mantiene un ritmo constante y muy similar al que habían mostrado las generaciones anteriores. Más bien es en los temporales retrocesos de la supervivencia causados por la gripe de 1918 y por la guerra civil donde debe buscarse la principal explicación. La R_0 toca fondo en las generaciones 1916-1920, sin duda a causa de su plena implicación en la guerra, y en las posteriores se inicia una rápida recuperación que devuelve valores nuevamente superiores a 1 en las generaciones nacidas a partir de 1930. Esta vez contribuyen tanto la interrupción en la tendencia descendente de la DF como la reanudación de las mejoras de la supervivencia, de tal manera que los nacidos en los años cuarenta tienen las mayores tasas netas de reproducción de todas las generaciones observadas.

Una vez más hay que concluir que las generaciones nacidas en los años treinta y cuarenta presentan rasgos peculiares. Pero una panorámica de la reproducción generacional limitada a las tasas netas de reproducción todavía produce una imagen incompleta de los cambios habidos en la eficiencia reproductiva. Su constante evolución en torno a una hija por mujer, es decir, al ajustado reemplazo entre generaciones, y la larga serie de las que no consiguieron alcanzar dicho valor, concuerda mal con el considerable crecimiento absoluto del conjunto de la población española durante todo el siglo. Dicho crecimiento sólo puede entenderse si, además de la mortalidad de las generaciones progenitoras, se tiene en cuenta también la de las hijas. Eso es precisamente lo que se pretende L. Henry (1965) al proponer como instrumento las "tasas de reproducción de los años vividos" (R_a) y los trabajos de Anna Cabré hacen posible su análisis para las generaciones españolas. Son tales tasas las que dan cuenta de la eficiencia reproductiva conseguida.

Nunca ninguna generación dejó de producir ampliamente más de un año de vida/hija por cada año de vida propia. Sólo en las mujeres nacidas a principios de los años veinte el tiempo de vida adicional aportado en sus hijas fue menos del 20% superior al propio. Y las generaciones de los años treinta y cuarenta produjeron alrededor de 1,3 años en sus hijas por cada uno de los suyos, teniendo muchos menos hijos por madre que cualquier generación anterior.

En definitiva, los cambios de la fecundidad generacional, medida exclusivamente en términos de descendencia final, ocultan cambios de gran calado acontecidos en el conjunto del sistema demográfico y que producen perfiles generacionales sumamente diversos en intervalos temporales escasos.

En las generaciones más antiguas el aumento de la soltería es muy relevante y debe considerarse un factor más en la reducción de la DF, factor acentuado por los efectos de la guerra civil que, además, produce un interrupción importante en las mejoras de la supervivencia que va a afectar mucho al reemplazo generacional.

En las generaciones femeninas de los años treinta y cuarenta aumenta la nupcialidad y, por lo tanto, la fecundidad general, en gran parte por la mejora de la posición competitiva de la mujer en el mercado matrimonial, a la vez muy afectado por los desequilibrios entre sexos que resultan de las fluctuaciones de la natalidad durante la guerra civil (son las primeras generaciones con una soltería definitiva femenina inferior a la masculina). A dicha mejora se suma el cambio social y económico que protagonizan en su primera vida adulta durante

los años del “desarrollo”. A la vez que las mejoras de la supervivencia, se consolida en estas generaciones el control individual del tamaño de las descendencias por mujer fecunda, cuya reducción acumula los nacimientos en las edades siguientes a la unión, a lo que hay que añadir que también esta se hace más temprana. Pero, sobre todo, se consolida en ellas un modelo de “familia”, la nuclear, propio de los países industrializados y que las generaciones anteriores tuvieron serias dificultades para encarnar en proporciones elevadas. Entre otras cosas, el logro fundamental de la casi total supervivencia de los hijos permite considerar a estas generaciones como las primeras en alcanzar la eficiencia reproductiva propia de las dinámicas postransicionales.

Como se verá, son generaciones más recientes las que entran en una nueva fase de “control perfecto”, decidiendo no sólo el tamaño sino también el momento de la descendencia, lo que desliga esta del momento de la unión conyugal. Plenamente escolarizadas, incluso con niveles y duración de los estudio superior en las mujeres, su entrada en actividad es tardía y los niveles de actividad femenina aumentan y se sostienen en las edades nupciales y fecundas. El retraso de la primera ocupación se ha visto acentuado por las crisis de empleo de la primera mitad de los ochenta y de principios de los noventa, lo que no ha hecho más que acentuar la opción alternativa por los estudios. Por eso la EMM sufre cambios importantes de tendencia aunque la DF evolucione a la baja pero con una regularidad absoluta. Es el calendario, tanto de la unión como de la fecundidad, lo que presenta oscilaciones y cambios de tendencia importantes, retrasándose mucho en las jóvenes actuales y provocando fecundidades de momento mucho más bajas que las que, con toda probabilidad, presentarán las generaciones implicadas cuando hayan completado su etapa fecunda.

Por tanto, coexisten en España generaciones con comportamientos fecundos, reproductivos y familiares radicalmente diferentes, que coinciden con bastante fidelidad con las generaciones emparentadas en línea de filiación. Especialmente relevante resulta que los padres de quienes actualmente tienen entre treinta y cuarenta años pertenezcan a las generaciones que antes hemos calificado de “superfamiliares”. Convendría comprobar si tal coincidencia es sólo una peculiaridad de España y, probablemente, de los países mediterráneos que han vivido cambios demográficos igualmente rápidos. Si así fuese, a las tendencias más o menos comunes del conjunto europeo, en estos países habría que sumar una fuerte influencia de la peculiar interrelación entre generaciones, que afectaría a las condiciones de posibilidad de los actuales comportamientos nupciales y reproductivos entre los jóvenes. No está de más recordar que tales comportamientos cuentan con un determinante importante en la amplia presencia del estado del bienestar en buena parte de Europa, mientras que en España la familia es la principal institución protectora y “desmercantilizadora” (en términos de Esping-Andersen), y no puede desvincularse el comportamiento de los hijos jóvenes y adultos del comportamiento de sus progenitores. Esa es precisamente una de las razones por las que en este trabajo se proponía adoptar una óptica longitudinal y no transversal al investigar los actuales cambios familiares en España.

III.2.2. La fecundidad de las generaciones recientes: estimación para las posteriores a 1946

Aproximación metodológica a la fecundidad de las generaciones recientes

El análisis de la descendencia final de las generaciones por su naturaleza intrínseca, peca siempre de cierta extemporaneidad. A diferencia del número medio de hijos por mujer en un año concreto (indicador coyuntural de la fecundidad), el cálculo de la descendencia final de las generaciones sólo es posible muchos años después de que se hayan producido la mayor parte de los nacimientos que el indicador resume. Si no se realiza algún tipo de estimación, la descendencia completa de las mujeres nacidas en, por ejemplo, 1965, no puede conocerse hasta el año 2015, momento en el cual estas mujeres cumplirán 50 años⁵. Utilizando los nacimientos hasta el año 1996, solamente es posible hablar con certeza de la descendencia final de las generaciones anteriores a 1946 o, sin riesgo de un error demasiado importante, de las mujeres nacidas entre 1946 y 1956 (la fecundidad a partir de los 40 años es muy baja y su propia inercia comporta una estimación exenta de errores significativos).

En este apartado pretendemos soslayar esta limitación, y estimar la descendencia final de las generaciones nacidas hasta 1965, inclusive, que todavía no han cumplido los 50 años de edad, a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población de 1996 y anteriores. Para ello se ha utilizado un método de aproximación a las curvas de fecundidad resultantes de la representación gráfica de la distribución de la fecundidad por edades. A grandes rasgos consiste en obtener la función que mejor aproxime el conjunto de tasas específicas por edad con la fecundidad ya cumplida, extrapolándola a edades donde la información todavía es inexistente (véase Gráfico 98).

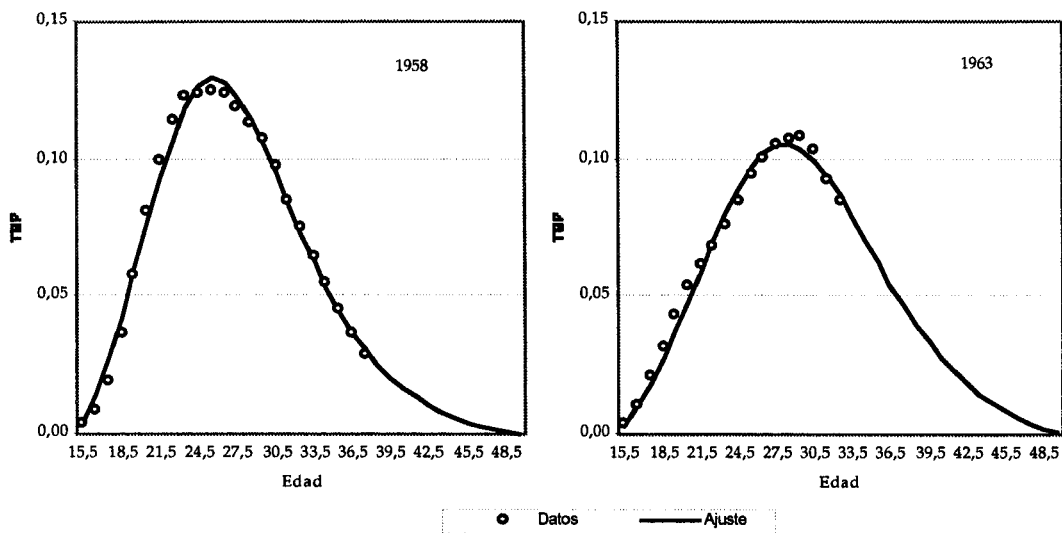
A pesar de que el método más conocido para ello es el de Duchêne y Gillet-de Stefano (1971), que proponen hasta un total de cinco funciones para ajustar la fecundidad, aquí se ha utilizado la función propuesta por Julio Mirás (1992). El motivo es que dicha función procura mejores ajustes cuando la fecundidad se concentra en edades maduras⁶, precisamente el rasgo que caracteriza la fecundidad española actual (véase anexo, al final de este apartado, para un mayor detalle metodológico tanto de la curva de Mirás como de la estimación realizada).

⁵ Aunque no es estrictamente cierto que la maternidad resulte inviable a partir de los 50 años, el número de mujeres que tienen hijos a partir de esta edad es tan reducido que habitualmente se prescinde de ellas sin que el error altere los resultados. Además la tendencia reciente es a reducirse todavía más la fecundidad a estas edades. A modo de ejemplo, de los más de 300.000 nacimientos de 1996 en España solamente 7 correspondían a madres de 50 años o mayores.

⁶ Duchêne y Gillet-de Stefano proponen el ajuste mediante las funciones Hadwiger, Gamma o tipo III de Pearson, Lognormal, Beta (o tipo I de Pearson) y el polinomio de tercer grado. La utilidad de estas funciones estriba en su dependencia de unos parámetros que están en función del índice sintético de fecundidad, de la edad media a la maternidad y de su varianza, algo que no sucede con la función propuesta por Mirás. Ahora bien, cuando el objetivo es precisamente estimar estos indicadores, cualquier función puede ser óptima siempre y cuando muestre un buen ajuste a los datos.

En el gráfico se muestra el resultado de la aproximación para dos generaciones distintas: las mujeres nacidas en 1958, con la fecundidad casi terminada y de las que se dispone de datos hasta los 37 años de edad; y la generación de 1963, con la fecundidad mucho más incierta y cuyos datos sólo alcanzan hasta los 32 años de edad y obligan a hacer una estimación mucho mayor.

Gráfico 98. Ajuste de las tasas específicas de fecundidad según la función propuesta por Mirás. Mujeres nacidas en 1958 y 1963.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población, y de los Censos y Padrones de Población.

Los datos que aquí se van a analizar, pues, son el resultado de la traslación de datos del momento a datos de generaciones y de la estimación efectuada en las generaciones más recientes.

La fecundidad de las generaciones 1945-1965. Intensidad y calendario

La evolución de la descendencia final cae de forma muy acusada en la últimas generaciones. Mientras que las mujeres nacidas en la década de los treinta mantienen sin grandes altibajos algo más de 2,5 hijos por mujer, en las posteriores el descenso es ininterrumpido, no apareciendo todavía, en la generación de 1965, síntomas de un cambio en la tendencia. Con una descendencia final estimada en 1,64 hijos por mujer, esta generación presenta un mínimo histórico, muy alejado de descendencias pasadas (véase Gráfico 82). La disminución es muy constante, de aproximadamente un hijo por mujer en 25 generaciones, lo cual representa una pérdida de 0,04 hijos en cada generación, pérdida no muy importante en cada generación pero que al ser ininterrumpida adquiere una gran relevancia.

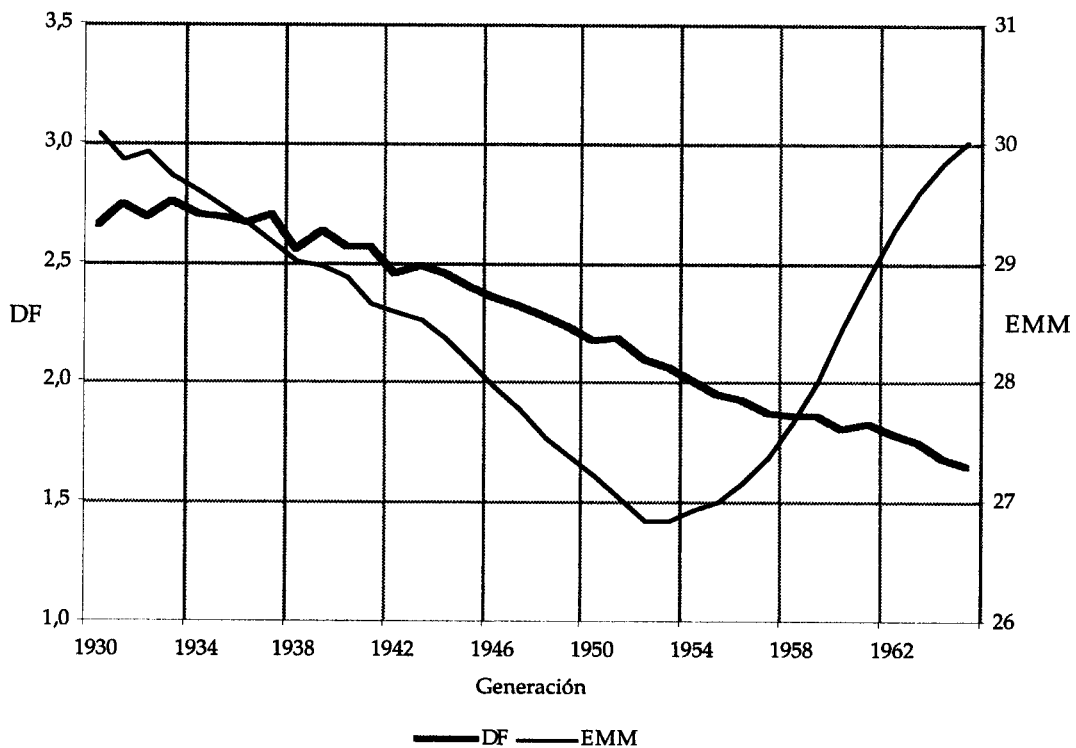
La transición de una alta a una baja fecundidad ha ido acompañada de una transformación muy importante del calendario. A pesar de que la edad media a la maternidades es muy parecida entre las generaciones extremas, 1930 y 1965, su evolución no ha sido nada lineal, sino que cae en primer lugar para ascender después, dándose un mínimo en las primeras generaciones de los cincuenta: de una fecundidad alta y tardía a otra de baja y también

tardía, con un período de transición caracterizado por una temprana fecundidad (véase Gráfico 99).

El significativo adelanto de la edad media a la maternidad antecede al descenso de la fecundidad al observarse ya para las mujeres nacidas en los años treinta. El rejuvenecimiento de las madres es de tres años, pasándose, entre las generaciones de 1930 y de 1950, de una media de 30 años a una de 27. Estas generaciones adelantaron su calendario aprovechando la coyuntura favorable de los años del “desarrollo”, dando lugar al baby boom de los sesenta y principios de los setenta.

El calendario más prematuro de fecundidad corresponde a las mujeres nacidas en 1952-1953 que, a pesar de contar con una descendencia final superior a los dos hijos por mujer, muestran una edad media a la maternidad de tan solo 26,9 años. A partir de estas generaciones el descenso de la intensidad de la fecundidad continúa, aunque ahora con un cambio de calendario muy importante, produciéndose un retraso en la edad media a la maternidad de tres años en menos de 15 generaciones. Como veremos más adelante, la vida reproductiva de estas generaciones ha transcurrido en momentos muy desfavorables para la reproducción, y han optado por seguir reduciendo su fecundidad, pero sobre todo por retrasar su calendario.

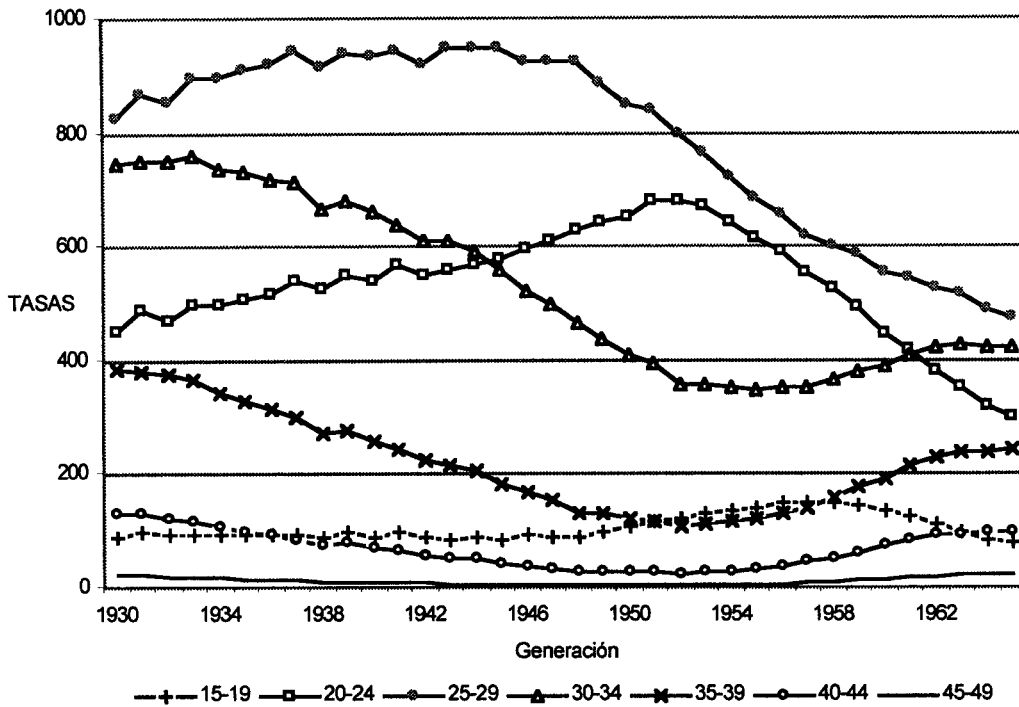
Gráfico 99. Descendencia final y edad media a la maternidad. Generación de mujeres nacidas entre 1930 y 1965



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población, y de los Censos y Padrones de Población.

La síntesis a la que permite llegar el análisis de la descendencia final y la edad media a la maternidad se consigue a costa de una importante pérdida de precisión, que puede eludirse complementando el estudio con las tasas específicas de fecundidad (véase Gráfico 100).

Gráfico 100. Tasas específicas de fecundidad para las generaciones femeninas, 1930-1965



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población y de los Censos y Padrones de Población. INE.

Para las primeras generaciones cabría atribuir el descenso de la fecundidad exclusivamente a las edades superiores a los 30 años, ya que por debajo de esta edad la fecundidad o bien se mantenía o incluso llegaba a ascender: para las edades 25-29 la tasa específica de fecundidad se mantiene muy estable desde la generación 1930 a la 1950, mientras que para el grupo 20-24 se da incluso un incremento nada despreciable, con tasas que van del 450 por mil al 650 por mil. A partir de estas generaciones, el cambio de tendencia es muy significativo, ya que las edades para las cuales la fecundidad estaba en ascenso o se mantenía empiezan a caer, mientras que las edades para las que la fecundidad caía, empiezan a recuperar parte de la caída, con el consabido retraso de la maternidad. Esta recuperación, no llega a compensar, ni mucho menos, la importante caída en las edades 20-24 y 25-29: la primera, que había estado ascendiendo, cae a partir de la generación nacida en 1950, perdiéndose en tan solo 15 generaciones la mitad de su fecundidad, mientras que la segunda también divide por dos su fecundidad con una clara tendencia a asemejarse al grupo 30-34, que podría pasar a ser el intervalo modal si se mantiene la tendencia en generaciones venideras (otro cambio importante que se adivina en la evolución futura de las tasas es la posibilidad de una fecundidad más elevada a los 35-39 años que a los 20-24, algo completamente impensable para las mujeres nacidas en los años cincuenta, pero perfectamente plausible para las de 1930).

La comparación entre las dos generaciones límite, 1930 y 1965, pone en evidencia un hecho notable: pese al importante descenso de la intensidad total de la DF y pese a la desigual evolución de las tasas específicas a lo largo de las generaciones intermedias, la estructura de la fecundidad ha acabado siendo muy parecida: ambas generaciones tuvieron

sus hijos en mayor parte en las edades 25-29 y 30-34, seguidas de las edades 20-24 y 35-39, y de las 40-44 y 15-19. Esta estructura dista mucho de la dibujada por las mujeres nacidas en la década de los cincuenta, y es un buen indicio la evolución de la edad media a la maternidad.

Del análisis transversal al longitudinal y viceversa

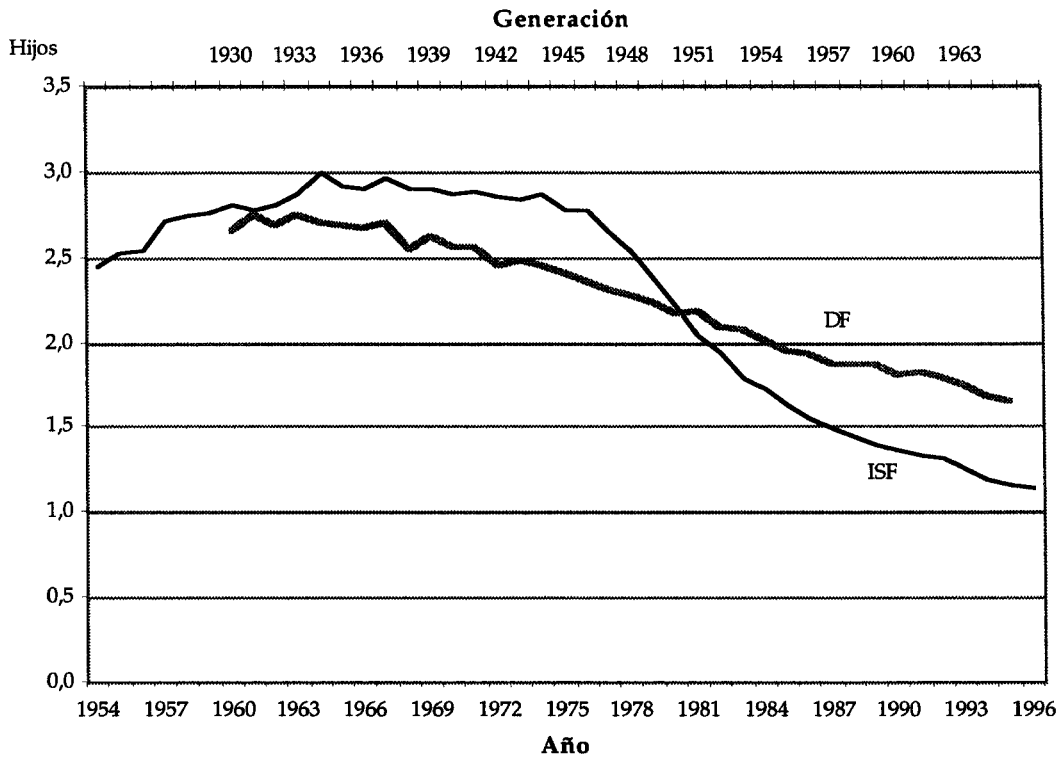
Mediante una simple traslación en el tiempo de la descendencia final de las generaciones consistente en sumar al año de nacimiento la edad media a la maternidad, podemos cotejar lo que sucede en un momento concreto con lo que aproximadamente está sucediendo a una generación real. Esta evolución se muestra en los gráficos 4 y 5 donde se comparan los indicadores de intensidad y de calendario en longitudinal con los indicadores en transversal (para la traslación se ha mantenido constante la edad media a la maternidad en 30 años).

En síntesis, la conclusión subyacente a las evoluciones de los cuatro indicadores tiene que ser doble: una intensidad de la fecundidad más constante en longitudinal que en transversal (Gráfico 101), pero un calendario más variable en las generaciones que en los momentos (Gráfico 102). Respecto de la intensidad, mientras la descendencia final de las generaciones se ha movido en una horquilla de 2,8 a 1,6 hijos por mujer, el índice sintético de fecundidad ha pasado por una conversión más extrema, evolucionando de los 3,0 a los 1,2 hijos por mujer. Por otro lado, la edad media a la maternidad de las generaciones ha oscilado de los 26,9 a los 30,0 años, una variación algo mayor que la edad media a la maternidad analizada en transversal (de 28,2 a 30,4 años).

Así pues, una primera conclusión sugiere que las generaciones de mujeres son más flexibles en el calendario que en la intensidad, adaptando el primero a sus pretensiones sobre el número de hijos. La incertidumbre surge con la incidencia que pueda tener un retraso muy extremo del calendario sobre la intensidad.

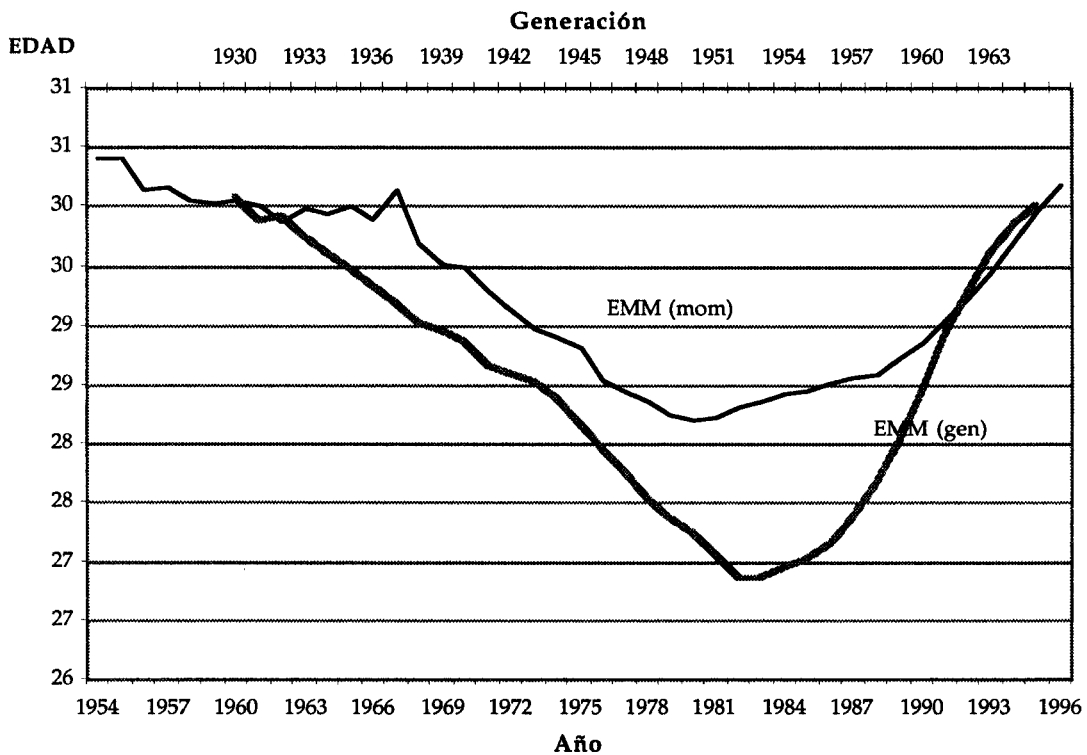
Un segundo resultado de la confrontación entre indicadores transversales y longitudinales es que relativiza el descenso de la fecundidad. Pese a ser intenso y pese a que la descendencia final ha acabado por no alcanzar el teórico nivel de reemplazo, todavía dista mucho del valor del índice sintético de fecundidad sobre el que suelen basarse las alarmas más exacerbadas.

Gráfico 101. Descendencia final (generaciones 1930-1965) e ISF (1930-1996)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población y de los Censos y Padrones de Población.

Gráfico 102. Edad media a la maternidad. Generaciones (1930-1965) y años (1930-1996)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población y de los Censos y Padrones de Población.

Otra forma de aproximación entre los indicadores longitudinales y transversales es la corrección del índice sintético de fecundidad a partir de la edad media a la maternidad, corrección propuesta por Bongaarts y Feeney (1998). Los cambios en la edad media a la maternidad afectan, sin lugar a dudas, al índice sintético de fecundidad, de modo que la comparación de este indicador entre dos años consecutivos, precisa de algún tipo de corrección en función de la variación en la edad media a la maternidad. La corrección propuesta por Bongaarts y Feeney consiste en considerar los cambios de la edad media a la maternidad en cada uno de los rangos de nacimiento, justificándose la corrección en que para la comparación de la fecundidad en dos años consecutivos caracterizados por un cambio significativo en la edad a la maternidad, es necesario añadir un cierto número de nacimientos si ésta edad está aumentando, mientras que será necesario restar otra cantidad cuando esté descendiendo: a modo de ejemplo, si la edad media a la maternidad se retrasa 0,2 años en dos años consecutivos, será preciso añadir a la fecundidad del último año una cierta parte de los nacimientos del año siguiente.

La formulación utilizada para esta corrección en cada año desde 1975 hasta 1996, es la siguiente:

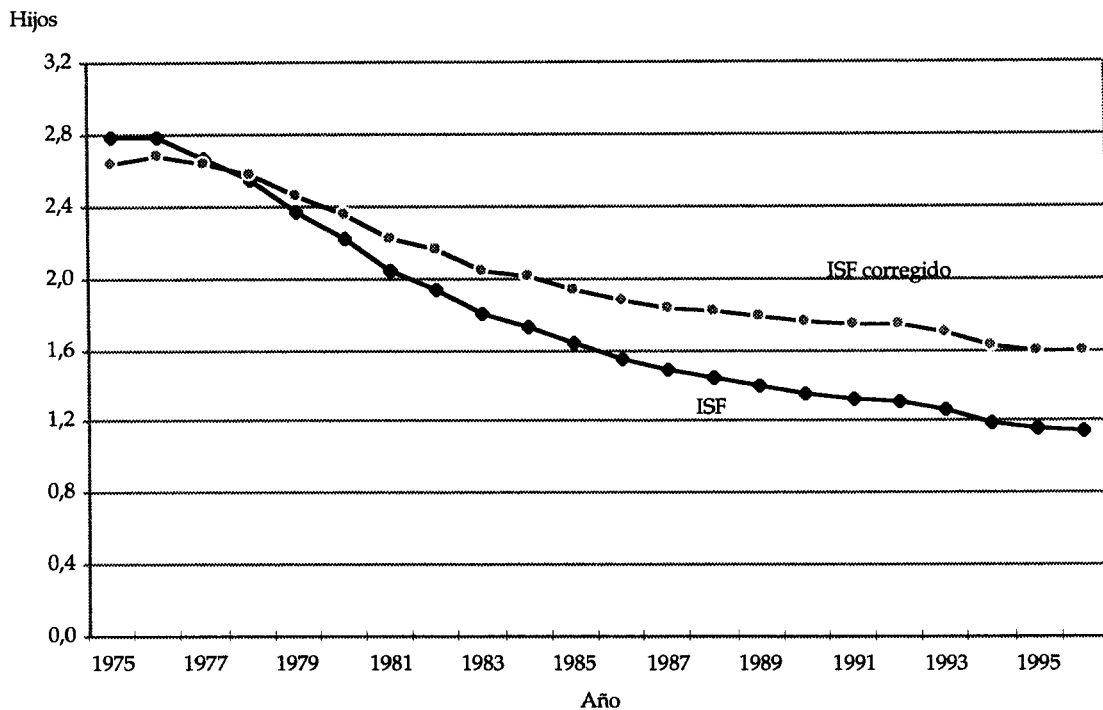
$$ISF^* = \sum_{i=1}^r \frac{ISF_i}{1 - \Delta\mu_i},$$

donde ISF^* es el índice sintético corregido, i los distintos órdenes de nacimiento que varían de 1 hasta r , $\Delta\mu$ la variación en la edad media a la maternidad (ver en anexo los detalles de la corrección).

El resultado muestra un descenso menos acusado del índice sintético de fecundidad al corregirse en función de las variaciones de la edad media a la maternidad, y sitúa la intensidad de la fecundidad en cerca de 1,6 hijos por mujer, casi medio hijo por encima de la intensidad observada. En consecuencia, el fuerte retraso en la edad media a la maternidad incide en una pérdida anual de aproximadamente medio hijo por mujer, una pérdida que muy probablemente sólo es circunstancial, y que podría aflorar en cuanto la edad media a la maternidad se estabilizase; no siendo menos cierto que si esta edad llegara a descender el incremento podría incluso ser superior (llegados a este punto, merece la pena recordar que, en 1996, la edad media a la maternidad ha superado los 30 años y que, por tanto, pronosticar un posible descenso es razonable).

Otro argumento a favor de un posible cambio de tendencia a corto plazo es la estabilidad, en los últimos años, del índice sintético de fecundidad corregido, el cual prácticamente ha permanecido invariable en valores próximos a 1,6 hijos por mujer: 1,62 en 1994, y 1,59 en 1995 y 1996.

La comparación entre este indicador corregido (Gráfico 103) y la descendencia final trasladada a partir de la edad media a la maternidad (Gráfico 101), indica, sobre todo a partir de la década de los ochenta, escasas diferencias. Ninguno de los dos indicadores por separado puede tomarse como determinante de lo que está pasando exactamente, pero la coincidencia entre ambos sí es una buena muestra de que la intensidad de la fecundidad no es, ni mucho menos, parecida a la que pone de manifiesto el índice sintético de fecundidad.

Gráfico 103. Índice sintético de fecundidad y índice sintético corregido. 1975-1996

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población, y de los Censos y Padrones de Población.

La intención de tener hijos y el número ideal de hijos

Resulta conveniente complementar la información sobre la intensidad real de la fecundidad, con otra menos habitual en este tipo de análisis: la intención de tener hijos manifestada por las mujeres –el número de hijos que desean para ellas–, y el número ideal de hijos –la considerada como mejor situación reproductiva general–. Los datos se han tomado de la encuesta de fecundidad de 1995 que demanda sobre las dos cuestiones planteadas⁷.

Las diferencias entre los hijos deseados para sí y el número ideal de hijos son escasas y, a excepción de la generación 1946-1950, los deseos para las familias en general están siempre por encima de los propios anhelos.

Donde resulta posible la comparación generacional entre las variables de intención y la descendencia final, evidencia que los deseos no se corresponden con la realidad, sino que las pretensiones tanto generales como particulares, siempre son optimistas. A causa de esta discordancia, los deseos o la creencia en un número ideal de hijos no son, ni mucho menos, factores decisivos en la descendencia final de las generaciones.

⁷ La encuesta de fecundidad de 1995 es doble al tener un cuestionario elaborado para los hombres y otro para las mujeres. Aquí sólo se ha tomado la parte correspondiente a las mujeres, con un total de 4.021 entrevistas a mujeres nacidas entre 1946 y 1975. Las preguntas que se han seleccionado para cada una de las cuestiones son: ¿cuántos hijos más quiere tener?, a la que se han añadido los hijos ya habidos; y ¿cuál cree usted que es el número ideal de hijos para una familia en este país?.

Tabla 35. DF deseada, número ideal de hijos y descendencia final real. Generaciones 1946-1975

Año de nacimiento	DF deseada	Número ideal de hijos	DF real
1946-1950	2,58	2,43	2,27
1951-1955	2,20	2,32	2,06
1956-1960	2,12	2,30	1,86
1961-1965	2,09	2,25	1,74
1966-1970	2,09	2,19	
1971-1975	2,13	2,27	

Fuente: Para la descendencia final deseada y el número ideal de hijos, elaboración propia a partir de los datos de la Encuesta de fecundidad y familia, 1995. Para la descendencia final real, elaboración propia a partir de los datos del Movimiento Natural de la Población, 1960-1996.

A pesar de ello, y con toda la precaución del mundo, sí pueden tomarse como indicios de tendencia, como así nos muestran las generaciones 1946-1965, en las cuales los tres indicadores evolucionan de forma paralela. Así pues, y aunque las diferencias entre generaciones sean muy pequeñas, lo cierto es que se produce cierto resquicio en la evolución mantenida hasta ahora por el deseo de tener hijos, el cual descendía en las generaciones más recientes. El cambio de tendencia se produce en las generaciones próximas ya que tanto la descendencia final deseada como el número ideal de hijos toman sus valores mínimos para las generaciones nacidas entre 1966 y 1970, mientras que ascienden en las mujeres nacidas entre 1971 y 1975.

Una reflexión a partir de los últimos datos europeos

Como se ha visto, la intensidad de la fecundidad en España en los últimos años poco tiene que ver con sus indicadores de momento, los cuales han perdido precisión a causa del importante cambio en la edad media a la maternidad. A pesar de todo es necesario preguntarse el peso respectivo que en el descenso del índice sintético de fecundidad tienen el cambio en los patrones generacionales de intensidad y de calendario. Evidentemente los dos factores son sumamente importantes y es precisamente su coincidencia en el tiempo lo que ha comportado una caída del índice sintético de fecundidad tan prolongada y hasta niveles muy por debajo de lo sucedido recientemente en el resto de Europa. Aunque aquí se ha destacado la importancia del calendario, huelga decir que el cambio en el patrón de intensidad es muy importante, y caracterizado por una fecundidad claramente inferior al umbral de los dos hijos por mujer.

En síntesis, aunque el descenso de la intensidad de la fecundidad en las generaciones es un hecho incontestable, no tiene la misma magnitud que el descenso del índice sintético de fecundidad que, para su explicación, requiere de otra variable, la evolución de la edad media a la maternidad: un descenso ininterrumpido de la fecundidad en un conjunto largo de generaciones, acompañado de un adelantamiento del calendario en unas y de un fuerte retraso en las inmediatamente siguientes. Esta singular combinación entre las evoluciones de intensidad y calendario de la fecundidad de las generaciones, es precisamente la causa principal de unos índices transversales tan peculiares como los que se dan hoy en España así como en otros países de Europa. Detrás de estos vaivenes de calendario apunta, como posible causa ajena a la demografía, la coyuntura económica, la cual ha tenido una influencia crucial en la estrategia de las mujeres de las distintas generaciones, siendo la

causa principal tanto del adelanto en la edad media a la maternidad para unas generaciones, como del retraso en las posteriores.

Sugerir que la coyuntura económica es un posible motivo del retraso en el calendario de las generaciones, y por ende de la caída del índice sintético de fecundidad, sería incompleto sin cuestionarse si no ha desaparecido ya, como así lo señalan la mayoría de analistas, la coyuntura desfavorable, y, siendo así, ¿por qué todavía no ha empezado a remontar el índice sintético de fecundidad?, o ¿cuándo va a hacerlo? Dos posibles causas parecen las más probables: en primer lugar, existe siempre un efecto de inercia de los fenómenos demográficos que dificulta que los cambios sean repentinos (con excepciones evidentes en períodos extraordinarios, como una guerra o una epidemia), sino que se manifiestan paulatinamente y a medio plazo y, en segundo lugar, está la percepción del tan esperado ascenso de la fecundidad que, de haberse empezado a producir, posiblemente las estadísticas todavía no lo habrían detectado⁸.

Al introducir la coyuntura como explicación más probable debemos plantearnos por qué en el resto de Europa la caída de la fecundidad no fue tan importante ni tan prolongada en el tiempo, o bien, y íntimamente relacionada si existe un modelo de fecundidad aplicable a los países del sur claramente distinto del modelo del resto de Europa, y que se caracterizaría por una menor fecundidad.

Los análisis parecen indicar que no, al menos hasta los extremos actuales, o lo que es lo mismo, en caso de existir un modelo propio, no debe definirse a partir de los indicadores de fecundidad del momento, sino de las generaciones, y estos no difieren tanto entre los países. La comparación de los indicadores de momento muestra grandes diferencias entre los 15 países de la Unión Europea, diferencias que vienen matizadas en la observación de indicadores longitudinales.

El índice sintético de fecundidad toma valores, en todos los países de la unión, inferiores a los dos hijos por mujer desde el año 1993, observándose, en los datos más recientes, los de 1998, una horquilla comprendida entre valores próximos a los 2,0 hijos, como los de Irlanda (1,93), a valores por debajo de los 1,2 hijos, como los de España (1,15) e Italia (1,19). Al margen de estos extremos, donde Irlanda destaca con una fecundidad mucho más elevada que el resto, existe una fuerte dicotomía norte/sur, con un norte de mayor fecundidad que el sur, ya que, a excepción de países como Portugal, con valores muy próximos a la media europea, o Alemania y Austria, que desde esta perspectiva se comportarían como el sur, para el resto sí que se podrían establecer tres grupos de fecundidad: el modelo norte, con los países nórdicos⁹, Francia y el Reino Unido a la cabeza, el modelo sur, con España, Italia, Grecia, Alemania y Austria, y el modelo centroeuropeo, con Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

⁸ Aunque se trata de datos provisionales y que, por tanto, deben tomarse con la máxima precaución, una nota publicada por el Instituto de Estadística de la Comunidad de Madrid muestra como "tanto los nacimientos como el indicador coyuntural de fecundidad tuvieron una incipiente recuperación en el tercer trimestre de 1998"; asimismo "con los datos del primer trimestre de 1999 y sobre todo teniendo en cuenta lo registrado en Enero y Febrero, se puede apreciar un ligero alza en el indicador coyuntural de fecundidad (...) situándose en valores similares a los de mediados de 1994".

⁹ A pesar de todo se observa un cambio de tendencia importante en uno de los países considerados hasta ahora como modelo de alta fecundidad, Suecia, que en los últimos años ha visto como su índice sintético volvía a caer, situándose en 1998 en 1,51 hijos por mujer, medio hijo por debajo de hace tan solo cinco años.

Tabla 36. Índice sintético de fecundidad. Países de la Unión Europea. 1975-1998

	1975	1980	1985	1990	1995	1996	1997	1998
Bélgica	1,74	1,68	1,51	1,62	1,55**	1,55*	1,55*	1,53*
Dinamarca	1,92	1,55	1,45	1,67	1,80	1,75	1,75**	1,72**
Alemania	1,48	1,56	1,37	1,45	1,25	1,32	1,37	1,34*
Grecia	2,38	2,21	1,68	1,39	1,32	1,30	1,31	1,30*
España	2,80	2,20	1,64	1,36	1,18	1,17	1,16**	1,15
Francia	1,93	1,95	1,81	1,78	1,70	1,72	1,71**	1,75**
Irlanda	3,40	3,25	2,50	2,11	1,84	1,88**	1,92**	1,93
Italia	2,20	1,64	1,42	1,33	1,18	1,21**	1,22**	1,19*
Luxemburgo	1,55	1,49	1,38	1,61	1,69	1,76	1,71	1,68
Holanda	1,66	1,60	1,51	1,62	1,53	1,53	1,56	1,62*
Austria	1,82	1,62	1,47	1,45	1,40	1,42	1,37	1,34*
Portugal	2,58	2,18	1,72	1,57	1,40	1,43	1,46	1,46
Finlandia	1,68	1,63	1,65	1,78	1,81	1,76	1,75	1,70
Suecia	1,77	1,68	1,74	2,13	1,73	1,60	1,52	1,51
Reino Unido	1,81	1,90	1,79	1,83	1,71	1,72	1,72	1,72
UE 15	1,96	1,82	1,60	1,57	1,42**	1,44*	1,45*	1,45*

* Datos estimados. ** Datos provisionales.

Fuente: EUROSTAT.

Tabla 37. Descendencia final. Países de la Unión Europea. Mujeres nacidas entre 1945 y 1963

	1945	1950	1955	1960	1961	1962	1963
Bélgica	1,93	1,84	1,83	1,85	1,81	1,81	1,77
Dinamarca	2,06	1,90	1,84	1,89	1,90	1,90	1,90
Alemania	1,79	1,72	1,67	1,65	1,62	1,60	1,56
Grecia	2,00	2,07	2,03	1,94	1,88	1,82	1,78
España	2,43	2,19	1,90	1,74	1,67	1,62	1,59
Francia	2,22	2,11	2,13	2,10	2,07	2,04	2,02
Irlanda	3,27	3,00	2,67	2,40	2,33	2,27	2,23
Italia	2,06	1,89	1,78	1,64	1,58	1,55	1,51
Luxemburgo	1,82	1,72	1,68	1,75	1,74	1,77	1,79
Holanda	1,99	1,90	1,87	1,85	1,81	1,80	1,76
Austria	1,93	1,86	1,77	1,68	1,66	1,66	1,64
Portugal	2,31	2,12	1,97	1,88	1,86	1,84	1,81
Finlandia	1,87	1,85	1,89	1,95	1,95	1,93	1,92
Suecia	1,96	2,00	2,03	2,04	2,00	2,00	1,98
Reino Unido	2,17	2,03	2,02	1,96	1,94	1,92	1,89
UE 15	2,08	1,97	1,90	1,81	1,77	1,74	

Fuente: EUROSTAT.

En cuanto a la descendencia final, las diferencias son mucho menores, y sin una localización geográfica tan evidente. Entre la mayor fecundidad se sitúa de nuevo Irlanda, y Francia, únicos países donde ninguna de sus recientes generaciones se ha quedado por debajo de los dos hijos por mujer, y que, respectivamente, presentan una descendencia de 2,23 y 2,02 para las mujeres nacidas en 1963. Entre las menores, también repiten España e

Italia, con fecundidades de 1,59 y 1,51, respectivamente. Con estos datos difícilmente puede hablarse de un modelo localizado en el sur de Europa, a no ser que el sur se limite a estos dos países, ya que otros países del sur como Portugal o Grecia muestran una descendencia final próxima a 1,8 hijos por mujer, descendencias parecidas a las de Bélgica, Luxemburgo y Holanda, y superiores a las de Austria y Alemania. En todo caso las diferencias son siempre pequeñas.

Si observamos, para finalizar, a partir de qué generaciones la descendencia final no supera el umbral de los dos hijos por mujer, vemos que países como Finlandia, Alemania, Luxemburgo, Holanda, Bélgica o Austria ocurre ininterrumpidamente entre las cohortes de 1945 y 1963. España, en cambio, no se sitúa por debajo de esta cota hasta 10 generaciones más tarde, siendo, la primera, la cohorte de 1955. Asimismo, el hecho de que ni en España ni en Italia se haya estabilizado todavía la descendencia final, sino que sigue descendiendo en las generaciones más recientes, sugiere, como mínimo, que es prematuro diferir que se trata de un modelo de menor fecundidad, siendo tan verosímil la hipótesis de una estabilización en 1,6 hijos por mujer, como el supuesto de una recuperación en las generaciones venideras.

III.3. La supervivencia de distintas generaciones en una misma familia

III.3.1. Introducción: La verticalización de la familia española

Los últimos trabajos sobre la evolución de la familia española señalan la importancia de la verticalización: la familia es cada vez más estrecha pero más larga. El factor fundamental de esta verticalización es el aumento de la esperanza de vida, que permite convivir el tiempo con ascendientes (de primer, segundo, tercer y hasta cuarto grado) durante un período de tiempo cada vez más extenso. Por el contrario, la reducción de la fecundidad conduce a que el número de hermanos y primos tienda a disminuir, con lo que la familia se hace cada vez más estrecha, menos horizontal.

El objetivo de este trabajo estriba en mostrar los cambios que se han producido en este sentido. Vamos a utilizar la Encuesta sociodemográfica realizada en España durante 1991 para reconstruir las pautas generacionales de verticalización de la familia. Esta encuesta se compone de una muestra de 160.000 individuos representativos de la población que tenía más de 10 años en España en 1991. En consecuencia, la generación más joven observada fue la nacida durante el año 1980. Se trata de una encuesta retrospectiva, que pregunta sobre ciertos aspectos en el curso vital como, por ejemplo, sobre el padre, la madre y los hijos de la persona entrevistada. También inquiriere sobre la historia de las uniones o parejas estables (matrimonios y cohabitaciones fuera del matrimonio) que un individuo tuvo a lo largo de su vida. Sin embargo, no provee de información sobre los familiares de segundo grado, por lo que nada podemos saber directamente sobre los abuelos. En definitiva, los módulos de la Encuesta sociodemográfica con los que vamos a trabajar son los referidos a los padres, los hijos y las uniones (habida cuenta de que la bibliografía sobre matrimonios y uniones en pareja es básica para el análisis de la fecundidad).

El estudio tendrá una perspectiva longitudinal, pues realizaremos una reconstrucción de los cursos vitales de las generaciones. Para ello, modificaremos los datos base de esta encuesta sociodemográfica para poder aplicar el análisis de las historias de los sucesos (*event history analysis*) con tiempo discreto (la metodología puede encontrarse en Allison, 1984): el curso vital de un individuo será dividido en años-persona y en cada uno de estos años-persona se observarán las características individuales que se quieran investigar. La información más cuantiosa se corresponde a las generaciones más antiguas, nacidas a principios del siglo XX, pero la misma está interferida en gran medida por la mortalidad, pues al tratarse de una encuesta retrospectiva se toma como representantes de una determinada generación a los supervivientes de la misma en 1991. A medida que vamos considerando una generación más joven, vamos acortando el período de su curso vital recordado por el individuo entrevistado; si consideramos a los nacidos en 1920, por ejemplo, dispondremos de información hasta su 70 aniversario (en 1990); si estudiamos a la generación de 1970 deberemos tener en cuenta que sólo contaban con 20 años en 1990; y para la generación más joven (nacida en 1980) sólo dispondremos de información sobre lo acaecido en sus primeros 10 años de vida. En definitiva, mientras que para los nacidos en 1900 es posible reconstruir su historia vital a lo largo de 90 años de vida pero con

algunos problemas de validez, para los nacidos en 1980, con 10 años en la encuesta, los datos registrados son muy válidos pero escasos. Remarcar, finalmente, que en la Encuesta sociodemográfica de 1991 se considera a todos los nacidos con anterioridad a 1902 como nacidos en 1901, por lo que la primera generación que podemos reconstruir con precisión es la de 1902, cuyos componentes tenían 89 años cuando se llevó a cabo el trabajo de campo de la encuesta.

El objetivo de este apartado es evaluar y cuantificar la probabilidad de que un individuo se inscriba en un linaje que incluya cuatro generaciones vivas (véase para Francia: Pennek, 1996). Para ello construiremos, por una parte, un modelo que muestre las probabilidades de cada sujeto de tener ascendientes vivos y, por otra, un modelo que señale la probabilidad de cada individuo de tener descendientes supervivientes. Mientras que en el primer caso deberemos hacer mención especialmente a la evolución de las condiciones de mortalidad, en el segundo analizaremos la evolución de la fecundidad. Y es que, por un lado, el progresivo incremento en la esperanza de vida que ha tenido lugar desde principios de siglo se ha incluso incrementado en tiempos contemporáneos y; por otro, debemos preguntarnos si el evidente retraso de la fecundidad (junto con un previsible descenso de la intensidad final) de la generaciones nacidas en los años sesenta en España se verá compensado por el factor anterior o supondrá una probabilidad menor de convivir (no en el mismo hogar, sino en un mismo momento temporal) con al menos otras tres generaciones dentro de una misma familia.

Centraremos nuestra atención en las generaciones nacidas entre 1900 y 1975, considerándolas según grupos quinquenales de edad. Como fuente de datos utilizaremos la Encuesta Sociodemográfica de 1991, con la que calcularemos, en principio, la probabilidad para cada edad dada, de que un componente de cada grupo de generaciones tenga ascendientes y descendientes de primer grado vivos. Mediante la técnica de regresión logística se estimarán los parámetros necesarios para elaborar dichas probabilidades, reconstruyendo la pauta para las generaciones más antiguas y proyectándola para las generaciones más jóvenes.

Para analizar esta evolución partimos de los gráficos que muestran, para el grupo de generaciones 1905-1909 (con 80-85 años cuando tuvo lugar la Encuesta Sociodemográfica de 1991), la proporción de personas entre su nacimiento y los 80 años de edad, que tenían, por un lado, al menos a un padre con vida, según fuera este el padre, la madre o ambos (Gráfico 104), por otro lado, que tenían uno, dos o más de dos hijos supervivientes (Gráfico 105), en tercer lugar, que tenían al menos un padre y a al menos un hijo supervivientes en un mismo momento en su curso vital, es decir, se encontraban dentro de un linaje de 3 generaciones (Gráfico 106) y, finalmente, que convivían con su conyuge o pareja (Gráfico 107).

La esperanza de vida de nuestros progenitores se ha incrementado mucho durante el período contemporáneo. Como ejemplo de las pautas más antiguas aquí consideradas, observamos como las generaciones 1905-09 se quedaron huérfanas durante el primer año de vida en un 10%, a los 25 años habían perdido a ambos padres en un 20% y a los 35 años en un 30%. Por otro lado, era muy inusual tener a algún padre con vida a mayores edades, y estas generaciones 1905-09, a los 50 años no tenía ningún padre con vida en un 60%, a los 65 años en un 90% y a los 80 años la proporciones de mujeres de estas generaciones con algún padre con vida era prácticamente nula (Gráfico 104). Veremos en el siguiente apartado, los espectaculares cambios respecto a la supervivencia paterna

acaecidos para las generaciones nacidas durante el siglo XX, muy en especial para las que nacieron a partir de 1930.

Por otro lado, las pautas de fecundidad y supervivencia de los hijos para esta generación 1905-09 mostraba como casi ninguna mujer tuvo hijos antes de los 16 años, pero a los 20 años un 10% de ellas tenían como mínimo un hijo superviviente, porcentaje que se incrementaba con la edad hasta llegar al 40% a los 25 años y al 60% a los 28 años; finalmente, el 18% de mujeres sin hijos a los 40 años era el porcentaje definitivo de mujeres sin hijos para esta generación 1905-09. La causa de este alto nivel de mujeres sin hijos estribaba en parte en los porcentajes de soltería definitiva femenina registrados para estas generaciones (el más elevado observado durante el siglo XX: 14%), indicador que iniciaría una reducción substancial hasta llegar a casi un 5% para las generaciones femeninas nacidas durante la década de 1930). Paralelamente a la disminución del porcentaje de mujeres nunca casadas, el porcentaje de mujeres sin hijos también caía, y ello combinado al aumento de la esperanza de vida de los ascendientes provocó un espectacular aumento de los linajes de tres generaciones como mínimo.

Como resultantes de los dos anteriores gráficos, presentamos en el Gráfico 106 la proporción de mujeres nacidas en 1905-09 que tenían uno de sus padres vivos y al menos un hijo superviviente, es decir, que se encontraban inmersas en un linaje de al menos 3 generaciones vivas. Este porcentaje alcanzaba su máximo nivel a los 30-35 años, cuando un 50% de las mujeres nacidas en 1905-09 tenían al menos un padre y un hijo superviviente. Nos proponemos describir la evolución de estas proporciones a lo largo del tiempo, estimando su proyección en un futuro inmediato. Para la generación femenina 1905-09, de momento, todo lo presentado es lo observado a través de la Encuesta Sociodemográfica de 1991, sin que no hayamos estimado nada, sin embargo, como más joven sea una generación, más necesario será estimar un modelo de estas proporciones por edad.

También mostramos para esta generación 1905-09 la proporción de mujeres que convivían con sus cónyuges o parejas (Gráfico 107). Los 16 años aparecen como la edad mínima de entrada al matrimonio de estas mujeres, edad a partir de la cual se incrementaba con rapidez el porcentaje de las que convivían con su marido, llegando al 25% a los 21 años, al 50% a los 24 años, al 70% a los 28 años y alcanzando la mayor proporción a los 36 años con un 80%. A partir de esa edad, debido fundamentalmente a la supervivencia diferencial de las esposas sobre los esposos, estos porcentajes iban disminuyendo hasta llegar a 25% a los 80 años de edad. El análisis de las pautas de constitución y supervivencia de la pareja son imprescindibles para el estudio de la fecundidad.

Investigando la probabilidad de que, además, convivieran con sus abuelos o con sus nietos obtendremos las proporciones de mujeres dentro de un linaje de 4 o 5 generaciones con vida en un mismo momento en el tiempo.

III.3.2. Ascendientes

La Encuesta Sociodemográfica de 1991 permite reconstruir las proporciones de entrevistados según sexo, edad y generación, que tenían al menos a su padre, a su madre o a ambos padres supervivientes o para las que ambos habían muerto. El Gráfico 108 recoge

estas proporciones observadas por grupos decenales de generaciones y sexo desde los nacidos en 1900-10 hasta los nacidos en 1970-79. Para las generaciones nacidas entre 1900 y 1910 tenemos la pauta por edad completa, pues tenían en 1991 como mínimo 80 años de edad, y a esa edad ninguno de sus padres le había sobrevivido. El hecho de que a los 70 años estas proporciones fueran bajas, permite reconstruir también casi al completo las pautas de las generaciones 1910-19, observando que a los 70 años de edad estas generaciones no tenían en ningún caso a su padre superviviente, pero sí a su madre en un 5%. A partir de entonces cada vez disponemos de una observación más incompleta y cada vez es más necesario elaborar un modelo estimativo. Destacar, además, que, estos porcentajes no presentaban diferencia alguna según sexo, de manera que podemos analizar a toda la población en general. Nos proponemos estimar estos niveles de supervivencia paterna y materna para los que no disponemos de datos observados (véanse las tablas 38 y 40)

Destacar sobre estos datos ahora presentados (Gráfico 108), de qué manera la supervivencia de los ascendientes se ha incrementado substancialmente para las generaciones nacidas a partir de 1920 en adelante. Si bien, la probabilidad de tener algún padre con vida a los 50 años fue de un 45% para las personas nacidas entre 1900 y 1920, este porcentaje se incrementó hasta un 50% para las generaciones 1920-29 y hasta un 60% para las generaciones 1930-39. Las nacidas en 1940-49 si bien no hemos podido seguirlas hasta los 50 años, sí observamos que a los 40 años tenían a alguno de sus padres con vida en un 90%, cinco puntos porcentuales más que las generaciones nacidas 10 años antes a la misma edad. Como ya hemos anotado, no hubo diferencia entre hombres y mujeres en este sentido, aunque es evidente que la supervivencia de las madres era muy claramente superior a la de los padres.

Pero volvamos al análisis por grupos quinquenales de generaciones. El Gráfico 109 presenta las funciones de supervivencia de la madre de la entrevistada según su año de nacimiento, desde las que nacieron en 1900-04 hasta las nacidas en 1975-79. El gráfico representa las probabilidades estimadas con el modelo de la Tabla 38. Se han señalado el porcentaje en el momento de nacer (que varió del 95% para las generaciones 1900-04 hasta casi el 100% a partir de las generaciones 1945 en adelante) y las edades correspondientes a los múltiplos de 10. Como puede observarse, la supervivencia materna no ha hecho más que incrementarse y si, por ejemplo, las generaciones nacidas en 1900-04 tenían a los 30 años a su madre viva en un 65%, tal probabilidad a la misma edad para las generaciones más contemporáneas analizadas estaba por encima del 95%. Pero resulta aun más sorprendente el espectacular incremento de la probabilidad de tener a la madre viva a edades superiores, como, por ejemplo, a los 60 años: mientras que la probabilidad de una mujer de la generación 1900-04 de tener a la madre viva a esa edad era de un 10%, la misma alcanzará el 60% para las mujeres de las generaciones 1975-79. Cincuenta puntos porcentuales de incremento en 75 años de historia.

Podemos ahora investigar lo sucedido con el padre, sabiendo que los hombres han tenido en la España moderna una esperanza de vida inferior a la de las mujeres. En el Gráfico 110 se representa para las generaciones 1900-04 a 1975-79 la probabilidad de tener al padre superviviente a cada edad. Observamos que la supervivencia paterna (del ascendiente varón de primer grado) fue aumentando muy ligeramente hasta las generaciones nacidas con anterioridad a 1936 (año en que se inició la Guerra Civil española, 1936-39). Por ejemplo, la probabilidad de tener al padre con vida a los 40 años de un sujeto pasó del

30% para las generaciones 1900-04 al 45% para las nacidas en 1930-34. Debido a este conflicto bélico, la nacidas en 1935-39 tuvieron una probabilidad de tener al padre con vida, para cualquier edad considerada, menor que las nacidas cinco años antes (Gráfico 110). No obstante, desde las generaciones nacidas en 1940 en adelante, debido al incremento de la esperanza de vida, la probabilidad de tener a tu padre vivo no ha dejado de aumentar. A título de ejemplo, podemos percibir como mientras una mujer nacida en 1940-44 tenían a los 40 años una probabilidad del 50% de tener a su padre con vida, a esa edad, las nacidas en 1975-79 tendrán a su padre con vida en un 70%.

Uniendo las probabilidades de tener a tu madre o a tu padre con vida, podemos construir las probabilidades de tener al menos uno de los dos progenitores con vida en un momento dado del curso vital de un individuo. El resultado de ello se ofrece en el Gráfico 111, que presenta las funciones de probabilidad por edad y generación de tener al menos un ascendiente de primer grado superviviente. Como ejemplo de ello, podemos fijarnos en la evolución acaecida por esta probabilidad cuando una mujer tenía 50 años (y su padre o madre superviviente, en consecuencia, tendría alrededor de 75-80 años) y cuando tenía 60 años (y el padre o la madre superviviente tendría entre 85 y 90 años). Así, mientras que para las generaciones 1900-04, a los 50 años esta probabilidad fue del 35% y a los 60 años de poco más del 15%, para las generaciones 1975-79 estos porcentajes serán de un 90% y de poco más de un 60% respectivamente, según nuestras estimaciones.

Quisiéramos hacer ahora un comentario sobre las diferencia de edad entre el padre o la madre, por un lado, y su hijo o hija, por el otro, para poder calcular la probabilidad de tener un abuelo con vida. Los Gráfico 112 y Gráfico 113 representan dos indicadores de la diferencia de edad del padre y la madre con respecto al hijo, a saber, la edad media en que los padres al nacimiento del entrevistado y la desviación típica de la distribución de estas edades. Este último indicador nos señala el proceso de concentración que según la Encuesta Sociodemográfica ha tenido lugar desde principios de siglo hasta el año 1920 en la edad del padre y la madre al nacimiento de su hijo o hija; en contraste, a partir de 1920 en adelante, la desviación típica se ha mantenido en alrededor de medio año (Gráfico 113). En la edad media (Gráfico 112), aparece reflejado el progresivo retraso que se dio en España a principios de siglo, alcanzando en 1908 la edad del padre una media de 31 años y la de la madre de 28 años, edades que se mantuvieron estables hasta 1923, momento a partir del cual empezaron a elevarse hasta llegar a los 32 años para los padres y los 28,5 para las madres, en 1933. Percibimos también como al acabar la Guerra civil (1939) se dio una recuperación de los nacimientos que no habían tenido lugar durante el conflicto bélico, con una edad media de padres y madres lógicamente mucho más tardía que en los años previos. Durante todo el período 1945-65 estas edades medias se mantuvieron en los 32,7 años para los padres y los 29,7 años para las madres, edad que fue rejuveneciendo durante todo el *baby-boom* que tuvo lugar en España durante 1965-75, llegando en 1976 a marcar 30,7 años para los padres y los 27,7 años para las madres.

Sobre estos datos, elaboraremos a continuación las probabilidades de que una mujer viva en un linaje de al menos dos generaciones ascendientes más, es decir, tenga vivo a su padre, a su madre o a ambos y, además, sobreviva al menos uno de sus abuelos. En el Gráfico 114 podemos ver estas funciones de probabilidad según edad y generación de la persona analizada. Como era de esperar a partir de lo estudiado hasta el momento, esta probabilidad se incrementó ligeramente desde las generaciones 1900-04 hasta la de 1920-24, incremento que continuó aunque a menor velocidad hasta las generaciones 1940-44, y

a partir de las nacidas en 1945 en adelante, para una edad dada, la probabilidad de vivir en un linaje de con al menos un representante de cada una de las dos generaciones ascendientes superviviente ha ido incrementándose con gran rapidez, pudiéndose esperar, a partir del modelo estimado, que la misma aumente a mayor velocidad para las generaciones más contemporáneas. Así, un 85% de las generaciones 1900-04 nacieron en un linaje con al menos 2 generaciones ascendientes vivas, y esta proporción fue ya de un 100% para las nacidas en los años sesenta y en adelante. Por otro lado, a los 10 años de edad, el 60% de las nacidas en 1900-04 tenían al menos un padre y un abuelo con vida, proporción que ha ido aumentando hasta alcanzar el 80% para las generaciones 1925-29, un 90% para las generaciones 1950-54 y que llegó para las generaciones 1975-79 a prácticamente el 100%. De esta manera, podemos comprobar a partir del Gráfico 114, como han ido variando las funciones de la probabilidad de tener 2 generaciones ascendientes supervivientes, viéndose como las mujeres nacidas en 1975-9, formarán parte de un linaje con 2 generaciones ascendientes vivas en un 65% a los 30 años, en un 25% a los 40 años y en un 5% a los 50 años.

III.3.3. Parejas corresidentes.

Antes de adentrarnos en el análisis de la probabilidad de tener descendencia, debemos detenernos a considerar las proporciones de mujeres para cada grupo generacional que estaban casadas o unidas con su marido o pareja superviviente. Este punto es de tremenda importancia ya que, por una parte, los estudios sobre envejecimiento deben incluir si la persona a una cierta edad mantiene sus relaciones de pareja, además, la fecundidad en España tiene lugar casi en su totalidad en el marco de la pareja conyugal y, finalmente, es fundamental estudiar la supervivencia tanto de los ascendientes de la mujer como la de los ascendientes de su marido o pareja cohabitante. El Gráfico 115 muestra esta proporción para cada año temporal observado de acuerdo con la generación a la que pertenece la mujer; esta reconstrucción se ha plasmado en este gráfico desde los 10 años hasta la edad que se tenía cuando tuvo lugar la Encuesta Sociodemográfica de 1991, marcándose la situación de la entrevistada a los 20, 25 y 30 años. Lógicamente, esta proporción refleja la resultante entre la entrada en la vida en pareja de las generaciones y su salida de este estado, ya sea por muerte del cónyuge o por divorcio.

Vemos de este modo, como las generaciones 1900-04 estaban conviviendo con su marido a los 16 años en un 5% y a los 20 años en un 25%, llegando a un máximo del 83% durante el período de la Segunda República Española (1931-36), cuando tenían algo más de 30 años de edad. La Guerra Civil (1936-39), con su mortalidad concomitante, redujo las proporciones de mujeres viviendo en pareja para esta generación 1900-04 a un 80%, proporción en que se mantuvieron entre los 35 y los 42 años, edad a partir de la cual debido a la mayor mortalidad masculina, cada vez habían menos mujeres de la generación 1900-04 con su marido con vida, hasta que a sus 85-90 años, en 1991, sólo un 15% de ellas tenían a sus esposos con vida. El efecto de la mortalidad diferencial por sexo, más incidente sobre los varones, provocó un mercado matrimonial desequilibrado y la consiguiente reducción en la nupcialidad femenina; las generaciones 1905-09 a penas alcanzaron un máximo de mujeres viviendo en pareja del 80% (a sus 35-40 años, justo acabada la guerra); fueron las generaciones de mayor soltería femenina y ello repercutió en

altos porcentajes de mujeres sin hijos. A partir de esta generación 1905-09, el máximo porcentaje de mujeres casadas con su marido superviviente o residentes con una pareja conyugal fue incrementándose progresivamente hasta alcanzar el 90% en las generaciones 1935-39, manteniéndose este porcentaje máximo hasta las nacidas en 1945-49. Finalmente, para las generaciones más modernas, debemos hacer uso de un modelo estimativo. Las generaciones 1950-54 tenían en 1991 entre 35 y 40 años, y a los 35 años estaban residiendo en pareja un 86%, nivel que se había mantenido constante para esta cohorte desde los 30 años (este porcentaje para las generaciones nacidas cinco años antes a esa misma edad había sido ligeramente superior, del 89%).

La Tabla 39 muestra la estimación de los parámetros de un modelo para las proporciones por edad de mujeres de cada conjunto de generaciones que convivían con su marido o pareja. Según estas estimaciones, tal y como habíamos visto directamente sobre los datos observados, estas proporciones se incrementaron muy ligeramente desde las generaciones 1905-09 hasta la de 1915-19, para iniciar a partir de estas generaciones un incremento en el nivel de mujeres coresidiendo con su cónyuge o pareja, manteniéndose la pauta por edad. Este incremento continuará hasta las generaciones de 1955-59, que marcará un cambio de tendencia que supondrá básicamente una formación de un núcleo familiar cada vez más tardío. Para las generaciones 1955-59 debemos prever su comportamiento a partir de los 30 años, edad en que formaban una pareja conyugal un 82% de las mujeres según los datos registrados en la Encuesta Sociodemográfica (Gráfico 115). La tasas de primonupcialidad para esta generación a partir de los 30 años son claramente superiores a las observadas para generaciones anteriores (Miret, 1991), por lo que debemos concluir que la constitución de un núcleo conyugal se dirigirá a un incremento que configurará a esta generación 1955-59 como la de mayor primonupcialidad del siglo XX (tal y como estimamos en la Tabla 39). La pauta general de convivencia en pareja para la generación femenina 1955-59 queda reflejada en el Gráfico 116, en que exponemos tanto los datos observados como los estimados a través de un modelo: la década de 1990 supondrá que los porcentajes de mujeres conviviendo en pareja alcancen el 90% a los 35 años y el 95% a los 40 años (Gráfico 116).

La crisis de la formación de núcleos familiares afectará algo más a las generaciones 1960-64, que a su pauta de primonupcialidad más tardía sumará una ligera disminución del nivel máximo alcanzado de convivencia en pareja, de manera que entre los 40 y los 50 años, un 90% de las mujeres nacidas en 1960-64 estarán conviviendo en pareja, y esta será la máxima cota de estas generaciones (Gráfico 117). Aunque necesitaríamos más datos para concluir en este sentido, la tendencia a la disminución lenta en la proporción de mujeres conviviendo en pareja continuará para las generaciones 1965-69, pero como han mostrado otros análisis esta evolución también se modificará para las generaciones nacidas a mediados de la década de 1970 en adelante, generaciones para las que el calendario matrimonial puede volver a adelantarse (Cabré, 1993). Sobre esta hipótesis trabajaremos en nuestro análisis de la fecundidad de primer orden.

III.3.4. Descendientes

Dentro del análisis de la supervivencia en un mismo momento, la fecundidad supone el punto más complicado de estimar, pues los cambios que pudieran producirse en un futuro

próximo son mucho más difíciles de predecir que la favorable evolución de la mortalidad de los padres y madres.

En el Gráfico 118 presentamos la proporción de mujeres por edad según generación que tenían como mínimo un hijo o hija con vida observada a través de la Encuesta Sociodemográfica de 1991. Como vemos, estos porcentajes en una primera etapa del curso vital de las generaciones se corresponden con gran precisión a los porcentajes de convivencia en pareja. Así, para las generaciones nacidas desde principios de siglo hasta las nacidas en 1920-24, una descendencia en descenso (aunque la esperanza de vida aumentaba) hizo que las mujeres con al menos un hijo superviviente pasaran de un 85% a un 80%. Por el contrario, desde las generaciones 1930-34 hasta las nacidas en 1950-54, estas proporciones marcaron tanto un adelanto en el calendario como un aumento en la intensidad, es decir, la maternidad era cada vez más temprana y cada vez había más mujeres que accedía a la misma, de manera que un 90% de las mujeres nacidas tras 1930 conservaron cuanto menos un hijo con vida a lo largo de todo su curso vital.

De nuevo, para las generaciones nacidas más allá de 1955 debemos realizar un modelo estimativo de su fecundidad. Habida cuenta de que la fecundidad en España ha tenido y tiene lugar en el interior de la pareja, básicamente constituida por el matrimonio, iniciaremos a continuación un estudio que busca estimar las probabilidades de ser madre por primera vez de aquellas mujeres que se encontraban conviviendo con su pareja. A través de ello, podremos continuar el estudio de la supervivencia de los descendientes. Hasta las generaciones 1945-49, que tenían 40 años en 1990, las pautas registradas pueden considerarse como acabadas, pues en la inmensa mayoría de los casos, la fecundidad de primer orden más allá de los 40 años puede asumirse que es obvia (véase Gráfico 119). Por otra parte, la forma de la pauta de fecundidad de primer orden para las mujeres conviviendo en pareja para las generaciones 1950-54 no había variado, por lo que estimarla a partir de los 35 años que tenían en 1990 no es difícil (Gráfico 120). En contraste, para las generaciones 1955-59, la pauta de fecundidad de primer orden de las mujeres con pareja había cambiado radicalmente con respecto a las generaciones anteriores (Gráfico 121): desde los 18 a los 30 años, según la pauta registrada por la encuesta Sociodemográfica de 1991, sus tasas de fecundidad de primer orden dentro de la pareja se mantuvieron en un 30% y a partir de esta edad se nos plantean tres posibles hipótesis que en cualquier caso supondrían la ruptura con la evolución registrada para las generaciones más antiguas. La primera hipótesis, que vemos muy improbable, supondría que las mujeres de la generación 1955-59 que convivían con una pareja y que no habían tenido hijos a los 30 años, disminuirían con la edad sus tasas de fecundidad de primer orden (hipótesis 1, Gráfico 121); otra posibilidad, más factible desde nuestro punto de vista, supondría que las tasas se mantendrían constantes con la edad a partir de los 30 años, entre un 25 y un 30% (hipótesis 2, Gráfico 121); pero a juzgar por las pautas registradas, la hipótesis que nos parece más probable es la tercera, es decir, aquella que apunta a que se producirá a partir de los 35 años para las mujeres conviviendo en pareja de la generación 1955-59 que no tenían hijos una recuperación muy importante y hasta nos atreveríamos a calificar de espectacular, de su fecundidad de primer orden (Gráfico 121, hipótesis 3). Este proceso seguirá para las generaciones nacidas en la década de 1960, por lo que junto a su retraso en el momento de formación de la pareja y el ligero decremento en la intensidad final de este fenómeno, se producirá un reforzamiento del matrimonio (o la formación de la pareja) como umbral de la primera maternidad, de manera que el

comportamiento en la formación de una unión conducirá con gran probabilidad a tener un primer hijo, y esta probabilidad será tanto mayor cuanto mayor será la edad de la mujer. Este será una pauta transitoria que acabará con las generaciones nacidas en la década de 1970, para las que la forma de la pauta de primonupcialidad ya será otra vez similar a la de las generaciones anteriores a 1955. Podemos ver ahora como afectarán estas pautas a la proporción de madres con su hijo superviviente por edad

En el Gráfico 122 ofrecemos la proporción por edad de madres con al menos un hijo superviviente para las generaciones más contemporáneas analizadas, comparando lo observado con los datos de la Encuesta Sociodemográfica con lo estimado a través del modelo presentado en la Tabla 41. Para las generaciones femeninas 1945-49, el porcentaje de mujeres con al menos un hijo superviviente se incrementaba con rapidez desde los 19 años hasta los 30 años, llegando alrededor de los 35 años a un máximo del 90%. Idéntica pauta puede percibirse para la generación 1950-54. En contraste, para las generaciones 1955 en adelante, la tendencia será al mantenimiento del nivel de mujeres con al menos un hijo superviviente, aunque el calendario será cada vez más tardío; por ejemplo, las nacidas en 1955-59 alcanzarán este 90% de mujeres con un hijo superviviente a los 37 años y las generaciones 1960-64 cerca de los 40 años (Gráfico 122). Es previsible que esta tendencia siga un curso similar a la que hemos anotado para la formación y el mantenimiento de la pareja, observándose un punto de inflexión a partir de las generaciones nacidas a mediados de la década de los setenta, con un adelanto a partir de entonces del calendario de la entrada en la maternidad.

La resultante entre vivir en pareja y tener al menos un hijo nos presenta la situación de una mujer dentro de un núcleo familiar. También en este caso a partir de los datos registrados y del modelo estimado (Tabla 42), concluimos que el número de mujeres que para las generaciones contemporáneas se encontrarán enmarcadas en este tipo de núcleo familiar alcanzará una cota máxima del 85 por ciento (Gráfico 123). En definitiva, comparándolo con lo que establecimos en el anterior apartado, un 5 por ciento de las mujeres alguna vez convivieron con una pareja pero nunca tuvieron hijos. Con todo, el retraso en el calendario, que ya vimos en la formación familiar, también se constata ahora, y mientras que el 85% de casadas con al menos un hijo se alcanzaba a los 30 años para la generación 1945-49, se espera que para las nacidas después de 1960 este porcentaje se alcance alrededor de los 40 años (Gráfico 123).

III.3.5. Tres generaciones: ser hija y madre

El Gráfico 106 nos presentó la resultante de la probabilidad de tener al menos un padre vivo y la probabilidad de tener al menos un hijo superviviente para la generación femenina nacida en el segundo quinquenio del siglo XX, para cada edad de la misma desde los 0 a los 80 años a través de los datos observados por la Encuesta Sociodemográfica de 1991. Se trataba, en consecuencia, de la probabilidad por edad de ser una mujer nacida en 1905-09 de encontrarse en un linaje de tres generaciones siendo hija y madre en un mismo momento de su curso vital. Esta posición es extremadamente importante para las generaciones de mujeres españolas nacidas a mediados de los años cincuenta a causa de la importancia de los lazos familiares en la sociedad española: por una parte, debido al espectacular aumento de la esperanza de vida la gente mayor, se puede esperar que sus padres vivan mucho

tiempo, con la consiguiente demanda de servicios, y, por otro lado, a causa del retraso en el calendario de la emancipación de los jóvenes, la ayuda a los hijos se extiende también en el tiempo y recae en sus madres. A juzgar por este comportamiento, es muy probable que en su papel de abuelas, estas mujeres vean incrementada la demanda de prestación de servicios dirigida a sus nietos.

Éste es el único paso que nos queda para llegar a dibujar el cambio acaecido en las probabilidades de que, para una determinada edad del sujeto, éste conviva en un mismo momento en el tiempo con al menos tres generaciones más: se trata de involucrar en el análisis a la descendencia.

A través de la Encuesta Sociodemográfica observamos, para cada edad de una mujer y según su cohorte de nacimiento, su probabilidad de que le sobreviviera como mínimo un o una componente de su generación ascendiente de primer grado (el padre o la madre) y al menos un o una componente de su descendencia (un hijo o una hija). Estas son las proporciones que se ofrecen en el Gráfico 124 para las cohortes de nacimiento desde la de 1904-04 hasta la 1960-64. La visión vuelve a ser tanto más incompleta como más joven es una cohorte, aunque ya podemos establecer unas conclusiones preliminares sobre las que trabajar, a saber: a) para las cohortes de nacimiento más antiguas analizadas, se dio un punto de inflexión en la tendencia, conduciéndola a que; b) la probabilidad de tener a un ascendiente y a un descendiente con vida incrementara su nivel progresivamente para las mujeres nacidas a partir de 1910-14 hasta las nacidas en 1950-54, pasando el máximo (que se registraba alrededor de los 35 años) desde un 48% para las nacidas en 1910-14 a algo más del 80% para las nacidas en 1945-55; finalmente, c) para las que nacieron con posterioridad a 1955, la evolución tiende a un retraso en el calendario, a causa, como es posible deducir a partir del análisis precedente, del retardo en la edad media a la fecundidad.

A partir de este planteamiento y sobre la hipótesis de que la tendencia de la fecundidad provocará un ligero incremento de las mujeres sin descendencia a partir de las cohortes nacidas entre 1955 y 1965, hemos estimado un modelo que exponemos en la Tabla 43 y representamos en el Gráfico 125.

III.3.6. Linaje de 4 generaciones

Y ahora ya podemos vislumbrar cual sería la probabilidad de convivir inserta en un linaje de 4 generaciones, es decir, de tener, en un momento dado, un hijo o hija con vida y a uno de los padres vivos así como a uno de los padres de éste. A partir de las pautas desveladas hasta el momento, el Gráfico 126 muestra la proporción de mujeres para cada conjunto de generaciones femeninas analizado de estar inmersa en un linaje de estas características. Para las generaciones nacidas con anterioridad a 1930 esta probabilidad alcanzó un máximo de poco menos del 20% a los 28 años; para las generaciones posteriores a 1930 este punto etéreo se adelantó al tiempo que aumentaba la proporción de mujeres en este estado, de manera que las generaciones 1940-44 alcanzaron a los 27 años un máximo del 25% de mujeres con al menos un padre y un abuelo con vida y con un hijo como mínimo superviviente; manteniéndose la pauta por edad, el nivel fue incrementándose, llegando a poco más del 30% para las generaciones femeninas 1950-54 y a un 33% para las

generaciones 1955-59; tras un desplazamiento en la pauta por edad manteniéndose el nivel para las generaciones 1960-64, se pronostica un incremento substancial de la probabilidad de una mujer de estar inmersa en un linaje de 4 generaciones siendo a la vez nieta y madre, de manera que para las generaciones 1965-69 tal probabilidad alcanzará un máximo a los 28 años del 37% y para las generaciones 1970-74 llegará a esta misma edad a casi un 45%. La razón fundamental de este fenómeno será el gran aumento en la esperanza de vida de las generaciones que conforman los padres y abuelos.

Tabla 38. Estimación de los parámetros en un modelo de las funciones de supervivencia del padre y de la madre de la entrevistada por edad y generación

Variables	Padre superviviente		Madre superviviente	
	Odds ratio	Sig.	Odds ratio	Sig.
Edad				
lineal	0,003	0,000	0,017	0,000
cuadrática	-0,001	0,000	-0,001	0,000
logarítmica	-1,378	0,000	-1,369	0,000
Generación del entrevistado				
1900-04	-0,086	0,000	0,008	0,000
1905-09	0,000	<i>línea base</i>	0,000	<i>línea base</i>
1910-14	0,115	0,000	0,205	0,000
1915-19	0,303	0,000	0,454	0,000
1920-24	0,386	0,000	0,592	0,000
1925-29	0,459	0,000	0,767	0,000
1930-34	0,592	0,000	0,983	0,000
1935-39	0,556	0,000	1,102	0,000
1940-44	0,741	0,000	1,285	0,000
1945-49	0,819	0,000	1,643	0,000
1950-54	1,076	0,000	1,842	0,000
1955-59	1,170	0,000	2,088	0,000
1960-64	1,318	0,000	2,298	0,000
1965-69	1,431	0,000	2,464	0,000
1970-74	1,531	0,000	2,532	0,000
1975-79	1,590	0,000	2,605	0,000
1980-84	1,622	0,000	2,752	0,000

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Tabla 39. Parámetros de un modelo descriptivo de la proporción por edad de mujeres casadas conviviendo con su marido o cohabitando con una pareja.

Variables		Odds ratio	Significación
edad lineal		-0,38	0,000
edad logarítmica		38,84	0,000
Generación	1900-04	0,13	0,000
	1905-09	0,00	ref.
	1910-14	-0,01	0,010
	1915-19	-0,03	0,062
	1920-24	0,06	0,581
	1925-29	0,08	0,000
	1930-34	0,22	0,000
	1935-39	0,45	0,000
	1940-44	0,58	0,000
	1945-49	0,72	0,000
	1950-54	0,82	0,000
	1955-59	0,86	0,000
	1960-64	0,50	0,000
	1965-69	0,01	0,003
	1970-74	0,82	proyección
	1975-79	0,85	proyección
Constante		-64,00	0,000

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

Tabla 40. Parámetros de un modelo descriptivo de la fecundidad de primer orden de las mujeres casadas conviviendo con su marido o cohabitando con una pareja, según generaciones.

Variables		Odds ratio	Significación
Edad			
lineal		0,56	0,014
cuadrática		-0,01	0,000
logarítmica		-5,27	0,014
Generación	1900-04	-0,10	0,211
	1905-09	0,00	ref.
	1910-14	-0,10	0,424
	1915-19	-0,02	0,146
	1920-24	0,07	0,000
	1925-29	0,17	0,000
	1930-34	0,25	0,000
	1935-39	0,33	0,000
	1940-44	0,35	0,000
	1945-49	0,42	0,000
	1950-54	0,30	0,000
	1955-59	0,19	0,000
	1960-64	0,16	0,000
	1965-69	0,54	0,000
	1970-74	0,61	0,091
	Constante		-1,73

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

Tabla 41. Parámetros de un modelo descriptivo de la proporción por edad de mujeres con un hijo superviviente como mínimo.

Variables		odds ratio	significación
Edad lineal		-1,04	0,000
Edad cuadrática		0,00	0,000
Edad logarítmica		65,41	0,000
Generación	1900-04	0,00	ref.
	1905-09	-0,17	0,000
	1910-14	-0,25	0,000
	1915-19	-0,26	0,000
	1920-24	-0,18	0,000
	1925-29	-0,09	0,000
	1930-34	0,07	0,000
	1935-39	0,35	0,000
	1940-44	0,47	0,000
	1945-49	0,60	0,000
	1950-54	0,60	0,000
	1955-59	0,58	0,000
	1960-64	0,37	0,000
	1965-69	0,39	0,000
	1970-74	0,50	proyección
	1975-79	0,60	proyección
Constante		-68,69	0,000

Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

Tabla 42. Modelo de las funciones de probabilidad de que una mujer conviva con su marido o pareja y que tenga al menos un hijo con vida, según edad y generación.

Variables		Odds ratio	significación
Edad lineal		-0,98	0,000
Edad cuadrática		0,00	0,000
Edad logarítmica		64,54	0,000
Generación	1900-04	0,00	ref.
	1905-09	0,04	0,000
	1910-14	0,04	0,000
	1915-19	0,11	0,000
	1920-24	0,23	0,000
	1925-29	0,31	0,000
	1930-34	0,46	0,000
	1935-39	0,70	0,000
	1940-44	0,82	0,000
	1945-49	0,98	0,000
	1950-54	0,99	0,000
	1955-59	0,98	0,000
	1960-64	0,76	0,000
	1965-69	0,70	0,000
	1970-74	0,70	proyección
	Constante		-68,92

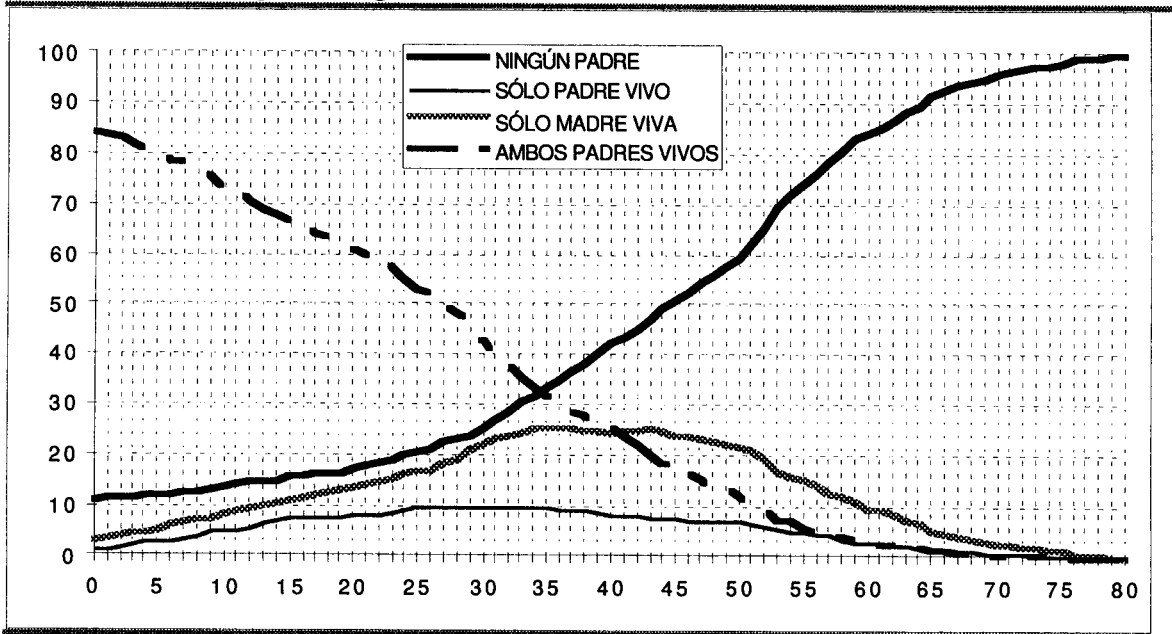
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

Tabla 43. Modelo de las funciones de supervivencia del padre o madre de la entrevistada y al menos uno de sus hijos, según edad y generación.

Variable		Odds ratio	Sig.
Edad lineal		-1,22	0,000
Edad cuadrática		0,00	0,000
Logaritmo de la edad		76,72	0,000
Generación de la mujer entrevistada	1900-04	-21,94	0,000
	1905-09	-22,07	0,000
	1910-14	-21,96	0,000
	1915-19	-21,73	0,000
	1920-24	-21,59	0,000
	1925-29	-21,41	0,000
	1930-34	-21,17	0,000
	1935-39	-20,94	0,000
	1940-44	-20,72	0,000
	1945-49	-20,54	0,000
	1950-54	-20,50	0,000
	1955-59	-20,53	0,000
	1960-64	-20,78	0,000
1965-69	-20,81	0,000	
1970-74	-19,74	0,000	
1975-79	-15,26	0,000	
1980-84	0,00	línea base	
Constante		-60,32	0,000

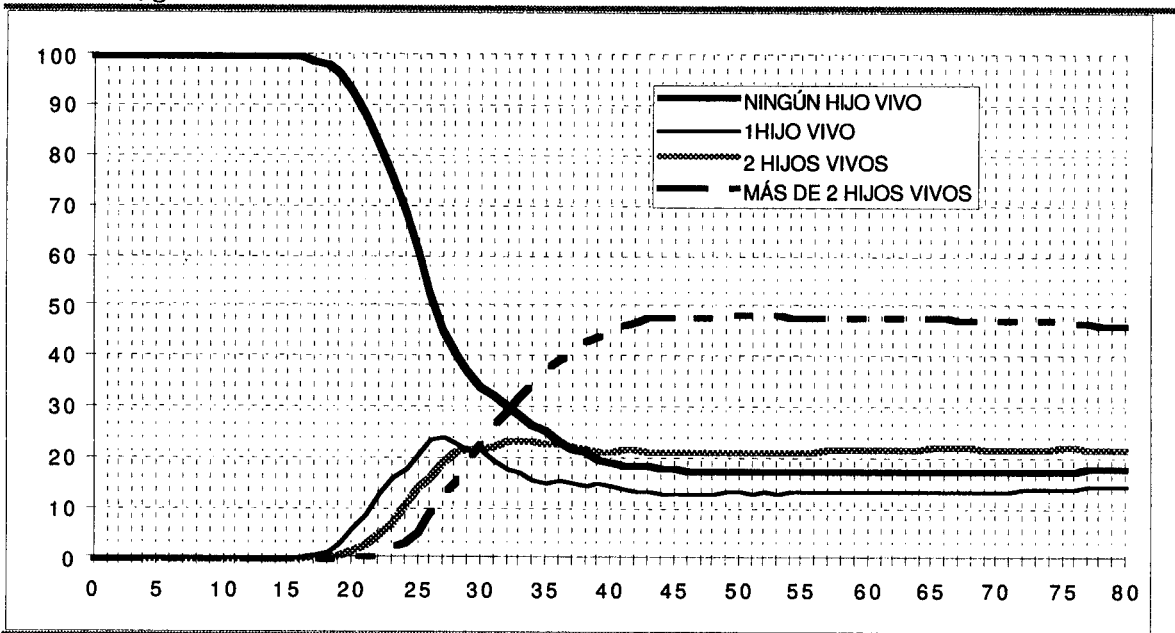
Fuente: estimación a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991.

Gráfico 104. Porcentaje observado de mujeres según número de ascendientes de primer grado supervivientes por edad, generaciones 1905-09



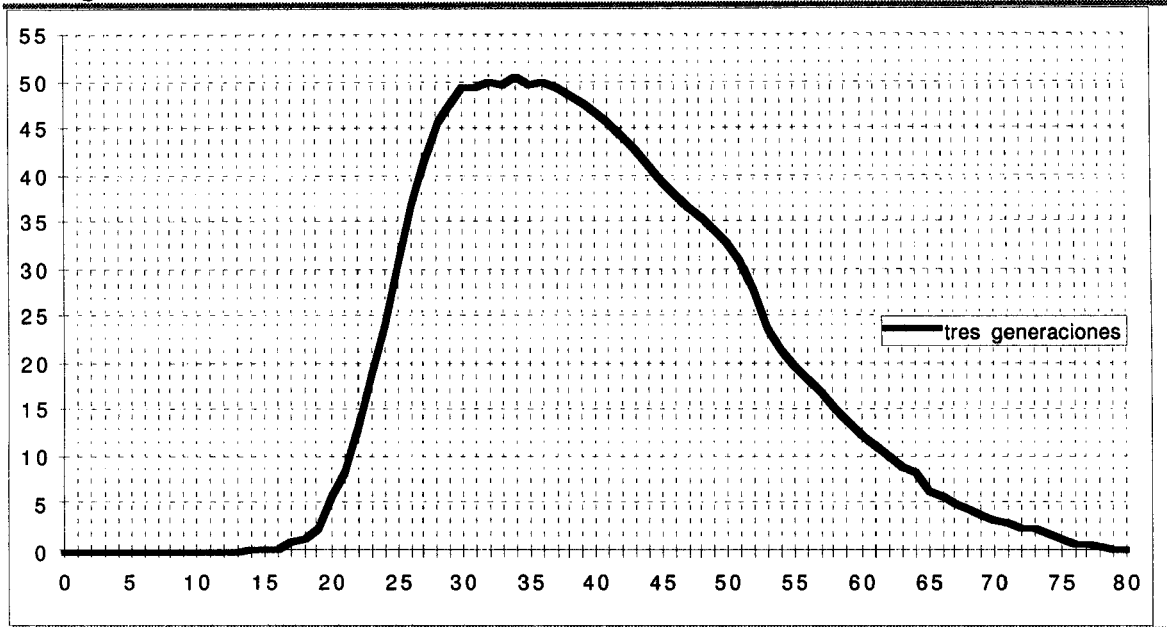
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 105. Porcentaje observado de mujeres en función del número de hijos supervivientes por edad, generación 1905-09



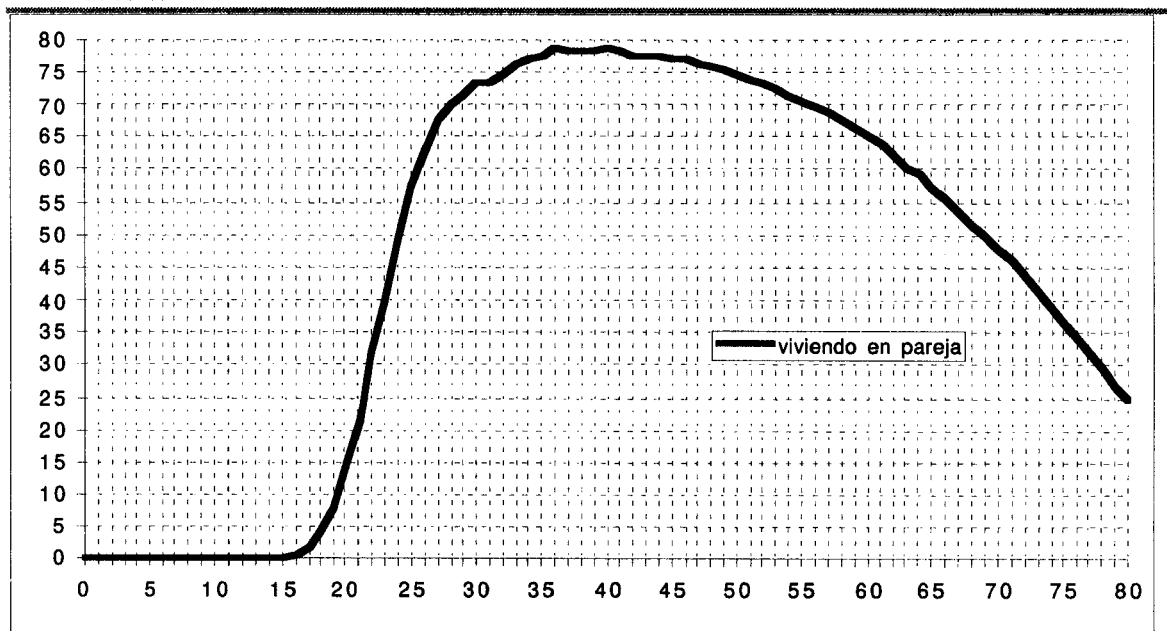
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 106. Porcentajes observado de mujeres con al menos un hijo y un padre superviviente, generaciones 1905-09: viviendo en un linaje de 3 generaciones



Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 107. Porcentajes observado de mujeres conviviendo con su marido o pareja, generaciones 1905-09

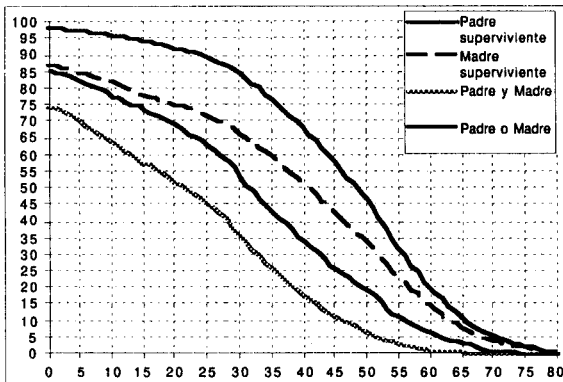


Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

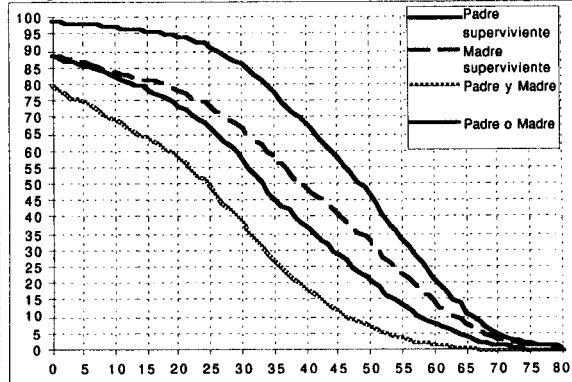
Gráfico 108. Proporciones observadas de entrevistados según sexo con su padre, madre, ambos padres o ninguno de ellos supervivientes, según conjunto decenal de generacional y edad del entrevistado.

Generaciones 1900-09

Hombres

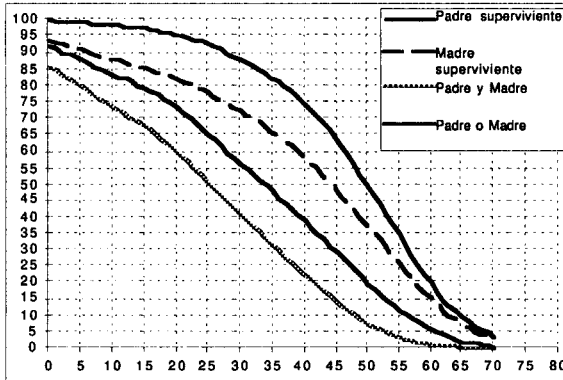


Mujeres

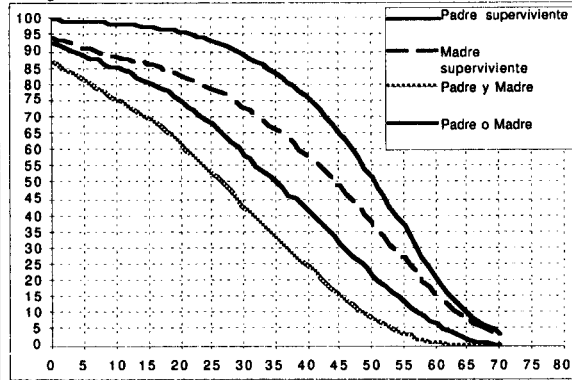


Generaciones 1910-19

Hombres

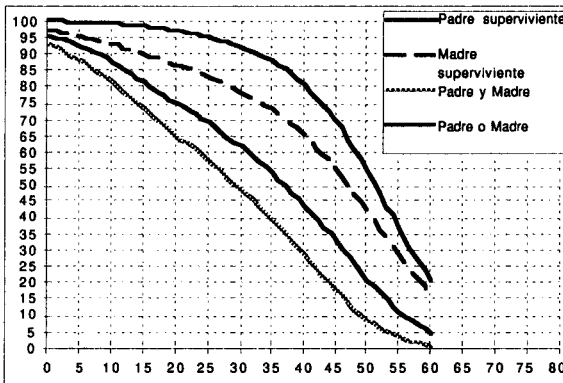


Mujeres

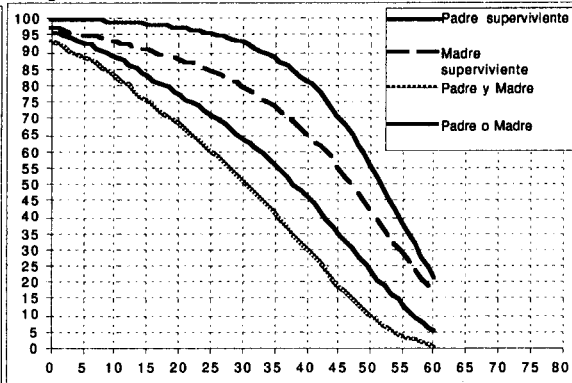


Generaciones 1920-29

Hombres

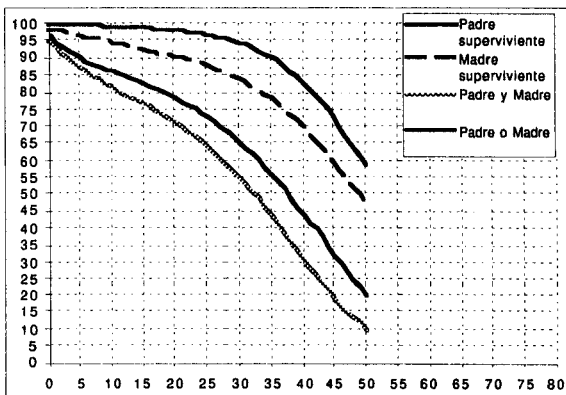


Mujeres

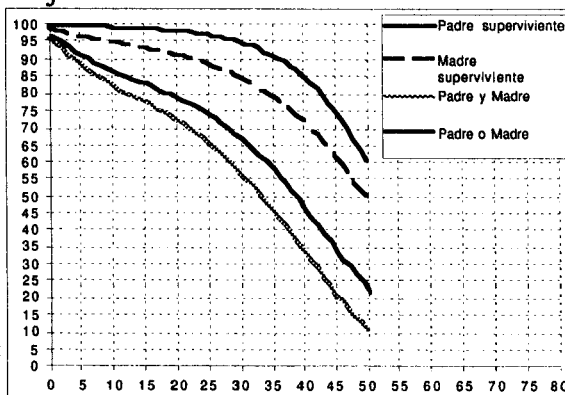


Generaciones 1930-39

Hombres

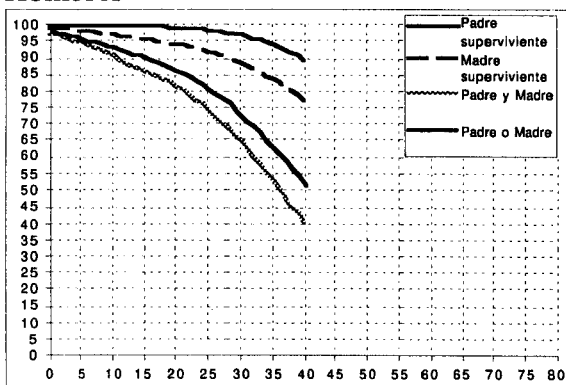


Mujeres

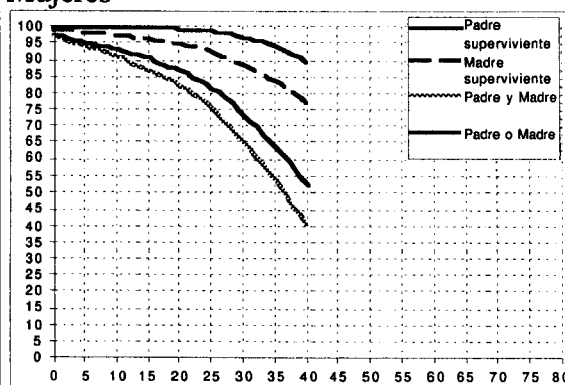


Generaciones 1940-49

Hombres

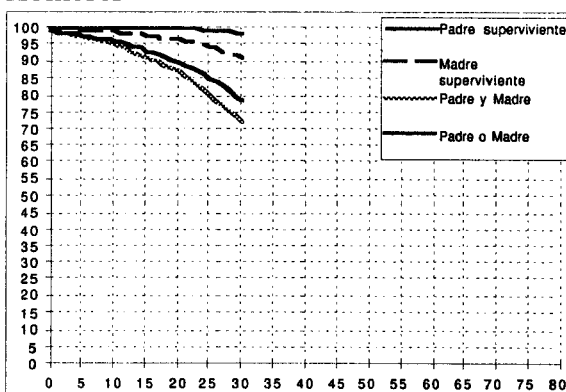


Mujeres

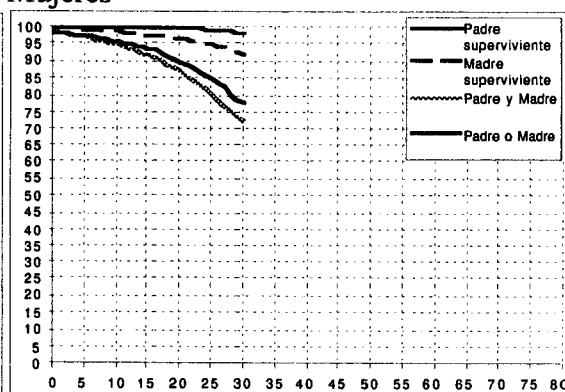


Generaciones 1950-59

Hombres

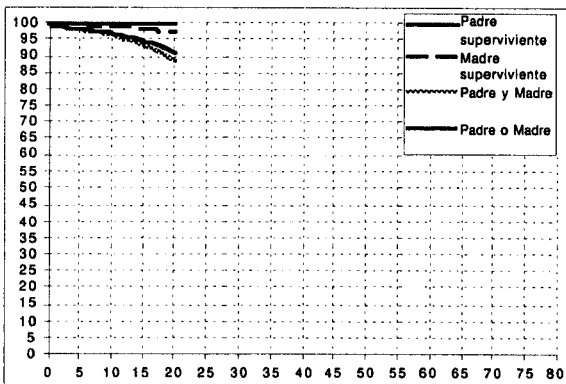


Mujeres

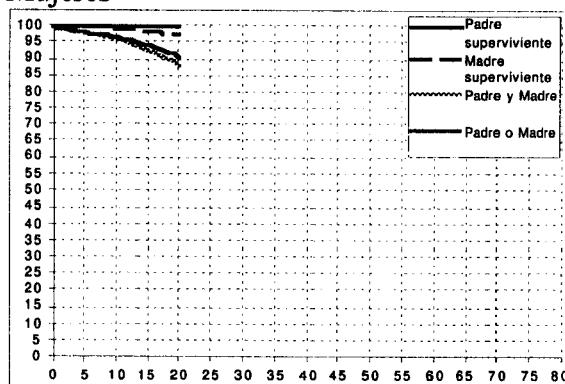


Generaciones 1960-69

Hombres

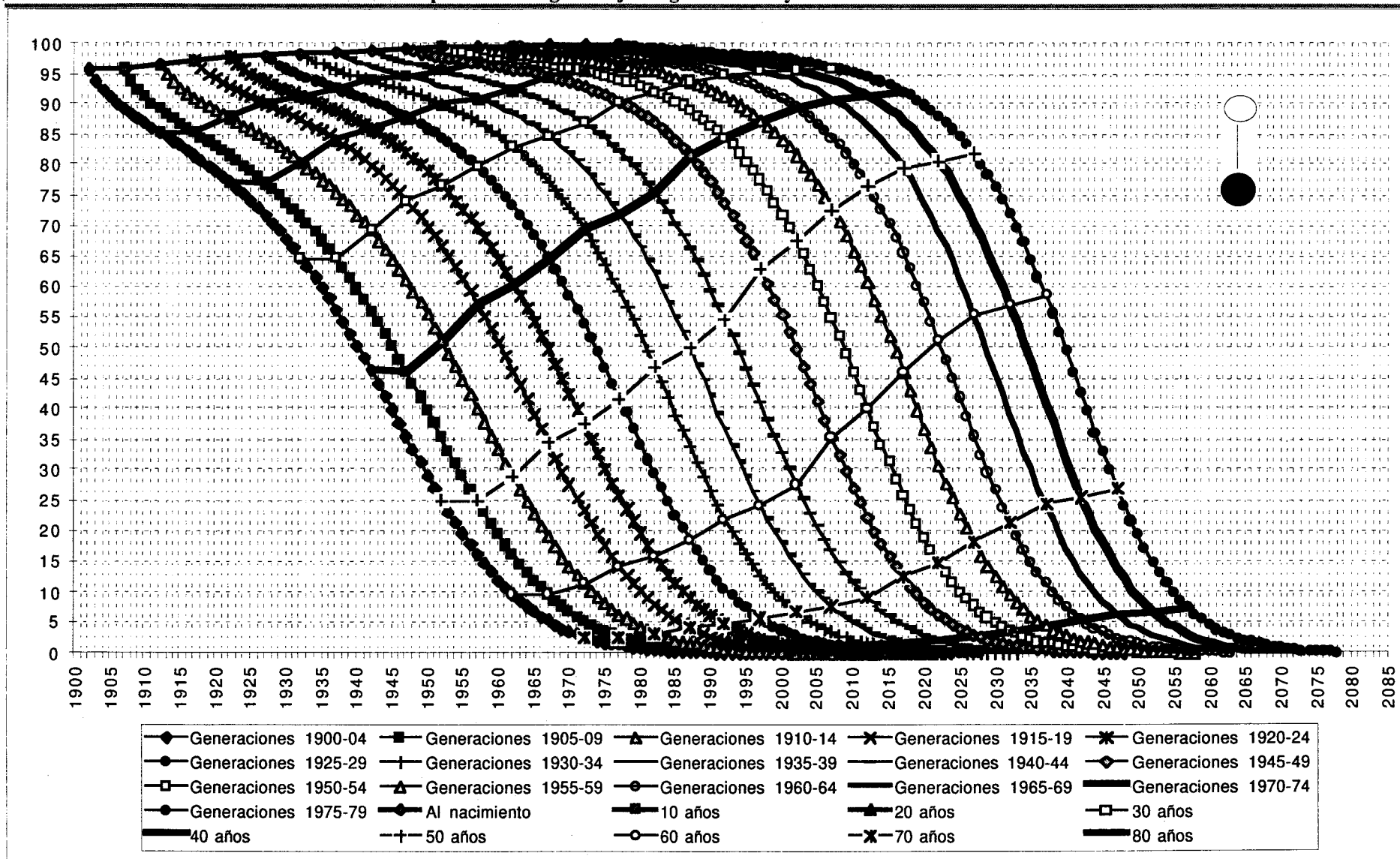


Mujeres



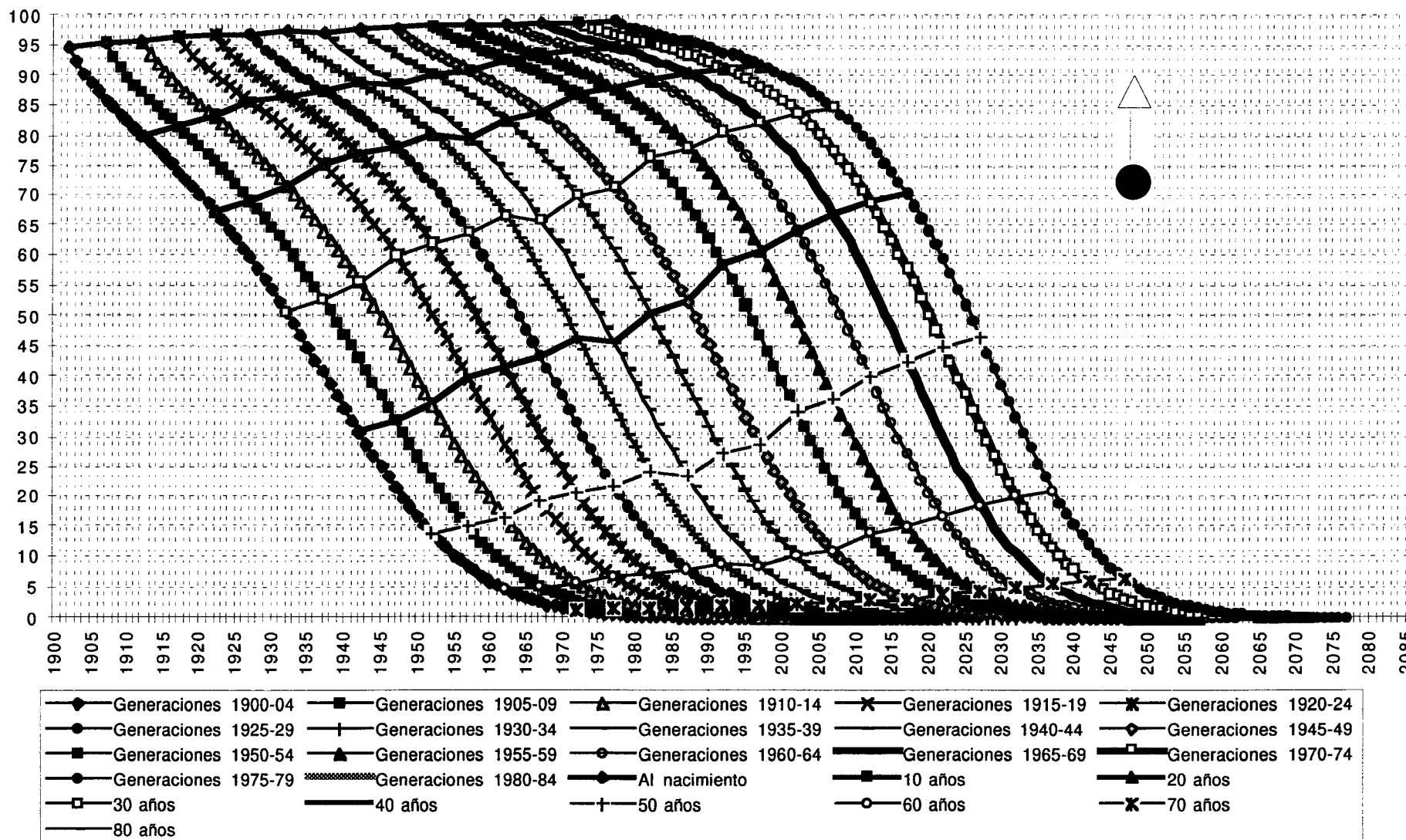
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 109. Probabilidad de tener a la madre superviviente según conjunto generacional y edad del entrevistado



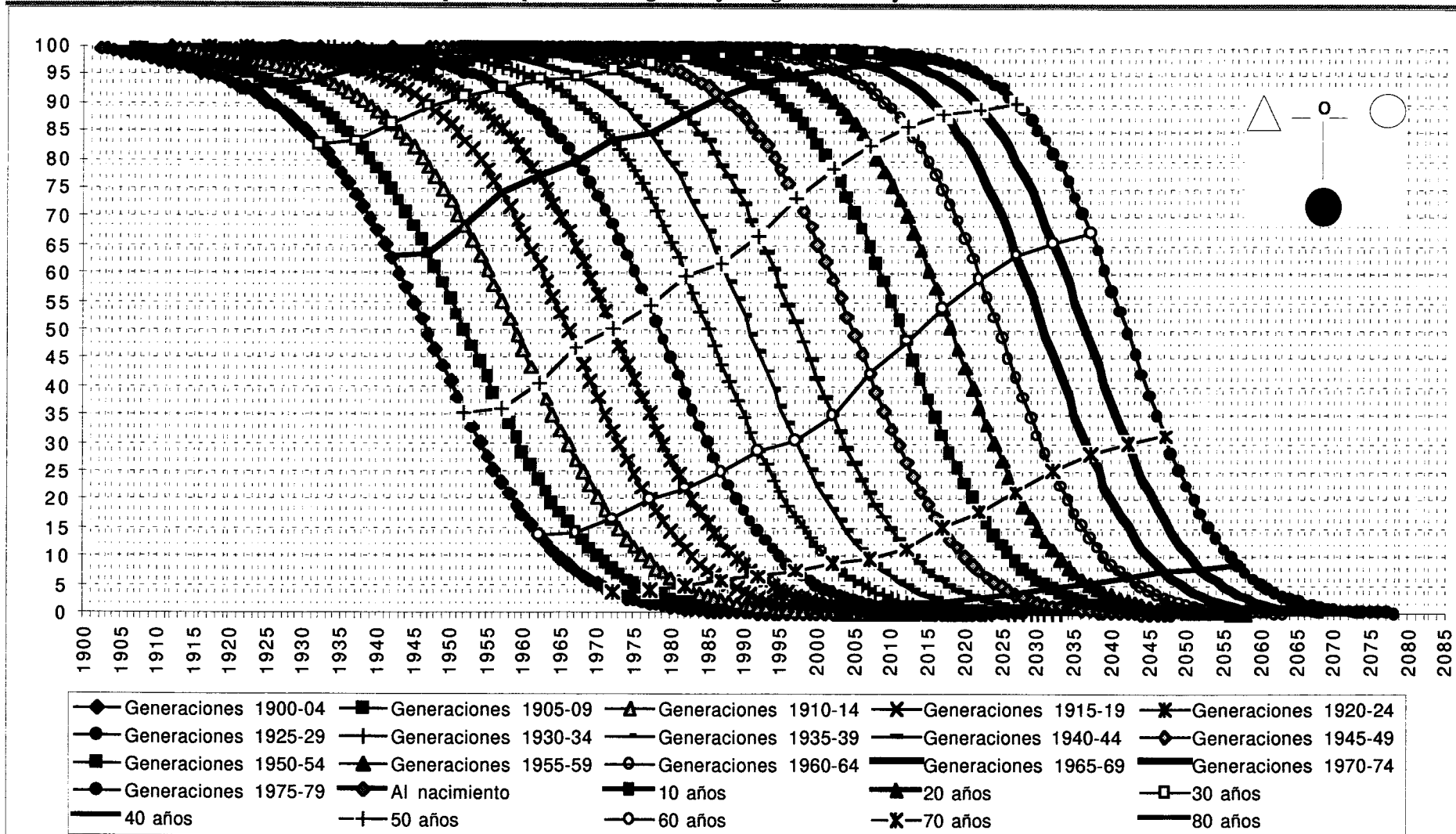
Fuente: elaboración a partir de la Tabla 38.

Gráfico 110. Probabilidad de tener al padre superviviente según conjunto generacional y edad del entrevistado



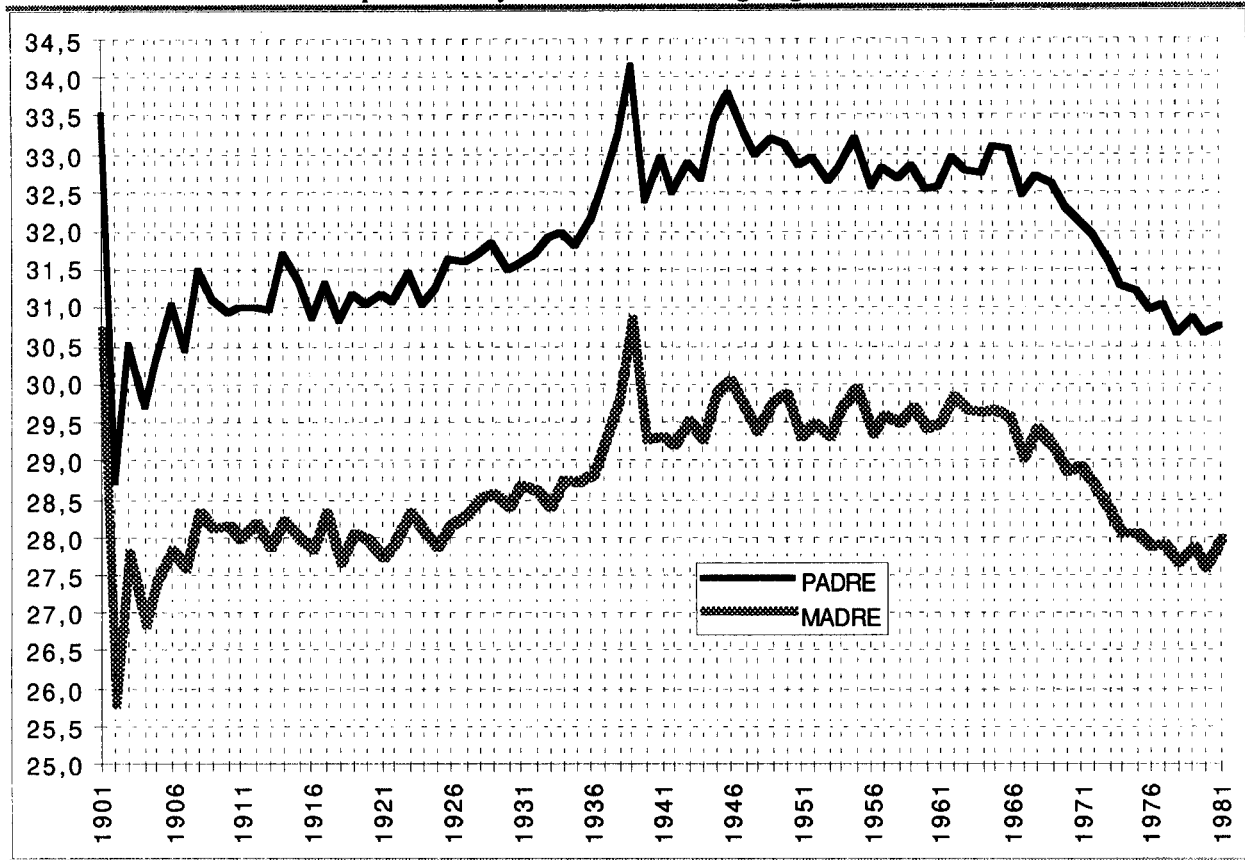
Fuente: elaboración a partir de la Tabla 38.

Gráfico 111. Probabilidad de tener al menos un padre superviviente según conjunto generacional y edad del entrevistado



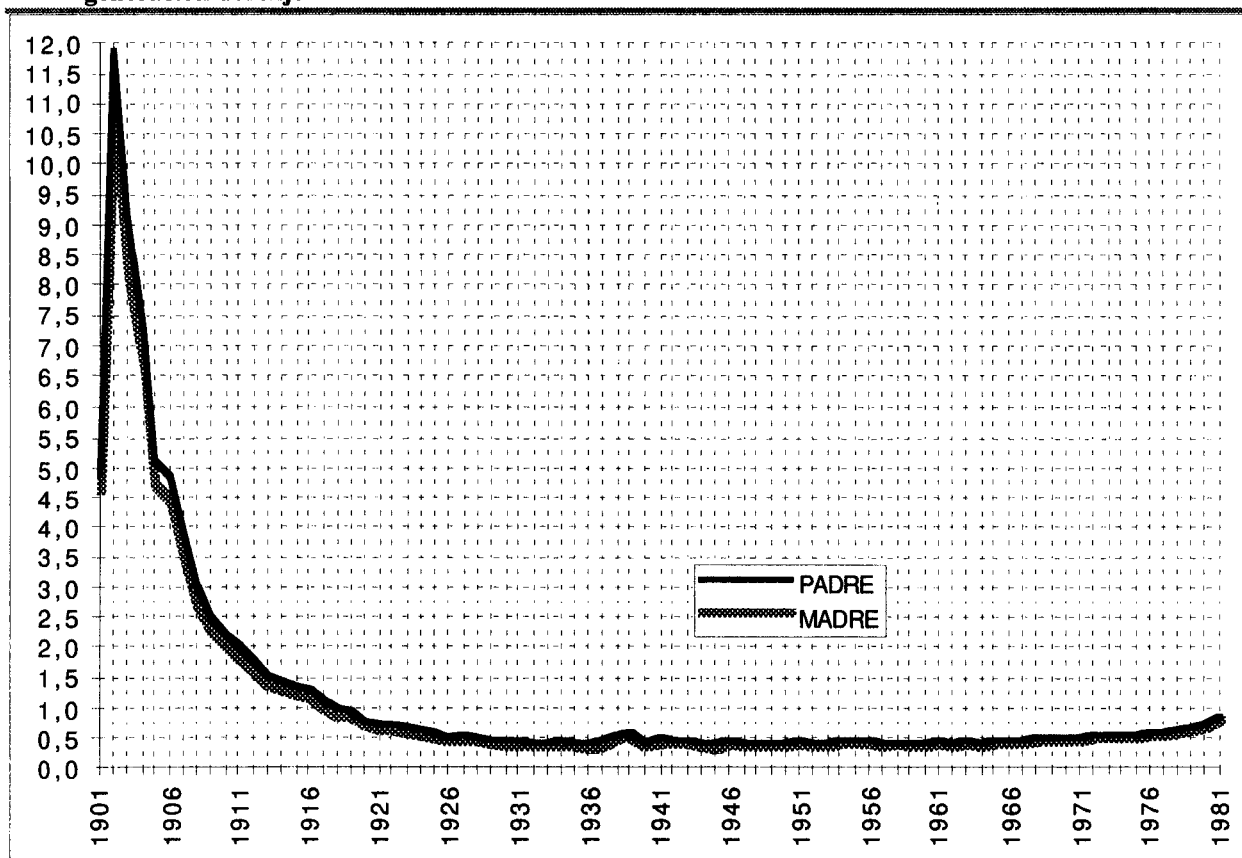
Fuente: elaboración a partir de la Tabla 38

Gráfico 112. Edad media a la paternidad y a la maternidad según generación del hijo



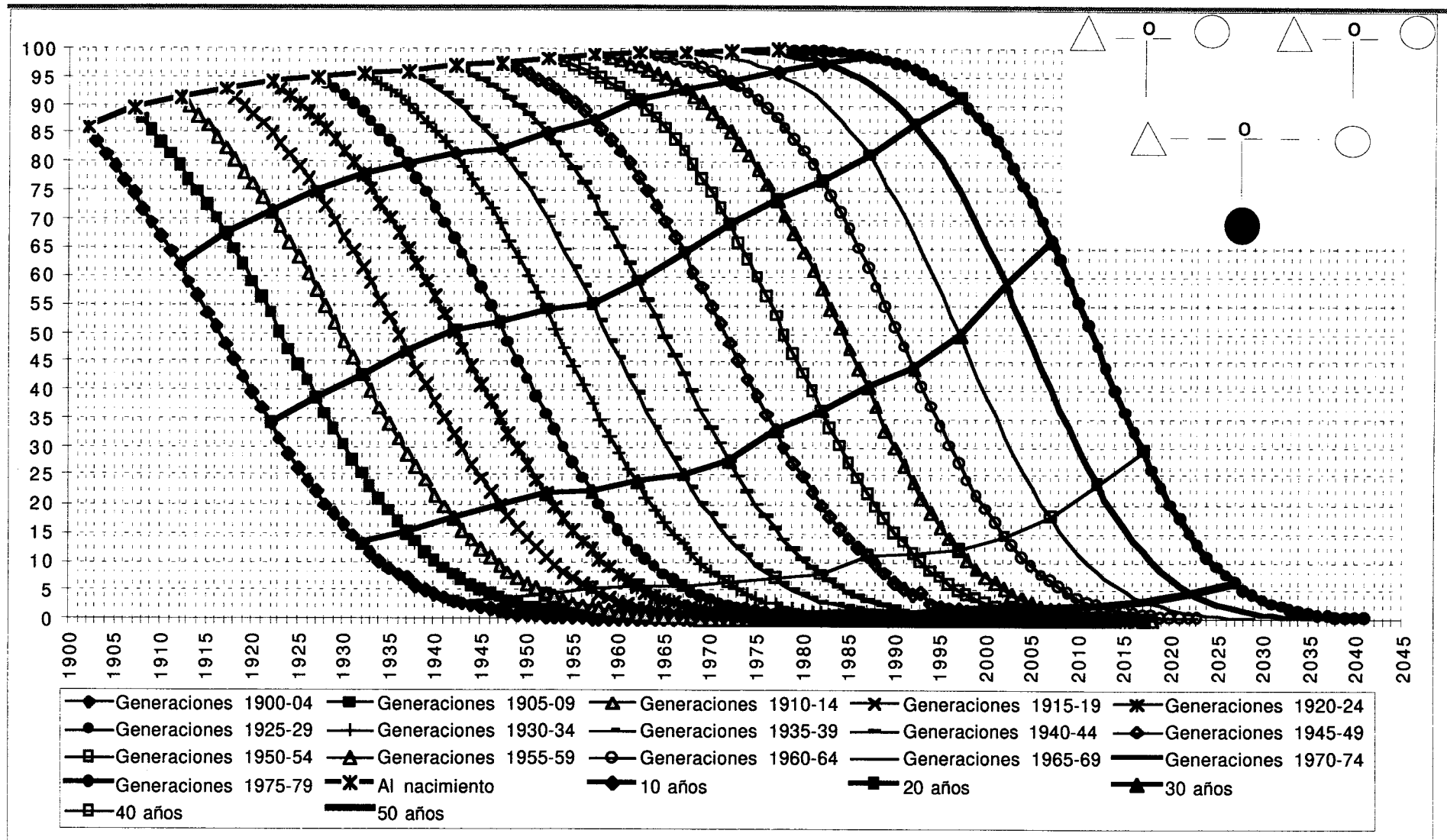
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta sociodemográfica de 1991.

Gráfico 113. Desviación típica de la distribución de la edad a la paternidad y a la maternidad según generación del hijo



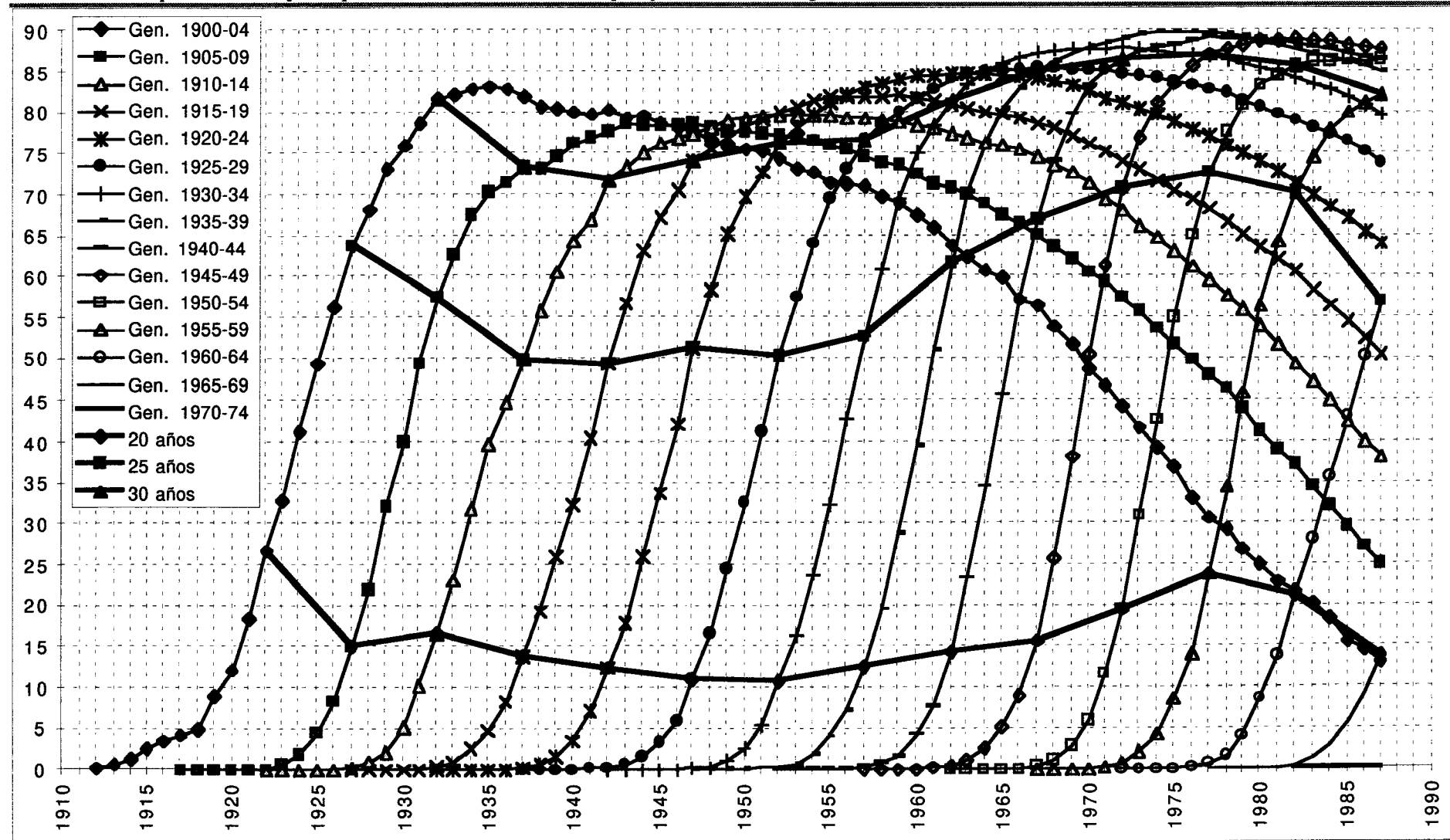
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta sociodemográfica de 1991.

Gráfico 114. Probabilidad de tener al menos un padre o una madre superviviente y, además, un abuelo o abuela con vida, según conjunto generacional y edad del entrevistado



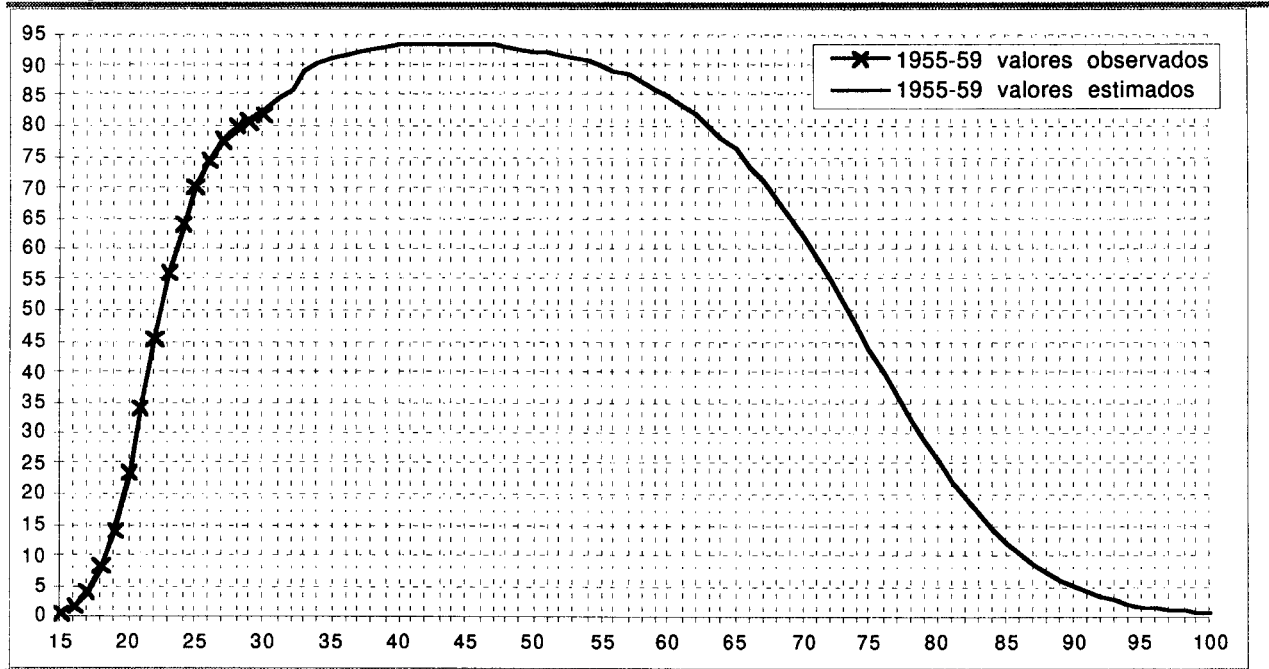
Fuente: elaboración a partir de la Tabla 38.

Gráfico 115. Proporción de mujeres que conviven con un marido o pareja cohabitantes según el momento de observación.



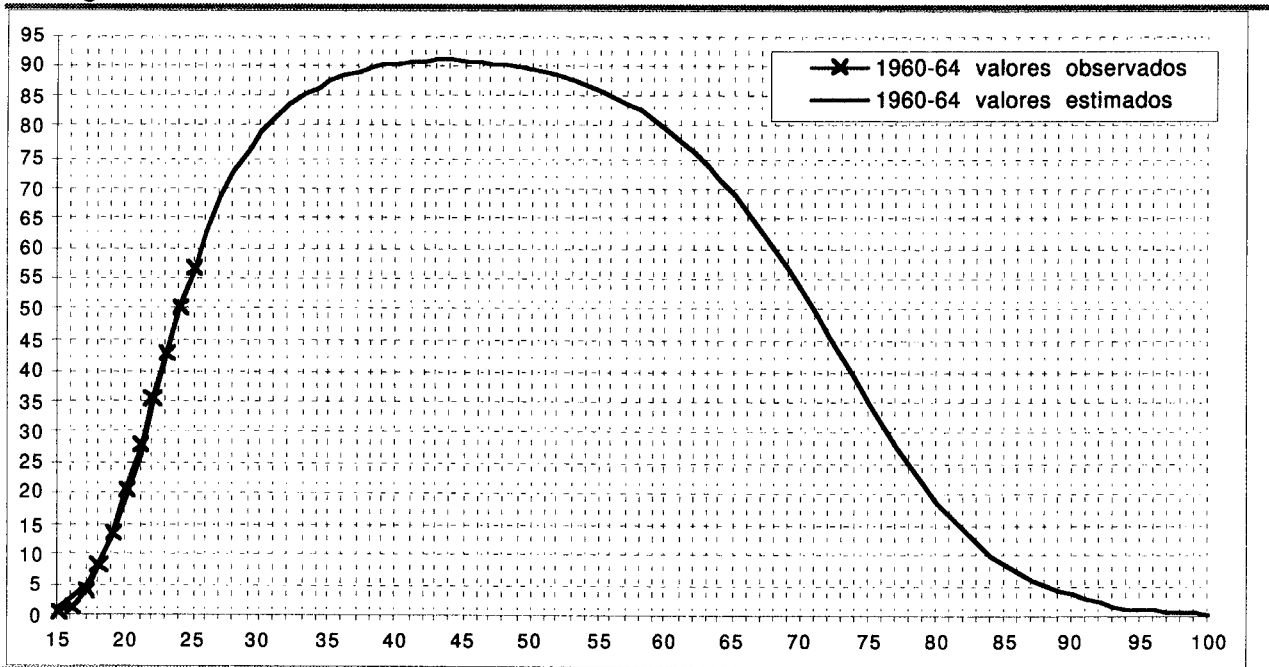
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 116. Proporción de mujeres conviviendo en pareja por edad (datos observados y estimados), generaciones femeninas 1955-59



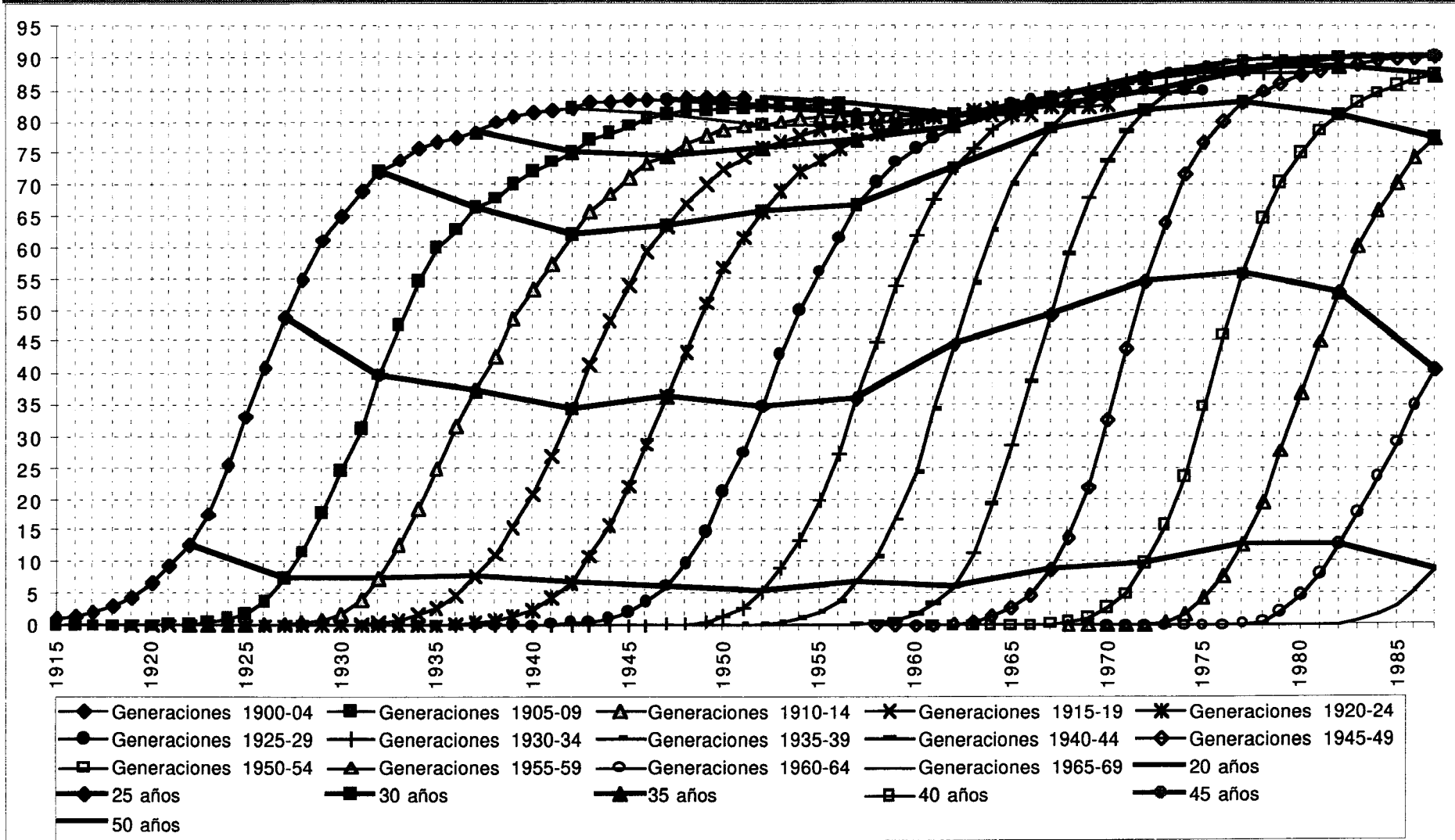
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 117. Proporción de mujeres conviviendo en pareja por edad (datos observados y estimados), generaciones femeninas 1960-64



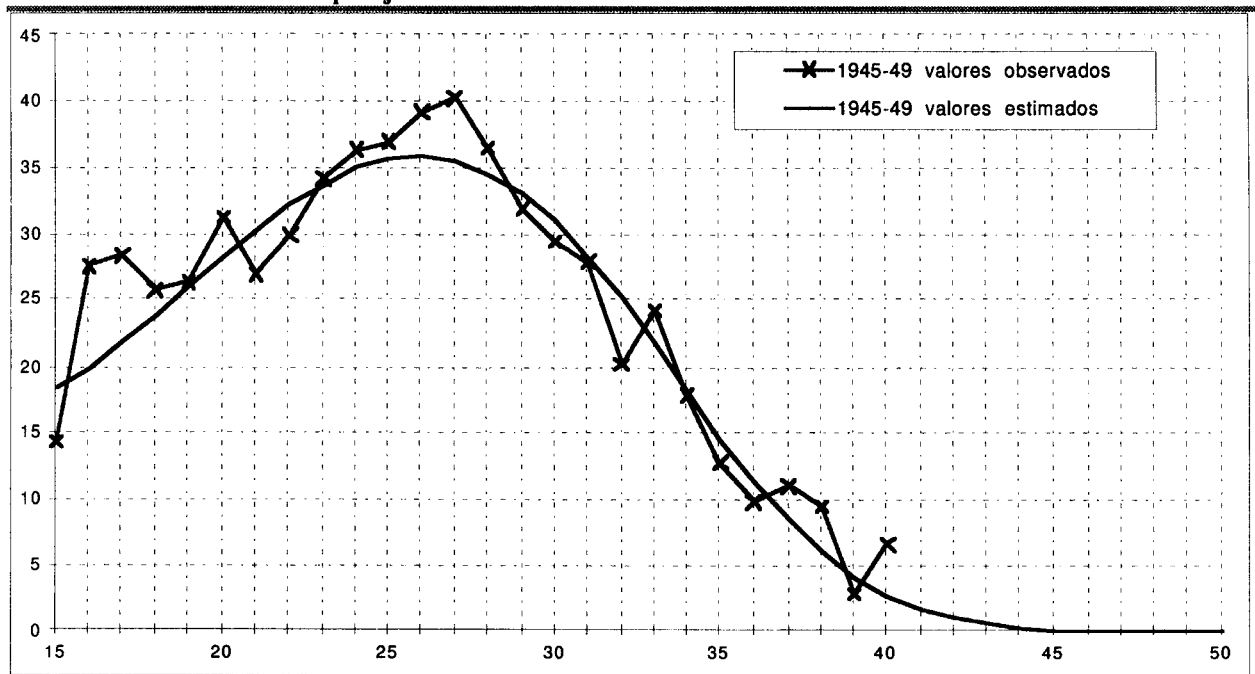
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 118. Proporción observada de mujeres que tienen como mínimo un hijo o hija supervivientes, según generación y edad de la madre.



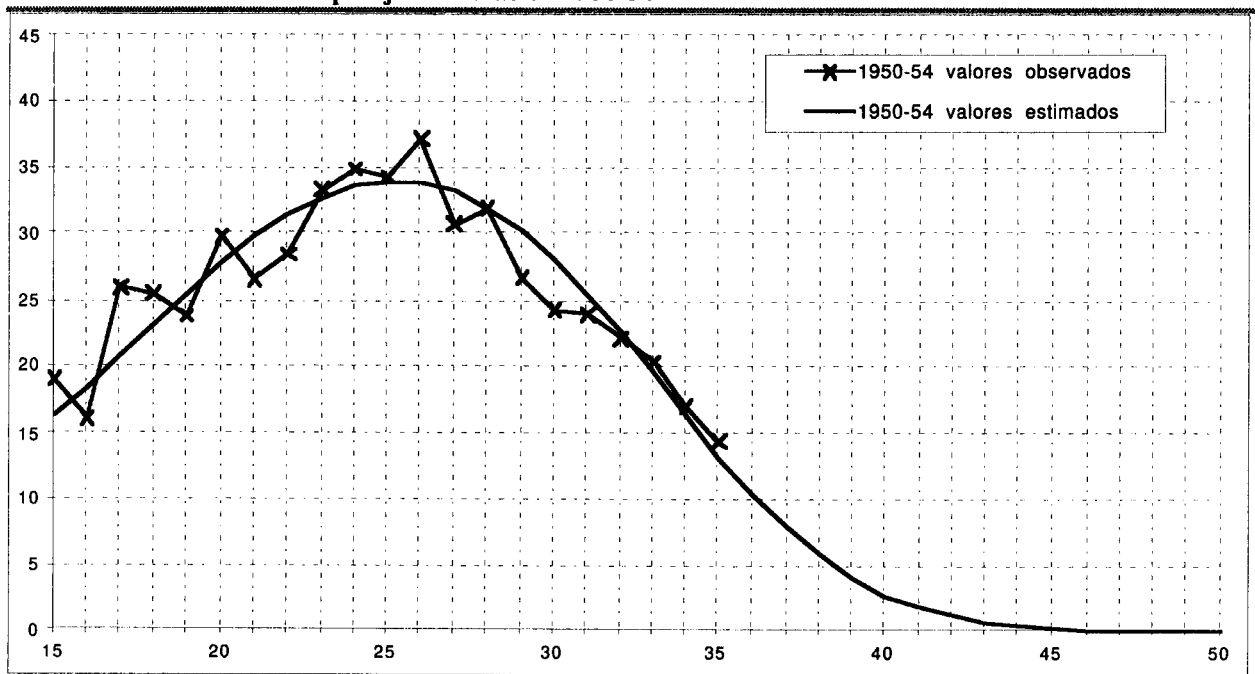
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 119. Tasas de fecundidad de primer orden por edad (observadas y estimadas) de las mujeres conviviendo con una pareja. Generación 1945-45



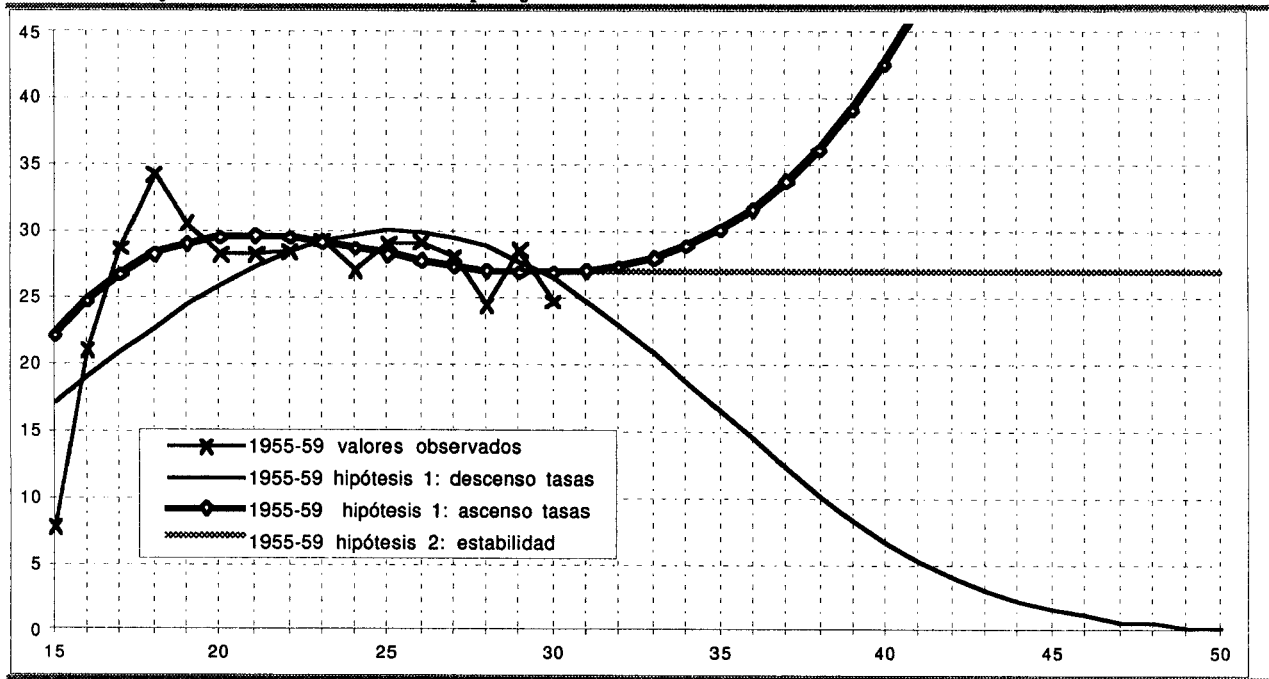
Fuente: elaboración a partir de la Tabla 40.

Gráfico 120. Tasas de fecundidad de primer orden por edad (observadas y estimadas) de las mujeres conviviendo con una pareja. Generación 1950-54



Fuente: elaboración a partir de la Tabla 40.

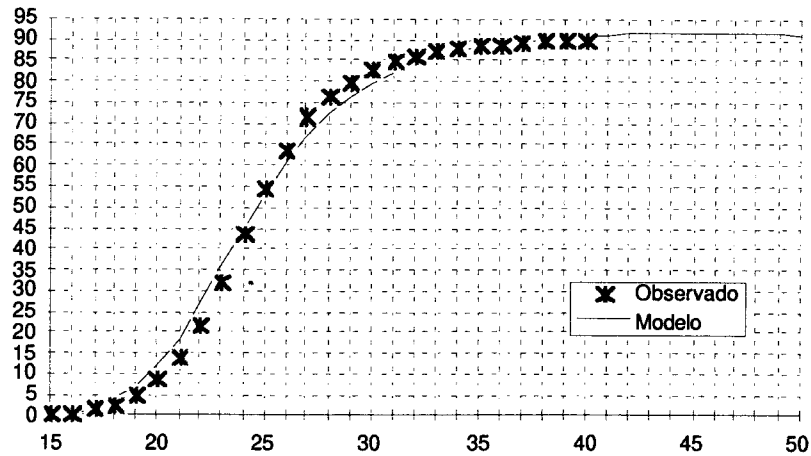
Gráfico 121. Tasas de fecundidad de primer orden por edad (observadas y tres hipótesis de estimación) de las mujeres conviviendo con una pareja. Generación 1950-54



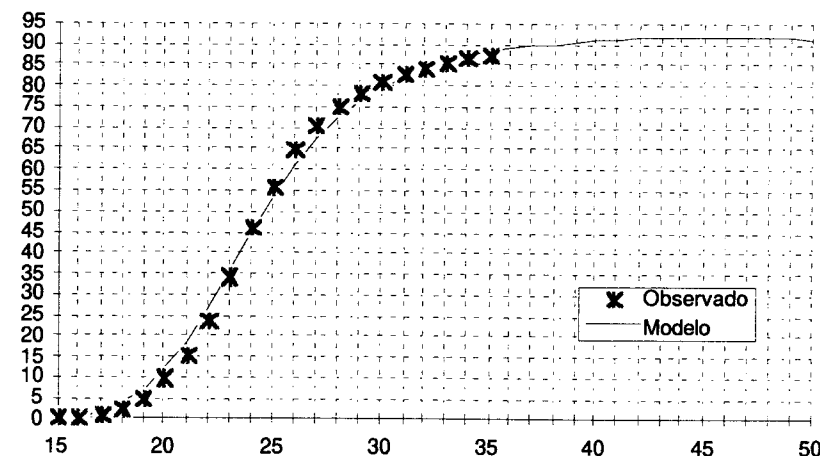
Fuente: elaboración a partir de la Tabla 40.

Gráfico 122. Proporciones observadas y estimadas de mujeres por edad (de los 15 a los 50 años) con al menos un hijo superviviente. Generaciones seleccionadas.

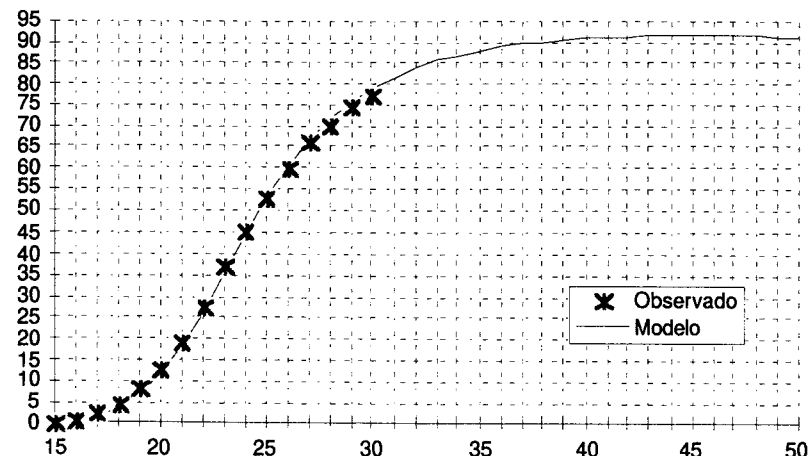
1945-49



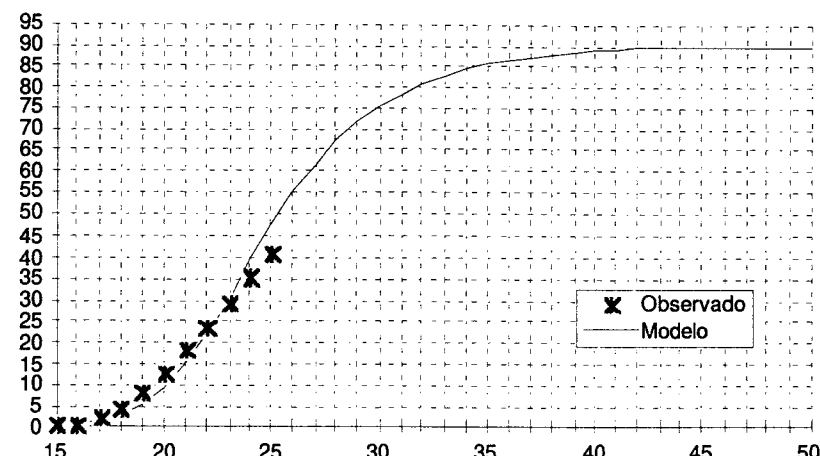
1950-54



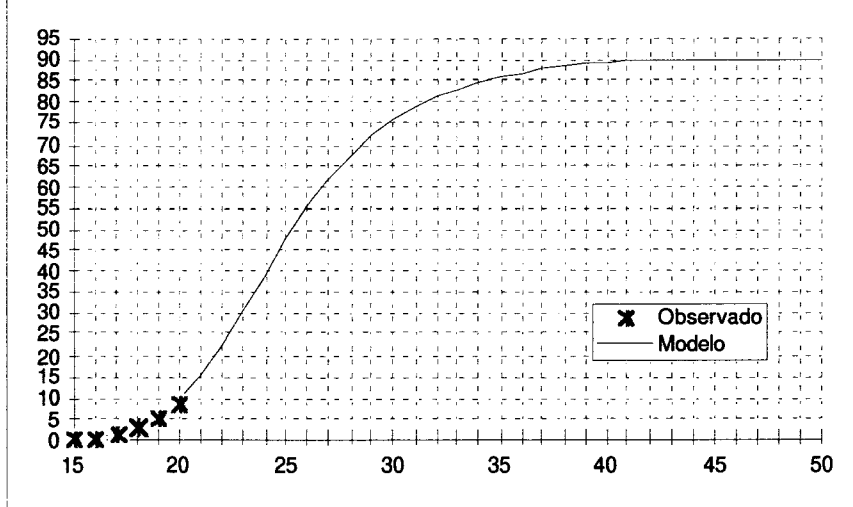
1955-59



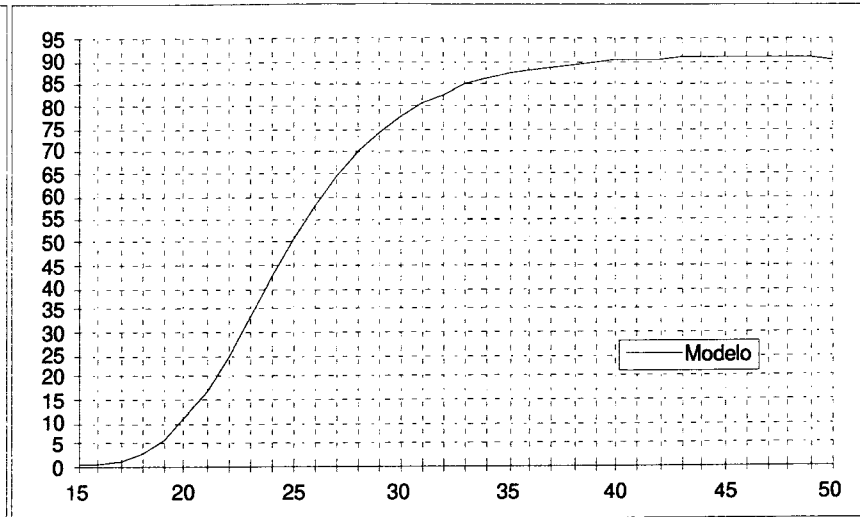
1960-64



1965-69



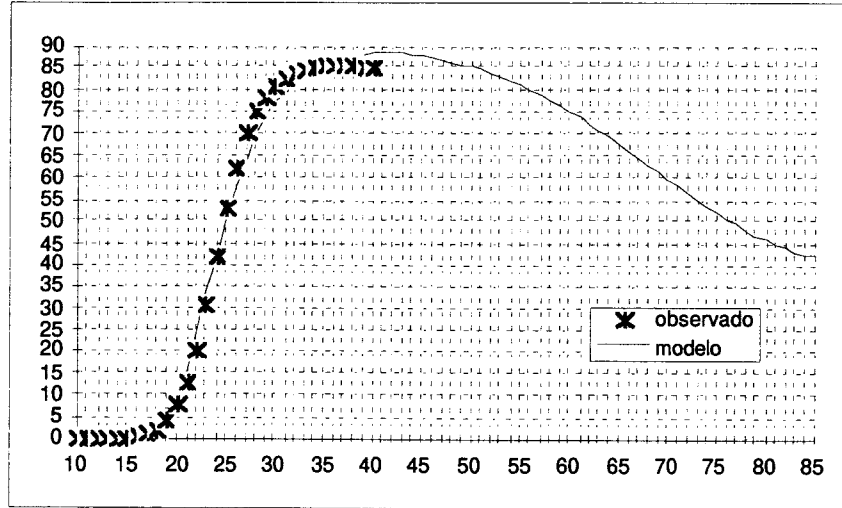
1970-74



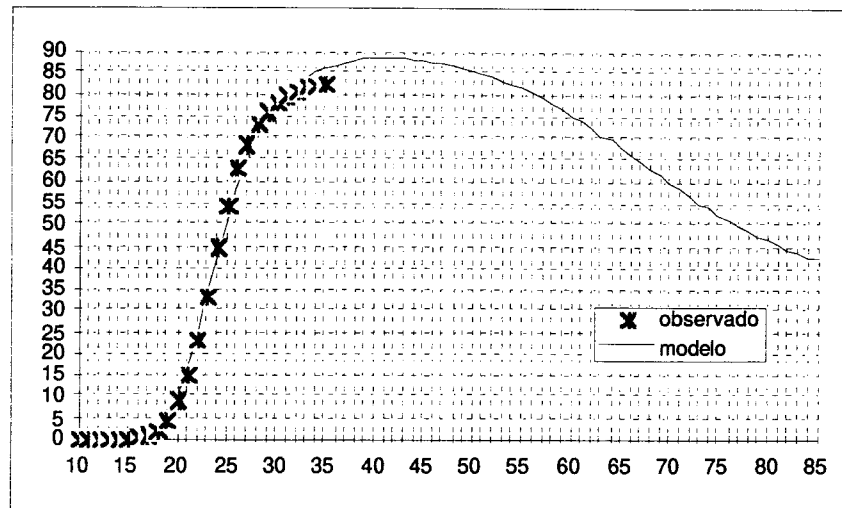
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991 y de la Tabla 41

Gráfico 123. Proporciones observadas y estimadas de mujeres por edad (de los 10 a los 85 años) viviendo con su pareja y con al menos un hijo superviviente. Generaciones seleccionadas.

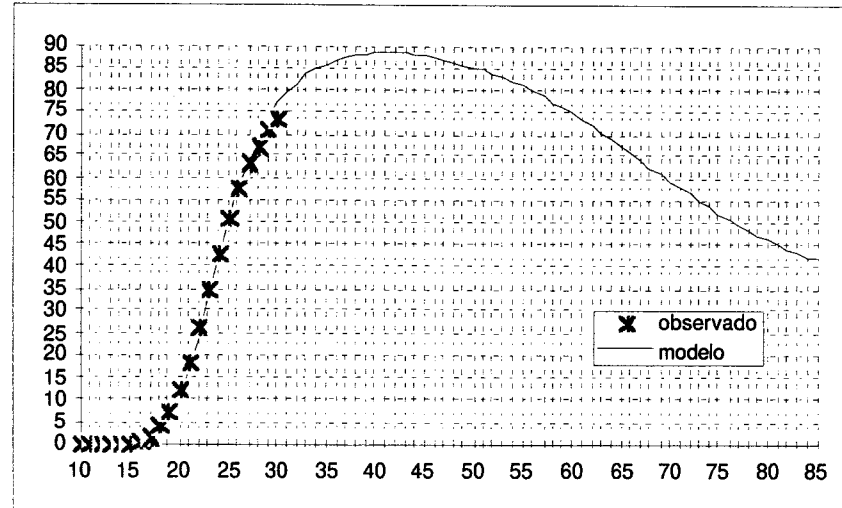
1945-49



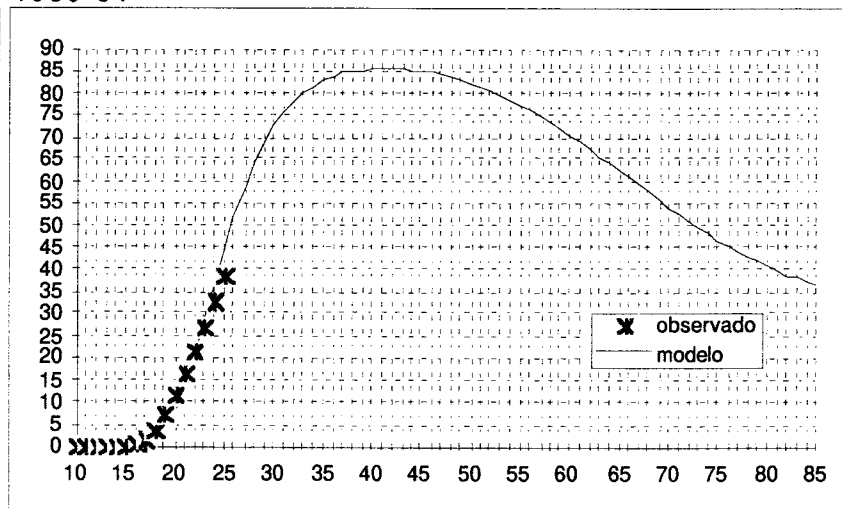
1950-54



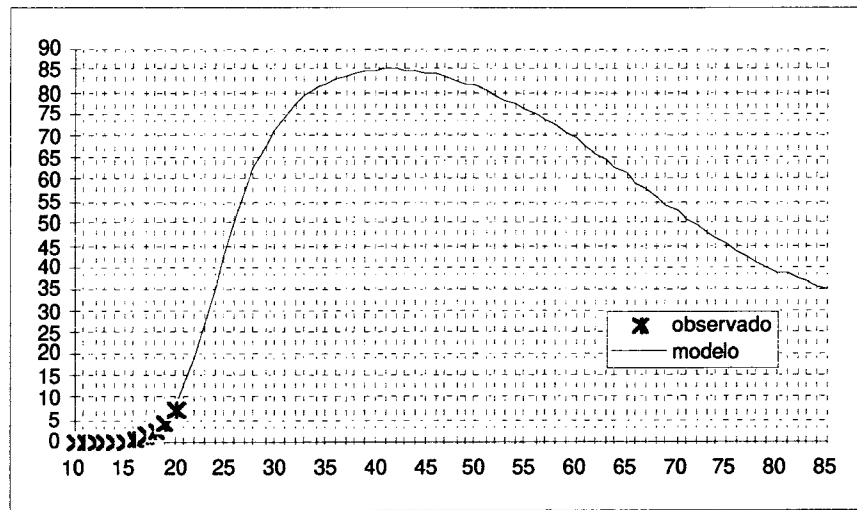
1955-59



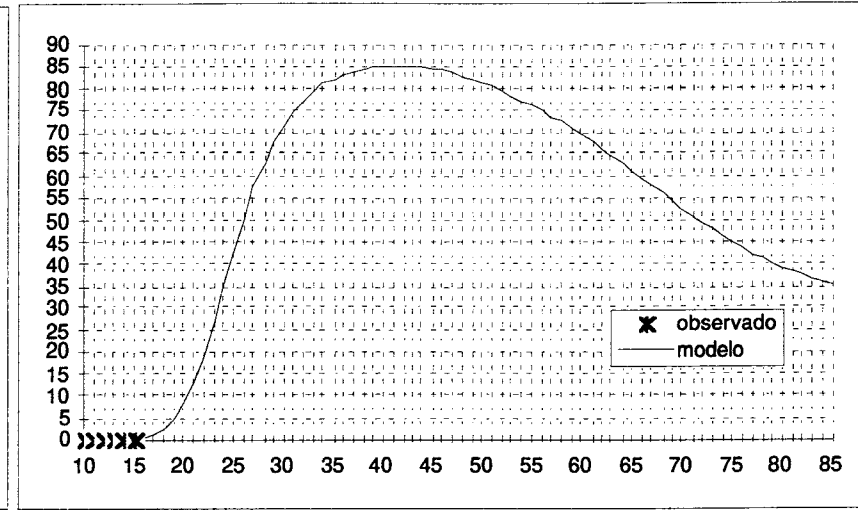
1960-64



1960-64

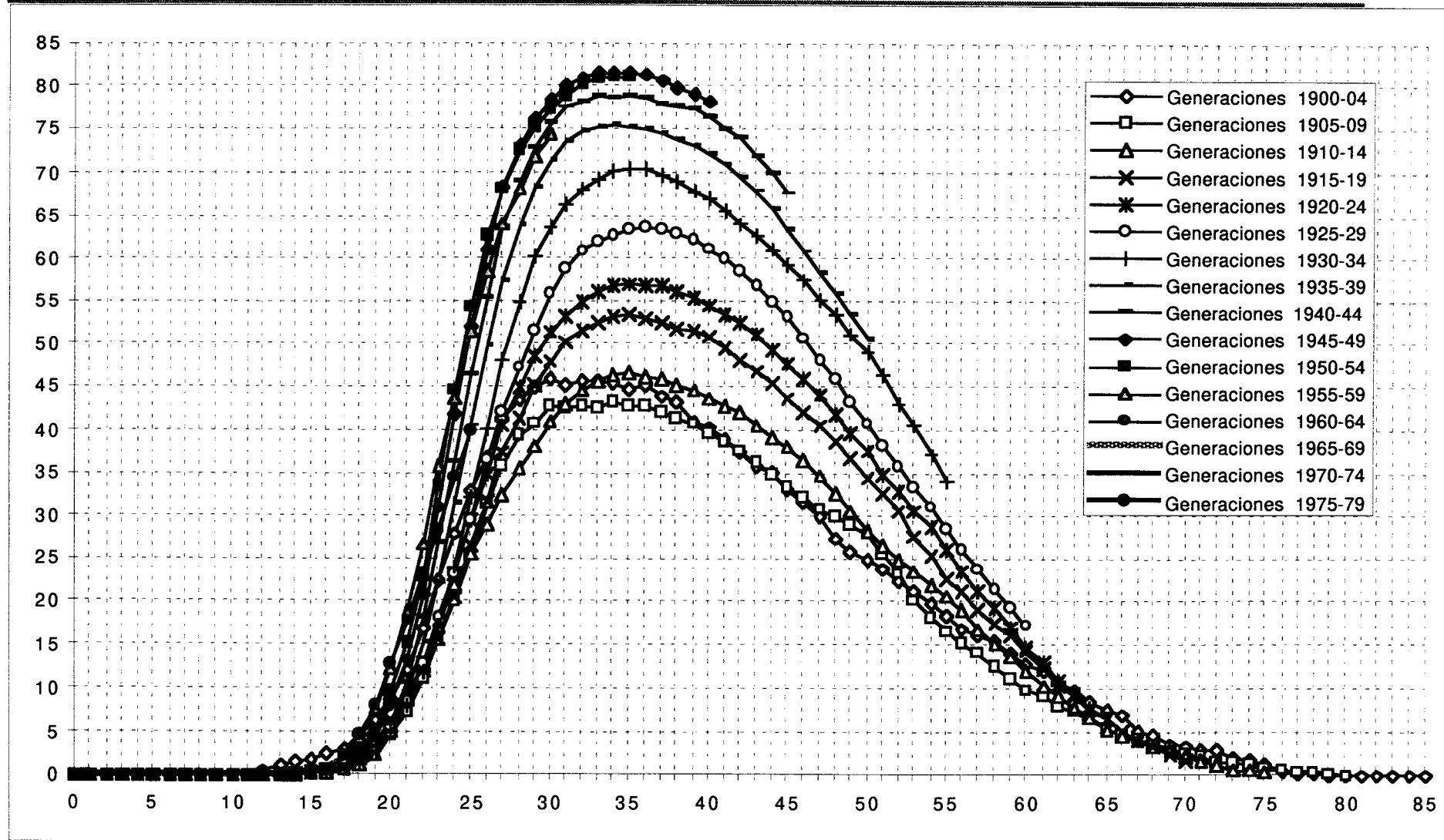


1965-69



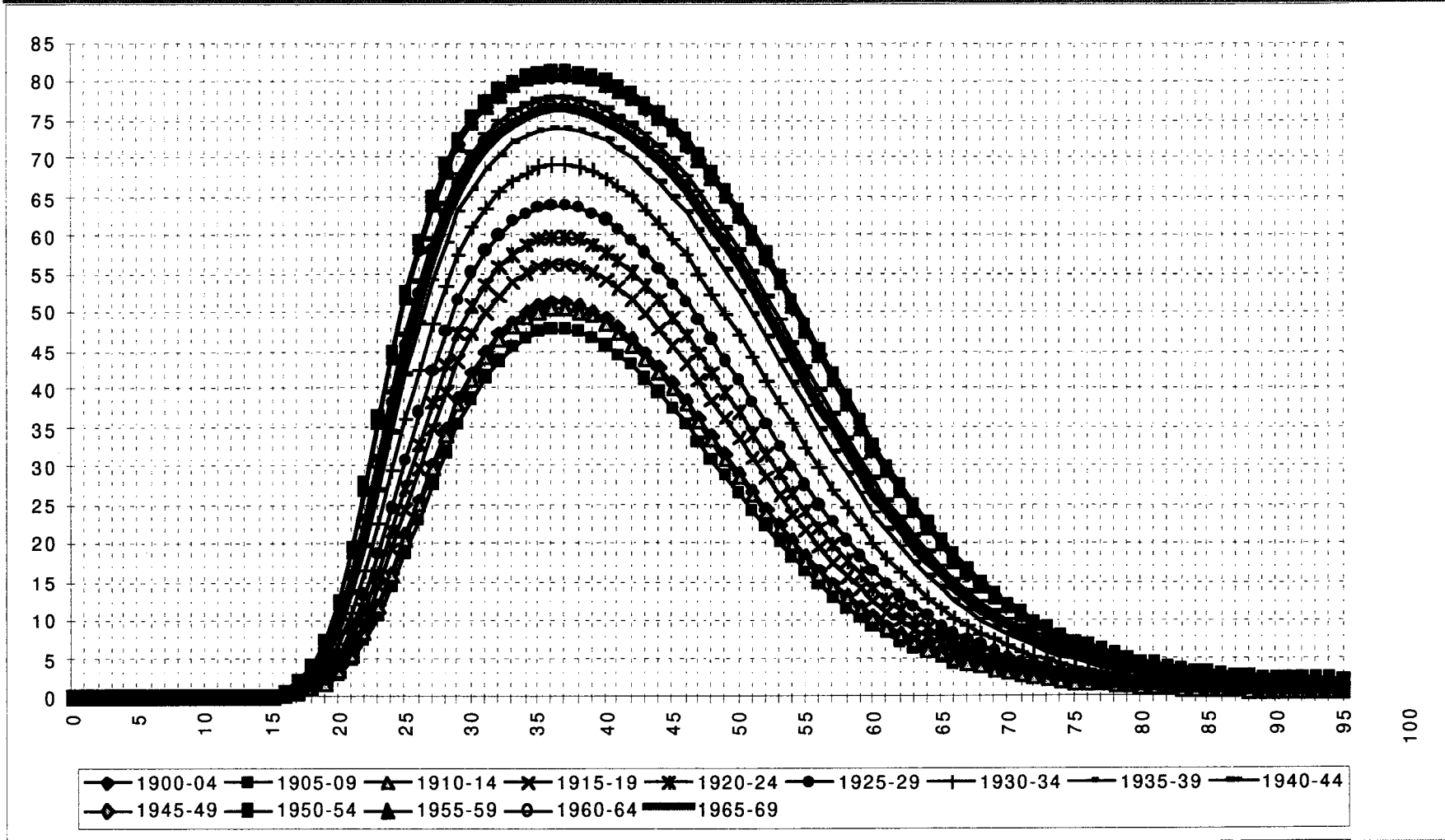
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991 y de la Tabla 42.

Gráfico 124. Probabilidad observada de tener al menos un padre y un hijo vivos según generación de la entrevistada.



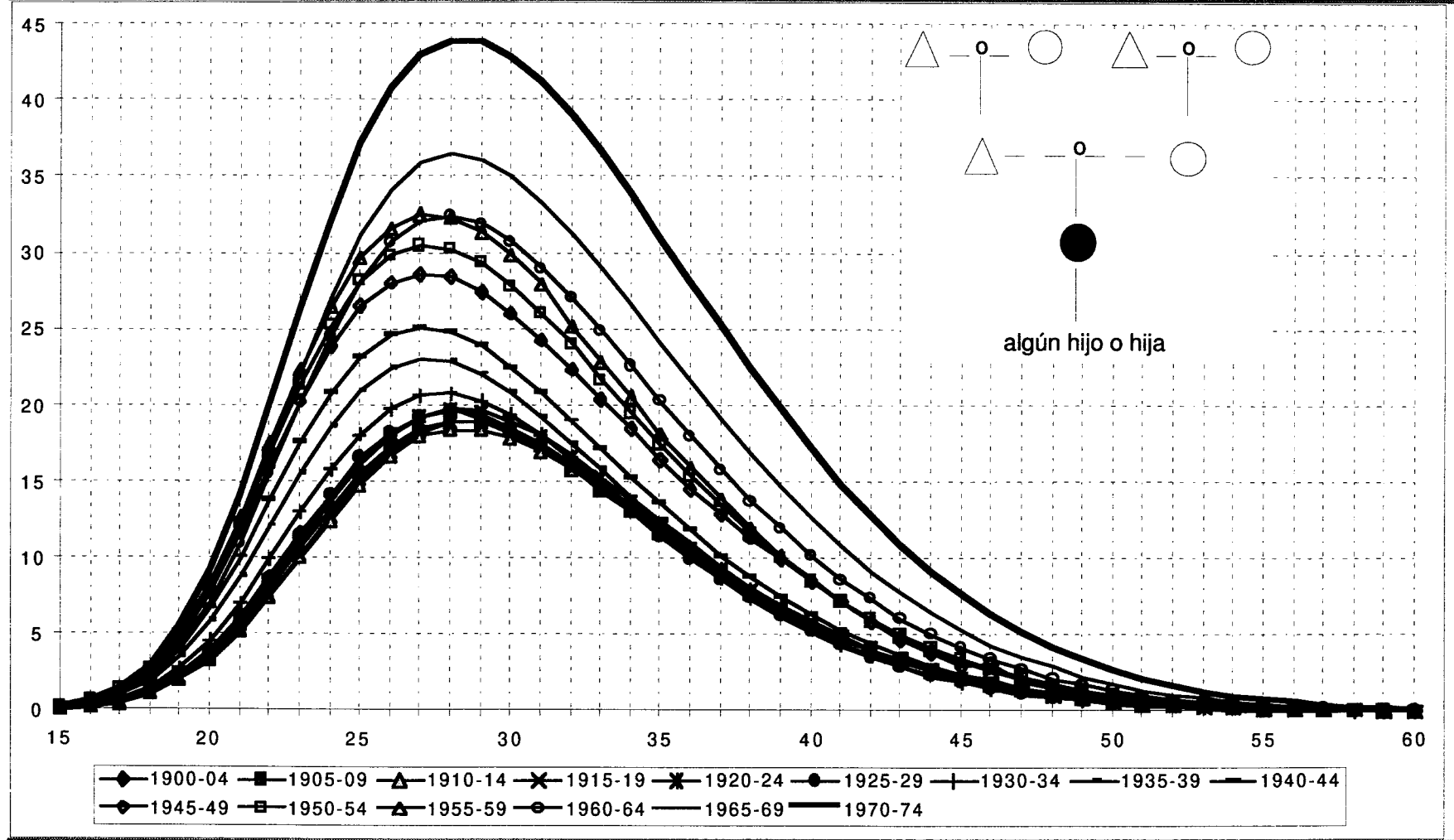
Fuente: elaboración a partir de la Encuesta Sociodemográfica de 1991

Gráfico 125. Estimación de la probabilidad de tener al menor un padre y un hijo vivos según generación de la entrevistada.

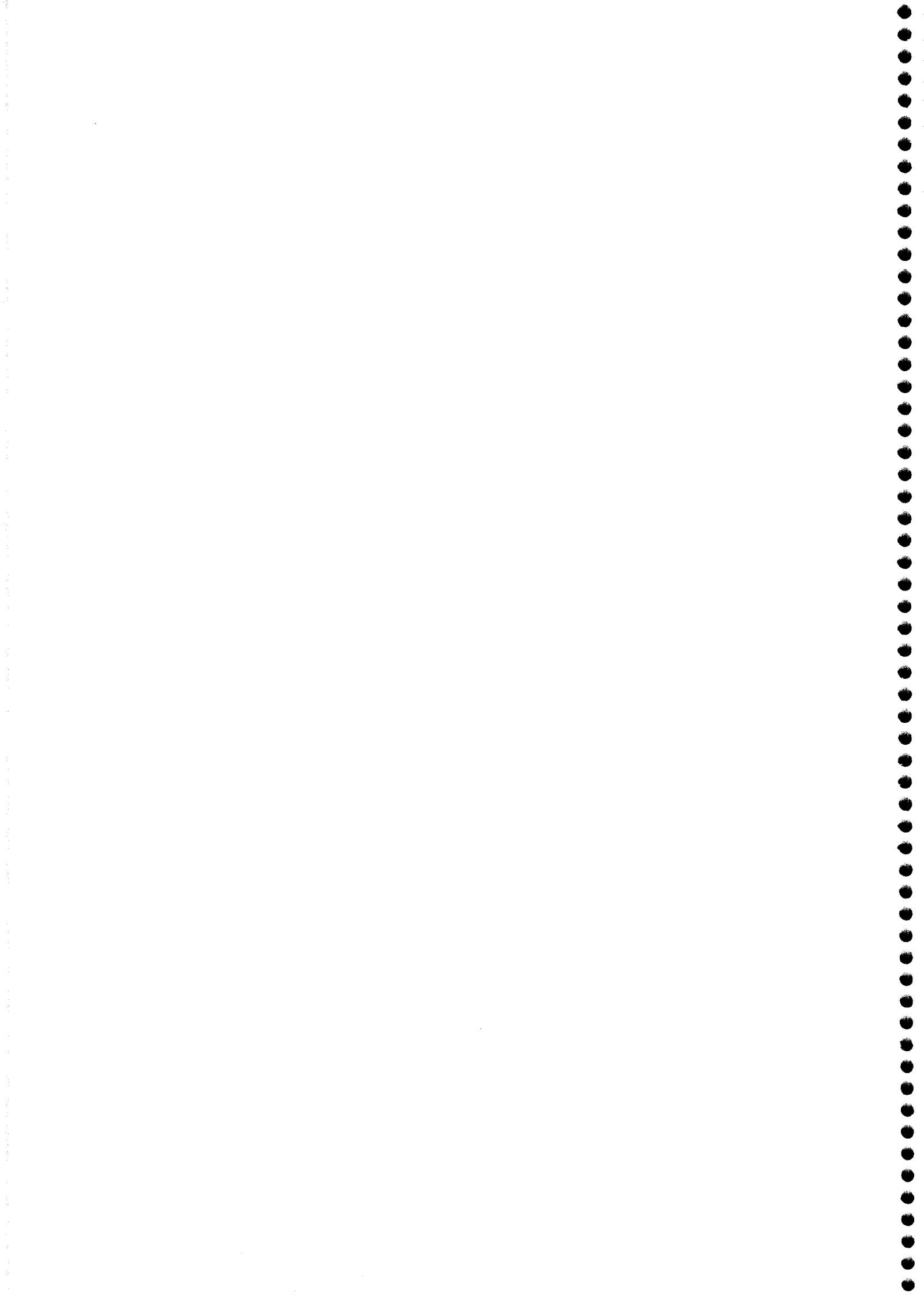


Fuente: elaboración a partir de la Tabla 43.

Gráfico 126. Estimación de la probabilidad de tener al menos un abuelo, un padre y un hijo vivos según generación de la entrevistada.

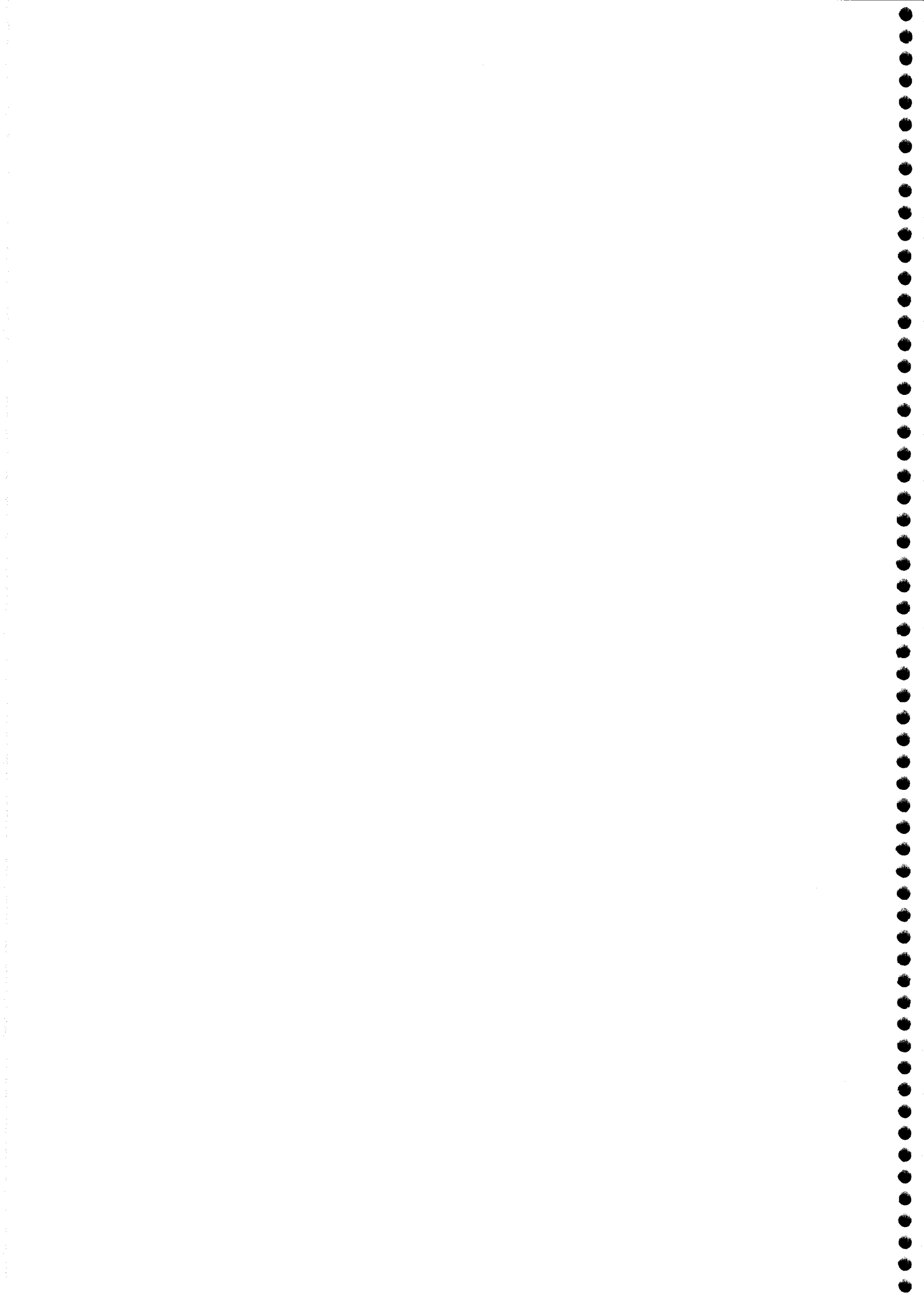


Fuente: elaboración a partir de los modelos estimados sobre la Encuesta Sociodemográfica



IV. CONCLUSIONES

SEXOS Y GENERACIONES EN EL SISTEMA DEMOGRÁFICO MEDITERRÁNEO.



En el presente apartado presentamos las principales conclusiones del informe *Demografía: una cuestión de dos sexos y cuatro generaciones*, así como algunas recomendaciones de orden general para paliar ciertas disfunciones específicamente motivadas por la actual dinámica demográfica.

La evolución demográfica desde finales de los años sesenta en Europa se caracteriza por una profunda alteración de la relación entre los sexos y las edades. Los cambios entre los sexos, el reajuste de la relación entre los géneros, es resultado a la vez que factor impulsor de los cambios sociodemográficos experimentados. Los cambios entre las edades, y en especial la emergencia de la cuarta generación, producto de los espectaculares avances en la esperanza de vida, han transformado muy rápidamente las relaciones intergeneracionales y las estructuras familiares.

La evolución demográfica reciente de los países del sur de la Unión Europea puede ser resultado de un sistema demográfico adaptativo específico, donde los cambios citados se han producido de forma más intensa y en menor tiempo, iniciándose a mediados de los años setenta, coincidiendo con unas condiciones económicas adversas, y con una casi completa ausencia de respuesta institucional. La familia ha asumido casi en su totalidad la escasez de cobertura institucional. Dentro de la familia, han sido unas generaciones muy concretas, ya maduras, las que han soportado el mayor peso de esa transformación. Del mismo modo, deberá entenderse que se ha predefinido el papel de las diferentes edades, tanto en el seno familiar como en el conjunto de la sociedad.

En el presente apartado resumiremos las principales características de la evolución demográfica de las generaciones españolas durante el siglo XX, como clara muestra de los cambios demográficos en el sur de Europa en lo que se refiere a la relación entre los sexos y las edades:

- 1) En primer lugar presentamos las principales transformaciones en la formación, la actividad y la emancipación asociadas al sexo.
- 2) En segundo lugar sintetizamos los efectos del alargamiento de la esperanza de vida y de la verticalización de la familia en las relaciones intergeneracionales, reinterpretando críticamente los efectos del envejecimiento de la población.
- 3) A partir del ejemplo español, exponemos nuestras conclusiones sobre las características de la evolución demográfica en el Sur de la Unión Europea.
- 4) Para concluir, enunciamos los principales campos de interés para el futuro, según nuestro estudio.

Demografía: una cuestión de dos sexos

En la actualidad asistimos a un acentuado proceso de igualación entre sexos.

Esa igualación es claramente perceptible en la evolución de la formación y de la actividad. Por otro lado, las diferencias entre generaciones en el reajuste de las relaciones de género afectan de forma determinante el proyecto reproductivo: la nupcialidad y la fecundidad. Sin embargo, lo que también suele explicarse como modelo familiar tradicional corresponde, como veremos, al comportamiento específico y extraordinario de las generaciones nacidas entre los años 30 y 50. Las generaciones más recientes están protagonizando un proceso de transición familiar, del modelo complementario al modelo igualitario.

La formación en el siglo XX en España se ha universalizado, llegándose en la actualidad a una inversión de la relación histórica del sexo y la formación: las mujeres de las generaciones más recientes son más instruidas que los hombres.

Este proceso ha ido acompañado de una revolución en las funciones familiares de la instrucción de los hijos.

A principios de siglo el proceso de escolarización se encontraba muy retrasado y mostraban grandes diferencias según el sexo: el 38% de las mujeres nacidas entre 1901 y 1905 nunca estuvo escolarizada, frente al 29% de los hombres de las mismas generaciones.

Hasta las generaciones de los años 40 y 50, todo el avance consistió en la extensión de la escolarización sin aumento paralelo de la intensidad de los estudios: en las generaciones 1951-55 más del 95% de hombres y mujeres cursaron estudios primarios. Dicha extensión fue para estas generaciones más rápida entre los hombres que entre las mujeres.

En las generaciones posteriores se experimenta un rápido incremento también en el nivel de estudios de los escolarizados, especialmente intenso a partir de las generaciones nacidas en los años 60, en las que más de un 85% acabó estudios por encima de los primarios. Es también en estas generaciones en las que se invierte la relación entre los sexos: así, a partir de la generación 1966-70 las mujeres con estudios universitarios o similares son más numerosas que las que tienen estudios secundarios, y más que los hombres que tienen estudios universitarios.

Hay que destacar en este apartado la divergencia entre las pautas observadas para España y para Italia: mientras que España para las últimas generaciones se encuentra entre los países con un período de formación más extenso, Italia se encuentra entre los menos extensos. De

hecho, la escala europea varía según el nivel de instrucción al que nos refiramos. Sólo el Reino Unido, entre los países analizados, presenta la menor instrucción sea cual sea el nivel educativo considerado. Por otro lado, en Suecia y Francia se observan los máximos porcentajes de jóvenes con estudios medios, y el sur de Europa se encuentra en una posición intermedia entre estos países y el Reino Unido. En contraste, con respecto a la educación superior, mientras que Holanda es el país con más universitarios, Francia, España y Portugal tienen una posición intermedia similar, quedando en el último lugar Grecia, Italia, Suecia y el Reino Unido. No parece pues que desde esta perspectiva haya una coherencia regional.

En las últimas décadas, la progresiva incorporación de la mujer al mercado de trabajo y la tardía y difícil inserción laboral de los jóvenes han sido dos de las características más notables de la actividad en España.

La evolución de la actividad en el siglo XX en España está determinada por el paso tardío y muy rápido de un sistema productivo mayoritariamente agrario a otro industrial que caracterizó la década desarrollista de los años sesenta, y que se vio abruptamente reconvertido a partir de la crisis económica de mediados de los años setenta, para dar paso a una economía postindustrial con el peso correspondiente del sector terciario.

Entre los hombres, hasta las generaciones nacidas a partir de los años cuarenta, la actividad se caracteriza por una notable precocidad: un 75% de los nacidos entre 1901-05 habían empezado a trabajar antes de los 15 años, proporción que no bajará del 50% hasta las generaciones 1946-50. Hasta las generaciones nacidas en los años 40 la inserción laboral sigue siendo mayoritaria en el sector agrario, aunque a partir de las generaciones nacidas en 1930 se da un continuo trasvase del sector agrario en el que iniciaron su biografía laboral al secundario. Únicamente para las generaciones masculinas nacidas entre 1941 y 1950 la inserción en el sector secundario pasa a ser mayoritaria. Las generaciones masculinas nacidas entre 1930 y 1950 fueron las que más migraron, coincidiendo con los acelerados cambios en el sistema productivo. Son también los hombres de estas generaciones los que más extensamente encarnan el modelo tradicional de hombre proveedor económico en el seno de la familia española. A partir de la generación 1951 el sector servicios ocupa el primer lugar de inserción laboral.

Entre las mujeres, la intensidad y el calendario de la actividad ha sido mucho menor que en los hombres, mostrando una evolución no lineal. Las mujeres de las generaciones 1911-15 protagonizan un incremento de la actividad que las hace alcanzar el 62% de alguna vez activas, por encima de las generaciones anteriores. Mantienen, además, su actividad en mayor medida que las generaciones anteriores y posteriores, en estrecha relación con la elevada soltería que las caracterizó (un 14% de soltería definitiva). Las nacidas en 1921-25 verán reducido ese porcentaje al 59,9%, a partir de ellas la intensidad será nuevamente creciente para todas las generaciones llegando a un 84% de alguna vez ocupadas para las nacidas en 1956-60. Se

generaliza el trabajo de la mujer soltera y el abandono de la actividad entre las mujeres casadas y fecundas. Si los hombres nacidos entre 1930 y 1950 encarnaban el modelo tradicional, las mujeres nacidas entre 1930 y 1950, pese a tener unas proporciones de alguna vez ocupadas significativamente elevadas (70%), son también las que menos actividad tienen entre los 30 y los 35 años, y las que más intensa y extensamente se han dedicado al trabajo doméstico. Las generaciones nacidas a partir de 1946 seguirán incrementando su inserción en el mercado de trabajo, esta vez acercando también su calendario al de la actividad masculina.

En el futuro próximo es previsible un espectacular incremento de la actividad entre los jóvenes, tanto hombres como mujeres.

Si las mujeres de las generaciones 1950-60 tuvieron que enfrentarse a una coyuntura económica negativa en el momento de su entrada al mercado laboral, perteneciendo a las generaciones más numerosas de la historia de España, las mujeres nacidas a partir de 1975 pueden beneficiarse de una coyuntura económica positiva y de pertenecer a las generaciones vacías fruto del descenso de la natalidad. Como preludio de esta tendencia se ha observado cómo la generación española 1970-74 superaba a partir de los 17 años las tasas de actividad registradas para una determinada edad y sexo para la generación nacida cinco años antes.

El actual retraso del paso a la vida adulta de los jóvenes y el consiguiente aplazamiento de su biografía laboral y familiar (formación de pareja y proyecto reproductivo) son una reacción adaptativa a las condiciones económicas, pero también a las nuevas opciones abiertas por la eficiencia reproductiva conseguida ya en las generaciones anteriores.

A lo largo del siglo XX, podemos destacar tres pautas generacionales de emancipación claramente definidas entre hombres y mujeres:

- 1) las generaciones más antiguas, nacidas entre 1900 y 1930, donde la mortalidad de los progenitores juega un papel determinante, y que protagonizan un progresivo retraso del calendario de la emancipación. Así la edad media a la emancipación entre las mujeres nacidas en 1901-05 es de 24 años, y de 26 años en los varones, la generación 1921-25 presenta el máximo retraso con 25,5 años para las mujeres y 27,6 años para los hombres.
- 2) A partir de los nacidos en 1926-1930 el calendario de la emancipación se rejuvenece, la propia emancipación se generaliza, y la mortalidad de los progenitores pierde importancia como factor de emancipación. De este modo, en las generaciones 1946-50 las mujeres se emancipan a una edad media de 23 años y los hombres con 24,6 años. Por

otro lado, si en las generaciones masculinas nacidas entre 1906-10, eliminando el efecto de la orfandad, a los 30 años hubiesen tenido un 61% de emancipados, las generaciones masculinas nacidas entre 1951-45, presentaban a esa misma edad un 83% de emancipados. Pese a ese rejuvenecimiento su edad a la emancipación seguía siendo tardía respecto a otros países europeos.

- 3) Las generaciones nacidas a partir de 1960 vuelven a protagonizar un retraso muy importante de la edad a la emancipación. Ese retraso ha sido más prolongado en aquellos países donde existían pocas o ninguna política pública de ayuda a los jóvenes y sus familias. Es el caso de los países del sur de Europa, y evidentemente el de España. El tiempo de espera para la integración en la vida adulta ha sido empleado en la inversión educativa. El proceso ha sido semejante para las generaciones más jóvenes de hombres y mujeres, pero ha resultado espectacular en el caso de las mujeres. El retraso en la emancipación en los países del sur de Europa se ha traducido en un retraso en la formación de la pareja: retraso de la nupcialidad y escaso desarrollo de la cohabitación.

Acorde con estos razonamientos, aunque en todos los países europeos se ha experimentado un cierto retraso en la edad a la emancipación para las generaciones más contemporáneas, se observa que mientras que Suecia presenta las pautas de emancipación más tempranas, España e Italia presentan las más tardías.

La emancipación ha seguido estrechamente ligada a la formación de pareja para todas las generaciones masculinas y femeninas españolas observadas.

La evolución de la nupcialidad ha sido y sigue siendo un factor determinante en la formación de la familia, es decir, en la fecundidad. En sintonía con las pautas de emancipación domiciliar, la formación de la pareja presenta el calendario más tardío en España e Italia, siendo mucho más temprano en el resto de los países, encabezados por Suecia. La baja proporción de parejas cohabitantes está más relacionada con las condiciones materiales de la emancipación que con el sistema de valores de los individuos o de los modelos familiares: la expansión de la cohabitación depende de la inserción laboral de los jóvenes, y en especial de las mujeres.

Emergencia de la cuarta generación y verticalización de la familia

La esperanza de vida en España es actualmente de las más altas de Europa y del mundo, y las estructura por edades de la población experimenta un envejecimiento muy rápido en las últimas décadas.

La transición sanitaria y de la mortalidad se producen en España con un retraso considerable. En 1900 la esperanza de vida al nacer era de 33,8 años para los hombres y de 35,1 años para las mujeres. Los avances a partir de la segunda mitad del siglo son muy intensos, situándose en 1996 en 74 años para los hombres y 82 años para las mujeres. Junto con la baja fecundidad, la elevada esperanza de vida es una de las características excepcionales de los actuales indicadores demográficos españoles. La inusitada rapidez del cambio en las pautas de supervivencia debe tener profundas consecuencias sobre la configuración actual de la convivencia entre las generaciones presentes.

En las generaciones de las cuatro primeras décadas del siglo, la mortalidad infantil es anormalmente elevada, y es la principal explicación de la escasa esperanza de vida al nacer. Las tasas de mortalidad infantil no bajarán del cien por mil hasta 1944. Las primeras generaciones que consiguen sobrevivir en más del 50% hasta los 50 años (fin del período reproductivo femenino) son las nacidas entre 1900 y 1905. Quiere ello decir que hasta la segunda mitad del siglo quienes consiguen sobrevivir hasta la madurez habían sido siempre menos de la mitad de los efectivos iniciales de sus generaciones. En cambio, la edad mediana a la defunción de las generaciones posteriores se retrasa muy rápidamente. Las nacidas en los años treinta/cuarenta ronda los 80 años, de modo que la inmensa mayoría de sus efectivos iniciales consigue sobrevivir durante su período fecundo (son las que llegan a la madurez a partir de la década de los ochenta), consiguiendo una eficiencia reproductiva que permite tamaños de descendencia menores que los de cualquier otra generación anterior, con unas tasas netas de reproducción holgadamente superiores a la unidad en las generaciones que completan su ciclo reproductivo a finales del siglo XX.

La fecundidad ha sido un elemento determinante en el proceso de envejecimiento demográfico. En las generaciones nacidas durante la primera mitad de siglo pueden distinguirse tres grandes grupos:

- 1) El primero es el nacido durante las dos primeras décadas, y se caracteriza por un descenso sostenido de la descendencia final (de 3 a 2,5 hijos), que no hace más que continuar la tendencia transicional de las generaciones nacidas en el último tercio del siglo XIX. Pese a todo, la descendencia final es elevada respecto al conjunto europeo. Su descenso se había iniciado con retraso y era resultado de una combinación de menores tamaños de descendencia y de una soltería femenina creciente que se vió reforzada por los efectos de la guerra civil.
- 2) Las generaciones nacidas en los años veinte y treinta interrumpen el descenso e incluso protagonizan una ligera recuperación. El motivo fundamental es el descenso de la soltería y de la infecundidad, mientras que la fecundidad matrimonial sigue disminuyendo, y se centra en los tamaños 2 y 3. El calendario se hace más temprano y se acortan tanto el intervalo entre los distintos órdenes de nacimiento como el periodo genésico total. Son las primeras generaciones "modernas", fecundas en los años de desarrollo acelerado. El control individual del tamaño de la descendencia es apreciable por la concentración de los nacimientos en los años inmediatamente posteriores al casamiento.
- 3) Con las generaciones de los años cuarenta se reinicia el descenso de la descendencia final. Vuelve a disminuir la nupcialidad y el control de nacimientos entra en una nueva fase: ya no se controla únicamente el tamaño de la descendencia, sino que esta se desvincula progresivamente de la edad a la unión, y el calendario empieza a decidirse en función de la trayectoria formativa y laboral de los progenitores, sufriendo un acusado retraso. La descendencia final es inferior a dos, por primera vez, en las mujeres nacidas a mediados de los años cincuenta, y alcanza en la generación 1965 un mínimo histórico con 1,6 hijos por mujer. Pese a todo, se trata de una fecundidad muy superior a la fecundidad coyuntural correspondiente al último lustro del siglo, especialmente afectada por el acusado y sostenido retraso del calendario generacional (la edad media a la maternidad de la generación 1965 supera los 30 años, lo que supone un retraso superior a los tres años respecto a la generación 1952-53).

El envejecimiento demográfico en España: un proceso acelerado desde los años ochenta.

La edad media de la población española ha aumentado progresivamente a lo largo de todo el siglo XX. Sin embargo, el ritmo fue muy gradual, incluso lento durante los años del baby boom, y a finales de los setenta la estructura por edades todavía era de las más jóvenes del continente europeo. En cambio, en sólo un cuarto de siglo, España se ha convertido en uno de los pocos países europeos que acaba el siglo con una proporción de mayores de 64 años superior al 16% y uno de los tres países del mundo (junto a Italia y Japón) en que dicho porcentaje supera al de menores de quince años.

Las edades superiores a los 64 años experimentan un gran incremento absoluto (desde los años ochenta, superior a 100.000 personas por año), por la llegada de generaciones con

mortalidad previa cada vez menor, y por un considerable aumento de la supervivencia en las edades avanzadas. Son previsible ritmos de incremento absoluto todavía más rápidos en los próximos años, cuando sean generaciones nacidas después de la guerra civil las que cumplan los 65 años. Por una parte, su mortalidad infantil es mucho menor y, por otra, hacia la tercera década del siglo XXI empezarán a llegar las generaciones del baby-boom, supervivientes en más del 80% de sus efectivos iniciales.

Su crecimiento relativo se acelera igualmente a partir de los años ochenta (la proporción en 1970 fue del 9,67%, y en 1996 ascendía al 15,62%). La explicación no se encuentra únicamente en el crecimiento de efectivos, sino en su coincidencia con el acusado descenso de la natalidad que se inicia a mediados de los años setenta.

Las proyecciones de efectivos son bastante fiables (a diferencia de las proyecciones de porcentajes, que dependen de la fecundidad futura). Así, de 6,05 millones de mayores de 64 en 1996, se alcanzarán los 7,21 millones en el 2011 y los 8,66 millones en el 2026. El mayor ritmo de crecimiento corresponderá a los de mayor edad. Los efectivos de más de 84 años alcanzarán el millón en el 2016, un incremento del 160% respecto a 1986.

La sobremortalidad masculina hace que sean las mujeres las principales protagonistas de la nueva estructura por edades. La diferencia de efectivos entre sexos es en la actualidad favorable a ellas en más de un millón de personas entre los mayores de 64 años.

Producto del aumento de la esperanza de vida y de la reducción de la fecundidad ha sido la verticalización de la familia.

El progresivo e ininterrumpido descenso de la fecundidad matrimonial ha provocado un acusado estrechamiento de las relaciones horizontales de parentesco (hermanos/as, primos/as, tíos/as y sobrinos/as, cada vez menos numerosos). Sin embargo, y de manera paralela, el rápido descenso de la mortalidad ha aumentado el número de generaciones emparentadas por lazos de filiación directa en los linajes familiares. Se ha generalizado el linaje de tres generaciones supervivientes, y se extiende el de cuatro generaciones, lo que llamamos la emergencia de la cuarta generación.

Al cumplir los 50 años, tan solo el 40% de las generaciones 1905-09 tenían ningún progenitor vivo. En cambio, entre las generaciones 1930-39 habían pasado a ser el 60%. Las generaciones nacidas entre 1940 y 1950 incrementan espectacularmente el número de linajes de tres generaciones debido tanto al alargamiento de la esperanza de vida como al adelanto de la propia nupcialidad y de la fecundidad.

Aunque el ritmo de la verticalización de la familia se verá ralentizado por el retraso nupcial y reproductivo de las generaciones más jóvenes, las mejoras en la supervivencia siguen siendo suficientes para intensificar el fenómeno, que empieza a incluir ya de manera muy extendida la coexistencia de cuatro generaciones. Las mujeres de generaciones nacidas entre 1970-74, según

nuestras estimaciones, tienen un 45% de probabilidades de alcanzar en algún momento la posición simultánea de nietas y madres (cuando dicha probabilidad nunca alcanzó el 30% en ninguna generación nacida antes de 1930). La mayor parte de los recién nacidos en España pueden ser biznietos.

Las generaciones de ancianos están teniendo un papel activo y positivo en la creación de nuevas familias, como prestadores de bienes y servicios.

Las generaciones femeninas nacidas entre 1940 y 1955 pueden considerarse las protagonistas centrales del proceso de la verticalización de la familia. Por una parte, considerando los 27 años como la edad media a la primera maternidad, mientras que las generaciones nacidas a principios de siglo tenían a esa edad al menos a dos ascendientes con vida en un 50%, para las generaciones nacidas entre 1940 y 1944 esa proporción ascendió a un 80%. Como se ha señalado, paralelamente, con el descenso a la edad del nacimiento del primer hijo, la probabilidad de al menos tener un padre/madre o un abuelo/a con vida aumentó: así, para las generaciones 1950-55, el nacimiento del primer hijo tuvo lugar a una edad media de 26 años, edad en la que la probabilidad de tener al menos dos ascendientes de distinto grado con vida fue de un 85%.

Hay que tener en cuenta también que estas generaciones redujeron su soltería y su infecundidad hasta mínimos históricos, de manera que en su práctica totalidad (por encima de un 95%), han sido madres y han conservado al menos un hijo con vida hasta la actualidad.

Las mujeres españolas nacidas entre 1940 y 1955, que en el año 2000, tienen entre 45 y 60 años, se pueden considerar como las mayores prestadoras de servicios. Por un lado, cuidan y es de prever que cuidarán durante más tiempo a sus ancestros mayores: los principales asistentes de las personas mayores son personas mayores. Por el otro, han visto como sus hijos e hijas permanecían mucho más tiempo en el hogar, debido al retraso de la emancipación juvenil. Si a eso añadimos su pronta maternidad, habrán estado durante mucho más tiempo y más intensivamente dedicadas al cuidado de los hijos. Son estas abuelas las que en muchos casos se hacen cargo del cuidado de los nietos, posibilitando compatibilidad la integración en el mercado laboral y el proyecto reproductivo de sus hijas. Las personas mayores no dificultan sino que facilitan la formación de nuevas familias con la prestación de servicios. En los países como los del sur de Europa que se caracterizan por un mercado de la vivienda mayoritariamente de propiedad, y un muy reducido espacio de construcción de protección social, donde el matrimonio y la emancipación domiciliar están unidas, teniendo en cuenta el acelerado proceso de verticalización de la familia, la sucesión, el usufructo de la propiedad de la vivienda, o del dinero obtenido de su venta puede considerarse como una transferencia intergeneracional descendiente, de la que se benefician las generaciones más jóvenes, desde este punto de vista. La transferencia saltaría una generación, beneficiándose los nietos, no los hijos. Las personas mayores posibilitan la formación de nuevas familias con la transferencia de bienes.

Países mediterráneos: un sistema demográfico adaptativo

Ante una coyuntura de crisis y sin un Estado del Bienestar tan desarrollado, la familia en los países del sur de la Unión Europea suplió en su seno el déficit institucional y asumió los principales costos de la crisis.

Para caracterizar el sistema demográfico del sur de Europa hay quien cree que en una coyuntura de crisis el modelo familiar de la Europa meridional provoca la consolidación del paro y el retraso de la nupcialidad (Tapinos, 1998). Otros autores, en la misma dirección hablan de modelo familiar tradicional en el sur de Europa contrapuesto a otros modelos europeos, o incluso de familiarismo. Nuestra interpretación de tal fenómeno, no está centrada en la supuesta tradicionalidad o no de las formas familiares, sino en su capacidad de adaptación. En la actualidad, la familia sigue supliendo el déficit de inversión institucional en el estado de Bienestar: el cuidado de los niños y de los ancianos, la propia promoción de los jóvenes. Esos costos se han repartido de forma desigual entre las edades, y se han protagonizado por generaciones muy concretas.

El modelo familiar aludido no es atemporal, sino resultado de circunstancias históricas concretas y personalizado por generaciones también concretas y bastante limitadas en el tiempo. En realidad, lejos de mostrar una configuración tradicional, las relaciones intergeneracionales en el seno de las familias españolas atraviesan un momento histórico peculiar que no tiene precedentes.

La coyuntura de crisis económica puede haber convertido al modelo familiar en intermediador explicativo de los indicadores de paro y de nupcialidad, pero considerar que es el único o el principal sería excesivamente reduccionista. Lo primero que debe investigarse son los efectos de la propia dinámica demográfica. También los efectos de los desequilibrios del mercado laboral y de la política social, económica y de empleo resultan importantes.

La familia de origen se convierte para los jóvenes en la única instancia realmente protectora y “desmercantilizadora”. Probablemente estos adultos-jóvenes actuales son las primeras generaciones españolas no obligadas a contribuir al hogar familiar ni con ingresos por el trabajo ni con colaboración en las tareas domésticas. Nuevamente encontramos una configuración de roles intergeneracionales dentro del hogar que no es tradicional ni tiene precedentes.

Los bajos índices de fecundidad registrados en el Sur de Europa son una respuesta al reajuste económico y a los cambios sociodemográficos.

La consolidación de este tipo de familia tiene efectos retroactivos, porque los jóvenes ven subir el listón para formar la suya propia con los mismos patrones. La unión conyugal y la adquisición de un hogar propio resultan muy onerosas si han de cumplir con el estándar familiar imperante en las generaciones anteriores, y la escasez y retraso de la nupcialidad refuerzan la nuclearidad de los hogares familiares ya existentes.

Los beneficios de la emancipación, por tanto, son muy escasos, y los costes, tanto directos como de oportunidad, muy elevados. El aumento de la “calidad” de los hijos sólo ha sido analizado en sus efectos sobre los comportamientos fecundos de sus progenitores, olvidando que también los tiene sobre los comportamientos de los propios hijos cuando les llegue la edad de formar pareja. Se da en ellos una resistencia lógica a constituir nuevas familias con un estándares de vida inferiores a los existentes en el hogar de sus padres, y la reproducción de dicho estándar resulta sumamente difícil.

Los progenitores de los adultos-jóvenes actuales, en cambio, tuvieron pocos costos de oportunidad para formar su propia familia. Pertenecientes a las generaciones más emigratorias de la historia española, poco tenían que perder y mucho a ganar abandonando la familia de origen y casándose jóvenes. Su actividad precoz y una vida entera organizada en torno a la creación y mantenimiento de la familia tiene, entre otros resultados, una elevadísima proporción de propietarios de la propia vivienda.

Por otra parte, existe fractura ideológica entre generaciones. El modelo de matrimonio complementario, la actividad laboral precoz, fundamentalmente física y escasamente cualificada en los padres, y el trabajo doméstico y reproductivo intenso y prolongado en las madres, es rechazado por los jóvenes, especialmente por las jóvenes. Pero fueron tales pautas las que permitieron a los progenitores constituir sus hogares actuales con los niveles de calidad a los que los hijos aspiran y son los propios progenitores los que favorecen tales aspiraciones en sus hijos.

Además, la fractura ideológica no es visible únicamente en la polarización entre matrimonios y cohabitantes, porque también ha modificado el modelo de convivencia matrimonial deseado por los jóvenes. El nuevo modelo, más igualitario, coexiste con la aspiración a constituir hogares en unas condiciones económicas y de bienestar similares a las existentes en el hogar de los padres. Ambas aspiraciones contribuyen a diferir el momento para constituir un nuevo hogar. Añádase que la nueva opción por roles conyugales más igualitarios no es únicamente “ideológica”, ya que tiene también un impulso “material” en la desaparición del “salario

familiar” masculino, fruto de los cambios del mercado laboral provocados por la crisis y motivo por el que cada vez resulta más necesaria la actividad laboral de ambos miembros de la pareja.

La tradicional división de roles según el sexo puede estar dando paso a una nueva división en la que el criterio clasificatorio se sustente en la edad.

Empezábamos el informe haciendo constar la alteración de los roles entre sexos y edades como una de las causas de la evolución demográfica reciente en Europa, y hemos visto que la evolución de los roles de género ha sido rápida pero no lineal. Recordemos que hasta las generaciones de los años treinta y cuarenta los recursos educativos y los económicos aumentaron de tal modo que permitieron el adelanto de su conversión en adultos y la extensión de la emancipación, de la unión y de la fecundidad, cambios todos ellos en los que resultó funcional la acentuación de la complementariedad de los roles.

En las generaciones posteriores se alcanzaron abruptamente pautas postransicionales y dicha complementariedad dejó de ser funcional. Lo realmente innovador es el papel adoptado por las generaciones precedentes emparentadas: en primer lugar, aún están vivas, presentes; sus roles de género muy diferenciados y lo temprano de su trayectoria familiar, junto con la funcionalidad coyuntural de sus trayectorias de actividad les sitúan como posibles sustentadores todavía en la fase teóricamente correspondiente al “nido vacío”.

En tales circunstancias, cabe plantearse si la rapidez con que la juventud actual especialmente la femenina, asume roles de “productivos” es solo la otra cara de la intensidad y extensión con que la progenitora anterior asume (sigue asumiendo) roles “reproductores”, incluso por parte de los varones, ya jubilados (para los cuales es una novedad). Si así fuera, la baja fecundidad del momento y su calendario tardío adquieren un nuevo sentido: los jóvenes de ambos sexos coinciden en no dedicarse a la reproducción social, mientras que los maduros de ambos sexos están asumiendo tal función.

Los ancianos como innovadores. Se puede estar produciendo una revolución silenciosa que afecta al papel de género de los hombres ancianos.

Las generaciones masculinas nacidas entre 1930 y 1950 son las que más extensamente encarnan el modelo tradicional de hombre proveedor en el seno de la familia española, pero también son probablemente las primeras en sobrevivir masivamente hasta las edades de jubilación y, por lo tanto, en enfrentarse al obligado cambio de roles que supone el fin de la vida activa. Actualmente, cuando tienen entre 50 y 70 años, están asumiendo tareas

reproductivas en las labores del hogar o en la crianza de sus nietos. Ese cambio puede considerarse revolucionario desde dos perspectivas: por primera vez en sus propias trayectorias vitales asumen tareas "de género" consideradas exclusivas de las mujeres cuando ellos eran jóvenes, y por otro, puede considerarse un replanteamiento progresivo en el futuro de la asignación de tareas domésticas asociadas al sexo y a la edad. Mientras que la inserción de las generaciones de mujeres jóvenes al mercado de trabajo ha sido visible, estadísticamente registrada e ideológicamente encomiada, la de los ahombres ancianos es invisible.

La propia evolución demográfica diferenciada en los países del Sur de la Unión será un factor determinante en su evolución futura.

La llegada de las generaciones vacías nacidas a partir de mediados de los setenta en los países mediterráneos provocará un fuerte desequilibrio en el mercado matrimonial, que puede plasmarse en el futuro inmediato en un ascenso de la nupcialidad (en general en la formación de parejas). La llegada al mercado de trabajo de esas mismas generaciones, por su escasez relativa, hará aumentar las tasas de actividad de los jóvenes, especialmente en las mujeres, y en general puede hacer aumentar las de la población total. Un aumento conjunto de la nupcialidad y de la actividad puede provocar una recuperación de la fecundidad. El incremento de la actividad de las mujeres en el Sur de Europa no tiene porque traducirse en un estancamiento de la fecundidad en los bajos índices actuales, teniendo en cuenta que en aquellos países donde la actividad femenina es superior, también lo es la fecundidad. Por la relevancia demográfica de estas interrelaciones, deberían ser, a nuestro parecer, objeto de estudio prioritario.

El proceso de envejecimiento no puede ser considerado tan solo desde la perspectiva de los costes sociales que acarrea: la población anciana puede constituirse en reserva innovadora.

El rápido envejecimiento de los países del sur de Europa, plantea retos y espacios de innovación protagonizados por las generaciones que actualmente están alcanzando los máximos históricos en la longevidad.

Últimas consideraciones

Desde una perspectiva global, la especificidad demográfica de los países del sur de la Unión Europea corresponde, como ya hemos afirmado, a un proceso adaptativo específico de carácter coyuntural que coincide con el acelerado proceso de transición familiar. Es difícil pues, desde esta óptica, justificar medidas específicas con meros objetivos de política demográfica que actúen como correctivo de carácter temporal. Sin embargo, consideramos que desde la perspectiva micro, es decir, desde las necesidades de los propios individuos, sí son recomendables acciones que mejoren las condiciones de vida presentes y futuras de los individuos pertenecientes a las generaciones más “damnificadas” por el estrés adaptativo que provocan cambios tan rápidos.

Por el mismo motivo, una eventual política de sostenimiento de la natalidad no puede hacerse intentando crear motivaciones inexistentes o favoreciendo determinados nacimientos en detrimento de otros (hijos de determinado orden o procedentes de un tipo determinado de familia). Las medidas resultantes podrían provocar las naturales reacciones negativas ante lo que parecería, no sin razón, una intromisión en la vida privada del ciudadano. Por el contrario, las medidas de orden general tendentes a hacer posibles y, sobre todo, a anticipar los nacimientos deseados, hallarán un eco más favorable.

Desde la perspectiva individual, y teniendo en cuenta la reducción de la amplitud horizontal de las líneas de parentesco, un elevado número de personas sin hijos se traduce en un progresivo empobrecimiento de las tramas familiares y en el futuro de una vejez sin descendientes. Esa realidad es, a efectos prácticos, claramente negativa tanto para las personas como para el conjunto de la sociedad. Una política destinada a mantener ciertos niveles de fecundidad se justifica con el propósito de mantener las tramas familiares de ascendientes y descendientes, que revierten en el bienestar de las personas.

Esa necesidad se muestra más perentoria en el caso de las mujeres, por dos razones fundamentales y complementarias dependientes de la temporalidad de su ciclo vital: su dedicación a la reproducción es cada vez más breve, mientras que el tiempo no reproductivo es cada vez mayor, también en comparación con los hombres. Su mayor esperanza de vida, y la presumible pérdida del consorte en las edades avanzadas, hace que las mujeres tengan muchas más probabilidades de enfrentar la vejez en sus últimos años dependiendo de las tramas verticales de parentesco. No se trataría pues de tener como objetivo la elevación de la fecundidad por sí misma, sino de asegurar la distribución de esa fecundidad que asegura las tramas de parentesco verticales.

Desde esta óptica cuatro objetivos nos parecen principales:

1) Evitar el retraso en la formación de familias.

Se deberían contemplar medidas que pongan al alcance de los jóvenes la posibilidad de realizar su deseo de formar una nueva familia evitando el actual retraso. Así, creemos esencial fomentar las actuaciones que favorezcan la coincidencia entre la emancipación residencial, la económica y la constitución de una familia propia.

Conviene promover y acelerar la inserción profesional y la autonomía económica de los jóvenes, así como aumentar la estabilidad laboral, tanto de hombres como de mujeres.

Facilitar la triple compatibilidad de estudios, trabajo y formación de familia. La máxima flexibilización de la forma de adquisición del capital educativo debería revertir en un menor impacto sobre el retraso de la emancipación. Por otra parte, en los países del Sur de Europa, especialmente en España, el trabajo a tiempo parcial tanto en hombres como en mujeres es mucho menos frecuente que en otros países europeos. Convendrá favorecer la posibilidad del contrato a tiempo parcial a la vez que se fomenta la estabilidad de los empleos, evitando que dicho tipo de contratos redunde en una inferioridad curricular a largo plazo y en menores derechos al llegar la jubilación.

Por los mismos motivos resulta conveniente facilitar el acceso de las parejas jóvenes a la vivienda, sea en propiedad o en alquiler. Atendiendo a nuestros resultados sobre la verticalización de la familia y a la relevancia de la vivienda en propiedad en los países del Sur de la Unión, se deberían facilitar las transmisiones patrimoniales. Si bien la herencia de padres a hijos ha dejado de tener la relevancia de épocas anteriores, las donaciones en vida y la propia herencia del patrimonio puede beneficiar claramente a los nietos e incentivar la formación de nuevas familias.

2) Apoyar a las familias ya constituidas, favoreciendo la conciliación entre el ámbito privado, en especial la vida familiar, y el ámbito público, en especial pero no únicamente el del mundo laboral.

En el caso de las parejas de reciente creación, con o sin hijos menores, son recomendables las medidas tendentes a aligerar la posible contradicción entre la vida familiar y extrafamiliar, sobre todo en el caso de la mujer.

Contemplar reformas laborales, fiscales y prestaciones de servicios específicos dirigidos a reducir los costes que conlleva tener un hijo. Conviene contemplar una ampliación de las prestaciones por maternidad y de las excedencias parentales, así como una mayor flexibilidad de la jornada laboral. También debería fomentarse la compatibilización de horarios escolares y laborales, y la substancial ampliación de la red de guarderías

existente y de los servicios y prestaciones por hijos e hijas con disminución o incapacitación.

En general, para las familias ya constituidas y con independencia de la edad de los hijos, conviene promover la relación intergeneracional, y hacerlo a través de medidas específicas que atiendan a las peculiaridades de las estructuras y formas familiares propias de cada región. Las medidas de carácter homogéneo podrían resultar contraproducentes. Se debería favorecer, además, la sostenibilidad de tales relaciones de apoyo intergeneracional. Para ello resulta necesario que el apoyo y los servicios que las personas en edad madura o en la primera vejez prestan tanto a sus mayores como a sus propios hijos sea promovido y apoyado, con el propósito de hacerlo sostenible y de que se extienda todavía más en las próximas generaciones que alcanzan la madurez. El proceso de verticalización de la familia hace aconsejable fomentar los vínculos sociales, emocionales y económicos entre sus miembros de mayor y menor edad; y facilitar la independencia domiciliar de las personas de edad avanzada. La externalización de parte de las funciones actuales de la familia, allí donde éstas son difícilmente sostenibles, redundaría en la creación de nuevos perfiles de ocupación cuyo desarrollo podría ser fomentado inicialmente por el sector público hasta consolidarse como nuevos yacimientos de empleo.

3) Acelerar los cambios en el papel de la mujer que favorecen el actual proceso de transición familiar.

Como se ha expuesto a lo largo del presente informe, la igualación en los roles de los sexos es uno de los cambios recientes más importantes en el ámbito familiar, que hemos descrito como proceso de transición familiar. El paso de la familia complementaria (con reparto de roles asimétrico) a la familia igualitaria (con un reparto de roles más simétrico) provoca tensiones importantes en quienes se sitúan en el centro de la transición, por lo que se recomiendan todas aquellas medidas que ayuden a completar el proceso.

Como ya se ha visto, en el nuevo perfil femenino de las generaciones jóvenes la consolidación de la carrera profesional es previa al proyecto reproductivo, de modo que todas aquellas medidas tendentes a asegurar la ocupación y la consolidación del lugar de trabajo de las mujeres redundarán en un adelanto de la constitución familiar. Teniendo en cuenta, la importancia que en su retraso tienen los factores subjetivos de apreciación del futuro, una de las primeras medidas a tomar sería impulsar una presencia pública de la mujer, presencia que tiene repercusiones importantes en la actitud de las mujeres en el ámbito privado.

Las políticas que pretendan incidir en la formación de nuevas familias deben tener en cuenta la extensión de las familias de dos ingresos. Por lo tanto, dichas políticas deben

dejar de concebirse como una ayuda al tradicional papel de proveedor familiar del hombre maduro

4) Conviene todas las medidas que permitan el correcto conocimiento de la evolución de las variables que intervienen en los cambios expuestos.

Consideramos prioritario el análisis de las tendencias recientes de la actividad en los países mediterráneos, especialmente de las entradas y salidas, como elementos reguladores del mercado de trabajo, desde una óptica generacional, incluyendo el estudio de una serie de variables que se consideran estructurales: el descenso de la natalidad, los niveles de instrucción, y las políticas de jubilación. Como se ha comentado, las propias condiciones demográficas de estos países han creado las circunstancias favorables para un rápido crecimiento de la actividad en el futuro inmediato, que sin lugar a dudas, puede actuar como detonante de importantes cambios sociodemográficos.

Consideramos de interés abordar el análisis comparativo internacional, y averiguar si los ritmos de la transición demográfica correlacionan con las diferentes situaciones convivenciales y con los diferentes comportamientos juveniles descritos para España. De hecho, existen indicios de que la especificidad de las dinámicas demográficas mediterráneas guarda, al igual que en el caso español, una estrecha relación con el retraso y precipitación final de la transición demográfica. En la misma dirección, convendría la comparación internacional sobre las características de los maduros, como manera de entender la situación familiar de los jóvenes y sus pautas de emancipación.

Habría que investigar si la actual configuración de las relaciones intergeneracionales en las líneas de filiación es susceptible de consolidar una nueva distribución de los roles productivos/reproductivos basada en la edad (al fin y al cabo, la extensión de las cuatro generaciones debe estar provocando una redefinición de las funciones intrafamiliares de las diferentes edades). La cuestión es si los nuevos comportamientos y funciones de los maduros dentro del conjunto familiar serán reproducidas por sus hijos cuando alcancen las mismas edades, o sólo nos encontramos ante un efecto coyuntural de una peculiar convergencia de factores.

V. BIBLIOGRAFIA

- AGELL, A. (1980), "Cohabitation without marriage in Swedish Law", incluido en J. M.; y KATZ EEKELAAR, Sanford., *Marriage and Cohabitation in Contemporary Societies. Areas of Legal, Social and Ethical Change*. Toronto, Butterwords, pp. 245-257.
- ALABART, A. ; CABRÉ, A. ; DOMINGO, A. ; FABRÉ, A., et al. (1988), *La cohabitación en España. Un estudio en Madrid y Barcelona*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- ALBERDI, I. (1997), "La familia. Convergencia y divergencia de los modelos familiares españoles en el entorno europeo.". En *Política y Sociedad*, (26) 73-94.
- ALBERDI, I. ; FLAQUER, L. y IGLESIAS DE USSEL, J. (1994), *Parejas y matrimonios. Actitudes, comportamientos y experiencias*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- ALBERDI, I. , -Ed-. (1995), *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- ALLISON, P. D. (1984), *Event History Analysis. Regresion for Longitudinal Event Data*, Beverly Hills, London y New Delhi, Stage publications.
- ANDERSON, G. (1995), "Divorce-Risk Trends in Sweden 1971-1993". En *European Journal of Population*, 11 (4): 291-311.
- ARANGO, J. (1980), "La teoría de la transición demográfica y la experiencia histórica". En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (10): 169-198.
- ARBELO, A. (1962), *La mortalidad de la infancia en España*. Madrid, CSIC, Instituto "Balmes" de Sociología y Dirección General de Sanidad.
- ARBELO, A. (1962), *La mortalidad de la infancia en España*. Madrid, CSIC, Instituto "Balmes" de Sociología y Dirección General de Sanidad.
- ARRIAGA, E. E. (1984), "Measuring and explaining the change in life expentancies". En *Demography*, (21): 83-96.
- BECKER, G. (1987), *Tratado sobre la familia*. Madrid, Alianza Editorial.
- BERINGTON, A. y DIAMOND, I. (1999), "Marital dissolution among 1958 British birth cohort: The role of cohabitation". En *Population Studies*, 53, nº 1 19-38.

- BERNHARDT, E. y HOEM, B. (1985), "Cohabitation and Social Background: Trends observed for swedish women born between 1936 and 1960.". En *European Journal of Population*, 1 375-395.
- BLANES, A. (1996), *La mortalidad en España. 1960-1991. Análisis territorial y por causas*. Bellaterra, Memoria de Investigación presentada en la Universidad Autónoma de Barcelona.
- BLANES, A. ; GIL, F. Y PÉREZ, J. (1996), *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*. Barcelona, Servicio de Estudios de "la Caixa". Colección Estudios e Informes, nº 5.
- BONGAARTS, J. y FEENEY, G. (1998), "On the quantum and tempus of fertility". En *Population and Development Review*, 24 (2): 271-291.
- CABRÉ, A. (1989), *La reproducció de les generacions catalanes. 1856-1960* . Tesis doctoral. Departament de Geografia. Facultat de LLetres. Universitat Autònoma de Barcelona.
- CABRÉ, A. (1990), "¿Es compatible la protección de la familia con la liberación de la mujer?", Instituto de la Mujer (Eds.), *Mujer y Demografía*: 9-16, Madrid, Serie Debate, nº 10.
- CABRÉ, A. (1993), "Volverán tórtolos y cigueñas", incluido en Luis y GIL CALVO GARRIDO, Enrique, *Estrategias familiares*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 31-56.
- CABRÉ, A. (1994), "Tensiones inminentes en los mercados matrimoniales", incluido en Jordi Nadal, *El mundo que viene*. Madrid, Alianza Editorial.
- CABRÉ, A. (1995), "Notes sobre la transició familiar", incluido en Associació per a les Nacions Unides per a Espanya, *Jornades sobre família i canvi social*. Barcelona, Servei de Documentació i difusió de l'Associació per a les Nacions Unides a Espanya, pp. 31-46.
- CABRÉ, A. y PÉREZ, J. (1995), "Envejecimiento demográfico en España", SECOT (Eds.), *Las actividades económicas de las personas mayores*: 33-60, Madrid, Central Hispano.
- CABRÉ, A. (1999), *El sistema català de reproducció. Cent anys de sigularitat demogràfica*. Barcelona, Ed. Proa, Col. "La mirada".
- CABRÉ, A. y DOMINGO, A. (1990), "El tipo de unión como paradigma de los cambios en los roles: matrimonio y cohabitación, Barcelona 1985.", presentada en *Memoria de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*. México.
- CARLSON, E. y KLINGER, A.* (1987), "Partners in life: Unmarried couples in Hungary". En *European Journal of Population*, 3 (1): 85-99.
- CASELLI, G. (1993), "L'évolution à long terme de la mortalité en Europe", incluido en Alain y RALLU BLUM, Jean-Louis, *European Population II. Demographic dynamics*. Paris, John Libbey-INED.

- CASELLI, G. ; MESLÉ, F. Y VALLIN, J. (1995), *Le triomphe de la médecine. Evolution de la mortalité en Europe depuis le début du siècle*. Paris, Dossiers et Recherches, INED.
- CONSEIL DE L'EUROPE (1998), *Evolution démographique récente en Europe, 1998*. Strasbourg, Editions du Conseil de l'Europe.
- CHALBON-DEMERSAY, S. (1983), *Concubin Concubine*. Paris, Ed. Du Seuil.
- DELGADO, M. (1992), *La fecundidad de las adolescentes en el conjunto de España y en la Comunidad Autónoma de Madrid*. Madrid, CSIC.
- DELGADO, M. (1993), "Cambios recientes en el proceso de formación de la familia". En *REIS*, 64 123-154.
- DOMINGO, A. (1992), "El amor en los tiempos de crisis", incluido en Vicente Verdú, *Nuevos amores, nuevas familias*. Barcelona, Tusquets, pp. 149-178.
- DOMINGO, A. (1997), *La formación de la pareja en tiempos de crisis. Madrid y Barcelona, 1975-1991*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Fac. de CC Políticas y Sociología.
- DUCHÊNE, J. Y GILLET-DE STEFANO, S. (1974), "Ajustement analytique des courbes de fécondité générale". En *Population et Famille*, (32).
- EASTERLIN, R. A. (1980), *Birth & Fortune. The impact of the numbers on personal Welfare*. London, Grant McIntyre.
- FARRÉ, M. (1988), *Une étude exploratoire de l'évolution de la mortalité par cause en Espagne 1960-1981*. Tesis doctoral. Université Catholique de Louvain.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. (1986), "Análisis longitudinal de la fecundidad en España", incluido en Alberto Olano, *Tendencias demográficas y planificación económica*. Madrid, Ministerio de Economía y Hacienda, pp. 49-75.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. (1992), *Les personnes âgées en Europe: Rapport national, Espagne*. Bruselas.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. (1994), "Demografía y política de la familia en España". En EMAKUNDE, Instituto Vasco de la Mujer -Ed-, *Demografía y políticas públicas*, Vitoria, Instituto Vasco de la Mujer, pp. 91-111.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. (1996), *Demografía, actividad y dependencia en España*. Bilbao, Fundación BBV.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. (1996), "Les traits communs démographiques", incluido en AA.VV., *La famille européenne. La question familiale dans la Communauté Européenne*. Paris, L'Harmattan, pp. 21-67.
- FESTY, P. (1993), "Effects du droit sur quelques variables démographiques: rationalité individuelle ou contrainte sociale?", presentada en *International Population Conference*. Montréal, IUSSP, Vol. 2: pp. 191-206.

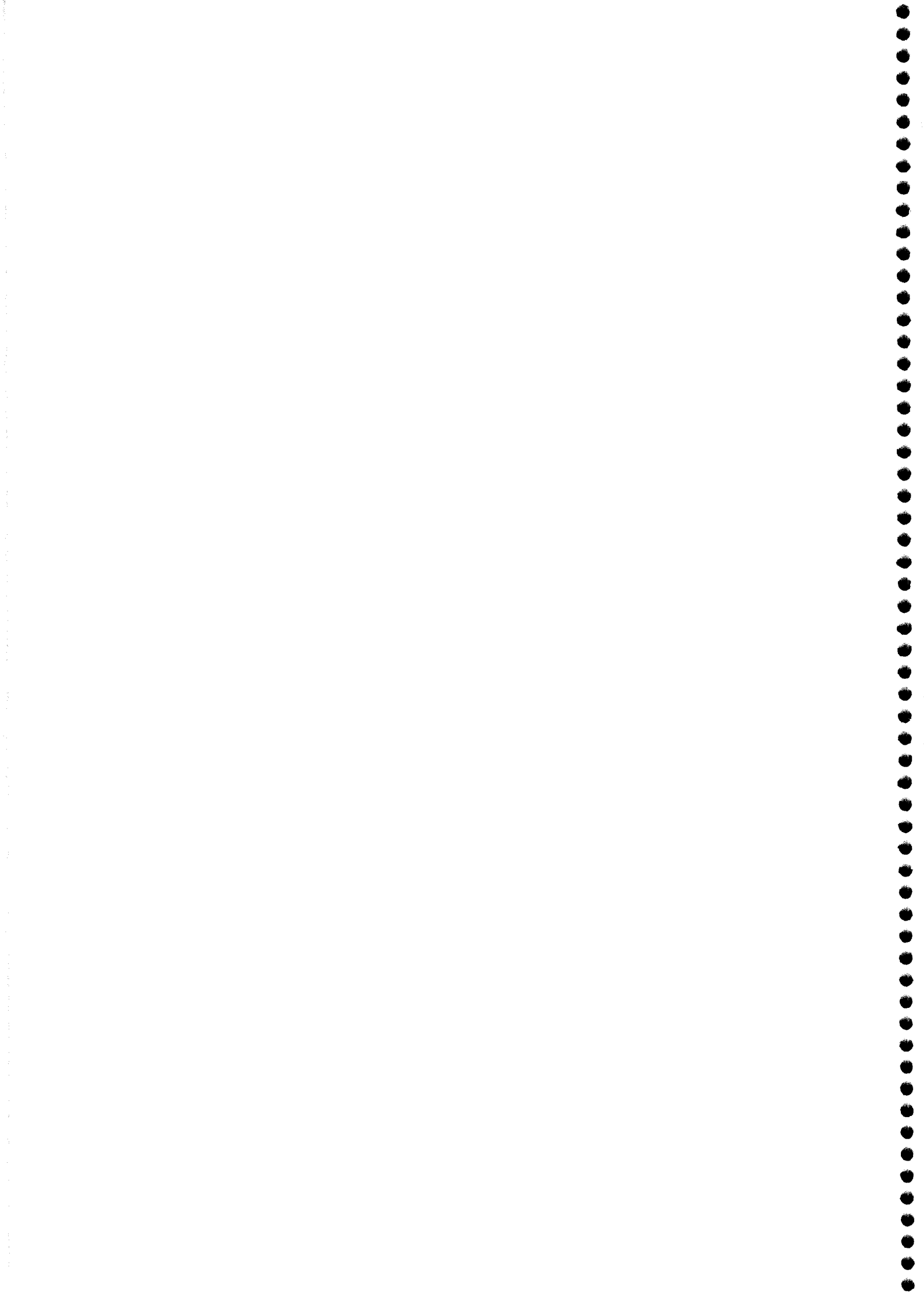
- FESTY, P. (1979), *La fecondite des pays occidentaux de 1870 a 1970*. Paris, INED-Presses Universitaires de France. Travaux et Documents", Cahier n° 85.
- FESTY, P. (1980), "On the New Context of Marriage in Western Europe". En *Population and Development Review*, 6 (2): 311-315.
- GARRIDO, L. (1992), *Las dos biografías de la mujer en España*. Madrid, Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales.
- GARRIDO, L. (1995), *Diagnóstico sobre el paro juvenil y políticas para facilitar la entrada al primer trabajo*. Ginebra, OIT. Colección "Estudios de Políticas" n° 16.
- GARRIDO, L. (1996), "La revolución reproductiva", incluido en Cecilia Castaño y Santiago Palacios, *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*. Madrid, Alianza, pp. 205-238.
- GARRIDO, L. (1996), "Paro juvenil o desigualdad". En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (75): 235-267.
- GARRIDO L. (1998) "La ocupabilidad de la familia". En *Familia y Economía. Papeles de Economía Española*, núm. 77. pp. 41-90.
- GARRIDO, L. y REQUENA, M. (1995), "El acceso de los jóvenes a la vivienda y al trabajo", *Revista Asturiana de Economía*, 2: 27-54.
- GARRIDO, L. y REQUENA, M. (1996), *La emancipación de los jóvenes en España*. Madrid, Injuve.
- GÓMEZ, R. (1989, junio), *La transición de la mortalidad infantil en España, 1900-1980*. Tesis doctoral. Facultad de Sociología, Universidad Complutense de Madrid.
- GÓMEZ, R. (1990), *Las causas de muerte en España, 1981-1985. Análisis diferencial por sexo y edad*. Madrid, Instituto de Demografía. Documentos de trabajo n° 4.
- GÓMEZ, R. (1992), *La mortalidad infantil española en el siglo XX*. Madrid, C.I.S.-Siglo XXI.
- GÓMEZ, R. (1995), "Vejez prolongada y juventud menguada". En *reis*, (71-72): 79-108.
- GUIBERT-LANTOINE, C. y M., ALAIN (1995), "Le conjuncture démographique: l'Europe et les pays développés d'Outre Mer". En *Population*, 4-5 1185-1211.
- GUO, G. (1993), "Mortality trends and causes of death: A comparison between eastern and western Europe, 1960s-1980s". En *European Journal of Population*, 9 287-312.
- HENRY, L. (1965), "Reflexions sur les taux de reproduction". En *Population*, (1): 53-76.
- HOEM, J. M. (1990), "Social Policy and Recent Fertility Changes in Sweden". En *Population and Development Review*, 16 (4): 735-781.
- HÖPFLINGER, F. (1985), "Changing Marriage Behaviour: Some European Comparisons". En *GENUS*, XLI, n° 3-4 41-64.

- INGLEHART, R. (1977), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princenton, Princenton University Press.
- INGLEHART, R. (1991), *El cambio cultural en las sociedades industrializadas avanzadas*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- INSTITUTO DE DEMOGRAFIA (1994), *Proyección de la población española*. Madrid, Instituto de Demografía / C.S.I.C.
- KIERNAN, K. E. a. C., Andrew J. (1999), En *Population Studies*, 53, nº 1 39-48.
- KRAVDAL, Ø. (1999), "Does marriage require a stronger economic underpinning than informal cohabitation?". En *Population Studies*, 53, nº 1 63-80.
- KRUIJSTEN, A. C. (1996), "Changing Family Patterns in Europe: A Case of Divergence?". En *European Journal of Population*, 12 (2): 115-143.
- LE BRAS, H. (1995), "La fécondité, condition de la perpétuation . Évolutions divergentes en Europe", incluido en Marianne y SEGALÉN GULLESTAD, Martine, *La famille en Europe. Parenté et perpétuation familiale*. Paris, Éditions La Découverte, pp. 21-44.
- LELIÈVRE, E. (1994), "Formation des couples et fécondité hors mariage en Grande Bretagne. Divergences et similitudes avec la situation française". En *Population*, 49 (1): 61-90.
- LERIDON, H. (1988), *Analyse des biographies matrimoniales dans l'Enquête sur les situations familiales*. Paris, INED.
- LESTHAEGHE, R. (1992), "La deuxième transition démographique dans les pays occidentaux: Une interprétation", presentada en *Transitions démographiques et sociétés. Des faits aux idées et politiques. Chaire Quetelet*. Institut de Démographie. Université Catholique de Louvain.
- LESTHAEGHE, R. (1991), *The Second Demographic Transition in Western Countries: an interpretation*. Brussels, Princeton University Library.
- LESTHAEGHE, R. (1991), *The second demographic transition in Western Countries: an interpretation*. Brussels, Princeton University Library.
- LESTHAEGHE, R. (1994), "Una interpretación sobre la Segunda Transición Demográfica en los países occidentales", incluido en EMAKUNDE, *Demografía y políticas públicas*. Vitoria, Instituto Vasco de la Mujer.
- LESTHAEGHE, R. y M., DOMINIQUE (1986), "Value changes and the dimensions of familism in the European Community". En *European Journal of Population*, 2 (3-4): 225-268.
- LESTHAEGHE, R. y WILLEMS, P. (1999), "Is low fertility a temporary phenomenon in the European Union?". En *Population and Development Review*, 25 (2): 211-228.

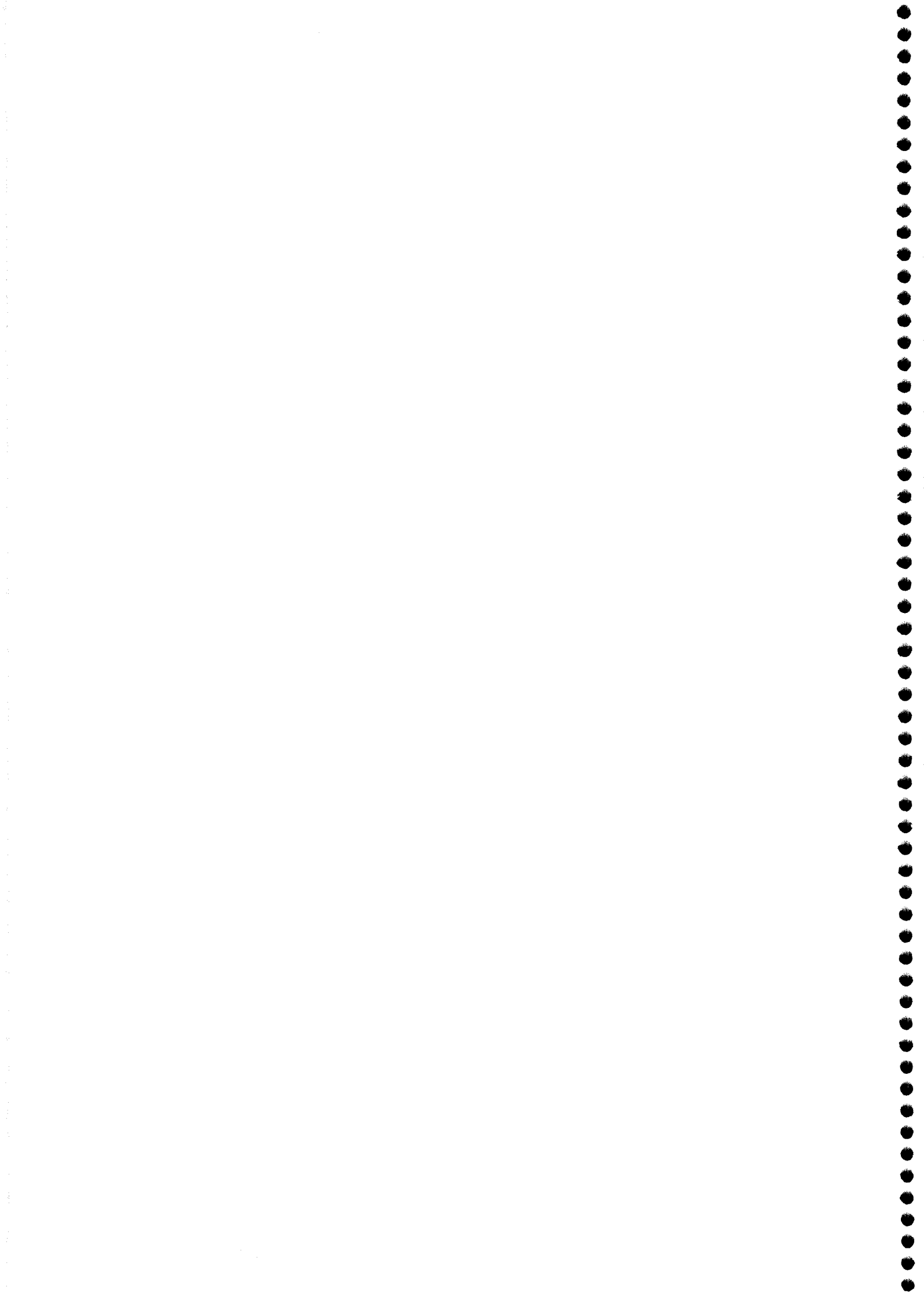
- LESTHAEGHE, R. Y GUY, M. (2000), "Recent Trends in Fertility and Household Formation in the Industrialized World". En *Interuniversity papers in demography*, WP 2000-2.
- LEWIN, B. O. (1982), "Unmarried cohabitation: a marriage from in a changing society". En *Journal of marriage and the family*, 4 (3): 763-773.
- LIVI BACCI, M. (1968), "(I) Fertility and nuptiality changes in Spain from the late 18th to the early 20th century". En *Population Studies*, 22 (1): 83-102.
- LIVI BACCI, M. (1968), "(II) Fertility and nuptiality changes in Spain from the late 18th to the early 20th century". En *Population Studies*, 22 (2): 211-234.
- LIVI BACCI, M. (1993), *Introducción a la demografía*. Barcelona, Ariel.
- LIVI-BACCI, M. (1999), *Historia de la población europea*. Barcelona, Crítica.
- MCDONALD, P. (1997), "Gender equity, social institutions and the future of the family", presentada en *Woman and Families*. Paris, CICRED/UNESCO.
- MIRET, P. (1997), "Nuptiality patterns in Spain in the eighties". En *Genus*, LIII (3-4): 183-198.
- MIRET, P. (1999), "Fathers and families in contemporary Spain: from dictatorship to democracy", incluido en C. Bledsoe; S. Lerner y J.I. Guyer, *Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline*. Oxford, Clarendon Press.
- MIRÁS, J. (1992), "Un modelo de deformación de distribuciones para la curva de tasas de fecundidad". En *Estadística Española*, 34 (129).
- MONNIER, A. (1999), "La conjoncture démographique. L'Europe et les pays développés d'outre-mer". En *Population*, (4-5): 745-774.
- MORVONNAIS, P. (1998), "Comparaisons internationales", incluido en Marion SEGAUD, BONVALET, Catherine i BRUN, Jacques, *Logement et habitat l'état des savoirs*. Paris, Éditions la découverte, pp. 147-176.
- OKOLOSKI, M. (1993), "Health and mortality", presentada en *European Population Conference*. Genève, United Nations-Council of Europe, Vol. 1: pp. 119-205.
- OKOLOSKI, M. (1991), "East-West mortality differentials", incluido en Alain y RALLU BLUM, Jean Louis, *European Population II. Demographic dynamics*. Paris, John Libbey Eurotext-INED, pp. 165-189.
- OPPENHEIMER, V. K. (1994), "Women's rising employment and the future of the family in industrial societies". En *Population and Development Review*, 20 (2): 293-342.
- PASCUA, M. (1934), *La mortalidad infantil en España*. Madrid, Dpto. de Estadísticas Sanitarias de la Dirección General de Sanidad.
- PENNEC, S. (1996), "La place des familles à quatre générations en France", *Population*, núm.1, janvier-février 1996, pp. 31-60.

- PÉREZ DÍAZ, J. (1996), *La situación social de la vejez en España desde una perspectiva demográfica*. Madrid, Fundación Caja de Madrid. Informe técnico nº 3.
- POLLARD, J. H. (1982), "The expectation of life and its relationship to mortality". En *Journal of Institute of Actuaries*, (109): 172-175.
- POLLARD, J. H. , -Ed-. (1988), *Causes de décès et espérance de vie: quelques comparaisons internationales*. Paris, INED-PUF, Travaux et Documents, nº 119.
- PRIOUX, F. (1992), "Les accidents de la nuptialité en Autriche". En *Population*, 47 (2): 353-388.
- PRIOUX, F. (1995), "La fréquence de l'union libre en France". En *Population*, 50 (3): 828-844.
- RALLU, J.-L. Y BLUM, A. (1993), "European Population", incluido en Alain Blum y Jean-Louis Rallu, *European Population. Vol 2: Demographic Dynamics*. Paris, J.L Eurotext & INED, pp. 3-48.
- REQUENA, M. (1997), "Sobre el calendario reproductivo de las mujeres españolas". En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (79): 43-79.
- ROQUE, M.-À. D. (1999), *L'espai mediterrani llatí*. Barcelona, Institut Català de la Mediterrània.
- ROUSSEL, L. (1984), "Une nouvelle révolution démographique?", incluido en Serge y LESTHAEGHE FELD, Ron, *Population and Societal Outlook. Agora Demography, Brussels, October 26-March 14, 1984*. Brussels, Fondation Roi Baudouin, pp. 143-158.
- ROUSSEL, L. (1987), "Deux décennies de mutations démographiques (1965-1985) dans les pays industrialisés". En *Population* (3).
- ROUSSEL, L. (1989), *La famille incertaine*. Paris, Odile Jacob.
- ROUSSEL, L. (1992), "La famille en Europe Occidentale: divergence et convergences". En *Population*, 47 (1): 133-152.
- ROUSSEL, L. (1992), "La famille en Europe Occidentale: divergences et convergences". En *Population*, 1 133-152.
- ROUSSEL, L. (1993), "Sociographie du divorce et divorcialité". En *Population*, 48 (4): 919-938.
- ROUSSEL, L. (1995), "Vers une Europe des familles?". En *Futuribles*, 200 47-62.
- ROUSSEL, L. y B., Odile (1978), *Génération nouvelles et mariage traditionnel. Enquete de jeunes de 18-30 ans*. Paris, P.U.F., I.N.E.D.
- RUÉ I MONNÉ, M. (1992), *Les Lleis de Mortalitat: Un ajust paramètric per a Catalunya i Espanya*. Tesis doctoral. Facultat de Ciències Econòmiques i Empresariales. Universitat de Barcelona.

- SÁEZ, A. (1979), "La fecondité en Espagne depuis le début du siècle". En *Population*, (6, nov.-dic.): 1017-1021.
- SARDON, J.-P. (1992), "La primo-nuptialité féminine en Europe: éléments pour une typologie". En *Population*, 4: 855-892.
- SOLSONA, M. y TREVIÑO, R.* (1990), *Estructuras familiares en España*. Madrid, Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales
- SPRINGFELDT, P. (1991), "Sweden/La Suède", incluido en Jean Louis y BLUM RALLU, Alain, *European Population I. Country Analysis*. Paris, John Libbey Eurotext-INED, pp. 429-450.
- TAPINOS, G. (1996), *Europe Méditerranéenne et changements démographiques. Existe-t-il une spécificité des Pays du Sud?* Torino, Fondazione Giovanni Agnelli.
- TAPINOS, G. (1999), "L'Europa mediterrània i els canvis demogràfics. Hi ha una especificitat pròpia dels països del sud?", incluido en M.A. Roque, *L'espai mediterrani llatí*. Barcelona, Institut Català de la Mediterrània, pp. 111-138.
- THAVE, S. (1991), "Célibataires mais pas seuls: évolution récente des cohabitations des célibataires", incluido en Thérèse y ROUSSEL HEBERT, Louis, *La nuptialité: évolution récente en France et dans les pays développés*. Paris, INED, pp. 59-74.
- TOULEMON, L. (1996), "La cohabitation hors mariage s'installe en la durée". En *Population*, 51 (3): 675-716.
- TROST, J. (1986), "Cohabitation and marriage: transitional pattern, different lifestyle, or just another legal form", incluido en H. y SCHOORL MOORS, J., *Lifestyles, contraception and parenthood*. The Hage, The Netherlands Interdisciplinary Demographic Institute and the Population and Family Study Centre, pp. 3-14.
- TROST, J. (1988), "Cohabitation and marriage: transitional pattern, different lifestyle, or just another legal form", incluido en Hein i SCHOORL MOORS, Jeannette, *Lifestyles, Contraception and Parenthood*. The Hague/Brussels, NIDI, CGBS Publications, pp. 3-14.
- VAN DE KAA, D. J. (1987), "Europe's Second Demographic Transition". En *Population bulletin*, 42 (1).
- VAN DE KAA, D. J. (1988), "The Second Demographic Transition Revisited. Theories and Expectations", presentada en *Symposium on Population Change and European Society*. European University Institute Villa Schifanoia-Florence.
- VAN DE KAA, D. J. (1994), "Europe's Second Demographic Transition Revisited: theories and expectations", incluido en G.C.N. y otros BEETS, *Population and Family in the Low Countries, 1993. Late fertility and other current issues*. La Haya, NIDI, pp. 81-126.
- VAN DE KAA, D. J. (1999), "Without Maps and Compass? Toward a New European Transition Project". En *European Journal of Population*, (15): 309-316.



VI. ANEXOS



VI.1. Anexo metodològic. El ajusto de funcions de fecunditat con datos censurados

La funció utilitzada para el ajusto de las tasas específicas de fecundidad ha sido la propuesta por Julio Mirás (1992) y que se expresa como:

$$M(y) = \frac{a}{35} \times \frac{bc[y(1-y)]^{c-1}}{[by^c + (1-y)^c]^2}$$

donde y es la transformación de la edad $y=(x-15)/35$; a el único parámetro conocido, correspondiendo directamente con la medida de intensidad de la fecundidad (ya sea la descendencia final o el índice sintético de fecundidad), mientras que los parámetros b y c deben ser estimados.

La opción de seleccionar esta función de fecundidad y no alguna de las cinco que proponen Duchêne y Gillet-de-Stefano (1974) se ha tomado después de comparar la desviación de cada una de las seis funciones respecto de las tasas específicas de fecundidad para el período 1976-1996. El resultado muestra como las desviaciones cuadráticas son mucho menores en la función de Mirás que en el resto para casi la totalidad de años observados: únicamente en el primer año, 1976, caracterizado por una fecundidad muy elevada, 2,78 hijos por mujer, la función Gamma ofrece una ligera mejor estimación de las tasas. Las desviaciones cuadráticas para las seis funciones se muestran en la Tabla 44.

Los ajustes de las funciones de Mirás y Gamma son relativamente parecidos en los tres primeros años, período en que la fecundidad se caracteriza por ser elevada y poco concentrada en las edades centrales –índice sintético de fecundidad superior a los 2,5 hijos por mujer y varianza en torno al valor 34–; mientras que la función de Mirás muestra un ajuste significativamente mejor a partir de este momento: de 1979 en adelante, la desviación cuadrática de ésta se encuentra siempre por debajo de la mitad que el resto de funciones, y va haciéndose comparativamente menor paralelamente al descenso del índice sintético de fecundidad, hasta el punto que, en los últimos años, la desviación es más de cinco veces inferior a la que presenta la función Beta, la mejor del resto.

Tabla 44: Suma de desviaciones cuadráticas ($\cdot 10^4$) en los seis modelos de ajuste

	Indicadores de fecundidad			Suma de desviaciones cuadráticas ($\cdot 10^4$)					
	ISF	EMM	VAR	Hadwiger	Gamma	Log-normal	Beta	Polin grado 3	Mirás
1976	2,78	28,54	33,80	105,60	20,47	103,98	66,46	93,29	22,57
1977	2,66	28,46	34,02	106,57	18,42	105,11	50,02	74,24	16,08
1978	2,54	28,37	34,01	107,36	19,31	105,05	41,77	65,94	13,14
1979	2,37	28,26	34,13	101,39	16,72	98,31	30,66	53,84	7,15
1980	2,22	28,20	34,32	92,39	15,33	89,00	26,27	47,69	5,32
1981	2,04	28,23	33,46	77,77	13,41	74,42	22,69	43,54	4,25
1982	1,94	28,32	33,18	74,39	14,17	70,91	19,21	38,39	3,49
1983	1,80	28,38	32,80	68,65	14,32	64,83	15,37	33,45	2,08
1984	1,72	28,43	32,40	69,04	16,32	64,93	14,02	32,54	1,92
1985	1,63	28,45	31,78	70,12	19,26	65,63	13,23	32,81	2,17
1986	1,55	28,53	30,79	68,98	21,28	64,58	12,93	34,90	2,57
1987	1,49	28,57	30,16	71,75	24,51	67,36	12,60	35,77	3,17
1988	1,45	28,58	29,43	75,81	28,46	71,34	13,30	38,92	3,92
1989	1,40	28,72	28,43	71,24	28,10	67,19	13,31	41,61	3,64
1990	1,36	28,86	27,56	68,61	28,14	65,00	12,46	43,83	3,20
1991	1,33	29,04	27,02	66,45	28,75	63,07	12,92	46,04	3,02
1992	1,31	29,25	26,35	66,82	30,53	63,57	13,89	49,29	3,07
1993	1,26	29,46	25,76	63,94	31,01	60,95	14,68	51,20	3,18
1994	1,19	29,72	25,47	59,94	30,45	57,28	14,37	48,72	2,94
1995	1,16	29,95	25,03	60,25	32,29	57,73	15,46	50,12	2,90
1996	1,15	30,18	24,83	63,07	35,27	60,56	17,25	53,05	3,19

En negrita se muestra, para cada año, la función que proporciona unos ajustes mejores.

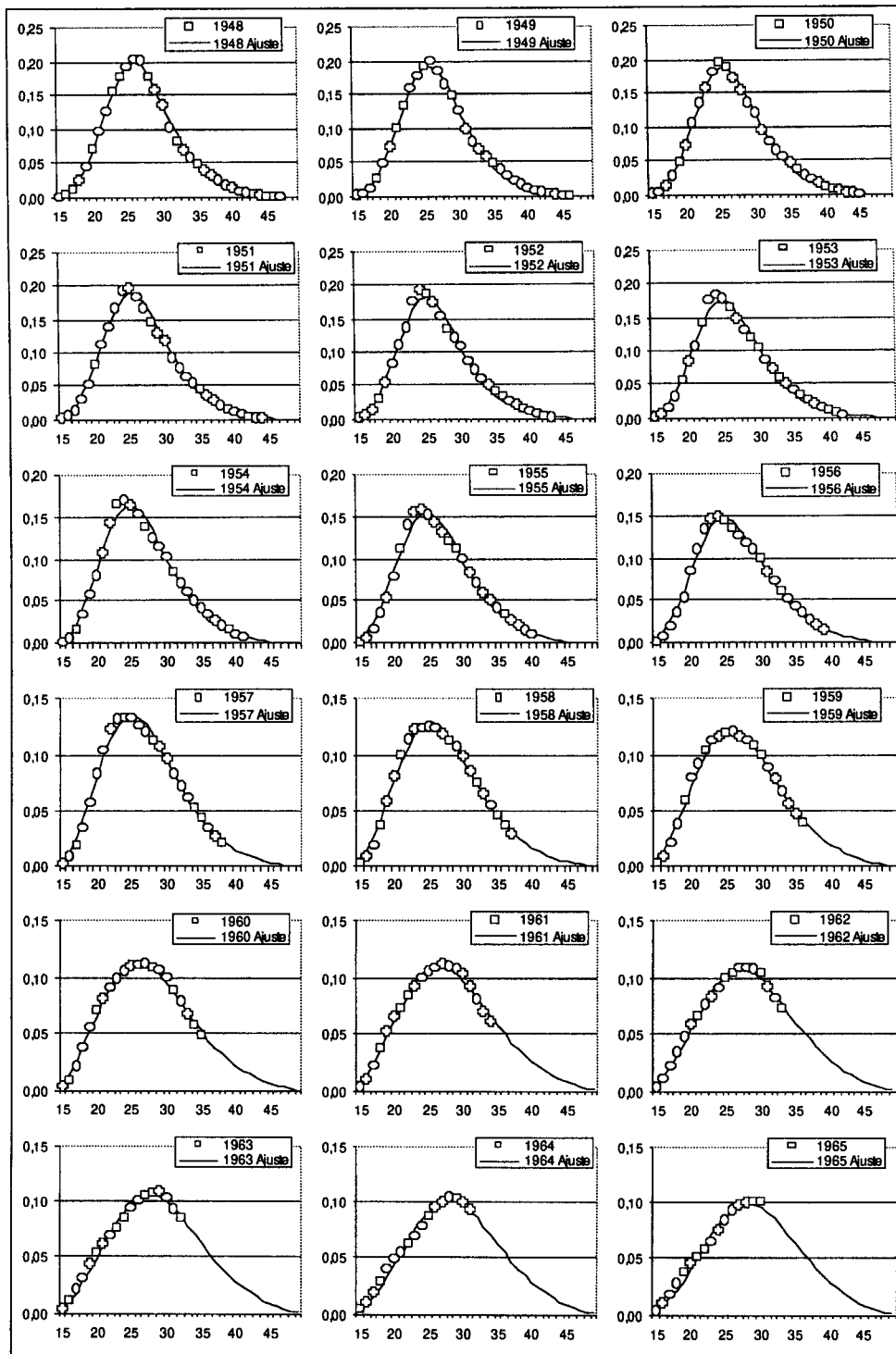
Fuente: elaboración propia.

La conclusión no puede ser otra que, a partir de intensidades de fecundidad relativamente bajas (inferiores a 2,5), la función que mejor ajusta las tasas específicas es la de Mirás, y que el ajuste es comparativamente mejor a medida que los nacimientos se concentran en torno a un número reducido de edades. Esta conclusión conduce, pues, a realizar los ajustes a partir de esta función, ya que la fecundidad en las cohortes analizadas se caracterizará por ser baja y relativamente concentrada.

El inconveniente que en otros tipos de análisis puede presentar la función propuesta por Mirás, es la estimación que debe hacerse de dos parámetros $-b$ y c en la expresión más arriba descrita-, al no corresponderse con ningún indicador directo de fecundidad. Aquí en cambio, al tratarse precisamente de estimar estos indicadores, no se trata de ningún inconveniente, sino que tanto estos dos parámetros como el tercero, a , van a ser estimados por métodos de análisis numérico.

El método ha consistido en ajustar, para cada generación, una función de Mirás a los datos existentes, obteniéndose así unos parámetros a , b y c para cada cohorte de mujeres. El ajuste se ha realizado mediante el procedimiento Solver del programa Excel, el cual utiliza un procedimiento iterativo basado en una estimación lineal a partir del método de Newton. Una vez obtenidos los parámetros se dibuja el resto de la curva, con lo cual se obtiene el conjunto de las tasas específicas, y consiguientemente los indicadores de fecundidad.

Gráfico 127. Ajuste de tasas de fecundidad según la función de Mirás. Generaciones 1948-1965



Fuente: elaboración propia.

La bondad del ajuste dependerá del total de edades sobre las cuales se disponga de información, estableciéndose una relación directa entre la incertidumbre del resultado y el número de edades a estimar. Para validar a partir de qué momento el método ofrece unos resultados aceptables se han realizado un conjunto de pruebas consistentes en tomar curvas de fecundidad del momento, censurarlas a partir de cierta edad, y comparar los resultados obtenidos tanto con las tasas reales como, y sobre todo, con el índice sintético de fecundidad y la edad media a la maternidad.

A pesar de que se han obtenido resultados razonablemente ajustados cuando la cúspide de la curva de fecundidad estaba completamente definida, se ha detectado cierto sesgo en el sentido de sobrestimar las tasas específicas y como consecuencia el índice sintético de fecundidad y la edad media a la maternidad. Este sesgo se minimiza en gran medida si se añaden ciertas restricciones a la fecundidad en las edades más avanzadas (por encima de los 45 años) y que irían en el sentido de acotarla entre los valores observados hasta el momento. Hecha esta corrección, la desviación de las tasas se ha reducido en gran medida, obteniendo como consecuencia unos indicadores sintéticos muy ajustados a los observados.

Como conclusión, y hechas las pertinentes correcciones, el método para ajustar curvas de fecundidad con datos censurados por la derecha se ha mostrado válido cuando se dispone de la información de las tasas tanto en la edad modal como en las edades siguientes, mientras que presentará ciertos problemas en el resto de casos.

En el gráfico anterior se muestra el ajuste realizado para todas las generaciones en las que se ha tenido que hacer alguna aproximación.

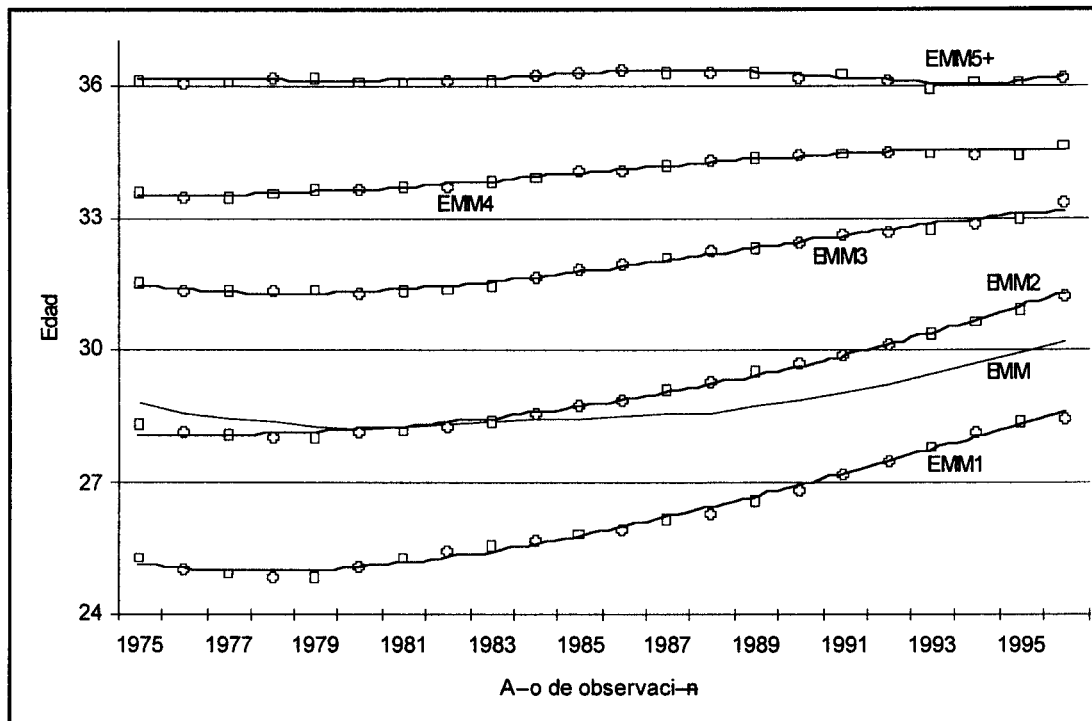
Metodología para la corrección del índice sintético de fecundidad a partir de las variaciones en la edad media a la maternidad

Como ya se ha descrito en el texto, la corrección del índice sintético de fecundidad propuesta por Bongaarts y Feeney tiene como objetivo eliminar la influencia de los cambios en la edad media a la maternidad entre dos años consecutivos, partiéndose para ello de los nacimientos en función del rango de nacimiento, y de las variaciones en la edad media a la maternidad para cada orden de nacimiento. La expresión utilizada es:

$$ISF^* = \sum_{i=1}^r \frac{ISF_i}{1 - \Delta\mu_i}$$

donde ISF^* es el índice sintético corregido, i los distintos órdenes de nacimiento que varían de 1 hasta r , $\Delta\mu$ la variación en la edad media a la maternidad.

Gráfico 128. Edad media a la maternidad para el conjunto de los nacimientos, y para cada uno de los órdenes. 1975-1996



Fuente: elaboración propia.

Los círculos representan la edad media en cada año para cada uno de los rangos, mientras que los trazos gruesos son los ajustes polinómicos. En trazo más delgado se ha representado la edad media a la maternidad para el conjunto.

El problema que puede presentar esta corrección es su elevada sensibilidad a pequeños cambios en la edad media a la maternidad de cada orden de nacimiento, algo muy frecuente en los rangos superiores los cuales, como consecuencia de un pequeño número de casos, se caracterizan por una evolución considerablemente errática. Para suavizar en la medida de lo posible esta inestabilidad se ha optado por dos vías: en primer lugar, agrupando los rangos superiores al cuarto orden de nacimiento y, en segundo lugar, ajustando una función polinómica a la evolución de la edad media a la maternidad en cada orden de nacimiento. En el Gráfico 128 se muestra esta edad media y los ajustes realizados para los cuatro primeros rangos y para el quinto y más.

Además de suavizar la evolución, el ajuste polinómico, o más concretamente su derivada primera, permite el cálculo de los cambios en la edad media a la maternidad en cada instante del tiempo, con lo cual se puede obtener información de los incrementos o decrementos en la edad media a la maternidad para cada año de observación. En el supuesto que no se hubiese realizado el ajuste de una función, el cálculo de las variaciones en la edad media a la maternidad se tendría que haber realizado como resta entre dos años consecutivos, con la consiguiente pérdida de información de un año de observación que este método conlleva.

En el cuadro se muestra, para cada uno de los rangos de nacimiento, el índice sintético de fecundidad observado, y el calculado después de la corrección, así como los índices totales.

Tabla 45. Índice sintético de fecundidad no corregido y corregido, para cada uno de los órdenes de nacimiento (en miles). 1975-1996

	Orden 1		Orden 2		Orden 3		Orden 4		Orden 5 y sup		Total	
	no cor.	correg.	no cor.	correg.	no cor.	correg.	no cor.	correg.	no cor.	correg.	no cor.	correg.
1975	1.008	915	836	818	483	439	230	224	228	238	2.784	2.635
1976	1.018	958	845	841	476	446	226	225	215	216	2.780	2.686
1977	979	954	823	832	450	434	210	213	197	194	2.658	2.628
1978	938	947	806	829	434	431	192	198	175	172	2.545	2.577
1979	912	952	746	780	390	397	171	179	151	150	2.370	2.459
1980	899	969	695	740	344	358	149	157	130	131	2.216	2.356
1981	834	928	649	703	312	333	135	144	112	115	2.042	2.223
1982	797	914	622	686	294	320	125	135	102	105	1.940	2.160
1983	747	882	577	649	268	297	112	122	90	94	1.795	2.043
1984	738	894	555	636	251	282	100	109	79	82	1.723	2.003
1985	723	897	529	618	228	259	89	97	66	69	1.635	1.940
1986	660	838	549	654	209	240	78	85	56	57	1.552	1.874
1987	688	891	500	608	189	218	67	73	47	47	1.491	1.838
1988	688	908	488	605	173	201	59	64	39	38	1.446	1.815
1989	676	906	479	606	159	186	51	54	32	31	1.397	1.783
1990	665	902	474	613	149	173	46	48	27	26	1.361	1.763
1991	665	912	464	613	135	156	39	41	24	22	1.327	1.745
1992	667	921	460	622	129	148	35	36	21	19	1.311	1.747
1993	645	895	444	614	119	136	31	32	18	18	1.259	1.695
1994	610	848	428	606	112	126	28	29	16	16	1.195	1.625
1995	589	818	426	617	107	118	26	25	14	15	1.162	1.594
1996	567	784	436	647	109	118	25	24	14	17	1.150	1.590

Fuente: elaboración propia.

VI.2. Anexo estadístico

Tabla 46. Proporción de no escolarizados y de no alfabetizados, por sexos. Generaciones 1901-1970.

	Muj. no esc	Muj. no alf	Hom. no esc	Hom. no alf
1901-05	38%	27%	29%	14%
1906-10	34%	24%	26%	10%
1911-15	29%	20%	20%	10%
1916-20	26%	17%	18%	7%
1921-25	21%	13%	17%	7%
1926-30	20%	12%	15%	6%
1931-35	19%	10%	15%	5%
1936-40	16%	8%	12%	4%
1941-45	9%	4%	7%	2%
1946-50	6%	2%	5%	1%
1951-55	3%	1%	3%	1%
1956-60	2%	1%	2%	1%
1961-65	1%	1%	1%	0%
1966-70	1%	0%	1%	0%

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 47. Número medio de años de estudios académicos ininterrumpidos, por sexo y generación (sobre el total generacional y sobre los escolarizados únicamente)

	Escolares (H)	Escolares (M)	Generación (H)	Generación (M)
1901-05	6,3	5,5	4,5	3,4
1906-10	5,9	5,5	4,4	3,6
1911-15	6,2	5,5	4,9	3,9
1916-20	6,4	5,7	5,3	4,2
1921-25	6,4	5,8	5,3	4,6
1926-30	6,5	5,9	5,5	4,7
1931-35	6,8	6,1	5,8	5,0
1936-40	7,3	6,3	6,5	5,3
1941-45	8,1	6,9	7,6	6,3
1946-50	8,4	7,5	8,1	7,0
1951-55	9,4	8,4	9,1	8,1
1956-60	10,3	9,9	10,1	9,8
1961-65	11,2	11,4	11,1	11,3
1966-70	11,7	12,0	11,6	11,9

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 48. Distribución según el mayor nivel de estudios alcanzado. Generaciones 1901-1970. Hombres.

Gener.	Analf	Alf no esc	Esc no acab	1er grado	2º gr 1er nivel	2º gr 2º ni (inf)	2º gr 2º ni (sup)	3er gr 1er ni	3er gr 2º ni	3er gr 3er ni	Total
1901-05	14	15	31	30	2	0	2	3	3	0	100
1906-10	10	16	32	34	1	0	3	2	2	0	100
1911-15	10	10	30	40	2	0	4	2	2	0	100
1916-20	7	11	29	41	2	0	6	2	2	0	100
1921-25	7	10	29	43	2	0	4	2	2	1	100
1926-30	6	9	30	41	2	1	5	2	3	0	100
1931-35	5	10	28	42	3	1	6	2	3	0	100
1936-40	4	9	22	46	4	2	7	3	4	1	100
1941-45	2	5	17	46	6	2	10	5	5	1	100
1946-50	1	4	15	48	7	3	11	5	5	1	100
1951-55	1	2	11	43	10	4	16	6	7	1	100
1956-60	1	1	7	42	9	5	21	6	7	1	100
1961-65	0	0	2	13	40	9	23	5	7	1	100
1966-70	0	0	1	13	36	10	34	3	3	0	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 49. Distribución según el máximo nivel de estudios alcanzado. Generaciones 1901-1970. Mujeres

Gener.	Analf	Alf no esc	Esc no acab	1er grado	2º gr 1er nivel	2º gr 2º ni (inf)	2º gr 2º ni (sup)	3er gr 1er ni	3er gr 2º ni	3er gr 3er ni	Total
1901-05	27	12	24	34	1	0	1	2	0	0	100
1906-10	24	10	29	34	0	0	1	1	0	0	100
1911-15	20	9	28	39	1	0	2	1	0	0	100
1916-20	17	9	28	41	1	0	2	1	0	0	100
1921-25	13	8	30	43	1	0	2	2	1	0	100
1926-30	12	8	29	43	2	0	3	2	0	0	100
1931-35	10	9	27	45	2	0	3	2	1	0	100
1936-40	8	8	26	47	4	0	4	2	1	0	100
1941-45	4	5	23	50	5	1	5	4	2	0	100
1946-50	2	3	19	50	9	1	6	5	3	0	100
1951-55	1	2	14	48	11	1	10	6	5	1	100
1956-60	1	1	10	43	10	5	14	8	7	1	100
1961-65	1	0	2	13	37	8	21	7	10	1	100
1966-70	0	0	2	10	32	8	37	6	5	0	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 50. Distribución de las primeras ocupaciones según los grandes sectores de actividad.

	1901-05	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45	1946-50	1951-55	1956-60	1961-65
1	58	57	53	52	49	47	43	36	28	21	15	12	14
2	22	22	22	24	28	29	32	35	39	41	41	39	36
3	20	22	25	24	24	24	25	28	33	39	44	48	51
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
1	37	34	31	30	29	26	23	22	14	10	8	6	6
2	20	24	26	24	24	25	25	26	30	30	30	28	19
3	43	42	43	46	47	49	52	52	57	60	63	66	75
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 51. Proporciones de activos a edades exactas, generaciones 1901-1975. Hombres

	1901-05	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45	1946-50	1951-55	1956-60	1961-65	1966-70	1971-75
10	15	15	13	13	12	11	10	9	5	4	2	1	0	0	0
15	71	73	70	68	66	67	65	60	51	47	40	33	21	12	6
20	83	87	86	40	82	81	80	79	73	73	69	60	50	43	29
25	86	91	55	72	85	92	92	92	91	91	91	89	86	72	
30	96	84	93	96	96	97	97	98	98	97	97	95	90		
35	95	96	96	97	97	98	98	99	98	97	97	94			
40	97	98	98	98	97	98	98	98	97	97	95				
45	98	99	98	98	96	97	97	96	95	94					
50	98	98	97	97	96	95	94	92	92						
55	98	96	94	94	92	88	87	86							
60	97	93	89	86	81	73	73								
65	82	80	71	62	54	47									
70	19	12	9	7	9										
75	10	5	5	4											
80	6	4	3												

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 52. Proporciones de activos a edades exactas, generaciones 1901-1975. Mujeres

	1901-05	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45	1946-50	1951-55	1956-60	1961-65	1966-70	1971-75
10	9	7	7	7	5	4	4	4	2	1	1	1	0	0	0
15	37	38	39	36	32	32	31	32	29	28	27	24	15	8	4
20	46	48	50	47	47	47	48	49	50	56	57	54	45	43	25
25	40	42	45	45	44	43	42	41	39	45	48	52	59	53	
30	36	37	41	39	37	34	32	31	31	36	43	51	57		
35	37	37	39	37	35	31	30	30	30	36	46	51			
40	37	37	38	36	34	31	30	30	31	39	47				
45	37	36	38	36	34	31	31	31	33	40					
50	35	35	37	35	33	30	30	31	33						
55	34	32	35	33	31	28	27	29							
60	32	29	32	29	26	22	23								
65	26	22	24	21	18	15									
70	7	6	5	4	4										
75	3	3	2	2											
80	2	1	1												

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 53. Edad media al cese de la convivencia con los progenitores. Generaciones 1901-1950.

	Hombres	Mujeres
1901-05	25,8	23,8
1906-10	26,7	24,5
1911-15	27,1	25,2
1916-20	27,1	25,3
1921-25	27,7	25,5
1926-30	27,2	25,5
1931-35	26,9	25,3
1936-40	26,1	24,7
1941-45	25,5	23,9
1946-50	24,7	23,1

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 54. Edad media a la nupcialidad y soltería definitiva. Generaciones 1856-1945

	EMN Muj	EMN Hom	SOL Muj	SOL Hom
1856-60	24,27	27,12	9,50	5,90
1861-65	24,36	27,18	9,60	6,33
1866-70	24,54	27,21	9,80	6,93
1871-75	24,69	27,26	10,03	7,15
1876-80	24,74	27,33	10,43	7,18
1881-85	24,71	27,43	11,55	7,55
1886-90	24,76	27,55	12,90	8,30
1891-95	25,03	27,69	13,73	8,78
1896-00	25,22	27,92	14,43	8,95
1901-05	25,50	28,46	14,62	8,93
1906-10	26,21	29,47	14,29	8,53
1911-15	27,09	30,13	14,19	8,21
1916-20	27,50	30,04	13,75	7,96
1921-25	27,44	29,69	11,95	8,15
1926-30	26,90	28,95	10,94	9,08
1931-35	26,01	28,21	9,50	9,89
1936-40	25,06	27,46	8,70	10,10
1941-45	24,86	27,24	8,90	11,01

Fuente: (A. CABRÉ, 1999)

Tabla 55. Orfandad total acumulada a edades exactas. Generaciones 1906-1945.

	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
5	0,7%	0,6%	0,5%	0,3%	0,2%	0,4%	0,3%	0,2%
10	2,1%	1,6%	1,1%	0,9%	0,9%	1,1%	0,6%	0,5%
15	3,9%	2,8%	2,1%	2,1%	1,9%	1,8%	1,2%	0,8%
20	5,9%	4,9%	3,8%	4,1%	3,0%	2,5%	1,8%	1,2%
25	9,2%	8,2%	7,2%	6,2%	4,9%	3,8%	3,1%	2,2%
30	14,4%	14,4%	11,0%	10,2%	7,7%	6,3%	5,1%	4,3%
35	23,4%	20,6%	17,0%	14,6%	11,9%	10,1%	8,7%	7,2%
40	31,9%	29,5%	23,8%	22,8%	18,9%	16,6%	15,0%	11,9%

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 56. Tasas de mortalidad infantil. España 1901-1980 (x mil nacidos vivos)

Año	TMI	Año	TMI	Año	TMI	Año	TMI
1901	185,90	1921	147,20	1941	148,55	1961	46,21
1902	180,50	1922	141,70	1942	108,52	1962	41,59
1903	161,90	1923	147,70	1943	104,42	1963	40,44
1904	172,90	1924	139,90	1944	98,08	1964	39,21
1905	161,30	1925	136,40	1945	90,10	1965	37,82
1906	173,70	1926	127,50	1946	92,41	1966	36,00
1907	158,00	1927	126,60	1947	76,12	1967	33,97
1908	159,90	1928	125,30	1948	69,98	1968	32,42
1909	153,50	1929	123,00	1949	74,64	1969	30,24
1910	149,30	1930	123,76	1950	69,83	1970	28,08
1911	162,10	1931	122,62	1951	68,17	1971	25,71
1912	137,40	1932	117,46	1952	60,81	1972	22,86
1913	155,10	1933	118,11	1953	58,92	1973	21,52
1914	151,70	1934	118,54	1954	55,24	1974	19,89
1915	156,00	1935	115,25	1955	56,92	1975	18,85
1916	146,90	1936	114,02	1956	52,34	1976	17,09
1917	155,10	1937	134,84	1957	52,97	1977	16,01
1918	182,90	1938	124,21	1958	48,13	1978	15,23
1919	156,20	1939	140,28	1959	48,27	1979	14,25
1920	165,20	1940	113,73	1960	43,63	1980	12,34

Fuente: (R. GÓMEZ REDONDO, 1992).

* De 1901 a 1929 las TMI son tasas legales de M. Pascua (*La mortalidad infantil en España*, 1934, p.11)

** Desde 1930 se trata de tasas corregidas por la propia autora.

Tabla 57. Distribución y estructura por edad y sexo. España 1975 y 1996.

Edad	1975				1996			
	Número		% del total		Número		% del total	
	hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres
0	332.986	314.716	0,92	0,87	181.093	171.899	0,46	0,43
1	324.073	307.571	0,90	0,85	180.944	171.346	0,46	0,43
2	327.418	307.979	0,91	0,86	190.337	179.890	0,48	0,45
3	330.289	312.312	0,92	0,87	199.661	189.857	0,50	0,48
4	330.445	309.871	0,92	0,86	201.567	190.482	0,51	0,48
5	336.979	320.371	0,94	0,89	205.520	195.131	0,52	0,49
6	335.466	318.586	0,93	0,88	209.435	198.453	0,53	0,50
7	337.244	318.501	0,94	0,88	211.435	200.333	0,53	0,51
8	335.978	321.064	0,93	0,89	216.615	205.181	0,55	0,52
9	336.577	321.574	0,93	0,89	224.289	212.998	0,57	0,54
10	345.105	325.634	0,96	0,90	227.655	216.472	0,57	0,55
11	348.784	331.547	0,97	0,92	235.313	223.070	0,59	0,56
12	333.362	319.717	0,93	0,89	243.076	231.376	0,61	0,58
13	326.106	311.275	0,91	0,86	261.617	247.363	0,66	0,62
14	316.227	306.700	0,88	0,85	276.745	262.473	0,70	0,66
15	326.593	315.629	0,91	0,88	292.045	276.615	0,74	0,70
16	314.217	304.346	0,87	0,85	306.733	293.603	0,77	0,74
17	314.347	304.921	0,87	0,85	324.434	308.984	0,82	0,78
18	306.633	297.907	0,85	0,83	335.288	319.596	0,85	0,81
19	292.108	281.875	0,81	0,78	345.115	328.897	0,87	0,83
20	284.916	274.188	0,79	0,76	347.294	333.657	0,88	0,84
21	268.548	261.330	0,75	0,73	346.242	332.380	0,87	0,84
22	269.050	258.941	0,75	0,72	339.357	327.089	0,86	0,82
23	268.202	259.546	0,74	0,72	339.285	326.336	0,86	0,82
24	248.160	239.038	0,69	0,66	334.963	323.811	0,84	0,82
25	248.249	243.381	0,69	0,68	329.881	318.912	0,83	0,80
26	247.437	244.337	0,69	0,68	327.504	318.407	0,83	0,80
27	265.440	261.460	0,74	0,73	321.973	314.371	0,81	0,79
28	240.915	240.986	0,67	0,67	330.450	323.972	0,83	0,82
29	231.440	230.785	0,64	0,64	326.313	319.815	0,82	0,81
30	251.682	252.907	0,70	0,70	323.340	319.107	0,82	0,80
31	232.251	233.805	0,64	0,65	327.088	324.362	0,82	0,82
32	237.215	231.949	0,66	0,64	321.896	318.566	0,81	0,80
33	208.039	208.737	0,58	0,58	310.466	307.176	0,78	0,77
34	190.980	188.673	0,53	0,52	302.451	301.728	0,76	0,76
35	247.528	241.906	0,69	0,67	302.550	302.993	0,76	0,76
36	159.527	164.252	0,44	0,46	302.306	302.153	0,76	0,76
37	184.834	189.559	0,51	0,53	294.868	295.134	0,74	0,74
38	210.446	213.372	0,58	0,59	293.280	294.492	0,74	0,74
39	238.962	250.518	0,66	0,70	272.793	274.494	0,69	0,69

(Continuación)

Edad	1975				1996			
	Número		% del total		Número		% del total	
	hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres
40	234.054	236.238	0,65	0,66	265.810	266.716	0,67	0,67
41	231.251	236.304	0,64	0,66	255.583	257.728	0,64	0,65
42	244.451	246.714	0,68	0,69	253.916	254.882	0,64	0,64
43	243.262	249.030	0,68	0,69	255.943	256.317	0,65	0,65
44	235.721	235.560	0,65	0,65	245.024	244.729	0,62	0,62
45	246.407	250.362	0,68	0,70	239.555	240.046	0,60	0,61
46	225.412	232.358	0,63	0,65	239.742	242.814	0,60	0,61
47	229.710	239.633	0,64	0,67	250.714	254.961	0,63	0,64
48	217.381	224.345	0,60	0,62	255.989	258.371	0,65	0,65
49	220.061	224.991	0,61	0,62	219.492	223.468	0,55	0,56
50	212.875	225.277	0,59	0,63	240.128	245.766	0,61	0,62
51	209.894	219.246	0,58	0,61	229.234	235.304	0,58	0,59
52	206.845	211.568	0,57	0,59	229.108	234.724	0,58	0,59
53	203.611	217.568	0,57	0,60	211.769	216.353	0,53	0,55
54	193.667	195.717	0,54	0,54	177.389	181.401	0,45	0,46
55	183.018	207.263	0,51	0,58	203.223	210.816	0,51	0,53
56	153.074	173.426	0,43	0,48	182.494	191.421	0,46	0,48
57	150.505	181.059	0,42	0,50	160.607	171.333	0,40	0,43
58	145.428	172.362	0,40	0,48	185.353	197.690	0,47	0,50
59	141.352	167.930	0,39	0,47	207.596	225.328	0,52	0,57
60	144.326	174.205	0,40	0,48	210.144	228.311	0,53	0,58
61	142.904	172.754	0,40	0,48	205.103	222.265	0,52	0,56
62	140.926	170.491	0,39	0,47	212.864	232.525	0,54	0,59
63	139.415	173.294	0,39	0,48	212.717	232.973	0,54	0,59
64	133.217	161.511	0,37	0,45	205.172	225.806	0,52	0,57
65	139.037	176.810	0,39	0,49	204.519	230.181	0,52	0,58
66	127.997	156.861	0,36	0,44	191.665	220.353	0,48	0,56
67	123.659	153.835	0,34	0,43	187.992	216.265	0,47	0,55
68	117.174	146.339	0,33	0,41	175.115	206.979	0,44	0,52
69	110.911	142.392	0,31	0,40	172.845	205.543	0,44	0,52
70	106.626	143.425	0,30	0,40	161.313	197.183	0,41	0,50
71	95.105	129.867	0,26	0,36	156.634	194.750	0,39	0,49
72	94.189	125.956	0,26	0,35	148.290	186.826	0,37	0,47
73	86.459	124.003	0,24	0,34	140.400	183.618	0,35	0,46
74	75.129	106.165	0,21	0,29	132.121	171.484	0,33	0,43
75	74.229	122.047	0,21	0,34	114.143	159.150	0,29	0,40
76	55.855	80.721	0,16	0,22	99.465	148.315	0,25	0,37
77	51.953	80.587	0,14	0,22	84.064	132.005	0,21	0,33
78	44.724	69.975	0,12	0,19	79.197	129.077	0,20	0,33
79	42.843	70.466	0,12	0,20	71.649	119.157	0,18	0,30

(Continuación)

Edad	1975				1996			
	Número		% del total		Número		% del total	
	hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres	hombres	mujeres
80	36.850	62.478	0,10	0,17	66.715	114.053	0,17	0,29
81	30.171	51.715	0,08	0,14	62.376	110.559	0,16	0,28
82	25.414	45.144	0,07	0,13	55.191	100.912	0,14	0,25
83	22.866	43.705	0,06	0,12	50.575	95.339	0,13	0,24
84	16.783	31.704	0,05	0,09	43.693	84.126	0,11	0,21
85	15.643	30.671	0,04	0,09	37.353	75.799	0,09	0,19
86	12.085	24.636	0,03	0,07	32.145	66.369	0,08	0,17
87	9.022	20.388	0,03	0,06	26.748	55.213	0,07	0,14
88	7.722	17.126	0,02	0,05	21.552	46.808	0,05	0,12
89	5.544	12.846	0,02	0,04	16.609	38.707	0,04	0,10
90	4.636	11.241	0,01	0,03	13.222	31.857	0,03	0,08
91	3.670	8.650	0,01	0,02	9.612	24.758	0,02	0,06
92	2.683	6.705	0,01	0,02	7.366	19.444	0,02	0,05
93	1.745	4.456	0,00	0,01	5.548	15.179	0,01	0,04
94	1.098	3.280	0,00	0,01	3.814	10.382	0,01	0,03
95	804	2.478	0,00	0,01	3.317	8.634	0,01	0,02
96	567	1.631	0,00	0,00	2.569	6.061	0,01	0,02
97	366	1.208	0,00	0,00	970	2.869	0,00	0,01
98	259	877	0,00	0,00	619	1.955	0,00	0,00
99	206	667	0,00	0,00	374	1.344	0,00	0,00
100	758	1.917	0,00	0,01	1.869	3.569	0,00	0,01
Subt.	17.658.309	18.353.942	49,03	50,97	19.399.535	20.269.845	48,90	51,10
Total	36.012.251		100		39.669.380		1000	

Fuente: INE, Padrones 1975 y 1996

Tabla 58. Descendencia final de las generaciones femeninas. Generaciones 1871-1960.

	A. Cabre	Fdez. Cordon	ESD
1871-75	4,581		
1876-80	4,443		
1881-85	4,318		
1886-90	4,039		
1891-95	3,865		
1896-00	3,53		
1901-05	3,25	3,16	
1906-10	3,06	2,93	2,91
1911-15	2,88	2,72	2,69
1916-20	2,66	2,58	2,62
1921-25	2,48	2,51	2,65
1926-30	2,52	2,56	2,65
1931-35	2,63	2,67	2,68
1936-40	2,65	2,62	2,72
1941-45	2,54	2,47	2,58
1946-50	2,47	2,30	
1951-55		2,05	
1956-60		1,70	

Fuente: Fuente: (CABRÉ, 1989), (FERNÁNDEZ C., 1986) y explotación propia de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 59. Ausencia de pareja e infecundidad hasta los 50 años

Generac.	Mujeres				Hombres			
	Solter. (A)	Infec. (B)	(B-A)	(A/B)	Solter. (A)	Infec. (B)	(B-A)	(A/B)
1906-10	11,2%	16,4%	5,2%	68%	7,0%	11,5%	4,5%	61%
1911-15	12,7%	18,9%	6,2%	67%	6,2%	12,0%	5,8%	52%
1916-20	12,0%	17,8%	5,8%	67%	6,5%	12,5%	6,0%	52%
1921-25	10,7%	16,7%	6,0%	64%	7,2%	13,0%	5,8%	55%
1926-30	9,7%	13,9%	4,2%	70%	8,3%	13,5%	5,2%	61%
1931-35	8,1%	11,7%	3,6%	69%	8,7%	13,2%	4,5%	66%
1936-40	6,4%	9,1%	2,7%	70%	7,9%	11,0%	3,1%	72%
1941-45*	7,0%	9,1%	2,1%	77%	7,6%	11,1%	3,5%	68%

Fuente: Elaborado a partir de la Encuesta Sociodemográfica. 1991, INE.

Nota: Se usa en este caso "soltería" como sinónimo de ausencia de pareja.

* Los datos correspondientes a las generaciones 1941-1945 son estimados a partir de los que se dan a la edad de 45 años y la evolución de las diferencias entre los resultados a los 45 y a los 50 años en las generaciones anteriores.

Tabla 60. Distribución según el tamaño de las descendencias. Generaciones 1906-1945. Hombres

Generación	Nº de hijos						
	Ninguno	1	2	3	4	5	Más de 5
1901-05	13%	9%	21%	22%	13%	7%	15%
1906-10	12%	13%	22%	18%	13%	9%	13%
1911-15	12%	12%	24%	22%	13%	8%	9%
1916-20	12%	14%	25%	18%	14%	7%	10%
1921-25	13%	14%	26%	21%	13%	6%	6%
1926-30	14%	11%	27%	22%	13%	7%	7%
1931-35	13%	11%	29%	24%	12%	6%	5%
1936-40	11%	10%	33%	23%	13%	6%	4%
1941-45	11%	9%	35%	26%	12%	3%	2%

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 61. Distribución según el tamaño de las descendencias. Generaciones 1906-1945. Mujeres

Generación	Nº de hijos						
	Ninguno	1	2	3	4	5	Más de 5
1901-05	16%	12%	15%	13%	15%	9%	21%
1906-10	16%	12%	20%	17%	12%	9%	13%
1911-15	19%	14%	21%	16%	10%	7%	11%
1916-20	18%	14%	23%	17%	13%	6%	10%
1921-25	17%	13%	25%	18%	11%	7%	9%
1926-30	14%	13%	27%	20%	13%	6%	8%
1931-35	12%	11%	29%	21%	12%	7%	7%
1936-40	9%	10%	31%	25%	13%	6%	7%
1941-45	9%	9%	34%	26%	12%	5%	4%

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 62. Distribución de las generaciones 1901-1965 según la edad al nacimiento del primer hijo. (Población total = 1000). Hombres

Edad	Generación												
	1901-05	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45	1946-50	1951-55	1956-60	1961-65
<20	17	5	8	11	12	7	6	6	7	9	10	15	21
20-24	118	104	76	79	68	68	74	80	96	121	185	184	126
25-29	378	355	314	367	372	367	433	501	523	530	445	346	182
30-34	192	247	301	271	267	301	248	231	194	143	154	146	
35-39	113	110	125	95	103	91	77	48	43	43	37		
40-44	31	46	39	42	30	25	22	15	15	11			
45-49	25	16	13	10	13	5	6	6	3				

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 63. Distribución de las generaciones 1901-1965 según la edad al nacimiento del primer hijo. (Población total = 1000). Mujeres

Edad	Generación												
	1901-05	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45	1946-50	1951-55	1956-60	1961-65
<20	85	41	40	42	45	35	26	39	36	49	56	82	78
20-24	314	279	267	243	242	240	255	317	361	395	407	358	244
25-29	279	308	266	323	326	353	417	402	395	348	320	284	200
30-34	96	112	157	145	141	159	132	110	84	84	79	78	
35-39	42	70	56	48	56	52	39	30	23	19	15		
40-44	18	17	15	14	16	17	10	8	5	5			
45-49	3	5	6	2	3	2	2	1	1				

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 64. Distribución según la diferencia entre la edad al inicio de la unión y al nacimiento del primer hijo. Hombres.

Dif.	Generación							
	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
<-2	4,8%	5,4%	5,1%	3,9%	2,9%	1,7%	2,1%	1,8%
-2	0,7%	1,5%	1,2%	0,9%	0,9%	0,6%	0,8%	0,2%
-1	2,7%	2,6%	2,2%	2,4%	1,9%	2,0%	2,1%	1,3%
0	13,9%	11,5%	11,1%	12,1%	11,0%	11,3%	11,1%	9,5%
1	32,9%	36,3%	38,5%	38,0%	42,0%	43,1%	47,3%	48,8%
2	17,7%	17,5%	18,6%	20,6%	19,7%	20,4%	18,6%	20,7%
>2	27,2%	25,3%	23,3%	22,2%	21,5%	20,8%	18,1%	17,7%
TOTAL	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 65. Distribución según la diferencia entre la edad al inicio de la unión y al nacimiento del primer hijo. Mujeres.

Dif.	Generación							
	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
<-2	4,2%	4,9%	5,2%	4,3%	3,4%	2,4%	2,3%	1,9%
-2	1,1%	1,5%	1,1%	1,6%	1,2%	0,8%	0,7%	0,6%
-1	3,8%	2,7%	2,4%	2,3%	2,2%	1,6%	1,9%	1,6%
0	11,7%	11,4%	11,9%	12,7%	12,0%	10,4%	11,3%	9,8%
1	30,7%	32,2%	33,5%	34,6%	36,9%	41,3%	43,8%	46,1%
2	19,8%	18,2%	19,7%	18,1%	20,6%	22,4%	21,4%	21,7%
>2	28,6%	29,2%	26,1%	26,3%	23,6%	21,2%	18,5%	18,2%
TOTAL	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 66. Edad media al nacimiento de los hijos, según su orden. Hombres.

	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
1º	30,4	30,7	30,1	30,0	29,9	29,4	28,6	28,3
2º	33,6	33,6	33,1	33,1	32,9	32,5	31,6	31,1
3º	35,6	36,0	35,6	36,1	35,7	35,3	34,2	33,7
4º	37,1	38,0	38,0	38,1	37,6	36,7	35,8	35,3
5º	38,7	39,5	39,5	39,5	39,1	38,0	37,4	36,1
6º	40,6	41,1	40,7	40,6	40,5	38,0	38,0	36,3
Tot	34,3	34,3	33,9	33,6	33,5	32,8	31,9	31,1

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 67. Edad media al nacimiento de los hijos, según su orden. Mujeres.

Hijo	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
1º	26,7	26,9	26,8	26,9	27,0	26,7	25,9	25,4
2º	29,3	29,7	29,7	29,9	30,1	29,7	28,8	28,2
3º	31,5	32,0	32,1	32,2	32,5	32,3	31,4	30,7
4º	33,5	33,7	34,3	34,1	34,1	34,0	33,0	32,3
5º	35,2	35,2	35,9	35,5	35,4	35,3	33,8	33,6
6º	36,8	35,9	37,1	36,2	36,6	36,0	34,7	34,2
Total	30,6	30,7	30,7	30,7	30,6	30,2	29,2	28,4

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 68. Intervalo medio entre los sucesivos órdenes de nacimiento (1º a 6º). Generaciones 1906-194., Hombres

Intervalo	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
1º a 2º	3,7	3,5	3,6	3,6	3,4	3,5	3,3	3,3
2º a 3º	3,7	3,8	3,8	4,3	4,0	4,1	4,0	4,1
3º a 4º	3,3	3,8	3,9	3,9	3,9	3,7	3,8	4,0
4º a 5º	3,2	3,3	3,4	3,6	3,5	3,8	4,0	3,6
5º a 6º	3,3	3,2	3,2	3,6	3,8	3,0	3,3	3,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 69. Intervalo medio estandarizado entre los sucesivos órdenes de nacimiento (1º a 6º). Generaciones 1906-1945. Hombres

Intervalo	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
1º a 2º	3,7	3,4	3,5	3,4	3,2	3,1	2,9	2,8
2º a 3º	3,7	3,5	3,7	3,9	3,6	3,5	3,4	3,3
3º a 4º	3,2	3,7	3,7	3,5	3,6	3,3	3,4	3,3
4º a 5º	3,2	3,1	3,3	3,4	3,3	3,5	3,6	3,1
5º a 6º	3,4	3,1	3,1	3,5	3,6	3,0	3,2	2,7

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

* La estructura tipo es la distribución por tamaños de descendencia de las generaciones femeninas 1906-1910)

Tabla 70. Intervalo medio entre los sucesivos órdenes de nacimiento (1° a 6°). Generaciones 1906-1945. Mujeres

	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
1° a 2°	3,4	3,5	3,5	3,7	3,6	3,5	3,4	3,2
2° a 3°	3,5	3,6	3,7	4,0	4,0	3,9	3,9	3,9
3° a 4°	3,5	3,5	3,7	3,8	3,7	3,7	3,7	4,1
4° a 5°	3,3	3,3	3,6	3,6	3,4	3,5	3,5	3,9
5° a 6°	3,2	2,8	3,0	3,1	3,2	3,0	3,3	3,4

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 71. Intervalo medio estandarizado entre los sucesivos órdenes de nacimiento (1° a 6°). Generaciones 1906-1945. Mujeres

	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
1° a 2°	3,4	3,4	3,4	3,5	3,4	3,2	3,1	2,8
2° a 3°	3,5	3,6	3,6	3,8	3,7	3,5	3,5	3,3
3° a 4°	3,5	3,5	3,6	3,6	3,4	3,5	3,3	3,4
4° a 5°	3,3	3,3	3,6	3,6	3,3	3,3	3,3	3,5
5° a 6°	3,2	2,9	3,0	3,2	3,3	2,9	3,3	3,3

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

* La estructura tipo es la distribución por tamaños de descendencia de las generaciones femeninas 1906-1910)

Tabla 72. Edad media del hijo más joven a los 50 del sujeto

	1901-05	1906-10	1911-15	1916-20	1921-25	1926-30	1931-35	1936-40	1941-45
Hombres	11,0	11,2	11,4	11,8	12,1	12,3	13,1	14,1	15,1
Mujeres	14,7	14,5	14,8	15,0	14,8	15,0	15,6	16,5	17,5

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Sociodemográfica (INE, 1991)

Tabla 73. Indicadores de reproducción. Generaciones 1871-1950.

Generación	R	R ₀	R _a
1871-75	2,24	1,05	1,41
1876-80	2,17	1,04	1,48
1881-85	2,11	1,02	1,51
1886-90	1,97	1,01	1,38
1891-95	1,89	0,99	1,49
1896-00	1,72	0,93	1,41
1901-05	1,59	0,94	1,37
1906-10	1,49	0,95	1,25
1911-15	1,40	0,94	1,30
1916-20	1,30	0,84	1,23
1921-25	1,21	0,88	1,17
1926-30	1,23	0,94	1,22
1931-35	1,30	1,04	1,33
1936-40	1,29	1,02	1,27
1941-45	1,24	1,08	1,33
1946-50	1,21	1,08	1,30

Fuente: [Anna Cabré i Pla, 1989]

Nota: R (Tasas Brutas de Reproducción); número medio de hijas por mujer.
 R₀ (Tasas Netas de Reproducción); número medio de hijas por mujer que alcanzan edad fecunda
 R_a (Tasas de Reproducción de los Años Vividos);